

Retrato de una Dama

Por

Henry James

Cuando concurren ciertas circunstancias, pocos momentos hay en la vida que resulten más gratos que esa hora que se dedica a la ceremonia conocida como el té de la tarde. Hay circunstancias en las que, tanto si uno toma té como si no —y, por supuesto, hay gente que jamás lo hace—, la situación resulta placentera por sí misma. Aquellas que tengo en la mente al iniciar la narración de esta sencilla historia hacían que el escenario de tan inocente pasatiempo resultase digno de admiración. Los elementos del ligero refrigerio habían sido colocados sobre el césped de una antigua casa solariega inglesa, en lo que yo calificaría como el momento perfecto, en mitad de una espléndida tarde de verano. Parte de dicha tarde ya había transcurrido, pero todavía quedaba mucha por delante, y lo que restaba era de una calidad única e insuperable. El crepúsculo de verdad tardaría muchas horas en llegar; pero la intensidad de la luz estival había comenzado a disminuir, el aire se había vuelto sedoso, las sombras se alargaban sobre la hierba suave y tupida. Crecían con lentitud, sin embargo, y la escena transmitía esa sensación del deleite anunciado que tal vez sea la principal fuente de placer al presenciar un momento así a una hora como esa. De las cinco a las ocho de la tarde transcurre en ciertas ocasiones una pequeña eternidad; pero en una como la que nos ocupa dicho intervalo no puede ser otra cosa que una eternidad de placer. Las personas allí presentes disfrutaban con calma de dicho placer, y no eran miembros del sexo al que se supone que pertenecen los devotos incondicionales de la ceremonia que acabo de mencionar. Las siluetas dibujadas sobre la perfecta pradera eran rectilíneas y angulosas; eran las sombras de un hombre de edad sentado en un hondo sillón de mimbre junto a una mesa baja sobre la que habían servido el té, y las de dos jóvenes que pasaban ante él, en desganada charla, una y otra vez. El anciano sostenía la taza en la mano; era una pieza de un tamaño inusual, de un modelo distinto al del resto del juego, y estaba pintada con brillantes colores. Dio cuenta de su contenido con mucha circunspección, sosteniéndola durante largo rato cerca de la barbilla, con el rostro vuelto hacia la casa. Sus acompañantes, que o bien ya habían terminado el té o tal privilegio los dejaba indiferentes, fumaban cigarrillos mientras proseguían su caminar. Uno de ellos, de vez en cuando, al pasar, miraba con cierta atención hacia el hombre de más edad, quien, ignorante de tal observación, descansaba la vista en la fachada de intenso color rojo de su residencia. La casa que se alzaba al fondo de la pradera era una estructura merecedora de tal consideración y el objeto más característico del cuadro tan peculiarmente inglés que intento bosquejar.

La mansión se elevaba sobre una loma de poca altura junto a un río, el cual

no era otro que el Támesis, a unas cuarenta millas de Londres. Una larga fachada de ladrillo rojo con gabletes, cuya apariencia el tiempo y los elementos habían dejado marcada con todo tipo de juegos pictóricos, o aunque, solo para mejorarla y refinarla, ofrecía a la pradera sus zonas cubiertas de hiedra, su profusión de chimeneas y sus ventanas cegadas por las enredaderas. La casa tenía nombre e historia; al anciano caballero que tomaba el té le habría encantado narrarles todas esas cosas; cómo había sido construida en tiempos de Eduardo VI, había ofrecido albergue por una noche a la gran Isabel (cuya augusta persona había descansado sobre un lecho inmenso, suntuoso y con una inclinación terrible que aún constituía el principal orgullo del ala de los dormitorios), había resultado dañada y deteriorada en el transcurso de las guerras de Cromwell, y luego, durante la Restauración, había sido reconstruida y muy ampliada; y cómo, finalmente, tras haber sido remodelada y desfigurada en el siglo XVIII, había pasado a las cuidadosas manos de un sagaz banquero estadounidense que la había adquirido originalmente porque (debido a circunstancias demasiado complicadas para ser expuestas aquí) se la habían ofrecido a precio de auténtica ganga: dicho caballero la había comprado tras mucho refunfuñar ante su fealdad, su antigüedad, su incomodidad, y ahora, después de veinte años, se había dado cuenta de que sentía auténtica pasión estética por ella, tanta, que la conocía hasta el más mínimo detalle y les podría haber indicado dónde situarse para verlos todos combinados y cuál era el momento exacto en que las sombras de las distintas protuberancias —que caían suavemente sobre el ladrillo cálido y desgastado— tenían la proporción adecuada. Además, como he dicho, el anciano habría sido capaz de enumerar a los sucesivos propietarios y habitantes de la casa, varios de los cuales gozaban de reconocida fama; y lo habría hecho, sin embargo, con la convicción infundada de que la última fase del destino de la mansión no era ni de lejos la menos honorable. La fachada de la casa que daba a la extensión de césped que nos concierne no era aquella por la que se entraba; esa quedaba en otra ala muy distinta. Aquí lo que primaba era la intimidad, y la amplia alfombra de césped que cubría la loma no parecía ser sino una prolongación del lujoso interior. Los frondosos robles y hayas inmóviles proyectaban una sombra tan densa como la de unas cortinas de terciopelo; y el lugar estaba decorado como si de una estancia se tratase, con mullidos asientos, con mantas de vivos colores, con libros y periódicos que yacían desperdigados por el césped. El río quedaba a cierta distancia; allí donde el terreno empezaba a inclinarse, acababa la pradera propiamente dicha. Sin embargo no por ello la bajada al río era menos agradable.

El anciano caballero junto a la mesa del té, que había llegado de Estados Unidos treinta años atrás, había traído consigo, como parte integrante del equipaje, su fisonomía puramente estadounidense; y no solo se la había traído

consigo, sino que la había mantenido en la mejor forma, de manera que, de ser necesario, podría llevársela de vuelta a su propio país con total confianza. En el momento presente, como es obvio, no era muy probable que se desplazase; los viajes habían llegado a su fin y ahora disfrutaba del descanso que precede al reposo definitivo. Tenía un rostro enjuto y perfectamente afeitado, de rasgos proporcionados y expresión de plácida agudeza. Era evidentemente un rostro en el que no había gran gama de expresiones, por lo que aquel aire sagaz y complacido resultaba todo un logro. Parecía comunicar que había triunfado en la vida, y a la vez decir también que su éxito no había sido exclusivo ni inmerecido, sino que había habido en él mucha de la inocuidad del fracaso. Ciertamente había adquirido gran experiencia en el trato con los hombres, pero existía una sencillez casi rústica en la tenue sonrisa que jugueteaba sobre las mejillas anchas y huesudas e iluminaba sus animados ojos cuando al fin, con lentitud y cuidado, dejó la enorme taza de té sobre la mesa. Vestía pulcramente, con prendas negras, aunque un chal doblado descansaba sobre sus rodillas y tenía los pies metidos en gruesas chinelas bordadas. Un precioso collie estaba tumbado en el césped junto al sillón y observaba el rostro del amo con casi igual ternura a la que aquel mostraba al contemplar la más majestuosa fisonomía de la casa; y un cachorrillo de terrier, revoltoso y peludo, prestaba una atención un tanto desganada a los otros caballeros.

Uno de ellos era un hombre de unos treinta y cinco años, muy bien constituido, con rasgos ingleses tan representativos como lo eran de su país los del anciano caballero que acabo de describir: rostro hermoso, de aspecto fresco, claro y franco, de facciones rectas y bien delineadas, ojos grises vivaces y adornado por una barba color castaño. Tenía aspecto de persona afortunada, de estar dotado de una excepcional brillantez, el aire de contar con un temperamento alegre fecundado por una refinada civilización, que habría podido despertar la envidia de cualquier observador casual. Calzaba botas con espuelas, como si acabase de desmontar tras una larga cabalgada; se cubría con un sombrero blanco que parecía demasiado grande para él; se agarraba las manos a la espalda y, en una de ellas, en el puño grande y bien formado, apretaba un par de guantes de piel gruesa, arrugados y sucios.

Su acompañante, que a su lado medía con pasos la longitud de la pradera, era una persona de hechuras completamente distintas, que, pese a poder suscitar una seria curiosidad, no hubiese provocado, como en el caso del otro, el deseo casi ciego de encontrarse en su lugar. Alto, flaco, desgarbado y esmirriado de constitución, tenía un rostro feo, demacrado, despierto y simpático, provisto, aunque no pueda decirse que adornado, de bigote poco poblado y patillas. Su aspecto era inteligente y enfermizo, combinación no muy venturosa, y vestía chaqueta de terciopelo marrón. Escondía las manos en los bolsillos, y había algo en la manera de hacerlo que denotaba en ello una costumbre inveterada. Su paso era vacilante e indeciso; las piernas carecían de

firmeza. Como he dicho, cada vez que pasaba por delante del anciano sentado en la silla posaba en él la mirada; y en ese instante, al ver los rostros de ambos a un tiempo, era fácil darse cuenta de que se trataba de padre e hijo. Por fin la mirada del padre se cruzó con la del hijo y le dedicó una tenue sonrisa en respuesta.

—Me encuentro muy bien —dijo.

—¿Te has tomado el té? —preguntó el hijo.

—Sí, y lo he disfrutado.

—¿Quieres un poco más?

El anciano se lo pensó con placidez.

—Pues me parece que voy a esperar, ya veré.

En su tono se notaba el acento americano.

—¿Tienes frío? —preguntó el hijo.

El padre se frotó las piernas lentamente.

—Pues no lo sé. No sabría decirlo mientras no lo sienta.

—Tal vez alguien podría sentirlo por ti —dijo el más joven de los dos, riéndose.

—¡Ah, tengo la esperanza de que alguien sienta siempre algo por mí! ¿No siente usted nada por mí, lord Warburton?

—Por supuesto que sí, muchísimo —respondió al instante el caballero de dicho nombre—. Y diría que parece encontrarse usted de lo más cómodo.

—Pues sí, supongo que así es en general. —Y el anciano bajó la vista al chal verde y se lo alisó sobre las rodillas—. La verdad es que llevo tantos años encontrándome cómodo que la fuerza de la costumbre hace que no lo valore.

—Sí, eso es lo que pasa con la comodidad —dijo lord Warburton—, que solo la valoramos cuando nos sentimos incómodos.

—Tengo la impresión de que nosotros somos un tanto peculiares —observó su acompañante.

—Desde luego que sí, no hay duda alguna de que lo somos —musitó lord Warburton.

Y, a continuación, los tres hombres se quedaron un rato callados; los dos más jóvenes con la mirada fija en el anciano, que al fin pidió otra taza de té.

—Tengo la impresión de que ese chal le molesta —reanudó la conversación lord Warburton mientras el otro joven volvía a llenarle la taza al

anciano.

—¡Ah no, el chal no se lo puede quitar! —exclamó el caballero de la chaqueta de terciopelo—. No le metas semejante idea en la cabeza.

—Es de mi esposa —dijo el anciano sin más explicación.

—Ah, bueno, si se trata de razones sentimentales...

Y lord Warburton hizo un gesto de disculpa.

—Supongo que tendré que devolvérselo cuando venga —añadió el anciano.

—No harás nada por el estilo. Te lo quedarás para cubrir tus pobres piernas.

—No te metas con mis piernas, ¿eh? —dijo el anciano—. A mí me parecen igual de buenas que las tuyas.

—Pues tú puedes meterte cuanto quieras con las mías —repuso el hijo mientras le daba la taza de té.

—Es que somos un par de patos renqueantes; no veo yo que haya mucha diferencia.

—No sabes cuánto te agradezco que me llames pato. ¿Qué tal está el té?

—Bueno... bastante caliente.

—Se supone que eso es un mérito.

—Desde luego que tiene mérito —murmuró el anciano en tono afable—. Tengo un enfermero excelente, lord Warburton.

—¿Tal vez un poco torpe? —preguntó su señora.

—Claro que no, de torpe nada, teniendo en cuenta que también él está achacoso. Es muy buen enfermero, para tratarse de alguien que también está enfermo. Por eso yo lo llamo mi enfermero enfermo.

—¡Ya está bien, papá! —exclamó el joven poco agraciado.

—Es que es así; ojalá no lo fuese. Pero supongo que no puedes evitarlo.

—Podría intentarlo, me estás dando una idea —dijo el joven.

—¿Ha estado usted enfermo alguna vez, lord Warburton? —preguntó el padre.

El aludido reflexionó un momento.

—Sí, señor, en una ocasión, en el golfo Pérsico.

—Te está tomando el pelo, papá —dijo el otro joven—. Es una especie de

broma.

—Ya, parece que se hacen muchas bromas de esas hoy día —respondió el padre—. En cualquier caso, no tiene usted aspecto de haber estado enfermo, lord Warburton.

—Lo que a él le enferma es la vida; es lo que me estaba contando, y con bastante rotundidad —dijo el amigo de lord Warburton.

—¿Es eso cierto, caballero? —preguntó el anciano con seriedad.

—Así es, y su hijo no me ha proporcionado consuelo alguno. Resulta inútil hablar con él, es un auténtico cínico. Da la impresión de no creer en nada.

—Eso es otra especie de broma —dijo la persona acusada de cinismo.

—Lo que le pasa es que tiene una salud muy mala —le explicó el padre a lord Warburton—. Y eso le afecta a su mente e influye en su forma de ver las cosas; da la impresión de que sienta que jamás ha tenido una oportunidad. Pero es algo por completo teórico, ¿sabe usted?; y no parece afectar a su estado de ánimo. Rara es la vez en que no lo haya visto alegre... como en este momento. A menudo es él quien me alegra a mí.

El joven objeto de aquella descripción miró a lord Warburton y se echó a reír.

—¿Es esa una encendida alabanza o una acusación de frivolidad? ¿Te gustaría que pusiese en práctica mis teorías, papá?

—¡Vive Dios que entonces sí que veríamos cosas extrañas! —exclamó lord Warburton.

—Espero que tú no hayas adoptado ese tono —dijo el anciano.

—El tono de Warburton es peor que el mío; él finge estar aburrido. Yo no me siento aburrido en absoluto; yo encuentro la vida demasiado interesante.

—Conque demasiado interesante, ¿eh? Pues no deberías permitir que fuese así.

—Jamás me aburro cuando vengo aquí —aseguró lord Warburton—. La conversación resulta de lo más entretenida.

—¿Es esa otra especie de broma? —preguntó el anciano—. Usted no tiene excusa para aburrirse en ningún lado. Cuando yo tenía su edad, no sabía lo que era el aburrimiento.

—Debió de tardar mucho en madurar.

—No, maduré muy deprisa; esa es precisamente la razón. Cuando contaba veinte años ya había madurado a conciencia. Trabajaba de sol a sol. Usted no

se aburriría si tuviese algo que hacer; pero ustedes los jóvenes están todos excesivamente ociosos. Piensan demasiado en su propio placer. Son demasiado caprichosos, demasiado indolentes, y demasiado ricos.

—¡Quién fue a hablar! —exclamó lord Warburton—. ¡No es usted precisamente la persona más indicada para acusar a un congénere de ser demasiado rico!

—¿Lo dice porque soy banquero? —preguntó el anciano.

—Por eso, si quiere; y porque cuenta con recursos ilimitados, ¿o acaso no es así?

—No es tan rico —salió en su defensa el otro joven—. Ha donado una cantidad de dinero inmensa.

—Ya, pero imagino que era suyo —dijo lord Warburton—, y, en tal caso, ¿puede haber mayor prueba de riqueza? Un benefactor público debería ser el último en decir que los demás tienen excesivo apego al placer.

—Papá tiene mucho apego al placer... al placer de los demás.

El anciano negó con la cabeza.

—Yo no albergó la más mínima pretensión de haber contribuido al solaz de mis contemporáneos.

—¡Mi querido padre, no seas tan modesto!

—Esa es una especie de broma, señor —aseguró lord Warburton.

—Los jóvenes gastáis demasiadas bromas. Cuando no hay bromas, os quedáis sin nada.

—Por fortuna, siempre quedarán más bromas —aseguró el joven poco agraciado.

—Yo no estoy de acuerdo. Creo que las cosas se están poniendo serias. Vosotros los jóvenes ya os daréis cuenta.

—En la creciente seriedad de las cosas... ahí encontraremos una oportunidad para el humor.

—Pues tendrá que ser humor negro —dijo el anciano—. Estoy convencido de que habrá grandes cambios; y de que no todos serán para mejor.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor —declaró lord Warburton—. Estoy seguro de que van a producirse grandes cambios, y de que acontecerán todo tipo de cosas extrañas. Por eso me resulta tan difícil poner en práctica sus consejos. Si lo recuerda, el otro día me dijo que yo necesitaba algo a lo que «agarrarme». Uno vacila antes de agarrarse a algo que puede saltar

por los aires en cualquier momento.

—Lo que deberías hacer es agarrarte a una mujer bonita —dijo su amigo—. Es que está intentando enamorarse —añadió a modo de explicación, dirigiéndose a su padre.

—¡Hasta las mujeres bonitas podrían saltar por los aires! —exclamó lord Warburton.

—No, no, ellas permanecerán firmes —replicó el anciano—; a ellas no les afectarán los cambios sociales y políticos a los que acabo de referirme.

—¿Quiere decir que no van a abolirlas? Pues muy bien, en ese caso, agarraré a una lo antes posible y me la colgaré del cuello como un salvavidas.

—Las mujeres nos salvarán —dijo el anciano—; es decir, las mejores de ellas lo harán, porque yo distingo entre las mujeres. Conquista a una de las buenas y cástate con ella, y tu vida será mucho más interesante.

Un silencio momentáneo subrayó tal vez para sus oyentes el carácter magnánimo de aquel discurso, ya que no era ningún secreto ni para el hijo ni para el visitante que su propia experiencia del matrimonio no había sido afortunada. Pero, como él mismo había dicho, sabía distinguir entre las mujeres; y aquellas palabras tal vez podrían entenderse como la confesión de un error personal, aunque, desde luego, no sería apropiado que ninguno de sus acompañantes comentase que, al parecer, la dama de su elección no había sido una de las mejores.

—Si me caso con una mujer interesante, me sentiré interesado, ¿es eso lo que quiere decir? —preguntó lord Warburton—. Yo no tengo intención alguna de casarme... su hijo lo ha tergiversado; pero nunca se puede saber lo que una mujer interesante podría hacer de mí.

—Me gustaría ver qué entiendes tú por una mujer interesante —dijo su amigo.

—Mi querido amigo, las ideas no pueden verse; especialmente unas ideas tan sumamente etéreas como las mías. Ya sería un gran paso adelante que pudiese verlas yo.

—Bueno, puede usted enamorarse de quien le plazca, pero le prohíbo que se enamore de mi sobrina —dijo el anciano.

Su hijo soltó una carcajada.

—¡Va a pensar que se lo dices como una provocación! Mi querido padre, vives con los ingleses desde hace treinta años, y se te han pegado muchas de las cosas que dicen. Pero ¡nunca has aprendido cuáles son las que se callan!

—Yo digo lo que me place —respondió el anciano con toda serenidad.

—No tengo el honor de conocer a su sobrina —dijo lord Warburton—. Creo que es la primera vez que oigo hablar de ella.

—Es sobrina de mi esposa; la señora Touchett la trae con ella a Inglaterra.

El joven señor Touchett se lo explicó:

—Mi madre, como sabes, ha pasado el invierno en Estados Unidos, y estamos esperando su regreso. Ha escrito que ha descubierto allí a una sobrina y que la ha invitado a venirse con ella.

—Ya veo... qué amable de su parte —dijo lord Warburton—. ¿Es interesante la joven?

—Apenas sabemos más de ella que tú; mi madre no nos ha dado detalles. Se comunica con nosotros principalmente por medio de telegramas, y sus telegramas son más bien indescifrables. Dicen que las mujeres no saben escribir telegramas, pero mi madre ha llegado a dominar por completo el arte de la concisión. «Cansada América, calor insoportable, regreso Inglaterra con sobrina, primer buque camarote decente». Ese es el tipo de mensaje que recibimos de ella, y eso decía el último que llegó. Pero había habido otro antes, que creo que contenía la primera mención a dicha sobrina. «Cambié hotel, muy malo, recepcionista insolente, dirección aquí. Recogido hija hermana, murió año pasado, ir a Europa, dos hermanas, de lo más independiente». Mi padre y yo no hemos dejado de hacernos preguntas sobre el mensaje; parece susceptible a muchas interpretaciones.

—Hay una cosa en él que está muy clara —dijo el anciano—: al empleado del hotel le ha dado un buen rapapolvo.

—Yo ni siquiera estoy seguro de eso, ya que consiguió quitársela de en medio. Al principio pensamos que la hermana citada podía ser la del recepcionista; pero la posterior mención a una sobrina parece probar que hace alusión a una de mis tías. Después está la cuestión de quién son las otras dos hermanas; probablemente sean dos hijas de mi difunta tía. Pero ¿quién es «de lo más independiente», y en qué sentido se emplea dicho término? Ese punto todavía no lo hemos aclarado. ¿Se refiere la expresión más concretamente a la joven dama que mi madre ha adoptado, o caracteriza a todas las hermanas por igual? ¿Y está utilizada en sentido moral o económico? ¿Indica que han quedado bien provistas económicamente, o que no desean estar sujetas a obligación alguna? ¿O quiere simplemente decir que les gusta hacer las cosas a su manera?

—Por más significados que tenga, ese está bastante claro —comentó el señor Touchett.

—Tendrás ocasión de comprobarlo por ti mismo —dijo lord Warburton—.

¿Cuándo llega la señora Touchett?

—No tenemos ni idea. Tan pronto como consiga un camarote decente. Puede que todavía siga esperando uno; aunque también es posible que ya haya desembarcado en Inglaterra.

—En tal caso, probablemente les habría telegrafiado.

—Jamás manda un telegrama cuando lo esperas... solo cuando no lo esperas —dijo el anciano—. Le gusta presentarse de improviso; piensa que me va a pillar haciendo algo malo. Hasta ahora nunca ha sido así, pero ella no pierde la esperanza.

—Es por esa característica familiar suya, por esa independencia de la que habla. —La apreciación del hijo al respecto era más favorable—. Por mucho espíritu que tengan esas jóvenes, el de ella no se queda atrás. Le gusta hacerlo todo por sí misma y no cree que nadie tenga capacidad para ayudarla. De mí piensa que valgo lo mismo que un sello de correos sin engomar, y jamás me perdonaría que osase ir a Liverpool a recibirla.

—¿Me avisarás al menos de la llegada de tu prima? —rogó lord Warburton.

—Solo con la condición que he puesto: ¡que no se enamore de ella! —intervino el señor Touchett.

—Eso me parece una crueldad. ¿Es que no me considera lo suficientemente bueno?

—Le considero demasiado bueno. Es porque no me gustaría que se casase con usted. Ella no viene aquí en busca de marido, o eso espero; hay tantas jóvenes que sí lo hacen, como si en nuestro país no hubiese buenos maridos. Y, además, lo más probable es que esté comprometida; las jóvenes de Estados Unidos suelen estarlo, según creo. Además, después de todo, tampoco estoy seguro de que vaya a ser usted un marido maravilloso.

—Lo más probable es que ya esté comprometida. He conocido a muchísimas jóvenes estadounidenses, y siempre lo estaban; pero, vive Dios, que jamás he visto que eso tuviese importancia. Y en cuanto a lo de si sería buen marido —prosiguió el visitante del señor Touchett—, yo tampoco lo tengo muy claro. Lo único que se puede hacer es intentarlo.

—Inténtelo todo lo que usted quiera, pero no lo haga con mi sobrina —dijo sonriente el anciano, cuya postura contraria a la idea era más que nada producto de su buen humor.

—Pues muy bien —dijo lord Warburton con todavía mejor humor—, puede que, después de todo, sea ella la que no se merezca que yo lo intente.

Mientras este intercambio de agudezas tenía lugar entre los otros dos, Ralph Touchett se alejó un poco, con aquellos andares suyos desgarrados, las manos en los bolsillos y el pequeño terrier jugueteón pegado a los tobillos. Con el rostro vuelto hacia la casa y la pensativa mirada fija en el césped, el joven era objeto de la atención de una persona que acababa de aparecer en la amplia entrada momentos antes de que aquel se percatara de su presencia. Lo que atrajo su atención hacia ella fue la conducta del perro, que había salido disparado de repente entre toda una pequeña salva de agudos ladridos, en los que, sin embargo, se apreciaba más una nota de bienvenida que un tono amenazante. La persona en cuestión era una joven dama, que pareció interpretar de inmediato el recibimiento del pequeño animal. El perro avanzó hacia ella con gran rapidez y se detuvo a sus pies, mirándola y ladrando con fuerza; ante lo cual, sin titubeos, ella se agachó, alargó las manos para cogerlo y lo levantó hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura sin que el animal cesase en su rápido parloteo. El amo había tenido ya tiempo de ir tras él y ver que la nueva amiga de Bunchie era una muchacha alta con vestido negro, que a primera vista parecía bonita. Llevaba la cabeza descubierta, como si residiese en la casa, hecho que llenó de perplejidad al hijo del dueño, consciente como era de la ausencia de visitantes que la mala salud del anciano había hecho necesaria desde hacía algún tiempo. Entretanto, los otros dos caballeros habían advertido también la presencia de la recién llegada.

—Dios nos asista, ¿quién es esa desconocida? —había preguntado el señor Touchett.

—Tal vez sea la sobrina de la señora Touchett, la joven independiente —aventuró lord Warburton—. Creo que debe de ser ella, por la forma en que sostiene al perro.

El collie, por su parte, también había permitido que su atención se desviase, y salió al trote en dirección a la joven de la entrada, meneando lentamente la cola al acercarse.

—Pero entonces, ¿dónde está mi esposa? —murmuró el anciano.

—Supongo que la joven la habrá dejado en alguna parte: eso forma parte de la independencia.

La muchacha, sonriente, se dirigió a Ralph con el perro todavía en brazos.

—¿Es suyo este perrito, señor?

—Era mío hasta hace un momento, pero de repente ha adquirido usted un acusado aire de propiedad sobre él.

—¿No podríamos compartirlo? —preguntó la joven—. Es una auténtica monada.

Ralph la miró un instante; era sorprendentemente bonita.

—Se lo puede quedar —respondió entonces.

La joven dama daba muestras de tener muchísima confianza, tanto en sí misma como en los demás, pero aquella inesperada muestra de generosidad hizo que se ruborizara.

—Debería saber que probablemente sea prima suya —le espetó, al tiempo que dejaba al perro en el suelo—. ¡Y aquí viene otro! —añadió de inmediato al acercarse el collie.

—¿Probablemente? —exclamó el joven entre risas—. ¡Creía que eso había quedado claro! ¿Ha llegado con mi madre?

—Sí, hace media hora.

—¿Y ella la ha dejado aquí y se ha vuelto a marchar?

—No, se fue directamente a su habitación, y me dijo que, si lo veía, tenía que decirle que fuera usted a verla allí a las siete menos cuarto.

El joven dirigió la mirada a su reloj.

—Muchísimas gracias; prometo ser puntual. —Y a continuación miró a su prima—. Sea usted bienvenida a esta casa. Estoy encantado de conocerla.

Ella lo examinaba todo con una mirada que denotaba una aguda percepción: a su interlocutor, a los perros, a los dos caballeros bajo los árboles, el hermoso escenario que la rodeaba.

—Jamás he visto nada tan bonito como este lugar. He recorrido toda la casa; es preciosa.

—Siento que lleve tanto tiempo aquí sin que nos hayamos enterado.

—Su madre me dijo que en Inglaterra la gente hacía su llegada con mucha discreción, así que pensé que era lo adecuado. ¿Es su padre alguno de aquellos caballeros?

—Sí, el mayor, el que está sentado —dijo Ralph.

La joven soltó una carcajada.

—Ya imagino que no será el otro. ¿Quién es el otro?

—Un amigo nuestro: lord Warburton.

—Ah, tenía la esperanza de que hubiese un lord; ¡es como en las novelas!
—Y a continuación—: ¡Ven aquí, adorable criatura! —gritó de improviso, al tiempo que se agachaba y cogía de nuevo al perrito.

Seguía en el lugar donde se habían encontrado, sin hacer ademán de acercarse ni de hablar con el señor Touchett, y mientras ella se entretenía en la proximidad del umbral, esbelta y llena de encanto, su interlocutor se preguntó si esperaba que fuese el anciano el que se acercara a presentarle sus respetos. Las jóvenes estadounidenses estaban acostumbradas a que las trataran con mucha deferencia, y por la información recibida, esta tenía mucha personalidad. Era indiscutible, Ralph lo veía en su rostro.

—¿Quiere venir y conocer a mi padre? —se aventuró a preguntar, pese a todo—. Es mayor y está delicado; no se levanta del sillón.

—¡Ay, pobre hombre, cuánto lo siento! —exclamó la joven, que al instante se encaminó hacia él—. Por su madre, tenía la impresión de que era una persona bastante... extremadamente activa.

Ralph Touchett se quedó un instante en silencio.

—Lleva un año sin verlo.

—Bueno, tiene un sitio precioso donde sentarse. Vamos, perrito.

—Sí, es un lugar fantástico —dijo el joven, mirando de reojo a su acompañante.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, la atención puesta de nuevo en el terrier.

—¿Quién, mi padre?

—Sí —respondió la muchacha, divertida—, pero no le diga que se lo he preguntado.

Para entonces ya habían llegado al lugar donde el anciano señor Touchett estaba sentado, y este se levantó despacio del sillón para presentarse.

—Ha llegado mi madre —anunció Ralph Touchett—, y esta es la señorita Archer.

El anciano posó ambas manos en los hombros de la joven, la examinó un instante con inmensa benevolencia y a continuación la besó con galantería.

—Es un enorme placer para mí verte aquí, pero me habría gustado que nos hubieseis dado la oportunidad de salir a recibirlos.

—Oh, nos recibieron —dijo la muchacha—. Había cerca de una docena de criados en el vestíbulo. Y una anciana que nos hacía reverencias en el portón.

—¡Si se nos avisa, podemos hacerlo aún mejor! —Y el anciano sonrió, al tiempo que se frotaba las manos y negaba lentamente con la cabeza, mirándola—. Pero a la señora Touchett no le gustan los recibimientos.

—Se fue directamente a su habitación.

—Sí, y se cerró a cal y canto. Siempre lo hace. Bueno, supongo que la veré la próxima semana.

Y el marido de la señora Touchett, con lentitud, volvió a sentarse.

—Antes de eso —dijo la señorita Archer—. Bajaré a cenar, a las ocho. Y usted no se olvide de las siete menos cuarto —añadió, volviéndose hacia Ralph.

—¿Qué pasa a las siete menos cuarto?

—Que tengo que ir a ver a mi madre.

—¡Ah, qué suerte la tuya, muchacho! —comentó el anciano—. Pero siéntate, tienes que tomar el té —indicó a la sobrina de su mujer.

—Me llevaron el té a mi habitación nada más llegar aquí —respondió la joven dama—. Siento que no se encuentre usted bien de salud —añadió, posando la mirada sobre su venerable anfitrión.

—Bueno, es que soy un viejo, querida; me ha llegado la hora de serlo. Pero me encontraré mejor contigo aquí.

La joven se había dedicado de nuevo a examinar todo lo que había a su alrededor: el césped, los magníficos árboles, el Támesis plateado entre los juncos, la hermosa y antigua mansión y, al tiempo que realizaba la inspección, había incluido en la misma a sus acompañantes, con una capacidad de observación fácil de entender en una joven que, saltaba a la vista, era a la vez inteligente y estaba llena de entusiasmo. Se había sentado y había dejado al perrito en el suelo; tenía las blancas manos unidas en el regazo sobre el negro vestido; mantenía erguida la cabeza, los ojos brillantes, y su figura flexible se volvía con facilidad hacia uno y otro lado, en concordancia con la viveza con que innegablemente captaba las distintas impresiones. Las impresiones que recibía eran innumerables, y todas ellas quedaban reflejadas en una sonrisa limpia y tranquila.

—Jamás he visto nada tan hermoso como esto.

—Sí, está precioso —dijo el señor Touchett—. Conozco la impresión que te produce. Yo también he pasado por eso. Pero tú también eres muy hermosa —añadió con una cortesía en la que no había el más mínimo rastro de cruda jocosidad y con el alegre convencimiento de que su avanzada edad le confería el privilegio de decir cosas así, incluso a jóvenes que podían sentirse

alarmadas al oírlas.

No es preciso determinar con exactitud hasta qué punto pudo sentirse alarmada la joven; se puso en pie de inmediato, con un rubor que, sin embargo, no suponía ninguna refutación.

—¡Sí, por supuesto que soy preciosa! —respondió con una breve carcajada—. ¿Cuántos años tiene esta casa? ¿Es isabelina?

—Es estilo Tudor temprano —dijo Ralph Touchett.

La joven se volvió hacia él y examinó su rostro.

—¿Tudor temprano? ¡Qué maravilla! E imagino que habrá muchas otras.

—Hay muchas que son mucho mejores.

—¡No digas eso, hijo mío! —protestó el anciano—. No hay ninguna mejor que esta.

—Yo tengo una muy buena; creo que en ciertos aspectos es bastante mejor —intervino lord Warburton, que hasta el momento no había hablado, pero que había estado observando a la señorita Archer con mirada atenta. Sonriendo, se inclinó ligeramente ante ella; hacía gala de unos modales excelentes con las mujeres. La joven lo apreció al instante; no había olvidado que se trataba de lord Warburton—. Me encantaría enseñársela —añadió.

—No le creas —gritó el anciano—. ¡No vayas a verla! Es un barracón inmundo, no puede ni compararse con esta.

—No sé... no soy quién para juzgar —dijo la joven dirigiéndole una sonrisa a lord Warburton.

El debate carecía de todo interés para Ralph Touchett, que, con las manos en los bolsillos, daba la clara impresión de querer reanudar la conversación con la prima recién hallada.

—¿Le gustan mucho los perros? —preguntó a modo de inicio, y pareció darse cuenta de que era un inicio torpe para un hombre inteligente.

—Sí, muchísimo.

—Tiene que quedarse al terrier, está claro —continuó, todavía con torpeza.

—Me lo quedaré mientras esté aquí, con mucho gusto.

—Espero que sea por mucho tiempo.

—Es muy amable de su parte. No tengo ni idea. Le corresponde a mi tía decidirlo.

—Yo lo decidiré con ella... a las siete menos cuarto.

Y Ralph miró de nuevo su reloj.

—Me alegro de estar aquí, en cualquier caso.

—No creo que usted permita que otros decidan en su lugar.

—Claro que sí; siempre que decidan lo que yo quiera.

—Yo decidiré esto a mi gusto —dijo Ralph—. Me resulta muy difícil de entender que no la hayamos conocido hasta ahora.

—Yo estaba allá; no tenían más que venir a verme.

—¿Allá? ¿Qué quiere decir?

—En Estados Unidos: en Nueva York, Albany y otros lugares del país.

—He estado allí, por todas partes, pero jamás la vi. No lo entiendo.

La señorita Archer titubeó un instante.

—Fue porque hubo algún desacuerdo entre su madre y mi padre, tras la muerte de mi madre, que tuvo lugar cuando yo era una niña. A raíz de aquello, pensamos que nunca los conoceríamos.

—Ah, pero yo no apoyo todas las disputas de mi madre, ¡Dios me libre! —exclamó el joven—. ¿Ha perdido a su padre recientemente? —prosiguió con más seriedad.

—Sí; hace más de un año. Tras su muerte, mi tía fue muy considerada conmigo; fue a verme y me propuso venir con ella a Europa.

—Entiendo —dijo Ralph—. La ha adoptado.

—¿Que me ha adoptado?

La joven lo miró fijamente y de nuevo la cubrió el rubor, junto con una momentánea expresión de dolor que despertó cierta alarma en su interlocutor. Había calculado mal el efecto de sus palabras. Lord Warburton, que parecía sentir el constante deseo de ver más de cerca a la señorita Archer, se acercó a los dos primos al instante y, mientras lo hacía, la joven posó en él sus ojos abiertos de par en par.

—Pues no, no me ha adoptado. No estoy disponible para la adopción.

—Le pido mil perdones —murmuró Ralph—. Quería decir... lo que quería decir... —No tenía muy claro lo que quería decir.

—Lo que quería decir es que ella se ha hecho cargo de mí. Sí, le gusta hacerse cargo de la gente. Ha sido muy amable conmigo; pero yo —añadió con evidente deseo de ser explícita— le tengo mucho aprecio a mi libertad.

—¿Estás hablando de la señora Touchett? —inquirió el anciano desde su

sillón—. Ven aquí, querida, y háblame de ella. Siempre agradezco cualquier información.

La joven titubeó de nuevo, sonriendo.

—Es una mujer muy benevolente —respondió, tras lo cual se acercó a su tío, cuya hilaridad había despertado con aquellas palabras.

Lord Warburton se quedó atrás junto a Ralph Touchett, al que al instante dijo:

—Hace un rato querías saber cuál era mi idea de una mujer interesante. ¡Ahí la tienes!

3

La señora Touchett era sin duda una persona con muchas rarezas, de las cuales su comportamiento al volver a casa de su marido tras muchos meses de ausencia era un claro ejemplo. Tenía su propio estilo de hacer todo lo que hacía, y esta es la descripción más sencilla de un personaje que, pese a no carecer en absoluto de gestos generosos, rara vez lograba transmitir una sensación de delicadeza. La señora Touchett podía hacer mucho bien, pero nunca complacía. Esa manera suya, de la que se sentía tan orgullosa, no es que fuese intrínsecamente ofensiva, tan solo se distinguía incuestionablemente de la forma en que los demás hacían las cosas. Las aristas de su personalidad eran tan afiladas que en las personas susceptibles causaban a veces el mismo efecto que un cuchillo. Esa dureza refinada quedó de manifiesto en su comportamiento durante las primeras horas tras su regreso de Estados Unidos, en unas circunstancias en las que parecería que su primer gesto debería haber sido el de intercambiar saludos con su esposo e hijo. La señora Touchett, por razones que ella consideraba excelentes, siempre se retiraba en tales ocasiones a una reclusión impenetrable, y posponía aquella otra ceremonia más sentimental hasta haber puesto remedio al desorden de su atuendo con una meticulosidad que carecía de razones para ser de tan primordial importancia, puesto que ni la belleza ni la vanidad tenían nada que ver en ello. Era una mujer mayor, de rostro poco agraciado, carente de garbo y sin especial elegancia, pero con un sumo respeto hacia sus propios motivos. Normalmente estaba dispuesta a explicar cuáles eran, si dicha explicación se le pedía como un favor; y en tales casos, los motivos resultaban ser completamente distintos de aquellos que se le habían atribuido. Estaba prácticamente separada de su marido, pero no parecía percibir nada anómalo en dicha situación. Había quedado claro, desde los inicios de su vida en común, que jamás habrían de

desear lo mismo en el mismo momento, y con tal premisa ella había logrado rescatar el desacuerdo del ámbito vulgar de lo fortuito. Hizo cuanto estuvo en sus manos para erigir aquello en ley, aspecto este mucho más edificante, yéndose a vivir a Florencia, donde se compró una casa y se estableció, y dejando que su marido se quedase al frente de la sucursal de su banco en Inglaterra. Dicha solución la complació enormemente: era acertada y felizmente definitiva. Su marido fue de la misma impresión, en una plaza de Londres cubierta de niebla, donde en ocasiones ese era el hecho más definitivo que era capaz de discernir; pero habría preferido que asuntos tan antinaturales hubiesen tenido una mayor vaguedad. Aceptar el desacuerdo le había supuesto un gran esfuerzo; estaba dispuesto a avenirse a cualquier cosa menos a aquella, y no veía razón alguna para que ni el acuerdo ni el desacuerdo tuviesen que ser tan terribles y permanentes. La señora Touchett no se permitió lamentos ni especulaciones, y normalmente iba una vez al año a pasar un mes con su marido, período durante el cual, al parecer, se esforzaba en convencerlo de que el sistema de vida que había adoptado era el adecuado. A ella no le agradaba el estilo de vida inglés, y contaba con tres o cuatro razones para ello a las que aludía casi siempre; hacían referencia a cuestiones menores de aquel antiguo orden, pero en opinión de la señora Touchett justificaban sobradamente su negativa a residir en el país. Detestaba la salsa de pan, que, en palabras suyas, parecía un emplasto y sabía a jabón; no aprobaba el consumo de cerveza por parte de sus doncellas, y afirmaba que las lavanderas británicas (la señora Touchett era muy exigente con el aspecto de su ropa blanca) no dominaban en absoluto el oficio. A intervalos regulares hacía visitas a su país, pero esta última había sido más larga que cualquiera de las precedentes.

Se había hecho cargo de su sobrina, de eso no cabía ninguna duda. Una húmeda tarde, unos cuatro meses antes de la escena anteriormente narrada, la joven se hallaba sentada con la única compañía de un libro. Decir que se hallaba así ocupada es decir que la soledad no le pesaba, ya que su amor por el conocimiento tenía una cualidad fértil, y ella estaba dotada de gran imaginación. En aquella época, sin embargo, había en su situación una ausencia de novedades que la llegada de una visita inesperada hizo mucho por remediar. La visita no había sido anunciada; la joven se enteró por fin al oírla recorrer la estancia contigua. Era una casa antigua en Albany, una casa doble, grande, cuadrada, con el cartel de venta en las ventanas de uno de los aposentos inferiores. Contaba con dos entradas, una de las cuales llevaba largo tiempo en desuso, pero nunca había sido tapiada. Ambas eran exactamente iguales: grandes puertas blancas en un marco arqueado y con amplios tragaluzes laterales, en lo alto de pequeñas escalinatas de piedra rojiza que descendían transversalmente hasta la calzada de adoquines de la calle. Las dos casas unidas constituían una única vivienda, ya que se había derribado el muro

de separación y se habían comunicado las estancias. Dichas estancias, en lo alto de las escaleras, eran muy numerosas y estaban pintadas todas ellas exactamente igual, de un blanco amarillento que con el tiempo se había tornado cetrino. En el tercer piso había una especie de pasadizo con arcos que unía ambos lados de la casa, al que de niñas Isabel y sus hermanas llamaban el túnel y que, pese a ser corto y estar bien iluminado, siempre le daba a la joven la impresión de ser extraño y solitario, sobre todo en las tardes de invierno. De niña, había estado en aquella casa en distintas épocas; en aquellos tiempos era su abuela la que residía allí. Después había habido una ausencia de diez años, seguida por el retorno a Albany antes de la muerte de su padre. Al principio su abuela, la anciana señora Archer, había hecho gala, principalmente con los miembros de su familia, de una gran hospitalidad, y las niñas a menudo pasaban semanas bajo su techo, semanas de las que Isabel guardaba los recuerdos más gratos. El modo de vida era distinto del de su propia casa: más a lo grande, de una mayor abundancia, prácticamente festivo; la disciplina en los aposentos infantiles era deliciosamente laxa y las oportunidades de escuchar la conversación de los mayores (algo que para Isabel constituía un auténtico placer) no tenían límite. Había un constante ir y venir; los hijos e hijas de la abuela y su progenie parecían disfrutar de invitación permanente para visitarla y quedarse, de manera que la casa guardaba hasta cierto punto la apariencia de una concurrida posada de provincias regentada por una anciana posadera llena de amabilidad, que suspiraba de continuo y jamás presentaba la cuenta. Isabel, como es natural, no sabía nada de cuentas, pero incluso de niña encontraba romántico el hogar de su abuela. Había en la parte de atrás un patio cubierto, provisto de un columpio que era objeto de trémulo interés; y más allá había un largo jardín, que descendía hasta los establos, en el que había unos melocotoneros de una familiaridad apenas creíble. Isabel había estado con su abuela en distintas estaciones, pero todas sus visitas tenían en cierto modo sabor a melocotón. Al otro lado de la calle se levantaba una antigua casa conocida como la Casa Holandesa, de peculiar estructura que databa de los primeros tiempos de la época colonial, hecha de ladrillos que se habían pintado de amarillo, coronada por un gablete que apuntaba hacia los forasteros, protegida por una desvencijada valla de madera y situada de lado a la calle. La casa estaba ocupada por una escuela infantil para niños de ambos sexos, y se encargaba de atenderla, o más bien de desatenderla, una dama muy efusiva, de quien lo que más recordaba Isabel era que llevaba siempre el cabello recogido en las sienes con unas extrañas peinetas de andar por casa y que era la viuda de alguien importante. A la niña le habían ofrecido la oportunidad de sentar las bases del conocimiento en aquella institución, pero, tras pasar allí una única jornada, se había quejado de las normas y le habían permitido quedarse en casa, adonde, en los días de septiembre, cuando las ventanas de la Casa Holandesa permanecían abiertas, le llegaba el rumor de

voces infantiles que coreaban la tabla de multiplicar, y en tales momentos la euforia de la libertad y el dolor de la exclusión se entremezclaban hasta hacerse indistinguibles. Las bases del conocimiento de Isabel se asentaron en realidad en la quietud de la casa de su abuela, en la que, por no ser aficionados a la lectura la mayoría de sus habitantes, podía hacer uso sin cortapisas de una biblioteca repleta de libros con frontispicios, que cogía encaramada a una silla. Cuando había encontrado uno a su gusto (la portada del libro era su principal guía para la elección) se lo llevaba a un misterioso aposento que había detrás de la biblioteca y que, tradicionalmente, nadie sabía por qué, se conocía como el despacho. Isabel jamás descubrió a quién había pertenecido dicho despacho ni en qué época había prosperado; para ella era suficiente que hubiese allí eco y un agradable olor a moho, y que se utilizase como trastero de muebles viejos caídos en desgracia cuyo deterioro no siempre saltaba a la vista (razón por la que aquel castigo parecía inmerecido y que los convertía en víctimas de la injusticia) y con los cuales, a la manera infantil, había establecido unas relaciones casi humanas y sin duda teatrales. En especial, había un viejo sofá de crin, al que había confiado cientos de penas infantiles. El lugar debía gran parte de su misteriosa melancolía al hecho de que en realidad se entrase a él por la segunda puerta de la casa, la puerta que había sido condenada, y a que estaba protegida por unos cerrojos que a una niña especialmente delgada le resultaría imposible descorrer. Sabía que aquel portal silencioso e inmóvil se abría a la calle; si las vidrieras de los lados no hubiesen estado cubiertas de papel verde, podría haber visto desde allí la pequeña escalinata marrón y la calzada de adoquines desgastados. Pero no sentía deseos de mirar, ya que eso habría interferido con su teoría de que al otro lado existía un lugar extraño e ignoto, que en la imaginación infantil se convertía, al dictado de su estado de ánimo, en territorio placentero o terrorífico.

Era todavía en el «despacho» donde Isabel se encontraba sentada aquella tarde melancólica de principios de primavera que acabo de mencionar. En esa época, podría haber elegido cualquier otro lugar de la casa, y la estancia que había seleccionado era la que menos vistas tenía. Jamás había abierto la puerta con cerrojos ni había quitado el papel verde (que otras manos habían renovado) de las vidrieras de los lados; nunca había comprobado que al otro lado estaba la vulgar calle. Una intempestiva lluvia fría caía con fuerza; el tiempo en primavera era sin duda un llamamiento (y por lo que parecía un llamamiento cínico e insincero) a la paciencia. Isabel, sin embargo, prestaba la menor atención posible a las traiciones del cosmos; mantenía la vista fija en el libro e intentaba concentrar la mente. Últimamente se le había ocurrido que tenía una mente muy vagabunda, y había empleado mucho ingenio en adiestrarla con rigor militar para enseñarla a avanzar, detenerse, retroceder y realizar maniobras aún más complicadas al recibir la orden pertinente. En aquel momento acababa de ordenar a su mente que se pusiese en marcha y

había estado avanzando con dificultad por los arenosos territorios de una historia del pensamiento alemán. De repente, había sido consciente de unos pasos muy distintos a los de su propia marcha intelectual; había escuchado un momento y percibido que alguien se movía por la biblioteca, que se comunicaba con el despacho. En un primer momento le parecieron los pasos de una persona cuya visita estaba deseando, y a continuación, casi de inmediato, se le revelaron como los de una mujer, y además desconocida... y su posible visitante no era ni lo uno ni lo otro. Aquel andar tenía una cualidad inquisitiva, experimental, que anunciaba que no iba a detenerse ante el umbral del despacho; y, en efecto, la puerta de acceso a la estancia apareció de pronto ocupada por una dama que se detuvo en ese punto y miró con fijeza a nuestra heroína. Era una mujer mayor, poco agraciada, cubierta de arriba abajo por un manto impermeable; tenía un rostro que denotaba una expresión más bien violenta.

—Ah —dijo la dama—, ¿es aquí donde sueles sentarte?

Y examinó con la mirada aquellas mesas y sillas tan heterogéneas.

—No cuando tengo visitas —respondió Isabel, al tiempo que se levantaba para recibir a la intrusa.

La joven condujo a su visitante, que no dejaba de mirar a su alrededor, de nuevo a la biblioteca.

—Por lo visto, tienes otras estancias que están en condiciones mucho mejores. Aunque todo está muy ajado.

—¿Ha venido usted a ver la casa? —preguntó Isabel—. La criada se la mostrará.

—Mándale que se retire; no quiero comprar la casa. Probablemente haya ido a buscarte y ande dando vueltas por el piso de arriba; me dio la impresión de que no era muy inteligente. Será mejor que le digas que no hace falta. —Y entonces, dado que la joven parecía titubear y no saber qué hacer, aquella inesperada crítica le espetó de repente—: Imagino que eres una de sus hijas.

Isabel pensó que tenía unos modales muy extraños.

—Depende de a las hijas de quién se refiera usted.

—A las del difunto señor Archer... y de mi pobre hermana.

—Ah —dijo Isabel lentamente—, usted debe de ser la loca de nuestra tía Lydia.

—¿Es así como vuestro padre os dijo que me llamaseis? Soy tu tía Lydia, pero de loca no tengo nada; no sufro delirio alguno. ¿Y cuál de las hijas eres tú?

—Soy la menor de las tres, y me llamo Isabel.

—Sí; las otras son Lilian y Edith. ¿Y eres tú la más guapa?

—No tengo ni la menor idea —contestó la joven.

—Yo creo que debes de serlo.

Y de esta manera trabaron amistad tía y sobrina. La tía había tenido una disputa años antes con su cuñado tras la muerte de su hermana, al reprocharle la forma en que estaba educando a sus tres hijas. Como él era hombre de mucho carácter, le había dicho que se metiese en sus asuntos, y la dama había seguido el consejo al pie de la letra. Durante muchos años no había mantenido comunicación alguna con él y, tras la muerte del hombre, no había dirigido palabra alguna a las hijas, quienes habían sido educadas en esa actitud tan poco respetuosa hacia ella que acabamos de apreciar en Isabel. La conducta de la señora Touchett era, como de costumbre, completamente deliberada. Su intención había sido ir a Estados Unidos a supervisar sus inversiones (con las que su marido, pese a su importante posición en el mundo de las finanzas, no tenía nada que ver) y aprovechar la ocasión para interesarse por la situación de sus sobrinas. No había necesidad de escribirles, ya que la señora Touchett no daría crédito alguno a la información que sobre ellas recibiese por carta; creía, siempre, que uno tenía que ver las cosas por sí mismo. Isabel, no obstante, descubrió que sabía muchas cosas sobre ellas, que estaba al corriente de la boda de las dos mayores; que sabía que su pobre padre les había dejado muy poco dinero, pero que la casa de Albany, que había pasado a manos de él, iba a ser vendida en beneficio de ellas; que estaba enterada, por último, de que Edmund Ludlow, el marido de Lilian, había asumido la responsabilidad de encargarse del asunto, razón por la que la joven pareja, que se había trasladado a Albany durante la enfermedad del señor Archer, seguía allí en el momento presente y, al igual que Isabel, ocupaba la vieja casa.

—¿Cuánto dinero esperáis obtener por ella? —preguntó la señora Touchett a su acompañante, que la había llevado a sentarse al salón principal, el cual la dama había examinado sin entusiasmo.

—No tengo ni la menor idea —respondió la joven.

—Es la segunda vez que me contestas eso —replicó su tía—. Y sin embargo no parece que tengas un pelo de tonta.

—No soy tonta, pero de dinero no sé nada.

—Ya, así es como te han educado, como si fueses a heredar un millón. ¿Qué has heredado en realidad?

—De verdad que no podría decírselo. Tendrá que preguntárselo a Edmund y Lilian; dentro de media hora estarán de vuelta.

—En Florencia diríamos que es una casa muy mala —aseguró la señora Touchett—, pero aquí me atrevería a afirmar que se podrá conseguir un buen precio por ella. Debería proporcionaros una suma considerable a cada una de vosotras. Además de eso, seguro que contáis con algo más; resulta francamente extraordinario que no estés enterada. La casa está en muy buen sitio, y lo más probable es que la derriben para construir una galería de tiendas. Me pregunto por qué no os encargáis vosotras de hacerlo; podríais alquilar los locales de las tiendas y sacar grandes beneficios.

Isabel la miró atónita; la idea de alquilar tiendas era algo nuevo para ella.

—Confío en que no la derriben —dijo—. Yo le tengo muchísimo cariño.

—No entiendo por qué; tu padre murió aquí.

—Sí, pero no por eso deja de gustarme —respondió la joven de forma un tanto extraña—. Me gustan los sitios en los que han sucedido cosas, incluso si se trata de cosas tristes. Mucha gente ha muerto aquí; la casa ha estado llena de vida.

—¿Eso es lo que tú entiendes por estar llena de vida?

—Quiero decir llena de experiencias, de los sentimientos y pesares de la gente. Y no solo de sus pesares, porque yo he sido muy feliz aquí de niña.

—Deberías ir a Florencia si te gustan las casas en las que han ocurrido cosas, sobre todo muertes. Yo vivo en un antiguo palacio en el que han sido asesinadas tres personas; tres que se sepa, y sabe Dios cuántas más aparte de ellas.

—¿En un antiguo palacio? —repitió Isabel.

—Sí, querida; algo muy distinto a esto. Esta casa es muy burguesa.

Isabel sintió una extraña emoción, ya que siempre había tenido una magnífica opinión de la casa de su abuela. Pero aquella emoción era de una clase que la impulsó a decir:

—Me encantaría ir a Florencia.

—Pues si eres muy buena y haces cuanto yo te diga, te llevaré allí conmigo —declaró la señora Touchett.

La emoción de nuestra joven aumentó; se ruborizó un poco y sonrió a su tía en silencio.

—¿Que haga todo lo que me diga? No creo que pueda prometerle tal cosa.

—No, no me pareces de esa clase de personas. Te gusta hacer las cosas a tu manera, pero yo no soy quién para echarte eso en cara.

—Y, sin embargo, ¡con tal de ir a Florencia —exclamó la joven tras un momento—, soy capaz de prometer casi cualquier cosa!

Edmund y Lilian tardaron en regresar, y la señora Touchett pudo conversar durante una hora sin interrupciones con su sobrina, quien descubrió en ella a un personaje extraño e interesante: un auténtico personaje, casi el primero que había conocido en su vida. Era una excéntrica, como Isabel siempre había imaginado; y hasta ese momento, siempre que la joven había oído tachar de excéntrico a alguien, había pensado que se trataba de una persona desagradable e inquietante. Dicho término siempre le había evocado algo grotesco e incluso siniestro. Pero su tía lo convertía en algo lleno de ironía, aunque de una ironía asequible, o de comicidad, lo que la impulsó a preguntarse si la normalidad, que era todo lo que había conocido hasta el momento, le había resultado alguna vez tan interesante. Lo cierto era que nadie jamás la había cautivado tanto como aquella mujer menuda, de aspecto extranjero, ojos chispeantes y labios finos, que compensaba una apariencia insignificante con un porte distinguido y que, allí sentada con su raído impermeable, hablaba con insólita familiaridad de las cortes europeas. No había ni rastro de frivolidad en la señora Touchett, puesto que no reconocía rangos superiores en la escala social, pero mientras juzgaba a los grandes de la tierra de una forma que lo ponía de manifiesto, disfrutaba de estar causando tanta impresión en una mente ingenua y vulnerable. Al principio, Isabel había respondido a innumerables preguntas, y, al parecer, por sus respuestas la señora Touchett se había formado una inmejorable opinión de la inteligencia de la joven. Pero a continuación había sido ella la que había hecho otras muchas, y las respuestas de su tía, fuesen de la índole que fuesen, le parecieron materia para una profunda reflexión. La señora Touchett esperó a que volviese su otra sobrina el tiempo que estimó razonable, pero como a las seis la señora Ludlow todavía no había llegado, se dispuso a marcharse.

—Tu hermana debe de ser una auténtica chismosa. ¿Acostumbra a estar fuera tantas horas?

—Usted lleva fuera casi tanto como ella —respondió Isabel—. Debe de haber salido de casa poco antes de su llegada.

La señora Touchett miró a la joven sin resentimiento; parecía gustarle que le contestase con descaro y estar dispuesta a mostrarse benévola.

—Puede que ella no tenga una excusa tan buena como la mía. Dile, de todos modos, que debe venir a verme esta noche a ese espantoso hotel. Puede venir con su marido si quiere, pero no es necesario que vengas tú. Ya tendré tiempo más que suficiente de verte más adelante.

La señora Ludlow era la mayor de las tres hermanas, y la que normalmente era considerada la más sensata; se las solía catalogar a Lilian como la práctica, a Edith como la bella y a Isabel como la más «intelectual». La señora Keyes, la segunda del grupo, era esposa de un oficial del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, y como en nuestro relato no volverá aparecer, es suficiente con decir que era en efecto muy bonita y que servía de adorno en los distintos destinos militares, situados principalmente en el poco refinado oeste, a los que, para enorme disgusto suyo, se veía sucesivamente relegado su marido. Lilian se había casado con un abogado de Nueva York, un joven de voz potente y lleno de entusiasmo por su profesión; no era un gran partido, como tampoco lo era el de Edith, pero en alguna ocasión se había comentado que Lilian podía considerarse una joven afortunada por el simple hecho de casarse, ya que era mucho menos agraciada que sus hermanas. Sin embargo, era muy feliz, y ahora, como madre de dos pequeños tiranos y señora de una casita de piedra rojiza brownstone, encajonada como a la fuerza en la calle Cincuenta y tres, parecía encontrar su situación tan exultante como la más audaz de las fugas. Era robusta y de baja estatura, y si bien su figura se ponía en tela de juicio, se le reconocía presencia, aunque no majestad. Además, a decir de la gente, había mejorado desde la boda, y las dos cosas en la vida de las que estaba más segura eran la vehemencia de su marido en las discusiones y la originalidad de su hermana Isabel.

—Jamás he sido capaz de seguir el ritmo de Isabel: no me habría quedado tiempo para otra cosa —había comentado en más de una ocasión, pese a lo cual, no obstante, siempre la tenía presente con cierta nostalgia; y la vigilaba como una maternal spaniel haría con un galgo en libertad—. Quiero verla felizmente casada, eso es lo que quiero ver.

—Pues yo, por mi parte, no tendría ningún deseo especial de casarla.

Edmund Ludlow estaba acostumbrado a responder en un tono fuertemente audible.

—Sé que lo dices por discutir; siempre me llevas la contraria. No sé qué es lo que tienes en su contra, como no sea su originalidad.

—Es que no me gustan los originales; me gustan las traducciones —había respondido el señor Ludlow en más de una ocasión—. Isabel está escrita en un idioma extranjero. Yo no la entiendo. Debería casarse con un armenio o un portugués.

—¡Eso es precisamente lo que me da miedo que haga! —exclamó Lilian, que creía a Isabel capaz de cualquier cosa.

Lilian escuchó con enorme interés el relato que su hermana le hizo de la aparición de la señora Touchett, y al caer la noche se dispuso a acatar las órdenes de su tía. De lo que Isabel dijo más tarde no queda constancia, pero sin duda fueron las palabras de su hermana las que indujeron a Lilian a decirle a su marido cuando ambos se estaban arreglando para la visita:

—Espero de todo corazón que haga algo bueno por Isabel; está claro que la ha dejado prendada.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó Edmund Ludlow—. ¿Que le dé un buen regalo?

—No, claro que no; nada por el estilo, sino que se interese por ella, que la comprenda. Está claro que es la persona adecuada para apreciar a alguien como Isabel. Ha vivido mucho tiempo en compañía de extranjeros; se lo ha contado todo a Isabel. Y tú siempre has sido de la opinión de que Isabel tiene mucho de extranjera.

—Y tú quieres que le dé un poco de comprensión foránea, ¿eh? ¿No crees que aquí reciba la suficiente?

—Es que debería viajar al extranjero —dijo la señora Ludlow—. Es la persona adecuada para ir al extranjero.

—Y quieres que la anciana dama se la lleve con ella, ¿no es así?

—Se ha ofrecido a llevarla, se muere por que Isabel vaya. Pero lo que yo quiero es que cuando lleguen allí, le ofrezca a Isabel todas las ventajas. Estoy segura de que lo único que tenemos que hacer —afirmó la señora Ludlow— es darle la oportunidad.

—¿La oportunidad de qué?

—La oportunidad de perfeccionarse.

—¡Dios nos libre! —exclamó Edmund Ludlow—. ¡Que no se perfeccione más, por favor!

—Si no supiese que eso lo dices solo por discutir, me sentaría fatal —respondió su mujer—. Pero tú sabes que la quieres.

—¿Sabes que te quiero? —preguntó el joven, en tono de broma, a Isabel un poco más tarde mientras se cepillaba el sombrero.

—¡Lo que sé es que me trae completamente sin cuidado! —exclamó la joven, con una voz y una sonrisa que, sin embargo, desmentían el desdén de sus palabras.

—Vaya, qué importante se siente desde la visita de la señora Touchett —dijo su hermana.

Pero Isabel rebatió el comentario con mucha seriedad.

—No digas eso, Lily. No me siento nada importante.

—Si eso no es malo —le aseguró Lily, siempre conciliadora.

—Ya, pero la visita de la señora Touchett no es motivo para sentirse así.

—Ah —exclamó Ludlow—, ¿se siente más importante que nunca!

—Si alguna vez me siento importante —declaró la joven—, será por mejores razones.

Fuera como fuese, lo cierto es que se sentía distinta, como si algo le hubiese sucedido. Cuando esa noche se quedó sola, se sentó un rato a la luz de la lámpara, con las manos vacías, sin ocuparse en sus distracciones habituales. Después se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación, y fue de una estancia a otra, prefiriendo aquellos lugares en los que la luz era difusa y estaba a punto de extinguirse. Se sentía intranquila, agitada incluso; por momentos la recorría un leve temblor. La importancia de lo sucedido no guardaba proporción con el hecho en sí: su vida había dado un auténtico vuelco. Lo que vendría a partir de ahora resultaba aún demasiado impreciso; pero Isabel estaba en una situación que hacía que cualquier cambio cobrase importancia. Sentía el deseo de dejar atrás el pasado y, como se decía a sí misma, empezar de nuevo. Dicho deseo no era en absoluto fruto de lo ocurrido ese día; era algo tan familiar como el sonido de la lluvia en el cristal y la había empujado a empezar de cero en numerosas ocasiones. Cerró los ojos y tomó asiento en uno de los rincones en penumbra del silencioso salón, pero no lo hizo movida por el deseo de quedarse adormilada para olvidar. Por el contrario, se encontraba demasiado despierta y deseaba dominar aquella sensación de estar viendo demasiadas cosas a la vez. Su imaginación era, por la fuerza del hábito, activa hasta el absurdo; cuando la puerta no estaba abierta, saltaba por la ventana. No estaba en absoluto acostumbrada a mantenerla aherrojada; y en los momentos importantes, cuando habría agradecido utilizar tan solo el juicio, pagaba las consecuencias de haber dado demasiadas alas a la facultad de ver sin enjuiciar. En aquel momento, dominada por la sensación de que se había producido el anuncio de un cambio, se vio invadida poco a poco por un sinfín de imágenes de las cosas que iba a dejar atrás. Los días y las horas vividos volvieron a ella, y durante largo rato, en medio de un silencio solo interrumpido por el tictac del gran reloj de bronce, pasó revista de ellos. Había sido una vida muy feliz y ella una persona muy afortunada: esa era la certeza que parecía emerger con más nitidez. Había tenido a su alcance todo lo mejor, y en un mundo en el que las circunstancias de tantos eran tan poco envidiables era una ventaja no haber presenciado jamás nada especialmente desagradable. A Isabel se le antojó que lo desagradable había estado incluso demasiado ausente de su experiencia,

puesto que, por su relación con la literatura, sabía que con frecuencia constituía una fuente de interés e incluso de aprendizaje. Su padre la había mantenido alejada todo de ello... su apuesto y adorado padre, que siempre había demostrado tanta aversión hacia lo desagradable. Suponía una gran felicidad haber sido hija suya; Isabel se sentía verdaderamente orgullosa de su progenitor. Tras su muerte, creyó entender que lo que su padre había hecho era mostrar a sus hijas su lado más valiente, pero que en la práctica no había logrado eludir la parte mala, como era su aspiración. Sin embargo, eso no hizo sino aumentar la ternura que él le inspiraba; no resultaba ni siquiera doloroso haberlo considerado generoso en demasía, demasiado bondadoso, demasiado indiferente a las intenciones sórdidas. Mucha gente sostenía que llevaba demasiado lejos tal indiferencia, sobre todo el gran número de personas a las que debía dinero. De tales opiniones Isabel nunca fue informada con claridad; no obstante, puede que al lector le resulte interesante saber que, si bien reconocían que el señor Archer era poseedor de una cabeza privilegiada y de unos modales cautivadores (de hecho, como uno de ellos había comentado, siempre estaba «cautivando» algo), habían declarado que hacía muy mal uso de su vida. Había dilapidado una considerable fortuna, sus relaciones sociales eran deplorables, y era conocido como un jugador empedernido. Unos cuantos críticos acérrimos iban más allá y afirmaban que ni siquiera había sabido educar a sus hijas. No habían recibido la educación apropiada ni habían contado con un hogar permanente: habían sido al mismo tiempo malcriadas y desatendidas; y o bien se las había dejado en manos de niñeras e institutrices (casi siempre muy malas) o habían sido enviadas a colegios frívolos, dirigidos por franceses, de los que, al cabo un mes, se las habían llevado hechas un mar de lágrimas. Este punto de vista de la cuestión habría suscitado la indignación de Isabel, porque a su modo de ver había gozado de grandes oportunidades. Incluso cuando su padre había abandonado a las niñas durante tres meses en Neufchatel al cuidado de una *bonne* francesa que se había fugado con un aristócrata ruso alojado en el mismo hotel. Ni siquiera en aquella situación irregular (el incidente había ocurrido cuando ella contaba once años) había experimentado miedo ni vergüenza, sino que, debido a su educación liberal, lo había considerado un episodio romántico. Su padre tenía una visión muy amplia de la vida, de la que daban prueba su inquietud constante y la incoherencia de conducta que en ocasiones mostraba. Su deseo era que sus hijas, incluso de niñas, viesan cuanto fuese posible del mundo. Con tal propósito, antes de que Isabel cumpliera los catorce, las había llevado a cruzar ya tres veces el Atlántico, aunque en cada una de esas ocasiones no les había concedido más que unos cuantos meses para disfrutar del objetivo propuesto, un proceder que había despertado la curiosidad de nuestra heroína sin permitirle satisfacerla. Isabel debió de haber sido la más fiel adepta de su padre, puesto que, del trío, era la que más le «compensaba» por aquellas

situaciones desagradables que él jamás mencionaba. En los últimos días de su vida, el deseo de abandonar un mundo en el que la dificultad de hacer lo que a uno le apetecía parecía ir en aumento con la edad se había visto en gran medida contrarrestado por el dolor de separarse de una hija tan inteligente, tan notable y superior. Más tarde, cuando cesaron los viajes a Europa, él continuó concediendo a sus hijas todo tipo de caprichos, y aunque estuviese inmerso en dificultades económicas, jamás hubo nada que alterase la irreflexiva certeza que ellas tenían de encontrarse en posesión de muchas cosas. Isabel, pese a bailar muy bien, no conservaba recuerdo alguno de haber destacado en los ambientes coreográficos de Nueva York; su hermana Edith, a decir de todos, resultaba muchísimo más atractiva. Edith constituía un ejemplo tan claro de éxito que Isabel no podía seguir albergando ilusiones acerca de lo que era necesario para obtener semejante distinción, ni tampoco acerca de su propia capacidad de saltar, brincar, dar grititos... sobre todo, para alcanzar el efecto deseado. Diecinueve de cada veinte personas (entre ellas su propia hermana menor) declaraban que Edith era con mucho la más guapa de las dos; pero la que hacía el número veinte, además de opinar lo contrario, se complacía en pensar que todos los demás eran unos estetas vulgares. Isabel sentía en lo más profundo de su ser un deseo de complacer incluso más insaciable que el de Edith; sin embargo, las profundidades del ser de esta joven dama se hallaban en un lugar muy inaccesible, y entre el mismo y la superficie, la comunicación se veía obstaculizada por una decena de fuerzas caprichosas. Veía cómo los jóvenes acudían en tropel a visitar a su hermana; pero, en general, sentían miedo de Isabel; tenían el convencimiento de que para hablar con ella necesitaban de una preparación especial. Una reputación de lectora empedernida la rodeaba como la envoltura nebulosa de una diosa de epopeya; se daba por supuesto que esa cualidad engendraba preguntas difíciles y hacía que la conversación con ella resultase un tanto fría. A la pobre muchacha le agradaba que la considerasen inteligente, pero odiaba que la tomasen por un ratón de biblioteca; acostumbraba a leer a escondidas y, pese a gozar de excelente memoria, se abstenía de hacer citas pedantes. Tenía una enorme ansia de saber, pero en realidad prefería casi cualquier otra fuente de información a la página impresa: sentía una curiosidad inmensa ante la vida, todo lo observaba y de todo se maravillaba. Guardaba en su interior una gran reserva vital, y obtenía el placer más intenso al experimentar la relación existente entre los impulsos de su propio espíritu y las convulsiones del mundo exterior. Por dicho motivo, disfrutaba al ver las grandes muchedumbres y las vastas extensiones de un país, al leer acerca de guerras y revoluciones, al contemplar cuadros históricos, empeños estos que la habían empujado con frecuencia a cometer conscientemente el error de perdonar mucha mala pintura en aras del asunto que reflejaba. En tiempos de la guerra de Secesión era todavía muy pequeña; pero pasó meses de aquel largo período en un estado de

entusiasmo casi apasionado, durante el que en ocasiones (para gran confusión suya) se sintió conmovida casi de forma indiscriminada por el valor de uno u otro ejército. Naturalmente, la cautela de aquellos suspicaces jóvenes nunca había llegado tan lejos como para convertirla en una proscrita social; puesto que el número de aquellos cuyos corazones, cuando se aproximaban a ella, latían a un ritmo que les recordaba que también tenían cabeza, le había impedido familiarizarse con las excelsas disciplinas propias de su sexo y su edad. Había contado con cuanto una joven podía apetecer: cariño, admiración, dulces, flores, la sensación de no carecer de ninguno de los privilegios del mundo en que vivía, abundantes oportunidades de bailar, infinidad de vestidos que estrenar, la revista *Spectator* de Londres, las últimas publicaciones, la música de Gounod, la poesía de Browning, la prosa de George Eliot.

Ahora todas estas cosas, a medida que la memoria las evocaba, se transformaban en un sinnúmero de escenas y personajes. Recuperó cosas olvidadas; muchas otras, que últimamente había considerado de enorme importancia, desaparecieron de su mente. El resultado fue una especie de caleidoscopio, pero los giros de dicho instrumento se vieron finalmente interrumpidos por la llegada de la criada, que anunció la visita de un caballero. El nombre del caballero era Caspar Goodwood. Se trataba de un joven cabal de Boston, que conocía a la señorita Archer desde hacía doce meses y que, al considerarla la joven más bella de su tiempo, había dictaminado que aquella época, según el criterio al que antes he aludido, constituía un período de la historia necio a más no poder. Le había escrito de vez en cuando, y hacía una o dos semanas lo había hecho desde Nueva York. Isabel había pensado que era muy posible que fuese a visitarla; de hecho, durante todo aquel lluvioso día lo había estado esperando vagamente. Ahora que sabía que se encontraba allí, sin embargo, no sentía grandes deseos de recibirlo. Era el joven más atractivo que jamás había visto, sin duda un joven espléndido, que inspiraba en ella un raro sentimiento de gran respeto. Nunca había experimentado algo así por ninguna otra persona. Todo el mundo en general era de la opinión de que deseaba casarse con ella, pero, por supuesto, eso era algo que quedaba entre ellos. Lo que sí cabe al menos afirmar es que el joven había hecho el viaje de Nueva York hasta Albany expresamente para verla, tras haberse enterado en aquella ciudad, en la que había estado pasando unos días y había esperado encontrarse con ella, de que la joven se encontraba todavía en la capital del estado. Isabel retrasó unos minutos el momento de ir a verle; anduvo de un lado a otro de la habitación, con la sensación de hallarse ante nuevas complicaciones. Pero al fin acudió a su encuentro y lo halló de pie junto a la lámpara. Era alto, fuerte y un tanto envarado; era además esbelto y moreno. No era apuesto en sentido romántico, sino de una belleza un tanto turbia; pero había algo en su fisonomía que atraía la atención, atención que se veía recompensada en función del encanto que uno encontrara en los ojos azules de increíble fijeza, que no

parecían pertenecer a una tez del color de la suya, y en una mandíbula de esa forma un tanto angulosa que suele ir asociada a un temperamento resuelto. Isabel se dijo para sus adentros que esa noche su barbilla denotaba resolución; pese a lo cual, media hora después, Caspar Goodwood, que aparte de resuelto había llegado allí esperanzado, regresaba a su alojamiento con la sensación de ser un hombre derrotado. Y no era, cabría añadir, un hombre que aceptase la derrota así como así.

5

Ralph Touchett era un filósofo, pero aun así llamó a la puerta de su madre (a las siete menos cuarto) con una gran dosis de ansiedad. Hasta los filósofos tienen sus preferencias, y hay que reconocer que de sus progenitores era el padre el que mejor se correspondía con su idea del encanto de la dependencia filial. Su padre, como a menudo se decía para sus adentros, era quien se mostraba más maternal de los dos; su madre, por otro lado, era paternal, e incluso, para decirlo en la jerga al uso, mangoneadora. No obstante, sentía enorme afecto por su único hijo y siempre había insistido en que pasase tres meses al año en su compañía. Ralph correspondía con toda justicia a su afecto y sabía que, en los pensamientos de su madre y en aquella vida suya tan organizada y estructurada, a él invariablemente le correspondía el turno inmediatamente posterior al de aquellos otros asuntos que reclamaban su atención inmediata, a todas aquellas puntualizaciones necesarias para que funcionasen a la perfección los engranajes de su voluntad. Ralph la encontró ya arreglada para la cena, pero abrazó a su hijo sin quitarse los guantes y le hizo tomar asiento a su lado en el sofá. Se interesó concienzudamente por la salud de su marido y por la del propio joven, y, al obtener una información muy poco alentadora sobre ambas, observó que estaba más convencida que nunca del acierto de su decisión de no exponerse al clima inglés. De haberlo hecho, es posible que ella también se sintiese débil. Ralph sonrió al imaginarse a su madre débil, pero no se molestó en recordarle que sus dolencias no eran resultado del clima inglés, ya que se pasaba gran parte del año alejado del mismo.

Él había sido un niño de corta edad cuando su padre, Daniel Tracy Touchett, oriundo de Rutland, en el estado de Vermont, llegó a Inglaterra como socio minoritario de un banco del que unos diez años más tarde logró control predominante. Daniel Touchett comprendió que tenía ante sí una estancia de por vida en su país de adopción y, desde el principio, mantuvo con respecto al mismo una actitud sencilla, juiciosa y transigente. No obstante, como se dijo a sí mismo, no tenía intención de renunciar a sus raíces

estadounidenses, ni tampoco de enseñarle a su único hijo arte tan sutil. El problema de integrarse a la vida de Inglaterra le había resultado de tan fácil solución, aun sin llegar a ser un converso, que le parecía igual de sencillo que su heredero legal se encargase tras su muerte de dar continuidad a aquella banca antigua y gris con la luminosa claridad de su país natal. Con todo se esforzó en intensificar dicha claridad, y envió al muchacho a educarse a Estados Unidos. Ralph asistió durante varios trimestres a un colegio en Estados Unidos y se licenció en una universidad de allí, tras lo cual, cuando a la vuelta su padre lo encontró nativo en exceso, fue enviado a estudiar tres años en Oxford. Oxford pudo con Harvard, y al final Ralph se volvió lo suficientemente inglés. Su aparente conformidad con las maneras del entorno no era, sin embargo, sino una máscara tras la que se escondía una mente que disfrutaba enormemente de su independencia, en la que nada permanente lograba imponerse, y que, con inclinación natural a la aventura y la ironía, se permitía una libertad de opinión sin límites. Comenzó siendo un joven muy prometedor; en Oxford, para enorme satisfacción de su padre, descolló y la gente de su alrededor afirmaba que era una verdadera lástima que a un joven tan inteligente se le negase la posibilidad de hacer carrera. Puede que de haber regresado a su país hubiese disfrutado de tal oportunidad (aunque este punto está rodeado de incertidumbre), pero incluso en el supuesto de que el señor Touchett hubiese accedido de buen grado a separarse de él (que no era el caso), a Ralph le habría resultado muy difícil interponer de forma permanente todo aquel océano entre él y ese anciano al que consideraba su mejor amigo. Ralph no solo quería a su padre, lo admiraba y disfrutaba cuando tenía la oportunidad de observarlo. Daniel Touchett, en su opinión, era un genio, y pese a que él carecía de aptitudes para los misterios de la banca, se propuso aprender lo suficiente para poder equipararse a la importante figura que su padre había representado en ella. Sin embargo, no era eso lo que más admiraba en él, sino aquella superficie marfileña, como pulimentada por el aire inglés, que el anciano había opuesto a cualquier intento de penetración. Daniel Touchett no había estudiado ni en Harvard ni en Oxford, y solo a él podía culparse de haber depositado en manos de su hijo las claves de la crítica moderna. Ralph, cuya mente estaba repleta de ideas que su padre jamás habría adivinado, tenía en gran estima la originalidad de este. Los estadounidenses, con razón o sin ella, son muy apreciados por la facilidad con la que se pliegan a las condiciones de otro país; pero el señor Touchett había logrado que en los propios límites de su adaptabilidad residiese en gran parte la razón de su éxito general. Había conservado con toda su frescura la mayoría de sus rasgos primigenios; su acento, como el hijo siempre observaba con placer, era el propio de las regiones más exuberantes de Nueva Inglaterra. Al final de su vida había llegado a ser, en su propio terreno, tan apacible como rico; combinaba una perspicacia consumada con una disposición superficial a

confraternizar, y su «posición social», que jamás le había importado lo más mínimo, conservaba la turgencia perfecta de una fruta que nadie ha manoseado. Quizá fuese debido a la ausencia de imaginación y de lo que ha venido en denominarse conciencia histórica, pero su percepción estaba completamente cerrada a muchas de las impresiones que la vida inglesa produce en el forastero culto. Existían ciertas diferencias que nunca había percibido, ciertos hábitos que jamás había adquirido, ciertos misterios en los que nunca se había adentrado. En lo que a estos últimos se refiere, si algún día hubiera indagado en ellos su hijo no habría tenido tan buena opinión de él.

Ralph, tras dejar Oxford, había dedicado un par de años a viajar, después de lo cual se había visto encaramado a un alto taburete del banco de su padre. La responsabilidad de tales puestos y el honor que representan, en mi opinión, no se miden por la altura del taburete, que responde a consideraciones de otra índole: a Ralph, que de hecho tenía las piernas muy largas, le gustaba estar de pie en el trabajo o moverse de un lado a otro. A este ejercicio, sin embargo, se vio forzado a dedicar solo un breve período de tiempo, ya que después de un año y medio se percató de que tenía problemas graves de salud. Había cogido un fortísimo resfriado, que se había alojado en sus pulmones y había hecho verdaderos estragos en ellos. Se vio obligado a dejar de trabajar y a cumplir a rajatabla con la penosa obligación de cuidarse. Al principio no se aplicó mucho; tenía la impresión de que no era de sí mismo en absoluto de quien estaba cuidando, sino de otra persona carente de interés y atractivo, con la que no tenía nada en común. Esa persona, sin embargo, mejoró al ir conociéndola, y Ralph alcanzó finalmente a mostrar a regañadientes cierta tolerancia hacia ella, e incluso un respeto contenido. El infortunio engendra extrañas complicidades, y nuestro joven, sabedor de que en aquel empeño se jugaba algo (generalmente pensaba que su reputación de ingenioso), dedicó a su tosco pupilo una atención considerable que fue debidamente apreciada y que al menos surtió el efecto de mantener con vida a aquel pobre diablo. Uno de sus pulmones empezó a sanar, el otro prometía seguir el ejemplo, y se le aseguró que podría resistir otros doce inviernos si se trasladaba a los climas donde suelen refugiarse los tísicos. Como había llegado a sentir enorme aprecio por la ciudad de Londres, maldijo la monotonía de aquel exilio; pero, al tiempo que lo maldecía, se fue adaptando, y poco a poco, al descubrir que aquel organismo suyo tan sensible agradecía los favores hasta si se hacían de mala gana, empezó a concedérselos de mejor grado. Hibernaba en el extranjero, como suele decirse: tomaba el sol, se quedaba en casa cuando hacía viento, se metía en la cama si llovía, y en un par de ocasiones en que había nevado durante la noche, ni siquiera volvió a levantarse.

Una secreta reserva de indiferencia (como un trozo grande de pastel que una anciana niñera cariñosa hubiese metido a hurtadillas en el bolsillo de su primer uniforme escolar) vino en su auxilio y le ayudó a reconciliarse con el

sacrificio, puesto que, en el mejor de los casos, estaba demasiado enfermo para todo lo que no fuese aquella ardua tarea. Como se decía a sí mismo, en realidad no había nada que le hubiese apetecido mucho hacer, de manera que por lo menos no desertó ni abandonó el campo de batalla. En el momento presente, sin embargo, la fragancia del fruto prohibido parecía en ocasiones flotar a su alrededor y recordarle que el mayor de los placeres es entrar en acción. Vivir como él lo hacía era como leer un buen libro en una mala traducción, pasatiempo mezquino para un joven convencido de que podría haber sido un lingüista excelente. Pasaba inviernos buenos e inviernos malos, y en el transcurso de los primeros fue presa a veces de la ilusión de una recuperación casi total. Sin embargo, dicha ilusión se esfumó unos tres años antes de que ocurriesen los hechos con los que se inicia este relato: en esa ocasión se había quedado en Inglaterra hasta más tarde de lo habitual y el mal tiempo le había sorprendido antes de arribar a Argel. Llegó más muerto que vivo y permaneció allí varias semanas debatiéndose entre la vida y la muerte. Su convalecencia fue un auténtico milagro, pero la primera lección que de ella extrajo fue que milagros así solo ocurren una vez. Se dijo a sí mismo que su hora no estaba lejos y que le convenía tenerlo muy en cuenta, aunque también se le ofrecía la oportunidad de pasar el tiempo que le restaba del mejor modo posible siempre en la medida de sus posibilidades. Ante la perspectiva de perderlas, el simple uso de sus facultades se convirtió en un placer infinito; le pareció que el gozo de la contemplación jamás había sido explorado. Lejos quedaban los tiempos en los que le había resultado arduo verse obligado a renunciar a la idea de sobresalir, una idea no menos incómoda por su vaguedad ni menos placentera por haber tenido que enfrentarse a la vez con accesos de ejemplar autocrítica. Sus amigos lo encontraban ahora más alegre, y lo atribuían a la teoría, ante la que asentían con complicidad, de que iba a recobrar la salud. Pero aquella serenidad no era sino un manto de flores silvestres que crecía sobre su ruina.

Es muy probable que fuese esa sabrosa cualidad de la cosa contemplada en sí misma lo que contribuyó al súbito interés que despertó en Ralph la llegada de una joven que, a todas luces, de insípida no tenía nada. Algo le decía que, si mostraba la disposición adecuada, allí encontraría suficiente ocupación para infinidad de días. Cabría añadir, de forma somera, que la idea de amar, a diferencia de la de ser amado, tenía todavía sitio en su reducido esquema. Tan solo se había prohibido a sí mismo el derroche de su manifestación. No obstante, ni él debía inspirar pasión alguna en su prima ni ella, aunque lo intentase, debía despertarla en él.

—Y ahora, hágame de la joven —le dijo a su madre—. ¿Cuáles son tus intenciones con respecto a ella?

La respuesta de la señora Touchett no se hizo esperar.

—Mi intención es pedirle a tu padre que la invite a quedarse tres o cuatro semanas en Gardencourt.

—No es necesaria tanta ceremonia —dijo Ralph—. Mi padre la invitará como la cosa más natural.

—Yo no estoy tan segura. Es mi sobrina, no la suya.

—¡Por Dios bendito, querida madre! ¡Menudo sentido de la propiedad! Esa es aún más razón para que la invite. Pero después de eso... me refiero a dentro de unos tres meses, porque sería absurdo invitar a la pobre muchacha a quedarse solo tres o cuatro míseras semanas, ¿qué te propones hacer con ella?

—Me propongo llevarla a París. Me propongo comprarle ropa.

—Ya, claro, eso por supuesto. ¿Y aparte de eso?

—La invitaré a pasar el otoño conmigo en Florencia.

—Te quedas en los detalles, querida madre —dijo Ralph—. Lo que quiero saber es qué te propones hacer con ella en general.

—¡Cumplir con mi deber! —declaró la señora Touchett—. Supongo que sientes mucha lástima por ella —añadió.

—No, no creo que sienta lástima por ella. No me da la impresión de que invite a la compasión. Creo que la envidio. Antes de asegurarlo, sin embargo, dame una pista de dónde crees que reside tu deber.

—En mostrarle cuatro países de Europa... la dejaré que elija dos, y en darle la oportunidad de perfeccionar su francés, que ya conoce muy bien.

Ralph frunció ligeramente el entrecejo.

—Eso suena bastante árido, incluso si le permites escoger dos de los países.

—Si te resulta árido —dijo su madre con una carcajada—, te aseguro que Isabel se encargará de que florezca. Es como lluvia de mayo, te lo aseguro.

—¿Quieres decir que es un ser excepcional?

—Yo no sé si es excepcional o no, pero es una joven inteligente, con voluntad propia y fuerte temperamento. No conoce el aburrimiento.

—Me lo imagino —dijo Ralph, para después añadir con brusquedad—: ¿Cómo os lleváis entre vosotras?

—¿Quieres decir con eso que yo soy una aburrida? No creo que ella piense eso de mí. Ya sé que para algunas jóvenes podría serlo, pero Isabel es demasiado inteligente para pensarlo. Creo que se divierte muchísimo conmigo. Nos llevamos bien porque yo la entiendo; sé la clase de joven que es. Es muy

franca, y yo también lo soy: ambas sabemos lo que cada una puede esperar de la otra.

—¡Sí, querida madre —exclamó Ralph—, uno siempre sabe qué se puede esperar de ti! Solo me has sorprendido una vez, y ha sido hoy, haciéndome el regalo de una bonita prima cuya existencia ni siquiera sospechaba.

—¿Tan guapa la encuentras?

—Muy guapa, sin duda, pero eso no es lo principal. Lo que me llama la atención en ella es ese aire de ser alguien especial. ¿Quién es esa criatura tan insólita, qué es? ¿Dónde la has encontrado, y cómo la has conocido?

—La encontré en una vieja casa de Albany, sentada en una habitación deprimente en una tarde lluviosa, leyendo un pesado libro y aburriéndose como una ostra. Ella no sabía lo aburrida que estaba, pero cuando la dejé, no me cabe la menor duda, parecía muy agradecida del favor que le había hecho. Me dirás que no tenía que haberla espabilado, que debería haberla dejado en paz. Y quizá estés en lo cierto, pero yo actué en conciencia; pensé que se merecía algo mejor. Se me ocurrió que sería una buena obra llevármela de viaje y hacer que conociera mundo. Ella se cree que sabe mucho de él, como la mayoría de las jóvenes estadounidenses; pero al igual que todas ellas, se equivoca de punto a punto. Por si te interesa, te diré que pensé que me haría quedar en buen lugar. Me gusta causar buena impresión, y para una mujer de mi edad no hay mayor ventaja, en ese aspecto, que una sobrina atractiva. Tú sabes que hacía años que no tenía noticia de las hijas de mi hermana; desaprobaba por completo la conducta del padre. Pero siempre tuve la intención de hacer algo por ellas cuando a él le llegase su hora. Averigüé dónde podía encontrarlas y, sin más preámbulos, fui y me presenté. Hay otras dos hermanas, ambas casadas, pero solo conocí a la mayor, quien, por cierto, tiene un marido de lo más descortés. A su mujer, que se llama Lily, le entusiasmó la idea de que yo me interesase por Isabel; dijo que eso era justo lo que su hermana necesitaba, que alguien se tomara interés por ella. Me habló de Isabel como se habla de un joven genio, necesitado de aliento y protección. Tal vez sea cierto que es un genio, pero de ser así, todavía no he descubierto su talento especial. La señora Ludlow se mostró ciertamente entusiasmada con mi idea de traérmela a Europa; allá todos ven Europa como una tierra de promisión, de salvación, como un refugio para su exceso de población. La propia Isabel parecía muy contenta de venir, y todo se arregló fácilmente. Surgió un pequeño contratiempo en lo relativo al dinero, ya que se mostraba reacia a cualquier tipo de dependencia económica. Pero cuenta con una pequeña renta, y se cree que es ella la que corre con los gastos de su viaje.

Ralph había escuchado con atención aquel informe tan juicioso, que no mitigó su interés por la protagonista del mismo.

—Pues si es un genio —dijo—, debemos descubrir su talento especial. ¿No será, por casualidad, el coqueteo?

—No lo creo. En un principio, puede que te lo parezca, pero te equivocarías. No creo que te resulte muy fácil acertar con ella.

—¡Entonces Warburton se equivoca! —exclamó Ralph con regocijo—. Él se jacta de haber descubierto precisamente eso.

La madre negó con la cabeza.

—Lord Warburton no la entenderá. Que no se moleste en intentarlo.

—Él es muy inteligente —afirmó Ralph—, pero no le vendrá mal sentirse desconcertado de vez en cuando.

—A Isabel le va a encantar desconcertar a todo un lord —observó la señora Touchett.

Su hijo frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué sabe ella de lores?

—Nada en absoluto, y eso lo desconcertará todavía más.

Ralph recibió aquellas palabras con una carcajada, y miró por la ventana. Luego preguntó:

—¿Es que no piensas bajar a ver a mi padre?

—A las ocho menos cuarto —respondió la señora Touchett.

El hijo consultó su reloj.

—En tal caso, te queda un cuarto de hora. Cuéntame más cosas de Isabel. —Y al negarse la señora Touchett a complacerle y decirle que era él quien tendría que averiguarlas, prosiguió—: Está bien, lo que es innegable es que te hará quedar bien. Pero ¿no crees que pueda causarte también algún quebradero de cabeza?

—Espero que no, pero si lo hace, no pienso escurrir el bulto. Jamás lo hago.

—A mí me parece que es muy natural —dijo Ralph.

—La gente natural no es la que causa los mayores quebraderos de cabeza.

—No —concedió Ralph—, y tú eres buena prueba de ello. Eres extremadamente natural, y estoy seguro de que jamás le has causado problemas a nadie. Tendrías que esforzarte mucho para hacerlo. Pero dime una cosa que se me acaba de ocurrir: ¿es capaz Isabel de mostrarse desagradable?

—Ah —gritó la madre—, ¡cuántas preguntas haces! Averígualo tú mismo.

Las preguntas de Ralph, sin embargo, no se habían agotado.

—En todo este tiempo no me has dicho aún qué es lo que te propones hacer con ella —dijo.

—¿Qué pienso hacer con ella? Hablas como si se tratara de un metro de percal. No voy hacer absolutamente nada con ella, y ella hará todo lo que le plazca. Ya me lo ha dejado claro.

—Entonces, ¿lo que querías decir en el telegrama era que tenía un carácter independiente?

—Nunca sé lo que quiero decir en mis telegramas, sobre todo en los que envío desde Estados Unidos. Expresarse con claridad resulta muy caro. Baja conmigo a ver a tu padre.

—Todavía no son las ocho menos cuarto —dijo Ralph.

—Pero sé que estará impaciente —respondió la señora Touchett.

Ralph tenía su propia opinión sobre la impaciencia de su padre; pero, sin chistar, le ofreció el brazo a su madre. Eso le confirió el poder de, mientras descendían juntos, hacer que se detuviera un momento en el rellano a mitad de la escalera, aquella escalinata ancha y de poca altura, con barandilla de roble oscurecido por el tiempo, que era una de los elementos arquitectónicos más sobresalientes de Gardencourt.

—¿No tienes planes de casarla? —preguntó sonriente.

—¿Casarla? ¡Lamentaría tener que jugarle tan mala pasada! Pero, por lo demás, ella es perfectamente capaz de casarse por sí misma. Tiene todo lo necesario para ello.

—¿Quieres decir que ya ha elegido marido?

—No sé si marido, pero hay un joven en Boston...

Ralph no la dejó continuar; no tenía ningún deseo de oír hablar del joven de Boston.

—Como dice mi padre, ¡siempre están comprometidas!

Su madre le había dicho que debía satisfacer su curiosidad en la propia fuente, y pronto resultó evidente que no le faltarían ocasiones de hacerlo. Tuvo mucho de lo que hablar con su joven pariente cuando los dejaron solos a ambos en el salón. Lord Warburton, que había llegado a caballo desde su casa, a unas diez millas de distancia, montó de nuevo y se marchó antes de la cena; y una hora después de terminada esta, el señor y la señora Touchett, que parecían haber agotado sus reservas de cortesías, se retiraron, con la válida excusa de la fatiga, a sus respectivos aposentos. El joven pasó una hora en

compañía de su prima, quien, pese a haber estado viajando la mitad de la jornada, no daba muestras de sentirse cansada. En realidad, estaba agotada; era consciente de ello y sabía que lo pagaría al día siguiente, pero en esa época tenía por costumbre llevar el agotamiento hasta el extremo y confesarlo únicamente cuando le era imposible disimularlo. Por el momento, le era posible proceder con exquisita hipocresía, ya que era presa del interés; se sentía, como se dijo para sus adentros, flotando. Le pidió a Ralph que le mostrara los cuadros; había muchísimos en la casa, la mayoría elegidos por él. Los mejores estaban colgados en una galería revestida de roble, de encantadoras proporciones, en cuyos extremos había un par de saloncitos de estar y que por la noche se encontraba por lo general iluminada. La luz era insuficiente para apreciar bien las pinturas, y la visita podría haberse pospuesto para el día siguiente, tal como Ralph se había atrevido a sugerir; pero Isabel se había mostrado decepcionada, eso sí, sin perder la sonrisa, y había dicho:

—Si no tiene inconveniente, me gustaría verlos un momento.

Estaba ávida, sabía que era presa de la ansiedad y que ahora se le notaba; pero no podía evitarlo.

«No acepta sugerencias», se dijo Ralph para sus adentros, pero no se sintió irritado; encontró divertida aquella insistencia suya y hasta le complació. De trecho en trecho, había lámparas colocadas sobre unas ménsulas, y si bien la iluminación era imperfecta, el resultado era pasmoso. La luz caía sobre los difuminados cuadrados de vivos colores y el dorado descolorido de los gruesos marcos, y arrancaba brillos del suelo encerado de la galería. Ralph tomó una palmatoria y empezó a señalarle a Isabel las cosas que a él le gustaban; la joven fue mirando las pinturas una tras otra, entre pequeñas exclamaciones y murmullos. Resultaba evidente que era un buen juez y que poseía un gusto innato. Ralph quedó impresionado. Isabel tomó a su vez una vela y la fue acercando despacio a uno y otro cuadro; la levantó y, cuando lo hizo, Ralph se descubrió inmóvil en mitad de la galería y con la mirada puesta no tanto en los cuadros como en la figura de la joven. Lo cierto es que no se perdía nada al permitir que sus ojos se desviasen, ya que ella era mucho más merecedora de su atención que la mayoría de aquellas obras de arte. Era indiscutiblemente delgada, probablemente liviana e innegablemente alta; los que querían distinguirla de las otras dos hermanas Archer siempre la habían llamado la esbelta. Su cabellera, tan oscura que casi parecía negra, había sido objeto de la envidia de numerosas mujeres; los ojos gris claro, tal vez demasiado firmes en los momentos más graves, mostraban una encantadora tendencia a la aprobación. Los dos jóvenes recorrieron con calma un lado de la galería primero y después el otro, y a continuación ella dijo:

—Bueno, ahora ya sé más de lo que sabía al empezar.

—Por lo que veo, te apasiona el saber —respondió su primo.

—Eso creo; la mayoría de las jóvenes son de una ignorancia atroz.

—A mí me parece muy distinta de la mayoría.

—Y muchas de ellas también podrían... ¡pero hay que ver cómo se habla de ellas...! —exclamó Isabel, que prefería no centrarse en sí misma por el momento. Luego, de pronto, cambió de asunto y añadió—: Dime, por favor, ¿no tenéis un fantasma?

—¿Un fantasma?

—Un espectro en el castillo, algo que se aparece. En Estados Unidos los llamamos fantasmas.

—Y aquí nosotros también, cuando los vemos.

—Entonces, ¿los veis? Debería ser así, en esta casa antigua y romántica.

—No es una casa antigua y romántica —dijo Ralph—. Te llevarás un desengaño si cuentas con ello. Es prosaica hasta el desaliento; aquí no hay más romanticismo que el que tú hayas traído contigo.

—Yo he traído mucho; y me parece que lo he traído al lugar adecuado.

—Para tenerlo a buen recaudo, sin duda; aquí no podrá pasarle nada, con mi padre y conmigo.

Isabel lo miró un instante.

—¿Es que nunca hay nadie más aquí, aparte de ti y de tu padre?

—Mi madre, por supuesto.

—Ya conozco a tu madre, y no es nada romántica. ¿No suele venir más gente?

—Muy poca.

—Pues lo siento, a mí me encanta ver gente.

—Pues invitaremos a todo el condado para entretenerte —dijo Ralph.

—Te estás burlando de mí —respondió la joven un tanto seria—. ¿Quién era el caballero que estaba en el jardín cuando llegué?

—Un vecino del condado. No viene con mucha frecuencia.

—¡Qué lástima! Me resultó muy agradable.

—¿Sí? A mí me pareció que apenas le dirigías la palabra —repuso Ralph.

—Eso no tiene nada que ver, me gustó de todos modos. También me gusta tu padre, muchísimo.

—En eso sí que aciertas. Es el hombre más encantador del mundo.

—Siento mucho que esté enfermo.

—Tienes que ayudarme a cuidarlo. Seguro que eres buena enfermera.

—No lo creo. Me han dicho que no lo soy. Dicen que tengo demasiadas teorías. Pero todavía no me has hablado de los fantasmas —añadió.

Ralph, sin embargo, hizo caso omiso de dicha observación.

—Te gusta mi padre y te gusta lord Warburton. También deduzco que te gusta mi madre.

—Tu madre me gusta muchísimo, porque... porque...

E Isabel se encontró tratando de encontrar la razón de su afecto hacia la señora Touchett.

—¡Ah, nunca sabemos el porqué! —dijo su interlocutor, entre risas.

—Yo sí que conozco el porqué —respondió la joven—. Es porque jamás espera gustarle a nadie. Y le trae sin cuidado que sea o no así.

—Así que la adoras... ¿por motivos perversos? Pues yo me parezco muchísimo a mi madre.

—A mí no me parece que sea así. Tú deseas gustarle a la gente, y haces lo posible por lograrlo.

—¡Santo Dios, cómo lo calas a uno! —exclamó Ralph con una consternación que no era del todo fingida.

—Pero me gustas igualmente —continuó su prima—. Y lo mejor para confirmarme en ello será que me enseñes el fantasma.

Ralph negó con la cabeza, con aire desolado.

—Podría mostrártelo, pero nunca lo verías. No todos tienen el privilegio; y tampoco es algo envidiable. Jamás lo ha visto una persona joven, feliz e inocente como tú. Antes es necesario haber sufrido, haber sufrido enormemente, haber adquirido cierto conocimiento del dolor. Esa es la manera de que los ojos se abran a su visión. Yo lo vi hace mucho tiempo —dijo Ralph.

—Como te acabo de decir, a mí me gusta mucho aprender —respondió Isabel.

—Sí, aprender cosas alegres, agradables. Pero tú no has sufrido, ni estás hecha para sufrir. Espero que jamás veas al fantasma.

Isabel lo había estado escuchando con atención, con una sonrisa en los labios, pero con cierta seriedad en la mirada. Pese a encontrarla encantadora, a

Ralph le parecía un tanto presuntuosa, algo que sin duda formaba parte de su encanto, y se preguntó qué iba a decir.

—Yo no tengo miedo, ¿sabes? —dijo, y Ralph encontró la frase harto presuntuosa.

—¿No tienes miedo al sufrimiento?

—Sí, claro que me da miedo el sufrimiento. Pero no me dan miedo los fantasmas. Y creo que la gente sufre con demasiada facilidad —añadió.

—No creo que sea tu caso —dijo Ralph, al tiempo que la miraba con las manos en los bolsillos.

—A mí no me parece un defecto —respondió ella—. No es absolutamente necesario sufrir, no estamos hechos para eso.

—Tú no, desde luego.

—No estoy hablando de mí.

Y se apartó unos pasos.

—No, claro que no es un defecto. Ser fuerte es una virtud.

—Solo que, si no sufres, te califican de dura —aseveró Isabel.

A través del pequeño salón por el que habían pasado al salir de la galería, llegaron al vestíbulo y se detuvieron al pie de la escalinata. Allí Ralph, tras coger una palmatoria de una hornacina, se la entregó a su prima para ir al dormitorio.

—No importa lo que digan de uno, porque cuando sufres te llaman idiota. Lo importante de verdad es ser lo más feliz posible.

Ella lo miró un instante; había tomado la vela y tenía un pie puesto en la escalinata de roble.

—Bueno —dijo—, a eso es a lo que he venido a Europa, a ser todo lo feliz que pueda. Buenas noches.

—¡Buenas noches! Te deseo mucho éxito en el empeño, y será un placer para mí contribuir a que lo logres.

Isabel se giró, y él la contempló mientras ascendía con lentitud. Después, las manos siempre en los bolsillos, regresó de nuevo al salón vacío.

Isabel Archer era una joven que tenía muchas teorías y una imaginación muy activa. Contaba con la fortuna de poseer una inteligencia muy superior a la de la mayoría de las personas entre las que el destino la había situado, una percepción mucho más acusada de la realidad circundante y un ansia por conocer todo aquello que se saliese de lo acostumbrado. Es cierto que entre sus contemporáneos se la consideraba una joven de enorme profundidad, ya que aquella notable gente nunca ocultaba su admiración ante un nivel intelectual del que ellos no tenían conciencia, y hablaban de Isabel como de un prodigio de sabiduría, alguien de quien se decía que había leído a los autores clásicos... traducidos. Una tía paterna suya, la señora Varian, quien profesaba auténtica veneración por los libros, en cierta ocasión propaló el rumor de que Isabel estaba escribiendo uno y afirmó que la joven llegaría a alcanzar notoriedad como escritora. La señora Varian tenía un alto concepto de la literatura, por la que sentía esa clase de aprecio derivado de una sensación de carencia. Su enorme casa, que destacaba por la profusión de mesas de mosaico y techos decorados, carecía de biblioteca, y en lo que a volúmenes impresos se refiere no contenía más que media docena de novelas en rústica en los aposentos de una de sus hijas. En la práctica, la relación de la señora Varian con la literatura se reducía al *The New York Interviewer*, ya que, como ella afirmaba, no sin razón, tras haber leído el *Interviewer*, uno perdía toda fe en la cultura. Obraba en consecuencia y procuraba mantener el *Interviewer* fuera del alcance de sus hijas, pues estaba decidida a educarlas adecuadamente, así que las jóvenes no leían nada en absoluto. La idea que ella tenía de las actividades de Isabel era un tanto ilusoria: la joven nunca había intentado escribir un libro y no sentía deseos de alcanzar los laureles como autora. Carecía de talento para la expresión y poseía escasa conciencia de ser un genio; lo único que tenía era una idea general de que la gente estaba en lo cierto al tratarla como alguien decididamente superior. Tanto si lo era como si no, la gente acertaba al admirarla si así lo creía; y es que, a menudo, Isabel tenía la sensación de que su mente funcionaba con mucha más rapidez que la de los otros, cosa que despertaba en ella una impaciencia que podía confundirse fácilmente con la superioridad. Podemos afirmar sin ambages, que probablemente Isabel era propensa al pecado de la vanidad; solía examinar con complacencia el ámbito de su propia naturaleza; tenía la costumbre, con escaso fundamento, de dar por sentado que estaba en lo cierto; se rendía a sí misma todo tipo de homenajes. Al mismo tiempo, sus errores y vanas ilusiones eran de esa índole que todo biógrafo interesado en preservar la dignidad del sujeto biografiado debe guardarse de mencionar. Sus pensamientos eran una maraña de vagos conceptos que nunca habían sido enmendados por el buen juicio de personas bien informadas. En cuestiones de opinión siempre se había salido con la suya, y eso la había llevado a adentrarse por mil y un absurdos vericuetos. Había ocasiones en las que descubría que se había equivocado de forma grotesca, y

entonces se sometía a una semana de humildad apasionada. Después reaparecía con la cabeza más erguida que nunca, ya que no tenía remedio: el ansia de pensar bien de sí misma era insaciable. Era de la teoría de que la vida no merecía la pena si no se vivía con esa premisa; de que había que estar entre los mejores, tener la certeza de contar con un pensamiento bien organizado (no podía evitar ser consciente de que su organización era excelente), desenvolverse en el ámbito de la iluminación, de la sabiduría innata, del impulso feliz, de la inspiración grácil y perenne. Le parecía casi tan superfluo dudar de sí misma como del mejor de los amigos: cada uno debería ser su mejor amigo y, así, proporcionarse la mejor de las compañías. La joven tenía cierta nobleza de imaginación que le prestaba no pocos buenos servicios y que le jugaba no pocas malas pasadas. La mitad del tiempo se lo pasaba pensando en la belleza, la valentía y la magnanimidad; estaba resuelta a ver el mundo como un lugar radiante, de libre expansión, de acción irresistible: sostenía que sentir miedo o vergüenza era algo detestable. Tenía una confianza sin límites en que jamás haría nada erróneo. Al descubrir sus errores, se había enojado de tal forma ante los que eran meramente sentimentales (tras el descubrimiento siempre se ponía a temblar como si acabase de zafarse de una trampa donde podría haber quedado atrapada hasta la asfixia) que la posibilidad de causar dolor en los sentimientos de otra persona, algo que se presentaba solo como una contingencia, la obligaba en ocasiones a contener el aliento. Siempre se le antojó que algo así era lo peor que podía sucederle. En general, si lo pensaba detenidamente, no albergaba duda alguna acerca de lo que era erróneo. No le agradaba pensar mucho en ello, pero cuando lo hacía reconocía de inmediato lo que estaba mal. Estaba mal ser mezquino, ser celoso, ser falso, ser cruel. No había visto gran cosa de las maldades del mundo, pero sí que había conocido a mujeres que mentían y trataban de hacerse daño entre ellas. Ser testigo de semejantes cosas había acrecentado su superioridad moral: le parecía una indecencia no mostrar su repulsa hacia ellas. Por supuesto, el peligro que acecha a la superioridad moral es la falta de coherencia: el peligro de seguir enarbolando el estandarte cuando la plaza ya se ha rendido; un proceder tan avieso que resulta casi en deshonor para el propio estandarte. Pero Isabel, que sabía poco de la clase de artillería a la que se ven expuestas las jóvenes, se engañaba diciéndose que tales contradicciones jamás se advertirían en su propia conducta. Su vida iba a estar siempre en armonía con la impresión más grata que pudiese causar; sería lo que aparentaba, y aparentaría lo que era. A veces llegaba hasta el extremo de desear encontrarse algún día en una situación difícil, para así tener el placer de mostrarse todo lo heroica que la situación requiriese. En suma, su escaso conocimiento de la vida, sus exaltados ideales, su confianza a un tiempo inocente y dogmática, su carácter exigente e indulgente a la vez, su mezcla de curiosidad y perfeccionismo, de vivacidad e indiferencia, su anhelo de quedar muy bien y de ser si cabe aún

mejor, su empeño en ver, en probar, en conocer, su combinación de espíritu delicado, lánguido y apasionado, y de criatura vehemente y subjetiva en sus premisas: todo eso la convertiría en víctima fácil de la crítica racional del lector si no estuviese destinada a despertar en él un impulso más tierno, más puro y expectante.

Una de las teorías de Isabel Archer era que podía considerarse muy afortunada al ser independiente, y que debería hacer un uso muy inteligente de dicho estado. Nunca lo consideraba como un estado de soledad, mucho menos de soltería; pensaba que tales descripciones eran endebles, y, además, su hermana Lily la animaba de continuo a ir a vivir con ella. Tenía Isabel una amiga a la que había conocido poco antes de la muerte de su padre, que era un ejemplo tan preclaro de actividad provechosa que siempre pensaba en ella como un modelo a seguir. Henrietta Stackpole gozaba de la ventaja de tener un don que era admirado; se había lanzado de lleno al mundo del periodismo, y sus crónicas para el *Interviewer*, de Washington, Newport, White Mountains y otros lugares, gozaban de reconocimiento universal. Isabel no tenía empacho en tacharlas de «efímeras», pero admiraba la valentía, la energía y el buen humor de la escritora, quien, sin padres y sin fortuna, había adoptado a tres de los hijos de una hermana enferma y viuda, cuyos estudios sufragaba gracias a las ganancias obtenidas de sus labores literarias. Henrietta se hallaba en la vía del progreso y tenía opiniones rotundas acerca de la mayoría de los asuntos; su deseo más ferviente había sido desde hacía tiempo viajar a Europa y enviar una serie de crónicas al *Interviewer* escritas bajo un prisma radical, empresa bastante fácil, ya que sabía de antemano cuáles iban a ser sus opiniones y cuántas objeciones podían hacerse a la mayoría de las instituciones europeas. Al enterarse de que Isabel partía hacia Europa, quiso emprender su proyecto de inmediato, pensando, como es natural, que sería una delicia que ambas hiciesen juntas el viaje. Sin embargo, se había visto obligada a postergar su empresa. Consideraba a Isabel una criatura extraordinaria, y había hablado encubiertamente de ella en algunas de sus crónicas, aunque nunca había revelado el hecho a su amiga, a quien no le habría agradado y que no era lectora asidua del *Interviewer*. Henrietta, para Isabel, era más que nada la prueba fehaciente de que una mujer podía bastarse por sí misma y ser feliz. Sus recursos eran obvios, pero incluso si una no disfrutaba de talento periodístico ni de habilidad para adivinar, como afirmaba Henrietta, lo que el público quería, no por ello tenía que conformarse, creer que carecía de vocación, de aptitudes provechosas, y resignarse a ser frívola y vacua. Isabel estaba firmemente decidida a no ser vacua. Bastaba con esperar con la paciencia necesaria para hallar la labor adecuada a cada uno. Ni que decir tiene que, entre todas aquellas teorías, la joven contaba con una colección de ideas sobre el tema del matrimonio. La primera de la lista era el convencimiento de la vulgaridad que entrañaba otorgarle demasiada

importancia. Rogaba con fervor que se la preservase de caer en el entusiasmo a tal respecto; sostenía que una mujer debía ser capaz de vivir para sí misma, de no existir una debilidad fuera de lo común, y que era perfectamente posible ser feliz sin la compañía de una persona del sexo opuesto, de mentalidad más o menos tosca. Las plegarias de la joven obtuvieron suficiente respuesta; algo puro y orgulloso que había en ella, algo que un pretendiente desdeñado, con tendencia al análisis, hubiese calificado de duro y árido, la había preservado hasta el momento de hacer cualquier vana conjetura en lo referente al tema de posibles maridos. Pocos de los hombres que veía parecían merecedores de que invirtiera su tiempo en ellos, y la hacía sonreír el pensamiento de que alguno de ellos se ofreciese como un incentivo para la esperanza y una recompensa a la paciencia. En el fondo de su alma (era lo más hondo que en ella había), albergaba la creencia de que, si una determinada luz la iluminaba, sería capaz de entregarse por completo; pero dicha imagen, en general, era demasiado formidable para resultar atractiva. Los pensamientos de Isabel revoloteaban en torno a la idea, pero rara vez se detenían en ella mucho tiempo, y tras unos instantes terminaba causándole alarma. A menudo le parecía que pensaba demasiado en sí misma, y en cualquier momento del año habría enrojecido si alguien le hubiese dicho que era una auténtica egoísta. Siempre estaba planeando su desarrollo, deseando alcanzar la perfección, observando sus progresos. En su naturaleza, en aquella vanidad suya, había cierta esencia a jardín, vestigios de perfume y murmullos de arbustos, enramadas umbrías y panoramas despejados, que la llevaban a pensar que la introspección era, después de todo, un ejercicio al aire libre, y que una visita a los recovecos del propio espíritu resultaba inofensiva si uno regresaba de ella cargado de rosas. Pero a menudo se veía obligada a recordar que existían otros jardines en el mundo aparte de los de su extraordinario espíritu, e incluso que existían numerosos lugares que de jardines no tenían nada, que no eran sino territorios lúgubres y pestilentes, en los que crecía una tupida vegetación de sufrimiento y fealdad. En medio de aquella corriente de curiosidad satisfecha en la que últimamente había estado flotando, que la había transportado a la hermosa y vieja Inglaterra y que todavía podía arrastrarla mucho más lejos, a menudo se detenía al pensar en los miles de personas que eran menos felices que ella, pensamiento que durante un momento hacía que su conciencia elevada y plena semejase una suerte de inmodestia. ¿Qué lugar hay que otorgar al sufrimiento del mundo dentro de los planes personales para alcanzar el placer? Hay que confesar que tal preocupación nunca le duraba mucho tiempo. Era demasiado joven, demasiado impaciente por vivir, demasiado ajena al dolor. Siempre retornaba a su teoría de que una mujer joven a la que a fin de cuentas todos consideraban inteligente debía primero formarse una impresión general de la vida. Dicha impresión era necesaria para evitar errores, y una vez obtenida podría convertir el infortunio de los otros en objeto de especial atención.

Inglaterra era una revelación para ella, y se sentía entretenida como una niña ante una pantomima. En aquellos viajes de la niñez a Europa solo había visto el continente, y lo había visto a través de la ventana de su cuartito infantil; la Meca de su padre había sido París, no Londres, y las niñas, como es natural, se habían visto excluidas de gran parte de lo que a él le interesaba en esa ciudad. Y además, las imágenes que guardaba de aquella época se habían vuelto difusas y remotas, y el aire de viejo mundo que impregnaba cuanto ahora veía tenía todo el encanto de lo desconocido. La casa de su tío le parecía un cuadro hecho realidad; a Isabel no se le escapaba detalle de lo refinado y placentero; la extrema perfección de Gardencourt revelaba todo un mundo y satisfacía a la vez una necesidad. Las amplias estancias de techos bajos y oscuros y rincones en penumbra, los hondos alféizares y los curiosos marcos, la luz sosegada sobre los bruñidos zócalos oscuros, el intenso verde del jardín que parecía filtrarse siempre en el interior, aquella sensación de intimidad ordenada en el núcleo de una «propiedad» (un lugar en el que los sonidos tenían la virtud de ser ocasionales, donde la tierra misma amortiguaba los pasos y el aire denso y apacible impedía toda fricción en el contacto y toda estridencia en la conversación), todo ello era muy acorde con el gusto de nuestra joven dama, y en su caso el gusto ejercía un papel determinante en las emociones. Forjó una rápida amistad con su tío, y a menudo se sentaba en su compañía cuando hacía que sacasen al césped su sillón. Él pasaba horas al aire libre, sentado con las manos cruzadas como una divinidad plácida y doméstica, como un lar servicial que hubiese realizado su tarea, recibido su estipendio, y tratase ahora de acostumbrarse a semanas y meses de total asueto. Isabel lo entretenía más de lo que ella sospechaba (el efecto que producía en la gente era a menudo distinto del que ella suponía), y con frecuencia se regalaba el placer de incitarla a la charla. Con este término definía él la conversación de su sobrina, en la que había mucho de ese tono que se aprecia en las jóvenes de su país, a las que el mundo escucha con mucha más atención que a sus hermanas de otras tierras. Al igual que a la mayoría de las jóvenes estadounidenses, a Isabel la habían alentado a expresarse; habían escuchado con atención sus observaciones; se le habían supuesto emociones y opiniones. Muchas de esas opiniones tuyas eran sin duda de escaso valor, muchas de sus emociones se diluían nada más expresarlas; pero habían dejado huella al concederle al menos el hábito de aparentar que sentía y pensaba, y, además, al conferir a sus palabras, cuando de verdad algo la conmovía, aquella presteza y vivacidad que tanta gente interpretaba como señal de superioridad. El señor Touchett solía pensar que Isabel le recordaba a su mujer cuando esta se encontraba en plena adolescencia. Él se había enamorado de la señora Touchett por ser fresca y natural, de pronta comprensión y respuesta, cualidades todas compartidas por su sobrina. Nunca, sin embargo, le mencionó la analogía a la joven, ya que si

bien la señora Touchett había sido alguna vez como Isabel, Isabel no era en absoluto como la señora Touchett. El anciano era todo bondad con la joven; como él decía, hacía ya mucho tiempo que no había habido vida joven en aquella casa; y nuestra heroína de voz clara y movimiento rápido y ruidoso resultaba tan agradable a sus sentidos como el rumor del agua que fluye. Quería hacer algo por ella y deseaba que ella se lo pidiese. Pero la joven no hacía más que preguntas, si bien es cierto que las hacía en abundancia. Su tío contaba con una gran provisión de respuestas, aunque a veces la insistencia de ella adoptaba formas que le causaban desconcierto. La joven le preguntaba con prolijidad sobre Inglaterra, la Constitución británica, el carácter inglés, la situación política, los usos y costumbres de la familia real, las peculiaridades de la aristocracia, la manera de vivir y pensar de sus vecinos; y cuando rogaba que la instruyese sobre dichas cuestiones, normalmente quería saber si se correspondían con las descripciones de los libros. El anciano siempre se la quedaba mirando con aquella sonrisa suya agradable y mordaz, al tiempo que alisaba las arrugas del chal que le cubría las piernas.

—¿Los libros? —dijo en una ocasión—. No sé mucho de libros. Eso tendrás que preguntárselo a Ralph. Siempre he llegado a mis propias conclusiones, he obtenido mi información de forma natural. Ni siquiera he hecho nunca muchas preguntas; me limitaba a callar y observar. Desde luego, he gozado de excelentes oportunidades, mejores de las que una joven pueda tener por naturaleza. Soy de talante inquisitivo, aunque a simple vista nunca lo dirías: por más que tú me observaras, yo te observaría todavía más a ti. Llevo observando a esta gente más de treinta y cinco años, y no tengo empacho en decir que he almacenado una información considerable. En conjunto es un país magnífico, mejor tal vez de lo que solemos considerarlo allende los mares. Hay una serie de mejoras que me gustaría que se introdujesen; pero de momento no parece que, en general, sean conscientes de su necesidad. Cuando la mayoría siente la necesidad de algo, normalmente se las componen para conseguirlo, pero aquí parecen encontrarse bastante cómodos a la espera de que llegue ese momento. Sin duda, me siento más a gusto entre ellos de lo que esperaba al principio de llegar aquí. Imagino que es porque he alcanzado un grado de éxito considerable. Cuando se tiene éxito, como es natural, uno se siente mucho más como en casa.

—¿Cree que si yo tengo éxito voy a sentirme tan a gusto como en casa? —preguntó Isabel.

—Creo que es muy probable, y está claro que vas a tener éxito. En este país las jóvenes estadounidenses gustan mucho, las tratan con mucha amabilidad. Pero no debes sentirte demasiado como en casa, ya sabes.

—Claro que no, no estoy nada segura de que eso me satisficiese —dijo Isabel con énfasis y buen juicio—. El lugar me gusta de veras, pero no estoy

tan segura de que me guste la gente.

—Son una gente muy buena; especialmente si te gustan.

—Yo no dudo de que sean buena gente —replicó Isabel—, pero ¿se muestran agradables en sociedad? Ya sé que no van a robarme ni a pegarme, pero ¿se mostrarán agradables conmigo? Eso es lo que me gusta que la gente haga. No tengo reparo en decirlo, ya que es algo que siempre he apreciado. No creo que sean muy agradables con las jóvenes; en las novelas no lo son.

—No sé cómo será en las novelas —dijo el señor Touchett—. Creo que están escritas con mucha habilidad, pero imagino que no son muy exactas. Una vez tuvimos aquí con nosotros a una dama que escribía novelas, era amiga de Ralph y la invitó a venir. Era muy positiva, una mujer muy dispuesta a todo, pero no era la clase de persona de la que uno pueda fiarse en lo tocante a reflejar la realidad. Demasiado imaginativa, supongo que ahí radicaba el problema. Más adelante publicó una obra de ficción en la que se suponía que hacía una descripción (más bien una caricatura, se podría decir) de este humilde servidor. Yo no la leí, pero Ralph me entregó el libro con los pasajes principales subrayados. Se suponía que hacía una descripción de mi forma de conversar; de las peculiaridades estadounidenses, de la pronunciación nasalizada, de las ideas yanquis, de las barras y estrellas. Pues bien, de exacta no tenía nada; es imposible que me hubiese escuchado con atención. No me importó que reprodujese mi conversación si quería, pero no me gustó la idea de que no se hubiese tomado la molestia de escucharla. Es evidente que hablo como un estadounidense, no voy a hablar como un hotentote. Pero, hable como hable, he logrado que aquí me entiendan muy bien. Lo que no hago es hablar como el anciano caballero en la novela de esa dama. Ese no era estadounidense, allá no lo queríamos a ningún precio. Tan solo menciono el hecho para demostrarte que las novelas no siempre son exactas. Por supuesto, yo no tengo hijas, y como la señora Touchett reside en Florencia, no he tenido mucha ocasión de observar a las jóvenes. A veces parece que las jóvenes de las clases inferiores no sean muy bien tratadas, pero supongo que las de clase alta disfrutan de mejor situación, e incluso, hasta cierto punto, las de clase media.

—¡Por Dios bendito! —exclamó Isabel—. ¿Cuántas clases tienen aquí? Unas cincuenta, imagino.

—Bueno, yo jamás las he contado. Nunca he prestado mucha atención a las clases. Esa es la ventaja de ser un estadounidense en este país: no se pertenece a ninguna clase.

—Eso espero —dijo Isabel—. ¡Imagínese lo que sería pertenecer a una clase inglesa!

—Bueno, algunas de ellas son muy cómodas... especialmente las más elevadas. Pero para mí solo existen dos clases: la gente de la que me fío, y la gente de la que no. Y de esas dos, querida Isabel, tú perteneces a la primera.

—Le estoy muy agradecida —respondió presta la muchacha.

La forma que tenía de recibir los halagos a veces parecía un tanto seca, se deshacía de ellos lo más rápido posible. Pero a este respecto, a veces se la juzgaba mal, se la creía insensible a ellos cuando, de hecho, se trataba simplemente de que sentía renuencia a mostrar hasta qué punto la complacían. Mostrarlo era mostrar demasiado.

—Estoy convencida de que los ingleses son muy convencionales —añadió.

—Lo tienen todo muy bien atado —reconoció el señor Touchett—. Todo está previsto de antemano, no dejan nada para el último momento.

—A mí no me gusta que esté todo previsto de antemano —dijo la joven—. Me gusta que haya imprevistos.

A su tío pareció divertirle la claridad de sus preferencias.

—Bueno, lo que está claro de antemano es que tú tendrás mucho éxito —replicó—. E imagino que eso te agrada.

—Si son convencionales de esa manera tan estúpida, no tendré éxito. Yo no me rijo en absoluto por convencionalismos estúpidos. Más bien todo lo contrario. Y eso no les va a agrada.

—No, te equivocas de medio a medio —dijo el anciano—. Es imposible adivinar lo que les va a gustar. Son muy contradictorios; en eso reside su principal interés.

—Ah, bueno —dijo Isabel, de pie ante su tío, con las manos asidas al cinturón de su vestido negro y recorriendo el jardín con la mirada—. ¡Eso será perfecto para mí!

Los dos se entretenían hablando una y otra vez acerca de la manera de ser del pueblo británico, como si la joven estuviese en condiciones de poder agrada a su gente, pero lo cierto era que, hasta el momento, el pueblo británico permanecía profundamente indiferente con respecto a la señorita Isabel Archer, quien, tal como aseguraba su primo, había tenido la mala fortuna de ir a parar a la casa más aburrida de Inglaterra. Su tío, aquejado de gota, recibía a muy poca gente, y tampoco era de esperar que la señora

Touchett, que no había cultivado la amistad de los vecinos de su marido, fuese a recibir la visita de aquellos. No obstante, ella tenía una afición muy peculiar: le encantaba recibir tarjetas de visita. Sentía poca inclinación hacia lo que suele denominarse relaciones sociales, pero nada le agradaba más que encontrarse con la mesita del vestíbulo cubierta por los rectángulos blancos de aquellas simbólicas cartulinas. Se vanagloriaba de ser una mujer sumamente justa, y había llegado a la indiscutible verdad de que en este mundo nada se obtiene sin dar algo a cambio. No había desempeñado en sociedad el papel de señora de Gardencourt, y por tanto no era de esperar que la gente de los alrededores llevase cuenta detallada de sus idas y venidas. Pero eso no era obstáculo para que encontrase injusto que se hiciese tan poco caso de sus movimientos y que pensase que su fracaso (en realidad muy gratuito) en convertirse en alguien importante del entorno tenía muy poco que ver con sus alusiones sarcásticas al país de adopción de su marido. Isabel se encontró así en la insólita situación de tener que defender la Constitución británica frente a su tía, ya que la señora Touchett había adquirido el hábito de lanzar dardos envenenados contra tan venerable institución. Isabel sentía siempre el impulso de arrancar de ella los dardos, no porque pensase que infligían daño alguno a aquel viejo y seco pergamino, sino porque era del parecer de que su tía podía hacer mejor uso de aquella mordacidad suya. Ella también era muy crítica, algo inherente a su edad, sexo y nacionalidad; pero a la vez era muy sentimental, y había algo en aquella ironía de la señora Touchett que hacía brotar el manantial de sus principios morales.

—Y entonces, ¿cuál es su punto de vista? —le preguntó a su tía—. Si critica todo lo de aquí, es porque debe de tener un punto de vista. Y el suyo no parece ser el de una estadounidense, ya que tampoco parecía estar muy de acuerdo con todo lo de allá. Cuando yo critico algo, es porque tengo el mío propio, y es un punto de vista completamente estadounidense.

—Mi querida jovencita —dijo la señora Touchett—, existen en el mundo tantos puntos de vista como gente inteligente para formularlos. Bien podrías decir que, en ese caso, no habrá muchos. ¿Que si el mío es estadounidense? Jamás en la vida: eso sería demostrar una espantosa estrechez de miras. Mi punto de vista, gracias a Dios, es personal.

Isabel pensó que la respuesta era mejor de lo que le gustaría reconocer: era una descripción bastante acertada de su propia manera de juzgar las cosas, pero no habría estado muy bien decirlo en voz alta. En labios de una persona de menos edad y menos curtida por la experiencia que la señora Touchett, una declaración así habría sonado a falta de modestia, incluso a arrogancia. Sin embargo, se arriesgó a hacerla mientras hablaba con Ralph, con quien charlaba a menudo y con el que la conversación era de una naturaleza que dejaba amplio margen para toda suerte de extravagancias. Su primo había adquirido

la costumbre, como suele decirse, de tomarle el pelo. Desde muy pronto había adquirido a sus ojos la reputación de tomárselo todo a broma, y no era hombre que desaprovechase los privilegios que una reputación así confiere. Ella le acusaba de una falta de seriedad odiosa, de reírse de todo, empezando por sí mismo. De su inclinación a la irreverencia, el único que quedaba a salvo era su padre; con el resto ejercía la ironía de forma indiscriminada, tanto con el hijo de su padre, con los débiles pulmones de dicho caballero o con su inútil vida, como con su fantástica madre, con sus amigos (en especial lord Warburton), con sus dos países, el de origen y el de adopción, o con su encantadora prima recién hallada.

—Tengo una orquesta de música en mi antecámara —le dijo a Isabel en una ocasión—. Tiene órdenes de tocar sin interrupción, lo cual me proporciona dos excelentes servicios: evitar que llegue a mis aposentos privados el ruido del exterior, y hacer creer al mundo que allí se celebra siempre un baile.

Y sin duda era música de baile la que se oía normalmente cuando uno se aproximaba a la orquesta de Ralph: los vales más alegres parecían flotar en el ambiente. Isabel a menudo se sentía irritada a causa de aquella constante musiquilla, le habría gustado atravesar la antecámara, como su primo la llamaba, e introducirse en sus aposentos privados. Importaba muy poco que él le asegurase que se trataba de un lugar muy deprimente: le habría encantado encargarse de limpiarlo y ponerlo en orden. Dejarla fuera no era sino una hospitalidad a medias. Como castigo, Isabel le propinaba innumerables golpes con la palmeta de aquel ingenio suyo, rotundo y joven. Cabe señalar que en gran medida lo ejercía en defensa propia, ya que su primo se divertía llamándola «Columbia» y acusándola de un patriotismo tan ardiente que abrasaba. Dibujó una caricatura de ella en la que aparecía representada como una joven muy bonita, cuyo vestido, que seguía los dictados de la moda del momento, estaba confeccionado con la enseña nacional. El mayor temor que Isabel tenía en la vida en esta etapa de su desarrollo era el de parecer estrecha de miras; lo que más temía después era serlo realmente. Pese a ello, no tuvo escrúpulo alguno en alimentar la creencia de su primo y fingir que suspiraba por los encantos de su tierra natal. Se mostraría tan típicamente estadounidense como a él le gustara considerarla, y si lo que le apetecía era reírse de ella, lo iba a mantener bien ocupado. Salía en defensa de Inglaterra ante su madre, pero cuando Ralph cantaba las alabanzas del país con intención, como decía ella, de provocarla, se encontró capaz de discrepar de él en muchos aspectos. De hecho, el carácter de aquel pequeño y maduro país le resultaba tan dulce como el sabor de las peras en octubre; y su propia satisfacción radicaba en la buena disposición que le permitía aceptar las chanzas de su primo y pagarle con la misma moneda. Y si su buen humor flaqueaba, no era porque pensase que él la estuviese tratando mal, sino porque de repente sentía lástima de Ralph. Le parecía que hablaba a ciegas y que no

se creía lo que estaba diciendo.

—No sé qué te ocurre —le dijo en una ocasión—, pero sospecho que eres un gran farsante.

—Eso eres tú quien tiene que decidirlo —respondió Ralph, que no estaba acostumbrado a que le hablasen con tanta crudeza.

—No sé qué es lo que de verdad te importa; creo que no te importa nada. No te importa realmente Inglaterra cuando la alabas; no te importa Estados Unidos por mucho que pretendas denigrarlo.

—Lo único que me importa eres tú, querida prima —dijo Ralph.

—Si al menos pudiera creerme eso, me alegraría mucho.

—¡Ah, bueno, me gustaría que así fuera! —exclamó Ralph.

Si Isabel lo hubiese creído, no habría estado muy lejos de la verdad. Ralph pensaba mucho en ella, la tenía constantemente presente. En un momento en que sus pensamientos representaban una gran carga para él, la repentina llegada de su prima, que no prometía nada y era un generoso regalo del destino, había servido para renovarlos y estimularlos, les había dado alas y un pretexto para alzar el vuelo. El pobre Ralph había estado muchas semanas sumido en la melancolía. Sus perspectivas, ya de por sí sombrías, estaban cubiertas por una nube todavía más densa y oscura. Se encontraba muy inquieto a causa de su padre, cuya gota, que hasta entonces había afectado solo a las piernas, había comenzado a extenderse por zonas más vitales. El anciano había estado gravemente enfermo durante la primavera, y los médicos le habían dicho a Ralph entre susurros que un nuevo ataque sería más difícil de tratar. En ese momento parecía no sufrir dolores, pero Ralph no conseguía librarse de la sospecha de que aquello era un subterfugio del enemigo, que seguía al acecho para pillarlo desprevenido. Si su maniobra triunfaba, había pocas esperanzas de que encontrase gran resistencia. Ralph siempre había dado por hecho que su padre le sobreviviría, que su nombre sería el primero en recibir la triste llamada. Padre e hijo habían sido compañeros inseparables, y la idea de quedarse solo con los restos de una vida sin aliciente entre las manos no resultaba nada gratificante para el joven, que siempre había confiado tácitamente en la ayuda de su progenitor para superar las adversidades. Ante la perspectiva de perder su gran motivación, Ralph se vio privado de su única fuente de inspiración. Si los dos muriesen al mismo tiempo, no habría problema, pero sin el ánimo que la compañía de su padre le proporcionaba, difícilmente tendría paciencia para esperar su turno. No contaba con el aliciente de pensar que era indispensable para su madre; con su madre la norma era no lamentarse. Pensó que desde luego le hacía flaco favor a su padre al desear que, de los dos, fuese el más activo y no el pasivo el que

sufriese la herida lacerante; recordaba que el anciano siempre había considerado su pronóstico de un fin prematuro como un ingenioso sofisma, que él estaría encantado de desacreditar, en la medida que le fuera posible, muriéndose primero. Pero entre aquellas dos victorias, la de refutar a un hijo sofista y la de conservar durante algo más de tiempo un estado vital del que, pese a todos sus sinsabores, disfrutaba, a Ralph no le parecía pecado desear que fuese esta última la que lograra el señor Touchett.

Aquellas eran cuestiones delicadas, pero la llegada de Isabel puso fin a tales cavilaciones. Incluso insinuó que podría existir algo que compensase el insoportable hastío de sobrevivir a su jovial padre. Se preguntó si era «amor» lo que albergaba hacia aquella espontánea joven de Albany, pero decidió que, después de todo, no era así. A la semana de haberla conocido, ya estaba casi convencido de ello, y con cada día que pasaba se sentía un poco más seguro. Lord Warburton había estado en lo cierto con respecto a ella: era una jovencita realmente interesante. Ralph se preguntó cómo había logrado su vecino descubrirlo tan pronto; y a continuación se dijo que no era más que una nueva prueba de las grandes dotes de su amigo, algo que siempre había admirado muchísimo. Aunque su prima no llegase a ser otra cosa que un entretenimiento para él, Ralph era consciente de que se trataba de un entretenimiento de primera categoría. «Ver en acción a un personaje así —se dijo para sus adentros—, esa pequeña fuerza auténtica y apasionada es lo mejor de la naturaleza. Es mejor que la obra de arte más refinada, mejor que un bajorrelieve griego, que un gran cuadro de Tiziano, que una catedral gótica. Resulta muy agradable sentirse tan bien tratado cuando uno menos se lo esperaba. Nunca había estado más deprimido, más hastiado que la semana anterior a su llegada; jamás había tenido menos esperanzas de que sucediese algo agradable. Y de repente, por correo, me llega un Tiziano para colgar de mi pared, un bajorrelieve griego con el que adornar mi chimenea. Depositán en mis manos la llave de un precioso edificio, y me dicen que entre en él y lo admire. Pobre diablo, has sido terriblemente desagradecido, y a partir de ahora más vale que calles y no vuelvas a refunfuñar nunca más». El sentimiento que inspiraba estas reflexiones era muy genuino, pero no era exactamente cierto que hubiesen depositado una llave en las manos de Ralph. Su prima era una muchacha muy brillante, y sería necesario, como decía él, mucho esfuerzo para llegar a conocerla, pero era necesario hacerlo, y su actitud con respecto a ella, pese a ser contemplativa y crítica, no era enjuiciadora. Ralph examinaba el edificio desde fuera y lo admiraba intensamente; miraba a través de las ventanas y la impresión que recibía era igualmente positiva. Pero tenía la sensación de que solo alcanzaba a ver retazos y de que todavía no había estado bajo su techo. La puerta tenía el cerrojo echado y, aunque tuviese las llaves en el bolsillo, tenía la impresión de que ninguna encajaría en la cerradura. Isabel era inteligente y generosa; era de naturaleza libre y refinada, pero ¿qué se

proponía hacer consigo misma? Esta pregunta era poco ortodoxa, ya que con la mayoría de las mujeres uno no tenía ocasión de plantearla. La mayoría de las mujeres no hacían nada consigo mismas; esperaban, en actitudes pasivas más o menos dignas, que apareciese ante ellas un hombre y les proporcionase un destino. La originalidad de Isabel consistía en darle a uno la impresión de albergar intenciones propias. «Cuando las ponga en práctica, ¡espero estar ahí para verlo!», se dijo Ralph.

A él, naturalmente, le correspondió hacer los honores de la casa. El señor Touchett se hallaba confinado a su sillón, y la situación de su mujer era la de un huésped un tanto adusto, así que en la línea de conducta que se abrió ante Ralph había una mezcla armoniosa de deber y placer. Aunque no era muy dado a caminar, paseó por los jardines con su prima, distracción para la que el tiempo se mostró favorable con una persistencia que Isabel no había incluido en las previsiones un tanto lúgubres que del clima del lugar se había hecho. Y en las largas tardes, cuya duración daba la medida exacta de sus anhelos satisfechos, iban en barca por el río, el encantador riachuelo, como Isabel lo llamaba, cuya orilla opuesta parecía todavía ser parte del umbral del paisaje; o bien recorrían la campiña en un faetón, no muy alto, espacioso y de gruesas ruedas, que en el pasado el señor Touchett había utilizado con frecuencia, pero de cuyo uso ya no disfrutaba. Isabel sí que disfrutaba muchísimo de él y, empuñando las riendas de manera que el cochero calificaba de «diestra», no se cansaba jamás de guiar a los magníficos caballos de su tío por sendas y vericuetos serpenteantes repletos de aquellos detalles rústicos que ella había esperado encontrar; pasaban por delante de casitas de madera con tejado de paja, de tabernas de pulidas celosías, de extensiones de antiguos prados comunales y de jardines solitarios apenas entrevistos, rodeados de setos frondosos a esas alturas del verano. Cuando regresaban a casa, solían encontrarse el té ya servido en el jardín y descubrían que la señora Touchett no había eludido la obligación de servirle una taza a su marido. No obstante, ambos permanecían la mayor parte del tiempo en silencio: el anciano con la cabeza recostada y los ojos cerrados, y su esposa ocupada en hacer punto y exhibiendo ese aire de extraordinaria concentración con el que algunas damas contemplan el movimiento de las agujas.

Uno de los días, sin embargo, había llegado una visita. Los dos jóvenes, tras pasar una hora en el río, regresaban sin prisas a la casa cuando divisaron a lord Warburton sentado bajo los árboles y enfrascado en una conversación con la señora Touchett, que, aun de lejos, podía adivinarse tediosa. Había venido de su casa en coche trayendo consigo una maleta y había pedido, tal como el padre y el hijo a menudo le invitaban a hacer, comida y alojamiento. Isabel, tras verlo tan solo durante media hora el día de su llegada, había descubierto en tan breve espacio que el joven le gustaba; de hecho, la imagen del joven había quedado grabada con fuerza en su sensible espíritu y había pensado en él

en varias ocasiones. Había albergado la esperanza de verlo de nuevo, como también esperaba hacerlo con otros cuantos. Gardencourt no era un sitio aburrido: el lugar en sí era espléndido, su tío se le antojaba cada vez más una especie de abuelo soñado, y Ralph era completamente distinto a todos los primos que había tratado y, hasta entonces, la opinión que los primos le merecían había sido más bien negativa. Sin embargo, sus impresiones eran aún tan recientes y se renovaban con tanta celeridad que todavía no había más que un atisbo de un cambio radical de dicha opinión. Pero Isabel había tenido que recordarse a sí misma que estaba interesada en la naturaleza humana, y que su mayor deseo al iniciar aquel viaje había sido el de conocer a cuanta más gente mejor. Cuando Ralph le decía, como había hecho ya en varias ocasiones: «Me sorprende que puedas soportar esto; deberías conocer a algunos de nuestros vecinos y de nuestros amigos, porque, aunque te parezca extraño, contamos con unos cuantos», o cuando se ofrecía a invitar a lo que él llamaba «un montón de gente» y a introducirla en la sociedad inglesa, ella alentaba aquel impulso hospitalario y le aseguraba de antemano estar deseando entrar en liza. Sin embargo, hasta el momento, dichas promesas habían dado pocos frutos, y cabe decir al lector en confidencia que si el joven se demoraba en cumplirlas era porque la obligación de entretener a su prima no le resultaba tan penosa como para requerir en modo alguno la ayuda de los demás. Isabel le había hablado muy a menudo de «especímenes», término este que tenía mucha importancia en su vocabulario; le había dado a entender que deseaba conocer la sociedad inglesa ilustrada por sus personajes más representativos.

—Pues mira, ahí tienes a todo un espécimen —le dijo Ralph cuando subían del río y reconoció a lord Warburton.

—¿Un espécimen de qué? —preguntó la joven.

—Del caballero inglés.

—¿Quieres decir que son todos como él?

—Claro que no. No todos son como él.

—En ese caso, es un espécimen muy bueno —dijo Isabel—, porque estoy segura de que es agradable.

—Sí, es muy agradable. Y, además, muy afortunado.

El afortunado lord Warburton estrechó la mano de nuestra heroína y le expresó su deseo de que se encontrase bien.

—Aunque no es necesario que lo pregunte —dijo—, puesto que ha estado manejando los remos.

—He estado remando un poco —respondió Isabel—, pero ¿cómo lo sabe?

—Oh, porque sé que él no rema, es demasiado perezoso —dijo su señoría

señalando a Ralph entre risas.

—Tiene una buena excusa para su pereza —replicó Isabel bajando un poco la voz.

—Ya, ¡él siempre tiene buena excusa para todo! —exclamó lord Warburton entre sonoras carcajadas.

—Mi excusa para no remar es lo bien que lo hace mi prima —dijo Ralph—. Lo hace todo bien. ¡No toca nada sin que después parezca haber sido adornado!

—Le hace a uno sentir ganas de que usted le toque, señorita Archer —declaró lord Warburton.

—Cuando a uno le tocan de la manera adecuada, nunca es para peor —dijo Isabel, que, si bien se sentía complacida al oír que tenía numerosas cualidades, era por fortuna capaz de discernir que dicha complacencia no era indicación de una mente débil, dado que había varias cosas en las que ella sobresalía. Su deseo de pensar bien de sí misma contaba, al menos, con el elemento de humildad necesario para exigir siempre pruebas que lo demostrasen.

Lord Warburton no solo pasó la noche en Gardencourt, sino que lo convencieron de que permaneciese allí un segundo día, y al llegar este a su fin, decidió posponer de nuevo la partida hasta el siguiente. Durante este tiempo muchos de sus comentarios estuvieron dirigidos a Isabel, que recibió de muy buen grado aquellas demostraciones de estima. Descubrió que él le gustaba muchísimo; la primera impresión que había causado en ella había sido poderosa, pero al término de una velada pasada en su compañía, le faltaba ya muy poco para considerarlo, aunque sin la parte escabrosa, un héroe de novela. La joven se retiró a descansar con la impresión de ser muy afortunada, con la sensación renovada de posibles venturas. «Es muy agradable conocer a dos personas tan encantadoras como estas», se dijo, y al decir «estas» se refería a su primo y al amigo de este. Pero, además, cabe añadir que había tenido lugar un incidente que podría, en apariencia, haber puesto a prueba su buen humor. El señor Touchett se había ido a la cama a las nueve y media, pero su mujer permaneció en el salón en compañía de los demás miembros del grupo. Prolongó su vigilia durante algo menos de una hora, y después, poniéndose en pie, le indicó a Isabel que había llegado el momento de despedirse de los caballeros. Isabel no sentía todavía deseos de irse a dormir; la ocasión, para ella, tenía un carácter festivo, y las fiestas no acostumbraban a terminar tan pronto. Así que, sin pensárselo más, contestó de forma muy simple:

—¿Es necesario que me retire ya, querida tía? Subiré dentro de media hora.

—Me es imposible esperarte —respondió la señora Touchett.

—No, si no tiene por qué esperarme. Ralph se encargará de encenderme la vela —aseguró Isabel alegremente.

—Yo le encenderé la vela, permítame que sea yo quien lo haga, señorita Archer —intervino lord Warburton—. Lo único que le pido es que no sea antes de la medianoche.

La señora Touchett posó sus brillantes ojillos un momento en él, y a continuación miró con frialdad a su sobrina.

—No puedes quedarte a solas con dos caballeros. No estás... no estás en tu bendita Albany, querida.

Isabel se puso en pie, ruborizada.

—Ojalá lo estuviese —dijo.

—¡Por Dios, mamá! —exclamó Ralph.

—¡Mi querida señora Touchett! —murmuró lord Warburton.

—Yo no he hecho su país, señor mío —declaró la señora Touchett con aire majestuoso—. Tengo que aceptarlo como es.

—¿Es que no puedo quedarme con mi propio primo? —inquirió Isabel.

—No sabía yo que lord Warburton fuese primo tuyo.

—Quizá deba ser yo el que se vaya a la cama —sugirió el invitado—. Así se solucionaría el problema.

La señora Touchett esbozó un leve gesto de desesperación y tomó de nuevo asiento.

—Muy bien, si no hay otro remedio, me quedaré levantada hasta la medianoche.

Ralph, mientras tanto, le había entregado la vela a Isabel. La había estado observando, y tenía la impresión de que estaba a punto de perder la paciencia, incidente que podía resultar muy interesante. Pero si lo que esperaba era un estallido de furia, se vio decepcionado, ya que la joven se limitó a soltar una risita, les dio las buenas noches con un gesto y se retiró en compañía de su tía. Por su parte, Ralph se sintió enojado con su madre, aunque pensaba que tenía razón. Al llegar arriba, las dos damas se separaron ante la puerta de la señora Touchett. Isabel no había dicho nada mientras subían.

—No hay duda de que te molesta que me haya inmiscuido en tus asuntos.

Isabel reflexionó un instante y dijo:

—No estoy molesta, pero sí sorprendida... y bastante desconcertada. ¿Estaría mal que me hubiese quedado en el salón?

—Por supuesto que sí. Aquí las jóvenes, en las casas decentes, no se quedan a solas en compañía de caballeros hasta altas horas de la noche.

—En ese caso, ha hecho muy bien en decírmelo —dijo Isabel—. No lo comprendo, pero me alegra saberlo.

—Siempre te lo diré —respondió su tía— cuando vea que te tomas lo que para mí son excesivas libertades.

—Le ruego que lo haga, pero no puedo asegurarle que vaya a considerar siempre justas sus reprimendas.

—Es muy probable que no sea así. Te gusta demasiado salirte con la tuya.

—Sí, creo que así es. Pero quiero saber siempre lo que no se debe hacer.

—¿Para hacerlo? —preguntó su tía.

—Para elegir —respondió Isabel.

8

Como Isabel sentía devoción por todo lo romántico, lord Warburton se aventuró a expresar el deseo de que fuese algún día a visitar su casa, un lugar muy curioso y antiguo. Consiguió arrancar a la señora Touchett la promesa de que llevaría a su sobrina a Lockleigh, y Ralph manifestó su voluntad de acompañar a las damas, siempre que su padre pudiese arreglárselas sin él. Lord Warburton le aseguró a nuestra heroína que, en el ínterin, sus hermanas vendrían a visitarla. Isabel sabía algo de las hermanas, ya que lo había sondeado sobre muchas cuestiones referentes a su familia, en el transcurso de las horas que pasaron juntos mientras él estaba en Gardencourt. Cuando Isabel estaba interesada en algo, hacía un sinfín de preguntas, y como su interlocutor era conversador locuaz, en esta ocasión su curiosidad no cayó en saco roto. Él le contó que tenía cuatro hermanas y dos hermanos, y que habían perdido a ambos padres. Los hermanos y hermanas eran muy buena gente. «No es que sean especialmente inteligentes, sabe —le dijo—, pero sí muy buenos y agradables». Y llevó su bondad al extremo de desear que la señorita Archer llegase a conocerlos bien. Uno de los hermanos había abrazado la carrera eclesiástica y se había establecido en la propiedad familiar, allí en Lockleigh, que era una parroquia muy poblada y extensa, y era una excelente persona, si bien pensaba de manera muy diferente a la suya sobre todo asunto imaginable. Y a continuación lord Warburton había mencionado algunas de las opiniones

sostenidas por su hermano, que eran opiniones que Isabel había oído expresar con frecuencia y que imaginaba que eran compartidas por gran parte de la humanidad. De hecho, supuso que muchas de ellas habían sido compartidas incluso por ella misma, hasta que él le aseguró que estaba completamente equivocada, que era realmente imposible, que sin duda se había imaginado compartirlas, pero que podía estar segura de que si se detenía a examinarlas con algo de atención, se daría cuenta de que carecían de fundamento. Cuando Isabel respondió que ya había examinado con detenimiento muchas de aquellas cuestiones de las que hablaban, él declaró que ella no era sino un ejemplo más de lo que a menudo se había encontrado: el hecho de que, entre toda la gente del mundo, los estadounidenses eran con mucho los más supersticiosos. Eran todos unos torpes rancios y fanáticos. No había nadie más conservador que un conservador de Estados Unidos. Allí estaban su tío y su primo como prueba; no había nada más medieval que muchas de sus opiniones; tenían ideas que la gente inglesa se avergonzaría hoy día de confesar; y además tenían el descaro, afirmó su señoría entre risas, de pretender saber más de las necesidades y problemas de la pobre e inepta Inglaterra que él, que había nacido en el país y era dueño, para su vergüenza, de una porción importante del mismo. De todo lo cual, Isabel dedujo que lord Warburton era un noble de muy nueva escuela, un reformista, un radical, y que despreciaba los antiguos usos. Su otro hermano, que estaba en el ejército en la India, era más bien indómito y testarudo, y hasta el momento no había servido para gran cosa excepto para contraer deudas que Warburton tenía que liquidar... uno de los privilegios más preciados de un hermano mayor.

—No estoy dispuesto a seguir pagando —dijo el amigo de Isabel—. Vive mil veces mejor que yo, disfruta de lujos inimaginables y se cree un caballero mucho más distinguido que yo. Soy un radical convencido, y acepto únicamente la igualdad; no acepto la superioridad de los hermanos menores.

Dos de sus cuatro hermanas, la segunda y la cuarta, estaban casadas; una de ellas había hecho, como suele decirse, muy buena boda; la otra, una solo regular. El marido de la mayor, lord Haycock, aunque muy buena persona, era por desgracia un tory espantoso; y su esposa, al igual que todas las buenas esposas inglesas, era peor que su marido. La otra había contraído matrimonio con un pequeño terrateniente de Norfolk y, pese a haberse casado hacía más bien poco, tenía ya cinco hijos. Lord Warburton informó de todos estos detalles y otros muchos a aquella joven oyente estadounidense, esforzándose en explicarlas con muchísima claridad y en diseccionar para que ella entendiese las peculiaridades de la vida inglesa. A menudo a Isabel la divertían tanta franqueza y la poca importancia que él parecía dar a la experiencia e imaginación de su interlocutora. «Me tiene por una salvaje —se decía—, se cree que nunca he visto una cuchara o un tenedor». Y se dedicaba a hacerle preguntas ingenuas por el placer de escucharle responder con toda seriedad.

Después, cuando él ya había caído en la trampa, comentaba:

—Qué lástima que no me haya visto con las pinturas de guerra y las plumas. Si hubiese sabido lo agradable que se muestra con los pobres salvajes, me habría traído mi atuendo de nativa.

Lord Warburton había recorrido Estados Unidos y sabía mucho más del país que Isabel; tuvo la gentileza de decir que era el país más encantador del mundo, pero el recuerdo que de él guardaba parecía dar pie a la idea de que los estadounidenses en Inglaterra necesitaban que se les explicase infinidad de cosas.

—¡Ojalá la hubiese tenido a usted para explicarme cosas en Estados Unidos! —dijo—. Me sentí un tanto confundido en su país. De hecho, me encontré bastante desconcertado, y el problema era que las explicaciones me desconcertaban aún más. Sabe, creo que a menudo me daban las erróneas adrede; allá son muy listos para eso. Pero usted sí que puede fiarse de mis explicaciones: lo que yo le cuente es totalmente cierto.

De lo que al menos no cabía duda era de que se trataba de un hombre muy culto e inteligente y de que sabía prácticamente de todo. Aunque empleaba las imágenes más interesantes y excitantes, Isabel estaba convencida de que no lo hacía por exhibirse, y pese a que había disfrutado de unas oportunidades únicas y, como ella decía, se había hecho merecedor de las más grandes recompensas, estaba muy lejos de presentarlas como méritos. Había disfrutado de las mejores cosas en la vida, pero eso no le había hecho perder el sentido de la proporción. Sus cualidades eran una mezcla del efecto de una experiencia enriquecedora (¡qué fácil le había sido obtenerla!) y de una modestia en ocasiones casi infantil; y el sabor dulce y benéfico de tal mezcla, que tenía el encanto de lo ya probado, no empeoraba en absoluto al añadirsele un toque de gentileza responsable.

—Me gusta mucho tu espécimen de caballero inglés —le dijo Isabel a Ralph cuando lord Warburton se hubo marchado.

—A mí también me gusta, lo quiero de verdad —respondió Ralph—. Pero lo compadezco aún más.

Isabel lo miró con recelo.

—No entiendo, a mí me parece que ese es su único defecto: el que no se le pueda compadecer ni siquiera un poco. Parece tenerlo todo, saberlo todo, serlo todo.

—Así es, pero está muy mal —insistió Ralph.

—Supongo que no te referirás a su salud...

—No, en ese aspecto tiene una buena salud odiosa. Lo que quiero decir es

que es un hombre de gran posición y está haciendo todo tipo de tonterías con ella. No se toma a sí mismo con seriedad.

—¿Es que se toma a broma?

—Mucho peor: se considera una imposición... un abuso.

—Bueno, tal vez lo sea.

—Puede que sí, aunque en conjunto no lo creo. Pero, si es ese el caso, ¿puede haber algo más digno de lástima que la conciencia de ser un abuso impuesto por manos ajenas, profundamente arraigado, pero que se duele de su propia injusticia? Yo, en su lugar, me mostraría tan solemne como una estatua de Buda. Disfruta de una posición que excita mi imaginación: grandes responsabilidades, magníficas oportunidades, enorme respeto, cuantiosa fortuna, tremendo poder y participación por derecho de cuna en los asuntos públicos de un gran país. Pero está terriblemente confuso con respecto a sí mismo, a su posición, a su poder y a todo lo habido y por haber. Es una víctima de esta época crítica: ha dejado de creer en sí mismo y no sabe en qué creer. Cuando intento decírselo (porque si yo estuviese en su piel, sabría muy bien en qué creer), me tacha de reaccionario malcriado. Creo que se considera un odioso filisteo; dice que no entiendo mi época. Y lo cierto es que la entiendo mejor que él, que ni es capaz de abolirse a sí mismo como incordio ni de mantenerse como institución.

—No parece muy desgraciado —observó Isabel.

—Puede que no; aunque, para ser hombre de gusto encantador, a menudo pasa por momentos incómodos. Pero ¿qué mérito tiene decir que un hombre con sus oportunidades no es desgraciado? Además, yo creo que sí que lo es.

—Yo no —dijo Isabel.

—Bueno —replicó su primo—, pues si no lo es debería serlo.

Por la tarde, Isabel compartió una hora con su tío en el césped, donde, como de costumbre, el anciano estaba sentado con el chal sobre las piernas y la enorme taza de té diluido en las manos. En el transcurso de la conversación, él le preguntó qué opinaba de su último visitante.

Isabel fue rápida en la respuesta:

—Creo que es encantador.

—Sí, es una persona agradable —dijo el señor Touchett—, pero no te aconsejo que te enamores de él.

—En tal caso, no lo haré; nunca me enamoraré si no es con su aprobación. Además —añadió Isabel—, mi primo me ha dibujado un retrato bastante infortunado de lord Warburton.

—¿De verdad? No sé lo que puede haberte dicho, pero no olvides que Ralph es incapaz de quedarse callado.

—Cree que su amigo es demasiado subversivo... o no lo suficiente. No acabo de entenderlo muy bien.

El anciano meneó lentamente la cabeza, sonrió y dejó la taza.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. Parece ir demasiado lejos, pero tal vez no lo suficiente. Da la impresión de querer acabar con muchas cosas, pero parece que quiera continuar siendo él mismo. Supongo que eso es natural, pero resulta un tanto contradictorio.

—Oh, espero que siga siendo él mismo —dijo Isabel—. Si dejara de serlo, sus amigos lo iban a echar muchísimo de menos.

—Bueno —dijo el anciano—, imagino que permanecerá en su lugar y seguirá entreteniendo a sus amigos. Yo, sin ir más lejos, lo echaría mucho de menos aquí en Gardencourt. Siempre me entretiene cuando viene de visita, y creo que él también se divierte. Existe un gran número de jóvenes como él en la buena sociedad, en este momento es lo que se lleva. Yo no sé lo que intentan hacer... a lo mejor tratan de iniciar una revolución. De cualquier forma, espero que la pospongan para cuando yo ya no esté. Verás, quieren acabar con todo lo establecido, pero yo soy un terrateniente bastante importante en este país, y no quiero que me expropien. Vine aquí porque pensaba que Inglaterra era un país seguro y para mí sería un enorme fraude que se introdujesen cambios sustanciales. Si eso sucede, será una gran decepción para muchos.

—¡Ojalá hiciesen una revolución! —exclamó Isabel—. Me encantaría ser testigo de una revolución.

—Vamos a ver —dijo su tío, con ánimo de broma—. Ya no recuerdo si estás del lado de lo antiguo o de lo moderno. Te he escuchado opiniones muy contrapuestas.

—Estoy del lado de ambos. Me parece que estoy un poco a favor de todo. En una revolución, una vez que estuviese ya en marcha, creo que declarararía mi lealtad con firmeza y orgullo. Los revolucionarios despiertan muchas simpatías, y tienen ocasión de actuar con tanta exquisitez... Quiero decir, de una forma tan pintoresca.

—No sé muy bien lo que entiendes por actuar de forma pintoresca, pero a mí me parece que tú siempre actúas así, querida.

—¡Ah, qué hombre tan encantador! ¡Cómo me gustaría creerlo! —interrumpió la joven.

—Me temo que, pese a todo, por el momento aquí no vas a tener el placer

de que te lleven a la guillotina con elegancia —continuó el señor Touchett—. Si lo que quieres es ver una gran revuelta, vas a tener que regalarnos con una larga visita. Si lo piensas bien, no les convendría que se les tomase al pie de la letra.

—¿A quiénes se refiere?

—Pues a lord Warburton y sus amigos... los radicales de clase alta. Por supuesto, yo solo puedo hablar de mis impresiones. Hablan de cambios, pero no creo que se den cuenta de lo que están diciendo. Verás, tú y yo sabemos lo que es vivir bajo instituciones democráticas: yo siempre me sentí muy cómodo con ellas, pero estaba acostumbrado a tenerlas desde el principio. Y, por otro lado, yo no soy un lord; tú eres una dama, querida, pero yo no tengo nada de lord. Ahora bien, creo que aquí no acaban de entenderlo del todo. Es algo que se vive cada día y a todas horas, y no creo que muchos de ellos lo fuesen a encontrar tan agradable como lo que ahora tienen. Si quieren probarlo, allá ellos, pero dudo que pongan mucho empeño.

—¿No los cree sinceros? —preguntó Isabel.

—Bueno, ellos quieren pensar que lo son —concedió el señor Touchett—, pero da la impresión de que todo se queda en pura teoría. Sus ideas radicales son una especie de divertimento; de alguna manera tienen que divertirse, y podrían tener gustos más zafios que esos. Son muy aficionados al lujo, y esas ideas progresistas probablemente sean el mayor lujo para ellos. Hacen que se sientan unos moralistas sin que ello perjudique su posición. Esta les importa muchísimo, y no dejes que ninguno de ellos te convenza de lo contrario, porque si intentaras actuar en consecuencia, te pararían los pies de inmediato.

Isabel siguió con mucha atención la argumentación que su tío iba desarrollando con su facilidad de palabra característica, y pese a no tener mucho conocimiento de la aristocracia inglesa descubrió que estaba en perfecta armonía con su impresión general de la naturaleza humana. No obstante, se sintió obligada a expresar su protesta a favor de lord Warburton.

—Yo no creo que lord Warburton sea un farsante. Me trae sin cuidado lo que sean los demás. Me gustaría ver a lord Warburton puesto a prueba.

—¡Que Dios me proteja de mis amigos! —respondió el señor Touchett—. Lord Warburton es un joven amabilísimo, una persona excelente. Tiene una renta de cien mil libras anuales. Es dueño de cincuenta mil acres del suelo de esta pequeña isla, aparte de infinidad de otras cosas. Cuenta con media docena de casas en las que vivir. Ocupa un escaño en el Parlamento, como yo ocupo un asiento en mi comedor. Es de gustos refinados, le interesan la literatura, el arte, la ciencia y las jóvenes encantadoras. Pero, de todos ellos, el más refinado es su gusto por las nuevas ideas. Le proporciona muchísimo placer,

tal vez más que ningún otro, si exceptuamos a las jóvenes. La antigua mansión que tiene por aquí... ¿cómo la llama, Lockleigh?, es muy bonita, pero en mi opinión no resulta tan agradable como esta. Pero eso no tiene importancia porque él posee muchas otras. Por lo que yo sé, sus ideas no hacen daño a nadie; y muchísimo menos a él. Y si hubiese una revolución, él saldría muy bien parado. Nadie se metería con él, lo dejarían tranquilo: les agrada a todos demasiado.

—¡Ah, ni aunque quisiera podría ser un mártir! —dijo Isabel con un suspiro—. Es una situación muy triste.

—Nunca será un mártir a no ser que tú lo conviertas en uno —dijo el anciano.

Isabel meneó la cabeza; un gesto que podría haber movido a risa, pues había en él un asomo de melancolía.

—Yo jamás convertiré en mártir a nadie.

—Y espero que tú tampoco lo seas nunca.

—Espero que no. Pero, entonces, ¿no siente usted lástima por lord Warburton como Ralph?

Su tío le dirigió una larga mirada, afable y penetrante.

—Sí, la verdad es que sí.

9

Las dos señoritas Molyneux, hermanas del noble en cuestión, fueron a visitarla, e Isabel se quedó prendada de aquellas jóvenes, que en su opinión ofrecían una estampa de lo más original. Pero lo cierto es que, cuando se las describió a su primo empleando dicho término, él declaró que no había epíteto menos adecuado que aquel para referirse a las señoritas Molyneux, ya que en Inglaterra había unas cincuenta mil jóvenes de aspecto idéntico al de ellas. Pese a verse desprovistas de aquella cualidad, las visitantes de Isabel conservaban la de tener una dulzura extrema y una apariencia tímida, y, a su modo de ver, unos ojos como dos estanques gemelos, dos círculos de «agua ornamental» dispuestos entre parterres de geranios.

«En cualquier caso, no tienen nada de morboso», se dijo nuestra heroína para sus adentros; y consideró aquello un enorme atractivo, porque a dos o tres de sus amigas de juventud, desgraciadamente, se les podía haber hecho tal acusación (de no ser por ello habrían sido encantadoras), por no mencionar

que la propia Isabel había intuido en ocasiones esa misma tendencia en su persona. Las señoritas Molyneux no estaban ya en la flor de la juventud, pero conservaban una tez fresca y luminosa y una sonrisa un tanto infantil. Sí, sus ojos, que Isabel admiraba, eran redondos, plácidos y tranquilos, y sus figuras, también de una generosa redondez, iban embutidas en chaquetillas de piel de foca. Su amabilidad era mucha, tanta que casi les avergonzaba exhibirla; se mostraban un tanto intimidadas por aquella joven del otro lado del mundo y expresaban sus buenos deseos más con la mirada que con la palabra. Aun así, le manifestaron claramente que esperaban que fuese a almorzar con ellas a Lockleigh, donde vivían en compañía de su hermano, y que después siguieran viéndose muy a menudo. Se preguntaban si le agradaría quedarse a pasar allí la noche algún día: esperaban la llegada de unos invitados el día 29, así que tal vez le apeteciese ir mientras ellos se encontraban allí.

—Me temo que no se trate de nadie muy especial —dijo la mayor de las hermanas—, pero me atrevería a decir que usted nos aceptará tal como somos.

—Seguro que me parecerá una gente deliciosa. Creo que son ustedes encantadoras tal como son —respondió Isabel, que a menudo se excedía en el elogio.

Sus visitantes se sonrojaron, y su primo, una vez que se hubieron marchado, le insinuó que si les decía cosas así a aquellas pobres muchachas, iba a hacerles creer que se burlaba de ellas de forma gratuita y desmedida: estaba seguro de que aquella era la primera vez que alguien las llamaba encantadoras.

—No lo puedo evitar —respondió Isabel—. Creo que es fantástico tener ese aire tan sereno, razonable y satisfecho. Me encantaría ser así.

—¡Dios no lo quiera!

—Me refiero a tratar de imitarlas —dijo Isabel—. Estoy deseando visitarlas en su casa.

Pudo disfrutar de dicho placer unos días después, cuando, en compañía de Ralph y su madre, fue en coche a Lockleigh. Encontró a las señoritas Molyneux sentadas en un inmenso salón (más tarde se daría cuenta de que era uno de los varios que había), de una auténtica profusión de cretonas descoloridas; en esta ocasión iban vestidas de velludillo negro. A Isabel le gustaron incluso más en su casa de lo que lo habían hecho en Gardencourt, y una vez más la sorprendió su falta de morbidez. Antes le había parecido que, si de algo pecaban, era de escasa agilidad mental, pero ahora veía que eran capaces de sentir emociones profundas. Antes del almuerzo estuvo un rato a solas con ellas en un extremo del salón, mientras lord Warburton, a cierta distancia, conversaba con la señora Touchett.

—¿Es cierto que su hermano es tan radical? —preguntó Isabel.

Sabía que así era, pero, tal como hemos visto, el interés que en ella despertaba la naturaleza humana era inmenso y tenía deseos de ver cómo reaccionaban las señoritas Molyneux.

—Oh, sí, querida, es extremadamente avanzado —dijo Mildred, la hermana más joven.

—Al mismo tiempo, Warburton es muy razonable —añadió la otra.

Isabel lo observó un momento en el otro lado del salón; era evidente que estaba esforzándose en mostrarse agradable con la señora Touchett. Ralph había entablado amistad con uno de los perros ante el fuego de la chimenea, que no estaba de más, dada la temperatura del agosto inglés y la enormidad de la antigua casa.

—¿Creen que su hermano es sincero? —preguntó Isabel con una sonrisa.

—¡Claro! ¡Cómo no iba a serlo! —exclamó Mildred al instante, mientras la hermana mayor contemplaba en silencio a nuestra heroína.

—¿Creen que lograría superar la prueba?

—¿La prueba?

—Me refiero, por ejemplo, a tener que renunciar a todo esto.

—¿Renunciar a Lockleigh? —dijo la hermana mayor, recobrando al fin el habla.

—Sí, y a los otros lugares; ¿cómo se llaman?

Las dos hermanas intercambiaron entre ellas una mirada casi atemorizada.

—¿Quiere usted decir... quiere usted decir a causa de los gastos? —preguntó la más joven.

—Tal vez podría renunciar a una o dos de las casas —dijo la otra.

—¿Renunciar a cambio de nada? —preguntó Isabel.

—Yo no lo imagino renunciando a sus propiedades —aseguró la mayor.

—Ah, ¡entonces se trata de un impostor! —replicó Isabel—. ¿No creen que es una posición falsa?

Era evidente que sus interlocutoras estaban perdidas.

—¿La posición de mi hermano? —preguntó la mayor.

—Se la considera una excelente posición —dijo la hermana más joven—. Es la mejor de esta parte del condado.

—Tal vez me tomen por alguien muy irreverente —añadió Isabel, aprovechando la ocasión—. Imagino que ustedes idolatran a su hermano y que le tienen un poco de miedo.

—Admirar a un hermano es muy natural —dijo la hermana mayor con toda sencillez.

—Si lo hacen, es que debe de ser muy bueno, porque ustedes es evidente que son buenísimas.

—Es sumamente bondadoso. Nunca se sabrá todo el bien que hace.

—Y su talento —añadió Mildred—, como todo el mundo sabe, es inmenso.

—Sí, eso salta a la vista —dijo Isabel—, pero si yo estuviese en su lugar, estaría dispuesta a luchar hasta la muerte: me refiero a la herencia del pasado. Me aferraría a ella con todas mis fuerzas.

—Yo creo que uno tiene que ser liberal —contrapuso Mildred con dulzura—. Y nosotros siempre lo hemos sido, desde tiempos ancestrales.

—Ah, ya —dijo Isabel—, y les ha ido muy bien; no me extraña que les guste. Y, por lo que veo, les encantan los bordados artísticos.

Cuando, tras el almuerzo, lord Warburton le mostró la casa, le pareció muy natural que esta ofreciese un aspecto de distinguida nobleza. El interior había sido modernizado a fondo y algunos de los elementos más destacados habían perdido su pureza; pero, vista desde el jardín, aquella estructura sólida de color gris, que con el tiempo había adquirido una pátina suave y profunda, emergiendo de un foso ancho y tranquilo, se le antojó a la joven visitante un castillo de leyenda. El día era fresco y un tanto deslucido; el otoño había desgranado sus primeras notas, y la luz acuosa de los rayos del sol se proyectaba sobre los muros con resplandores borrosos e indolentes que parecían caer sobre sitios escogidos con esmero, allí donde la nostalgia de lo antiguo se hacía más patente. El hermano del anfitrión, el vicario, había asistido al almuerzo, e Isabel había charlado cinco minutos con él, tiempo suficiente para emprender la búsqueda de un profundo espíritu eclesiástico y de abandonar la empresa por inútil. Las características del vicario de Lockleigh eran una constitución atlética y robusta, un rostro cándido y natural, un apetito insaciable y una tendencia a reír de todo sin ton ni son. Isabel supo después, gracias a su primo, que antes de ordenarse había sido un gran pugilista y que todavía, en ciertas ocasiones, y por supuesto en la intimidad del círculo familiar, seguía siendo capaz de dejar tendido en el suelo a cualquier adversario. A Isabel le gustó, estaba dispuesta a que todo le gustase, pero su imaginación se vio muy desbordada al tratar de imaginárselo como fuente de consuelo espiritual. Todos los presentes, al acabar el almuerzo, salieron a pasear por los jardines, pero lord Warburton se las ingenió para apartar del

resto a su invitada menos conocida y hacer el recorrido los dos a solas.

—Quiero que vea el lugar como es debido, con detenimiento —dijo—. No podría hacerlo si su atención se viese distraída por chismes sin importancia. — Su conversación (pese a contarle a Isabel muchas cosas de la casa, que tenía una historia muy curiosa) no se limitó a lo puramente arqueológico; de cuando en cuando, recaía sobre asuntos más personales, personales tanto para la joven como para él. Pero al fin, tras una pausa prolongada, retomó por un momento el tema que en apariencia les ocupaba—. ¡Ah! No sabe cuánto me alegra que le guste el viejo barracón. Me gustaría que pudiese contemplarlo más a fondo, que pudiese quedarse aquí durante algún tiempo. Por si le sirve de aliciente, a mis hermanas les ha encantado.

—No necesito aliciente alguno —respondió Isabel—, pero me temo que no puedo comprometerme a nada. Estoy por completo a merced de mi tía.

—¡Ah! Perdóneme si le digo que no acabo de creérmelo. Estoy completamente seguro de que puede hacer lo que le apetezca.

—Siento darle esa impresión; no creo que sea una impresión muy agradable.

—Tiene la virtud de permitirme albergar esperanzas.

Y lord Warburton se detuvo un momento.

—¿Esperanzas de qué?

—De poder verla con frecuencia en un futuro.

—¡Ah! —dijo Isabel—, para disfrutar de ese placer no es preciso que esté tan terriblemente emancipada.

—Está claro que no; pero, al mismo tiempo, no creo que yo le agrade mucho a su tío.

—Está muy equivocado. Le he oído hablar en términos muy elogiosos de usted.

—Me alegra que hayan hablado de mí —dijo lord Warburton—. Sin embargo, no creo que le haga gracia que vaya mucho a Gardencourt.

—No puedo responder de los gustos de mi tío —replicó la muchacha—, pese a que debiera tenerlos en consideración en la medida de lo posible. Pero, por mi parte, me alegrará mucho verle.

—Eso es precisamente lo que quería oírle decir. Me complace que me lo diga.

—No parece muy difícil complacerle, milord —dijo Isabel.

—¡No, no es fácil complacerme! —Y tras esas palabras se detuvo un instante—. Pero la verdad es que usted me encanta, señorita Archer.

Aquellas palabras fueron pronunciadas en un tono indefinible que alarmó a la joven; le sonó a preludio de algo más serio: había oído antes aquel tono y lo reconoció. Sin embargo, por el momento, no sentía deseo alguno de que el preludio tuviese una secuela, y, con toda la despreocupación que pudo y de la forma más rápida que le permitía su estado de visible agitación, dijo:

—Me temo que no hay perspectivas de que pueda volver por aquí.

—¿Nunca?

—No diría que «nunca», no quiero ser melodramática.

—¿Puedo ir yo a verla cualquier día de la próxima semana?

—Con toda seguridad. ¿Qué podría impedirselo?

—Nada tangible. Pero nunca me siento seguro con usted. Tengo la vaga sensación de que siempre está juzgando a la gente.

—Eso no significa que usted salga perdiendo.

—Le agradezco la gentileza, pero, incluso aunque salga ganando, no es precisamente una justicia severa lo que más aprecio. ¿Piensa llevarla al extranjero la señora Touchett?

—Eso espero.

—¿Es que Inglaterra no es lo suficientemente buena para usted?

—Esa es una frase muy maquiavélica, y no merece respuesta. Quiero ver tantos países como pueda.

—Para seguir juzgando, imagino.

—Y también para disfrutar, espero.

—Sí, así es como usted más disfruta. No consigo entender qué se propone —dijo lord Warburton—. Me da la impresión de que la guíen misteriosos objetivos, designios inescrutables.

—Es usted demasiado generoso al haberse formado una teoría sobre mí a cuya altura no estoy en absoluto. ¿Tiene acaso algo de misterioso el objetivo de enriquecer el espíritu viajando al extranjero, algo que cada año se proponen y llevan a cabo, a la vista de todo el mundo, cincuenta mil compatriotas míos?

—Es imposible que pueda enriquecer más su espíritu, señorita Archer —declaró su interlocutor—. Ya cuenta usted con un instrumento formidable con el que nos mira al resto desde las alturas y nos desprecia.

—¿Despreciarlos? Se está burlando de mí —dijo Isabel muy seria.

—Bueno, usted nos considera «pintorescos», que viene a ser lo mismo. Yo, de entrada, me niego a que se me tilde de «pintoresco», no lo soy en absoluto. Que conste mi protesta.

—Esa protesta es una de las cosas más pintorescas que he oído en mi vida —respondió Isabel.

Warburton guardó un breve silencio.

—Usted solo juzga por lo externo, y no le importa nada. Lo único que le interesa es divertirse. —Aquella nota que había advertido en su voz momentos antes se dejó oír de nuevo, y mezclada con ella había ahora un claro deje de amargura, de una amargura tan gratuita e inesperada que la joven tuvo miedo de haberlo herido. Había oído con frecuencia que los ingleses eran una gente muy excéntrica, e incluso había leído a algún autor ingenioso que decía que entre las naciones románticas ellos ocupaban el último puesto. ¿Estaba lord Warburton volviéndose romántico de repente? ¿Iba a hacerle una escena, en su propia casa, cuando aquel era solo su tercer encuentro? Se tranquilizó de inmediato al pensar en sus excelentes modales, que no se habían visto afectados en absoluto por el hecho de que él hubiese rozado ya el límite del buen gusto, al expresar su admiración por una joven que había aceptado su hospitalidad. Y estaba en lo cierto al confiar en sus buenas maneras, ya que al instante, riéndose un poco y sin trazas de aquel tono que tanto la había inquietado, prosiguió—: Naturalmente, no quiero decir que se divierta usted con nimiedades. Escoge materiales excelentes: las flaquezas, las aflicciones de la naturaleza humana, las peculiaridades de las naciones.

—En cuanto a eso, en mi propia nación encontraría entretenimiento suficiente para toda una vida. Pero nos espera un largo recorrido en coche, y mi tía querrá irse pronto.

Se dio la vuelta en dirección al resto, y lord Warburton caminó en silencio a su lado. Pero antes de alcanzar a los demás, dijo:

—Iré a verla la semana próxima.

Isabel recibió una fuerte impresión, pero cuando esta empezó a desvanecerse, pensó que no podía engañarse a sí misma diciéndose que le había resultado del todo desagradable. Aun así, respondió al anuncio de él con bastante frialdad:

—Como quiera.

Y aquella frialdad no se debía a que hubiese calculado el efecto de sus palabras, juego en el que se empleaba con mucha menor frecuencia de la que sus detractores hubiesen pensado. Era producto de cierto temor.

El día después de su visita a Lockleigh, Isabel recibió una misiva de su amiga la señorita Stackpole, y la vista de aquel sobre, en el que aparecían juntos el matasellos de Liverpool y la ordenada caligrafía de la rápida mano de Henrietta, le produjo una viva emoción. «Aquí me tienes, mi adorada amiga —decía la señorita Stackpole—; he logrado escaparme al fin. Lo decidí solo la noche antes de abandonar Nueva York, cuando el Interviewer aceptó mis condiciones. Metí algunas cosas en una maleta, como un veterano periodista, y me fui en tranvía a coger el vapor. ¿Dónde te encuentras y dónde podemos reunirnos? Imagino que estarás de visita en alguno de esos castillos y que ya habrás adquirido el acento apropiado. Puede que hasta te hayas casado con un lord; casi espero que así sea, ya que quiero conocer a gente de alto rango y cuento contigo para que me presentes a unos cuantos. El Interviewer desea que informe sobre la nobleza. Mis primeras impresiones (de la gente en general) no son de color de rosa; pero quiero comentarlas contigo, y ya sabes que yo puedo ser muchas cosas, pero nunca superficial. Tengo además algo muy especial que contarte. Te ruego que organices el encuentro lo antes posible. Ven tú a Londres (me encantaría visitar los monumentos en tu compañía) o, si no, permíteme que sea yo la que vaya a verte, donde quiera que estés. Lo haré con sumo placer, pues ya sabes que todo me interesa y deseo ver cuanto me sea posible de la vida privada».

Isabel juzgó que era mejor no mostrarle aquella carta a su tío, pero lo puso al corriente de su contenido, y, como esperaba, él le rogó al momento que se encargase en su nombre de comunicarle a la señorita Stackpole que estaría encantado de recibirla en Gardencourt.

—Aunque sea una dama de las letras —le dijo—, imagino que, al ser estadounidense, no me dejará en ridículo como hizo aquella otra. Ella ya habrá conocido a gente como yo.

—¡Pero a nadie tan encantador! —respondió Isabel, aunque no se sentía del todo tranquila con respecto al instinto narrativo de Henrietta, que pertenecía a aquella parte del carácter de su amiga que veía con menos agrado.

No obstante, le escribió a la señorita Stackpole para comunicarle que sería muy bien recibida en casa del señor Touchett; y la vivaz joven no perdió tiempo en anunciar su inmediata llegada. Se había acercado a Londres, y fue en dicha ciudad donde tomó el tren hasta la estación más próxima a Gardencourt, donde Isabel y Ralph esperaban para recibirla.

—¿Me caerá simpática o me resultará detestable?

—Sea como sea, a ella le tendrá sin cuidado —dijo Isabel—. Le importa un comino lo que los hombres piensen de ella.

—Entonces, como hombre, seguro que no me gusta. Debe de ser una especie de monstruo. ¿Es muy fea?

—No, es realmente bonita.

—Una mujer periodista, un reportero con faldas... Siento mucha curiosidad de verla —concedió Ralph.

—Es muy fácil reírse de ella, pero no lo es tanto ser tan valiente como ella.

—En eso llevas razón. Los crímenes violentos y las agresiones a la gente exigen sin duda cierto grado de valor. ¿Crees que querrá entrevistarme?

—Ni por asomo. No te considerará lo suficientemente importante.

—Ya verás —dijo Ralph—. Enviaré descripciones de todos nosotros, Bunchie incluido, a su periódico.

—Le pediré que no lo haga —respondió Isabel.

—Entonces, ¿la crees capaz?

—Totalmente.

—¿Y a pesar de eso la has convertido en tu amiga íntima?

—Yo no la he hecho mi íntima amiga, pero me gusta a pesar de sus defectos.

—Pues me temo que no va a gustarme a pesar de sus virtudes.

—Lo más probable es que te enamores de ella a los tres días.

—¿Y que publiquen mis cartas de amor en el Interviewer? ¡Jamás! —exclamó el joven.

El tren llegó al fin, y la señorita Stackpole, que se bajó sin tardanza, demostró ser, tal como Isabel había prometido, poseedora de una delicada belleza, si bien un tanto provinciana. Era una persona pulcra y regordeta, de mediana estatura, rostro redondo, boca pequeña, tez delicada, con una mata de rizos castaño claro recogidos en la nuca y unos ojos muy abiertos de expresión sorprendida. El rasgo más destacado de su aspecto era la fijeza de aquella mirada, que, sin llegar a ser impertinente ni desafiante, se posaba en todo cuanto le salía al paso como si estuviese ejerciendo con plena conciencia un derecho natural. Así se posó sobre el propio Ralph, un tanto deslumbrado por el aspecto agradable y grácil de la señorita Stackpole, que indicaba que no iba a ser tan fácil como se había figurado que le resultase antipática. Se movía

entre el frufrú y los relampagueos de vestiduras frescas de color blanco, y a Ralph le bastó una mirada para ver que tenía toda la firmeza, la novedad y la integridad de un primer ejemplar de periódico antes de ser doblado. Era probable que no contuviera una sola errata de la cabeza a los pies. Hablaba con voz clara y aguda, sin riqueza de matices pero sonora; sin embargo, una vez se hubo acomodado con sus acompañantes en el carruaje del señor Touchett, a Ralph le pareció que no todo en ella estaba escrito en grandes letras, en los caracteres de los atroces titulares, como él había supuesto. Sin embargo, respondió a las preguntas de Isabel, a las cuales el joven se atrevió a añadir las suyas propias, con gran lucidez. Y más tarde, en la biblioteca de Gardencourt, cuando ya había conocido al señor Touchett (su esposa no había creído necesario hacer acto de presencia), dio todavía mejor medida de la confianza que tenía en sus capacidades.

—Bien, me gustaría saber si se consideran ustedes estadounidenses o ingleses —dijo sin preámbulos—. De ese modo, podría dirigirme a ustedes en los términos adecuados.

—Háblenos como desee y le estaremos igualmente agradecidos —respondió Ralph con generosidad.

Henrietta posó los ojos en él, y había algo en ellos que le trajo a la mente unos botones grandes y brillantes, botones que habrían servido para cerrar las presillas elásticas de un receptáculo tirante: le pareció ver el reflejo de los objetos circundantes en la pupila. La expresión de un botón no suele tener nada de humana, pero había algo en la mirada de la señorita Stackpole que hizo que él, un hombre bastante pudoroso, se sintiese vagamente azorado, menos puro y más degradado de lo que le habría gustado. Cabe añadir que esa sensación, tras haber pasado uno o dos días en compañía de la señorita Stackpole, se vio considerablemente atemperada, si bien nunca llegó a desvanecerse por completo.

—Supongo que no intentará usted convencerme de que es estadounidense —dijo ella.

—Con tal de complacerla, seré inglés... ¡o turco!

—Pues si es usted capaz de cambiar de esa manera, por mí encantada —respondió la señorita Stackpole.

—Estoy seguro de que lo entiende todo y de que las diferencias de nacionalidad no suponen una barrera para usted —continuó Ralph.

La señorita Stackpole seguía con la mirada clavada en él.

—¿Se refiere usted a las lenguas extranjeras?

—Las lenguas no son nada. Me refiero al espíritu... al genio.

—No estoy muy segura de entenderle —dijo la corresponsal del Interviewer—, pero espero hacerlo antes de irme.

—Es lo que se llama un cosmopolita —terció Isabel.

—Eso significa que es un poco de todo y un mucho de nada. A decir verdad, para mí el patriotismo es como la caridad: empieza por la patria de uno.

—Ya, ¿pero dónde comienza esa patria, señorita Stackpole? —inquirió Ralph.

—Yo no sé dónde comienza, pero sí dónde acaba. Para mí acabó mucho antes de llegar aquí.

—¿No le gusta esto? —preguntó el señor Touchett con su voz cascada e inocente.

—Le diré, señor, que todavía no veo claro qué posición tomar. Me siento un tanto agobiada. Me sentí así durante el trayecto de Liverpool a Londres.

—Tal vez fuese en un vagón abarrotado —apuntó Ralph.

—Sí, pero iba abarrotado de amigos: un grupo de estadounidenses que conocí a bordo del vapor, un grupo encantador de Little Rock, Arkansas. Y pese a ello me sentí agobiada, como si algo me oprimiera, no sabría decir el qué. Sentí desde el mismo inicio como si no fuese a encajar en el ambiente. Pero supongo que crearé mi propio ambiente. Esa es la mejor forma para poder respirar. Aquí el entorno parece muy agradable.

—¡Y también nosotros formamos un grupo encantador! —dijo Ralph—. Espere un poco y verá.

La señorita Stackpole se mostró muy dispuesta a esperar y era evidente que estaba decidida a permanecer en Gardencourt durante un buen tiempo. Aunque dedicaba las mañanas a sus quehaceres literarios, Isabel pasaba muchas horas en compañía de su amiga, quien, una vez finalizada la tarea diaria, abominaba de la soledad, de hecho la combatía. Isabel tuvo pronto ocasión de rogarle que desistiese de describir en letra impresa los encantos de su estancia en común, ya que la segunda mañana de su visita la descubrió ocupada en redactar para el Interviewer una crónica, cuyo título, escrito con toda exquisitez en aquella letra suya tan pulcra y legible (exactamente igual a la de los cuadernos de caligrafía que nuestra heroína recordaba del colegio), rezaba «Estadounidenses y Tudores: estampas de Gardencourt». La señorita Stackpole, con la mejor intención del mundo, se ofreció a leerle la crónica a Isabel, quien de inmediato hizo oír su protesta.

—No creo que debas hacer eso. No creo que debas describir este lugar.

—¿Por qué? Eso es lo que la gente quiere, y es un lugar precioso.

—Demasiado precioso para aparecer en los periódicos, y además no es lo que mi tío quiere.

—¡No lo creas! —exclamó Henriette—. Después se quedan siempre encantados.

—Mi tío no se sentirá encantado, ni tampoco mi primo. Lo considerarán una traición a su hospitalidad.

La señorita Stackpole no dio muestra alguna de confusión; se limitó a limpiar la pluma, con mucho cuidado, en un elegante utensilio que tenía para ese fin, y guardó el manuscrito.

—Por supuesto, no lo haré si tú no lo apruebas, pero estoy sacrificando un tema muy bueno.

—Hay un sinfín de temas, tienes multitud de temas para escoger a tu alrededor. Haremos unas cuantas excursiones; te mostraré unos paisajes encantadores.

—Los paisajes no son mi fuerte; necesito siempre algo de interés humano. Tú sabes que soy profundamente humana, Isabel; siempre lo he sido —replicó la señorita Stackpole—. Pensaba hablar de tu primo, el estadounidense desarraigado. En este momento hay una gran demanda sobre el tema del estadounidense desarraigado, y tu primo es un ejemplar excelente. Lo habría tratado con mucho rigor.

—¡Y él se habría muerto si lo hicieras! —exclamó Isabel—. Y no por el rigor, sino por la publicidad.

—Bueno, no me habría importado matarlo un poquito. Y me habría encantado describir a tu tío, que me parece un tipo mucho más noble, el estadounidense que sigue siendo fiel. Es un anciano estupendo, no veo cómo podría poner objeciones a que yo le rinda homenaje.

Isabel miró a su amiga llena de perplejidad; le resultaba extraño que una personalidad en la que hallaba tanto digno de estima cayese en aquellos errores.

—Mi pobre Henrietta —dijo—, careces por completo de sentido de la intimidad.

Henrietta enrojeció violentamente, y por un momento el brillo de sus ojos se empañó, mientras Isabel la encontraba más inconsecuente que nunca.

—Eres muy injusta conmigo —dijo la señorita Stackpole, haciendo acopio de dignidad—. ¡Jamás he escrito ni una sola palabra sobre mí!

—De eso tengo constancia absoluta, pero me parece a mí que uno también tiene que hacer ese pudor extensible a los demás.

—¡Qué frase tan buena! —exclamó Henrietta al tiempo que tomaba de nuevo la pluma—. Déjame que la anote para utilizarla en alguna ocasión.

Era una mujer de muy buen carácter, y media hora más tarde estaba de nuevo del buen humor que cabe esperar en una periodista necesitada de material.

—He prometido tratar la faceta social —le dijo a Isabel—, pero ¿cómo puedo hacerlo si no consigo ideas? Ya que no puedo escribir sobre este lugar, ¿conoces algún otro que sí pueda describir?

Isabel prometió pensarlo, y al día siguiente, en conversación con su amiga, mencionó por azar su visita a la vieja mansión de lord Warburton.

—¡Tienes que llevarme allí! ¡Ese sitio me vendría de perlas! —exclamó la señorita Stackpole—. Así podría echar un vistazo de cerca a la aristocracia.

—Yo no puedo llevarte allá —dijo Isabel—, pero lord Warburton va a venir aquí, y tendrás ocasión de verlo y observarlo. Pero si tu intención es reproducir su conversación, puedes estar segura de que lo pondré sobre aviso.

—No lo hagas —suplicó su interlocutora—, quiero que se muestre natural.

—Un inglés nunca es tan natural como cuando se muerde la lengua —declaró Isabel.

Al cabo de tres días, no parecía que su primo, como ella había profetizado, hubiese perdido la cabeza por la joven visitante, aunque sí es cierto que había pasado mucho tiempo en su compañía. Recorrían juntos los jardines y se sentaban bajo los árboles, y por la tarde, cuando era una verdadera delicia dejarse llevar flotando por el Támesis río abajo, la señorita Stackpole ocupaba un lugar en la lancha en la que hasta entonces Ralph solo había tenido una única acompañante. Henrietta demostró ser de algún modo menos susceptible de quedar reducida a una mera presencia placentera de lo que Ralph había supuesto, acostumbrado como estaba a la perfecta integración de su prima, ya que la correspondencia del Interviewer provocaba en él hilaridad, y hacía mucho tiempo que él había decidido que la risa in crescendo iba a constituir el solaz de sus días de decadencia. Henrietta, por su parte, no justificaba por completo la afirmación de Isabel con respecto a su indiferencia ante la opinión masculina, ya que parecía que el pobre Ralph le plantease una especie de problema incómodo, que sería casi inmoral no resolver.

—¿A qué se dedica? —le preguntó a Isabel la primera noche tras su llegada—. ¿Es que no hace otra cosa en todo el día que andar de un lado para otro con las manos en los bolsillos?

—No hace nada —sonrió Isabel—. Es un caballero de abundantes recursos.

—Pues a mí eso me parece sencillamente vergonzoso, teniendo en cuenta que yo tengo que trabajar como una mula —replicó la señorita Stackpole—. Me encantaría ponerlo en evidencia.

—Tiene muy mala salud, no está en condiciones de trabajar —se apresuró a añadir Isabel.

—¡Bah, no te creas semejante cosa! Yo bien trabajo cuando estoy enferma —exclamó su amiga.

Luego, cuando se subió al bote para la excursión por el río, le comentó a Ralph que suponía que él la detestaba y que tendría ganas de ahogarla.

—Ah, no —dijo Ralph—, a mis víctimas les reservo una tortura más lenta. ¡Y usted sería una víctima muy interesante!

—Bueno, debo confesarle que sí que me tortura. Pero yo hago que se tambaleen sus prejuicios, y eso me consuela.

—¿Mis prejuicios? Yo no tengo ni un mal prejuicio que me adorne. Soy todo un ejemplo de pobreza intelectual.

—Pues peor para usted; yo tengo algunos exquisitos. Está claro que le fastidia el galanteo, o como usted quiera llamarlo, con su prima; pero eso me trae sin cuidado, ya que le estoy haciendo a ella el favor de dejarlo en evidencia. Así verá lo endeble que es usted.

—¡Adelante, déjeme en evidencia! —exclamó Ralph—. Muy poca gente se molestaría en hacerlo.

Para lograr tal propósito, la señorita Stackpole parecía no escatimar medios, echando mano cada vez que tenía ocasión del recurso de preguntar. Al día siguiente hacía mal tiempo, y por la tarde el joven, con el fin de procurarle algo de entretenimiento dentro de casa, se ofreció a mostrarle los cuadros. Henrietta recorrió la larga galería a su lado, mientras él iba indicándole las principales obras y hablando de los pintores y los temas. La señorita Stackpole examinó las pinturas en absoluto silencio, sin comprometerse a expresar opinión alguna, y a Ralph le congratuló el hecho de que no profiriese ninguna de aquellas manidas exclamaciones de placer en las que tan pródigos solían ser los visitantes de Gardencourt. Era justo decir que aquella joven era muy poco inclinada a utilizar términos convencionales; había en su tono algo serio y original que, a veces, con su deliberada precisión, recordaba el de una persona muy culta al hablar un idioma extranjero. Ralph Touchett supo con posterioridad que en una época ella había trabajado como crítica de arte para un periódico del Nuevo Mundo, pese a lo cual no parecía guardar en el bolsillo

la calderilla de la admiración. De pronto, cuando Ralph acababa de reclamar su atención hacia un precioso cuadro de Constable, se volvió hacia él y lo examinó como si de una pintura se tratase.

—¿Pasa siempre así su tiempo? —le preguntó.

—Rara vez lo paso de forma tan agradable.

—No, ya sabe a qué me refiero... sin ocupación fija.

—Ah —dijo Ralph—, soy el más ocioso de los mortales.

La señorita Stackpole dirigió de nuevo la mirada al cuadro de Constable, y Ralph reclamó su atención hacia una pequeña pintura de Lancret colgada cerca; representaba a un caballero de jubón y calzas rojas y gorguera, que estaba apoyado en el pedestal de la estatua de una ninfa en un jardín y tocaba la guitarra para dos damas sentadas sobre la hierba.

—Ese es mi ideal de una ocupación fija —dijo.

La señorita Stackpole se volvió una vez más hacia él, y, a pesar de que había posado la mirada en el cuadro, Ralph se percató de que no había reparado en el tema y que seguía pensando en algo mucho más serio.

—No comprendo cómo no le remuerde la conciencia.

—¡Mi querida señorita, yo no tengo conciencia!

—Pues le aconsejo que se la procure. La va a necesitar la próxima vez que vaya a Estados Unidos.

—Lo más probable es que no vuelva jamás.

—¿Es que tiene vergüenza de dejarse ver?

Ralph meditó la respuesta con una leve sonrisa.

—Supongo que si uno no tiene conciencia, también carece de vergüenza.

—De lo que no carece usted es de gran aplomo —declaró Henrietta—. ¿Le parece bien renunciar a su país?

—Uno no puede renunciar a su país, de la misma forma que uno no puede renunciar a su abuela. Ambos preceden a toda elección... son elementos de la propia esencia que no pueden eliminarse.

—Supongo que eso quiere decir que lo ha intentado y ha fracasado. ¿Qué piensan aquí de usted?

—Me adoran.

—Eso será porque cede ante ellos.

—Bueno... ¡atribuya también algo a mi encanto natural!

—De su encanto natural, yo no sé nada. Si algún encanto tiene, es más bien artificial, totalmente adquirido. O al menos, al vivir aquí, se ha esforzado en adquirirlo. No estoy diciendo que lo haya logrado. De cualquier modo, es un encanto que a mí no me interesa. Procure ser útil de alguna forma, y después hablaremos.

—Muy bien, entonces, dígame qué debo hacer —dijo Ralph.

—Para empezar, volver cuanto antes a su país.

—Sí, ya veo. ¿Y después?

—Dedíquese a algo de verdad.

—Muy bien, pero ¿a qué?

—A lo que le plazca, siempre que se emplee a fondo. A una idea nueva, a una gran empresa.

—¿Es muy difícil dedicarse a algo? —preguntó Ralph.

—No, si en ello se pone el corazón.

—¡Ay, mi corazón! —dijo Ralph—. ¡Pues si depende de mi corazón...!

—¿Es que no tiene usted corazón?

—Lo tenía hace unos días, pero ahora lo he perdido.

—No es usted serio —declaró la señorita Stackpole—: ese es su problema.

Pese a todo, uno o dos días después, volvió a centrar su atención en él, y en esta ocasión atribuyó una causa muy distinta a su misteriosa perversidad.

—Ya sé lo que le ocurre, señor Touchett —dijo—. Se cree usted demasiado bueno para casarse.

—Eso pensaba yo hasta que la conocí, señorita Stackpole —respondió Ralph—; pero entonces, de repente, cambié de opinión.

—¡Ay, no! —gimió Henrietta.

—Entonces me pareció —dijo Ralph— que no era lo suficientemente bueno.

—El matrimonio lo haría mejorar. Además, es su obligación.

—¡Ah, tiene uno tantas obligaciones! ¿Es también esa una obligación?

—Por supuesto que sí. ¿Es que no lo sabía usted? Todos tenemos la obligación de casarnos.

Ralph meditó un momento; se sentía decepcionado. Había algo en la señorita Stackpole que había empezado a gustarle. Le parecía que, sin ser una

mujer encantadora, era al menos una persona singular. Le faltaba distinción, pero, como había dicho Isabel, era valiente: se metía en las jaulas y hacía restallar el látigo, igual que un domador de leones con traje de lentejuelas. No la había imaginado capaz de tretas vulgares, pero aquellas últimas palabras suyas le habían sonado un tanto falsas. Cuando una joven casadera insta a contraer matrimonio a un joven sin compromiso, la explicación más clara de dicho proceder es que no lo hace por un impulso altruista.

—Ah, bueno, sobre eso habría mucho que decir —replicó Ralph.

—Puede que así sea, pero eso es lo principal. Debo decir que me parece cosa de privilegiados eso de ir solo a todas partes, como si se creyese que no existe mujer suficientemente buena para uno. ¿Es que se considera mejor que nadie en el mundo? En Estados Unidos lo normal es que la gente se case.

—Si esa es mi obligación, ¿no es acaso, por analogía, también la suya?

Los ojos de la señorita Stackpole reflejaron la luz del sol sin parpadear.

—¿Tiene usted la vana esperanza de encontrar fallos en mi razonamiento? Naturalmente que tengo el mismo derecho que cualquiera a casarme.

—Pues, en ese caso —dijo Ralph—, no voy a decir que me moleste verla soltera. Al contrario, me encanta.

—Sigue usted sin ser serio. Jamás lo será.

—¿No me tomará en serio si un día le digo que deseo poner fin a mi costumbre de andar solo por ahí?

La señorita Stackpole lo miró un momento de una forma que parecía anunciar una respuesta que técnicamente podría considerarse alentadora. Pero, para gran sorpresa de Ralph, la expresión de su rostro se transformó de súbito en aparente alarma, incluso en enojo.

—No, ni siquiera en ese caso —le contestó con sequedad.

Y se alejó.

—No se ha despertado en mí la pasión por tu amiga —le dijo Ralph aquella noche a Isabel—, aunque esta mañana hemos estado hablando un rato del asunto.

—Y le has dicho algo que no le ha gustado —contestó la joven.

Ralph la miró perplejo.

—¿Se ha quejado de mí?

—Me ha dicho que piensa que hay algo muy rastrero en el tono que los europeos utilizan con las mujeres.

—¿Me considera europeo?

—Uno de los peores. Me ha contado que le habías dicho algo que un estadounidense jamás habría dicho. Pero no lo repitió.

Ralph se permitió el lujo de echarse a reír.

—Es una persona muy contradictoria. ¿Es que ha pensado que estaba cortejándola?

—No, creo que eso lo hacen hasta los estadounidenses. Pero, al parecer, ha pensado que tú no habías entendido bien la intención de algo que ella había dicho, y que lo habías interpretado mal.

—He pensado que me estaba proponiendo matrimonio y la he aceptado. ¿Qué tiene eso de malo?

Isabel sonrió.

—Para mí, mucho. Yo no quiero que te cases.

—Querida prima, ¿qué puede hacer uno con vosotras? —inquirió Ralph—. Según la señorita Stackpole, para mí casarme es un deber ineludible, y el de ella, en general, es velar por que yo lo cumpla.

—Ella tiene un gran sentido del deber —dijo Isabel con gravedad—. Vaya si lo tiene, y es el motivo de todo cuanto dice. Eso es lo que me gusta de ella. Cree que es indigno de ti guardarte tantas cosas para ti solo. Eso es lo que quería expresar. Si pensabas que lo que trataba era de... de atraerte, te has confundido de medio a medio.

—Es cierto que resultaba una manera un tanto extraña, pero sí que he pensado que estaba tratando de atraerme. Perdona mi depravación.

—Eres muy vanidoso. Ella no tenía ninguna idea interesada, ni ha supuesto en ningún momento que tú se la ibas a atribuir.

—Entonces, hay que ser muy modesto para hablar con esa clase de mujeres —dijo Ralph con humildad—. Pero es una clase muy extraña. Demasiado personal, teniendo en cuenta que ella espera que los demás no lo sean. De las que entran sin llamar a la puerta.

—Sí —reconoció Isabel—, no reconoce en absoluto la existencia de las aldabas; es más, estoy segura de que las considera un ornamento pretencioso. Cree que uno debe dejar la puerta entreabierta. Pero aun así me sigue gustando.

—Y a mí me sigue pareciendo que se toma demasiadas confianzas —replicó Ralph, quien, como es natural, se sentía un tanto molesto ante la idea de haberse equivocado por partida doble con respecto a la señorita Stackpole.

—Bueno —dijo Isabel sonriente—, me temo que a mí me gusta precisamente por ser un tanto vulgar.

—¡Cuánto le halagarían tus razones!

—Si tuviera que contárselo, no lo expresaría de esa forma. Le diría que es porque hay en ella algo del «pueblo».

—¿Qué sabes tú del pueblo? Y, ya puestos, ¿qué sabe ella?

—Ella sabe mucho, y yo sé lo suficiente para pensar que ella es como una emanación de la gran democracia... del continente, del país, de la nación. No estoy diciendo que en ella se compendie todo, eso sería pedirle demasiado. Pero es lo que sugiere, lo que representa de forma vívida.

—A ti te gusta por motivos patrióticos. Mucho me temo que sean esas mismas las razones por las que yo le pongo reparos.

—¡Ah! —dijo Isabel con una especie de suspiro de júbilo—. ¡Hay tantas cosas que me gustan! Si algo me afecta con cierta intensidad, yo lo acepto. No quiero parecer presuntuosa, pero supongo que soy un tanto versátil. Me gusta que la gente sea completamente distinta de Henrietta, como las hermanas de lord Warburton, por ejemplo. Mientras contemplo a las señoritas Molyneux, tengo la impresión de que son la encarnación de un ideal. Pero aparece Henrietta, y de inmediato la que me convence es ella, no tanto por lo que se refiere a sí misma, sino con respecto a todo lo que hay detrás de ella.

—¡Ah! Te refieres a lo que se aprecia de ella vista por detrás —sugirió Ralph.

—Qué razón tiene cuando dice que jamás te tomarás nada en serio —respondió su prima—. A mí me gusta aquel país inmenso que se extiende más allá de los ríos y de las praderas, floreciente, acogedor, sin límites hasta llegar al verde Pacífico. De él parece desprenderse un olor fresco, dulce y penetrante, y la ropa de Henrietta, perdona el símil, lleva impregnado algo de ese olor.

Isabel se ruborizó ligeramente al concluir su discurso, y aquel rubor, junto con el ardor momentáneo que había puesto en sus palabras, le sentaba tan bien que Ralph se la quedó mirando sonriente un momento cuando terminó de hablar.

—Yo no estoy seguro de que el Pacífico sea tan verde —dijo—, pero tú eres una joven de gran imaginación. Henrietta, sin embargo, a lo que huele es a Futuro... ¡tanto que casi lo tumba a uno de espaldas!

Tras lo sucedido, Ralph adoptó la resolución de no malinterpretar las palabras de la señorita Stackpole, ni siquiera cuando parecía meterse de lleno en el terreno de lo personal. Se dijo a sí mismo que, para ella, las personas eran unos organismos simples y homogéneos, y que él, por su parte, era un representante demasiado corrompido de la naturaleza humana para arrogarse el derecho de tratarla con estricta reciprocidad. Puso en práctica su decisión con infinito tacto, y la joven periodista, tras reanudar el contacto con él, no encontró escollo alguno para ejercitar su habilidad para la indagación insaciable, para la aplicación general de su confianza en sí misma. Así pues, dado el gran aprecio que como ya hemos visto sentía Isabel por ella, y el que la propia Henrietta experimentaba hacia aquella inteligencia ágil que, a su juicio, hacía de la persona de Isabel un alma gemela, así como hacia la venerable figura del señor Touchett, cuyo noble talante, como ella decía, contaba con su total aprobación, su situación en Gardencourt habría sido de lo más cómoda de no haberse despertado en su interior una desconfianza irresistible hacia aquella pequeña dama a la que en un principio se había supuesto obligada a «reconocer» como la señora de la casa. Muy pronto, a decir verdad, había descubierto que dicha obligación era de lo más liviana y que a la señora Touchett le importaba muy poco cómo se comportase la señorita Stackpole. La señora Touchett la había calificado ante Isabel de aventurera y aburrida a la vez: las aventureras solían resultar más interesantes. También había expresado cierta sorpresa ante el hecho de que su sobrina hubiese elegido una amiga así, aunque al momento añadió que tenía claro que las amistades de Isabel eran asunto suyo, y que ella jamás se había propuesto que todas fuesen de su gusto ni que la joven se limitase a tratar con aquellas que a su tía le agradaban.

—Si únicamente pudieses ver a la gente que a mí me gusta, querida, tendrías muy poca vida social —reconoció con franqueza la señora Touchett—, y no creo que haya un solo hombre o mujer que me gusten lo suficiente para recomendártelos. Eso de recomendar a alguien es un asunto muy serio. A mí no me agrada la señorita Stackpole, todo en ella me desagrada: habla excesivamente alto y la mira a una como si una quisiera mirarla a ella... lo cual no es cierto. Estoy segura de que ha vivido toda su vida en una casa de huéspedes, y yo detesto los modales y libertades de esos sitios. Si me preguntas si prefiero mis propios modales, que sin duda encuentras atroces, te diré que los prefiero con mucho. La señorita Stackpole sabe que yo detesto esa civilización de casa de huéspedes, y me detesta por hacerlo, pues ella cree que es la más selecta del mundo. Gardencourt le gustaría muchísimo más si fuese una casa de huéspedes. En mi opinión, se asemeja casi en exceso a una. Por lo tanto, jamás nos entenderemos, y no tiene sentido intentarlo.

La señora Touchett acertaba al pensar que Henrietta desaprobaba su persona, pero no había puesto del todo el dedo sobre la llaga. Uno o dos días después de la llegada de la señorita Stackpole había expresado unas opiniones muy desfavorables sobre los hoteles de Estados Unidos, y ello suscitó una encendida contrarréplica de la corresponsal del Interviewer, quien, debido a su profesión, estaba familiarizada con todo tipo de alojamientos del mundo occidental. Henrietta expresó su opinión de que los hoteles de Estados Unidos eran los mejores del mundo, y la señora Touchett, que tenía aún fresca su última confrontación con ellos, manifestó su convicción de que eran los peores. Ralph, en una tentativa cordial para intentar zanjar la cuestión, señaló que la verdad estaba en el punto medio entre ambos extremos y que los establecimientos en cuestión merecían la clasificación de regulares. Sin embargo, la señorita Stackpole rechazó con desdén semejante contribución al debate. Cómo que regulares. Si no eran los mejores del mundo, que fuesen los peores, pero los hoteles de Estados Unidos no tenían nada de mediocres.

—Es evidente que juzgamos desde puntos de vista diferentes —dijo la señora Touchett—. A mí me gusta que me traten como a un individuo; a usted como miembro de un grupo.

—No entiendo lo que quiere decir —contestó Henrietta—. A mí me gusta que me traten como a una dama estadounidense.

—¡Pobres damas estadounidenses! —exclamó entre risas la señora Touchett—. Son esclavas de esclavos.

—Son compañeras de hombres libres —replicó Henrietta.

—Son compañeras de sus criados, de la doncella irlandesa y del mozo de comedor negro. Comparten su trabajo.

—¿Está usted llamando «esclavos» al servicio doméstico de una familia estadounidense? —inquirió la señorita Stackpole—. Si es así como desea que se los trate, no me extraña que no le guste Estados Unidos.

—Cuando no se tienen buenos criados, se pasa fatal —dijo la señora Touchett con serenidad—. En Estados Unidos son muy malos, pero yo tengo cinco perfectos en Florencia.

—No sé para qué necesita tener cinco —no pudo evitar observar Henrietta—. No creo que a mí me gustase ver a cinco personas a mi alrededor en una posición tan servil.

—Yo prefiero verlas en esa posición que en algunas otras —declaró la señora Touchett con evidente intención.

—¿Te gustaría más si fuera tu mayordomo, querida? —preguntó su marido.

—No creo que pudieras serlo: te falta porte.

—Las compañeras de hombres libres... eso me gusta, señorita Stackpole —dijo Ralph—. Es una descripción preciosa.

—Cuando hablaba de hombres libres, no me refería a usted, señor.

Y esa fue toda la recompensa que obtuvo Ralph por su cumplido. La señorita Stackpole estaba perpleja; era evidente que pensaba que había algo alevoso en aquel aprecio que la señora Touchett mostraba hacia una clase que ella en privado consideraba una misteriosa supervivencia del feudalismo. Tal vez porque su mente se sintiese oprimida por aquella imagen, dejó pasar unos días antes de buscar la ocasión de decirle a Isabel:

—Mi querida amiga, me pregunto si no estarás volviéndote desleal.

—¿Desleal? ¿Desleal hacia ti, Henrietta?

—No, eso sería muy doloroso; pero no se trata de eso.

—¿Desleal con mi país, entonces?

—¡Ah!, espero que eso no ocurra jamás. Cuando te escribí desde Liverpool, te dije que tenía algo muy especial que contarte. Nunca me has preguntado de qué se trataba. ¿Es porque has sospechado qué era?

—¿Sospechado el qué? Por lo general, no suelo sospechar de nada —dijo Isabel—. Ahora recuerdo esa frase de tu carta, pero te confieso que la había olvidado. ¿Qué tienes que contarme?

Henrietta pareció decepcionada, y su mirada fija lo dejó entrever.

—No lo preguntas como deberías... como si no fuera algo importante. Has cambiado... estás pensando en otras cosas.

—Dime de qué se trata, y pensaré en ello.

—¿De verdad que pensarás en ello? Me gustaría estar segura de eso.

—No tengo mucho control sobre mis pensamientos, pero haré lo que esté en mi mano —dijo Isabel. Henrietta la miró, en silencio, durante un rato que puso a prueba la paciencia de Isabel, hasta que por fin nuestra heroína preguntó—: ¿Me estás diciendo que vas a casarte?

—No hasta que haya visto Europa —dijo la señorita Stackpole—. ¿De qué te ríes? —prosiguió—. Lo que quiero decir es que el señor Goodwood vino en el barco conmigo.

—¡Ah! —fue la respuesta de Isabel.

—Ya lo puedes bien decir. Hablé mucho con él: ha venido a buscarte.

—¿Te dijo él eso?

—No, él no me dijo nada. Por eso lo supe —dijo Henrietta con ingenio—. Él apenas dijo nada de ti, pero yo hablé muchísimo.

Isabel esperó. Ante la mención del nombre del señor Goodwood, había palidecido un poco.

—Siento mucho que tuvieras que hacer eso —comentó al fin.

—Fue todo un placer para mí, y me agradó la forma en que me escuchaba. Podría haber estado hablando mucho tiempo con un oyente así: estaba tan callado, tan absorto, no perdía palabra.

—¿Qué le dijiste de mí? —preguntó Isabel.

—Le dije que, en conjunto, eras el ser más admirable que conocía.

—Siento muchísimo que lo hayas hecho. Él ya tiene una opinión excesivamente buena de mí, no tendrías que haberlo alentado en eso.

—Se muere por un poco de aliento. Ahora mismo estoy viendo su rostro, y su mirada intensa y absorta mientras yo hablaba. Nunca un hombre tan feo me pareció tan guapo.

—Él es de ideas muy simples —dijo Isabel—. Y tampoco es tan feo.

—No hay nada que simplifique más que una gran pasión.

—La suya no es una gran pasión, estoy muy segura de que no lo es.

—Lo dices como si no estuvieras tan segura.

Isabel le dedicó una sonrisa más bien fría.

—Se lo diré mejor al señor Goodwood en persona.

—Pronto tendrás la oportunidad —dijo Henrietta. Isabel no respondió ante tal declaración, que su amiga había hecho con gran convencimiento—. Va a encontrarte muy cambiada —insistió—. El ambiente que te rodea te ha afectado.

—Probablemente. A mí todo me afecta.

—¡Todo menos el señor Goodwood! —exclamó la señorita Stackpole con una risa un tanto áspera.

Isabel ni siquiera se molestó en sonreír, y tras un momento preguntó:

—¿Te pidió que hablaras conmigo?

—No lo hizo con palabras, pero me lo rogó con la mirada y con el apretón de manos que me dio al despedirse.

—Te agradezco que lo hayas hecho —dijo Isabel, y se dio la vuelta.

—Sí, estás cambiada. Aquí has adquirido ideas nuevas —continuó su amiga.

—Eso espero —dijo Isabel—. Hay que adquirir todas las ideas nuevas que sea posible.

—Sí, pero no deberían interferir con las antiguas, cuando aquellas eran las correctas.

Isabel se giró de nuevo.

—¡Si lo que intentas decir es que yo albergaba alguna idea con respecto al señor Goodwood...!

Pero, ante la mirada implacable de su amiga, la voz se le quebró.

—Mi querida niña, no hay duda de que le hiciste concebir esperanzas.

Isabel dio muestras al instante de querer negar tal acusación, pero en vez de eso respondió finalmente:

—Es muy cierto, sí que lo alenté.

Y a continuación le preguntó a su interlocutora si el señor Goodwood le había comunicado lo que pensaba hacer. Era una concesión a su propia curiosidad, ya que no le gustaba hablar de aquel asunto y consideraba que Henrietta carecía de la debida delicadeza.

—Se lo pregunté, y me contestó que no pensaba hacer nada —respondió la señorita Stackpole—. Pero yo no lo creo. Él no es de los que no hacen nada. Es un hombre de acción, decidido y audaz. Pase lo que pase, siempre hará algo; y haga lo que haga, siempre estará bien.

—Yo soy de la misma opinión.

Puede que Henrietta careciese de la delicadeza necesaria, pero, con todo, a Isabel le conmovió oír aquella declaración.

—¡Ah, así que te importa...! —le soltó su amiga.

—Haga lo que haga, siempre estará bien —repitió Isabel—. Cuando un hombre es así de infalible, ¿qué le puede importar lo que una sienta?

—Puede que a él no le importe, pero le importa a una.

—Ya, lo que a mí me importa... no es de eso de lo que estamos hablando —dijo Isabel con una fría sonrisa.

Esta vez su interlocutora se puso seria.

—Bueno, eso no me interesa. Has cambiado. No eres la misma de hace tan

solo unas semanas, y el señor Goodwood se dará cuenta. Creo que se presentará aquí cualquier día.

—Entonces, confío en que me odie —dijo Isabel.

—Ni creo que confíes en eso, ni lo creo a él capaz de semejante cosa.

Ante esta observación, nuestra heroína no replicó, dominada por la inquietud que había despertado en ella la convicción de Henrietta de que Caspar Goodwood iba a presentarse en Gardencourt. Sin embargo, se engañó a sí misma diciéndose que tal cosa era imposible, y así se lo hizo saber más tarde a su amiga. Pese a todo, durante las siguientes cuarenta y ocho horas, estuvo a la espera de oír anunciar en cualquier momento el nombre del joven. Aquella sensación la oprimía, hacía que el aire pareciese cargado, como si fuese a haber un cambio de tiempo. Y el tiempo, socialmente hablando, había sido tan agradable durante la estancia de Isabel en Gardencourt que cualquier cambio solo podía ser para peor. La incertidumbre se disipó por completo al segundo día. Había estado recorriendo el parque en compañía del sociable Bunchie, y tras pasear sin rumbo durante un rato, de forma nerviosa y lánguida a la vez, había tomado asiento en un banco del jardín a la vista de la casa, bajo una frondosa haya donde, con su vestido blanco adornado de lazos negros, ofrecía una imagen elegante y armoniosa entre las sombras oscilantes. Durante unos momentos se entretuvo hablándole al pequeño terrier, con respecto al cual la propuesta de propiedad compartida con su primo se aplicaba con toda la imparcialidad posible, es decir, la que permitían las simpatías un tanto veleidosas e inconstantes de Bunchie. Pero en esta ocasión, por vez primera, se dio cuenta de lo limitado del intelecto del terrier, que hasta la había sorprendido por su alcance. Se le ocurrió al fin que haría bien en llevarse un libro, pues en otras épocas, cuando se sentía acongojada, había logrado, con la ayuda de un volumen bien escogido, transferir la sede de la conciencia al órgano de la razón pura. En los últimos tiempos, era imposible negarlo, la literatura semejaba una luz mortecina, e incluso después de haberse recordado a sí misma que la biblioteca de su tío estaba provista de una completa selección de aquellos autores sin los que la colección de un caballero no puede pasar, continuó inmóvil, con las manos vacías, la mirada fija en el verde y fresco césped del prado. Sus cavilaciones se vieron al fin interrumpidas por la llegada de un criado que le hizo entrega de una carta. El sobre llevaba matasellos de Londres y estaba escrito con una letra que conocía, que vio en su imaginación, tan ocupada ya por la presencia de él, con igual viveza que la voz o el rostro de su autor. La misiva resultó ser corta y puede transcribirse por completo.

Mi querida señorita Archer:

No sé si habrá tenido noticias de mi llegada a Inglaterra, pero aunque no

sea así, no creo que le resulte una sorpresa. Recordará que, hace tres meses en Albany, cuando me manifestó su rechazo, yo no lo acepté y expresé mi desacuerdo. Usted, de hecho, pareció aceptar mis argumentos y admitir que la razón estaba de mi parte. Yo había ido a verla con la esperanza de que me permitiese convencerla; las razones que alimentaban mi esperanza eran las mejores. Pero usted las rebatió. Yo la encontré cambiada, y usted fue incapaz de explicarme la razón de ese cambio. Reconoció que no estaba siendo razonable, y esa fue la única concesión que hizo; pero fue una bastante pobre, porque esa no es su forma de ser. No, usted no es, y jamás será, arbitraria ni caprichosa. Por esa razón, creo que me permitirá verla de nuevo. Me dijo que yo no le resultaba desagradable, y lo creo, ya que no veo motivo para que no sea así. Siempre pensaré en usted, jamás pensaré en nadie más. He venido a Inglaterra simplemente porque usted se encuentra aquí. No podía quedarme en casa después de su marcha: odiaba el país porque usted no estaba en él. Si ahora me gusta este país, es porque la tiene a usted. Había estado antes en Inglaterra, pero nunca me ha gustado mucho. ¿No podría ir a verla durante media hora? En este momento es el deseo más ferviente de su fiel servidor,

CASPAR GOODWOOD

Isabel leyó la misiva con tan profunda atención que no se percató de los pasos que se aproximaban sobre el mullido césped. Sin embargo, al levantar la vista, mientras plegaba con gesto mecánico la carta, vio de pie ante ella a lord Warburton.

12

Isabel guardó la misiva en el bolsillo y dirigió a su visitante una sonrisa de bienvenida, sin dar muestra alguna de incomodidad y un tanto sorprendida ante su frialdad.

—Me dijeron que se encontraba aquí —dijo lord Warburton—, y como no había nadie en el salón y en realidad es a usted a quien quería ver, he venido sin más demora.

Isabel se había puesto en pie; en aquel momento no tenía deseos de que se sentase a su lado.

—Ya me disponía a entrar.

—Por favor, no lo haga, es mucho más agradable aquí. He venido a caballo desde Lockleigh. Hace un día precioso.

Su sonrisa era especialmente amistosa y agradable, y todo él parecía

irradiar el aura de amabilidad y bondad que habían hecho que la primera impresión que la joven había tenido de él fuese tan encantadora. El resplandor de un hermoso día de junio parecía envolver su persona.

—En ese caso, demos un paseo —dijo Isabel, que no podía librarse de la sensación de que su visitante albergaba alguna intención, y deseaba a la vez eludirla y satisfacer la curiosidad que despertaba en ella. Ya había vislumbrado esa intención en otra ocasión, y, como bien sabemos, en aquel momento le había producido cierta alarma. Dicha alarma estaba compuesta de varios elementos, no todos ellos desagradables; de hecho, se había pasado varios días analizándolos y había conseguido separar la parte agradable de la idea de que lord Warburton la estaba cortejando de aquella que le resultaba dolorosa. A algunos lectores podría parecerles que la joven era a la vez precipitada e indebidamente exigente, pero esto último, caso de ser cierta la acusación, puede servir para exonerarla de lo primero. No estaba ansiosa por convencerse a sí misma de que un importante terrateniente, como había oído llamar a lord Warburton, estuviese completamente prendado de sus encantos, pues el hecho de que él se le declarase plantearía en realidad más interrogantes de los que resolvería. Había recibido la fuerte impresión de que se trataba de un «personaje», y se había dedicado a estudiar la imagen que eso transmitía. Aun a riesgo de abundar en la demostración de la autosuficiencia de la joven, cabe añadir que había habido momentos en que la posibilidad de ser objeto de la admiración de un personaje le resultaba una agresión que rayaba en la afrenta, casi una inconveniencia. Jamás hasta ahora había conocido a un personaje; en su vida no había habido personajes en ese sentido; lo más probable era que en su tierra natal no existiese ninguno. Cuando había pensado en la eminencia individual, se la había representado como algo basado en el carácter y el ingenio, en lo que a una podría gustarle de la inteligencia y el habla de un caballero. Ella misma era todo un carácter, no podía evitar ser consciente de ello; y, hasta el momento, su visión de una conciencia completa había tenido más que ver con imágenes morales, con aspectos en los que la cuestión era si complacían a su alma sublime. Lord Warburton se erguía ante ella, rotunda y claramente, como un conjunto de atributos y poderes que no podían medirse con aquel simple rasero, sino que exigían una forma distinta de valoración, valoración para la que la joven, con su hábito de juzgar con rapidez y sin cortapisas, sentía que no contaba con la paciencia necesaria. Lord Warburton parecía exigir de ella algo que ningún otro, por así decirlo, se había atrevido a hacer. Lo que Isabel sentía era que un magnate social, político y económico había concebido un plan para introducirla en el sistema en el que él, bastante injustamente, vivía y se desenvolvía. Cierta instinto, no imperioso, sino persuasivo, le decía que opusiese resistencia, le murmuraba que ella prácticamente contaba con un sistema y una órbita propios. Le decía otras cosas además, cosas que se contradecían y confirmaban entre sí; que una joven

podía hacer algo mucho peor que confiar su destino a un hombre así y que sería muy interesante ver algo de su sistema desde su propio punto de vista; que por otra parte, sin embargo, era evidente que en él había mucho que tan solo le iba a resultar una complicación constante, y que incluso en su totalidad había algo rígido y necio que lo convertiría en una carga. Además, existía un joven acabado de llegar de Estados Unidos que no tenía ningún sistema en absoluto, pero que contaba con una personalidad sobre la que era inútil tratar de convencerse a sí misma de que la impresión que había causado en su mente era ligera. La carta que llevaba en el bolsillo era suficiente recordatorio de lo contrario. No esbocen una sonrisa, me aventuro a repetir, ante esta sencilla joven de Albany que se planteaba si debía aceptar a un noble inglés antes de que él se le hubiese ofrecido y que estaba dispuesta a creer que, en general, podía conseguir algo mejor. Era persona de muy buena fe, y si bien había en su sabiduría gran cantidad de insensatez, aquellos que la juzguen con severidad pueden tener la satisfacción de descubrir que, más adelante, se volverá sistemáticamente sabia, tan solo a costa de tal cantidad de insensatez que constituirá una apelación casi directa a la compasión.

Lord Warburton parecía bastante dispuesto a pasear, a sentarse o a hacer cualquier cosa que Isabel propusiese, y le proporcionó esa seguridad con su aire habitual de encontrarse particularmente complacido de poder poner en práctica una virtud social. Pese a todo, no lograba mantener el control de sus emociones, y mientras caminaba a su lado, en silencio, y la miraba un momento sin dejar que ella se percatase, había un punto de azoramiento en su mirada y en su risa sin sentido. Sí, es indudable, y ya que hemos hablado del tema, lo retomaremos de nuevo un instante: los ingleses son el pueblo más romántico del mundo y lord Warburton estaba a punto de darnos un ejemplo de ello. Estaba a punto de dar un paso que dejaría atónitas a todas sus amistades y que desagradaría a muchas de ellas, y que a primera vista no tenía nada de recomendable. La joven que hollaba la hierba a su lado había llegado de un extraño país de allende los mares del que él sabía mucho; los antecedentes de ella, sus relaciones, resultaban muy vagas para su mente excepto en lo que tenían de genéricos, y en este sentido se mostraban claros e intrascendentes. La señorita Archer no tenía fortuna ni esa clase de belleza que justifican a un hombre ante la multitud, y calculaba que habría pasado unas veintiséis horas en su compañía. Él había sopesado todo aquello, la contumacia de aquel impulso, que se había resistido a aprovechar las innumerables oportunidades de diluirse, y el juicio del género humano, que se manifiesta en un rápido enjuiciamiento más de la mitad de las veces: había mirado ambas cosas de frente y, a continuación, las había apartado de su pensamiento. Le importaban tan poco como el capullo de rosa que llevaba en el ojal. Da muestras de la buena fortuna de un hombre que la mayor parte de su vida se ha abstenido sin esfuerzo de resultar desagradable a sus amigos el

hecho de que, cuando surge la necesidad de tomar un camino como aquel, no hay relaciones molestas que lo desacrediten.

—Espero que haya disfrutado del trayecto a caballo —dijo Isabel, que era consciente de los titubeos de su acompañante.

—Aunque solo fuese porque me ha traído hasta aquí, ya habría sido agradable.

—¿Tanto aprecio tiene usted a Gardencourt? —preguntó la joven, cada vez más segura de que él tenía intención de hacerle algún tipo de petición; deseosa de no forzarlo en caso de que titubease, y, además, de mantener toda su tranquilidad y lucidez si se decidía.

De repente fue consciente de que su situación era una de las que unas semanas atrás habría calificado de profundamente romántica: el parque de una antigua casa solariega inglesa, con la agradable presencia en primer plano de un «importante» (imaginaba ella) noble cortejando a una joven que, tras una cuidadosa inspección, resultaría tener muchas cosas en común con ella. Pero aunque en aquel momento era ella la heroína de la situación, era igualmente capaz de lograr ver la situación desde fuera.

—Gardencourt no me importa nada —dijo su acompañante—. Lo único que me importa es usted.

—Me conoce desde hace muy poco tiempo para sentirse con derecho a decir algo así, no puedo creer que esté hablando en serio.

Estas palabras de Isabel no fueron completamente sinceras, ya que no albergaba duda alguna de que así fuera. Eran simplemente un tributo al hecho, y era perfectamente consciente de ello, de que las palabras que él acababa de pronunciar habrían causado sorpresa entre la gente vulgar. Y, lo que es más, si hubiese necesitado algo para convencerla de la idea que ya se había formado de que lord Warburton no era un frívolo, el tono en que él respondió habría bastado para tal propósito.

—El derecho a algo así no se mide por el tiempo, señorita Archer, sino por el sentimiento en sí. Si tuviera que esperar tres meses, no cambiaría nada, no estaría más seguro de mis palabras de lo que lo estoy ahora. Claro que la he visto muy poco, pero mi impresión viene del primer momento que nos conocimos. Yo no perdí el tiempo, me enamoré de usted entonces. Fue a primera vista, como se dice en las novelas. Ahora sé que esa frase no es una fantasía, y tendré para siempre un mejor concepto de las novelas. Los dos días que pasé aquí lo confirmaron. Desconozco si usted tuvo alguna sospecha de lo que estaba haciendo, pero me dediqué, quiero decir mentalmente, a prestarle la mayor atención que me fue posible. Nada de lo que dijo, nada de lo que hizo me pasó inadvertido. Cuando el otro día vino a Lockleigh, o mejor dicho,

cuando se marchó, ya estuve completamente seguro. Pese a todo, resolví reflexionar sobre el asunto y cuestionar mis motivos a fondo. Y lo hice; durante todos estos días no he hecho otra cosa. Yo no cometo errores en asuntos así: soy un animal muy juicioso. No me entusiasmo con facilidad, pero cuando me siento tocado, es para toda la vida. Para toda la vida, señorita Archer, para toda la vida.

Lord Warburton repitió las palabras con la voz más agradable, tierna y cariñosa que Isabel había oído jamás, al tiempo que la miraba con ojos llenos de una pasión carente de los elementos más impuros de la emoción (el arrebató, la violencia, la irracionalidad) y que ardía con la misma constancia que una lámpara en un lugar resguardado del viento. Por acuerdo tácito, mientras él hablaba habían ido lentamente aminorando el paso, hasta que al fin se detuvieron y él le tomó una mano.

—¡Ay, lord Warburton, qué poco me conoce! —dijo Isabel con mucha dulzura. Y también con mucha delicadeza apartó la mano.

—No me reproche eso; ya me produce suficiente tristeza no conocerla mejor, el que sale perdiendo soy yo. Pero eso es lo que quiero, y tengo para mí que estoy haciendo lo correcto. Si accede a ser mi esposa, la conoceré, y cuando le diga todo lo bueno que pienso de usted no podrá afirmar que lo hago por ignorancia.

—Si usted me conoce poco, yo todavía le conozco menos —dijo Isabel.

—¿Quiere decir que, a diferencia de usted, quizá no mejore al conocerme? Ah, por supuesto que eso es muy posible. Pero piense una cosa: para hablarle como lo estoy haciendo, qué empeñado debo de estar en intentar complacerla. Le gusto un poco, ¿no es verdad?

—Me gusta mucho, lord Warburton —respondió Isabel, y en aquel momento le gustaba inmensamente.

—Le agradezco que me lo diga, demuestra que no me ve como un extraño. Creo sin lugar a dudas que he cumplido con satisfacción con todas las demás obligaciones de la vida, y no sé por qué no iba a cumplir con esta, en la que me estoy ofreciendo a usted, teniendo en cuenta que me importa mucho más. Pregunte a la gente que me conoce bien; tengo amigos que hablarán a mi favor.

—No necesito las recomendaciones de sus amigos —dijo Isabel.

—Ah, eso es verdaderamente encantador de su parte. Cree en mí por usted misma.

—Por completo —declaró Isabel. Y el placer de sentir que lo hacía la iluminó interiormente.

El brillo de los ojos de su acompañante se tornó en sonrisa, y exhaló un profundo suspiro de dicha.

—¡Que pierda cuanto poseo si se equivoca al hacerlo, señorita Archer!

Isabel se preguntó si con aquello quería recordarle su riqueza, pero al instante estuvo segura de que no era así. Eso, tal como él mismo habría dicho, lo dejaba a un lado; y de hecho lo confiaba a la memoria de su interlocutor, especialmente a la de aquella a la que le estaba ofreciendo su mano. Isabel había rogado al cielo no caer presa de la agitación, y su mente estaba lo suficientemente tranquila, incluso mientras escuchaba y se preguntaba qué debía decir, como para permitirse aquella crítica casual. ¿Qué debía contestar?, se había preguntado. Su deseo más acuciante era decir algo que fuese al menos tan agradable como lo que el joven le había dicho a ella. Las palabras de él habían rebotado convicción y sintió que, por más misterioso que resultara, ella le importaba de veras.

—Le agradezco su ofrecimiento más de lo que puedo expresar con palabras —respondió al fin—. Me ha hecho un gran honor.

—¡Ay, no diga eso! —exclamó él—. Tenía miedo de que dijese algo así. No le corresponde decir algo sí. No sé por qué tiene que agradecerme, soy yo el que tendría que darle las gracias por escucharme: ¡un hombre al que conoce tan poco y que le suelta algo así de sopetón! Está claro que es una pregunta muy seria. Le confieso que prefiero hacerla yo a tener que responderla. Pero la forma en que me ha escuchado... el mismo hecho de que se haya dignado hacerlo... me permite concebir algunas esperanzas.

—No conciba demasiadas —dijo Isabel.

—¡Ay, señorita Archer! —murmuró su acompañante, sonriendo de nuevo en medio de su seriedad, como si una advertencia así pudiese tal vez interpretarse como producto del buen humor, de la exuberancia de la euforia.

—¿Se sorprendería usted mucho si le rogase que no abrigase esperanza alguna?

—¿Que si me sorprendería? Ignoro a qué se refiere cuando habla de sorpresa. Sería un sentimiento muchísimo peor.

Isabel echó a andar de nuevo y se mantuvo en silencio durante unos minutos.

—Estoy convencida de que la buena opinión que ya tengo de usted no haría más que mejorar si lo conociese bien. Pero de lo que no estoy tan segura es de que usted no se decepcione. Y no lo digo por falsa modestia, sino con total sinceridad.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo, señorita Archer —respondió su

acompañante.

—Como usted bien ha dicho, es una pregunta seria, una pregunta muy difícil.

—Por supuesto, no espero que me responda de inmediato. Tómese todo el tiempo que necesite para pensarlo. Si he de salir ganando con la espera, estaré feliz de esperar durante mucho tiempo. Lo único que no debe olvidar es que, al final, mi felicidad soñada depende de su respuesta.

—Sentiría mucho tenerlo en vilo —dijo Isabel.

—No se preocupe. Prefiero recibir una respuesta favorable dentro de seis meses que una negativa hoy mismo.

—Pero es muy probable que incluso dentro de seis meses sea incapaz de darle una que le parezca buena.

—¿Por qué no, si de verdad le gusta?

—Ah, de eso no debe tener la menor duda.

—En ese caso, no veo qué más pide usted.

—No se trata de lo que yo pida, sino de lo que pueda dar. No creo que yo le convenga a usted, de verdad que no lo creo.

—Eso no tiene por qué preocuparle, es asunto mío. Usted no tiene por qué ser más papista que el Papa.

—No sé trata solo de eso —dijo Isabel—, es que no estoy segura de querer casarme con nadie.

—Es muy probable. No me cabe duda de que muchas grandes mujeres empiezan diciendo lo mismo —declaró el lord, quien, que quede claro, no creía en absoluto en aquel axioma que la ansiedad le había empujado a pronunciar—. Pero con frecuencia se las convence.

—¡Ah, eso es porque lo están deseando! —E Isabel soltó una leve carcajada.

El rostro de su acompañante se ensombreció, y la contempló un momento en silencio.

—Mucho me temo que sea mi condición de inglés lo que la haga dudar —dijo al fin—. Sé que su tío piensa que debería usted casarse en su propio país.

Isabel escuchó aquella afirmación con interés. Nunca se le había pasado por la imaginación que al señor Touchett se le ocurriese hablar de su futuro matrimonial con lord Warburton.

—¿Le ha dicho él eso?

—Recuerdo que hizo ese comentario. Quizá se refiriese a los estadounidenses en general.

—Parece que a él le ha resultado muy agradable vivir en Inglaterra.

Isabel habló de una forma que podría haber parecido un tanto perversa, pero que expresaba tanto su percepción constante de la felicidad externa de su tío como su propia disposición general a eludir cualquier obligación de adoptar un punto de vista limitado.

Sus palabras dieron esperanzas a su acompañante, quien de inmediato exclamó con ardor:

—¡Ah, mi querida señorita Archer, bien sabe que la vieja Inglaterra es un gran país! Y será aún mejor cuando la hayamos acicalado un poco.

—Por favor, no la acicalen, lord Warburton. Déjenla así. Me gusta como está.

—Pues entonces, si le gusta, cada vez comprendo menos sus objeciones a lo que le propongo.

—Me temo que no seré capaz de hacerle comprender.

—Al menos debería intentarlo. Cuento con suficiente inteligencia. ¿Tiene usted miedo... miedo del clima? No habría ningún problema en vivir en otro lugar, sabe. Puede elegir el clima que le apetezca de cualquier parte del mundo.

Pronunció aquellas palabras con un ardor candoroso que fue como el abrazo de unos fuertes brazos... que fue como una fragancia que le acariciase el rostro, a través de los labios frescos y susurrantes de él, procedente de no sabía qué jardines insólitos, de qué aires perfumados. En aquel momento, hubiese dado cualquier cosa por sentir con fuerza y sin más el impulso de responderle: «Lord Warburton, creo que me es imposible hacer nada mejor en este maravilloso mundo que confiarme, con toda gratitud, a su lealtad». Pero, pese a estar absorta admirando la oportunidad que se le brindaba, consiguió retirarse a la zona más profunda y oscura de su ser, casi como una criatura salvaje atrapada en una inmensa jaula. Aquella seguridad espléndida que se le ofrecía no era la mejor que podía concebir. Lo que por fin se le ocurrió decir fue algo muy diferente, algo que posponía la necesidad de enfrentarse de veras a su crisis.

—No me considere descortés si le ruego que no hable más del asunto por hoy.

—¡Por supuesto que no! —exclamó su acompañante—. No quiero atosigarla por nada del mundo.

—Me ha dado mucho en lo que pensar, y le prometo que lo haré como merece.

—Eso es todo lo que le pido, naturalmente... y que no olvide que mi felicidad está por completo en sus manos.

Isabel escuchó aquella admonición con sumo respeto, pero al cabo de un minuto añadió:

—Debo confesarle que lo que voy a pensar es la manera de hacerle comprender que lo que me pide es imposible... la forma de que lo entienda sin hacerle sufrir.

—No existe forma de hacer eso, señorita Archer. No voy a decirle que su rechazo me matará; no voy a morir por eso. Pero será aún peor: mi vida carecerá de sentido.

—Vivirá para casarse con una mujer mejor que yo.

—Le ruego que no diga eso —dijo lord Warburton con mucha gravedad—. No es justo para ninguno de los dos.

—Pues para casarse con alguien peor, entonces.

—Si existen mujeres mejores que usted, prefiero las malas. Eso es cuanto puedo decir —continuó él con la misma vehemencia—. Sobre gustos no hay nada escrito.

La seriedad que mostraba hizo que ella se pusiera igual de seria, y lo demostró al pedirle de nuevo que dejase aquel asunto por el momento.

—Seré yo la que hable con usted... muy pronto. Tal vez le escriba.

—Sí, lo que usted prefiera —respondió él—. Se tome el tiempo que se tome, va a parecerme muy largo, y supongo que tendré que tomármelo lo mejor que pueda.

—No voy a tenerlo en vilo; lo único que quiero es poner algo de orden en mis ideas.

Lord Warburton exhaló un melancólico suspiro y la contempló un momento, las manos a la espalda y dando pequeños golpecillos nerviosos con la fusta.

—¿Sabe que le tengo mucho miedo... a esa inteligencia suya tan notable?

El biógrafo de nuestra heroína desconoce la razón, pero aquella pregunta sobresaltó a Isabel, que fue consciente del rubor que se extendía por sus mejillas. Devolvió la mirada a lord Warburton un momento y a continuación, con una nota en su voz que casi podría haberlo movido a compasión, exclamó enigmáticamente:

—¡Yo también, milord!

Sin embargo, su acompañante no se inmutó; toda la capacidad de compasión que poseía la necesitaba para sí mismo.

—¡Ah! Sea misericordiosa, tenga piedad —murmuró.

—Creo que será mejor que se vaya —dijo Isabel—. Ya le escribiré.

—Muy bien; pero escriba lo que escriba, vendré a verla, sabe. —Y a continuación se levantó, pensativo, la mirada fija en la actitud vigilante de Bunchie, quien tenía aspecto de haber entendido todo cuanto se había dicho y de querer disimular su indiscreción fingiendo un repentino ataque de curiosidad por las raíces de un viejo roble—. Hay una cosa más —continuó lord Warburton—. Sabe, si no le agrada Lockleigh... si piensa que es demasiado húmedo o algo por el estilo... no tiene por qué acercarse jamás ni a cincuenta millas del lugar. Y por cierto, no es húmedo. He hecho que examinen la casa a fondo y no hay ningún problema, es totalmente segura. Pero si a usted no le apetece, no es necesario ni que se le pase por la imaginación vivir en ella. Eso no plantea ningún problema: hay muchas otras casas. Creí necesario mencionarlo porque, sabe, hay gente a la que no le gustan los fosos. Adiós.

—Yo adoro los fosos —dijo Isabel—. Adiós.

Él le tendió la mano, e Isabel le entregó un momento la suya... tiempo suficiente para que él inclinase la hermosa cabeza descubierta y la besase. A continuación, sin dejar de sacudir, con emoción contenida, la fusta de montar, se alejó con paso rápido. Estaba claro que se encontraba profundamente disgustado.

También Isabel se sentía disgustada, pero no la había afectado tanto como se habría imaginado. Lo que sentía no era una enorme responsabilidad, una gran dificultad para elegir: le parecía que en aquel asunto no había habido elección. No podía casarse con lord Warburton: la idea iba en contra de su culta ambición de explorar la vida libremente que hasta entonces había acariciado o que ahora era capaz de acariciar. Eso tenía que decírselo por escrito, tenía que convencerlo, y esa tarea era relativamente fácil. Pero lo que más la perturbaba, en el sentido de que la llenaba de asombro, era el hecho en sí de que le hubiese costado tan poco rechazar aquella espléndida «oportunidad». Pese a todos los reparos que uno le pusiese, lord Warburton le había ofrecido una magnífica oportunidad. Puede que la situación no careciese de incomodidades, que tal vez encerrase elementos opresivos y restricciones, que quizá en realidad no resultase más que anodina y opresiva, pero no cometía injusticia con su sexo al creer que diecinueve de cada veinte mujeres la habrían aceptado sin ningún remordimiento. ¿Por qué razón, entonces, a ella

no le resultaba irresistible? ¿Quién era ella, qué era, para considerarse superior? ¿Qué idea de la vida, qué designios acerca del destino, qué concepto de la felicidad tenía ella que pretendían ser de más altura que aquellas elevadas y fabulosas oportunidades? Si se negaba a hacer algo como aquello, tenía que hacer grandes cosas, tenía que hacer algo superior. La pobre Isabel encontró motivos para recordarse a sí misma de vez en cuando que no debía mostrarse demasiado orgullosa, y nada podía haber más sincero que su plegaria rogando que se la librase de un peligro semejante: el aislamiento y la soledad del orgullo tenían a su juicio el horror de un paraje desierto. Si había sido el orgullo lo que le había impedido aceptar a lord Warburton, nada tan fuera de lugar como semejante necedad; y era tan consciente de que él le gustaba que se aventuró a asegurarse a sí misma de que era el suyo un sutil sentimiento de dulce y comprensiva empatía. Lord Warburton le gustaba demasiado para casarse con él, esa era la verdad; algo le decía que en la brillante lógica de aquella proposición, desde el punto de vista de él, se ocultaba una falacia, aun cuando ella no atinase a señalar en qué consistía; y castigar a un hombre que ofrecía tanto con una esposa con propensión a la crítica sería un acto especialmente reprobable. Le había prometido que reflexionaría sobre su proposición, y cuando, una vez que él se hubo marchado, fue de nuevo hasta el banco donde la había encontrado y se sumió en profundas cavilaciones, podría parecer que no hacía sino cumplir con su promesa. Sin embargo, no era ese el caso: se estaba preguntando si no sería ella una persona remilgada, dura y fría, y cuando por fin se levantó y regresó un tanto apresurada a la casa, sentía, como le había dicho a su amigo, verdadero miedo de sí misma.

13

Fue tal sentimiento y no el deseo de pedir consejo, cosa que no sentía en absoluto, lo que impulsó a Isabel a hablar con su tío de lo que había sucedido. Tenía ganas de hablar con alguien; así se sentiría más natural, más humana, y, para ese fin, su tío se le antojaba más apropiado que su tía o su amiga Henrietta. Su primo, por supuesto, podía ser su confidente; pero resultaría una situación violenta para ella confiarle aquel secreto especial a Ralph. Así pues, al día siguiente, tras el desayuno, buscó la oportunidad. Su tío jamás abandonaba sus aposentos hasta la tarde, pero recibía a sus compinches, como él decía, en su vestidor. Isabel había llegado a ocupar un lugar en el grupo así denominado, que, aparte de a ella, incluía al hijo del anciano, a su médico, a su ayuda de cámara e incluso a la señorita Stackpole. La señora Touchett no figuraba en la lista, y eso suponía un obstáculo menos para que Isabel

encontrase a su anfitrión solo. Estaba sentado en una silla de compleja mecánica, ante la ventana abierta de la estancia orientada a poniente y con vistas al parque y el río, con sus periódicos y sus cartas apiladas al lado, recién acabado el minucioso aseo, y con expresión de benevolente expectación en el rostro terso y contemplativo.

Isabel fue directa al grano.

—Creo mi deber comunicarle que lord Warburton me ha pedido que me case con él. Supongo que debería decírselo a mi tía; pero me ha parecido que era mejor decírselo primero a usted.

El anciano no mostró sorpresa alguna, y le agradeció la confianza que le mostraba.

—¿Te importaría decirme si lo has aceptado? —preguntó a continuación.

—Todavía no le he dado una respuesta definitiva; me he tomado algún tiempo para pensarlo, ya que eso me parece más respetuoso, pero no voy a aceptarlo.

El señor Touchett no hizo ningún comentario al oír aquellas palabras; daba la impresión de estar pensando que, por mucho interés que pudiese tener él en el asunto desde el punto de vista social, no tenía ni voz ni voto en la cuestión.

—Bueno, ya te dije que tendrías éxito en este país. A las estadounidenses se las aprecia muchísimo.

—Muchísimo, sin duda —dijo Isabel—. Pero aun a riesgo de parecer desagradecida y carente de gusto, no creo que pueda casarme con lord Warburton.

—Bueno —prosiguió su tío—, está claro que un anciano no puede decidir por una joven. Me alegro de que no me lo preguntaras antes de tomar tu decisión. Supongo que debería decirte —añadió lentamente, pero como si careciese de importancia— que hace tres días que estoy al tanto de todo.

—¿De los propósitos de lord Warburton?

—De sus intenciones, como se dice aquí. Me escribió una carta muy agradable, informándome de todo a este respecto. ¿Te gustaría ver la carta? —preguntó el anciano amablemente.

—Gracias; creo que no me interesa. Pero me alegra que le escribiese; era lo correcto, y él siempre se asegura de hacer lo correcto.

—Vaya, vaya, me parece que sí que te gusta —declaró el señor Touchett—. No tienes por qué fingir que no es así.

—Me gusta enormemente, no me duelen prendas en reconocerlo. Pero no

deseo casarme con nadie por el momento.

—Piensas que puede aparecer alguien que te guste más. Pues sí, es muy probable —dijo el señor Touchett, quien parecía deseoso de mostrar su afecto a la joven tratando de hacerle más fácil su decisión y buscando razones alegres para ello.

—No me importa si no conozco a nadie más. Lord Warburton ya me gusta lo suficiente.

Dio la apariencia de sufrir uno de aquellos repentinos cambios de opinión que a veces alarmaban e incluso desagradaban a sus interlocutores.

Su tío, sin embargo, parecía ser impermeable a aquellas impresiones.

—Es un hombre digno de admiración —añadió en un tono que podría haber parecido alentador—. Su carta ha sido una de las más agradables que he recibido desde hace semanas. Supongo que una de las razones de que me gustase es que hablaba todo el tiempo de ti; quiero decir, todo el tiempo, excepto la parte en la que se refería a sí mismo. Imagino que él ya te lo habrá contado todo.

—Me habría contado cualquier cosa que yo quisiese preguntarle —dijo Isabel.

—Pero ¿no sentiste curiosidad?

—Mi curiosidad hubiese resultado superflua... una vez tomada la decisión de rechazar su oferta.

—¿Es que no te pareció suficientemente atractiva? —inquirió el señor Touchett.

Isabel se quedó un momento en silencio.

—Supongo que fue eso —reconoció al fin—. Pero desconozco la razón.

—Por fortuna, las damas no están obligadas a explicar sus razones —dijo su tío—. Sin duda hay algo muy agradable en la idea, pero no entiendo por qué los ingleses se empeñan en querer alejarnos de nuestra tierra natal. Sé que nosotros intentamos atraerlos hacia allí, pero eso es porque nuestra población es insuficiente. Aquí, sabes, hay demasiada gente. Sin embargo, imagino que para las jóvenes encantadoras siempre habrá sitio en cualquier parte.

—Parece que para usted sí que ha habido sitio aquí —dijo Isabel, cuya mirada había estado vagando por los grandes espacios de recreo del parque.

El señor Touchett le dedicó una sonrisa consciente y sagaz.

—Si pagas por él, querida, hay sitio en todas partes. A veces pienso que he pagado demasiado por este. Quizá tú también tengas que pagar demasiado.

—Tal vez sí —contestó la joven.

Aquella idea le proporcionó algo más definido en lo que apoyarse que lo que había encontrado en el curso de sus meditaciones, y el hecho de que la sutil agudeza de su tío se identificase con su dilema parecía ser prueba de que lo que a ella le preocupaba eran las emociones naturales y razonables de la vida y que no había caído víctima de la vehemencia intelectual ni de unas vagas emociones, emociones que iban más allá de la maravillosa propuesta de lord Warburton, y que apuntaban a algo indefinido y con toda probabilidad no muy recomendable. En la medida en que lo indefinido ejercía en aquel momento una influencia sobre el comportamiento de Isabel, no se trataba de la idea, ni tan siquiera formulada, de una unión con Gaspar Goodwood; ya que, por mucho que se hubiese resistido a entregarse a las manos grandes y tranquilas de su pretendiente inglés, se encontraba cuando menos igual de alejada de la idea de permitir que el joven de Boston tomase posesión en firme de su persona. El sentimiento en el que buscó refugio tras leer su carta fue en la censura de que Goodwood hubiese venido hasta allí, ya que parte de la influencia que este ejercía sobre ella era que parecía privarla de su sensación de libertad. En la manera en que se presentaba ante ella había una imposición fuerte y desagradable, una especie de presencia insistente. Se había visto por momentos perseguida por la imagen, por el peligro, de su desaprobación, y se había preguntado, consideración que jamás había prestado en igual medida a ninguna otra persona, si él aprobaría lo que ella hacía. La dificultad estribaba en que, más que cualquier otro hombre que ella conociese, más que el pobre lord Warburton (ahora había empezado a concederle a su señoría el beneficio de dicho epíteto), Caspar Goodwood manifestaba hacia ella una energía —que Isabel ya había empezado a percibir como un poder— que brotaba de su propia naturaleza. No era en absoluto cuestión de sus «prerrogativas», sino del espíritu que habitaba aquellos ojos suyos claros y ardientes como una especie de vigía infatigable tras una ventana. Le gustase o no, él insistía, de continuo, con todo su peso y su fuerza: incluso en el trato habitual con él, había que tenerlos en cuenta. La idea de una libertad limitada le resultaba especialmente desagradable a Isabel en un momento como aquel, en el que acababa de conferir un acento personal a su independencia cuando, tras enfrentarse a aquel formidable soborno de lord Warburton, se había negado a aceptarlo. En ocasiones, Caspar Goodwood le había dado la impresión de estar alineado con su destino, de constituir el factor más recalcitrante que conocía; en momentos así se decía a sí misma que podría evadirse de él por un tiempo, pero que al final tendría que llegar a un acuerdo, acuerdo que con toda certeza resultaría favorable al joven. Su impulso había sido pertrecharse de todo aquello que la ayudara a oponer resistencia a tal obligación, y ese impulso había tenido mucho que ver en la prontitud con que había aceptado la invitación de su tía, que le había llegado cuando esperaba que el señor Goodwood se presentase de

un momento a otro y cuando se alegraba de tener una respuesta a mano para lo que estaba segura de que él le iba a proponer. Cuando le había dicho en Albany, la misma tarde de la visita de la señora Touchett, que no podía en aquel momento plantearse cuestiones difíciles, deslumbrada como estaba por las inmensas perspectivas inmediatas del ofrecimiento de su tía de viajar a Europa, él había declarado que aquello no era una respuesta, y era para obtener una mejor por lo que ahora la había seguido hasta el otro lado del océano. Decirse a sí misma que Caspar Goodwood era una especie de destino sombrío puede que sea suficiente para una joven fantasiosa que tenía muchas cosas claras sobre él, pero el lector tiene derecho a una visión más nítida y precisa.

Caspar Goodwood era hijo del propietario de una conocida fábrica de hilados de algodón de Massachusetts, un caballero que había logrado amasar una considerable fortuna con su industria. Caspar estaba al frente del negocio en aquel momento y mostraba un tino y un temple que, pese a la feroz competencia y a los años difíciles, habían evitado que su prosperidad decreciese. Había recibido gran parte de su educación en la Universidad de Harvard, donde, no obstante, había destacado más como gimnasta y remero que como depositario de otros y más diversos conocimientos. Más adelante había aprendido que también una inteligencia aguda era capaz de saltar, impulsarse y tensarse; incluso batir marcas y emplearse en proezas extraordinarias. Así, había descubierto en sí mismo una visión penetrante para los misterios de la mecánica, y había inventado una mejora en el procedimiento de hilado del algodón que era utilizado en la actualidad en todas partes y que llevaba su nombre. Hasta puede que el lector haya visto dicho nombre en los periódicos en relación con tan fructífero adelanto; prueba de este hecho le había dado Caspar a Isabel al mostrarle en las columnas del Interviewer de Nueva York un exhaustivo artículo sobre la patente Goodwood, artículo que no había sido escrito por la señorita Stackpole, por más que ella se hubiera mostrado dispuesta a favorecer los intereses de carácter más sentimental de él. Había tareas complicadas y difíciles en las que él encontraba satisfacción; le gustaba organizar, competir, administrar; podía hacer que la gente trabajara a su dictado, creyera en él, desfilara ante él y lo justificara. Como suele decirse, en eso consiste el arte de dirigir a los hombres, que, además, en su caso, se apoyaba en una ambición audaz aunque reflexiva. Los que lo conocían bien estaban convencidos de que podía hacer cosas más importantes que dirigir una fábrica de hilados de algodón; Caspar Goodwood no tenía nada de algodinoso, y sus amigos daban por hecho que de alguna forma y en algún lugar lograría escribir su nombre en letras grandes. Pero daba la impresión de que algo enorme y confuso, algo feo y tenebroso, se cerniera sobre él: después de todo, no se encontraba en armonía con una paz acomodaticia de codicia y ganancias, un orden de cosas cuyo aliento vital era

una publicidad omnipresente. A Isabel le agradaba pensar que en otros tiempos él podría haber cabalgado a lomos de un veloz corcel a través de la vorágine de una gran guerra, de una guerra como aquella de la Secesión que había ensombrecido los años conscientes de la niñez de ella y los de la incipiente juventud de él.

Le gustaba sobre todo aquella idea de que él fuese por su carácter y sus hechos un conductor de hombres, le gustaba mucho más que otros aspectos de su naturaleza y su físico. La fábrica de hilados no le importaba lo más mínimo, y la patente Goodwood la dejaba completamente fría. No es que deseara que perdiese ni una onza de su hombría, pero a veces pensaba que resultaría más agradable si, por ejemplo, tuviese una apariencia algo distinta. Tenía la mandíbula demasiado cuadrada y firme y una figura demasiado rígida y estirada, rasgos que indicaban una falta de consonancia con los ritmos más profundos de la vida. Además, veía con recelo aquella costumbre suya de vestir siempre de la misma forma; no se trataba aparentemente de que llevase de continuo la misma ropa, ya que, por el contrario, su vestimenta daba más bien la impresión de ser demasiado nueva. Pero todo parecía cortado por el mismo patrón: la hechura, el tejido eran terriblemente vulgares. En más de una ocasión, Isabel se había recordado a sí misma que aquella era una objeción muy frívola para una persona de la importancia de él, para a renglón seguido enmendar la reprobación diciéndose que sería una objeción frívola en caso de estar enamorada de él. Pero no lo estaba y, por lo tanto, podía criticar sus defectos, tanto los pequeños como los grandes, que consistían en un reproche colectivo por ser demasiado serio, o mejor, no porque lo fuese, puesto que nunca se puede ser serio en demasía, sino ciertamente por parecerlo. Mostraba sus apetitos e intenciones con demasiada claridad y sin subterfugios; cuando se estaba a solas con él, hablaba demasiado del mismo asunto, y cuando había otras personas presentes, apenas hablaba de nada. Y, pese a todo, era de constitución extraordinariamente fuerte y bien definida, lo cual ya era mucho; Isabel veía las distintas piezas que encajaban en él como había visto, en museos y cuadros, las distintas piezas que encajadas entre sí formaban la armadura de los guerreros: planchas de acero con hermosas incrustaciones de oro. Era muy extraño: ¿acaso existía algún vínculo tangible entre sus propias impresiones y sus actos? Caspar Goodwood nunca había respondido a su idea de una persona agradable, y suponía que era eso lo que la volvía tan sumamente crítica. Sin embargo, cuando lord Warburton, que no solo respondía a su idea, sino que la sobrepasaba, solicitó su aprobación, ella siguió mostrándose insatisfecha. Sin duda que era extraño.

La percepción de su incoherencia no le resultaba de ayuda para contestar a la carta del señor Goodwood, e Isabel resolvió dejarla sin respuesta por el momento. Si él estaba decidido a perseguirla, debía afrontar las consecuencias; y la principal de ellas era que se diese cuenta de lo poco que le apetecía que él

apareciese por Gardencourt. Ya estaba a merced en aquel lugar de las incursiones de un pretendiente, y aunque podía resultar agradable ser apreciada en bandos opuestos, había algo grosero en entretener simultáneamente a dos pretendientes tan apasionados, incluso en el caso de que dicho entretenimiento consistiese en rechazarlos. No dio respuesta al señor Goodwood, pero al cabo de tres días escribió a lord Warburton, y dicha carta forma parte de nuestra historia.

Querido lord Warburton:

Una reflexión profunda y prolongada no me ha llevado a cambiar de opinión acerca de la propuesta que con tanta amabilidad me planteó usted el otro día. Me veo incapaz, me resulta sinceramente imposible, considerarlo a usted como un compañero para toda la vida; o considerar su hogar, sus distintos hogares, como el centro permanente de mi existencia. Estas cosas no se pueden razonar, y le ruego muy encarecidamente que no vuelva a mencionar el asunto que tratamos tan minuciosamente. Cada uno ve su vida desde su propio punto de vista, prerrogativa de la que goza hasta el más humilde y débil de entre nosotros, y yo jamás podré ver la mía de la forma que usted me propuso. Le ruego que con esto se dé por satisfecho y que me crea cuando digo que he tratado su propuesta con todo el respeto y la profunda consideración que se merece. Con mi mayor estima, sinceramente suya,

ISABEL ARCHER

Mientras la autora de esta misiva se decidía a enviarla, Henrietta Stackpole tomó una determinación que puso en práctica sin dilación. Invitó a Ralph Touchett a dar un paseo con ella por el jardín, y cuando él había accedido con esa prontitud suya que parecía dar testimonio constante de sus elevadas expectativas, le informó de que tenía que pedirle un favor. Debemos reconocer que, al oír aquello, el joven se sobresaltó, pues como sabemos la señorita Stackpole le había dado la impresión de ser capaz de aprovechar cualquier ventaja. Sin embargo, su alarma era irracional, ya que la idea que él tenía del motivo de aquella indiscreción era igual de escasa que la información sobre su alcance en profundidad, y expresó con exquisita educación su deseo de servirla. Tenía miedo de ella, y se lo hizo saber.

—Cuando me mira de cierta manera, las rodillas me tiemblan y me abandonan mis facultades; el nerviosismo me invade y lo único que pido es tener la fuerza necesaria para cumplir sus órdenes. Tiene usted una autoridad que hasta ahora no había encontrado en ninguna mujer.

—Bueno —contestó Henrietta de buen humor—, si no hubiese sabido de antemano que estaba usted tratando de avergonzarme de algún modo, ahora estaría convencida. Está claro que soy presa fácil, me educaron con costumbres e ideas muy distintas. No estoy acostumbrada a sus normas

arbitrarias, y en Estados Unidos jamás me han hablado como lo ha hecho usted. Si un caballero que estuviese conversando conmigo allá me hablase de esa manera, no entendería nada. Allá nos tomamos todo con más naturalidad que aquí y, desde luego, somos mucho más sencillos. Yo reconozco que soy muy sencilla. Si lo que quiere es reírse de mí por eso, adelante; pero, en general, prefiero ser como soy a ser como usted. Estoy bastante satisfecha conmigo misma, no quiero cambiar. Hay mucha gente que me aprecia tal como soy. ¡Estadounidenses libres y sencillos, claro! —Henrietta había adoptado un tono de indefensa inocencia y enorme condescendencia—. Quiero que me eche una mano —añadió—. No me importa que se divierta conmigo mientras lo hace, o, mejor dicho, estoy dispuesta a que su diversión sea la recompensa. Quiero que me ayude con Isabel.

—¿Es que ella la ha herido?

—Si así fuese no me importaría, y jamás se lo diría a usted. Lo que temo es que se haga daño a sí misma.

—Creo que eso es muy posible.

Su acompañante se detuvo en el sendero del jardín, y le dirigió una mirada que quizá fuese la que a él le enervaba.

—Y eso también le haría gracia, supongo. ¡Menuda forma tiene usted de decir las cosas! Jamás había conocido a nadie tan indiferente.

—¿Con respecto a Isabel? ¡Ah! ¡Eso sí que no!

—Está bien, espero que no esté enamorado de ella.

—¿Cómo podría estarlo si estoy enamorado de Otra?

—Lo que está es enamorado de sí mismo. ¡Esa es la Otra! —declaró la señorita Stackpole—. ¡Pues que le vaya bien! Pero si por una vez en la vida quiere ser serio, ahora tiene la oportunidad de demostrarlo. No espero que comprenda a Isabel, eso sería pedirle demasiado. Pero tampoco es necesario para que me haga el favor que quiero. De pensar me encargo yo.

—¡Cuánto voy a disfrutar! —exclamó Ralph—. Yo haré de Calibán y usted de Ariel.

—Usted no se parece en nada a Calibán, porque es sofisticado y Calibán no lo era. Pero yo no estoy hablando de personajes imaginarios, estoy hablando de Isabel. Isabel es de lo más real. Lo que quiero decirle es que la encuentro tremendamente cambiada.

—¿Quiere decir desde que usted llegó?

—Desde que llegué y desde antes de que llegase. Ya no es aquella persona maravillosa de antes.

—¿Como era en Estados Unidos?

—Sí, como era en Estados Unidos. Imagino que sabrá que procede de allí. No puede evitarlo, pero así es.

—¿Y usted quiere cambiarla y que vuelva a ser la de antes?

—Por supuesto que sí, y quiero que usted me ayude.

—Ah —dijo Ralph—, yo solo soy Calibán; no soy Próspero.

—Ya ha hecho lo suficiente de Próspero para convertirla en lo que es ahora. Ha influido en Isabel Archer desde que llegó aquí, señor Touchett.

—¿Yo, mi querida señorita Stackpole? ¡Qué va! Ha sido Isabel Archer la que ha influido en mí; sí, ella nos influye a todos. Pero yo me he mantenido completamente pasivo.

—En ese caso, es usted demasiado pasivo. Más le valdría espabilarse y estar atento. Isabel cambia de día en día; se está dejando ir a la deriva, mar adentro. La he estado observando y lo sé. No es aquella brillante joven estadounidense que era antes. Está adoptando opiniones distintas, un matiz diferente, y alejándose de sus antiguos ideales. Yo quiero recuperar esos ideales, señor Touchett, y aquí es donde interviene usted.

—¿No como un ideal, por supuesto?

—Está claro que no —respondió Henrietta con prontitud—. Siento un profundo temor de que vaya a casarse con uno de esos europeos decadentes, y quiero impedirlo.

—Ah, ya entiendo —dijo Ralph—; ¿y para impedirlo lo que quiere es que yo me entrometa y me case con ella?

—No exactamente; tal remedio sería peor que la enfermedad, porque usted es uno de esos típicos europeos decadentes de los que yo quiero rescatarla. No; lo que quiero es que usted se interese por otra persona: un joven al que ella antes dio grandes esperanzas y que ahora, por lo visto, no encuentra suficientemente bueno. Es, en verdad, un gran hombre y un buen amigo al que aprecio muchísimo, y me gustaría que usted lo invitase a venir aquí.

Ralph se quedó muy desconcertado ante tal petición, y tal vez no diga mucho a favor de su pureza de espíritu el hecho de que en un principio no contemplase tal solicitud en toda su sencillez. Había en ella, a su juicio, algo tortuoso, y el error de Ralph estaba en que no tenía la seguridad de que hubiese en el mundo algo tan inocente como aparentaba ser aquella petición de la señorita Stackpole. Que una joven le pidiese dar la oportunidad a un caballero, al que describía como un amigo suyo muy querido, de hacerse grato a otra muchacha, a una joven cuya atención se había desviado y poseedora de

mayores encantos... era algo tan anómalo que por el momento ponía en cuestión toda su capacidad de interpretación. Leer entre líneas resultaba más fácil que seguir el texto, y suponer que la señorita Stackpole quería que se invitase al caballero a Gardencourt por motivos propios no era indicio de una mente vulgar, sino de una que se siente azorada. Sin embargo, Ralph se vio salvado incluso de este acto de vulgaridad venial, y salvado por una fuerza a la que solo puedo calificar de inspiración. Sin más luz sobre el asunto que la que acababa de adquirir, tuvo de súbito la convicción de que sería una soberana injusticia asignar a la corresponsal del Interviewer un propósito deshonroso a cualquiera de sus actos. Tal convicción se adueñó de su mente con extrema rapidez, tal vez alimentada por el brillo puro de la imperturbable mirada de la joven. Respondió al desafío un momento, conscientemente, resistiéndose al impulso de fruncir el ceño como hace uno en presencia de luminarias mayores.

—¿Quién es el caballero del que habla?

—El señor Caspar Goodwood, de Boston. Ha sido extremadamente atento con Isabel, y se ha entregado a ella en cuerpo y alma. La ha seguido hasta aquí y actualmente está en Londres. No sé su dirección, pero supongo que puedo conseguirla.

—No he oído hablar nunca de él —dijo Ralph.

—Ya, pero imagino que no habrá oído hablar de todo el mundo. Yo no creo que él haya oído hablar de usted, pero ese no es motivo para que Isabel no se case con él.

Ralph soltó una carcajada leve y ambigua.

—¡Qué manía tiene usted de casar a la gente! ¿Se acuerda de que el otro día me quería casar a mí?

—Eso ya se me ha pasado. Usted no sabe cómo tomarse esas ideas. Pero, en cambio, el señor Goodwood sí que sabe hacerlo, y eso es lo que me gusta de él. Es un hombre espléndido y un perfecto caballero, e Isabel lo sabe.

—¿Lo aprecia ella mucho?

—Si no lo hace, tendría que hacerlo. Él está sencillamente cautivado por ella.

—Y usted quiere que yo lo invite a venir —dijo Ralph pensativo.

—Sería un auténtico acto de hospitalidad.

—Caspar Goodwood... —continuó Ralph—, es un nombre de lo más llamativo.

—El nombre me trae sin cuidado. Por mí como si se llamara Ezekiel Jenkins. Es el único hombre que he conocido que considero digno de Isabel.

—Es usted una amiga muy devota —dijo Ralph.

—Por supuesto que lo soy. Si lo dice por burlarse de mí, no me importa.

—No lo digo por burlarme de usted, sino porque lo encuentro admirable.

—Está usted más satírico que nunca, pero le aconsejo que no se ría del señor Goodwood.

—Le aseguro que estoy hablando muy en serio, debería usted darse cuenta —dijo Ralph.

Su interlocutora se dio cuenta enseguida.

—Creo que es cierto; ahora está usted demasiado serio.

—Es usted difícil de complacer.

—Ah, no hay duda de que se ha puesto muy serio. No va a invitar al señor Goodwood.

—No lo sé —dijo Ralph—. Soy capaz de hacer cosas muy raras. Hábleme un poco del señor Goodwood. ¿Cómo es?

—Es todo lo contrario de usted. Está al frente de una fábrica de hilados de algodón, una muy importante.

—¿Tiene buenos modales? —preguntó Ralph.

—Espléndidos... a la manera de Estados Unidos.

—¿Sería un miembro agradable de nuestro pequeño círculo?

—No creo que a él le importase mucho nuestro pequeño círculo. Se concentraría en Isabel.

—¿Y le gustaría eso a mi prima?

—Lo más probable es que no le gustase en absoluto. Pero sería algo muy bueno para ella. Haría que volviesen sus ideas.

—¿Que volviesen... de dónde?

—De sitios foráneos y otros lugares poco naturales. Hace tres meses le dio motivos suficientes al señor Goodwood para suponer que lo encontraba aceptable para ella, y no es digno de Isabel echarse atrás ante un verdadero amigo por el simple hecho de haber cambiado de ambiente. También yo he cambiado de ambiente, y el efecto que me ha causado es que mis antiguas amistades me importan ahora más que nunca. Estoy segura de que, cuanto antes vuelva la Isabel de antes, mejor será. La conozco lo bastante bien para saber que aquí jamás sería feliz de verdad, y deseo que establezca un vínculo sólido con Estados Unidos que le sirva de coraza.

—¿No está tal vez precipitándose un poco? —preguntó Ralph—. ¿No cree que debería darle más oportunidades a la pobre y querida Inglaterra?

—¿La oportunidad de arruinar su brillante juventud? Nunca es demasiado pronto para evitar que se ahogue un valioso ser humano.

—Entonces, por lo que veo —dijo Ralph—, lo que usted quiere es que tire por la borda al señor Goodwood tras ella. ¿Sabe —añadió— que jamás la he oído mencionar su nombre?

Henrietta le dedicó una sonrisa radiante.

—Me encanta oír eso; demuestra lo mucho que piensa en él.

Ralph pareció aceptar que aquello tenía muchos visos de ser cierto, y se enfrascó en sus pensamientos mientras su interlocutora lo observaba de reojo.

—Si invitase al señor Goodwood —dijo al fin—, sería para pelearme con él.

—Ni se le ocurra; saldría ganando él.

—Está usted haciendo lo imposible para que lo deteste. Si le soy sincero, no creo que pueda invitarlo. Tengo miedo de mostrarme grosero con él.

—Como quiera —respondió Henrietta—. No tenía la menor idea de que estuviese usted enamorado de Isabel.

—¿De verdad cree usted eso? —preguntó el joven enarcando las cejas.

—¡Por primera vez le oigo hablar con naturalidad! Claro que lo creo —dijo la señorita Stackpole astutamente.

—Muy bien —concluyó Ralph—, para demostrarle lo equivocada que está, lo voy a invitar. Tendrá que ser, por supuesto, como amigo suyo.

—Él no vendrá en calidad de amigo mío; y usted no lo invitará para demostrar que me equivoco, si no para demostrárselo a sí mismo.

Estas últimas palabras de la señorita Stackpole, tras las cuales ambos se separaron, contenían una parte de verdad que Ralph se vio obligado a reconocer; pero rozó de forma tan superficial dicho reconocimiento que, pese a ser consciente de que podría resultar bastante más indiscreto cumplir su promesa que romperla, escribió al señor Goodwood una nota de seis líneas en la que expresaba el placer que le supondría al anciano señor Touchett que se uniese al pequeño grupo de Gardencourt, del que la señorita Stackpole era miembro distinguido. Tras enviar la misiva, a la atención de un banquero cuyo nombre le dio Henrietta, permaneció a la expectativa. Había oído nombrar a aquel nuevo e imponente personaje por primera vez, puesto que cuando su madre le había mencionado a su llegada que se rumoreaba que la joven tenía

un «admirador» en su país, la idea le había parecido sin excesiva base real y no se había molestado en hacer unas preguntas cuyas respuestas no habrían resultado sino vagas o desagradables. Ahora, sin embargo, la admiración de la que era objeto su prima en su tierra natal se había convertido en algo más concreto; había cobrado la forma de un joven que la había seguido hasta Londres, que tenía intereses en una fábrica de hilados de algodón y unos espléndidos modales al estilo de Estados Unidos. Ralph se había formado dos teorías con respecto a este intruso. O bien su pasión era una ficción sentimental de la señorita Stackpole (siempre existía una especie de acuerdo tácito entre las mujeres, nacido de la solidaridad de dicho sexo, en virtud del cual se descubrirían o inventarían enamorados las unas a las otras), en cuyo caso no había por qué tener miedo del joven, ya que lo más probable era que no aceptase la invitación; o bien, sí que la aceptaría, en cuyo caso demostraría ser alguien demasiado irracional para perder más tiempo con él. Esta última premisa del argumento de Ralph podría parecer incoherente, pero expresaba su convicción de que, si el señor Goodwood estuviese interesado en Isabel tan seriamente como la señorita Stackpole había descrito, no tendría deseos de presentarse en Gardencourt reclamado por esta última dama. «En este supuesto —se dijo Ralph—, debe de considerarla una espina en el tallo de su rosa; como intercesora debe de encontrarla falta de tacto».

Dos días después de haber enviado su invitación, recibió una nota muy breve de Caspar Goodwood en la que le daba las gracias por ella, lamentaba que otros compromisos hiciesen imposible su visita a Gardencourt y presentaba sus respetos a la señorita Stackpole. Ralph le entregó la nota a Henrietta, que, cuando la hubo leído, exclamó:

—¡Hay que ver! En mi vida he visto cosa más seca.

—Me temo que mi prima no le importe tanto como usted supone —observó Ralph.

—No, no se trata de eso, hay un motivo más sutil. Tiene un carácter muy reservado. Pero estoy decidida a descubrir la razón, y voy a escribirle para averiguar qué quiere decir.

La negativa de Goodwood a aceptar la invitación de Ralph resultaba un tanto desconcertante; desde el momento en que rehusó acudir a Gardencourt, empezó a cobrar importancia para nuestro amigo. Se preguntó a sí mismo qué le importaba a él que los admiradores de Isabel fuesen unos bandidos o unos vagos; no eran rivales suyos y por él que hiciesen lo que les viniese en gana. Pero pese a todo sintió una gran curiosidad a raíz de la promesa de la señorita Stackpole de indagar en las causas de la sequedad del señor Goodwood, curiosidad insatisfecha hasta el momento, ya que, cuando tres días más tarde le preguntó si había escrito a Londres, ella se vio obligada a confesar que lo

había hecho en vano. El señor Goodwood no había respondido.

—Supongo que se lo estará pensando —dijo—; se lo piensa todo mucho; en realidad, no es nada impetuoso. Pero yo estoy acostumbrada a que respondan a mis cartas el mismo día.

De todos modos, se le ocurrió proponerle a Isabel una excursión a Londres las dos juntas.

—Si quieres que te sea sincera —observó—, aquí no tengo gran cosa que ver, y creo que tú tampoco. Ni siquiera he visto a ese aristócrata... ¿cómo se llama...? Lord Washburton. Parece que te haya dejado completamente abandonada.

—Pues resulta que me he enterado de que lord Warburton viene mañana —respondió su amiga, que había recibido una nota del señor de Lockleigh en respuesta a su carta—. Tendrás cuantas oportunidades quieras para darle un buen repaso.

—Bueno, puede que me sirva para una crónica, pero ¿qué es una crónica cuando quieres escribir cincuenta? He descrito todos los paisajes del entorno y expresado todo mi entusiasmo por las ancianas y los burros. Tú puedes decir lo que quieras, pero el paisaje no es suficiente para hacer que una crónica sea de vital importancia. Tengo que regresar a Londres para conseguir impresiones de la vida real. Estuve apenas tres días allí antes de venir, y ese no es tiempo suficiente para tomar contacto con un lugar.

Como Isabel, en el transcurso de su viaje de Nueva York a Gardencourt, había visto incluso menos de la capital británica, le pareció una magnífica ocurrencia de Henrietta que las dos fuesen allí en visita de placer. La idea le resultó encantadora; sentía curiosidad por conocer con todo detalle la ciudad de Londres, que siempre se había representado en su imaginación como algo grande y próspero. Trazaron sus planes juntas y se deleitaron con imágenes de momentos plenos de romanticismo. Se alojarían en una casa de huéspedes antigua y pintoresca, una de esas posadas descritas por Dickens, y recorrerían la ciudad en esos encantadores coches de caballos. Henrietta era una mujer de letras, y la gran ventaja de ser una mujer de letras residía en que una podía ir a todas partes y hacer cualquier cosa. Cenarían en un café y después irían al teatro; frecuentarían la Abadía de Westminster y el Museo Británico y averiguarían dónde había vivido el doctor Johnson, y también Goldsmith y Addison. Isabel estaba cada vez más impaciente y reveló la brillante perspectiva a Ralph, quien estalló en unas carcajadas que distaban mucho de expresar la aquiescencia que ella habría deseado.

—Es un plan encantador —dijo su primo—. Os recomiendo que vayáis al Duke's Head en Covent Garden, que es un sitio anticuado, informal y

distendido, y yo os inscribiré en mi club.

—¿Me estás diciendo que es un sitio poco apropiado? —preguntó Isabel—. Por Dios, ¿es que aquí no hay nada apropiado? En compañía de Henrietta sin duda puedo ir a cualquier parte; ella no tiene prejuicios en ese sentido. Ha viajado por todo el continente americano y es muy capaz de orientarse en esta isla diminuta.

—Ah, en tal caso —dijo Ralph—, deja que yo también me aproveche de su protección y vaya a la ciudad. Tal vez no vuelva a tener nunca ocasión de viajar con tanta seguridad.

14

La señorita Stackpole habría estado dispuesta a partir de inmediato, pero Isabel, como hemos visto, había tenido noticias de que lord Warburton pensaba ir de nuevo a Gardencourt, y consideró su deber quedarse allí para verlo. Durante cuatro o cinco días él no había respondido a su carta, y después le había escrito con mucha brevedad para comunicarle que iría a almorzar al cabo de dos días. Había algo en aquellas demoras y retrasos que conmovía a la joven y que reforzó su impresión de que él quería mostrarse paciente y considerado, y no parecer que la atosigaba con demasiada insistencia; una consideración tan estudiada que la convenció de que le gustaba de verdad. Isabel le contó a su tío que le había escrito a lord Warburton, mencionándole asimismo la intención que tenía de ir a visitarlos; y el anciano, en consecuencia, abandonó sus aposentos más temprano que de costumbre y apareció a las dos, hora del refrigerio. Aquel no era en modo alguno un acto de vigilancia por su parte, sino fruto del benévolo convencimiento de que su presencia en el grupo ayudaría a cubrir cualquier ausencia de la pareja si Isabel accedía a concederle a su noble visitante otra audiencia. Este personaje llegó en coche desde Lockleigh y trajo consigo a la mayor de sus hermanas, medida presumiblemente dictada por reflexiones del mismo orden que las que se había hecho el señor Touchett. Los dos visitantes fueron presentados a la señorita Stackpole, quien, durante el almuerzo, ocupó el asiento contiguo al de lord Warburton. Isabel, que estaba nerviosa y no sentía deseo alguno de discutir de nuevo la propuesta que él le había planteado tan prematuramente, no pudo por menos que admirar el buen humor que ejercía en el dominio de sí mismo, que ocultaba por completo los síntomas de la inquietud que en su presencia, como era natural, ella suponía que sentía. Él ni la miraba ni se dirigía a ella, y la única prueba de su emoción era que evitaba cruzar con ella la mirada. Sin embargo, hablaba largo y tendido con los demás y parecía dar

cuenta del almuerzo con interés y apetito. La señorita Molyneux, que tenía la frente tersa como la de una monja y llevaba una gran cruz de plata colgada al cuello, estaba evidentemente interesada en Henrietta Stackpole, sobre cuya persona posaba constantemente la mirada de una forma que delataba el conflicto entre la decidida repulsa y la admiración encendida. De las dos damas de Lockleigh, era ella la que a Isabel más le había agradado: había en ella un auténtico legado de sosiego. Además, Isabel estaba convencida de que aquella frente suave y aquella cruz de plata tenían relación con algún extraño misterio anglicano, tal vez con la encantadora recuperación de la pintoresca figura de la canonesa. Se preguntó qué pensaría de ella la señorita Molyneux si supiese que la señorita Archer había rechazado a su hermano; y a continuación estuvo segura de que la señorita Molyneux jamás lo sabría, que lord Warburton nunca le contaba esas cosas. Le tenía cariño y se mostraba amable con ella, pero en general apenas le contaba nada. O ésa, al menos, era la teoría de Isabel. Cuando, en la mesa, no estaba ocupada conversando, normalmente se entretenía en elaborar teorías sobre los otros comensales. Según Isabel, si la señorita Molyneux se enterase alguna vez de lo sucedido entre ella y lord Warburton, probablemente se quedaría anonadada porque una joven como ella desaprovechase una ocasión de ascender; o no (y esta fue la conclusión final de nuestra heroína), pensaría que la joven estadounidense tenía clara conciencia de su desigualdad.

Hiciese Isabel lo que hiciese con sus oportunidades, lo innegable era que Henrietta Stackpole no estaba en absoluto dispuesta a desperdiciar aquellas en las que ahora se veía inmersa.

—¿Sabe que es usted el primer lord que he visto en mi vida? —dijo a su vecino sin pararse en barras—. Me imagino que me supondrá terriblemente ignorante.

—Pues se ha librado de ver a unos cuantos hombres bien feos —respondió lord Warburton mientras miraba un tanto distraído alrededor de la mesa.

—¿Son muy feos? En Estados Unidos tratan de hacernos creer que todos son apuestos y magníficos y que llevan maravillosas vestimentas y coronas.

—Bah, las vestimentas y las coronas se han quedado anticuadas —dijo lord Warburton—, lo mismo que sus hachas de guerra y sus revólveres.

—Pues lo siento; creo que la aristocracia debería ser algo espléndido —declaró Henrietta—. Si no, ¿qué es entonces?

—Es que, sabe, en el mejor de los casos, es más bien poca cosa —concedió su vecino—. ¿Le apetece una patata?

—Estas patatas europeas no me agradan demasiado. Yo lo habría tomado a usted por un caballero estadounidense cualquiera.

—Pues hábleme como si lo fuese —dijo lord Warburton—. Lo que no sé es cómo va a arreglárselas sin patatas; debe de encontrar muy pocas cosas que comer aquí.

Henrietta guardó silencio un momento; cabía la posibilidad de que no fuese del todo sincero.

—Apenas tengo apetito desde que he llegado —prosiguió al fin—, así que no tiene demasiada importancia. Yo a usted no lo apruebo, ¿sabe?; creo que es mi deber decírselo.

—¿No me aprueba?

—Así es; imagino que nadie le habrá dicho algo así antes, ¿a que no? No apruebo a los lores como institución. Creo que el mundo los ha dejado atrás, muy atrás.

—Ah, yo también opino igual. Tampoco yo me acepto a mí mismo. A veces me asalta el pensamiento de cómo podría desaprobarme si no fuera quien soy, ¿sabe usted? Pero, eso, por cierto, no mostrarse vano y presuntuoso, no tiene nada de malo.

—En ese caso, ¿por qué no renuncia? —inquirió la señorita Stackpole.

—¿Renunciar a...? —preguntó lord Warburton, respondiendo a aquel tono tajante de Henrietta en uno muy suave.

—A ser lord.

—¡Tengo tan poco de lord...! Lo cierto es que nos olvidaríamos por completo de la cuestión, si ustedes los dichosos estadounidenses no se pasasen la vida recordándonoslo.

—¡Me gustaría ver cómo lo hacen! —exclamó Henrietta en tono más bien sombrío.

—Yo la invitaré a la ceremonia; celebraremos una cena seguida de baile.

—Bueno. A mí me gusta ver todos los puntos de vista. No apruebo la existencia de las clases privilegiadas, pero me gusta escuchar lo que tienen que decir en su defensa.

—¡Bien poco, como puede ver!

—Me gustaría sonsacarle un poco más —continuó Henrietta—. Pero no deja usted de mirar para otro lado. Tiene miedo de mirarme a los ojos. Me doy cuenta de que quiere esquivarme.

—No, lo único que hago es buscar esas patatas desdeñadas.

—En ese caso, hábleme de la situación de esa joven, de su hermana. No la

entiendo. ¿Es una lady?

—Es una joven fantástica.

—No me agrada cómo lo ha dicho, es como si quisiese cambiar de tema. ¿Ocupa una posición inferior a la de usted?

—Ninguno de los dos ocupamos una posición digna de mención; pero ella sale mejor parada que yo, ya que no tiene ninguno de los quebraderos de cabeza.

—Sí, no parece que tenga muchos quebraderos de cabeza. Ya me gustaría a mí tener tan pocos como ella. Aparte de todo lo demás, lo cierto es que este país parece generar gente muy tranquila.

—Ya, es que, como ve, en general nos tomamos la vida con tranquilidad —dijo lord Warburton—. Y, además, como sabe, somos muy aburridos. Ah, cuando nos lo proponemos, a aburridos no nos gana nadie.

—Pues les recomiendo que se propongan otra cosa. Yo no sabría de qué hablar con su hermana; parece tan distinta... ¿Es esa cruz que lleva una insignia?

—¿Una insignia?

—Un símbolo de su rango.

La mirada de lord Warburton había estado vagando de un lado a otro, pero al oír aquello se cruzó con la de su interlocutora.

—Ah, sí —dijo al instante—, a las mujeres les interesan esas cosas. La cruz de plata la llevan las hijas mayores de los vizcondes.

Esta fue su inofensiva manera de vengarse por todas las veces que se habían aprovechado fácilmente de su credulidad en Estados Unidos. Al terminar de comer, le propuso a Isabel ir a la galería a ver los cuadros; y pese a saber que él había visto ya aquellos cuadros numerosas veces, ella aceptó sin criticar el pretexto. Ahora tenía la conciencia muy tranquila; desde el momento en que le había enviado la carta, se había sentido particularmente ligera de espíritu. Lord Warburton fue despacio hasta el final de la galería, examinando los cuadros en silencio; y después dijo de repente:

—Tenía la esperanza de que no me escribiese algo así.

—Era la única manera, lord Warburton —dijo la joven—. Le ruego que me crea.

—Si pudiera creerlo, está claro que la dejaría en paz. Pero no basta con querer creer para poder hacerlo; y confieso que no lo entiendo. Podría entender que no le gustase; eso lo entendería sin problemas. Pero que usted

reconozca que sí que le...

—¿Qué es lo que he reconocido? —interrumpió Isabel, empalideciendo ligeramente.

—Que me considera una buena persona, ¿o no es así? —Al guardar ella silencio, continuó—: No parece que tenga usted razón alguna, y eso me produce un sentimiento de injusticia.

—Tengo una buena razón, lord Warburton —dijo en un tono que hizo que a este se le encogiera el corazón.

—Me gustaría mucho conocerla.

—Se la contaré algún día, cuando haya más hechos que la prueben.

—Pues perdóneme si le digo que mientras tanto tengo que dudar de ella.

—Me hace usted muy infeliz —dijo Isabel.

—Pues no lo lamento; tal vez le ayude a darse cuenta de cómo me siento yo. ¿Tendría la amabilidad de responderme a una pregunta? —Isabel no expresó su asentimiento con palabras, pero aparentemente él vio algo en sus ojos que lo animó a continuar—. ¿Es que prefiere usted a otra persona?

—Esa es una pregunta que preferiría no contestar.

—Ah, entonces es que sí —murmuró su pretendiente con amargura.

Aquella amargura alcanzó a Isabel, quien exclamó:

—¡Se equivoca usted! Eso no es cierto.

Dejando a un lado toda ceremonia, lord Warburton tomó asiento en un banco con aire abatido, como un hombre en dificultades; apoyó los codos en las rodillas y clavó en el suelo la mirada.

—Ni siquiera puedo alegrarme de eso —dijo al fin, reclinándose contra la pared—, porque esa sí que sería una excusa.

Isabel enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Una excusa? ¿Es que tengo necesidad de excusarme?

Él, sin embargo, no respondió a la pregunta. Una nueva idea le rondaba la cabeza.

—¿Es por mis ideas políticas? ¿Cree que voy demasiado lejos?

—No puedo poner objeción alguna a sus ideas políticas, puesto que no las entiendo.

—¡Le trae sin cuidado lo que yo crea! —exclamó él, poniéndose en pie—. A usted todo le da igual.

Isabel se alejó hasta el otro extremo de la galería y se quedó allí, mostrándole su preciosa espalda, su figura grácil y estilizada, la esbeltez de su blanco cuello y el espesor de sus oscuras trenzas. Se detuvo frente a un pequeño cuadro como si tuviese la intención de examinarlo; y había algo tan joven y libre en sus movimientos que hasta la agilidad que denotaban le pareció a él una especie burla. Los ojos de Isabel, sin embargo, no veían nada; se habían inundado repentinamente de lágrimas. Al poco, él se le acercó, y para entonces la joven ya se había secado las lágrimas; pero cuando se volvió, el rostro estaba pálido y tenía una extraña expresión en la mirada.

—Esa razón que no quería darle... voy a contársela después de todo. Se trata de que no puedo escapar a mi destino.

—¿A su destino?

—Casarme con usted sería tratar de escapar.

—No lo entiendo. ¿Por qué no habría de ser ese su destino como cualquier otro?

—Porque no lo es —dijo Isabel con aire muy femenino—. Sé que no lo es. Mi destino no es renunciar... sé que no puede serlo.

El pobre lord Warburton se quedó mirándola, un signo de interrogación en cada ojo.

—¿Me está diciendo que casarse conmigo sería una renuncia?

—No en el sentido habitual. Ganaría... ganaría... ganaría mucho. Pero supone renunciar a otras oportunidades.

—¿A otras oportunidades de qué?

—No me refiero a oportunidades de casarme —dijo Isabel, que estaba recuperando rápidamente el color.

Y a continuación se interrumpió y bajó la mirada con el ceño fruncido, como si fuese inútil tratar de aclarar lo que quería decir.

—No creo que sea una presunción por mi parte si afirmo que ganará usted más de lo que va a perder —observó su acompañante.

—No puedo escapar a la infelicidad. Si me casase con usted, estaría intentando hacerlo.

—No sé si lo estaría intentando, pero lo cierto es que lo lograría: ¡eso tengo que reconocerlo! —exclamó con una carcajada nerviosa.

—¡No debo... no puedo! —exclamó la joven.

—Muy bien, si se empeña en ser desgraciada, no veo por qué también

tendría que hacerme desgraciado a mí. Si para usted una vida desgraciada está llena de atractivos, para mí no tiene ninguno.

—Yo no me empeño en tener una vida desgraciada —dijo Isabel—. Siempre he estado resuelta a ser feliz, y con frecuencia he creído que lo sería. Se lo he dicho a la gente, puede usted preguntarles. Pero de vez en cuando me asalta el pensamiento de que jamás alcanzaré la felicidad por medios extraordinarios, huyendo, apartándome.

—¿Apartándose de qué?

—De la vida. De las oportunidades y de los riesgos habituales, de aquello que la mayoría de la gente experimenta y sufre.

Lord Warburton esbozó una sonrisa que casi denotaba esperanza.

—Está bien, mi querida señorita Archer —empezó a explicar con respetuosa impaciencia—, yo no le ofrezco exonerarla de la vida ni de ninguna oportunidad o riesgo de ninguna clase. ¡Ojalá pudiese! ¡Tenga por seguro que lo haría! ¿Por quién me toma usted? ¡Dios sabe que yo no soy el emperador de la China! Todo lo que puedo ofrecerle es la oportunidad de enfrentarse a los sinsabores comunes de la vida de manera cómoda. ¿Los sinsabores de la vida? ¡Pero si yo soy un devoto de los sinsabores de la vida! Alíese conmigo y le prometo que los tendrá en abundancia. No se apartará usted de nada en absoluto, ni siquiera de su amiga la señorita Stackpole.

—Ella jamás lo aprobaría —dijo Isabel, tratando de sonreír y de aprovechar aquella cuestión secundaria, despreciándose a sí misma, y no poco, por hacerlo.

—¿Estamos hablando de la señorita Stackpole? —preguntó impaciente el caballero—. Yo jamás había conocido a una persona que juzgase las cosas desde unos supuestos tan teóricos.

—Imagino que ahora se está refiriendo a mí —dijo Isabel con humildad; y se dio la vuelta de nuevo, al ver que la señorita Molyneux entraba en la galería, acompañada de Henrietta y de Ralph.

La hermana de lord Warburton se dirigió a este con cierta timidez y le recordó que ella tenía que estar de vuelta en casa antes de la hora del té, ya que estaba esperando invitados. Lord Warburton no respondió, daba la impresión de no haberla oído; tenía otras cosas en la mente, y con razón. La señorita Molyneux, como si su hermano perteneciese a la realeza, adoptó la actitud de una dama de honor.

—¡No lo puedo creer, señorita Molyneux! —exclamó Henrietta Stackpole—. Si yo quisiese irme, él tendría que hacerlo. Si quisiese que mi hermano hiciese algo, no le quedaría otro remedio que hacerlo.

—¡Ah! Warburton hace todo lo que se le pide —respondió la señorita Molyneux con una risilla tímida—. ¡Cuántos cuadros tiene usted! —añadió, volviéndose hacia Ralph.

—Parecen muchos, porque están colocados todos juntos —dijo Ralph—. Pero en realidad no es la mejor forma.

—Pues a mí me parece muy bonito. Ojalá tuviésemos una galería en Lockleigh. A mí me encantan los cuadros —insistió la señorita Molyneux, dirigiéndose a Ralph, como si tuviese miedo de que la señorita Stackpole la abordase de nuevo. Daba la impresión de que Henrietta la fascinase y asustase a la vez.

—Sí, está muy bien tener cuadros —dijo Ralph, quien parecía saber mejor cuál era el tipo de reflexión más adecuado para ella.

—Resultan tan agradables cuando llueve —continuó la joven dama—. Y ha llovido tanto últimamente.

—Siento que se vaya, lord Warburton —dijo Henrietta—. Me gustaría haberle sonsacado muchas más cosas.

—Yo no me voy —respondió lord Warburton.

—Su hermana dice que debe hacerlo. En Estados Unidos los caballeros obedecen a las damas.

—Me temo que tenemos invitados a tomar el té —dijo la señorita Molyneux mirando a su hermano.

—Está bien, querida, nos vamos.

—Tenía la esperanza de que opusiese resistencia —dijo Henrietta—. Quería ver qué hacía la señorita Molyneux.

—Yo nunca hago nada —declaró la joven dama en cuestión.

—Imagino que en una posición como la suya tiene suficiente con existir —replicó la señorita Stackpole—. Me gustaría muchísimo verla a usted en su casa.

—Tiene que venir otra vez a Lockleigh —dijo la señorita Molyneux con mucha dulzura dirigiéndose a Isabel y haciendo caso omiso del comentario de la amiga de esta.

Isabel la miró a los tranquilos ojos un momento, y durante ese tiempo pareció distinguir en la profundidad de aquellas pupilas grises el reflejo de todo lo que había rechazado al rechazar a lord Warburton: la paz, la bondad, el honor, las posesiones, una profunda seguridad y una gran exclusión. Besó a la señorita Molyneux, y a continuación dijo:

—Me temo que ya no voy a volver nunca.

—¿Nunca?

—Me temo que me marchó.

—Ah, lo siento muchísimo —dijo la señorita Molyneux—. Creo que eso está muy mal de su parte.

Lord Warburton contempló aquella breve escena; después se dio la vuelta y clavó la mirada en uno de los cuadros. Ralph, que estaba apoyado en el riel de delante del cuadro con las manos en los bolsillos, había estado observándolo.

—A mí me gustaría ir a verlo a su casa —dijo Henrietta, a quien lord Warburton descubrió a su lado—. Me gustaría tener una hora de conversación con usted; hay muchas preguntas que desearía hacerle.

—Estaré encantado de recibirla —respondió el propietario de Lockleigh—; pero estoy seguro de que no podré contestar a muchas de sus preguntas. ¿Cuándo vendrá usted?

—Cuando la señorita Archer quiera llevarme. Estamos pensando en ir a Londres, pero iremos antes a verle. Estoy empeñada en que usted satisfaga mi curiosidad.

—Si depende de la señorita Archer, mucho me temo que no conseguirá gran cosa. Ella no quiere venir a Lockleigh; no le agrada el lugar.

—¡Si me dijo que era precioso! —repuso Henrietta.

Lord Warburton titubeó.

—Pese a todo, no quiere venir. Será mejor que venga usted sola —añadió.

Henrietta se irguió y abrió desmesuradamente sus grandes ojos.

—¿Le diría usted eso a una dama inglesa? —preguntó con cierta aspereza.

Lord Warburton no apartó la mirada.

—Sí, si me gustase lo suficiente.

—Ya se cuidaría de que no le gustase lo bastante. Si la señorita Archer no quiere ir de nuevo de visita a su casa es porque no quiere llevarme. Sé lo que piensa de mí, e imagino que usted piensa lo mismo: que no debería sacar a relucir a personas concretas. —Lord Warburton se sintió desconcertado; no estaba al tanto de la faceta profesional de la señorita Stackpole y no captó la alusión—. La señorita Archer lo ha puesto sobre aviso —continuó ella.

—¿Me ha puesto sobre aviso?

—¿No ha sido acaso la razón por la que ha venido aquí sola con usted,

para ponerlo en guardia?

—No, claro que no —dijo lord Warburton con desenvoltura—; nuestra conversación no versó sobre algo tan solemne.

—Está bien, pero usted sí ha estado en guardia, y mucho. Supongo que debe de ser algo natural en usted; eso es precisamente lo que yo quería comprobar. Y lo mismo ocurre con la señorita Molyneux: no se compromete a nada. De todas formas, ya está usted advertida —continuó Henrietta, dirigiéndose a la joven dama en cuestión—; pero en su caso no era necesario.

—Eso espero —dijo la señorita Molyneux con vaguedad.

—La señorita Stackpole toma notas —explicó Ralph en tono conciliador—. Es una gran satírica; ve a través de todos nosotros y después nos expone.

—Bueno, tengo que decir que en mi vida he tenido una colección de material tan malo —declaró Henrietta, paseando la mirada de Isabel a lord Warburton y de este noble a su hermana y a Ralph—. Parece que a todos les haya pasado algo; están igual de alicaídos que si hubiesen recibido un telegrama con malas noticias.

—Está claro que ve a través de nosotros, señorita Stackpole —dijo Ralph en voz baja, al tiempo que le hacía un pequeño gesto de complicidad mientras conducía al grupo fuera de la galería—. A todos nos pasa algo.

Isabel iba detrás de Ralph y Henrietta; la señorita Molyneux, quien era obvio que sentía una inmensa simpatía hacia ella, la había tomado del brazo para caminar a su lado por aquel piso tan encerado. Lord Warburton iba al otro lado con las manos a la espalda y la mirada baja. Durante unos momentos no dijo nada, para después preguntar:

—¿Es cierto que se va usted a Londres?

—Creo que ya está todo dispuesto.

—¿Y cuándo volverá?

—Dentro de unos días, pero probablemente sea solo por poco tiempo. Me marcho a París con mi tía.

—Entonces, ¿volveré a verla?

—No en una buena temporada —dijo Isabel—. Pero espero que volvamos a vernos algún día.

—¿De verdad lo espera?

—Mucho.

Lord Warburton dio unos cuantos pasos en silencio; a continuación se

detuvo y le ofreció la mano.

—Adiós.

—Adiós —dijo Isabel.

La señorita Molyneux la besó de nuevo, y ella esperó a que ambos se fuesen. Después, sin reunirse de nuevo con Henrietta y Ralph, se retiró a sus aposentos, donde, antes de la cena, la encontró la señora Touchett, que se había detenido de camino al salón.

—Debo decirte —dijo la dama— que tu tío me ha informado de tus relaciones con lord Warburton.

Isabel se quedó pensativa.

—¿Relaciones? Apenas se las puede llamar relaciones. Eso es la parte más extraña del asunto: no me ha visto más que en tres o cuatro ocasiones.

—¿Por qué se lo contaste a tu tío en vez de decírmelo a mí? —preguntó la señora Touchett con tono indiferente.

La joven titubeó de nuevo.

—Porque él conoce mejor a lord Warburton.

—Sí, pero yo te conozco mejor a ti.

—No estoy segura de eso —dijo Isabel sonriendo.

—Yo tampoco, después de todo; especialmente cuando me miras con ese aire de suficiencia. Cualquiera diría que estás tremendamente satisfecha de ti misma y que te has llevado un premio. Imagino que si has rechazado una oferta como la de lord Warburton es porque esperas que te hagan una mejor.

—¡Seguro que mi tío no ha dicho eso! —exclamó Isabel sin perder la sonrisa.

15

Se había acordado que las dos jóvenes fuesen a Londres bajo la supervisión de Ralph, aunque a la señora Touchett el plan le agradaba bien poco. Era exactamente la clase de plan, dijo, que se le ocurriría sugerir a la señorita Stackpole, y preguntó si la corresponsal del Interviewer iba a llevar al grupo a alojarse a su casa de huéspedes preferida.

—A mí me trae sin cuidado dónde nos lleve a alojarnos, con tal de que haya color local —dijo Isabel—. Para eso es para lo que vamos a Londres.

—Supongo que cuando una joven ha rechazado a un lord inglés, puede hacer cualquier cosa —replicó su tía—. Después de eso, para qué va a andarse con chiquitas.

—¿Le habría gustado que me casase con lord Warburton? —preguntó Isabel.

—Por supuesto que sí.

—Yo creía que usted detestaba a los ingleses.

—Y así es; razón de más para utilizarlos.

—¿Es esa su idea del matrimonio?

E Isabel se aventuró a añadir que no parecía que su tía hubiese utilizado mucho al señor Touchett.

—Tu tío no es un noble inglés —dijo la señora Touchett—, aunque de haberlo sido, lo más probable es que me hubiese instalado igual en Florencia.

—¿Cree que lord Warburton me habría hecho mejor de lo que soy? —preguntó la joven con cierta exaltación—. No quiero decir que me considere demasiado buena para no poder mejorar. Lo que quiero decir es... es que no amo a lord Warburton lo suficiente como para casarme con él.

—En ese caso, has hecho bien en rechazarlo —dijo la señora Touchett con su tono de voz más suave y sobrio—. Solo espero que cuando te hagan la próxima propuesta importante, consigas estar a la altura.

—Será mejor que esperemos a que llegue esa propuesta antes de hablar de ella. Lo que de verdad espero es que no me hagan más ofertas por el momento. Me trastornan por completo.

—Lo más probable es que no te importunen con ellas si adoptas de forma permanente el modo de vida bohemio. Pero bueno, le he prometido a Ralph que no criticaría.

—Yo haré lo que él diga que es correcto. Tengo una confianza sin límites en Ralph.

—¡Su madre te está enormemente agradecida! —dijo la dama en cuestión con una risa seca.

—¡Y a mí me parece que tiene motivos para estarlo! —respondió Isabel sin reprimirse.

Ralph le había asegurado que no contravenía las normas de la decencia que fuesen los tres, en pequeño grupo, a visitar los monumentos de la metrópoli; pero su madre era de distinta opinión. Al igual que muchas damas de su país que llevaban largo tiempo viviendo en Europa, la señora Touchett había

perdido su tacto original para tales cuestiones, y en su reacción, que no era en sí deplorable, en contra de la libertad que se permitía a los jóvenes al otro lado del océano, se había dejado arrastrar por escrúpulos gratuitos y exagerados. Ralph acompañó a sus visitantes a la ciudad y las instaló en un tranquilo hotel en una calle que hacía esquina con Piccadilly. En un principio había pensado en llevarlas a la casa que su padre tenía en Winchester Square, una mansión enorme y anodina que en esa época del año se halla envuelta en el silencio y en fundas de Holanda; pero cayó en la cuenta de que al estar el cocinero en Gardencourt, no había nadie en la casa para prepararles las comidas, y, en consecuencia, el hotel Pratt se convirtió en su lugar de descanso. Ralph, por su parte, se instaló en Winchester Square, ya que contaba allí con una «guarida» a la que tenía mucho aprecio y estaba acostumbrado a miedos mucho mayores que una cocina apagada. Lo cierto es que se proponía utilizar en lo posible los servicios del hotel Pratt y empezó el día con una visita temprana a sus compañeras de viaje, a quienes el señor Pratt en persona, con un enorme chaleco blanco a punto de estallar, se encargaba de servir los platos del desayuno. Ralph se presentó, como él dijo, después de desayunar, y el pequeño grupo decidió el plan de actividades para el día. Como Londres luce en el mes de septiembre un semblante sin mácula a no ser por las huellas del tráfago anterior, el joven, que en ocasiones utilizó un tono de disculpa, se vio obligado a recordarle a su acompañante que no había un alma en la ciudad, despertando el sarcasmo de la señorita Stackpole.

—Supongo que lo que quiere decir es que la aristocracia se encuentra ausente —respondió Henrietta—; pero no creo que haya prueba mejor de que si desapareciesen por completo no se los echaría de menos. A mí me parece que la ciudad está todo lo llena que puede estar. Aquí no hay nadie, aparte de unos tres o cuatro millones de personas. ¿Cómo los llama usted... la clase media baja? No son más que los habitantes de Londres, y no cuentan para nada.

Ralph declaró que para él la aristocracia no dejaba ningún vacío que la señorita Stackpole no llenase, y que en aquel momento era imposible hallar un hombre más satisfecho que él. Sus palabras no decían más que la verdad, ya que aquellos mustios días de septiembre, en aquella inmensa ciudad medio vacía, estaban envueltos en encanto, de la misma forma que una gema de colores podría estar envuelta en un paño polvoriento. Cuando regresó por la noche a la casa vacía de Winchester Square, tras varias horas seguidas en compañía de sus amigas, mucho más entusiasmadas en comparación, recorrió el enorme comedor en penumbra, iluminado solo por la vela que había cogido de la mesa del vestíbulo al entrar. La plaza estaba en silencio, la casa también; cuando alzó uno de los maineles del comedor para que entrase aire, oyó el lento rechinar de las botas de un policía solitario. Sus propios pasos resonaban con fuerza en la estancia vacía; habían retirado algunas alfombras, y allá

donde pisase se despertaba un eco melancólico. Tomó asiento en una de las butacas; la enorme y oscura mesa del comedor lanzaba destellos aquí y allá a la luz de la pequeña vela; los cuadros de la pared, todos ellos ensombrecidos, parecían vagos e incoherentes. Se diría que flotaba el espectro de cenas tiempo atrás digeridas, de charlas de sobremesa que habían perdido actualidad. Tal vez aquella presencia de lo sobrenatural tuviese algo que ver con el hecho de que había dado rienda suelta a su imaginación y de que permaneciese en su asiento hasta mucho después de la hora en que habría debido de estar en la cama, sin hacer nada, sin tan siquiera leer el periódico vespertino. Digo que no hacía nada, y mantengo dicha afirmación en vista del hecho de que en aquellos momentos pensaba en Isabel. Pensar en Isabel no podía ser otra cosa para él que una ocupación indolente, que no llevaba a nada y de la que nadie obtenía provecho. Su prima nunca le había parecido tan encantadora como en aquellos días empleados, como corresponde a un turista, en explorar las profundidades y la superficie del entorno metropolitano. Isabel estaba llena de teorías, de conclusiones, de emociones; si había venido en busca de color local, lo encontró por todas partes. Hacía más preguntas de las que él podía responder, y aventuraba arriesgadas teorías en relación con las causas históricas y las consecuencias sociales que él se sentía asimismo incapaz de aceptar o refutar. El grupo fue en más de una ocasión al Museo Británico y a aquel otro palacio del arte más luminoso que dedica al arte antiguo una parte tan importante de una monótona zona residencial; pasaron una mañana en la Abadía y fueron hasta la Torre en uno de los vapores de línea; contemplaron cuadros tanto de colecciones públicas como privadas, y en distintas ocasiones se sentaron bajo los frondosos árboles de Kensington Gardens. Henrietta demostró ser una turista incansable y una juez más benévola de lo que Ralph se habría aventurado a esperar. Es cierto que sufrió muchas decepciones, y que Londres en general salió perdiendo al compararla con sus vívidos recuerdos de los puntos fuertes de la mentalidad cívica de Estados Unidos; pero sacó el máximo de su inferior categoría y se limitó a exhalar un suspiro de vez en cuando y a exclamar un «¡Vaya!» desganado que no iba más allá y se esfumaba rápidamente. «No siento gran simpatía por los objetos inanimados», le comentó a Isabel en la National Gallery; y continuó sufriendo por la pobre percepción de la vida del país desde dentro que hasta el momento le había sido otorgada. Los paisajes de Turner y los toros asirios no eran sino un pobre sustituto de las cenas literarias en las que había esperado conocer a los genios y personas de renombre de Gran Bretaña.

—¿Dónde están sus hombres públicos? ¿Dónde están sus hombres y mujeres con intelecto? —le preguntó a Ralph, plantada en mitad de Trafalgar Square como si pensase que aquel era un lugar donde lo normal sería encontrarse a unos cuantos—. ¿Dice usted que ese que está en lo alto de la columna es uno de ellos... lord Nelson? ¿Era también lord? ¿Es que no era lo

suficiente grande que tuvieron que colocarlo a cien pies del suelo? Eso pertenece el pasado; a mí el pasado no me interesa; quiero ver algunas mentes preclaras del presente. No diré del futuro, porque no creo mucho en el futuro de ustedes.

El pobre Ralph no contaba con muchas mentes preclaras entre sus amistades y rara vez disfrutaba del placer de someter a preguntas a una celebridad; situación esta que para la señorita Stackpole indicaba una deplorable falta de iniciativa.

—Si estuviera en mi país —dijo—, lo que haría sería ponerme en contacto con el caballero, quienquiera que fuese, para decirle que había oído hablar mucho de él y que había venido a comprobarlo por mí misma. Pero, por lo que usted dice, deduzco que aquí no tienen esa costumbre. Da la impresión de que tengan ustedes un montón de costumbres sin sentido, pero ninguna que resulte de utilidad. Es indudable que nosotros somos más avanzados. Supongo que tendré que olvidarme por completo del aspecto social.

Y Henrietta, pese a que siempre llevaba consigo una guía y una pluma y escribió una crónica para el Interviewer sobre la Torre (en la que describía la ejecución de lady Jane Grey), tuvo la penosa sensación de estar fracasando en su misión.

El incidente que había precedido a la partida de Isabel de Gardencourt dejó una huella dolorosa en la mente de nuestra joven: cada vez que sentía de nuevo en el rostro, como un oleaje insistente, el frío hálito de la sorpresa de su último pretendiente, no podía hacer otra cosa que protegerse la cabeza hasta que el aire se despejaba. No podía haber hecho otra cosa; eso era innegable. Pero, de todas maneras, aquella necesidad había resultado tan falta de gracia como cualquier movimiento físico que se realiza en una posición forzada, y no tenía deseo alguno de apuntarse ningún tanto por su conducta. Mezclado con ese orgullo imperfecto, sin embargo, había una sensación de libertad que era agradable en sí misma y que, mientras recorría la gran ciudad con aquellos acompañantes tan dispares, exteriorizaba ocasionalmente en extrañas demostraciones. Cuando paseaba por Kensington Gardens se detenía a hablar con los chiquillos, sobre todo con los más pobres, que veía jugando en la hierba; les preguntaba sus nombres y les daba una moneda de seis peniques y, cuando eran guapos, los besaba. Ralph se daba cuenta de aquellas muestras trasnochadas de caridad; no se le escapaba nada de lo que ella hacía. Una tarde, para que sus compañeras tuviesen algo en que pasar el tiempo, las invitó a tomar el té en Winchester Square, e hizo arreglar la casa en la medida de lo posible para la visita. Había otro invitado para recibirlas, un soltero afable, viejo amigo de Ralph, que casualmente se encontraba en la ciudad y para quien establecer un rápido trato con la señorita Stackpole no pareció suponer ninguna dificultad ni causarle ningún miedo. El señor Bantling, hombre

fornido, elegante y sonriente de cuarenta años, admirablemente vestido, muy bien informado y al que todo divertía, se rio a mandíbula batiente con todo lo que dijo Henrietta, le sirvió varias tazas de té y examinó en su compañía la considerable colección de curiosidades de Ralph, y después, cuando el anfitrión propuso que saliesen a la plaza para simular que estaban en una fête-champêtre, dio varias vueltas con ella por el cerrado recinto y, en muchos momentos de su conversación, respondió con animación, como si sintiese un enorme interés por el asunto discutido, a las reflexiones de ella sobre la vida del país desde dentro.

—Ah, ya veo; me atrevería a decir que Gardencourt le resultó demasiado tranquilo. Es natural que allí no pasen muchas cosas con tanta enfermedad en el ambiente. Touchett está muy mal, sabe; los médicos le han prohibido tajantemente residir en Inglaterra, y solo ha vuelto para cuidar de su padre. El anciano, según creo, tiene por lo menos media docena de achaques. Hablan de gota, pero sé de buena fuente que tiene una enfermedad orgánica tan avanzada que puede estar segura de que va a morir de repente un día de estos. Y claro, ese tipo de cosas hacen que una casa resulte bastante aburrida; me sorprende que tengan invitados cuando pueden hacer tan poco por ellos. Además, creo que el señor Touchett está siempre discutiendo con su mujer; ella vive separada del marido, sabe, una de esas cosas curiosas tan propias de ustedes los estadounidenses. Si lo que usted quiere es una casa donde siempre están pasando cosas, le recomiendo que vaya a pasar unos días con mi hermana, lady Pensil, en Bedfordshire. Le escribiré mañana y estoy seguro de que estará encantada de invitarla. Sé exactamente lo que usted quiere: quiere una casa en la que se organicen representaciones de teatro, pícnicos y esas cosas. Mi hermana es de ese tipo de mujeres; se pasa la vida organizando una cosa u otra y siempre se alegra de contar con gente que le eche una mano. Estoy seguro de que la invitará a vuelta de correo: le gustan a rabiar los escritores y la gente distinguida. Ella también escribe, sabe usted; pero yo no he leído todo lo que ha escrito. Normalmente se trata de poesía, y a mí la poesía no me atrae mucho... a no ser la de Byron. Supongo que en Estados Unidos tendrán ustedes una gran opinión de Byron —prosiguió el señor Bantling, creciéndose ante el estímulo que suponía la atención de la señorita Stackpole, añadiendo detalles en rápida sucesión y cambiando de tema con facilidad. Y, con todo, con la habilidad necesaria para no perder de vista la idea, deslumbrante para Henrietta, de ir a visitar a lady Pensil en Bedfordshire—. Comprendo lo que usted quiere: quiere ver algo que sea genuinamente inglés. Los Touchett no tienen nada de ingleses, sabe usted; tienen sus propias costumbres, su propio idioma, su propia comida, creo que hasta una religión rara y propia. Según me cuentan, el anciano piensa que es malo cazar. Tiene que llegar usted a casa de mi hermana a tiempo para la representación teatral, y estoy seguro de que estará encantada de darle un papel. No tengo duda de que usted será buena

actuando; sé que es muy inteligente. Mi hermana tiene cuarenta años y siete hijos, pero va a hacer el papel principal. A pesar de no ser ninguna belleza, he de reconocer que sabe sacarse mucho partido con el maquillaje. Por supuesto, si usted no quiere, no tiene por qué actuar.

De esa manera se expresaba el señor Bantling mientras caminaban por la hierba de Winchester Square, que, pese a estar salpicada por el hollín de Londres, invitaba a demorarse en el paseo. A Henrietta aquel soltero elocuente, de voz agradable, con su capacidad de dejarse impresionar ante los méritos femeninos y su espléndido abanico de ideas, le pareció un hombre realmente grato y apreció la oportunidad que le ofrecía.

—Desde luego que iría si su hermana me invitase. Creo que sería mi deber. ¿Cómo dice que se apellida?

—Pensil. Es un apellido extraño, pero no es malo.

—Para mí un apellido es tan bueno como cualquier otro. ¿Y cuál es su rango?

—Ah, es la esposa de un barón; un rango cómodo. Bastante distinguido, pero sin ser exagerado.

—No sé si a mí no me resultará demasiado distinguida. ¿Cómo dice que se llama el lugar donde vive... Bedfordshire?

—Vive apartada en el norte de ese condado. Es una zona sin mucho encanto, pero me atrevo a decir que a usted no le importará. Yo intentaré acercarme cuando usted esté allí.

Todo esto fue muy del agrado de la señorita Stackpole, y sintió tener que separarse del atento hermano de lady Pensil, pero, el día anterior, de forma casual, se había encontrado en Piccadilly con unas amigas a las que hacía un año que no veía: las señoritas Climber, dos damas de Wilmington, Delaware, que habían estado recorriendo el continente y estaban ahora preparándose para embarcar de vuelta. Henrietta había mantenido una larga conversación con ellas en la acera de Piccadilly y, pese a que las tres damas no dejaron de hablar a un tiempo, no habían agotado el repertorio. Así que habían acordado que Henrietta iría a cenar con ellas en su alojamiento de Jermyn Street el día siguiente a las seis, y en ese momento se recordó a sí misma dicho compromiso. Se dispuso a salir en dirección a Jermyn Street, y se despidió en primer lugar de Ralph Touchett e Isabel, que estaban sentados en unas sillas de jardín en otra parte del recinto, ocupados, si es que se puede decir tal cosa, en intercambiar frases agradables, mucho menos interesantes que el coloquio tan práctico entre la señorita Stackpole y el señor Bantling. Tras acordar que Isabel y su amiga se reunirían a una hora respetable en el hotel Pratt, Ralph indicó que la señorita Stackpole necesitaba un coche. No podía ir a pie hasta

Jermyn Street.

—Imagino que lo que quiere usted decir es que no es apropiado que camine sola —soltó Henrietta—. ¡Santo cielo! ¿Cómo he llegado a esto?

—No hay ninguna necesidad de que vaya sola —intervino el señor Bantling alegremente—. Yo estaría encantado de acompañarla.

—Lo único que yo quería decir es que llegará usted tarde a cenar —explicó Ralph—. Y esas pobres damas pueden pensar que, en el último momento, nos negamos a dejarla marchar.

—Lo mejor será que tomes un coche, Henrietta —apuntó Isabel.

—Yo le conseguiré uno si confía en mí —añadió el señor Bantling—. Puede que tengamos que caminar un poco antes de encontrar uno.

—No veo por qué no iba a confiar en él, ¿tú qué crees? —preguntó Henrietta a Isabel.

—No sé qué podría hacerte el señor Bantling —respondió Isabel complaciente—; pero, si quieres, iremos contigo hasta encontrar un coche.

—No te preocupes; iremos solos. Vamos, señor Bantling, y asegúrese de conseguirme uno bueno.

El señor Bantling prometió hacer todo lo que estuviese en su mano y los dos se alejaron, dejando a la joven y a su primo solos en la plaza, sobre la que ahora empezaba a extenderse el suave crepúsculo de septiembre. Reinaba una calma absoluta; en el amplio cuadrado de casas en penumbra no se veía luz en ninguna ventana, con las celosías y los postigos echados; las aceras estaban completamente despejadas y, dejando a un lado a dos chicuelos de un arrabal cercano, que, atraídos por los signos de una animación inusitada en el interior de la plaza, asomaban los rostros entre los barrotes oxidados de la verja, el objeto más vívido que había a la vista era el gran buzón de correos rojo de la esquina sudeste.

—Henrietta le pedirá que suba al coche y la acompañe a Jermyn Street —observó Ralph, quien siempre que hablaba de la señorita Stackpole se refería a ella como Henrietta.

—Es muy posible —dijo su acompañante.

—O mejor, no, no lo hará —prosiguió Ralph—, será Bantling quien le pida permiso para subir.

—También es muy posible. Me alegra mucho que hayan congeniado tanto.

—Ella ha hecho una conquista. Bantling la considera una mujer brillante. Esto podría llegar lejos —dijo Ralph.

—Yo considero a Henrietta una mujer brillante, pero no creo que esto llegue muy lejos. Nunca alcanzarían a conocerse de veras. Bantling no tiene ni la más remota idea de cómo es ella en realidad, ni Henrietta, por su parte, una apropiada comprensión de cómo es Bantling.

—La base más frecuente de una unión suele ser el desconocimiento mutuo. Pero tampoco es que resulte muy difícil entender a Bob Bantling —añadió Ralph—. Es un ser muy simple.

—Sí, pero Henrietta lo es aún más. Y, dime, ¿qué hago yo ahora? —preguntó Isabel, mirando a su alrededor a la luz mortecina del atardecer, que hacía que el limitado paisaje ajardinado de la plaza pareciese amplio y rotundo—. No creo que vayas a proponerme que tú y yo nos subamos también a un coche y demos una vuelta por Londres para entretenernos.

—No hay razón para que no nos quedemos aquí si a ti no te desagrada. Hace una temperatura muy buena y todavía queda una media hora hasta que oscurezca; y, si me lo permites, voy a encender un cigarrillo.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo Isabel—, siempre que me tengas entretenida hasta las siete y media. A esa hora me propongo regresar y disfrutar de un ligero refrigerio a solas en el hotel Pratt: un par de huevos pasados por agua y un panecillo.

—¿Me permites que cene contigo? —preguntó Ralph.

—No, tú cenarás en tu club.

Se habían dirigido de nuevo a las sillas en el centro de la plaza, y Ralph había encendido su cigarrillo. Le habría proporcionado un placer inmenso estar presente en aquel sencillo festín que Isabel acababa de describir; pero, en su defecto, le gustaba incluso que se lo prohibiese. Por el momento, sin embargo, disfrutaba inmensamente de estar a solas con ella, en aquella penumbra cada vez más densa, en medio de la populosa ciudad; hacía que pareciese que Isabel dependía de él y que estaba en su poder. Un poder que él solo podía ejercer de la forma más difusa; la mejor manera de hacerlo era acatar las decisiones de ella con sumisión, en lo cual había sin duda cierta emoción.

—¿Por qué no me permites que cene contigo? —quiso saber tras una pausa.

—Porque no me apetece.

—Supongo que te has cansado de mí.

—Dentro de una hora lo habré hecho. Es que tengo el don de la profecía.

—Pues mientras tanto seré encantador —dijo Ralph.

Pero no añadió nada más, y como ella no le replicó, estuvieron un rato sentados en medio de una quietud que parecía contradecir su promesa de entretenimiento. Le pareció que Isabel tenía la mente ocupada, y se preguntó en qué estaría pensando; había dos o tres asuntos muy posibles. Por fin, habló de nuevo:

—¿Tus objeciones a que te acompañe esta noche obedecen a que esperas a otro visitante?

Isabel volvió la cabeza y lo miró con sus ojos claros y serenos.

—¿Otro visitante? ¿Qué otro visitante podría tener?

A Ralph no se le ocurrió ningún nombre, lo que hizo que su pregunta le pareciese tan estúpida como brutal.

—Tienes muchas amistades que yo no conozco. Cuentas con todo un pasado del que yo he sido perversamente excluido.

—Es que tú estabas reservado para mi futuro. No debes olvidar que mi pasado está allá, al otro lado del mar. Aquí en Londres no hay rastro de él.

—Muy bien. En ese caso, tienes el futuro sentado a tu lado. Es estupendo tener el futuro tan a mano. —Y Ralph encendió un nuevo cigarrillo y se hizo la reflexión de que Isabel probablemente decía aquello porque se había enterado de que el señor Caspar Goodwood se había marchado a París. Tras encender el cigarrillo, dio unas cuantas caladas y a continuación prosiguió—: Te acabo de prometer que iba a ser muy divertido; pero, como ves, no estoy a la altura de mi promesa, y lo cierto es que resulta de lo más temerario por mi parte comprometerse a entretener a una persona como tú. ¿Cómo van a interesarte mis pobres esfuerzos? Tú tienes ideas muy elevadas... grandes expectativas al respecto. Como mínimo, tendría que traer una banda de música o una compañía de saltimbanquis.

—Con un saltimbanqui basta, y tú lo haces muy bien. Vamos, continúa, y dentro de otros diez minutos empezaré a reírme.

—Te aseguro que estoy hablando muy en serio —dijo Ralph—. De verdad que tú pides mucho.

—No sé de qué me hablas. ¡Yo no pido nada!

—No aceptas nada —dijo Ralph. Isabel se ruborizó, y en ese momento, de improviso, creyó entender lo que Ralph quería decir. Pero ¿por qué tenía que hablarle de semejantes cosas? Su primo titubeó un instante y después continuó —: Hay algo que me gustaría mucho decirte. Es una pregunta que quiero plantearte. A mí me parece que tengo derecho a hacértela, porque tengo cierto interés en la respuesta.

—Pregunta lo que quieras —respondió Isabel con dulzura—, y trataré de complacerte.

—Muy bien, en tal caso, espero que no te molestes si te digo que Warburton me ha contado parte de lo sucedido entre vosotros.

Isabel reprimió un gesto de sorpresa y fijó la mirada en el abanico, que tenía abierto.

—Muy bien; supongo que era natural que te lo contase.

—Tengo su permiso para decirte que lo ha hecho. Él todavía alberga alguna esperanza —dijo Ralph.

—¿Todavía?

—Hace unos días lo hacía.

—No creo que ahora le quede ninguna —dijo la joven.

—Si es así, lo siento mucho; es un hombre muy honesto.

—Dime una cosa: ¿te ha pedido él que hables conmigo?

—No, no se trata de eso. Si me lo contó, fue porque no podía evitarlo. Somos viejos amigos, y él se sentía muy decepcionado. Me mandó una nota pidiéndome que fuese a verlo, y fui en coche a Lockleigh el día antes de que él y su hermana almorzaran con nosotros. Estaba muy abatido; acababa de recibir una carta tuya.

—¿Te mostró la carta? —preguntó Isabel con momentáneo aire de desdén.

—Por supuesto que no. Pero me dijo que era una negativa categórica. Lo sentí mucho por él —repitió Ralph.

Durante unos momentos, Isabel no dijo nada; después habló al fin:

—¿Sabes en cuántas ocasiones me ha visto? —preguntó—. Unas cinco o seis veces.

—Eso dice mucho a tu favor.

—Yo no lo digo por eso.

—¿Por qué lo dices entonces? No será para demostrar que el pobre Warburton es alguien superficial, porque estoy completamente seguro de que no crees semejante cosa.

Isabel era ciertamente incapaz de decir que era eso lo que pensaba; pero, enseguida, dijo otra cosa:

—Si lord Warburton no te ha pedido que hables conmigo, es que lo estás haciendo sin interés alguno... o porque tienes ganas de discutir.

—No tengo el más mínimo deseo de discutir contigo. Lo único que quiero es dejarte tranquila. Lo que pasa es que me interesan muchísimo tus sentimientos.

—¡No sabes cuánto te lo agradezco! —exclamó Isabel con una risa un tanto nerviosa.

—Está claro que lo que quieres decir es que me estoy metiendo dónde no me llaman. Pero ¿por qué no puedo hablar contigo del asunto sin que tú te molestes y sin que yo me sienta incómodo? ¿De qué sirve que sea tu primo si no puedo disfrutar de algunos privilegios? ¿Qué sentido tiene que te adore sin esperar recompensa si no tengo algunas compensaciones? ¿Qué ventaja tiene estar enfermo e inútil y verme reducido a ser un mero espectador en el teatro de la vida si no puedo disfrutar de la función después de haber pagado tanto por la entrada? Dime una cosa —prosiguió Ralph mientras Isabel lo escuchaba con creciente atención—: ¿en qué pensabas cuando rechazaste a lord Warburton?

—¿En qué pensaba?

—¿Con qué lógica, qué visión de tu situación te dictó una decisión tan extraordinaria?

—No deseaba casarme con él, si es que eso puede llamarse lógica.

—No, eso no tiene que ver con la lógica, y yo ya lo sabía. Eso no quiere decir nada, sabes. ¿Qué fue lo que te dijiste a ti misma? Está claro que te dijiste más que eso.

Isabel reflexionó un momento, y a continuación contestó con otra pregunta:

—¿Por qué dices que fue una decisión extraordinaria? Eso es lo mismo que piensa tu madre.

—Warburton es una bellísima persona; como hombre, en mi opinión, apenas tiene defectos. Y, además, es lo que aquí se llama un excelente partido. Cuenta con inmensas posesiones, y su esposa sería considerada un ser superior. Warburton reúne en su persona tanto ventajas intrínsecas como extrínsecas.

Isabel observó a su primo como si quisiese ver hasta dónde quería llegar.

—Entonces lo rechacé por ser demasiado perfecto. Yo de perfecta no tengo nada, y él es demasiado bueno para mí. Además, tanta perfección no haría sino exasperarme.

—Eso es más ingenioso que sincero —dijo Ralph—. Lo cierto es que tú piensas que no hay nada en el mundo demasiado perfecto para ti.

—¿Tan buena crees que soy?

—No, pero, de todas formas, eres exigente, sin la excusa de creerte buena. Sin embargo, diecinueve de cada veinte mujeres, hasta las más exigentes, se habrían conformado con Warburton. Tal vez no sepas cómo lo han perseguido.

—No quiero saberlo. Sin embargo, creo recordarlo —dijo Isabel—, un día que estábamos hablando de él, tú mencionaste la existencia de ciertas peculiaridades.

Ralph reflexionó mientras apuraba el cigarrillo.

—Espero que lo que entonces dije no te haya influido, porque no era a defectos a lo que yo me refería, sino simplemente a las particularidades de su posición. Si hubiese sabido que él quería casarse contigo, jamás habría aludido a ellas. Creo que lo que dije fue que, en lo que concierne a su posición, él era más bien escéptico. Habría estado en tus manos convertirlo en un creyente.

—No lo creo. Yo no entiendo de esos asuntos, y no soy consciente de tener ninguna misión de ese tipo. Es evidente que tú te sientes decepcionado —añadió Isabel, mirando a su primo con ternura y pesar—. Te habría gustado que hubiese contraído matrimonio con él.

—En absoluto. No albergo ningún deseo con respecto a ese asunto. No tengo la pretensión de darte ningún consejo, y me contento con observarte... con el más profundo interés.

Isabel exhaló un suspiro un tanto deliberado.

—¡Ojalá me encontrase yo igual de interesante de lo que me encuentras tú!

—De nuevo, en eso no eres sincera: te encuentras a ti misma extremadamente interesante. Sin embargo, ¿sabes una cosa? —dijo Ralph—, si es cierto que la respuesta que le has dado a Warburton es la definitiva, me alegro mucho de que haya sido esa. No estoy diciendo que me alegre por ti; ni mucho menos, claro está, que lo haga por él. Me alegro por mí.

—¿Es que estás pensando en proponerme matrimonio?

—En absoluto. Desde el punto de vista del que hablo, eso sería fatal: sería matar a la gallina de los huevos de oro, y para hacer una tortilla antes hay que romper los huevos. Utilizo al animal como símbolo de mis descabelladas ilusiones. Lo que quiero decir es que pienso disfrutar de la emoción de ver qué hace una joven que rechaza casarse con lord Warburton.

—Eso es con lo que cuenta también tu madre —dijo Isabel.

—¡Ah, es que va a haber un montón de espectadores! Vamos a estar muy pendientes del resto de tu trayectoria. Yo no podré verla hasta el final, pero lo más probable es que vea los años más interesantes. Por supuesto, si te casaras

con nuestro amigo, también tendrías una trayectoria, una muy decente; de hecho, una muy brillante. Pero, hablando en términos relativos, sería un poco prosaica. Estaría definida por adelantado; carecería de elementos inesperados. Como sabes, yo siento una debilidad extrema por lo inesperado, y ahora que tú has decidido continuar en la partida, confío en que nos proporciones algún espléndido ejemplo de ello.

—No alcanzo a comprenderte del todo —dijo Isabel—, pero sí lo suficiente para poder decir que si esperas que yo te dé ejemplos espléndidos de algo, voy a decepcionarte.

—Solo ocurrirá tal cosa si te decepcionas a ti misma, y contigo eso sería algo muy difícil.

Isabel no respondió directamente a tales palabras; había en ellas una parte de verdad que merecía una reflexión. Por fin, dijo con brusquedad:

—No veo qué hay de malo en no tener deseos de atarme. No quiero empezar la vida casándome. Hay otras cosas que una mujer puede hacer.

—No hay nada que pueda hacer tan bien. Pero, claro, tú tienes muchas facetas.

—Con tener dos es suficiente —dijo Isabel.

—¡Tú eres el más encantador de los poliedros! —exclamó su acompañante. Sin embargo, ante la mirada de ella se puso serio, y para demostrarlo añadió—: Tú quieres vivir la vida y, como dicen los jóvenes, que te cuelguen si no lo haces.

—No creo que yo quiera vivirla de la misma forma que quieren hacerlo los jóvenes. Pero sí que quiero ver lo que pasa a mi alrededor.

—Quieres apurar la copa de la experiencia.

—No, no tengo deseos de apurar la copa de la experiencia. ¡Es una bebida envenenada! Lo único que quiero es ver las cosas por mí misma.

—Quieres verlo, pero no sentirlo —apuntó Ralph.

—No creo que si se es una criatura sensible se pueda hacer tal distinción. Yo soy muy parecida a Henrietta. El otro día, cuando le pregunté si le apetecía casarse, su respuesta fue: «No hasta que haya visto Europa». Yo tampoco quiero casarme hasta haber visto Europa.

—Es evidente que esperas que alguna testa coronada caiga rendida ante ti.

—No, eso sería peor que casarse con lord Warburton. Pero está haciéndose de noche —continuó Isabel—, y tengo que volver.

Se levantó de su sitio, pero Ralph continuó sentado, sin dejar de mirarla.

Al ver que él no se movía, Isabel se detuvo y entre los dos se cruzó una mirada, llena en ambos casos, pero sobre todo en el de Ralph, de declaraciones demasiado vagas para expresarlas con palabras.

—Has respondido a mi pregunta —dijo el joven al fin—. Me has dicho lo que quería saber. Te estoy enormemente agradecido.

—Me parece a mí que te he dicho poca cosa.

—Me has dicho las cosas importantes: que el mundo te interesa y que quieres lanzarte a él.

Los ojos plateados de Isabel refulgieron un instante en la penumbra.

—Nunca he dicho semejante cosa.

—Creo que era eso lo que querías decir. No lo refutes. ¡Es muy hermoso!

—No sé qué es lo que tratas de atribuirme, ya que no soy en absoluto un espíritu aventurero. Las mujeres no son como los hombres.

Ralph se levantó despacio de su asiento y caminaron juntos hasta la cancela de entrada a la plaza.

—No —dijo—; las mujeres rara vez alardean de su valor. Los hombres sí que lo hacen con cierta frecuencia.

—Los hombres pueden alardear de él porque lo tienen.

—También las mujeres lo tienen. Tú tienes mucho.

—El suficiente para regresar en coche al hotel Pratt, pero no más.

Ralph abrió la cancela y, una vez que hubieron salido, la cerró de nuevo.

—Vamos a buscarte un coche —dijo; y cuando se encaminaban a una calle cercana en la que había más posibilidades de encontrar uno, le preguntó una vez más si no podía acompañarla para dejarla sana y salva en el hotel.

—De ninguna manera —respondió ella—; estás muy cansado. Debes volver a casa e irte a la cama.

Encontraron un coche. Ralph la ayudó a subir y se quedó un momento junto a la portezuela.

—Cuando la gente se olvida de que soy una pobre criatura, a menudo me incomoda —dijo—, pero es aún peor cuando me lo recuerdan.

Isabel no albergaba ningún motivo oculto para negarse a que Ralph la acompañase al hotel; simplemente le parecía que en los últimos días había consumido una cantidad desmesurada de su tiempo, y el espíritu independiente de la joven estadounidense, a la que un exceso de ayuda empujaba a adoptar una actitud que al final le resultaba «afectada», la había impulsado a decidir que durante unas cuantas horas debía bastarse a sí misma. Además, sentía gran inclinación por vivir momentos en soledad, algo que, desde su llegada a Inglaterra, apenas había podido satisfacer. Era un lujo del que siempre había podido disfrutar en su casa y que conscientemente se había estado negando. Esa noche, sin embargo, tuvo lugar un incidente que, si hubiera habido allí un crítico para tomar nota, habría dejado sin argumentos la teoría de que el deseo de estar completamente a solas era lo que la había impulsado a prescindir de la compañía de su primo. Hacia las nueve de la noche, sentada bajo la tenue iluminación del hotel Pratt y tratando de enfrascarse, con la ayuda de dos largas velas, en la lectura de un volumen que había traído consigo de Gardencourt, no lograba leer otras palabras que unas que no estaban impresas en la página: las palabras que Ralph le había dicho esa tarde. De repente, sonaron en la puerta los nudillos muy quedos de un camarero, lo que sirvió de preludio a la entrega, casi como si de un trofeo glorioso se tratase, de una tarjeta de visita. Cuando ante su mirada fija se dibujó en la cartulina el nombre del señor Caspar Goodwood, Isabel dejó al hombre allí plantado y esperando sin comunicarle sus deseos.

—¿Quiere que haga subir al caballero, señora? —preguntó el hombre con una inflexión que parecía querer alentarla.

Isabel seguía vacilante y, mientras dudaba, se miró en el espejo.

—Hágalo pasar —dijo al fin, y lo esperó tratando más de fortalecer el espíritu que de alisarse el cabello.

Al cabo de un momento, Caspar Goodwood estaba estrechándole la mano, pero sin decir nada hasta que el sirviente hubo abandonado la estancia.

—¿Por qué no ha contestado usted a mi carta? —preguntó entonces él, en tono rápido, rotundo y un tanto perentorio, el tono de un hombre cuyas preguntas estaban normalmente cargadas de intención y que era capaz de ser muy insistente.

Isabel respondió con otra pregunta pronta:

—¿Cómo sabía usted que me encontraba aquí?

—Me lo comunicó la señorita Stackpole —dijo Caspar Goodwood—. Me dijo que lo más probable era que se encontrase usted sola esta noche y que estaría dispuesta a verme.

—¿Dónde se ha visto con usted para... para decirle eso?

—No se ha visto conmigo; me escribió.

Isabel se quedó en silencio; ninguno de los dos se había sentado, y permanecían en pie con aire desafiante, o cuando menos de contención.

—Henrietta nunca me dijo que se estaba escribiendo con usted —dijo ella al fin—. No es muy correcto de su parte.

—¿Es que le resulta tan desagradable verme? —preguntó el joven.

—No me lo esperaba. Y no me gustan las sorpresas de este tipo.

—Pero usted sabía que me encontraba en la ciudad. Era natural que nos encontráramos.

—¿Considera usted esto un encuentro? Yo esperaba no verlo. En un lugar tan grande como Londres me parecía muy posible.

—Por lo que parece, hasta escribirme le resultaba repugnante —prosiguió su visitante.

Isabel no respondió; la sensación de la traición de Henrietta Stackpole, como la consideró en aquel momento, era muy intensa en su interior.

—Está claro que Henrietta no es precisamente un modelo de delicadeza —comentó con amargura—. Se ha tomado demasiadas libertades.

—Supongo que yo tampoco soy ningún modelo, ni de esas ni de otras virtudes. La culpa es tanto mía como suya.

Al mirarle, Isabel tuvo la impresión de que la mandíbula de él nunca había sido más cuadrada. Eso podría haberle resultado desagradable, pero su reacción fue muy distinta.

—No, la culpa no es tanto suya como de ella. Supongo que, tratándose de usted, lo que ha hecho era inevitable.

—¡Desde luego que lo era! —exclamó Caspar Goodwood con risa forzada—. Y ahora que ya estoy aquí, ¿puedo quedarme?

—Puede sentarse, por supuesto.

Isabel regresó a su asiento, mientras que su visitante se acomodó en el primer sitio que encontró, como haría cualquier hombre acostumbrado a prestar poca atención a ese tipo de detalles.

—Me he pasado los días esperando su respuesta a mi carta. Podría haberme escrito siquiera unas líneas.

—No fue la molestia de escribir lo que me impidió hacerlo; igual me

hubiese costado escribirle una página que cuatro. Pero mi silencio era intencionado —dijo Isabel—. Pensé que era lo mejor.

El joven mantuvo los ojos clavados en los de ella mientras hablaba; después bajó la mirada y la fijó en un punto de la alfombra, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo para no decir más de lo debido. Era un hombre fuerte que había dado un paso en falso, y tenía la agudeza suficiente para darse cuenta de que una exhibición gratuita de dicha fuerza no haría sino poner de relieve la falsedad de ese paso. Isabel era perfectamente capaz de sacar partido de una persona en la situación de su pretendiente, y aunque no estuviese muy deseosa de lanzárselo a la cara, podría darse el gusto de decirle: «Usted sabe bien que no debería haberme escrito», y de decírselo con aire de triunfo.

Caspar Goodwood alzó de nuevo los ojos hasta encontrarse con los de ella, y parecieron refulgir tras la visera de un casco. Tenía un profundo sentido de la justicia y estaba dispuesto en todo momento, en aquel o en cualquier otro, a defender la cuestión de sus derechos.

—Usted dijo que esperaba no volver jamás a tener noticias mías, lo sé. Pero yo nunca acepté como propia una imposición de esas características. Le advertí de que muy pronto las tendría.

—Yo no dije que no quería volver a saber nunca más de usted —dijo Isabel.

—Pues entonces querría decir en los próximos cinco años, o en diez o en veinte. Para el caso, es lo mismo.

—¿Eso cree? A mí me parece que hay una gran diferencia. Yo soy capaz de imaginar que dentro de diez años podríamos mantener una correspondencia muy agradable. Para entonces habré mejorado mi estilo epistolar.

Desvió la mirada mientras pronunciaba aquellas palabras, consciente de que tenían un matiz mucho menos serio que el semblante de su interlocutor. Sus ojos, sin embargo, volvieron de nuevo hacia él, justo en el momento en que, sin venir mucho a cuento, le preguntaba:

—¿Está disfrutando de la visita a su tío?

—Muchísimo, por supuesto. —Hizo una pausa, para después soltarle—: ¿Qué espera usted ganar insistiendo?

—Espero no perderla.

—No tiene ningún derecho a hablar de perder lo que no le pertenece. E incluso aunque usted tenga otro punto de vista —añadió Isabel—, debería saber cuándo hay que dejar a alguien en paz.

—Le desagrado a usted muchísimo —dijo Caspar Goodwood con tristeza,

no con ánimo de provocar en ella compasión hacia un hombre consciente de un hecho tan descorazonador, sino más bien para dejárselo bien claro a sí mismo y actuar en consecuencia teniendo aquello muy presente.

—Sí, no me agrada usted en absoluto. En este momento, no encaja de ninguna manera, y lo peor es que querer comprobarlo de esta forma es bastante innecesario.

No era ciertamente que la naturaleza de él fuese tan débil como para sacarle sangre con el pinchazo de un alfiler; y ya desde el primer momento de su relación con él, y tras haber tenido que defenderse frente a cierta actitud suya de saber lo que a ella le convenía mejor que ella misma, había aceptado el hecho de que la franqueza absoluta era su mejor arma. Intentar no herir su sensibilidad o escabullirse de él esquivándolo, tal como podía hacerse con otro hombre que se interceptase en su camino con menor porfía, algo así, en el caso de Caspar Goodwood, que se aferraba a cuanto se le ofrecía, fuese esto lo que fuese, no era sino desperdiciar la agilidad de uno. No era que él no pudiese ser susceptible, pero su pasividad exterior, al igual que su actividad, era de gran dureza, y se podía contar siempre con la seguridad de que, cuando hubiese necesidad de ello, se curaría las heridas él solo. E Isabel, pese a calibrar las posibles penas y dolores que él pudiera sufrir, recuperó la antigua sensación de que Goodwood tenía una coraza natural, de que estaba blindado y armado fundamentalmente para repeler cualquier agresión.

—Me resulta imposible hacerme a la idea —se limitó a decir él.

Y había en esas palabras una peligrosa generosidad, pues Isabel era consciente de que bien podía recordarle él que no siempre lo había encontrado desagradable.

—A mí también me resulta imposible, y no es esa la situación que debería existir entre nosotros. Si tan solo pudiese borrarle de su mente unos cuantos meses, volveríamos a llevarnos bien de nuevo.

—Comprendo. Si yo dejase de pensar en usted por completo durante un tiempo determinado, descubriría que podría seguir sin hacerlo indefinidamente.

—Indefinidamente es más de lo que le estoy pidiendo. Es más incluso de lo que a mí me gustaría.

—Sabe que lo que pide es imposible —dijo el joven, empleando el adjetivo como algo irrefutable, cosa que a ella le resultó irritante.

—¿Es que es usted incapaz de hacer un esfuerzo calculado? —preguntó—. Es fuerte para todo lo demás, ¿por qué razón no iba a serlo para esto?

—¿Un esfuerzo calculado con qué fin? —Y al instante, mientras ella

retardaba el ataque, añadió—: Con respecto a usted, soy incapaz de hacer nada, salvo estar endemoniadamente enamorado. Y cuanto más fuerte es uno, con más fuerza ama.

—En eso tiene mucha razón. —Y no cabe duda de que nuestra joven heroína percibía aquella fuerza, como arrojada en medio de la inmensidad de la verdad y la poesía, casi como un señuelo para su imaginación. Pero se repuso con rapidez—. Piense en mí o no, lo que le resulte más fácil. Solo quiero que me deje en paz.

—¿Hasta cuándo?

—Pues uno o dos años.

—¿Cuántos años exactamente? Entre uno y dos hay una tremenda diferencia.

—Digamos que dos, entonces —dijo Isabel con estudiado aire de vehemencia.

—¿Y qué voy a ganar yo con ello? —preguntó su amigo sin dar señales de amilanarse.

—Hará que le quede en extremo agradecida.

—¿Y cuál será mi recompensa?

—¿Necesita que se le recompense un acto de generosidad?

—Sí, cuando entraña un enorme sacrificio.

—No hay generosidad sin sacrificio. Los hombres no entienden esas cosas. Si usted hace ese sacrificio, contará con toda mi admiración.

—Me importa un bledo su admiración... me trae sin cuidado, si no obtengo nada a cambio. ¿Cuándo se casará usted conmigo? Esa es la única pregunta.

—Jamás, si continúa haciéndome sentir como ahora.

—¿Qué salgo ganando entonces por no tratar de hacerla sentir de otra manera?

—Saldrá ganando lo mismo que si sigue molestándome sin cesar. —Gaspar Goodwood bajó la mirada una vez más y contempló un momento la copa de su sombrero. Un rubor intenso se extendió por su rostro; Isabel vio que su dureza al fin había hecho mella en él. De inmediato, aquello adquirió para ella el valor de algo clásico, romántico, redentor... ¿qué sabía? «El dolor del hombre fuerte» era una de las categorías del atractivo humano, por poco que fuese el encanto que de él se desprendiera en ese caso concreto—. ¿Por qué me obliga a decirle estas cosas? —preguntó con voz temblorosa—. Yo

solo quiero mostrarme amable, ser de lo más bondadosa. No me resulta agradable que haya personas que se interesen por mí y que tenga que ser yo la que se vea obligada a intentar disuadirlas. Creo que también les corresponde a los demás mostrarse considerados; cada uno tiene que juzgar por sí mismo. Yo sé que usted es considerado, todo lo considerado que puede ser, y que cuenta con buenas razones para hacer lo que está haciendo. Pero lo cierto es que no siento deseos de casarme, ni tampoco de hablar del asunto en este momento. Lo más probable es que no lo haga nunca... no, jamás. Tengo perfecto derecho a opinar así, y no está bien presionar a una mujer con tanta insistencia, instarla a ir en contra de su voluntad. Si le causo dolor, solo puedo decir que lo siento mucho. No es culpa mía, no puedo casarme con usted simplemente por complacerle. No le diré que siempre seré su amiga, porque cuando las mujeres dicen eso, en situaciones así, se interpreta, creo, como una especie de burla. Pero trate de comprobarlo algún día.

Durante este parlamento, Caspar Goodwood había mantenido la mirada fija en la etiqueta con el nombre de su sombrerero, y no la alzó de nuevo hasta algún tiempo después de que ella hubiese cesado de hablar. Cuando lo hizo, descubrió en el rostro sonrosado de Isabel una expresión tan sincera y encantadora que no hizo sino aumentar su confusión al tratar de analizar sus palabras.

—Me vuelvo a casa... lo haré mañana... la dejaré en paz —acertó a decir al fin—. Solo que... —añadió con pesadumbre—, odio tener que dejar de verla.

—No tema. No haré nada malo.

—Estoy tan seguro como de que estoy aquí sentado de que se casará con otro —declaró Caspar Goodwood.

—¿Le parece esa una acusación justa?

—¿Por qué no? Habrá infinidad de hombres que lo intenten.

—Acabo de decirle que no siento deseos de casarme y que tengo casi total certeza de que jamás lo haré.

—Ya lo sé, y me ha gustado eso de «casi total certeza». No tengo fe alguna en lo que acaba de decir.

—Muchísimas gracias. ¿Me está acusando de mentir para librarme de usted? Dice unas cosas de gran delicadeza.

—¿Y por qué no iba a decirlas? Usted no me ha dado garantías de nada.

—¡Hasta ahí podíamos llegar!

—Quizá se crea incluso a salvo... a fuerza de desearlo. Pero no es así —

continuó el joven, como preparándose para lo peor.

—Muy bien, pues. Digamos que no estoy a salvo. Como usted quiera.

—De todas formas —dijo Caspar Goodwood—, no sé si podría impedirlo aunque no la perdiese de vista.

—¿De veras no lo sabe? Después de todo, yo le tengo mucho miedo. ¿Es que cree que soy tan fácil de contentar? —preguntó Isabel de repente, cambiando de tono.

—No, no lo creo. Y trataré de consolarme con eso. Pero no cabe duda de que en el mundo hay un buen número de hombres deslumbrantes; y con que solo hubiese uno sería suficiente. El más deslumbrante de todos irá derecho a por usted. Usted se asegurará de no aceptar a nadie que no lo sea.

—Si con deslumbrante quiere decir de inteligencia brillante —dijo Isabel—, y no imagino qué otra cosa querría decir, yo no necesito la ayuda de un hombre inteligente que me enseñe cómo vivir. Soy capaz de descubrirlo por mí misma.

—¿De descubrir cómo vivir en soledad? Espero que, cuando lo haya hecho, me enseñe a mí.

Isabel lo miró un instante, y a continuación dijo con una fugaz sonrisa:

—¡Ah, usted sí que debería casarse!

Habría que perdonar a Caspar Goodwood si por un instante aquella exclamación le sonó a algo infernal, y no tenemos constancia de que el motivo de Isabel para dispararle semejante dardo estuviese muy claro. De lo que sí estaba segura es de que él no debería mostrarse hambriento, desesperado.

—¡Que Dios la perdone! —murmuró el joven entre dientes, al tiempo que se daba la vuelta para marcharse.

El énfasis de Isabel la había puesto un poco en evidencia, y tras un momento ella sintió la necesidad de aclarar su posición. La forma más fácil de hacerlo era colocarlo en el lugar que había ocupado ella.

—Está siendo terriblemente injusto conmigo, habla usted de lo que no sabe —le espetó—. Yo no sería una presa fácil, ya lo he demostrado.

—Está claro que a mí, sí.

—También se lo he demostrado a otros. —Y se detuvo un instante—. La semana pasada rechacé una proposición de matrimonio, una de esas que, sin duda, se consideran deslumbrantes.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo el joven con gravedad.

—Era una proposición que muchas jóvenes habrían aceptado; tenía todo para hacerla recomendable. —Isabel no se había propuesto contar la historia, pero, ahora que había empezado, la satisfacción de hablar con franqueza y de hacerse justicia se apoderó de ella—. Me ofreció una inmejorable posición y una inmensa fortuna... una persona que me gusta extraordinariamente.

Caspar la contempló con profundo interés.

—¿Se trata de un inglés?

—De un noble inglés —dijo Isabel.

Su visitante recibió el anuncio en silencio en un principio, pero después dijo:

—Me alegro de que se haya quedado decepcionado.

—Pues, en ese caso, ya que tiene compañeros de infortunio, consuéllese.

—Yo no puedo considerarlo un compañero —dijo Caspar con tristeza.

—¿Por qué no, si yo rechacé de plano su ofrecimiento?

—Eso no lo convierte en compañero mío. Además, es un inglés.

—¿Es que los ingleses no son seres humanos? —preguntó Isabel.

—¿Quién, esa gente? Esos no forman parte de mi humanidad, y me trae sin cuidado lo que les suceda.

—Está usted muy enojado —dijo la joven—. Ya hemos hablado del asunto más que suficiente.

—Claro que estoy muy enojado. ¡De eso me declaro culpable!

Isabel se alejó de él, se dirigió a la ventana abierta y se quedó un momento contemplando el oscuro vacío de la calle, en la que una mortecina farola de gas representaba la única animación social. Durante algún tiempo, ninguno de los dos jóvenes habló. Caspar permaneció junto a la chimenea con la mirada triste fija en ella. Isabel prácticamente le había pedido que se fuese, lo sabía; pero aun a riesgo de resultar odioso, tenía que mantenerse firme. La joven era una necesidad que había alimentado demasiado para renunciar fácilmente a ella, y había cruzado el océano con el único propósito de arrancarle aunque fuera una mínima promesa. Al fin, la joven se apartó de la ventana y se plantó ante él.

—Me hace usted muy poca justicia, después de todo lo que acabo de contarle. Me arrepiento de habérselo dicho, ya que a usted le importa tan poco.

—¡Ah, estaba usted pensando en mí cuando lo hizo!

Y se interrumpió al instante, por miedo a que ella contradijese un

pensamiento tan feliz.

—Estaba pensando un poco en usted —dijo Isabel.

—¿Un poco? No lo entiendo. Si el saber lo que siento por usted influyó algo en su decisión, decir que pensaba «un poco» en mí no es algo para tener muy en cuenta.

Isabel negó con la cabeza como si quisiese desechar un error garrafal.

—He rechazado al más bondadoso y noble de los caballeros. Confórmese con eso.

—En tal caso, se lo agradezco —dijo Caspar Goodwood con gravedad—. Se lo agradezco inmensamente.

—Y ahora será mejor que se vaya.

—¿Me deja que vuelva a verla?

—Creo que será mejor que no. Querrá usted volver a hablar de esto y, como ve, no conduce a nada.

—Le prometo que no diré ni una sola palabra que pueda molestarla.

Isabel reflexionó un momento y después respondió:

—Dentro de un par de días regreso a casa de mi tío, y no puedo proponerle que vaya usted allí. No tendría demasiada lógica.

Caspar Goodwood, por su parte, se quedó pensando.

—Usted también tiene que hacerme justicia a mí. Recibí una invitación para ir a casa de su tío hace más de una semana, y la decliné.

Isabel dejó traslucir su sorpresa.

—¿De quién era la invitación?

—Del señor Ralph Touchett, quien imagino es primo suyo. La decliné porque no contaba con autorización de usted para aceptarla. Al parecer, la idea de que el señor Touchett me invitase fue cosa de la señorita Stackpole.

—Desde luego, no salió de mí. La verdad es que Henrietta ha ido demasiado lejos.

—No sea demasiado dura con ella... esto es por mí.

—No; si usted declinó la invitación, hizo lo correcto, y yo se lo agradezco.

E Isabel experimentó un estremecimiento de horror al pensar que lord Warburton y Caspar Goodwood podrían haber coincidido en Gardencourt: habría resultado de lo más embarazoso para lord Warburton.

—Cuando se vaya de casa de su tío, ¿adónde irá? —preguntó su acompañante.

—Me iré de viaje con mi tía, a Florencia y otros lugares.

La serenidad con que lo anunció hizo que al joven se le helara el corazón; le pareció verla arrastrada a una órbita de la que él quedaba excluido sin remedio. No obstante, continuó de inmediato con sus preguntas.

—¿Y cuándo regresará a Estados Unidos?

—Quizá no lo haga en mucho tiempo. Soy muy feliz aquí.

—¿Piensa renunciar a su país?

—¡No sea criatura!

—Bueno, lo que sí está claro es que la perderé de vista.

—No lo sé —respondió Isabel de forma un tanto grandilocuente—. El mundo, con todos esos lugares tan organizados y tan próximos unos de otros, da la impresión de ser bastante pequeño.

—¡Pues a mí me parece excesivamente grande! —exclamó Caspar con una sencillez que a nuestra joven dama le habría parecido conmovedora de no haber tomado la resolución de no hacer ningún tipo de concesiones.

Tal actitud era parte de un sistema, de una teoría que Isabel había abrazado en los últimos tiempos, y para no quedarse a medias, añadió tras un momento:

—No me considere dura si le digo que es precisamente eso, estar lejos de su vista, lo que yo quiero. Si estuviese usted cerca, tendría la sensación de que me estaba vigilando, y a mí eso no me agrada. Amo demasiado mi libertad. Si hay algo en el mundo que de verdad estimo —prosiguió empleando de nuevo un ligero tono altisonante— es mi independencia personal.

Sin embargo, el tono de superioridad con el que pronunció aquellas palabras no hizo sino despertar la admiración de Caspar Goodwood; nada en toda aquella grandilocuencia le causó rechazo. Jamás se la había imaginado carente de alas y sin necesidad de moverse con absoluta libertad; él, con sus largos brazos y sus grandes zancadas, no sentía temor alguno de aquella fuerza que había en ella. Si con aquellas palabras Isabel se había propuesto causarle alguna conmoción, había errado su objetivo y lo único que había conseguido era hacerle sonreír al ver que en algo estaban de acuerdo.

—¿Quién tendría menos deseos de coartar su libertad que yo? ¿Qué puede proporcionarme más placer que saberla completamente independiente y haciendo lo que le apetece? Es para hacerla independiente por lo que quiero casarme con usted.

—Ese es un hermoso sofisma —dijo la joven con una sonrisa aún más hermosa.

—Una mujer soltera, una joven de su edad, no es independiente. Hay toda una serie de cosas que no puede hacer. Tropieza con obstáculos a cada paso.

—Eso dependerá de cómo considere la cuestión —respondió Isabel con mucho brío—. Yo ya no estoy en mi primera juventud; puedo hacer lo que me parezca... pertenezco más bien a la categoría de personas independientes. No tengo padre ni madre; soy pobre y de carácter serio; no soy bonita. Por consiguiente, no estoy obligada a ser tímida ni convencional; de hecho, esos son lujos que no puedo permitirme. Además, trato de juzgar las cosas por mí misma; creo que es mejor equivocarse al juzgar que no hacer ningún juicio. No quiero ser una mera oveja en el rebaño; quiero elegir mi propio destino y conocer los asuntos humanos más allá de lo que otros consideran correcto contarme. —Se interrumpió un momento, pero no lo suficiente para darle tiempo a su interlocutor a responder. Este parecía a punto de hacerlo cuando ella añadió—: Deje que le diga una cosa, señor Goodwood: es usted muy amable al decir que tiene miedo de que me case. Si alguna vez le llega el rumor de que estoy a punto de hacerlo (las jóvenes estamos expuestas a que se digan esas cosas de nosotras), recuerde lo que le he dicho sobre mi amor a la libertad y opte por ponerlo en duda.

Había algo apasionadamente positivo en el tono que empleó al darle aquel consejo, y la sinceridad que brillaba en sus ojos sirvió para que Caspar creyese en sus palabras. Este se sintió en general tranquilizado, y eso es algo que se pudo apreciar en la forma, un tanto vehemente, en que dijo:

—Entonces, ¿lo que sencillamente quiere es viajar durante dos años? Yo estoy completamente dispuesto a esperar dos años y a que usted pueda hacer lo que le apetezca en ese tiempo. Si eso es lo único que quiere, le ruego que me lo diga. No quiero que sea convencional; ¿acaso le parezco yo convencional? ¿Quiere cultivar su espíritu? A mí su espíritu me parece suficientemente cultivado; pero si tiene interés en deambular durante un tiempo por el mundo y ver países diferentes, estaré encantado en ayudarle en todo cuanto esté en mi mano.

—Es usted muy generoso; no es algo nuevo para mí. La mejor manera que tiene de ayudarme es poner entre nosotros el mayor número de millas de agua posible.

—¡Cualquiera diría que va a cometer alguna atrocidad! —dijo Caspar Goodwood.

—Quizá la haga. Quiero ser libre para poder incluso hacer algo así si se me antoja.

—Muy bien, en ese caso —dijo él lentamente—, regresaré a casa.

Y le tendió la mano, intentando parecer satisfecho y confiado.

La confianza que Isabel tenía en él, sin embargo, era mucho mayor que la que Caspar podía depositar en la joven. No es que la creyera capaz de hacer una atrocidad; pero, le diese las vueltas que le diese, había algo ominoso en la forma en que ella se reservaba el derecho a tal opción. Cuando Isabel estrechó su mano, sintió un gran respeto hacia él: sabía cuánto la quería y le pareció muy magnánimo. Se quedaron un momento así, mirándose, unidos en un apretón de manos que no era meramente pasivo por parte de la joven.

—Está haciendo bien —dijo amablemente, casi con ternura—. No va a perder nada por ser razonable.

—Pero volveré dentro de dos años, esté usted donde esté.

Como ya hemos visto antes, nuestra joven dama no se mostraba precisamente coherente, y al oír aquello cambió de repente el tono.

—Ah, no lo olvide: no le he prometido nada, nada en absoluto. —A continuación, con más suavidad, como para hacerle más fácil la despedida, añadió—: Y no olvide tampoco que no seré una presa fácil.

—Va a acabar usted harta de su independencia.

—Puede que así sea; es incluso muy probable. Cuando ese día llegue, me alegraré infinito verlo.

Isabel había apoyado la mano en el picaporte de la puerta que llevaba a su habitación, y esperó un momento para ver si su visitante se marchaba. Pero él parecía incapaz de moverse; mostraba todavía una inmensa renuencia en su actitud y en sus ojos se leía un triste reproche.

—Ahora tengo que dejarlo —dijo la joven; y abrió la puerta y entró en la otra habitación.

La estancia estaba a oscuras, pero la oscuridad se veía atenuada por un resplandor difuso que entraba por la ventana desde el patio del hotel, e Isabel fue capaz de distinguir las siluetas de los muebles, el brillo apagado del espejo y el perfil de la imponente cama de dosel. Se quedó un instante inmóvil, a la escucha, y al fin oyó a Caspar Goodwood abandonar la sala y cerrar la puerta tras él. Permaneció quieta un poco más y, a continuación, llevada por un impulso irresistible, se dejó caer de rodillas ante la cama y escondió el rostro entre los brazos.

No estaba Isabel rezando, sino temblando, temblando de pies a cabeza. Sufría temblores fácilmente; de hecho, eran una constante en ella, y en ese momento se dio cuenta de que salía de ella un sonido como el tañido de un arpa. Pese a que su único deseo era meterse bajo la colcha, quedar de nuevo envuelta en el tejido marrón de holanda, deseaba oponer resistencia a la excitación que la embargaba, y aquella actitud devota, que mantuvo durante algún tiempo, pareció ayudarla a quietarse. Se alegraba infinito de que Caspar Goodwood se hubiera ido; había algo en aquella forma de librarse de él que era como la cancelación, contra recibo sellado, de una deuda que la había atormentado durante demasiado tiempo. Al sentir el reconfortante alivio, inclinó la cabeza un poco más; la sensación estaba allí, latiendo en su corazón; formaba parte de su emoción, pero también algo de lo que sentirse avergonzada, algo profano y fuera de lugar. Pasaron todavía unos diez minutos antes de que se incorporase de su genuflexión, e incluso cuando fue de nuevo al saloncito, el temblor no había cesado por completo. Se debía, en verdad, a dos causas: en parte, a la larga conversación con el señor Goodwood, pero era de temer que el resto obedeciese simplemente a la satisfacción que le causaba el ejercicio de su poder. Volvió a tomar asiento en la misma butaca y cogió su libro, aunque sin hacer nada por abrirlo. Se reclinó en el asiento, y exhaló aquel murmullo quedo, suave y sibilante que era a menudo la forma en la que expresaba su respuesta ante acontecimientos cuyo lado bueno no era fácil apreciar, y dejó que la embargase el gozo por haber rechazado a dos ardientes pretendientes en un par de semanas. Aquel amor a la libertad que con tanta audacia había descrito a Caspar Goodwood apenas era todavía puramente teórico; no había tenido oportunidad de ejercitarlo a gran escala. No obstante, le parecía que algo había hecho: había saboreado el placer, si no de la batalla, al menos de la victoria; había actuado en consecuencia con su plan. En medio del fulgor de tal conclusión, la imagen del señor Goodwood caminando triste a través de la lúgubre ciudad de vuelta a casa irrumpió de súbito con cierta fuerza acusadora. Así que, cuando en aquel mismo momento se abrió la puerta, Isabel se levantó con miedo de que él hubiese regresado. Pero solo era Henrietta Stackpole que volvía de su cena.

La señorita Stackpole se dio cuenta de inmediato de que a nuestra joven dama le había sucedido algo, aunque tampoco era preciso ser muy perspicaz para hacer tal descubrimiento. Se acercó sin dilación a su amiga, que la recibió sin siquiera saludarla. La euforia de Isabel por haber enviado a Caspar Goodwood de vuelta a Estados Unidos presuponía alegrarse en cierto modo de que el joven hubiese ido a visitarla; pero, al mismo tiempo, no olvidaba en absoluto que Henrietta no había tenido derecho alguno a tenderle aquella trampa.

—¿Ha estado él aquí, querida?

Isabel le volvió la espalda y tardó unos momentos en contestar.

—Lo que has hecho ha estado muy mal —declaró al fin.

—Lo hice con la mejor de las intenciones. Solo espero que tú hayas actuado igual.

—Tú no eres quién para juzgar. No puedo fiarme de ti —dijo Isabel.

No es que semejante declaración fuese precisamente halagadora, pero Henrietta era demasiado espléndida para tener en cuenta el reproche que encerraba; lo único que le importaba era lo que daba a entender con respecto a su amiga.

—Isabel Archer —observó con igual brusquedad y solemnidad—, como te cases con uno de estos individuos, no volveré a dirigirte la palabra.

—Antes de lanzar una amenaza tan terrible, será mejor que esperes a que me lo propongan —respondió Isabel, quien, como no le había dicho una sola palabra a Henrietta de la declaración de lord Warburton, no sentía en ese momento el más mínimo deseo de justificarse ante ella contándole que había rechazado al aristócrata.

—Ya, pero te lo propondrán sin tardanza, una vez que hayas desembarcado en el continente. A Annie Climber le hicieron tres proposiciones en Italia... a la pobre Annie, con lo poco atractiva que es.

—Bueno, pues si Annie Climber no se dejó atrapar, ¿por qué lo iba a hacer yo?

—No creo que a Annie le insistiesen mucho; pero a ti sí que lo harán.

—Tu certeza resulta muy halagadora —dijo Isabel sin alarmarse.

—¡No estoy halagándote, Isabel, te estoy diciendo la verdad! —exclamó su amiga—. Espero que no vayas a contarme que no le has dado ninguna esperanza al señor Goodwood.

—No veo por qué tendría que contarte nada; como acabo de decirte, no me fío de ti. Pero, puesto que te muestras tan interesada en el señor Goodwood, no te ocultaré que se dispone a regresar a Estados Unidos de inmediato.

—¿No me estarás diciendo que lo has mandado a paseo? —preguntó Henrietta casi a gritos.

—Le pedí que me dejase en paz; y te pido a ti lo mismo, Henrietta. —La consternación se reflejó por un instante en el rostro de la señorita Stackpole, quien a continuación se dirigió al espejo que había sobre la chimenea y se despojó del sombrero—. Espero que hayas disfrutado de tu cena —añadió

Isabel.

Pero su interlocutora no se dejó distraer por tales frivolidades.

—¿Sabes adónde te diriges, Isabel Archer?

—En este momento, me dirijo a la cama —dijo Isabel con persistente frivolidad.

—¿Eres consciente de hacia dónde te estás dejando arrastrar? —insistió Henrietta mientras sostenía el sombrero con delicadeza.

—No, no tengo la más mínima idea, y me resulta muy agradable no saberlo. Un carruaje avanzando veloz en la oscuridad de la noche, tirado por cuatro caballos y traqueteando por caminos que apenas se ven... esa es mi idea de la felicidad.

—Está claro que no ha sido el señor Goodwood quien te ha enseñado a decir semejantes cosas... más propias de la heroína de una novela inmoral —dijo la señorita Stackpole—. Te estás dejando arrastrar a cometer un inmenso error.

Isabel se sentía irritada por la intromisión de su amiga, pero, aun así, trató de pensar qué podía haber de verdad en aquella declaración. No logró descubrir nada que le impidiese decir:

—Debes de tenerme mucho aprecio, Henrietta, para estar dispuesta a mostrarte tan agresiva.

—Te quiero profundamente, Isabel —dijo emocionada la señorita Stackpole.

—Pues, si me quieres profundamente, déjame en paz del mismo modo. Eso es lo que le he pedido al señor Goodwood, y lo que te pido a ti también.

—Ten cuidado, no te dejemos demasiado en paz.

—Eso es lo que me dijo el señor Goodwood. Yo le contesté que tengo que asumir el riesgo.

—Te encanta el riesgo... ¡qué miedo me das! —exclamó Henrietta—. ¿Cuándo regresa el señor Goodwood a Estados Unidos?

—No lo sé, no me lo dijo.

—Tal vez no se lo preguntaste —dijo Henrietta con tono de justificada ironía.

—Le di tan pocas satisfacciones que no me sentí con derecho a hacerle preguntas.

Por un momento, a la señorita Stackpole se le antojó que una afirmación

semejante desafiaba todo comentario, pero al fin profirió:

—Desde luego, Isabel, si no te conociese, pensaría que no tienes razón.

—Ten cuidado —dijo Isabel—, me consientes demasiado.

—Mucho me temo que ya lo he hecho. Espero que, por lo menos —añadió la señorita Stackpole—, el señor Goodwood coincida con Annie Climber en el viaje de vuelta.

Isabel se enteró a la mañana siguiente de que Henrietta no tenía intención de regresar a Gardencourt (donde el anciano señor Touchett le había asegurado que sería de nuevo bienvenida), sino de esperar en Londres la llegada de la invitación que el señor Bantling le había prometido que recibiría de su hermana, lady Pensil. La señorita Stackpole le contó con todo detalle su conversación con aquel sociable amigo de Ralph Touchett y le aseguró a Isabel que estaba convencida de que ahora tenía algo que la conduciría a algo importante. En cuanto recibiera la misiva de lady Pensil, y el señor Bantling prácticamente le había garantizado la llegada de tal documento, partiría de inmediato hacia Bedfordshire, y si a Isabel le apetecía saber cuáles eran sus impresiones, con toda seguridad las encontraría en el Interviewer. Sin la menor duda, esta vez Henrietta iba a ver desde dentro la vida del país.

—¿Eres consciente de hacia dónde te estás dejando arrastrar, Henrietta Stackpole? —preguntó Isabel, imitando el tono utilizado por su amiga la noche anterior.

—Me estoy dejando arrastrar hacia una gran posición: la de reina del periodismo estadounidense. Si mi próxima crónica no aparece reproducida por todo el país, me trago el limpiaplumas.

Henrietta había quedado con su amiga, la señorita Annie Climber, la misma joven que había sido objeto de tantas proposiciones en el continente, para ir a hacer algunas compras con las que la señorita Climber se despediría de un hemisferio en el que, por lo menos, se había sentido apreciada; así pues, se dirigió a Jermyn Street para recoger a su acompañante. Poco después de su partida, le anunciaron la llegada de Ralph Touchett, y, nada más verlo, Isabel se dio cuenta de que algo le preocupaba. El joven no tardó en hacerle partícipe de sus confidencias. Había recibido un telegrama de su madre en el que le comunicaba que su padre había sufrido un fuerte ataque de su vieja enfermedad, que estaba muy alarmada y que le suplicaba que regresase de inmediato a Gardencourt. En esta ocasión, al menos, la afición de la señora Touchett a la telegrafía no podía ser objeto de ningún reproche.

—He pensado que sería mejor ir antes a ver al eminente doctor sir Mathew Hope —dijo Ralph—, que para mi inmensa suerte se encuentra en la ciudad. Me recibirá a las doce y media, y me aseguraré de que vaya a Gardencourt,

cosa que imagino que estará dispuesto a hacer, puesto que ya ha visto a mi padre en varias ocasiones, tanto allí como en Londres. Hay un expreso a las tres menos cuarto, que es el que voy a tomar; y tú puedes regresar conmigo o quedarte aquí unos cuantos días más, lo que prefieras.

—Me iré contigo, desde luego —repuso Isabel—. No creo que le sea de gran utilidad a mi tío, pero si se encuentra mal, quiero estar cerca de él.

—Creo que le tienes cariño —dijo Ralph con cierta expresión de tímido placer en el rostro—. Tú sabes valorarlo, cosa que no todo el mundo hace. Sus cualidades son demasiado sutiles.

—Más bien lo adoro —dijo Isabel tras una breve pausa.

—Eso está muy bien. Después de su hijo, es tu más rendido admirador.

Isabel recibió el comentario con agrado, aunque en su interior suspiró de alivio al pensar que el señor Touchett era uno de esos admiradores que no podía proponerle matrimonio. Sin embargo, no fue de eso de lo que habló: pasó a informar a Ralph de que había otras razones para no quedarse en Londres. Estaba cansada de la ciudad y deseaba abandonarla; y, además, Henrietta pensaba irse una temporada a Bedfordshire.

—¿A Bedfordshire?

—Sí, con lady Pensil, la hermana del señor Bantling, quien le ha prometido conseguirle una invitación.

Aunque Ralph era presa de la angustia, al oír aquellas palabras soltó una fuerte carcajada. Sin embargo, recobró al instante la seriedad.

—Bantling es un hombre con mucho valor. Pero ¿qué pasaría si la invitación se perdiese por el camino?

—Tenía entendido que el servicio de correos británico era impecable.

—Hasta el bueno de Homero echa una cabezada de vez en cuando —dijo Ralph—. Sin embargo —añadió con más entusiasmo—, el bueno de Bantling no lo hace jamás, y, pase lo que pase, él se hará cargo de Henrietta.

Ralph se marchó a su cita con sir Matthew Hope, e Isabel hizo los preparativos para abandonar el hotel Pratt. El peligro que corría su tío la afectaba profundamente, y mientras se encontraba ante el baúl abierto y miraba ausente a su alrededor buscando qué guardar en él, los ojos se le inundaron de repente de lágrimas. Tal vez fuese esa la razón de que, cuando a las dos regresó Ralph para llevarla a la estación, ella no estuviese aún lista. El joven, sin embargo, se encontró en el saloncito a la señorita Stackpole, que acababa de llegar de almorzar y que se apresuró a expresarle su pesar por la enfermedad de su padre.

—Es un gran hombre —dijo—, fiel hasta el final. Si es que es realmente el final... perdone que lo mencione, pero a menudo ha debido de pensar usted en tal posibilidad. Siento mucho no poder estar en Gardencourt.

—Se divertirá mucho más en Bedfordshire.

—Estaré demasiado triste para divertirme en un momento así —dijo Henrietta con mucha delicadeza. Aunque a renglón seguido añadió—: Me gustaría tanto dar cumplida fe de sus últimos momentos.

—Mi padre podría aún vivir mucho tiempo —se limitó a decir Ralph.

Y, a continuación, pasando a asuntos más alegres, se puso a interrogar a la señorita Stackpole sobre su futuro inmediato.

Ahora que Ralph tenía problemas, Henrietta empleó con él un tono mucho más generoso y le dijo que se sentía muy en deuda con él por haberle presentado al señor Bantling.

—Me ha contado las cosas que quiero saber —dijo—, todos los comadreos sociales y todo lo relativo a la familia real. No acabo de estar convencida de que todo lo que me cuenta de la familia real hable mucho en favor de esta, pero él me asegura que eso se debe únicamente a la peculiar forma que tengo de ver las cosas. En fin, yo lo único que quiero es que me relate los hechos y, una vez que los conozca, ya sabré yo interpretarlos con la prontitud necesaria.

Y añadió que el señor Bantling había tenido la bondad de prometerle que iría a buscarla esa tarde para acompañarla.

—¿Para acompañarla adónde? —se aventuró a preguntar Ralph.

—Al palacio de Buckingham. Me lo va a enseñar a fondo, para que pueda hacerme una idea de cómo es la vida en él.

—Ah —dijo Ralph—, la dejamos en buenas manos. Lo siguiente será enterarnos de que la han invitado al castillo de Windsor.

—Si me lo piden, por supuesto que iré. Una vez que empiezo, no tengo miedo de nada. Pero, pese a todo —añadió Henrietta tras un momento—, no estoy contenta, no me siento tranquila con respecto a Isabel.

—¿Cuál ha sido su última fechoría?

—Bueno, como ya le he hablado de esto antes, supongo que no habrá problema si lo hago de nuevo. Yo siempre acabo lo que empiezo. El señor Goodwood estuvo aquí anoche.

Ralph abrió asombrado los ojos; llegó incluso a ruborizarse un poco, un rubor que era muestra de una cierta e intensa emoción. Recordó que Isabel, al separarse de él en Winchester Square, le había negado que el motivo de

hacerlo fuese que esperaba recibir una visita en el hotel Pratt, y la sospecha de que lo hubiese engañado le produjo una nueva punzada de dolor. Por otro lado, se dijo de inmediato para sus adentros, ¿por qué motivo tendría que importarle que ella hubiese concertado una cita con un enamorado? ¿Acaso no se había considerado desde siempre una muestra de gracia y encanto que las jóvenes rodeasen de misterio tales encuentros? Ralph respondió con diplomacia a la señorita Stackpole.

—Yo habría pensado que, dadas las opiniones que usted me expresó el otro día, eso la habría llenado de satisfacción.

—¿Que él viniera a verla? Eso salió bien, tal como estaban las cosas. Fue una pequeña artimaña mía; le hice saber que estábamos en Londres y, cuando supe que esa noche saldría a cenar, le hice llegar unas palabras... las que se dirigen a alguien que sabe de qué va el asunto. Le dije que esperaba que la encontrase sola. No voy a negarle que tenía asimismo la esperanza de que usted no apareciese por aquí. Y él vino a verla, pero más le habría valido no haberlo hecho.

—¿Es que Isabel se mostró cruel?

Y el rostro de Ralph se iluminó con el alivio de saber que su prima no lo había engañado.

—No sé con exactitud qué pasó entre ellos. Pero ella no le dio satisfacción alguna: lo mandó de vuelta a Estados Unidos.

—¡Pobre señor Goodwood! —dijo Ralph con un suspiro.

—Por lo que parece, lo único que Isabel quiere es librarse de él —añadió Henrietta.

—¡Pobre señor Goodwood! —repitió Ralph.

La exclamación, no queda más remedio que reconocerlo, fue algo automático y no expresaba con exactitud los pensamientos del joven, que empezaban a ir por otro camino.

—Eso no lo ha dicho como si de verdad lo sintiese. No me creo que le importe.

—Bueno —dijo Ralph—, no debe usted olvidar que yo no conozco a ese joven tan interesante, que nunca lo he visto.

—Pues yo sí que voy a verlo, y voy a decirle que no abandone. Si no creyese que Isabel acabará por dejarse convencer —añadió la señorita Stackpole—, sería yo la que abandonaría. Es decir, prescindiría de ella.

Ralph imaginó que, dadas las circunstancias, la despedida entre Isabel y su amiga podría resultar un tanto embarazosa, y bajó a la entrada del hotel sin esperar a su prima, quien, tras una breve demora, apareció con huellas en los ojos, o así lo creyó él, de reproches no aceptados. Los dos hicieron el viaje hasta Gardencourt en un silencio apenas interrumpido, y el criado que los recibió en la estación no tenía mejores noticias que darles acerca del señor Touchett, razón por la que Ralph se congratuló de nuevo por la promesa obtenida de sir Matthew Hope de que tomaría el tren de las cinco y se quedaría a pasar la noche. Al llegar a casa, se enteró de que la señora Touchett no se había separado prácticamente del anciano y de que en ese momento se encontraba con él. Ese hecho hizo que Ralph se dijese para sus adentros que, después de todo, lo que a su madre le habían faltado eran ocasiones propicias. Las naturalezas más preclaras eran aquellas que brillaban con luz propia en los momentos cruciales. Isabel se dirigió a sus aposentos y notó en toda la casa ese marcado silencio que precede a una crisis. Una hora más tarde, sin embargo, bajó en busca de su tía, a la que quería preguntarle por el señor Touchett. Miró en la biblioteca, pero la señora Touchett no se encontraba allí, y dado que el tiempo, que había sido frío y húmedo, se había estropeado ahora por completo, no era probable que hubiera salido a dar su paseo habitual por los jardines. Isabel estaba a punto de hacer sonar la campanilla para enviar recado a los aposentos de la dama cuando tal propósito se esfumó ante un sonido inesperado: el de una música queda que parecía provenir del salón. Sabía que su tía jamás se acercaba al piano, por lo que lo más probable era que el músico fuese Ralph, que tocaba para distraerse. Que en aquel momento hubiese recurrido a un pasatiempo así parecía indicar que la preocupación por el estado de su padre había disminuido; de modo que la joven, con buen humor casi renovado, se encaminó hacia el lugar de donde procedía la música. El salón de Gardencourt era una estancia de grandes dimensiones, y, al hallarse el instrumento situado en el extremo más alejado de la puerta por la que entró, su llegada pasó inadvertida para la persona sentada al piano. Esa persona no era ni Ralph ni su madre: era una dama desconocida para ella, circunstancia que advirtió de inmediato, pese a que la pianista estaba de espaldas a la puerta. Isabel, presa de la sorpresa, contempló un momento aquella espalda ancha y elegantemente vestida. La dama, estaba claro, era una visita que había llegado durante su ausencia y a la que ninguno de los dos sirvientes con los que había hablado desde su regreso, uno de ellos la doncella de su tía, había hecho mención. Isabel, sin embargo, ya había aprendido de cuánta discreción podía ir acompañada la función de recibir órdenes, y era particularmente consciente de la sequedad con que la había tratado la doncella de su tía, entre cuyas manos se había deslizado tal vez con excesiva

desconfianza y con aires de poseer un plumaje demasiado lustroso. La llegada de un visitante no era en sí nada desconcertante; ella todavía no se había despojado de la juvenil creencia de que todo nuevo conocido puede resultar una influencia decisiva en la vida. Tras hacerse esas reflexiones, se dio cuenta de que la dama que estaba al piano tocaba extraordinariamente bien. Estaba tocando una pieza de Schubert, Isabel no sabía cuál pero reconoció al compositor, y la interpretación que hacía era muy personal, tocaba como una artista. Isabel se sentó sin hacer ruido en el asiento más próximo y esperó a que la pieza llegase a su fin. Una vez terminada, experimentó un irresistible deseo de darle las gracias a la intérprete, y se levantó del asiento para hacerlo, al mismo tiempo que la desconocida se giraba con rapidez, como si acabase de advertir su presencia.

—Esa pieza es muy bella, y su interpretación la embellece todavía más —dijo Isabel con todo el entusiasmo juvenil con el que normalmente entonaba una alabanza sincera.

—¿No cree entonces que pueda haber molestado al señor Touchett? —respondió la pianista con toda la dulzura que un elogio así merecía—. Esta casa es tan grande y sus aposentos están tan lejos que me pareció que podría arriesgarme, sobre todo si tocaba solo... solo du bout des doigts.

«Es francesa —se dijo Isabel para sus adentros—. Habla como si lo fuera». Y esa hipótesis hizo que la dama resultase aún más interesante a ojos de nuestra curiosa heroína.

—Espero que mi tío se encuentre bien —añadió Isabel—. Creo que escuchar una música tan hermosa como esa tendría que hacerle sentirse mejor.

La dama sonrió pero no se mostró de acuerdo.

—Mucho me temo que haya momentos en la vida en los que ni siquiera Schubert nos diga nada. Sin embargo, debemos reconocerlo, son esos nuestros peores momentos.

—En tal caso, yo no me encuentro en uno de ellos —dijo Isabel—. Muy al contrario, me llenaría de alegría que tocase usted un poco más.

—Si eso la complace, lo haré encantada.

Y la complaciente persona se sentó de nuevo al piano e hizo sonar unos cuantos acordes, mientras Isabel tomaba asiento más cerca del instrumento. De repente, la recién llegada se detuvo sin levantar las manos del teclado, y se volvió a medias hasta mirar por encima del hombro. Tenía unos cuarenta años y no era bonita, aunque su expresión resultaba encantadora.

—Disculpe, pero ¿no es usted la sobrina... la joven estadounidense?

—Sí, soy la sobrina de la señora Touchett —respondió Isabel con sencillez.

La dama del piano se quedó inmóvil un rato más, y le dirigió una mirada llena de interés por encima del hombro.

—Está muy bien; somos compatriotas.

Y a continuación empezó a tocar de nuevo.

«Así que no es francesa», murmuró para sí Isabel; y como su hipótesis anterior la había revestido de un aire romántico, podría haberse supuesto que esta nueva revelación le provocase desencanto. Pero no fue así, pues el hecho de que una dama tan interesante fuese estadounidense parecía más singular que si hubiese sido francesa.

La dama tocaba igual que lo había hecho antes, con suavidad y solemnidad, y mientras lo hacía, la oscuridad aumentó en la estancia. Las sombras crepusculares del otoño la invadieron, y desde donde se encontraba Isabel vio cómo la lluvia, que caía ahora con fuerza, anegaba el frío césped y cómo el viento sacudía los frondosos árboles. Por fin, cuando acabó de tocar, su acompañante se levantó y se le acercó sonriente, antes de que Isabel tuviese tiempo de darle de nuevo las gracias.

—No sabe cuánto me alegro de que haya vuelto —dijo—; he oído hablar tanto de usted.

Isabel pensó que era una persona muy agradable, pero aun así habló con cierta brusquedad al responder a esas palabras.

—¿Quién le ha hablado de mí?

La desconocida vaciló tan solo un instante, y después respondió:

—Su tío. Llevo tres días aquí, y el primer día me permitió que fuese a hacerle una visita a su habitación y me estuvo hablando todo el tiempo de usted.

—Teniendo en cuenta que no me conocía, debió usted de aburrirse bastante.

—Lo que me entraron fueron ganas de conocerla. Sobre todo porque desde entonces, al pasar su tía tanto tiempo con el señor Touchett, he estado muy sola y he acabado bastante aburrida de mi propia compañía. No he escogido un buen momento para venir de visita.

Había entrado un criado con las lámparas, seguido por otro que portaba la bandeja del té. Al parecer, habían informado a la señora Touchett de que se iba a servir dicho refrigerio, ya que apareció en ese momento y se dirigió sin más a la tetera. No hubo prácticamente diferencia alguna entre el saludo que dirigió a su sobrina y el gesto con que levantó la tapa del recipiente para echar una ojeada a su contenido: en ninguno de los dos casos habría sido apropiado

mostrar excesiva vehemencia. Al preguntarle por su marido, no pudo responder que se encontrase mejor; pero el médico local estaba ahora con él, y tenían muchas esperanzas en que la consulta de dicho caballero con sir Matthew Hope sirviese para despejar dudas.

—Imagino que ustedes dos ya se habrán presentado —prosiguió la señora Touchett—. Si no ha sido así, les recomiendo que lo hagan, ya que mientras Ralph y yo sigamos junto a la cabecera del señor Touchett, es probable que no disfruten de más compañía que la mutua.

—No sé nada de usted, aparte de que es una gran pianista —dijo Isabel a la visitante.

—Hay muchísimas más cosas que saber de ella —dijo la señora Touchett con aquel tono suyo un tanto seco.

—Estoy segura de que hay muy poco de mí que pueda interesarle a la señorita Archer —dijo la dama con una leve carcajada—. Soy una vieja amiga de su tía. He vivido mucho tiempo en Florencia. Soy madame Merle.

Hizo este último anuncio como si estuviese refiriéndose a una persona cuya identidad fuese bastante conocida. Sin embargo, a Isabel aquel nombre le decía más bien poco; pero lo que sí seguía pensando era que madame Merle era la persona de modales más encantadores que había conocido en su vida.

—Pese a su nombre, no es extranjera —dijo la señora Touchett—. Nació en... siempre se me olvida dónde nació usted.

—Pues entonces no merece la pena que se lo diga.

—Todo lo contrario —dijo la señora Touchett, a quien rara vez se le escapaba algo que no respondiera a la lógica—; si yo lo recordase, entonces sí que resultaría completamente superfluo.

Madame Merle miró a Isabel con una sonrisa cosmopolita, del tipo que traspasa fronteras.

—Nací a la sombra de nuestra enseña nacional.

—Le gusta demasiado el misterio —dijo la señora Touchett—, ese es su gran defecto.

—Ah —exclamó madame Merle—, yo tengo grandes defectos, pero no creo que ese sea uno de ellos; ciertamente no es el peor. Vine al mundo en el astillero naval de Brooklyn. Mi padre era un oficial de alta graduación de la Marina de Estados Unidos, y por aquel entonces disfrutaba de un cargo, de un cargo de mucha responsabilidad, en dichas instalaciones. Supongo que el mar tendría que encantarme, pero lo odio. Por eso no regreso a Estados Unidos. Adoro la tierra firme; lo que de verdad importa es amar algo.

Isabel, como testigo imparcial, no se sentía muy convencida por la descripción que la señora Touchett había hecho de su visitante, quien poseía un rostro expresivo, comunicativo y franco que no respondía en absoluto a la idea que ella tenía del de una persona con tendencia al secretismo. Era un rostro que traslucía un espíritu abierto y unas emociones prontas y espontáneas y que, pese a no ser poseedor de una belleza clásica, resultaba de lo más atractivo y encantador. Madame Merle era una mujer alta, rubia y bien proporcionada; toda su persona era curva y rotunda, si bien carente de esas acumulaciones que denotan pesadez. Sus rasgos eran marcados, pero guardaban perfecta proporción y armonía, y su tez era clara y saludable. Los ojos grises eran pequeños, pero llenos de luz e incapaces de expresar estupidez; incapaces, según algunos, hasta de derramar lágrimas. La boca era grande y bien dibujada y, al sonreír, la comisura izquierda se curvaba hacia arriba de una forma que a la mayoría de la gente le parecía extraña, a otros muy afectada, y a unos cuantos llena de gracia. Isabel se inclinaba a incluirse en esta última categoría. El cabello de madame Merle era rubio y espeso y lo llevaba recogido a la manera clásica, pensó Isabel, como si de un busto de Juno o Niobe se tratase; y las manos eran grandes y blancas, de una forma perfecta, tan perfecta que su propietaria prefería dejarlas sin adornos y no llevaba sortija alguna. Isabel, como hemos visto, la había tomado al principio por francesa; pero una observación más detenida podría haberla clasificado como alemana, alemana de clase noble, o tal vez austríaca, baronesa, condesa, incluso princesa. Nadie habría imaginado jamás que hubiese venido al mundo en Brooklyn, aunque sin duda tampoco nadie habría podido argumentar que aquel aire de distinción tan marcado que la rodeaba fuese incompatible con su lugar de nacimiento. Era verdad que la bandera nacional había ondeado de buen principio sobre su cuna y tal vez la brisa de libertad que agitaba las barras y estrellas hubiese conformado la actitud que desde entonces había adoptado frente a la vida. Y, sin embargo, era evidente que no tenía nada en común con un trozo de tela sacudido y agitado por el viento: sus maneras evidenciaban la calma y la confianza que se adquiere tras una larga experiencia. No obstante, la experiencia no había marchitado su juventud; simplemente le había hecho ganar tolerancia y comprensión. Era, en resumen, una mujer que mantenía perfectamente a raya sus fuertes impulsos, lo que a ojos de Isabel resultaba una combinación ideal.

La joven se hacía estas reflexiones mientras las tres estaban sentadas tomando el té, pero dicha ceremonia se vio pronto interrumpida por la llegada de Londres del eminente doctor, al que de inmediato hicieron entrar al salón. La señora Touchett lo condujo a la biblioteca para tener con él una conversación en privado; y, a continuación, madame Merle e Isabel se despidieron hasta la hora de cenar. La perspectiva de contar de nuevo con la compañía de aquella mujer tan interesante mitigó sobremanera la sensación de

tristeza que, a ojos de Isabel, se estaba adueñando de Gardencourt.

Cuando la joven entró en el salón antes de cenar, se encontró el lugar desierto, pero al cabo de un momento apareció Ralph. La ansiedad por su padre se había calmado un tanto; la opinión de sir Matthew Hope sobre el estado del anciano era menos pesimista que la que él había albergado. La recomendación del médico era que estuviese con él únicamente la enfermera durante las tres o cuatro próximas horas; así que Ralph, su madre y el propio galeno podrían ir a cenar al comedor. Llegaron, pues, la señora Touchett y sir Matthew; madame Merle fue la última en aparecer.

Antes de la llegada de la dama, Isabel habló de ella con Ralph, quien se encontraba delante de la chimenea.

—Por favor, dime, ¿quién es esta madame Merle?

—La mujer más inteligente que conozco, sin exceptuarte a ti —respondió Ralph.

—Me pareció muy agradable.

—Estaba seguro de que te parecería muy agradable.

—¿Fue esa la razón de que la invitases?

—No fui yo quien la invitó, y cuando regresamos de Londres no sabía que se encontraba aquí. No la invitó nadie. Es amiga de mi madre y, justo después de que tú y yo nos fuésemos a la ciudad, mi madre recibió una nota de ella. Acababa de llegar a Inglaterra (normalmente vive en el extranjero, aunque entre una cosa y otra pasa largas temporadas en el país), y solicitaba su permiso para pasar aquí unos cuantos días. Es una mujer que puede hacer propuestas así con total confianza, ya que es bien recibida allá donde vaya. Y, tratándose de mi madre, tendría todavía menos razones para dudarle: es la única persona del mundo que mi madre admira sin reservas. De no ser quién es (que, después de todo, es lo que mi madre prefiere con mucho), le gustaría ser madame Merle. Y menudo cambio sería ese.

—Pues es realmente encantadora —dijo Isabel—. Y toca de maravilla.

—Lo hace todo de maravilla. Es completa.

Isabel miró a su primo un instante.

—A ti no te gusta.

—Todo lo contrario, hace tiempo estuve enamorado de ella.

—Y ella no te hizo caso, y por eso no te gusta.

—¿Cómo podríamos haber hablado de esas cosas? En aquel entonces, aún vivía monsieur Merle.

—¿Y ahora está muerto?

—Eso dice ella.

—¿Y tú no la crees?

—Sí, porque tal afirmación concuerda con todas las probabilidades. Es probable que el marido de madame Merle muriera.

Isabel miró de nuevo a su primo.

—No sé qué me estás queriendo decir. Quieres decir algo... y no lo dices. ¿Quién era monsieur Merle?

—El marido de madame.

—Eres ciertamente odioso. ¿Tiene hijos?

—Ni uno solo... por fortuna.

—¿Por fortuna?

—Quiero decir por fortuna para el hijo. Está claro que ella lo habría malcriado.

Isabel parecía a punto de decirle a su primo lo odioso que era por tercera vez; pero la conversación se vio interrumpida por la llegada de la dama sobre la que estaban hablando. Entró apresuradamente, entre un frufú de telas, disculpándose por llegar tarde y abrochándose un brazalete, con un vestido de satén azul oscuro que dejaba ver un escote blanco apenas cubierto por un curioso collar de plata. Ralph le ofreció el brazo con la exagerada premura de un hombre que ha dejado de estar enamorado.

Incluso de haberse encontrado en dicho caso, Ralph tenía otras cosas en las que pensar. El eminente doctor pasó la noche en Gardencourt y, antes de regresar por la mañana a Londres, tras una nueva consulta con el médico de cabecera del señor Touchett, accedió al deseo de Ralph de volver al día siguiente para examinar de nuevo al paciente. Al cabo de un día sir Matthew Hope regresó a Gardencourt, pero esta vez su opinión sobre el estado del anciano, quien había empeorado en el transcurso de aquellas veinticuatro horas, resultó mucho menos alentadora. Su debilidad era extrema, y su hijo, que no se apartaba ni un momento de la cabecera de la cama, tenía a menudo el convencimiento de que el fin estaba próximo. El médico local, hombre muy sagaz y en el que Ralph tenía secretamente más confianza que en su distinguido colega, atendía constantemente al enfermo, y sir Matthew Hope volvió a visitarlo varias veces. El señor Touchett pasaba gran parte del tiempo inconsciente; dormía mucho y apenas hablaba. Isabel tenía un gran deseo de serle útil y se le permitía velarlo durante las horas en las que el resto de los cuidadores (entre los que la señora Touchett no era la menos asidua) se iban a

descansar. Su tío no daba nunca muestras de reconocerla, e Isabel se decía para sus adentros: «Y si se muere mientras estoy yo aquí sentada...», y la idea la mantenía despierta y en tensión. En cierta ocasión, el señor Touchett abrió los ojos un instante y los posó en ella con mirada inteligente, pero cuando la joven se le acercó, con la esperanza de que la hubiese reconocido, los cerró y cayó de nuevo en el letargo. Al día siguiente, sin embargo, revivió durante un tiempo más prolongado; pero en esta ocasión Ralph era el único que se encontraba a su lado. El anciano empezó a hablar, para gran satisfacción de su hijo, quien le aseguró que pronto lo verían sentado de nuevo.

—No, hijo mío —dijo el señor Touchett—, no a menos que me enterréis sentado, como hacían algunos pueblos en la antigüedad... ¿Era en la antigüedad?

—Venga, papá, no digas esas cosas —murmuró Ralph—. No puedes negar que estás mejorando.

—Si no lo dices, no tendré necesidad de negarlo —respondió el anciano—. ¿Por qué íbamos a andarnos con engaños justo al final? Hasta ahora, jamás nos hemos engañado. En algún momento tengo que morirme, y es mejor morir cuando uno está enfermo que cuando se encuentra bien. Estoy muy enfermo, más enfermo de lo que lo estaré jamás. Espero que no te empeñes en demostrar que puedo estar aún peor. Eso sería espantoso. No vas a hacerlo, ¿verdad? Pues mejor así.

Tras haber dejado tan clara su opinión, se quedó en silencio; pero en la siguiente ocasión en que Ralph se encontraba con él, volvió a animarse a conversar. La enfermera se había ido a cenar y Ralph estaba solo a su cargo, tras haber sustituido hacía un momento a la señora Touchett, quien había estado de guardia desde que habían terminado de cenar. La estancia estaba iluminada únicamente por las llamas parpadeantes de la chimenea, que últimamente era necesario tener encendida, y la larga sombra de Ralph, proyectada sobre la pared y el techo, variaba constantemente de forma sin dejar de resultar grotesca.

—¿Quién está conmigo... es mi hijo? —preguntó el anciano.

—Sí, es tu hijo, papá.

—¿Y no hay nadie más?

—Nadie más.

El señor Touchett estuvo un rato en silencio, y a continuación añadió:

—Quiero que hablemos un poco.

—¿No te resultará cansado? —objetó Ralph.

—No importa si es así. Voy a tener mucho tiempo para descansar. Quiero que hablemos de ti.

Ralph se acercó a la cama, tomó asiento, cubrió con la suya la mano de su padre y se inclinó hacia él.

—Más valdría que escogieses un tema más interesante.

—Tú has sido siempre interesante; yo siempre me he sentido orgulloso de tu inteligencia. Me gustaría tanto pensar que vas a hacer algo...

—Si nos dejas —dijo Ralph—, lo único que haré será echarte de menos.

—Eso es precisamente lo que no quiero, y es justo de lo que quiero hablar. Tienes que buscarte algo nuevo que te interese.

—Yo no necesito ningún interés nuevo, papá. Tengo más que suficiente con los de siempre.

El anciano se quedó mirando a su hijo; su rostro era el de un moribundo, pero sus ojos eran los del Daniel Touchett de siempre. Parecía estar calibrando los intereses de Ralph.

—Naturalmente, tienes a tu madre —dijo al fin—. Y te encargarás de cuidar de ella.

—Mi madre siempre cuida de sí misma —respondió Ralph.

—Ya —dijo su padre—, pero tal vez necesite algo de ayuda a medida que se haga mayor.

—Eso no lo verán mis ojos. Será ella la que me entierre a mí.

—Es muy probable que así sea; ¡pero esa no es razón para...!

El señor Touchett dejó la frase sin acabar, exhaló un suspiro de impotencia que no fue del todo quejumbroso y volvió a sumirse en el silencio.

—No te preocupes por nosotros —dijo su hijo—. Ya sabes que mi madre y yo nos llevamos muy bien.

—Os lleváis bien gracias a estar siempre separados. No es natural.

—Si tú nos dejas, lo más probable es que nos veamos con mayor frecuencia.

—Bueno —observó el anciano con una vaga irrelevancia—. No se puede decir que mi muerte vaya a suponer mucho cambio en la vida de tu madre.

—Probablemente suponga más cambio del que imaginas.

—Ya que tendrá más dinero —dijo el señor Touchett—. Le dejo una gran parte de la herencia, como corresponde a toda buena esposa, igual que si lo

hubiera sido.

—Según sus teorías, sí que ha sido una buena esposa, papá. Jamás te ha causado ningún problema.

—Ay, algunos problemas son muy agradables —murmuró el señor Touchett—. Los que tú me has causado, por ejemplo. Pero tu madre ha estado menos... menos... ¿cómo lo diría?, menos ausente desde que estoy enfermo. Imagino que sabe que lo he notado.

—Yo me aseguraré de que lo sepa. No sabes cuánto me alegra que lo menciones.

—Para ella no supondrá nada; no lo hace por complacerme a mí. Lo hace por complacer... por complacer... —Y se quedó un rato tratando de decidir el motivo—. Lo hace porque le apetece. Pero no es de eso de lo que quiero hablar —añadió—. Es de ti. Vas a quedarte en una situación muy acomodada.

—Sí —dijo Ralph—, ya lo sé. Pero espero que no hayas olvidado la conversación que tuvimos hace un año, cuando te dije exactamente cuánto dinero iba a necesitar y te rogué que hicieses mejor uso del resto.

—Sí, sí, lo recuerdo. A los pocos días, hice un nuevo testamento. Imagino que es la primera vez que sucede algo así: que un joven intenta que se haga un testamento que vaya en su contra.

—No va en mi contra —dijo Ralph—. Lo que sí iría en mi contra sería contar con enormes propiedades de las que ocuparme. Es imposible que un hombre en mi estado de salud gaste mucho dinero, y con el necesario basta y sobra.

—Bien, pues tendrás el necesario... y un poco más. Habrá de sobra para más de uno... habrá suficiente para dos.

—Eso es demasiado —dijo Ralph.

—Ah, no digas eso. Lo mejor que puedes hacer, cuando yo no esté, será casarte.

Ralph había adivinado adónde quería ir a parar su padre, y además aquella recomendación no era ninguna novedad. Hacía ya tiempo que al señor Touchett le resultaba la forma más ingeniosa de contemplar con optimismo la cuestión de la longevidad de su hijo. Normalmente, Ralph se lo tomaba a broma, pero las presentes circunstancias prohibían el empleo del humor. Se limitó a reclinarsse en la silla y devolvió la mirada suplicante de su padre.

—Si yo, con una mujer que no me ha tenido excesivo afecto, he tenido una vida muy feliz —dijo el anciano, llevando aún más lejos la idea—, qué vida podrías tener tú si te casaras con alguien distinto a la señora Touchett. Y hay

más mujeres distintas a ella que parecidas. —Ralph seguía sin decir nada y, tras una pausa, su padre continuó con voz suave—: ¿Qué piensas de tu prima?

Al oírlo, Ralph se sobresaltó y respondió con sonrisa forzada a la pregunta.

—Si no he entendido mal, ¿me estás proponiendo que me case con Isabel?

—Bueno, de eso es de lo que se trata. ¿Es que no te gusta Isabel?

—Claro que sí, muchísimo. —Y Ralph se levantó de la silla y se acercó a la chimenea. Se detuvo un instante ante ella, y a continuación se inclinó y avivó el fuego de forma mecánica—. Isabel me gusta muchísimo —repitió.

—Pues —dijo su padre—, yo sé que a ella le gustas. Me ha dicho cuánto le gustas.

—¿Y te comentó que quería casarse conmigo?

—No, pero es imposible que tenga nada en tu contra. Y es la joven más encantadora que he conocido jamás. Y sería buena para ti. He meditado mucho sobre este asunto.

—Yo también —dijo Ralph, acercándose de nuevo a la cabecera de la cama—. No me importa que lo sepas.

—Entonces, ¿estás enamorado de Isabel? A mí me parece que así es. Es como si ella hubiese venido aquí con ese fin.

—No, no estoy enamorado de ella; pero lo estaría si... si algunas cosas fuesen distintas.

—Ay, las cosas siempre son distintas de lo que podrían ser —dijo el anciano—. Si esperas a que cambien, nunca harás nada. No sé si estás enterado —añadió—, pero supongo que no hago ningún daño si lo saco a colación en un momento como este: el otro día hubo alguien que propuso matrimonio a Isabel, y ella lo rechazó.

—Sé que rechazó a Warburton: me lo contó él.

—Pues bien, eso demuestra que existen posibilidades para alguien más.

—Hubo alguien más que lo intentó el otro día en Londres, pero no consiguió nada.

—¿Fuiste tú? —preguntó ansioso el señor Touchett.

—No, fue un antiguo amigo suyo; un pobre caballero que vino desde Estados Unidos con ese único propósito.

—Bueno, fuese quien fuese, lo siento por él. Pero eso únicamente demuestra lo que te estoy diciendo: que tienes el camino despejado.

—Si eso es cierto, querido padre, resulta si cabe aún más triste que yo esté incapacitado para recorrer ese camino. No creo en muchas cosas, pero tengo tres o cuatro convicciones muy arraigadas. Una es que, en general, los primos no deberían casarse entre sí. Y otra es que las personas con una enfermedad pulmonar en fase avanzada no deberían casarse y punto.

El anciano alzó una mano débil y la movió de un lado a otro frente a su rostro.

—¿Qué quieres decir con eso? Tienes una forma de ver las cosas que hace que todo parezca mal. ¿Qué clase de prima es una a la que no habías visto nunca en sus más de veinte años de vida? Todos somos primos entre nosotros, y si hiciésemos caso de eso, la raza humana se extinguiría. Y lo mismo sucede con tu enfermedad pulmonar. Estás mucho mejor de lo que solías. Lo único que necesitas es llevar una vida natural. Y es muchísimo más natural casarse con una joven de la que se está enamorado que quedarse soltero por unos principios falsos.

—Yo no estoy enamorado de Isabel —dijo Ralph.

—Acabas de decirme que sí que lo estarías si no pensases que eso estaba mal. Yo lo que quiero es demostrarte que no tiene nada de malo.

—Lo único que vas a conseguir es agotarte, querido papá —dijo Ralph maravillado de la tenacidad de su padre y de que sacase fuerzas para insistir—. Y en ese caso, ¿qué será de todos nosotros?

—¿Qué será de ti si yo no me ocupo de arreglar las cosas? No quieres saber nada del banco, y tampoco me tendrás a mí para encargarme de él. Dices que tienes muchos intereses, pero yo no los veo por ningún lado.

Ralph se recostó en el asiento con los brazos cruzados y meditó durante un tiempo con la mirada fija. Por fin, dijo con aire de alguien que ha reunido el valor suficiente:

—Tengo mucho interés en mi prima, pero no de la clase que tú desearías. No voy a vivir muchos años, pero espero vivir el tiempo suficiente para ver qué hace con su vida. Isabel es completamente independiente de mí, y es muy poca la influencia que yo puedo ejercer en su vida. Pero me gustaría hacer algo por ella.

—¿Qué es lo que te gustaría hacer?

—Me gustaría ayudarla a desplegar las alas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me gustaría darle la oportunidad de hacer algunas de las cosas que ella quiere. Quiere ver mundo, por ejemplo. Pues me gustaría meter dinero en

su bolso.

—Ah, me alegra que hayas pensado en eso —dijo el anciano—, pero yo también lo he hecho. Le dejo un legado de cinco mil libras.

—Eso es fantástico, es muy generoso de tu parte. Pero me gustaría hacer todavía más.

El rastro de aquella astucia velada con la que Daniel Touchett había respondido toda la vida al oír una propuesta financiera se reflejaba todavía en su rostro, en el que el enfermo no había conseguido borrar por completo al hombre de negocios.

—Estaré encantado de estudiar la propuesta —dijo con dulzura.

—Pues bien, Isabel es pobre. Mi madre dice que cuenta apenas con unos pocos cientos de dólares al año. A mí me gustaría hacerla rica.

—¿Qué entiendes tú por rica?

—Para mí la gente es rica cuando cuenta con la posibilidad de satisfacer las exigencias de su imaginación, e Isabel cuenta con una gran imaginación.

—Y tú también, hijo mío —dijo el señor Touchett, quien lo escuchaba con mucha atención, si bien un tanto confundido.

—Dices que yo tendré dinero suficiente para dos. Lo que yo quiero es que tengas la bondad de librarme del superfluo y se lo dejes a Isabel. Que dividas mi herencia en dos partes iguales y le des la otra a ella.

—¿Para que haga con ella lo que le apetezca?

—Exactamente lo que le apetezca.

—¿Y sin ninguna contrapartida?

—¿Qué contrapartida podría haber?

—La que ya he mencionado.

—¿Que ella se case... con este o con aquel? Si te hago esta propuesta es precisamente para librarla de ese tipo de cosas. Si cuenta con ingresos suficientes, nunca se verá obligada a casarse para que la mantengan. Eso es lo que yo quiero astutamente evitar. Ella desea ser libre, y tu herencia le dará la libertad.

—Bien, por lo que parece lo has pensado a fondo —dijo el señor Touchett—. Pero no veo por qué recurres a mí. El dinero será tuyo, y te puedes encargar tú de dárselo sin problemas.

Ralph lo miró boquiabierto.

—Por Dios, querido padre, yo no puedo ofrecerle dinero a Isabel.

El anciano exhaló un gemido.

—¡No me digas que no estás enamorado de ella! ¿Quieres que todo el mérito recaiga sobre mí?

—Por completo. Quiero que sea simplemente una cláusula en tu testamento, sin la más mínima referencia a mí.

—Entonces, ¿quieres que haga un nuevo testamento?

—Bastará con unas palabras. Ya lo arreglarás la próxima vez que te encuentres con fuerzas.

—En ese caso, tienes que telegrafiar al señor Hilary. No haré nada sin consultar con mi abogado.

—Mañana verás al señor Hilary.

—Se va a pensar que tú y yo nos hemos peleado —dijo el anciano.

—Con toda probabilidad. Y yo encantado de que lo piense —dijo Ralph sonriendo—, y para insistir en la idea, te prevengo de que voy a mostrarme terriblemente antipático, desagradable y distante contigo.

El humor con que pronunció esas palabras pareció conmover al señor Touchett, quien se quedó un momento reflexionando.

—Haré todo lo que tú quieras —dijo el señor Touchett finalmente—; pero no estoy seguro de que sea lo correcto. Dices que quieres insuflar viento a las velas de Isabel, pero ¿no tienes miedo de hacerlo en exceso?

—Me gustaría verla impulsada por la brisa —respondió Ralph.

—Hablas como si para ti esto no fuese más que un divertimento.

—Lo es, y muy grande.

—Pues creo que no lo entiendo —dijo el señor Touchett con un suspiro—. Los jóvenes de hoy sois muy distintos de como era yo. Si a mí me interesaba una muchacha cuando era joven, no me contentaba solo con mirarla. Tú tienes unos escrúpulos que yo no habría albergado, y unas ideas que yo tampoco habría tenido. Dices que Isabel quiere ser libre, y que el hecho de ser rica le evitará casarse por dinero. ¿Es que la crees capaz de hacer algo así?

—En absoluto. Pero tiene menos dinero del que disponía antes. Antes su padre se lo daba todo, porque se dedicaba a gastarse el capital. Ahora no le quedan para vivir más que las migajas de aquel festín, y no sabe bien lo escasas que son, todavía no ha tenido tiempo de enterarse. Mi madre me lo ha contado todo. Isabel no lo sabrá hasta que esté de verdad inmersa en el mundo,

y para mí resultaría muy doloroso pensar en el momento en que tomaría conciencia de la gran cantidad de deseos que no podría satisfacer.

—Yo le dejo cinco mil libras. Con eso bien puede hacer realidad muchos deseos.

—Está claro que sí. Pero lo más probable es que se lo gastase en dos o tres años.

—¿Piensas, entonces, que sería una derrochadora?

—No me cabe duda —dijo Ralph, sonriendo con gesto sereno.

La agudeza del pobre señor Touchett iba dando paso rápidamente a la más pura confusión.

—Entonces, ¿sería solo cuestión de tiempo que se gastase una suma más importante?

—No, aunque en un principio creo que se dedicaría a gastar a manos llenas, y que lo más probable es que dé una parte a cada una de sus hermanas. Pero después recobraría el juicio, recordaría que tiene toda una vida por delante y viviría con lo que le quedase.

—Parece que lo has pensado a conciencia —dijo el anciano con impotencia—. Está claro que te interesas por ella.

—Si quieres ser coherente, no puedes decir que voy demasiado lejos. Tú querías que fuese mucho más lejos todavía.

—Bueno, no sé —respondió el señor Touchett—. Creo que no alcanzo a entenderte. A mí me parece inmoral.

—¿Inmoral, querido papá?

—Es que no sé si está bien facilitarle tanto las cosas a una persona.

—Seguramente, eso dependerá de la persona en cuestión. Si la persona es buena, hacerle las cosas fáciles redundará en beneficio de su virtud. ¿Es que hay acto más noble que el de facilitar que se pongan en práctica los buenos impulsos?

Al señor Touchett le resultó un tanto difícil seguir aquel razonamiento, y se dedicó un rato a considerarlo. Al fin, dijo:

—Isabel es una jovencita encantadora, pero ¿la crees tan buena como todo eso?

—Es todo lo buena que le permitan sus mejores oportunidades —replicó Ralph.

—Pues bien —declaró el señor Touchett—, con sesenta mil libras, esas

oportunidades no deberían faltarle.

—No dudo de que así será.

—Está claro que voy a hacer lo que tú quieras —dijo el anciano—. Tan solo deseaba entenderlo un poco.

—¿Y no lo entiendes ahora, querido papá? —preguntó el hijo con mucha ternura—. Porque, si no es así, no perderemos más tiempo con este asunto. Lo dejaremos estar.

El señor Touchett permaneció inmóvil durante largo rato. Ralph imaginó que había renunciado a seguir dándole vueltas al asunto. Pero, al fin, empezó de nuevo a hablar con gran lucidez.

—Dime una cosa antes. ¿No se te ha ocurrido pensar que una joven con sesenta mil libras puede caer víctima de los cazadores de fortunas?

—Sería difícil que fuese víctima de más de uno.

—Bueno, con uno habría más que suficiente.

—Está claro. Ese riesgo existe, y entra en mis cálculos. Creo que es un riesgo importante, pero poco probable, y estoy dispuesto a asumirlo.

La agudeza del señor Touchett se había tornado en perplejidad, y dicha perplejidad se convirtió ahora en admiración.

—¡Vaya si te lo has pensado! —repitió—. Pero lo que no entiendo es qué vas a sacar tú de bueno con todo esto.

Ralph se inclinó hacia su padre y le ahuecó con suavidad los almohadones; era consciente de que la conversación se había prolongado en exceso.

—Lo que yo voy a sacar de bueno es lo que dije hace un momento que quería poner al alcance de Isabel: hacer realidad las exigencias de mi imaginación. Pero resulta escandalosa la manera en que me he aprovechado de ti.

Como había anticipado la señora Touchett, Isabel y madame Merle se vieron obligadas a verse tanto durante la enfermedad de su anfitrión que casi habría sido una infracción de las normas de la cortesía no haberse hecho íntimas. Los modales de ambas eran exquisitos, pero es que, además, daba la casualidad de que se agradaban la una a la otra. Quizá resulte exagerado decir que se juraron amistad eterna, pero al menos tácitamente pusieron al futuro

por testigo. Isabel lo hizo con perfecta conciencia, pese a que habría tenido sus dudas a la hora de reconocerse íntima de su nueva amiga en el alto sentido que atribuía en su interior a dicho término. Es más, a menudo se preguntaba si alguna vez había sido, o si alguna vez podría ser, íntima de nadie. Tenía un ideal de la amistad, al igual que lo tenía de otros sentimientos, que en este caso (en otros no había sido así) le parecía que no alcanzaba a plasmarse del todo. Aun así a menudo se recordaba a sí misma que existían razones fundamentales que impedían que un ideal se convirtiese jamás en algo concreto. Era algo en lo que había que creer, no algo visible; no era cuestión de experiencia, sino de fe. La experiencia, no obstante, podría proporcionarnos imitaciones muy plausibles de un ideal, y era cometido de la sabiduría sacarles el máximo partido. Con todo, lo cierto era que Isabel jamás se había encontrado con un personaje más agradable ni más interesante que madame Merle; nunca había conocido a una persona que careciera menos que ella de ese defecto que representa el principal obstáculo para la amistad: esa apariencia de no estar sino reproduciendo los aspectos más tediosos, manidos y conocidos hasta la saciedad del carácter de uno mismo. Las puertas de la confianza de la joven estaban abiertas de par en par, más de lo que nunca lo habían estado; a aquella amable interlocutora le decía cosas que jamás había llegado a decir a ninguna otra persona. A veces aquella sinceridad llegaba a asustarla: era como si hubiese depositado en manos de una persona hasta cierto punto desconocida la llave de su joyero. Aquellas gemas espirituales eran las únicas de cierta importancia que Isabel poseía, razón de más para custodiarlas celosamente. Al final, no obstante, siempre se recordaba que jamás hay que lamentarse de un error fruto de la generosidad, y que si madame Merle carecía de aquellas virtudes que ella le atribuía, tanto peor para madame Merle. Era indudable que grandes virtudes sí que tenía: era encantadora, comprensiva, inteligente, culta. Y lo que era aún más importante (ya que Isabel no había tenido la mala fortuna de ir por la vida sin tropezarse con varias personas de su mismo sexo de las que con toda justicia se podía afirmar lo mismo), se trataba de alguien único, superior, preeminente. En el mundo hay muchas personas agradables, pero madame Merle distaba mucho de ser bondadosa a la manera vulgar o pertinazmente ocurrente. Era capaz de pensar, virtud rara en las mujeres, y que había ejercitado con muy buen resultado. Además, claro está, era capaz de sentir; Isabel no podía haber pasado una semana en su compañía sin haber tenido certeza de ello. Ese era sin duda el gran talento de madame Merle, su don más perfecto. La vida había dejado su huella en ella; la había sentido con intensidad, y parte de la satisfacción de ser aceptada en su compañía residía en que cuando la joven hablaba de lo que gustaba en llamar asuntos serios, la dama en cuestión la comprendía al instante sin ningún problema. La emoción, todo hay que decirlo, se había convertido para ella en algo que pertenecía a la historia; no ocultaba el hecho de que el manantial de la pasión, al haberse visto

explotado en demasía en otra época, ya no fluía con la misma intensidad de antaño. Y es más, como era de esperar, se proponía dejar de sentir; reconocía sin tapujos que en otros tiempos había perdido un poco la cabeza, y que ahora pretendía actuar con toda cordura.

—Juzgo más de lo que solía —le dijo a Isabel—, pero me parece que me he ganado el derecho a hacerlo. Hasta los cuarenta, se es incapaz de juzgar; antes de esa edad somos demasiado vehementes, demasiado duros, demasiado crueles, y, por si fuera poco, demasiado ignorantes. Lo lamento por usted, ya que aún le falta mucho para alcanzar los cuarenta. Pero toda ganancia supone algún tipo de pérdida. A menudo pienso que después de los cuarenta uno es incapaz de sentir de verdad. Es evidente que la frescura, la inmediatez, han desaparecido. Usted las conservará durante más tiempo que la mayoría; será una gran satisfacción para mí verla dentro de unos años. Quiero ver en qué la convierte la vida. Una cosa es segura: es imposible que la eche a perder. Acaso la someta a pruebas horribles, pero estoy más que segura de que no la destruirá.

Isabel recibió aquella muestra de confianza de la misma forma en que un joven soldado, todavía jadeante tras haber salido con honor de una pequeña escaramuza, recibiría una palmadita de su coronel en el hombro. Al igual que tal reconocimiento al mérito, el suyo parecía provenir de alguien con autoridad. ¿Qué otra reacción podría provocar incluso la más insignificante palabra si procedía de una persona que, ante casi cualquier cosa que Isabel le contase, decía: «Ay, querida, yo ya he pasado por eso; y acaba pasando, como todo en la vida»? A muchos de sus interlocutores, madame Merle podría haberles resultado irritante: se hacía muy difícil y desconcertante alcanzar a sorprenderla. Pero Isabel, aunque no fuese ni mucho menos incapaz de sentir deseos de impresionarla, no experimentaba en el momento presente tal impulso. Era demasiado sincera; sentía demasiado interés por su juiciosa amiga. Y, por si fuera poco, madame Merle jamás decía aquellas cosas en son de triunfo ni de jactancia; las dejaba caer como frías confesiones.

Un período de mal tiempo empezaba a afectar Gardencourt; los días se hicieron más cortos y pusieron fin a aquellos alegres tés en el jardín. Pero nuestra joven mantenía largas conversaciones con su amiga en el interior de la casa, y, pese a la lluvia, ambas damas a menudo se aventuraban a dar un paseo, equipadas con esos artilugios defensivos que el clima inglés y el genio inglés se han confabulado para llevar a un alto grado de perfección. A madame Merle le gustaba casi todo, hasta la lluvia inglesa. «Siempre cae una poca y nunca demasiada de golpe —afirmaba—; jamás te empapa y siempre huele bien». Declaraba que en Inglaterra eran inmensos los placeres para el olfato, que en aquella isla inigualable había una mezcla de olor a bruma, a cerveza y a hollín que, por extraño que parezca, constituía el aroma nacional y resultaba

de lo más agradable al olfato; y acostumbraba a acercarse la manga de su gabán inglés y a hundir la nariz en él para inhalar el perfume suave y delicado de la lana. El pobre Ralph Touchett, tan pronto como el otoño comenzó a hacerse notar, se convirtió prácticamente en un recluso; cuando el tiempo era malo, no podía salir de la casa, y a veces se plantaba delante de una de las ventanas, con las manos en los bolsillos y, en una actitud mezcla de reproche y crítica, observaba a Isabel y madame Merle mientras recorrían la alameda cobijadas bajo sendos paraguas. Las sendas que atravesaban Gardencourt eran tan firmes, incluso en el peor de los días, que ambas damas regresaban siempre con un saludable color en las mejillas, examinaban las suelas de sus botas, limpias y recias, y aseguraban que el paseo les había sentado maravillosamente bien. Antes del almuerzo madame Merle estaba siempre ocupada; Isabel admiraba y envidiaba a su amiga aquella rígida distribución de la mañana. Nuestra heroína siempre había sido considerada una persona de recursos, y se había enorgullecido un tanto de serlo; sin embargo, se dedicaba a deambular, como si se encontrase al otro lado de la tapia que rodea un jardín privado, alrededor de los talentos, logros y aptitudes de madame Merle. Se sentía deseosa de emularlos, y en un sinnúmero de aspectos aquella dama constituía todo un modelo. «¡Cuánto me gustaría ser así!», exclamó Isabel para sus adentros en más de una ocasión, a medida que iban saliendo a la luz las cualidades más sobresalientes de su amiga, y no tardó mucho en darse cuenta de que había aprendido una lección de tan alta autoridad. En verdad, no necesitó mucho tiempo para sentirse, como se suele decir, bajo su influjo. «¿Qué peligro puede haber —se preguntó—, mientras la influencia sea buena? Cuanto mayor sea la buena influencia que uno reciba, tanto mejor. Lo único que importa es ser consciente de cada paso que damos, entenderlo mientras avanzamos. Y eso, sin duda, lo voy a hacer siempre. No tengo por qué temer convertirme en alguien demasiado maleable; ¿acaso no es culpa mía no serlo lo suficiente?». La imitación, según afirman, es la muestra más sincera de admiración; y si a veces Isabel no podía evitar quedarse boquiabierta ante su amiga con envidia y frustración no era tanto porque deseara brillar con luz propia, sino más bien porque lo que quería era llevarle la antorcha a madame Merle. La dama le agradaba en extremo, pero más que atraerla la tenía deslumbrada. A veces se preguntaba qué diría Henrietta al saber cuánta admiración sentía por aquel producto adulterado de la patria común, y tenía el convencimiento de que la juzgaría con mucha severidad. Henrietta no aprobaría en absoluto a madame Merle; y por razones que no podría haber precisado, esa certeza se adueñó de la joven. Por otra parte, estaba asimismo convencida de que, si se presentaba la ocasión, su nueva amiga se formaría una opinión favorable de la antigua: madame Merle tenía demasiado sentido del humor y era demasiado observadora para no hacerle justicia a Henrietta, y conforme fuera conociéndola lo más probable era que diese muestras de un

tacto que la señorita Stackpole no podría ni de lejos emular. Madame Merle, gracias a su experiencia, parecía tener criterio para todo, y en algún lugar del enorme baúl de su prodigiosa memoria encontraría la clave de la valía de Henrietta. «Ahí reside lo verdaderamente importante —reflexionó Isabel con solemnidad—, esa es la mayor de las fortunas: disfrutar de una posición mucho más ventajosa para valorar a las personas que la que estas tienen para valorarte a ti». Y añadió que, pensándolo bien, ahí era exactamente donde radicaba la esencia de la posición aristocrática. Y que en ese aspecto, aunque no en otros, el objetivo de uno debería ser alcanzar dicha posición.

Sería imposible ir contando uno a uno todos los eslabones de la cadena que condujo a Isabel a considerar aristocrática la posición de madame Merle, opinión jamás expresada por la propia dama cuando hacía referencia a su posición. Había conocido a importantes personajes y asistido a grandes acontecimientos, pero jamás había desempeñado un papel destacado. Ella era unos de los humildes de la tierra; no había estado rodeada de privilegios al nacer; conocía el mundo demasiado bien para albergar fatuas ilusiones acerca del lugar que ocupaba en él. Se había encontrado con muchos de aquellos contados privilegiados y era completamente consciente de en qué aspectos la fortuna de estos difería de la suya propia. Pero si bien según su calibrado sentido de la medida no estaba hecha para ser una figura destacada en el gran teatro del mundo, Isabel, en su imaginación, seguía representándose con cierta grandeza. Ser tan culta y civilizada, tan sabia y sencilla, y aun así restarle importancia en eso consistía ser una auténtica gran dama, especialmente si una se comportaba y se mostraba como tal. Era como si en cierta medida tuviese a toda la sociedad a su servicio, junto con todas las artes y gentilezas que esta practicaba... ¿O quizá fuese más acertado decir que era efecto de los agradables usos para ella encontrados, incluso a distancia, y que transformaba luego en sutiles servicios que prestaba a un mundo clamoroso dondequiera que se hallase? Tras el desayuno, se dedicaba a escribir una carta tras otra, pues las que le llegaban eran al parecer incontables: su correspondencia era una fuente de sorpresas para Isabel cuando en ocasiones iban juntas a la estafeta de correos de la localidad para depositar allí las ofrendas de madame Merle al servicio postal. Conocía a más gente, según le contó a Isabel, de la que podía contentar, y de continuo aparecía algo nuevo que la obligaba a utilizar la pluma. Sentía verdadera devoción por la pintura, y dibujaba un boceto con la misma facilidad que se despojaba de los guantes. En Gardencourt aprovechaba siempre cualquier rato de sol para salir con el taburete plegable y el estuche de acuarelas. Ya hemos tenido ocasión de ver lo buena pianista que era, y del hecho da prueba que cuando se sentaba al piano, como hacía cada tarde, sus oyentes se resignasen sin rechistar a prescindir del placer de su conversación. Isabel, desde que la había conocido, se sentía avergonzada de su propia aptitud musical, que ahora consideraba de índole

claramente inferior; y en verdad, aunque en su país la habían tenido casi por un prodigio, la pérdida para los presentes, cuando al tomar asiento en el taburete del piano les daba la espalda, era considerada en general mayor que la ganancia. Cuando madame Merle no estaba escribiendo, ni leyendo ni tocando el piano, se dedicaba por lo general a realizar maravillosos labores de intrincados bordados, cojines, cortinas, paños para la repisa de la chimenea, un arte que destacaba tanto por lo imaginativo y atrevido de sus creaciones como por la agilidad con la que utilizaba la aguja. No estaba nunca ociosa, ya que cuando no se encontraba inmersa en alguna de las actividades que acabo de mencionar, o bien se entregaba a la lectura (Isabel tenía la impresión de que leía «todo lo que era importante»), o salía a pasear, o hacía solitarios con las cartas, o conversaba con los allí presentes. Y en todo ello daba muestras de su saber estar en sociedad, nunca cometía la grosería de parecer ausente, pero tampoco imponía jamás su presencia. Abandonaba sus pasatiempos con la misma facilidad con que los iniciaba; conversaba mientras se dedicaba a esas labores, y parecía concederle escasa importancia a todo lo que hacía. Regalaba sus dibujos y sus bordados; se levantaba del piano o continuaba tocando, según el deseo de sus oyentes, que adivinaba sin equivocarse nunca. Era, en resumen, la persona más fácil, diligente y entretenida con la que convivir. Si algún defecto tenía para Isabel era la falta de naturalidad; lo cual, para la joven, no implicaba que fuese afectada o pretenciosa, pues no cabía concebir mujer que estuviese más lejos de caer en vicios tan vulgares, sino que su naturaleza había quedado demasiado desdibujada por la costumbre y sus aristas habían sido limadas en demasía. Se había vuelto demasiado acomodaticia, servicial, madura y consumada. En pocas palabras, era, hasta el exceso, ese animal social que se supone que todo hombre o mujer debe aspirar a ser; y se había despojado por completo de esa reconfortante espontaneidad que podemos asumir poseía hasta la persona más sociable en épocas en las que no se había impuesto el estilo de vida de las casas solariegas. A Isabel le resultaba difícil imaginársela en momentos de soledad, en la intimidad; existía únicamente a través de las relaciones, directas o indirectas, que establecía con sus congéneres. La joven se preguntaba qué relación podía en verdad mantener con su propio espíritu. No obstante, siempre llegaba a la conclusión de que una superficie encantadora no implica necesariamente que la persona en cuestión sea superficial; eso no era más que una ilusión que, afortunadamente, pese a su juventud, ella se había librado de alimentar. Madame Merle no era superficial, ella no. Era profunda, y su naturaleza, pese a todo, se revelaba en su modo de comportarse porque este utilizaba un lenguaje convencional. «¿Qué es el lenguaje sino pura convención? —se dijo Isabel—. Y ella tiene el buen gusto de, a diferencia de otros que he conocido, no pretender expresarse por medio de signos originales».

—Tengo para mí que usted ha sufrido mucho —tuvo ocasión de decirle a

su amiga en respuesta a cierta alusión que parecía tener profundas implicaciones.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —preguntó madame Merle con la sonrisa divertida de alguien que juega a las adivinanzas—. Confío en no dar la impresión exagerada de ser una incomprendida.

—No; pero a veces dice usted unas cosas que, en mi opinión, no habría descubierto una persona que siempre ha sido feliz.

—Yo no siempre he sido feliz —dijo madame Merle sin dejar de sonreír, pero con la gravedad burlona de alguien que le está contando un secreto a un niño—. ¡Qué maravilloso sería eso!

Pero a Isabel no se le pasó por alto la ironía.

—Mucha gente me da la impresión de no haber sentido nada en ningún momento.

—Eso es muy cierto; hay muchas más ollas de hierro que de porcelana. Pero puede usted estar segura de que todas tienen alguna marca. Hasta las ollas de hierro más resistentes tienen alguna pequeña abolladura, un pequeño agujero en alguna parte. Yo presumo de ser más bien recia, pero, si quiere que le diga la verdad, he sufrido desconchones y grietas terribles. Si todavía presto buen servicio, es porque he sido reparada con mucha habilidad, y porque procuro quedarme en la alacena, la alacena oscura y tranquila con olor a especias rancias, cuanto me es posible. Pero cuando me veo obligada a salir y mostrarme a plena luz... entonces, querida, ¡soy un verdadero horror!

No sé con certeza si fue en esta ocasión o en alguna otra cuando, tras haber tomado la conversación el giro mencionado, madame Merle le dijo a Isabel que algún día le referiría una historia. Isabel le aseguró que le encantaría escuchar el relato, y en más de una ocasión le recordó la promesa. Sin embargo, madame Merle le rogó repetidas veces que le concediera un respiro, hasta que por fin habló con franqueza a su joven acompañante y le dijo que debían esperar a conocerse mejor. Y era seguro que tal cosa sucedería, ya que resultaba evidente que ante ellas se abría la perspectiva de una larga amistad. Isabel asintió, pero al mismo tiempo le preguntó si no era digna de su confianza, si la consideraba capaz de traicionar una confidencia.

—No es que sienta temor de que vaya a repetir lo que le diga —respondió su compañera—, más bien todo lo contrario: lo que me da miedo es que se lo tome demasiado a pecho. Me juzgaría con excesiva dureza, pues a su edad se es cruel.

Prefería por el momento hablar con Isabel de la propia Isabel, y mostró el mayor interés por conocer la historia, los sentimientos, las opiniones y los

proyectos de nuestra heroína. Se dedicó a hacerla hablar y atendía su charla con infinita condescendencia. Esto halagaba y daba estímulos a la joven, quien estaba impresionada por toda la gente distinguida que su amiga había conocido y porque hubiese disfrutado, en palabras de la señora Touchett, de las mejores compañías que se podían tener en Europa. La opinión que Isabel tenía de sí misma se vio enaltecida al disfrutar del favor de una persona con un campo de comparación tan vasto; y tal vez fuese por sentirse gratificada al salir beneficiada de dicha comparación, por lo que con frecuencia apelaba a aquella provisión de reminiscencias de madame Merle. Esta había vivido en distintos países y mantenía vínculos sociales en una decena de ellos. «Yo no presumo de ser instruida —acostumbraba a decir la dama—, pero creo conocer bien Europa»; y un día hablaba de ir a Suecia a visitar a una vieja amistad, y al siguiente de viajar a Malta en pos de una reciente. Inglaterra, donde había residido con frecuencia, le resultaba totalmente familiar, y, para provecho de Isabel, contaba cosas que arrojaron mucha luz sobre las costumbres del país y la personalidad de sus habitantes, quienes «al fin y a la postre», como le gustaba decir, eran las mejores personas del mundo para convivir.

—No debes extrañarte de que permanezca aquí en un momento como este, cuando el señor Touchett se está muriendo —comentó la esposa del caballero a su sobrina—. Ella es incapaz de cometer un error, es la mujer con más tacto que conozco. Si se queda, es por deferencia hacia mí. Ha pospuesto un montón de visitas a grandes mansiones —dijo la señora Touchett, quien no olvidaba que siempre que se encontraba en Inglaterra su propia cotización social descendía dos o tres enteros en la escala—. Tiene mucho donde elegir; no le faltan techos para cobijarse. Pero yo le he pedido que se quede un tiempo porque quiero que la conozcas. Creo que será beneficioso para ti. Serena Merle es una mujer sin defectos.

—Si no me gustase tanto ya, encontraría alarmante esa descripción —respondió Isabel.

—Ella jamás está ni un milímetro fuera de lugar. Yo te he traído aquí y deseo hacer por ti todo lo que esté a mi alcance. Tu hermana Lily me dijo que esperaba que yo te ofreciese muchas oportunidades. Y es lo que estoy haciendo al ponerte en contacto con madame Merle, que es una de las mujeres más brillantes de Europa.

—Me agrada más madame Merle que la descripción que usted hace de ella —insistió Isabel.

—¿Presumes que vas a encontrar alguna vez motivo para criticarla? Espero que, si tal cosa ocurre, me lo hagas saber.

—Eso sería una crueldad... hacia usted.

—Por mí no te preocupes. No vas a encontrarle un solo defecto.

—Puede que no. Pero me atrevo a decir que tampoco se me escaparía.

—Madame Merle sabe todo lo que hay que saber en este mundo.

Tras esta conversación, Isabel le comentó a su amiga que esperaba que estuviese al tanto de que, en opinión de la señora Touchett, su perfección no tenía mácula. A lo que madame Merle contestó:

—Le agradezco mucho que me lo diga, pero me temo que su tía es incapaz de imaginar, o al menos de nombrar, aberraciones que no salten a la vista.

—¿Quiere con eso decir que tiene usted un lado oscuro que ella desconoce?

—Por supuesto que no, mucho me temo que mis lados más oscuros sean también los más inofensivos. Lo que quiero decir es que, para su tía, carecer de defectos significa no llegar tarde a la hora de la cena, es decir, de su cena. Y, a propósito, yo no me retrasé el otro día cuando usted llegó de Londres; estaban dando las ocho en el reloj cuando entré en el salón, así que fueron el resto de ustedes los que se adelantaron. También significa contestar las cartas el mismo día en que se reciben y, cuando se viene a visitarla, no traer equipaje en exceso y procurar no ponerse enfermo. Para la señora Touchett son esas las cosas que constituyen la virtud; y es una bendición poder reducirla a sus elementos.

La conversación de madame Merle, como se puede apreciar, estaba salpicada de notas críticas, audaces y francas, que nunca, ni siquiera cuando tenían un efecto restrictivo, le parecieron a Isabel malintencionadas. A la joven ni se le pasaba por la mente que la distinguida invitada de la señora Touchett estuviese denigrándola, y eso era así por varias razones. En primer lugar, Isabel estaba de acuerdo por completo con sus opiniones; en segundo lugar, madame Merle daba a entender que quedaban muchas más cosas por decir; y, en tercer lugar, resultaba evidente que el hecho de que una persona hablase sin ceremonia alguna de tus parientes cercanos era grata señal de la intimidad existente entre ambas. Y esas señales de intensa comunicación se iban multiplicando con el paso de los días, y a ninguna de ellas era Isabel más sensible que a la preferencia que su acompañante mostraba por convertir a la propia señorita Archer en tema de conversación. Pese a que con frecuencia se refería a los acontecimientos de su propia existencia, madame Merle nunca se detenía en ellos, pues tenía tan poco de egoísta vulgar como de chismosa manifiesta.

—Yo ya estoy vieja, anticuada y sin lustre —dijo en más de una ocasión—. Tengo tan poco interés como un periódico atrasado. Usted es joven y fresca y está al día; tiene algo muy importante: actualidad. Yo también tuve eso en

otros tiempos, es algo de lo que todos disfrutamos brevemente. Usted, sin embargo, lo va a disfrutar durante más tiempo. Así pues, hablemos de usted: no hay nada que pueda decirme que no me interese escuchar. Eso de que me guste hablar con gente más joven es señal de que me estoy haciendo mayor. Creo que es una manera muy hermosa de compensar las cosas. Si no podemos sentir la juventud en nuestro interior, lo que sí podemos hacer es rodearnos de ella por fuera, y de verdad creo que de esta forma la apreciemos y la sentimos mejor. Es evidente que debemos estar en sintonía con ella, y yo siempre lo voy a estar. Ignoro si alguna vez voy a mostrarme malhumorada con la gente de edad, espero que no, y es innegable que hay algunas personas mayores a las que adoro. Pero ante los jóvenes nunca podré evitar mostrarme servil: me emocionan y me atraen demasiado. Así pues, le doy a usted *carte blanche*; puede incluso mostrarse impertinente si le apetece; yo se lo toleraré y la malcriaré terriblemente. Pensará usted que hablo como si tuviese cien años. Pues sí, si vamos a eso, nací antes de la Revolución francesa. Ay, amiga mía, *je viens de loins*, pertenezco al pasado, al Viejo Mundo. Pero no es de eso de lo que quiero hablar, quiero hablar del Nuevo. Tiene que hablarme más de Estados Unidos, nunca me habla lo suficiente. Vivo en este continente desde que siendo una criatura indefensa me trajeron aquí, y es ridículo, o más bien escandaloso, lo poco que sé de aquel país espléndido, tremendo y curioso... sin duda el más grande y estafalario de todos. Hay muchos expatriados como yo por estos parajes, y debo decir que, en mi opinión, somos un grupo de gente desgraciada. Uno debería vivir en su propio país; sea como sea, es el lugar natural de cada uno. Si no somos buenos estadounidenses, lo que está claro es que como europeos somos mediocres; este no es nuestro lugar natural. Somos meros parásitos que se arrastran por la superficie, no tenemos los pies en el suelo. Lo mínimo que podemos hacer es ser conscientes de ello y no hacernos ilusiones. Tal vez las mujeres se defiendan mejor, puesto que, para mí, la mujer no tiene su lugar en ninguna parte: allí donde se encuentre, tiene que permanecer en la superficie y, en mayor o menor medida, arrastrarse por ella. ¿Protesta usted, amiga mía? ¿Se siente horrorizada? ¿Asegura que usted jamás se arrastrará? Es muy cierto que yo no me la imagino arrastrándose; se mantiene usted más erguida que la mayoría de los pobres mortales. Está bien, yo no creo que usted vaya a arrastrarse. Pero los hombres, los hombres estadounidenses, *je vous demande un peu*, ¿cómo se organizan por estos pagos? No les envidio sus esfuerzos por amoldarse. Piense en el pobre Ralph Touchett: ¿cómo definiría usted a un personaje así? Por fortuna, tiene la tisis; y digo por fortuna, porque gracias a eso tiene algo en lo que ocuparse. La tisis que padece es su *carrière*, algo así como una posición. Uno puede decir: «Ah, sí, el señor Touchett se dedica a cuidar sus pulmones, sabe mucho de climas». Pero, si no tuviera eso, ¿quién sería?, ¿a quién representaría? «El señor Touchett es un estadounidense que vive en Europa». Y eso no quiere decir

nada en absoluto, no puede haber nada que tenga menos significado. «Es muy cultivado», afirman, «tiene una colección muy bonita de cajitas de rapé antiguas». La colección es todo lo que hace falta para convertir la cosa en digna de lástima. Y estoy harta del sonido de esa palabra, me parece grotesca. Con su pobre padre anciano, la cosa cambia: él tiene identidad propia, y más bien contundente. Representa a una importante institución financiera, y eso, en nuestra época, es tan bueno como cualquier otra cosa. Para un estadounidense, al menos, eso es más que suficiente. Pero insisto en considerar muy afortunado a su primo por padecer un mal crónico, siempre que no se muera. Es mucho mejor eso que las cajas de rapé. Si no estuviese enfermo, ¿dice usted que haría algo? ¿Que ocuparía el lugar de su padre en la empresa? Mi pobre niña, yo lo dudo, no creo que sienta el más mínimo interés por la empresa. No obstante, usted lo conoce mejor que yo, aunque en el pasado yo llegué a conocerlo bastante bien, y puede concedérsele el beneficio de la duda. El peor caso que yo conozco es el de un amigo mío, compatriota nuestro, que vive en Italia (adonde también lo llevaron antes de tener uso de razón), y que es uno de los hombres más encantadores que he tratado en mi vida. Ya lo conocerá algún día. Yo los pondré en contacto, y entonces verá usted lo que quiero decir. Se llama Gilbert Osmond y vive en Italia, eso es cuanto uno puede decir o saber de él. Es sumamente inteligente, un hombre nacido para sobresalir, pero, tal como le he dicho, la descripción de su persona se agota con decir que se apellida Osmond y que vive tout bêtement en Italia. Sin carrera, sin renombre, sin posición, sin fortuna, sin pasado, sin futuro, sin nada de nada. Bueno, sí, pinta, por decir algo... pinta acuarelas como yo, solo que mejor. Su pintura es más bien mala, cosa que, al fin y al cabo, me alegra. Por fortuna es muy indolente, su indolencia es tanta que constituye una especie de posición. Así, puede permitirse decir: «Ah, yo no hago nada, soy demasiado perezoso. Hoy día no se puede hacer nada, a menos que uno se levante a las cinco de la mañana». De esa forma, se convierte en una especie de excepción; uno llega a pensar que, si tan solo madrugase un poco, haría algo. Nunca habla de su pintura... a la gente en general es demasiado inteligente para hacerlo. Pero tiene una hijita, una niña encantadora, y de ella sí que habla. Vive dedicado a ella, y si ser un padre excelente fuese una carrera, él se distinguiría mucho. Pero me temo que no sea mejor que lo de las cajitas de rapé, puede que incluso sea peor. Cuénteme a qué se dedican en Estados Unidos —insistió madame Merle, quien, dicho sea entre paréntesis, no expresó de una vez todas estas reflexiones, que aquí aparecen agrupadas para comodidad del lector.

Habló de Florencia, donde residía el señor Osmond y donde la señora Touchett ocupaba un palacio medieval; habló de Roma, donde ella poseía un pequeño pied-à-terre con damascos antiguos de gran valor. Habló de lugares, de gentes e incluso, como suele decirse, de «asuntos»; y de vez en cuando, hacía referencia a su anciano y amable anfitrión y a la probabilidad de que

experimentase una mejoría. Desde un principio, había considerado dicha probabilidad muy remota, y a Isabel la había impresionado la forma positiva, competente y analítica con que calibraba lo que al anciano le quedaba de vida. Una tarde anunció categóricamente que al señor Touchett no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Me lo dijo sir Matthew Hope con toda la claridad que permite el decoro —dijo—; ahí mismo, de pie frente a la chimenea, antes de cenar. El eminente doctor es muy agradable. No quiero decir que lo sea por habérmelo contado. Pero dice las cosas con mucho tacto. Yo le había mencionado que me sentía incómoda al estar aquí en un momento así, me parecía una verdadera indiscreción, y tampoco es que yo vaya a cuidar del enfermo. «Debe quedarse, tiene usted que quedarse», me respondió, «su utilidad se verá más tarde». ¿Acaso no fue esa una manera muy delicada de decirme a la vez que al pobre señor Touchett no le queda mucho y que yo puedo resultar útil para consolar a la familia? De hecho, sin embargo, no voy a ser de utilidad alguna. Su tía se consolará sola; ella, y solo ella, sabe cuánto consuelo va a necesitar. Sería asunto muy delicado que otra persona quisiese encargarse de administrarle la dosis. En cuanto a su primo, la cosa será distinta: va a echar muchísimo de menos a su padre. Pero yo jamás pretendería acompañar a Ralph en su dolor; no tenemos ese tipo de relación.

Madame Merle había hecho alusión en más de una ocasión, sin aclararlo, a la existencia de cierta incongruencia en su relación con Ralph Touchett; así que Isabel aprovechó la oportunidad para preguntarle si no mantenían una buena amistad.

—Nos llevamos a la perfección, pero no le gusto.

—¿Qué le ha hecho usted?

—Nada en absoluto. Pero no se necesitan razones para algo así.

—¿Para que usted no le guste? Yo creo que se necesita una muy buena razón.

—Eso es muy amable de su parte. Asegúrese de contar con una el día que empiece usted a sentir que no le agrado.

—¿Que empiece a sentir que no me agrada? Eso jamás sucederá.

—Espero que no; porque si alguna vez empieza, ya no habrá forma de parar. Eso es lo que ocurre con su primo, es incapaz de superarlo. Es una incompatibilidad de caracteres, si es que puede llamarse así a algo que solo ocurre por su parte. Yo no tengo nada en absoluto en su contra y no le guardo el más mínimo rencor por no hacerme justicia. Y yo lo único que pido es eso, justicia. No obstante, lo considero un caballero, incapaz de decir jamás nada

inadecuado sobre mí. Cartes sur table —añadió madame Merle un instante después—, no le tengo miedo.

—Eso espero —dijo Isabel, quien añadió algo referente a que Ralph era una de las criaturas más bondadosas sobre la faz de la tierra.

No obstante, recordó que la primera vez que le había preguntado por madame Merle él le había respondido de una forma que, sin ser explícita, dicha dama podría haber considerado injuriosa. Había algo entre ellos, se dijo para sí Isabel, pero no pasó de ahí. Si era algo importante, habría que tratarlo con respeto; si no lo era, no se merecía su curiosidad. Pese a todo su afán de conocimiento, tenía una repulsión innata a levantar cortinas y escudriñar rincones oscuros. El afán de conocimiento coexistía en su mente con una refinada capacidad para la ignorancia.

Pero a veces madame Merle decía cosas que le causaban sobresalto, que le hacían enarcar las claras cejas al oírlas y reflexionar sobre ellas más adelante.

—¡Qué no daría yo por volver a tener su edad! —exclamó en cierta ocasión con una amargura que, aunque diluida en su acostumbrada actitud de total desenvoltura, no logró disimular del todo—. ¡Ojalá pudiese empezar de nuevo! ¡Ojalá tuviese toda la vida por delante!

—Usted tiene aún toda la vida por delante —respondió Isabel en voz baja, pues se sentía un tanto anonadada.

—No, la mejor parte ya ha pasado, y no ha servido para nada.

—Seguramente habrá servido para algo.

—¿Para qué? ¿Qué he conseguido? Ni marido, ni hijos, ni fortuna, ni posición, ni las huellas de una belleza que nunca tuve.

—Tiene usted muchas amistades, querida señora.

—¡Yo no estoy tan segura! —exclamó madame Merle.

—Ah, se equivoca usted. Tiene usted recuerdos, encanto, aptitudes...

Pero madame Merle la interrumpió.

—¿Y qué he conseguido con mis aptitudes? Nada, solo la necesidad de tener que seguir utilizándolas para pasar las horas, los años, para engañarme a mí misma con una pretensión de movimiento, de inconsciencia. Con respecto a mi encanto y mis recuerdos, cuanto menos hablemos de ellos mejor. Usted será mi amiga hasta que descubra un mejor uso para su amistad.

—En ese caso, dependerá de usted asegurarse de que no sea así.

—Sí, y me esforzaré en conservar su amistad —contestó madame Merle mirándola con seriedad—. Cuando digo que desearía tener su edad, hablo de

tener sus cualidades, de ser franca, generosa y sincera como usted. Si hubiese sido así, habría sacado mejor partido a mi vida.

—¿Qué le gustaría haber hecho que no haya logrado hacer?

Madame Merle tomó una partitura —estaba sentada al piano y se había girado bruscamente sobre la banqueta cuando empezó a hablar—, y se puso a pasar las hojas de forma automática.

—¡Soy muy ambiciosa! —respondió al fin.

—¿Y sus ambiciones no se han visto satisfechas? Deben de haber sido grandes.

—Eran grandes. Me pondría en ridículo si hablase de ellas.

Isabel se preguntó cuáles habían podido ser dichas ambiciones... si acaso madame Merle habría tenido la aspiración de ceñirse una corona.

—No sé cuál será para usted la idea del éxito, pero a mí me parece que ha triunfado. Para mí es usted la viva imagen del éxito.

Madame Merle dejó a un lado la partitura con una sonrisa.

—¿Y qué idea del éxito tiene usted?

—Es evidente que usted piensa que una muy modesta. Para mí el éxito consiste en ver realizado un sueño de juventud.

—¡Ay, yo jamás he visto eso! —exclamó madame Merle—. Pero mis sueños eran tan desmesurados, tan absurdos... Que Dios me perdone, estoy soñando ahora.

Y se giró de nuevo hacia el piano y se puso a tocar con pasión. A la mañana siguiente le dijo a Isabel que su definición del éxito había sido muy hermosa, si bien terriblemente desoladora. Si se medía con ese rasero, ¿quién podría haber tenido éxito alguna vez? Los sueños de juventud, tan encantadores ellos, tan divinos... ¿Quién había visto jamás que tales cosas se hiciesen realidad?

—Pues yo, sin ir más lejos... algunos de ellos —se aventuró a contestar Isabel.

—¿Tan pronto? Si deben de haber sido sueños de ayer mismo.

—Comencé a tener sueños muy joven.

—Ya, si de lo que habla es de anhelos infantiles, como tener una cinta rosa o una muñeca que cerrase los ojos...

—No, no es a eso a lo que me refiero.

—O un joven de hermoso bigote arrodillándose ante usted.

—No, tampoco quiero decir eso.

Madame Merle pareció notar la vehemencia con la que hablaba Isabel.

—Sospecho que sí que es eso lo que usted quiere decir. Todas hemos soñado con el joven del bigote. Es el inevitable joven, pero eso no cuenta.

Isabel se quedó un rato en silencio, pero a continuación, cuando habló, lo hizo con su habitual inconsecuencia.

—¿Y por qué razón no habría de contar? Hay jóvenes y jóvenes.

—Y el suyo era una auténtica maravilla, ¿es eso lo que quiere decir? —preguntó su amiga con una carcajada—. Si usted ha conseguido a ese joven de sus sueños, entonces es que ha tenido éxito y la felicito de todo corazón. Pero, si ese es el caso, ¿por qué no huyó con él a su castillo de los Apeninos?

—Él no tiene un castillo en los Apeninos.

—¿Y qué tiene? ¿Una fea casa de ladrillo en la calle Cuarenta? No me diga que así es; me niego a aceptar que eso sea un ideal.

—A mí su casa me trae sin cuidado —dijo Isabel.

—Qué ingenuo de su parte. Cuando haya vivido tanto como yo, se dará cuenta de que todo ser humano tiene su propio caparazón, y de que eso es algo a tener en cuenta. Cuando digo caparazón, me estoy refiriendo al conjunto de circunstancias que lo rodean. No existen el hombre ni la mujer totalmente aislados. Todos nosotros estamos hechos de una serie de pertenencias. ¿Qué entendemos por el propio yo? ¿Dónde empieza y dónde termina? Rebaso sus límites y abarca todo cuanto nos pertenece, para después retraerse de nuevo. Yo sé que una parte importante de mí está en la ropa que elijo vestir. Tengo sumo respeto a las cosas materiales. Nuestro yo, para los demás, es la expresión que de él les ofrecemos; y nuestra casa, nuestros muebles, nuestra indumentaria, los libros que leemos, las compañías que frecuentamos, son las cosas a través de las que se expresa.

Aquello era muy metafísico, aunque tampoco lo era más que otras observaciones que madame Merle había hecho con anterioridad. A Isabel le gustaba la metafísica, pero se sintió incapaz de seguir a su amiga en aquel audaz análisis de la personalidad humana.

—No estoy de acuerdo con usted. Opino justo lo contrario. No sé si he logrado expresarme, pero sé que no hay nada más que se exprese por mí. Nada de lo que me pertenece es rasero para medirme; al contrario, todo representa un límite, una barrera, y además es completamente arbitrario. Lo cierto es que la ropa que, como dice usted, elijo vestir, no expresa mi personalidad, ¡Dios

me libre de que así fuese!

—Usted viste muy bien —interpuso madame Merle a la ligera.

—Posiblemente; pero no me interesa que me juzguen por eso. Puede que mi ropa exprese la personalidad de la modista, pero no expresa la mía. Para empezar, yo no llevo estos vestidos por elección propia: me los impone la sociedad.

—¿Es que preferiría no llevarlos? —preguntó madame Merle en un tono que prácticamente daba por zanjada la discusión.

Me veo obligado a confesar, aunque pueda suponer cierto descrédito para la descripción que he dado de la lealtad juvenil que nuestra heroína mostraba hacia aquella distinguida dama, que Isabel no le había dicho nada en absoluto acerca de lord Warburton y que se había mostrado igual de reticente en lo que a Caspar Goodwood se refería. Sin embargo, no había ocultado el hecho de que había tenido oportunidades de contraer matrimonio y había incluso informado a su amiga de las ventajas que estas habrían comportado. Lord Warburton había abandonado Lockleigh y se había marchado a Escocia, llevándose a sus hermanas con él; y, aunque le había escrito a Ralph en más de una ocasión para interesarse por la salud del señor Touchett, Isabel se había ahorrado así el embarazo de tales indagaciones, ya que, de haberse encontrado el joven aún en la vecindad, lo más probable es que se hubiese sentido inclinado a acudir a interesarse en persona. Los modales de lord Warburton no tenían tacha, pero Isabel estaba segura de que, de haber acudido a Gardencourt, habría conocido a madame Merle, y si la hubiese conocido, le habría agradado y le habría confiado que estaba enamorado de su joven amiga. Era fruto de la casualidad que, en el curso de las anteriores visitas de la dama a Gardencourt (todas ellas mucho más breves que la presente), o bien él no se encontrase en Lockleigh o bien no hubiese acudido a visitar al señor Touchett. Por lo tanto, si bien madame Merle lo conocía de oídas como el hombre más importante del condado, no tenía motivo alguno para sospechar que fuese uno de los pretendientes de la sobrina recién importada de la señora Touchett.

—Tiene usted aún mucho tiempo —le había dicho a Isabel en respuesta a las confidencias parciales que nuestra joven le había hecho y que no pretendían ser perfectas, aunque, como hemos visto, había momentos en los que nuestra joven se arrepentía de haber hablado tanto—. Me alegra que todavía no haya hecho nada al respecto, que aún le quede eso por hacer. Está muy bien que una joven rechace unas cuantas buenas ofertas, siempre y cuando, está claro, no sean estas las mejores que con toda probabilidad vaya a recibir. Discúlpeme si mis palabras le resultan horriblemente corruptas, pero a veces no queda más remedio que adoptar un punto de vista mundano. Ahora bien, no siga rechazándolas porque sí. Es un ejercicio de poder muy

satisfactorio, pero, al fin y a la postre, aceptarlas implica también un ejercicio de poder. Siempre se corre el peligro de rechazar en exceso, algo en lo que yo no incurrí... porque no rechacé lo suficiente. Usted es una criatura exquisita, y me gustaría verla casada con un primer ministro. Pero, sabe, hablando en plata, no es usted lo que suele llamarse técnicamente un parti. Es usted atractiva e inteligente en extremo, es en sí misma realmente excepcional. Parece tener una idea más bien vaga de sus bienes terrenales; pero, por lo que yo deduzco, no dispone del alivio de una renta. Ojalá contase usted con algo de dinero.

—¡Ya me gustaría a mí! —dijo Isabel sin más, olvidando al parecer por un momento que su pobreza no había sido más que un pecado venial a ojos de dos galantes caballeros.

Pese a la benévola recomendación que le había hecho sir Matthew Hope, madame Merle no se quedó para ver el final de la enfermedad del pobre señor Touchett, algo de lo que ahora ya se hablaba sin tapujos. Tenía compromisos con otras personas que no podía eludir por más tiempo, y abandonó Gardencourt no sin antes convenir que, en cualquier caso, se reuniría de nuevo con la señora Touchett, ya fuera allí o en Londres, antes de dejar Inglaterra. Su despedida de Isabel fue más parecida incluso al comienzo de una amistad de lo que lo había sido su primer encuentro.

—Voy a visitar seis lugares distintos, uno tras otro, pero no encontraré a nadie que me agrade tanto como usted. Todas ellas son, sin embargo, viejas amistades, ya que a mi edad no se hacen nuevos amigos. En su caso, he hecho una gran excepción. No lo olvide y sea todo lo benévola que pueda cuando piense en mí. Debe recompensarme creyendo en mí.

Por toda respuesta, Isabel le dio un beso, y, si bien hay mujeres que besan con facilidad, lo cierto es que hay besos y besos, y este en cuestión resultó más que satisfactorio para madame Merle. Después de esto, nuestra joven se encontró muy sola; tan solo veía a su tía y a su primo en el transcurso de las comidas, y descubrió que de todas aquellas horas en que la señora Touchett se encontraba ausente, no dedicaba ahora más que una mínima parte al cuidado de su marido. El resto las pasaba en sus propios aposentos, a los que ni siquiera permitía el acceso a su sobrina, donde se ocupaba al parecer en tareas misteriosas e inescrutables. En la mesa se mostraba grave y silenciosa, pero dicha solemnidad no era tan solo una actitud, como Isabel comprobó, sino algo que hacía por convicción. Se preguntaba si su tía se sentía arrepentida de haber hecho tan a menudo lo que se le antojaba, pero no había pruebas visibles de que así fuera: ni lágrimas, ni suspiros ni muestras exageradas de un celo que siempre, a su propio entender, había sido el adecuado. Parecía sencillamente que la señora Touchett sintiese la necesidad de reflexionar y hacer balance; tenía un librito de contabilidad moral, con columnas perfectamente trazadas y

un fuerte cierre de acero, que llevaba con ejemplar pulcritud. Con todo, las reflexiones que hacía en voz alta tenían siempre resonancias prácticas.

—Si hubiera previsto esta situación, no te habría propuesto que vinieses a Europa en este momento —le dijo a Isabel después de que madame Merle hubiese abandonado la casa—. Habría esperado y te habría hecho venir el año próximo.

—Pero de esa forma tal vez no habría conocido nunca a mi tío. Para mí es una gran alegría haber venido ahora.

—Me parece muy bien. Pero yo no te traje a Europa para que pudieses conocer a tu tío.

Era aquella una declaración absolutamente veraz, pero, en opinión de Isabel, no resultaba igual de oportuna. Tenía ahora tiempo sobrado para pensar en aquel y en otros asuntos. Daba paseos solitarios a diario y mataba las horas hojeando los libros de la biblioteca. Entre los asuntos que reclamaban su atención se encontraban las andanzas de su amiga, la señorita Stackpole, con quien mantenía una correspondencia continua. A Isabel el estilo epistolar privado de su amiga le gustaba más que el público; es decir, pensaba que sus crónicas periodísticas habrían sido excelentes si no hubieran sido publicadas. La carrera profesional de Henrietta, sin embargo, no era todo lo brillante que se habría podido desear, incluso desde la perspectiva de su felicidad personal; aquella visión de la vida privada en Gran Bretaña que ella tanto había ansiado describir parecía estar danzando ante sus ojos como ignis fatuus. La invitación de lady Pensil, por alguna misteriosa razón, nunca le llegó; y el pobre señor Bantling, con toda su amistosa inventiva, había sido incapaz de explicarle tan grave desatención hacia una misiva que él sin duda había enviado. Era evidente que se había tomado muy en serio todo lo concerniente a Henrietta, y creía deberle una compensación por el desengaño de la visita a Bedfordshire. «Dice que en su opinión debería irme al continente —escribió Henrietta—, y como él también está pensando en ir, supongo que su consejo es sincero. Quiere saber por qué no me decido a estudiar la vida francesa, y lo cierto es que siento vivos deseos de conocer la nueva República. Al señor Bantling la República no le interesa demasiado, pero está pensando en ir a París de todas formas. Tengo que reconocer que es todo lo atento que yo podría desear, y que por lo menos habré conocido a un inglés educado. No ceso de repetirle al señor Bantling que debería haber sido estadounidense, y no te puedes imaginar cuándo le agrada oír eso. Cada vez que se lo digo, me responde con la misma exclamación: “¡Venga ya, qué cosas tiene usted!”».

Unos días más tarde escribió para comunicarle a Isabel que había decidido marcharse a París a finales de la semana y que el señor Bantling había prometido ir a despedirla, y puede que incluso la acompañase hasta Dover.

Esperaría en París la llegada de Isabel, añadía Henrietta, y por la forma de expresarlo, parecía que Isabel fuese a emprender sola el viaje por el continente, ya que no hacía alusión alguna a la señora Touchett. Teniendo en cuenta el interés que Ralph había mostrado por la que había sido su acompañante en los últimos tiempos, nuestra heroína compartió distintos párrafos de aquella correspondencia con el joven, quien seguía con emoción parecida al suspense la carrera de la corresponsal del Interviewer.

—A mí me parece que le está yendo de maravillas —dijo—, ¡irse a París con un antiguo lancero! Si quiere algo sobre lo que escribir, no tiene más que describir ese episodio.

—Desde luego, no es muy convencional —respondió Isabel—, pero si lo que estás diciendo es que, en lo que a Henrietta se refiere, no es algo completamente inocente, te equivocas de medio a medio. Tú jamás entenderás a Henrietta.

—Perdona, pero la entiendo a la perfección. Al principio no la entendía en absoluto, pero ahora conozco su punto de vista. Sin embargo, me temo que no sea así en el caso de Bantling, y que puede que se lleve alguna que otra sorpresa. ¡Yo conozco a Henrietta como si la hubiese creado!

Isabel no estaba en absoluto segura de eso, pero se abstuvo de manifestar de nuevo sus dudas, pues en aquellos días quería mostrarse muy benevolente con su primo. Una tarde, menos de una semana después de la partida de madame Merle, se encontraba sentada en la biblioteca con un volumen al que no prestaba atención. Se había acomodado en el asiento junto al alféizar de la ventana, desde el que se divisaba el parque, húmedo y sombrío; y como la biblioteca se encontraba en ángulo recto con respecto a la entrada, la joven podía ver la berlina del médico, que llevaba dos horas esperando ante la puerta. A Isabel le llamó la atención que se retrasase tanto, pero al fin lo vio aparecer en el pórtico, detenerse un momento para calzarse los guantes despacio mientras miraba las patas de su caballo, para a continuación subirse al vehículo y alejarse. Isabel permaneció allí otra media hora. En la casa reinaba un profundo silencio, tanto que, cuando al fin oyó unos pasos lentos y ligeros sobre la mullida alfombra de la estancia, el ruido casi la sobresaltó. Al volver rápidamente la vista de la ventana, descubrió a Ralph Touchett de pie ante ella, con las manos todavía en los bolsillos, pero con un rostro en el que no quedaba rastro alguno de aquella sonrisa suya habitual. Se puso en pie, y en su movimiento y su mirada había una pregunta.

—Todo ha terminado —dijo Ralph.

—¿Quieres decir que mi tío...?

Isabel no terminó la pregunta.

—Mi querido padre ha muerto hace una hora.

—¡Ay, mi pobre Ralph! —gimió Isabel con suavidad, tendiendo las manos hacia él.

20

Un par de semanas después del suceso, llegó madame Merle en un coche de punto a la casa de Winchester Square. Al descender del vehículo, la dama divisó, colgada entre las ventanas del comedor, una gran y pulcra placa de madera en la que, sobre fondo negro, se podía leer con claridad escrito en letras blancas: «Mansión señorial de pleno dominio en venta», seguido del nombre del agente al que había que dirigirse. «Es evidente que no pierden el tiempo —se dijo la visitante mientras, tras haber llamado a la puerta con la enorme aldaba de bronce, esperaba a que le abriesen—, ¡qué prácticos son en este país!». Y una vez en el interior de la casa, cuando subía al salón, advirtió numerosas señales de abandono: cuadros descolgados de las paredes y colocados sobre los sofás, ventanas desprovistas de cortinajes y suelos desnudos. La señora Touchett la recibió y, en pocas palabras, le dio a entender que las condolencias se daban por recibidas.

—Sé lo que me vas a decir: que era un hombre muy bueno. Pero mejor que yo no lo sabe nadie, puesto que conmigo tuvo más oportunidades de demostrarlo. Creo que, en ese sentido, he sido una buena esposa. —La señora Touchett añadió que, al parecer, al final su marido lo había reconocido—. Ha sido de lo más generoso conmigo —dijo—; no digo que se haya mostrado más generoso de lo que yo esperaba, porque yo no albergaba esperanzas concretas. Tú sabes bien que yo en general no espero nada. Pero supongo que él tuvo a bien reconocer el hecho de que, pese a que yo haya vivido mucho en el extranjero y me haya integrado, se puede decir que con total libertad, en la vida de otro país, jamás haya mostrado ni un ápice de interés por nadie más.

«Por nadie que no seas tú», observó madame Merle para sus adentros, aunque dicha reflexión fue completamente inaudible.

—Jamás sacrifiqué a mi esposo por otro —prosiguió la señora Touchett con aquella brusquedad tan suya.

«Oh, no —pensó madame Merle—. Tú jamás has hecho nada por nadie».

Había un cierto cinismo en aquellas reflexiones calladas que requiere una explicación; tanto más cuanto que no concuerdan ni con la imagen —tal vez un tanto superficial— que hasta el momento se ha dado del personaje de madame Merle ni con los hechos en sí de la historia de la señora Touchett;

tanto más, asimismo, cuanto que madame Merle tenía motivos más que fundados para estar convencida de que aquella última observación de su amiga no debía interpretarse en absoluto como un ataque velado contra ella. La verdad es que, desde el mismo momento en que había cruzado el umbral de aquella casa, había tenido la impresión de que la muerte del señor Touchett había tenido sutiles consecuencias, y que estas habían beneficiado a un pequeño círculo de personas en el que ella no estaba incluida. Por supuesto, lo natural era que un acontecimiento de ese calibre tuviese consecuencias, y en más de una ocasión ella misma se había dedicado a imaginarlas durante su estancia en Gardencourt. Pero una cosa era barruntar mentalmente el asunto, y otra muy distinta ver a su alrededor las enormes consecuencias del mismo. La idea de un reparto de bienes —a punto estuvo de llamarlos despojos— se adueñó en aquel momento de sus sentidos y la sensación de verse excluida del mismo la llenó de irritación. Nada más lejos de mi intención que querer describirla como una de esas bocas hambrientas o de esos corazones llenos de envidia propios del común de los mortales, pero, como ya hemos descubierto, madame Merle albergaba deseos que jamás se habían visto satisfechos. De habérselo preguntado, está claro que habría reconocido, con una sonrisa elegante y altanera, que ella no tenía el más mínimo derecho a parte alguna de las reliquias del señor Touchett. «Nunca hubo nada entre nosotros», habría dicho. Y después añadiría chasqueando los dedos: «Ni tanto así, pobre hombre». Me apresuro a añadir asimismo que, si bien en aquel momento era incapaz de evitar una codicia un tanto perversa, se cuidó muy bien de no traicionarla. Al fin y al cabo, las ganancias de la señora Touchett le despertaban la misma simpatía que sus propias pérdidas.

—Me ha dejado esta casa —dijo la recién enviudada—, pero está claro que no voy a vivir en ella; mi casa de Florencia es mucho mejor. Hace apenas tres días que se leyó el testamento, pero ya la he puesto a la venta. También cuento con una participación en el banco, pero aún no tengo claro si estoy obligada a mantenerla. De no ser así, es seguro que la retire. Ralph, como es natural, se queda con Gardencourt, pero no sé muy bien si cuenta con los medios necesarios para mantenerlo. Está claro que ha quedado en muy buena posición, pero su padre ha repartido una cantidad inmensa de dinero: ha dejado legados a un montón de primos lejanos de Vermont. Ralph, por otro lado, tiene mucho aprecio a Gardencourt y podría vivir allí perfectamente durante el verano, sin más ayuda que una criada para todo y un mozo para el jardín. El testamento de mi marido incluye una cláusula sorprendente —prosiguió la señora Touchett—: le deja una fortuna a mi sobrina.

—¡Una fortuna! —repitió madame Merle en voz baja.

—Isabel va a percibir en torno a unas setenta mil libras.

Madame Merle tenía las manos entrelazadas en el regazo, pero al oír

aquello las alzó, todavía unidas, y se las llevó un momento al pecho mientras clavaba los ojos, un tanto dilatados, en los de su amiga.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué criatura más inteligente!

La señora Touchett le dirigió una rápida mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Durante un instante, el rostro de madame Merle se cubrió de rubor y la dama bajó la mirada.

—Que es sin duda muy inteligente lograr semejante triunfo... ¡y sin ningún esfuerzo!

—No me cabe ninguna duda de que no hubo esfuerzo. No lo llames triunfo.

Madame Merle en raras ocasiones incurría en la torpeza de retractarse de lo dicho; ponía más bien de manifiesto su sabiduría al mantener sus palabras, pero logrando darles un sentido positivo.

—Mi querida amiga, lo que está claro es que Isabel jamás habría conseguido un legado de setenta mil libras de no haber sido la joven más encantadora del mundo. Su gran inteligencia forma parte de ese encanto.

—Estoy convencida de que ni en sueños pensó que mi esposo fuese a hacer nada por ella, y yo tampoco imaginé nunca algo así, ya que él jamás me habló de sus intenciones —dijo la señora Touchett—. Isabel no tenía derecho alguno a reclamarle nada, y el hecho de que fuese sobrina mía no era precisamente una recomendación para él. Si algo ha logrado, lo ha hecho de forma inconsciente.

—Ah —replicó madame Merle—, esos son los mejores golpes.

La señora Touchett se reservó su opinión.

—Es una joven afortunada, no voy a negarlo, pero de momento está sencillamente anonadada.

—¿Me estás diciendo que no sabe qué hacer con el dinero?

—Creo que eso casi ni se lo ha planteado. No sabe qué pensar de todo este asunto. Es como si hubiesen disparado de improviso una escopeta a sus espaldas: todavía está palpándose para ver si la han herido. Solo hace tres días desde que recibió la visita del albacea principal, quien de forma muy galante vino a notificárselo en persona. Él me contó después que, cuando terminó su breve discurso, Isabel se había echado a llorar. El dinero seguirá invertido en el banco, y ella percibirá los intereses.

Madame Merle meneó la cabeza con su sabia y ahora benigna sonrisa.

—¡Oh, qué delicia! Cuando lo haya hecho dos o tres veces, se acostumbrará a ello. —Después, tras un silencio, preguntó con brusquedad—: ¿Qué opina su hijo del asunto?

—Abandonó Inglaterra antes de la lectura del testamento; estaba destrozado por la fatiga y la ansiedad y tenía prisa por marcharse al sur. Va camino de la Riviera y todavía no he recibido noticias tuyas. Pero no es probable que ponga objeciones a algo que ha hecho su padre.

—¿No me acaba de decir que su herencia se había visto reducida?

—Sí, pero por deseo suyo. Me consta que instó a su padre a que dejara algo a los parientes de Estados Unidos. No es persona dada a preocuparse de quién es el primero.

—Eso dependerá de quién considere él que es el primero —dijo madame Merle. Luego se quedó un momento pensativa, con la mirada clavada en el suelo—. ¿Es que no voy a poder ver a su afortunada sobrina? —preguntó al fin cuando alzó la vista.

—Puede verla, pero no va a encontrarla muy feliz. Desde hace tres días tiene un aire tan solemne que parece una madonna de Cimabue.

Y la señora Touchett hizo sonar la campanilla para que acudiese un criado.

Isabel se presentó poco después de que el sirviente fuese a buscarla, y madame Merle, al verla aparecer, pensó que la comparación de la señora Touchett no iba del todo descaminada. La joven estaba pálida y seria, aspecto que no se veía precisamente mitigado por el luto riguroso con el que iba vestida, pero aquella sonrisa suya de los momentos más alegres iluminó su rostro al ver a madame Merle, quien se acercó a ella, posó la mano en el hombro de nuestra heroína y, tras contemplarla un instante, la besó como si estuviese devolviéndole el beso que ella le había dado en Gardencourt. Esta fue la única alusión que la visitante, dando muestra de su exquisito tacto, hizo por el momento a la herencia recibida por su joven amiga.

La señora Touchett no tenía intención de esperar en Londres a que se vendiese la casa. Después de elegir entre el mobiliario los objetos que deseaba llevarse a su otra residencia, dejó el resto de los enseres para que se vendiesen en subasta pública, y partió hacia el continente. Como es natural, en el viaje la acompañaba su sobrina, quien ahora disponía del tiempo necesario para sopesar y ponderar, y para decidir qué hacer con aquella fortuna que le había caído del cielo y por la que madame Merle la había felicitado de forma velada. Isabel pensaba con mucha frecuencia en el hecho de haber entrado en posesión de tantos recursos, y lo analizaba desde una decena de perspectivas distintas; pero no vamos a tratar por el momento de seguir el hilo de sus pensamientos ni de explicar con exactitud por qué la idea de su nueva situación le resultó en

un principio agobiante. Lo cierto es que esa incapacidad de sentir una alegría inmediata fue más bien breve: la joven se convenció enseguida de que la riqueza era una virtud porque representaba la posibilidad de actuar, y eso no podía ser sino algo agradable. Era el lado contrario y encantador de la estúpida debilidad... sobre todo en su vertiente femenina. Ser débil, en el caso de una persona joven y delicada, no carecía de encanto, pero, después de todo, como Isabel se decía a sí misma, había otros encantos mayores que ese. La verdad era que por el momento, tras haberle enviado un cheque a Lily y otro a la pobre Edith, no tenía gran cosa que hacer, pero agradecía aquellos meses tranquilos que su ropa de luto y la reciente viudedad de su tía les obligaban a pasar juntas. La conciencia de poder la tornó seria: examinaba ese poder con una especie de fiereza no exenta de ternura, pero no se sentía impaciente por ejercitarlo. Comenzó a hacerlo pasado un tiempo, en el transcurso de una estancia en París de varias semanas en compañía de su tía, aunque de formas que inevitablemente resultaban triviales. Lo hizo de la manera más natural, siguiendo el dictado de una ciudad cuyas tiendas son la admiración del mundo, y aconsejada sin reservas por la señora Touchett, quien adoptó una rígida y práctica postura con respecto a la transformación de su sobrina de joven pobre en joven rica. «Ahora que eres una joven con fortuna, tienes que saber desempeñar tu papel... me refiero a desempeñarlo bien», le dijo a Isabel de manera tajante, y añadió que la primera obligación de la joven era tener cosas bonitas. «Tú no sabes cómo cuidar de tus cosas, pero debes aprender a hacerlo», añadió, y dijo que esta era la segunda obligación de Isabel. La joven la obedeció, pero por el momento su imaginación no se vio estimulada. Anhelaba tener oportunidades, pero no eran aquellas las que ella buscaba.

La señora Touchett rara vez alteraba sus planes, y, como con anterioridad al fallecimiento de su marido había sido su intención, pasar parte del invierno en París, no vio razón alguna para privarse a sí misma, y menos aún a su acompañante, de aquel placer. Aunque iban a llevar una vida de lo más retirada, todavía tenía la posibilidad de presentar a su sobrina, sin ceremonias, al reducido círculo de compatriotas suyos que habitaban en las proximidades de los Campos Elíseos. Mantenía amistad íntima con muchos de aquellos encantadores forasteros, con los cuales compartía expatriación, convicciones, pasatiempos y tedio. Isabel los veía aparecer con mucha asiduidad por el hotel de su tía, y la severidad con la que los juzgaba era tal que, no cabe la menor duda, solo puede explicarse por aquella exaltación pasajera de lo que ella consideraba deber del ser humano. Llegó al convencimiento de que las vidas de aquella gente, aunque lujosas, eran inanes, y se granjeó cierta animosidad al expresar dicha opinión en las alegres tardes de domingo en que aquellos estadounidenses expatriados se dedicaban a visitarse unos a otros. Pese a que sus interlocutores eran tenidos por un dechado de urbanidad gracias a los desvelos de sus cocineros y modistas, dos o tres de ellos opinaban que la

inteligencia de Isabel, en general reconocida, era inferior a la de las obras teatrales recién estrenadas.

—Viven todos ustedes aquí de esta forma... pero ¿adónde les conduce? — se complacía en preguntar Isabel—. A mí no me parece que conduzca a ninguna parte, y creo que muy pronto se cansarán de ella.

A la señora Touchett aquella le parecía una pregunta propia de Henrietta Stackpole. Las dos damas se habían encontrado con Henrietta en París, e Isabel se veía con ella constantemente, por lo tanto, la señora Touchett no iba del todo desencaminada cuando se decía para sus adentros que, si su sobrina no fuese lo suficientemente inteligente para mostrarse original en casi todo, cabría sospechar que había tomado prestado de su amiga periodista aquel tipo de comentarios. La primera ocasión en la que Isabel había hablado así fue en el transcurso de una visita que hicieron ambas damas a la señora Luce, una vieja amiga de la señora Touchett y la única persona en París a la que ahora iba a visitar. La señora Luce vivía en París desde la época de Luis Felipe, y solía decir en tono jocosos que pertenecía a la generación de 1830, broma cuyo sentido no siempre se entendía. Cuando eso sucedía, la explicación de la señora Luce era: «Oh, sí, yo soy una de las románticas». Jamás había logrado dominar el francés por completo. Siempre se encontraba en casa los domingos por la tarde, y rodeada de complacientes compatriotas que solían ser siempre los mismos. De hecho se encontraba en casa a todas horas, y en aquel confortable rincón de la deslumbrante ciudad reproducía con maravillosa exactitud el ambiente doméstico de su Baltimore natal. Eso reducía el papel del señor Luce, su dignísimo esposo —un caballero alto, enjuto, de pelo cano y muy atildado, que usaba un monóculo de oro y llevaba el sombrero un tanto echado hacia atrás—, a la mera alabanza platónica de las «distracciones» de París, como él las denominaba, ya que uno jamás habría adivinado de qué ocupaciones escapaba para ir a refugiarse en ellas. Una de ellas consistía en acudir todos los días al banco americano, donde había descubierto una oficina postal que era una institución con un ambiente casi tan agradable y familiar como el de cualquier ciudad de su país. Cuando hacía buen tiempo, se pasaba una hora en una silla de los Campos Elíseos, para después irse a cenar extraordinariamente bien a su propia mesa, dispuesta sobre un suelo encerado que era motivo de orgullo para la señora Luce al creer que no había otro más pulido en toda la capital de Francia. De vez en cuando cenaba con uno o dos amigos en el Café Anglais, donde su talento para escoger el menú era celebrado por sus acompañantes y causa de admiración incluso para el maître del establecimiento. Tales eran sus únicos pasatiempos conocidos, pero habían ocupado sus horas desde hacía más de medio siglo y sin duda justificaban su frecuente declaración de que no había un sitio como París. En ningún otro lugar, dadas las circunstancias, habría podido el señor Luce presumir de estar disfrutando de la vida. No había nada como París, pero es preciso confesar que

el señor Luce tenía ahora una opinión del escenario de su disipación menos favorable que en sus primeros tiempos. De la lista de sus recursos no podemos omitir sus reflexiones políticas, ya que eran sin duda alguna el motor que animaba muchas de aquellas horas que, a primera vista, podrían parecer vacuas. Al igual que muchos de sus compañeros expatriados, el señor Luce era un auténtico conservador, o mejor dicho, un conservador de los pies a la cabeza, y no daba su aprobación al gobierno que recientemente se había establecido en Francia. No tenía fe en que durase y, año tras año, aseguraba que su final estaba próximo. «Lo que necesitan es que los mantengan a raya, señor, bien a raya. Lo único que funciona con ellos es la mano dura, la bota de hierro», decía con frecuencia al hablar del pueblo francés, y su ideal de lo que debía ser un gobierno inteligente y acertado era el desaparecido Imperio. «París es un lugar mucho menos atractivo que en los tiempos del emperador, él sí que sabía hacer agradable esta ciudad», le comentaba con frecuencia a la señora Touchett, quien era de la misma opinión y quería saber qué otra razón podía haber para cruzar el odioso Atlántico si no era para huir de las repúblicas.

—Fíjese, señora, sentado en los Campos Elíseos, frente al Palacio de la Industria, yo he visto pasar arriba y abajo los carruajes de la corte procedentes de las Tullerías hasta siete veces al día. Recuerdo una ocasión en que llegaron a pasar nueve veces. ¿Y ahora qué se ve? No merece la pena mencionarlo, el estilo ha desaparecido. Napoleón sabía lo que los franceses necesitan, y una nube negra cubrirá París, nuestro París, hasta que se instaure de nuevo el Imperio.

Entre los asistentes a las veladas dominicales de la señora Luce había un joven con el que Isabel había mantenido largas conversaciones y a quien consideraba lleno de valiosos conocimientos. El señor Edward Rosier, conocido como Ned Rosier, era originario de Nueva York pero había crecido en París bajo la atenta mirada de su padre que, casualidades de la vida, había sido amigo íntimo desde la infancia del difunto señor Archer. Edward Rosier se acordaba de Isabel cuando era una niña pequeña; de hecho, había sido su padre el que socorrió a las pequeñas Archer en la posada de Neufchâtel (pasaba por el lugar cuando iba de viaje con su hijo y el azar hizo que parase en el mismo hotel) cuando la institutriz francesa de las niñas se había fugado con el príncipe ruso, y cuando durante varios días el señor Archer estuvo en paradero desconocido.

Isabel recordaba perfectamente a aquel pulcro muchachito cuyos cabellos desprendían un delicioso olor a cosmético y que tenía una *bonne* para él solo, a la que le habían encomendado no perderlo de vista bajo ningún pretexto. Isabel dio un paseo con ambos por las orillas del lago y pensó que el pequeño Edward era tan lindo como un ángel, comparación que para ella no era nada

convencional, pues tenía un concepto bien definido del tipo de rasgos que conforman un semblante angelical, y su nuevo amigo era un perfecto exponente de los mismos. Una carita sonrosada, coronada por un gorro de terciopelo azul y resaltada por una tiesa gorguera bordada, se había convertido en el rostro de sus sueños de niña; y, durante un tiempo después, había creído firmemente que los moradores celestiales conversaban entre ellos en un extraño dialecto mezcla de inglés y francés con el que expresaban sus más bellos sentimientos; como, por ejemplo, cuando Edward le había dicho que su *bonne* le «había defendido» acercarse al borde del lago y que siempre había que obedecer a la *bonne* de uno. El inglés de Ned Rosier había mejorado o, al menos, ya no mostraba tantas interferencias del francés. Su padre había muerto y se había prescindido de los servicios de la *bonne*, pero el joven seguía fiel al espíritu de las enseñanzas recibidas de ambos y nunca se acercaba a la orilla del lago. Seguía habiendo en él algo que resultaba placentero al olfato y que no desagradaba a los sentidos más nobles. Era un joven muy gentil y agraciado, con lo que suele llamarse gustos cultivados... conocedor de la porcelana antigua, de los buenos vinos, de las encuadernaciones de los libros, del Almanaque de Gotha, de las mejores tiendas y los mejores hoteles, de los horarios de los trenes. Era tan bueno eligiendo el menú de una cena como el señor Luce y lo más probable parecía que, cuando acumulase experiencia, se convirtiese en digno sucesor de aquel caballero, cuyas opiniones políticas un tanto lúgubres también defendía con voz suave e inocente. Tenía unos aposentos encantadores en París, decorados con antiguos encajes españoles de iglesia que eran la envidia de sus amigas, quienes decían que la repisa de su chimenea estaba mejor cubierta que los hombros de muchas duquesas. Por lo general, pasaba parte del invierno en Pau y en una ocasión había vivido dos meses en Estados Unidos.

Edward se interesó mucho por Isabel y se acordaba perfectamente del paseo por Neufchatel y de cómo ella se empeñaba en acercarse a la orilla del lago. Le pareció reconocer aquella misma tendencia en la cuestión subversiva que he mencionado hace un momento y se dispuso a responder a la pregunta de nuestra heroína con una cortesía tal vez mayor de la que la misma merecía.

—¿Qué adónde conduce, señorita Archer? Está claro que París conduce a todas partes. No se puede llegar a ningún sitio sin antes haber pasado por París. Todo el que viene a Europa tiene que pasar por aquí. ¿Qué no lo dice tan solo en este sentido? ¿Se refiere usted a qué bien puede hacerle a uno? Es que, ¿es acaso posible adivinar el futuro? ¿Cómo puede saberse lo que nos depara? Si el camino es placentero, a mí no me importa adónde me conduzca. A mí me gusta el camino, señorita Archer, el viejo y querido asfalto. Es imposible llegar a cansarse de él... por mucho que uno se empeñe. Usted se figura que se hartaría, pero no es así: siempre hay algo nuevo por descubrir. Ahí tiene, por ejemplo, la casa Drouot. A veces celebran tres y hasta cuatro subastas en una

misma semana. ¿En qué otro lugar puede usted encontrar las cosas que se pueden conseguir aquí? Y, pese a todo lo que digan, sostengo que además son más baratas, si se sabe el sitio adecuado. Yo conozco muchos sitios, pero me los guardo para mí. Si quiere, se los enseñaré a usted, pero solo como un favor especial y a condición de que no se lo diga a nadie más. No se le ocurra ir a ningún sitio sin preguntarme a mí antes, quiero que me lo prometa. Como regla general, evite los bulevares lo más posible, hay muy poco que hacer allí. Sinceramente hablando, sans blague, no creo que haya nadie que conozca París mejor que yo. Usted y la señora Touchett deben venir a almorzar algún día conmigo y les mostraré mis cosas; je ne vous dis que ça! Últimamente se habla mucho de Londres, está de moda poner Londres por las nubes. Pero la verdad es que no hay color, que en Londres no hay nada. No hay estilo Luis XV, ni nada del Primer Imperio... nada aparte de ese eterno Reina Ana, que está muy bien para la alcoba, o para el cuarto de aseo, pero que no es adecuado para un salón. ¿Que si me paso la vida en las subastas? —prosiguió el señor Rosier en respuesta a otra pregunta que le hiciera Isabel—. No, qué va, no tengo los medios. ¡Ojalá los tuviera! Usted se figura que soy un frívolo, lo estoy viendo en la expresión de su cara. Tiene usted un rostro de lo más expresivo. Espero que no le importe que se lo diga, es una especie de advertencia. Usted cree que yo debería hacer algo y yo opino lo mismo, siempre y cuando se quede en vaguedades. Porque si se llega al meollo de la cuestión, habrá que dejarlo. Yo no puedo volver a nuestro país y ser comerciante. ¿Cree que estoy dotado para ello? Ay, mi querida señorita Archer, me sobreestima usted. Soy muy bueno comprando, pero no sé vender; tendría usted que verme en las ocasiones en que intento deshacerme de alguna de mis cosas. Se precisa mucha más habilidad para hacer comprar a los demás que para comprar uno mismo. ¡Cuando pienso lo inteligentes que deben de ser los que consiguen hacerme comprar algo! ¡Ah, no! Yo no podría de ninguna manera ser comerciante. Tampoco puedo ser médico, es una profesión repulsiva. No puedo ser clérigo, carezco de vocación. Y, además, soy incapaz de pronunciar bien los nombres de la Biblia. Son muy difíciles, sobre todo los del Antiguo Testamento. No puedo ser abogado, porque no entiendo el... ¿cómo se llama?... el *procédure* estadounidense. ¿Hay algo más? Nada. Para un caballero, en Estados Unidos no hay nada que hacer. Me agradaría ser diplomático, pero la diplomacia estadounidense tampoco es que sea para caballeros. Estoy seguro de que si hubiera visto usted la última mi...

Henrietta Stackpole, quien a menudo se encontraba en compañía de su amiga cuando el señor Rosier, al ir a visitarla a última hora de la tarde, se expresaba de la forma que acabo de esbozar, solía interrumpir al joven al llegar a ese punto para soltarle un sermón sobre los deberes del ciudadano estadounidense. En su opinión el señor Rosier era una persona muy poco natural, incluso peor que el pobre Ralph Touchett. No obstante, por aquella

época, Henrietta era más dada que nunca a hacer duras críticas, porque su conciencia se había visto de nuevo removida con respecto a Isabel. No había felicitado a la joven por su nueva fortuna y le había rogado que la excusara de hacerlo.

—Si el señor Touchett me hubiese consultado sobre si debía dejarte ese dinero —declaró con toda franqueza—, yo le habría dicho: «¡Jamás!».

—Ya veo —había respondido Isabel—. Crees que, en cierto modo, esto será como una maldición encubierta para mí. Tal vez lo sea.

—Déjeselo a otra persona por la que sienta menos aprecio... eso es lo que le habría dicho.

—¿A ti, por ejemplo? —preguntó Isabel bromeando, para añadir en tono más serio—: ¿De verdad crees que esto será mi perdición?

—Espero que no sea así, pero lo que está claro es que va a confirmar tus peligrosas inclinaciones.

—¿Hablas del gusto por el lujo... del derroche?

—No, no —dijo Henrietta—, me estoy refiriendo a la parte vulnerable de tu moral. Yo apruebo el lujo, creo que debemos ser tan elegantes como podamos. Piensa en el lujo de las ciudades del oeste de nuestro país, yo no he visto nada aquí que sea comparable. Espero que jamás te vuelvas sensual hasta la vulgaridad, pero no es eso lo que temo. El peligro para ti reside en que vives demasiado inmersa en el mundo de tus propios sueños. En que no mantienes suficiente contacto con la realidad, con el trabajo, la lucha, el sufrimiento, incluso diría el pecado, del mundo que te rodea. Eres demasiado refinada, albergas demasiadas ilusiones de elegancia. La fortuna que acabas de adquirir te aislará cada vez más y tus relaciones se limitarán a un grupo de gente egoísta y sin corazón a la que lo único que le interesará será tu dinero.

Los ojos de Isabel se abrieron como platos al imaginarse tan terrible escena.

—¿Y cuáles son esas ilusiones mías? —preguntó—. Yo me esfuerzo cuanto puedo por no tenerlas.

—Pues verás —respondió Henrietta—, crees que puedes llevar una vida romántica, que puedes vivir complaciéndote a ti misma y complaciendo a los demás. Y vas a descubrir hasta qué punto estás equivocada. No importa el tipo de vida que lleves: para que las cosas salgan medianamente bien, es necesario poner el alma en ella; y en el momento en que lo haces, el romanticismo desaparece, te lo aseguro, y se convierte en la cruda realidad. Y no puedes complacerte siempre a ti misma, a veces es necesario complacer a los demás. Reconozco que eso tú estás muy dispuesta a hacerlo, pero hay otra cosa que es

aún más importante: a menudo hay que contrariar a los demás. Y hay que estar siempre dispuesta a hacerlo, y no tratar de evitarlo. Y eso es algo que a ti no te va en absoluto: te gusta demasiado que te admiren y que tengan buena opinión de ti. Crees que uno puede escabullirse de las obligaciones desagradables adoptando ideas románticas: esa es tu mayor ilusión, mi querida amiga. Pero eso es imposible. En la vida existen numerosas ocasiones en la que hay que estar preparada para no complacer a nadie... ni siquiera a una misma.

Isabel meneó la cabeza con tristeza. Parecía preocupada y asustada.

—Y para ti, Henrietta, esta debe de ser una de esas ocasiones de las que hablas.

Era sin duda cierto que la señorita Stackpole, durante su visita a París, que profesionalmente le había resultado más fructífera que la estancia en Inglaterra, no había estado habitando en el mundo de los sueños. El señor Bantling, que ahora ya había regresado a Inglaterra, había sido su acompañante durante las primeras cuatro semanas en la ciudad; y cabe decir que el señor Bantling de soñador no tenía nada. Isabel supo por su amiga que la relación personal entre ambos había sido muy íntima, lo que había redundado en beneficio de Henrietta, pues el conocimiento que de París tenía el caballero era grande. Se lo había explicado todo, se lo había mostrado todo, había sido su guía, su intérprete constante. Habían desayunado juntos, almorzado juntos, asistido juntos al teatro, cenado juntos; en realidad, habían vivido en cierta manera juntos. Bantling era un amigo de verdad, le aseguró Henrietta en más de una ocasión a nuestra heroína, y ella jamás habría imaginado que un inglés pudiera llegar a gustarle tanto. Isabel no habría sabido explicar el porqué, pero en aquella alianza establecida entre la corresponsal del Interviewer y el hermano de lady Pensil encontraba algo que despertaba su hilaridad; es más, lo divertido del asunto persistía aun frente al hecho de que dicha alianza los honraba a ambos. Isabel no conseguía librarse de la sospecha de que ninguno de los dos comprendía hasta cierto punto los propósitos del otro, de que la ingenuidad de ambos los había hecho caer en una trampa. Pero no por ello era menos honorable la ingenuidad de ambas partes. Tan admirable resultaba el hecho de que Henrietta creyera que el señor Bantling estaba interesado en la difusión del periodismo ameno y en la consolidación de la posición de las corresponsales femeninas, como el de que el caballero imaginase que la causa del Interviewer (publicación sobre la que él jamás llegó a formarse una idea muy definida) no era otra cosa, si se la analizaba con sutileza (tarea para la que el señor Bantling se sentía perfectamente capacitado), que la necesidad que tenía la señorita Stackpole de que le demostrasen afecto. En todo caso, cada uno de aquellos dos solteros inseguros llenaba un vacío del que el otro era dolorosamente consciente. El señor Bantling, que era de naturaleza más bien lenta y discursiva, disfrutaba

con una mujer vivaz, entusiasta y positiva, que lo encandilaba con su visión brillante e inquisitiva y con una especie de frescura prístina, y que avivaba en su espíritu, al que el habitual menú que la vida ofrecía resultaba insípido, la percepción de lo picante. Henrietta, por su parte, disfrutaba de la compañía de un caballero que, a su manera (gracias a procesos costosos, indirectos y casi pintorescos), parecía hecho a propósito para ella, un hombre cuya situación ociosa, aunque indefendible en general, constituía una auténtica bendición para una compañera infatigable, y que era alguien que siempre tenía una respuesta pronta, tradicional, aunque de ningún modo exhaustiva, ante cualquier cuestión social o práctica que pudiese surgir. Encontraba a menudo muy acertadas las respuestas del señor Bantling, y en su apresuramiento por tener listas las crónicas para enviarlas por correo a Estados Unidos, hacía uso abundante y público de dicha fuente. Era de temer que estuviese de hecho deslizándose hacia aquellos abismos de sofisticación contra los que Isabel, buscando una réplica graciosa, la había puesto en guardia. Tal vez el peligro acechase a Isabel, pero, por lo que respectaba a la señorita Stackpole, era del todo improbable que acabase encontrando acomodo permanente en la adopción de las ideas de una clase empeñada en cometer los abusos de siempre. Isabel continuaba poniéndola en guardia con buen humor, y el atento hermano de lady Pensil era a veces, en labios de nuestra heroína, objeto de alusiones burlonas e irreverentes. No había nada, sin embargo, capaz de superar la afabilidad de Henrietta al respecto, ya que acostumbraba a sumarse a los irónicos comentarios de Isabel y a referir con regocijo las horas que había pasado en compañía de aquel perfecto hombre de mundo... un término que para ella había dejado de tener el sentido peyorativo de antes. Luego, al cabo de solo unos momentos, se olvidaba de que habían estado hablando en tono jocoso y mencionaba con auténtico entusiasmo alguna excursión realizada en compañía del caballero en cuestión.

—Ah, me conozco Versalles de memoria. Fui con el señor Bantling. Yo iba dispuesta a verlo a fondo y antes de ir le advertí de que era extremadamente concienzuda. Así que nos alojamos tres días en un hotel y nos dedicamos a recorrer todos los rincones del lugar. Hacía un tiempo delicioso, una especie de veranillo de San Martín, aunque no tan bueno. Vivíamos prácticamente en aquellos jardines. No, no hay nada de Versalles que yo no sepa.

Al parecer, Henrietta había acordado reunirse en primavera con su galante amigo en Italia.

Ya antes de llegar a París, la señora Touchett había fijado la fecha de su partida, y a mediados de febrero había emprendido el trayecto hacia el sur. Interrumpió el viaje para hacer una visita a su hijo, quien había estado pasando un invierno soleado y aburrido en San Remo, en la costa mediterránea de Italia bajo una sombrilla blanca que apenas se mecía. Isabel, como era de esperar, acompañaba a su tía, pese a que la señora Touchett, con su lógica acostumbrada, le había propuesto un par de alternativas.

—Ahora, está claro, eres dueña absoluta de tu destino y libre como un pájaro. No estoy diciendo que antes no lo fueras, pero tu situación presente es distinta: la riqueza establece una especie de barrera. Cuando uno es rico puede hacer muchas cosas que de ser pobre recibiría severas críticas. Puedes ir y venir a tu antojo, viajar sola, establecer tu propia residencia: siempre, claro está, que te busques una acompañante, una dama venida a menos, de abrigo raído y pelo teñido, y que pinte sobre terciopelo. ¿No crees que eso te agradase? Naturalmente, puedes hacer lo que te plazca. Lo único que quiero es que entiendas hasta qué punto eres libre. Podrías tomar a la señorita Stackpole como dame de compagnie: ella sabría muy bien mantener a la gente a distancia. Sin embargo, creo que sería mucho mejor que continuases a mi lado, aunque no tengas obligación alguna. Sería mejor por varias razones, dejando aparte que sea o no de tu agrado. Yo creo que no lo sería, pero te recomiendo que hagas el sacrificio. Está claro que la novedad que en un principio podría haber representado mi compañía ya habrá desaparecido por completo, y que me ves tal como soy: una anciana terca, aburrida y estrecha de miras.

—Yo no la encuentro aburrida en absoluto —había respondido Isabel ante aquellas palabras.

—Pero ¿sí me crees terca y estrecha de miras? ¡Ya te lo he dicho...! —exclamó la señora Touchett, encantada de estar en lo cierto.

Isabel continuaba de momento con su tía, porque, pese a sus propios impulsos excéntricos, sentía gran respeto por lo que normalmente se consideraba decente, y una joven dama sin parientes conocidos siempre le había parecido una flor sin pétalos. Era cierto que la conversación de la señora Touchett no había vuelto a parecerle tan deslumbrante como aquella primera tarde en Albany, cuando se había sentado sin despojarse del impermeable mojado y había enumerado las oportunidades que Europa ofrecía a una joven de buen gusto. Sin embargo, aquello había sido en gran medida culpa de la propia Isabel, ya que había visto solo retazos de la experiencia de su tía y había anticipado en su imaginación las opiniones y emociones de una mujer tan desprovista de dicha facultad. Aparte de esto, la señora Touchett contaba con un gran mérito: era recta como un huso. Su rigidez y su firmeza resultaban reconfortantes, uno sabía con exactitud dónde encontrarla y no corría el riesgo de tropiezos ni encontronazos. Estaba siempre muy presente en su propio

terreno, pero jamás mostraba excesiva curiosidad por el terreno de su prójimo. Isabel, al final, llegó a sentir por ella una especie de lástima inefable, pues parecía que hubiese algo terriblemente triste en la condición de una persona cuya naturaleza, por así decirlo, ofrecía una superficie tan limitada, un espacio tan reducido, a las posibilidades del contacto humano. Nada mínimamente tierno ni compasivo había tenido jamás oportunidad de arraigar en ella, ni simiente alguna traída por el viento ni el musgo suave de lo familiar. En otras palabras, la superficie pasiva que ofrecía a los demás tenía más o menos el ancho del filo de una navaja. Sin embargo, Isabel tenía razones para creer que, a medida que avanzaba en edad, su tía iba haciendo más concesiones a algo confusamente distinto a la conveniencia... y más de las que por su parte se permitiría. Estaba aprendiendo a sacrificar la coherencia a consideraciones de orden inferior, para las que había que encontrar excusa en cada caso particular. No era precisamente muestra de aquella inflexibilidad suya el hecho de que hubiese elegido el camino más largo a Florencia a fin de pasar unas cuantas semanas con su hijo enfermo, ya que en años anteriores una de sus convicciones más firmes había sido la de que si Ralph quería verla, no tenía más que recordar que en el palazzo Crescentini había un amplio apartamento con el nombre de los aposentos del signorino.

—Hay algo que quiero preguntarte —le dijo Isabel al joven al día siguiente de su llegada a San Remo—. Es algo que en más de una ocasión he pensado en preguntarte por carta, pero que no acababa de decidirme a poner por escrito. Cara a cara, sin embargo, la pregunta no me resulta tan difícil. ¿Estabas enterado de que tu padre tenía intención de dejarme tanto dinero?

Ralph estiró las largas piernas un poco más de lo normal y miró hacia el Mediterráneo con un poco más de intensidad.

—¿Qué importa, querida Isabel, si estaba enterado? Mi padre era un hombre muy terco y obstinado.

—O sea que sí que lo sabías —dijo la joven.

—Sí, mi padre me lo contó. Hasta hablamos un poco del asunto.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Isabel con brusquedad.

—Bueno, imagino que fue como una especie de cumplido.

—¿Un cumplido a qué?

—A lo hermoso que es que existas.

—Me tenía demasiado cariño.

—Eso nos pasa a todos.

—Si creyese tal cosa, sería muy desgraciada. Por fortuna, no me lo creo.

Quiero que se me trate con justicia. No deseo otra cosa.

—Muy bien, pero no debes olvidar que hacer justicia a un ser encantador es, al fin y al cabo, un sentimiento más bien retórico.

—Yo no soy un ser encantador. ¿Cómo puedes decirme eso justo cuando te estoy haciendo preguntas tan odiosas? ¡Debo de parecerme muy delicada!

—Lo que me pareces es preocupada —dijo Ralph.

—Estoy preocupada.

—¿Por qué razón?

Por un instante, Isabel no dijo nada; luego saltó:

—¿Crees que es bueno para mí haberme vuelto tan rica de repente? Henrietta opina que no.

—¡Pues que la zurzan a Henrietta! —exclamó Ralph con ordinariéz—. Si quieres saber mi opinión, te diré que yo estoy encantado.

—¿Lo hizo tu padre por esa razón... para que tú estuvieses contento?

—A diferencia de la señorita Stackpole —añadió Ralph ya más en serio—, yo creo que es bueno para ti contar con medios.

Isabel lo contempló con mirada seria.

—Yo me pregunto si sabes lo que es bueno para mí... o si te importa.

—Sé qué te conviene, y puedes estar segura de que me importa. ¿Quieres que te diga de qué se trata? De que dejes de atormentarte.

—De que deje de atormentarte a ti, querrás decir.

—Eso no está en tus manos; yo soy la prueba. Tómate las cosas con más calma. No te preguntes tanto si esto o lo de más allá es bueno para ti. No interrogues tanto a tu conciencia, o acabará desafinada como un piano aporreado. Resérvalo para las ocasiones importantes. No te empeñes tanto en forjar tu carácter, es igual que tratar de abrir de golpe una rosa joven y prieta. Vive como más te agrada, y ya se encargará tu carácter de forjarse él solo. Mucho de lo que te ocurre es bueno para ti; son contadas las excepciones, y disfrutar de una buena renta no es una de ellas. —Ralph se interrumpió, sonriente. Isabel había estado escuchándolo con atención—. Tienes demasiada capacidad para pensar; sobre todo, demasiada conciencia —añadió—. Es increíble la cantidad de cosas que te parecen mal. No analices tanto. Purga tu fiebre. Extiende las alas y despega del suelo. No hay nada malo en ello.

Como digo, Isabel lo había estado escuchando con mucha atención, y formaba parte de su naturaleza entender con rapidez.

—Me pregunto si te das cuenta de lo que dices, porque, si es así, estás asumiendo una gran responsabilidad.

—Me asustas un poco, pero creo que tengo razón —dijo Ralph, sin perder el buen humor.

—De todas formas, lo que dices es muy cierto —insistió Isabel—. No podrías haber dicho una verdad mayor. Estoy completamente ensimismada, veo la vida como si fuera un remedio prescrito por un médico. ¿Por qué razón tenemos que plantearnos sin cesar si las cosas nos convienen o no, como si fuésemos pacientes internados en un hospital? ¿Por qué habría de tener tanto temor a no hacer lo correcto? ¡Cómo si al mundo le importase que yo acierte o me equivoque!

—Da gusto aconsejar a alguien como tú —dijo Ralph—. ¡Me dejas sin argumentos!

Isabel lo miró como si no hubiese oído, aunque seguía el hilo de los pensamientos que él había iniciado.

—Yo intento preocuparme más del resto del mundo que de mí misma, pero siempre acabo volviendo a mí. Y es porque tengo miedo. —Se detuvo porque le temblaba un poco la voz—. Sí, no sabes hasta qué punto tengo miedo. Una gran fortuna implica libertad, y eso me asusta. Es algo maravilloso, y debería sacársele el mayor rendimiento posible. De no hacerlo así, habría que sentirse avergonzado. Y es algo en lo que hay que pensar todo el tiempo; es un esfuerzo constante. No estoy segura de si no sería una bendición mayor no tener tanto poder.

—Yo no dudo de que para los débiles sea una mayor bendición. Para las personas débiles el esfuerzo necesario para no ganarse el desdén debe de ser enorme.

—¿Y cómo sabes tú que yo no soy débil? —preguntó Isabel.

—Ah —respondió Ralph con un rubor que no pasó inadvertido para la joven—, si lo fueras, me habría equivocado por completo.

El encanto de la costa mediterránea no hizo sino aumentar para nuestra heroína con el paso de los días, pues era el umbral de Italia, la puerta a la fascinación. Italia, todavía escasamente sentida y entrevista, se abría ante ella como una tierra de promisión, una tierra en la que el amor a la belleza podía verse saciado por un conocimiento infinito. Cada vez que paseaba con su primo por la orilla del mar (lo acompañaba en su paseo diario), dirigía la mirada con anhelo a lo lejos, hacia donde sabía que se encontraba Génova. Se alegraba, sin embargo, de hacer un alto justo antes de adentrarse en aquella aventura más grandiosa, pues hasta aquel preámbulo, aquella espera, le

resultaba emocionante. Se le antojaba un interludio apacible, como si hubiesen enmudecido los tambores y pífanos que acompañaban una carrera que de momento tenía pocas razones para considerar agitada, pero que, pese a todo, imaginaba sin cesar a través del prisma de sus anhelos, sus miedos, sus fantasías, sus ambiciones, sus predilecciones, y que reflejaba con suficiente dramatismo todos esos elementos subjetivos. Madame Merle le había pronosticado a la señora Touchett que, cuando su joven amiga hubiera metido la mano en el bolsillo una media docena de veces, se reconciliaría con la idea de que un tío muy espléndido se lo había llenado, y los hechos daban fe, como a menudo había sucedido en el pasado, de la perspicacia de la dama. Ralph Touchett había alabado a su prima por su moral tan receptiva, es decir, por la rapidez con la que asumía cualquier sugerencia que se le hiciese a modo de buen consejo. Tal vez los consejos del joven influyesen en la cuestión, pero, de cualquier forma, antes de partir de San Remo, Isabel se había acostumbrado ya a sentirse rica. La conciencia de tal situación se hizo un hueco entre un pequeño y denso grupo de ideas que la joven albergaba con respecto a sí misma, y, por lo general, no le resultaba precisamente desagradable. Dicho convencimiento daba siempre por sentado toda una serie de buenas intenciones. Isabel se sumergió en un laberinto de visiones y, examinadas en su conjunto, resultaba sublime la de cosas maravillosas que podía hacer una joven rica, independiente y generosa, que contaba con una perspectiva muy humana de las oportunidades y las obligaciones. Su fortuna pasó así a formar parte de lo mejor de su ser: le proporcionaba importancia e incluso, a su manera de ver, le confería cierta belleza ideal. Ahora bien, el efecto que en opinión de los demás la riqueza producía en ella es harina de otro costal, y a él nos referiremos a su debido tiempo. Las visiones a las que acabo de referirme se entremezclaban con otros dilemas. Isabel prefería pensar en el futuro que en el pasado, pero en ocasiones, mientras escuchaba el rumor de las olas del Mediterráneo, volvía atrás la mirada, que iba a posarse en dos figuras que todavía, pese a la creciente distancia, ocupaban un lugar destacado y que eran fácilmente reconocibles como lord Warburton y Caspar Goodwood. Resulta extraño ver con qué celeridad aquellos personajes tan llenos de fuerza se habían visto relegados a un segundo plano en la vida de nuestra joven dama. Era parte integral de su naturaleza perder la fe en la realidad de las cosas ausentes; en caso necesario, podía hacer un esfuerzo y recobrar esa fe, pero incluso cuando la realidad había sido placentera, el esfuerzo resultaba con frecuencia doloroso. Lo pasado tenía propensión a parecer muerto, y su recreación, a mostrar la luz violácea del día del juicio final. Además, la joven no acostumbraba a dar por sentado que los demás la tuviesen en mente, no era lo suficientemente fatua para creer que la huella que dejaba era indeleble. Podría sentirse herida al descubrir que la habían olvidado, pero, de entre todas las libertades, la que para ella resultaba más dulce era la libertad de olvidar.

No había quemado su último cartucho, sentimentalmente hablando, ni con Caspar Goodwood ni con lord Warburton; sin embargo, no podía evitar pensar que ambos estaban considerablemente en deuda con ella. Como es natural, no se había olvidado de que iba a volver a tener noticias de Caspar Goodwood en un futuro, pero todavía faltaba un año y medio para ello, y en ese tiempo podían ocurrir muchas cosas. Ni se le había pasado por la imaginación que su pretendiente estadounidense pudiese encontrar otra joven más fácil de cortejar, puesto que, si bien era cierto que muchas otras jóvenes demostrarían serlo, no creía ni por un instante que a él le resultase atrayente dicha ventaja. Sin embargo, sus reflexiones le decían que ella misma podría llegar a experimentar la humillación de cambiar de idea, que podría realmente llegar a agotar todo aquello que no representaba Caspar (por mucho que en apariencia fuese inagotable), y encontrar solaz precisamente en aquellos elementos de la personalidad del joven que ahora le parecían impedimentos para respirar con libertad. Cabía la posibilidad de que algún día esos mismos impedimentos revelasen una bendición oculta, un puerto tranquilo de aguas claras, rodeado de un firme rompeolas de granito. Pero ese día llegaría cuando tuviese que llegar, y ella no iba a esperar hasta entonces de brazos cruzados. La idea de que lord Warburton continuase venerando su imagen le parecía que rebasaba los límites de lo que una noble humildad y un orgullo clarividente podrían desear. Era tanto el empeño y tanta la decisión que había puesto en borrar todo recuerdo de lo ocurrido entre ambos que lo justo sería que él, por su parte, hiciese un esfuerzo similar. Y, aunque pudiese parecerlo, esta no era una mera teoría teñida de sarcasmo. Isabel creía sinceramente que su señoría podría, como suele decirse, superar el desengaño. Se había sentido muy afectado, de eso estaba convencida, y todavía era capaz de obtener placer en esa convicción; pero era absurda la idea de que un hombre tan inteligente, y que había recibido un trato tan honorable, quisiera mantener abierta una cicatriz que no guardaba proporción con la herida sufrida. Además, se decía Isabel, a los ingleses lo que les gustaba era vivir tranquilos, y, a largo plazo, lord Warburton no iba a tener mucha tranquilidad si se dedicaba a pensar con nostalgia en una joven estadounidense independiente, que no había sido otra cosa que una amistad pasajera. E Isabel se hacía la ilusión de que, si el día menos pensado le llegaba la noticia de que lord Warburton se había casado con una joven de su país que había hecho más para merecerlo, la recibiría sin sentir la más mínima punzada ni siquiera de sorpresa. Sería la prueba de que la consideraba una mujer firme en sus convicciones, que era como quería que él la viera. Solo con eso, su orgullo se daba por satisfecho.

Unos seis meses después de la muerte del señor Touchett, un día a principios de mayo, un pequeño grupo que un pintor habría podido describir como una armoniosa composición se encontraba reunido en una de las innumerables estancias de una antigua villa que coronaba una colina recubierta de olivos más allá de la Puerta Romana de Florencia. La villa era una estructura larga, de apariencia un tanto anodina, con uno de esos tejados rematados por anchos aleros que tanto gustan en la Toscana y que vistos desde la distancia, en lo alto de las colinas que rodean Florencia, forman armoniosos rectángulos junto a los oscuros cipreses, enhiestos y bien perfilados, que normalmente se alzan en grupos de tres o cuatro en las proximidades. La fachada de la casa se alzaba tras una pequeña piazza vacía, cubierta de hierba y de aspecto rural, que cubría parte de la cima de la colina; en ella se abrían unas cuantas ventanas irregularmente distribuidas, en cuya base había bancos de piedra de la misma longitud, en los que podían acomodarse una o dos personas con ese aire de subestimada valía con que en Italia, por alguna razón desconocida, se inviste indulgentemente a aquellos que asumen una actitud confiada y totalmente pasiva; no obstante, a aquella fachada sólida, antigua y ajada por el tiempo pero aun así imponente, mostraba un carácter poco abierto a la comunicación. Era la máscara, no el rostro de la casa. Tenía párpados pesados, pero no ojos. La casa, en realidad, miraba hacia el lado contrario, daba por la parte de atrás a unos espléndidos espacios abiertos, envueltos en las tonalidades de la luz vespertina. Por ese lado, la villa dominaba la ladera de la colina y el extenso valle del Arno, con los colores del paisaje italiano difuminados por la calima. Contaba con un estrecho jardín, a manera de terraza, formado principalmente por una maraña de rosales silvestres y más bancos de piedra antiguos, cubiertos de musgo y calentados por el sol. El murete de la terraza tenía la altura justa para asomarse por él, y allá abajo el terreno se iba desdibujando hasta perderse en una nebulosa de olivares y viñedos. Sin embargo, no es el exterior del edificio lo que ahora nos interesa, pues en aquella esplendorosa mañana de primavera los ocupantes del mismo tenían buenas razones para preferir la umbría del otro lado de sus muros. Vistas desde la piazza, las ventanas de la planta baja de nobles proporciones ofrecían una gran prestancia arquitectónica, pero daba la impresión de que su función no fuese tanto la de facilitar la comunicación con el exterior como la de impedir que fuese el mundo el que se asomase a su interior. Estaban protegidas por enormes rejas y situadas a tal altura que la curiosidad, incluso poniéndose de puntillas, se esfumaba antes de alcanzarlas. En una estancia iluminada por una hilera de tres de estas celosas aberturas, en uno de los muchos apartamentos en los que la villa estaba dividida y que ocupaban principalmente extranjeros de diversa procedencia que llevaban largo tiempo en Florencia, se hallaba sentado un caballero en compañía de una niña y de dos religiosas. Dicha estancia, sin embargo, resultaba menos sombría de lo que

nuestra descripción podría haber hecho suponer, pues contaba con una amplia puerta de gran altura, que ahora estaba abierta al enmarañado jardín de atrás. Además, las altas celosías de hierro dejaban pasar en ocasiones luz más que suficiente del sol italiano. Se trataba, asimismo, de una estancia cómoda y realmente lujosa, que delataba una decoración estudiada al detalle y un refinamiento sin tapujos, y que albergaba toda una variedad de esos cortinajes de damasco y tapices desvaídos, de esos arcones y vitrinas de madera de roble tallada y bruñida por el tiempo, de esas muestras de arte pictórico de figuras angulosas con marcos igualmente primitivos y ostentosos, de esas reliquias de cobre y cerámica medievales de perverso aspecto, de los que Italia ha sido durante tanto tiempo, y continúa siendo, proveedora inagotable. Dichos objetos convivían en armonía con algunas piezas de mobiliario moderno, de un diseño concebido en gran medida para el acomodo de una generación ociosa, como revelaban las mullidas butacas de asientos hondos y el gran espacio ocupado por un escritorio, cuya ingeniosa perfección llevaba el inconfundible sello de Londres y del siglo XIX. Había toda una profusión de libros, revistas y periódicos, además de algunos cuadros de pequeño tamaño, extraños y muy elaborados, pintados casi todos a acuarela. Una de dichas obras aparecía sobre un caballete ante el que se había situado, en el momento en que empezamos a fijarnos en ella, la niña que antes he mencionado. Contemplaba el cuadro en silencio.

El silencio, el silencio absoluto, no había descendido sobre sus acompañantes, pero la conversación entre ellos parecía de una continuidad forzada. Las dos religiosas no se habían arrellanado en sus respectivos asientos, su actitud mostraba completa reserva y en sus rostros se veía un velo de prudencia. Eran dos mujeres corpulentas, poco agraciadas y de facciones dulces, con un aire de modestia práctica que se veía realzada por la impersonal tiesura de los hábitos de lino y sarga que las envolvían como si estuviesen claveteados a un marco. Una de ellas, mujer ya de cierta edad, con gafas, de tez fresca y mejillas redondas, tenía un aire más despierto que su compañera, y parecía además ser la responsable de aquella visita, que aparentemente guardaba relación con la niña. Esta última no se había despojado del sombrero, un adorno de extremada sencillez y que no desentonaba con su sencillo vestido de muselina, demasiado corto para su edad, aunque seguramente ya le habían bajado el dobladillo. El caballero, que se suponía que debería estar atendiendo a las dos monjas, era tal vez consciente de las dificultades que entrañaba su cometido, ya que, en cierta manera, resulta igual de arduo conversar con los muy humildes que con los muy poderosos. Al mismo tiempo, se le veía muy interesado en el silencioso objeto bajo tutela de las monjas, y mientras esta estaba de espaldas a él, su mirada grave se posaba en la figura pequeña y delgada de la niña. Era un hombre de unos cuarenta años, de frente alta y cabeza bien proporcionada, cubierta por un cabello, todavía espeso, aunque

prematuramente encanecido, que llevaba muy corto. Tenía un rostro fino y largo, de facciones bien modeladas y expresión serena, cuyo único defecto era una tendencia a resultar un tanto demasiado anguloso, efecto al que contribuía en no poca medida la forma de la barba. La barba en cuestión, recortada al estilo de los retratos del siglo XVI y rematada por un bigote rubio cuyas guías se curvaban hacia arriba a la manera romántica, confería a su dueño un aire extranjero e indicaba que se trataba de un caballero que prestaba atención al estilo. Sin embargo, sus ojos alerta y curiosos, de mirada a la vez vaga y penetrante, inteligente y dura, que delataban a una persona observadora a la par que soñadora, os habrían convencido de que cuidaba el estilo siempre dentro de unos límites bien establecidos, y de que siempre que lo buscaba, lo encontraba. Habría resultado tarea casi imposible determinar el clima y el país de su procedencia, ya que carecía de esos rasgos superficiales que normalmente convierten la respuesta a dicha cuestión en algo fácil e insípido. Si era inglesa la sangre que corría por sus venas, estaría probablemente mezclada con gotas de francesa o italiana; pero en la fina moneda de oro que era aquel hombre no se advertía ni el sello ni el emblema con los que normalmente se acuñan las destinadas a la circulación general; él era esa moneda elegante y compleja que se forja para una ocasión especial. Su figura era liviana, delgada y de apariencia un tanto lánguida, y daba la impresión de no ser ni alto ni bajo. Vestía como visten los hombres a los que solo les preocupa que no haya nada de vulgar en su atuendo.

—Dime, cariño, ¿qué te parece? —le preguntó a la niña.

Utilizaba la lengua italiana, y la utilizaba con soltura, pero no habría convencido a nadie de que fuese italiano.

La niña inclinó la cabeza a uno y otro lado, examinando el cuadro con atención.

—Es muy bonito, papá. ¿Lo has pintado tú?

—Claro que lo he pintado yo. ¿No te parece que soy inteligente?

—Sí, papá, muy inteligente. Yo también he aprendido a pintar cuadros.

Y tras esas palabras se dio la vuelta y mostró un bonito rostro de facciones pequeñas en el que se dibujaba permanentemente una sonrisa llena de dulzura.

—Tendrías que haberme traído una muestra de tus habilidades.

—He traído un montón. Están en mi baúl.

—Dibuja con mucho... con mucho esmero —comentó la mayor de las dos monjas, que habló en francés.

—Me alegra oírlo. ¿Es usted quien la ha instruido?

—Por suerte, no —dijo la buena hermana, ruborizándose un poco—. Ce n'est pas ma partie. Yo no enseño nada, eso lo dejo para los que son más sabios que yo. Tenemos un profesor de dibujo excelente, el señor... el señor... ¿cómo se llama? —preguntó a su compañera.

La otra monja clavó la mirada en la alfombra.

—Tiene un nombre alemán —dijo en italiano, como si hubiese necesidad de traducirlo.

—Sí —prosiguió su compañera—, es alemán y lleva muchos años con nosotras.

La niña, que no estaba atendiendo a la conversación, se había alejado en dirección a la puerta abierta de la enorme estancia y estaba junto a ella, contemplando el jardín.

—Y usted, hermana, es francesa —dijo el caballero.

—Sí, señor —respondió con dulzura la visitante—. Y me dirijo a las discípulas en mi propia lengua. No conozco otra. Pero tenemos hermanas de otros países: inglesas, alemanas, irlandesas. Todas ellas utilizan la lengua propia.

El caballero le dirigió una sonrisa.

—¿Ha estado mi hija al cuidado de una de esas damas irlandesas? —Y al ver que sus acompañantes, pese a no entenderlo, sospechaban que se trataba de una broma, añadió al instante—: Son ustedes muy completas.

—Sí, claro que somos completas. Tenemos de todo, y todo de lo mejorcito.

—Tenemos gimnasia —se aventuró a decir la hermana italiana—. Pero no de la peligrosa.

—Eso espero. ¿Es esa su especialidad?

La pregunta provocó la ingenua hilaridad de aquel par de damas; cuando se apagaron las risas, el anfitrión, contemplando a su hija, comentó que había crecido.

—Sí, pero creo que ya ha terminado de hacerlo. No será muy alta —dijo la hermana francesa.

—Pues yo no lo lamento. Prefiero que las mujeres y los libros sean muy buenos y no demasiado largos. Pero no veo ninguna razón —dijo el caballero— para que mi hija sea baja.

La monja se encogió levemente de hombros, como queriendo decir que tales cosas no estaban al alcance de nuestra comprensión.

—Goza de excelente salud, y eso es lo principal.

—Sí, se la ve sana. —Y el padre de la niña la observó un momento—. ¿Qué ves en el jardín? —le preguntó en francés.

—Veo muchas flores —respondió con vocecita dulce y un acento tan bueno como el de él.

—Sí, pero no hay muchas buenas. Sin embargo, aunque no lo sean, ve a coger unas cuantas para ces dames.

La niña se volvió hacia él con una sonrisa todavía más encantadora.

—¿De verdad que puedo?

—Te lo estoy pidiendo —respondió el padre.

La niña miró hacia la hermana de mayor edad.

—¿De verdad que puedo, ma mère?

—Obedece a monsieur tu padre, hija mía —dijo la hermana, ruborizándose de nuevo.

La niña, satisfecha con aquella autorización, cruzó el umbral y desapareció de la vista de inmediato.

—Veo que no las consienten —comentó su padre alegremente.

—Tienen que pedir permiso para todo. Ese es nuestro sistema. El permiso se les concede sin dificultad, pero tienen que solicitarlo.

—No discuto su sistema, no dudo de que sea excelente. Les envié a mi hija para ver qué podían hacer de ella. Tenía fe en ustedes.

—Hay que tener fe —apostilló la monja con mansedumbre, mirando a través de los anteojos.

—¿Y se ha visto mi fe recompensada? ¿Qué han hecho ustedes de ella?

La hermana bajó un momento la mirada.

—Una buena cristiana, monsieur.

Su anfitrión bajó asimismo la mirada, pero es probable que el gesto estuviese motivado por razones muy distintas en cada caso.

—Sí, ¿y aparte de eso?

Observó a la dama del convento, pensando probablemente que le iba a responder que con ser buena cristiana bastaba, pero pese a toda su sencillez, la religiosa no era tan simple.

—Una joven dama encantadora, una auténtica mujercita, una hija que no le

dará más que satisfacciones.

—Sí, a mí me parece muy gentille —dijo el padre—. Y es muy bonita.

—Es perfecta. No tiene defectos.

—De pequeña no tenía ninguno, y me alegra que no haya adquirido ninguno con ustedes.

—La queremos demasiado —dijo la hermana de las gafas con dignidad—. Y en cuanto a defectos, ¿cómo podría adquirir con nosotras los que no tenemos? Le cuvent n'est pas comme le monde, monsieur. Se podría decir que es hija nuestra, pues ha estado con nosotras desde muy pequeña.

—De todas las que nos dejarán este año, es a ella a la que más vamos a echar de menos —murmuró la más joven con deferencia.

—Ay, sí, vamos a hablar de ella durante mucho tiempo —dijo la otra—. Se la pondremos de ejemplo a las nuevas.

Y tras decir esas palabras, la buena hermana pareció percatarse de que tenía los cristales empañados; su compañera, tras rebuscar un momento en el bolsillo, sacó por fin un pañuelo de un tejido duradero.

—No es seguro que vayan a perderla, todavía no hemos acordado nada —respondió con prontitud su anfitrión, y no lo hizo para anticiparse a sus lágrimas, sino con el tono del que dice lo que a él le resulta más grato.

—Nos alegraría mucho que eso fuese cierto. Quince años son muy pocos para dejarnos.

—¡Ay! —exclamó el caballero con más vivacidad de la que hasta el momento había mostrado—. No soy yo el que quiere llevársela. ¡Ojalá se la pudiesen quedar ustedes para siempre!

—Ah, monsieur —dijo la monja de mayor edad, sonriendo al tiempo que se ponía en pie—. Pese a lo buena que es, está hecha para el mundo. Le monde y gagnera.

—Si a toda la gente buena se la tuviese encerrada en conventos, ¿qué sería del mundo? —preguntó con dulzura su acompañante, quien se puso asimismo en pie.

Aquella era una pregunta de mayor alcance de lo que la buena mujer parecía sospechar, por lo que la dama de los anteojos, adoptando un tono conciliador, dijo con naturalidad:

—Por fortuna, hay personas buenas en todas partes.

—Si se van, aquí habrá dos menos —comentó galante su anfitrión.

Ante aquella extravagante salida, sus sencillas visitantes no tuvieron respuesta, se limitaron a cruzar entre ellas una mirada de desaprobación llena de decoro, pero su confusión desapareció con rapidez ante la llegada de la niña con dos grandes ramos de rosas, blancas en un caso y rojas en el otro.

—La dejo que escoja usted primero, mamman Catherine —dijo la chiquilla—. Solo varía el color, mamman Justine; hay el mismo número de rosas en uno que en otro.

Las dos hermanas se miraron sonrientes, dudando.

—¿Cuál quiere usted?

—No, tiene que ser usted la que escoja.

—Entonces el rojo, muchas gracias —dijo la madre Catherine, que era la que llevaba gafas—. Yo también estoy muy roja. Nos servirán de consuelo en el trayecto de vuelta a Roma.

—Ay, no durarán tanto —exclamó la niña—. ¡Ojalá pudiese darles algo que lo hiciese!

—Nos has dado un buen recuerdo tuyo, hija mía. ¡Eso sí que va a durar!

—Ojalá pudiesen las monjas lucir cosas bonitas. Les daría mi collar de cuentas azules —prosiguió la niña.

—¿Regresan a Roma esta noche? —preguntó el padre.

—Sí, tomamos el tren de nuevo. Tenemos tanto que hacer là-bas.

—¿No están cansadas?

—Nosotras nunca nos cansamos.

—Bueno, hermana, alguna vez sí —murmuró la más joven de las religiosas.

—En todo caso, hoy no. Hemos descansado muy bien aquí. Que Dieu vous garde, ma fille.

Su anfitrión, mientras las hermanas intercambiaban besos con su hija, se acercó a abrir la puerta por la que debían salir, pero al hacerlo, soltó una breve exclamación y se quedó mirando al otro lado. La puerta daba a una antecámara de techo abovedado, alta como una capilla y con suelo de losas rojas, en la que acababa de entrar una dama, que había sido recibida por un criado de librea raída que ahora la acompañaba al apartamento en el que se encontraban reunidos nuestros amigos. El caballero de la puerta, tras soltar la exclamación, guardó silencio; la dama se acercó también en silencio. Él no le dirigió ningún saludo audible ni le tendió la mano, pero se hizo a un lado para permitirle entrar al salón. Al llegar al umbral, ella titubeó.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó.

—Alguien a quien usted puede ver.

La dama entró y se encontró frente a las dos monjas y su pupila, que caminaba entre ambas hacia la puerta, llevándolas agarradas del brazo. Al ver a la recién llegada las tres detuvieron el paso, y la dama, que también se había detenido, se quedó mirándolas. La niña lanzó un grito ahogado:

—¡Ah, madame Merle!

La visitante había sufrido un leve sobresalto, pero al instante, sin perder en ningún momento las formas, dijo:

—Sí, es madame que viene a darte la bienvenida a casa.

Y tras esas palabras, tendió ambas manos a la jovencita, quien de inmediato se acercó y le dio a besar la frente. Madame Merle depositó su saludo en aquella parte de la encantadora personita y después miró sonriente a las religiosas. Ellas correspondieron a su sonrisa con una decorosa reverencia, pero no se permitieron examinar abiertamente a aquella mujer imponente y de aspecto radiante que parecía traer consigo algo del resplandor del mundo exterior.

—Estas damas han venido a acompañar a mi hija a casa, y ahora vuelven al convento —explicó el caballero.

—Ah, ¿regresan ustedes a Roma? Yo he llegado hace poco de allí y hacía un tiempo maravilloso.

Las buenas hermanas allí de pie, con las manos ocultas en las mangas, recibieron sus palabras sin hacer comentario alguno; y el señor de la casa preguntó a la recién llegada cuánto tiempo había transcurrido desde su partida de Roma.

—Fue a verme al convento —dijo la joven antes de que la dama interpelada tuviese tiempo de responder.

—He ido en más de una ocasión, Pansy —declaró madame Merle—. ¿No soy acaso tu mejor amiga en Roma?

—La que mejor recuerdo es la última visita —dijo Pansy—, porque me dijo que debería dejar el convento y venirme.

—¿Le dijo usted eso? —preguntó el padre de la muchacha.

—Apenas lo recuerdo. Le dije lo que me pareció que le gustaría oír. Llevo una semana en Florencia y esperaba que viniese usted a verme.

—De haber sabido que usted se encontraba en la ciudad, lo habría hecho. Esas cosas no se saben por ciencia infusa, aunque supongo que debería ser así.

Tome asiento, por favor.

Aquellos dos parlamentos fueron pronunciados en un tono de voz peculiar... particularmente tranquilo y más bien quedo, no por una necesidad concreta sino por la costumbre. Madame Merle miró a su alrededor para escoger asiento.

—¿Iba a acompañar a estas mujeres a la puerta? No deje que yo interrumpa la ceremonia. —Y dirigiéndose en francés a las monjas, añadió en tono de despedida—: Je vous salue, mesdames.

—Esta dama es una gran amiga nuestra. La habrán visto ustedes en el convento —dijo el anfitrión—. Confiamos mucho en su buen juicio y me ayudará a decidir si mi hija debe volver con ustedes al final de las vacaciones.

—Confío en que decida en nuestro favor, madame —se aventuró a decir la hermana de los anteojos.

—Eso es gentileza del señor Osmond, yo no decido nada —dijo madame Merle, que añadió también en tono gentil—: Creo que tienen ustedes un colegio muy bueno, pero los amigos de la señorita Osmond no debemos olvidar que, por naturaleza, ella está destinada a vivir en el mundo.

—Eso mismo le he dicho yo a monsieur —respondió la hermana Catherine—. Que es preciso prepararla para el mundo —murmuró mirando a Pansy, que se encontraba a cierta distancia y examinaba con atención el elegante atuendo de madame Merle.

—¿Has oído eso, Pansy? Estás destinada por naturaleza a vivir en el mundo —dijo su padre.

La niña fijó un instante en él sus ojos puros e inocentes.

—¿Es que no estoy destinada a estar contigo, papá?

Papá soltó una leve carcajada.

—¡Una cosa no quita la otra! Yo formo parte del mundo, Pansy.

—Con su permiso, nos vamos —dijo la hermana Catherine—. En cualquier caso, que seas buena, sensata y feliz, hija mía.

—No duden de que volveré para verlas —respondió Pansy, y reanudó la despedida con unos abrazos que madame Merle enseguida interrumpió.

—Quédate conmigo, cariño —dijo—, mientras tu padre acompaña a estas buenas señoras a la puerta.

Pansy se la quedó mirando, decepcionada, pero no protestó. Era evidente que estaba imbuida de la idea de sumisión debida a todo aquel que emplease un tono de autoridad, y que no era sino una espectadora pasiva en el designio

de su futuro.

—¿No puedo acompañar a mamman Catherine al carruaje? —preguntó pese a todo con extrema dulzura.

—Me agradecería más que te quedases conmigo —dijo madame Merle mientras el señor Osmond y sus acompañantes, que habían hecho una nueva reverencia ante la dama, pasaban a la antecámara.

—Pues claro que me quedaré —respondió Pansy, quien se aproximó a madame Merle y le tendió la manecita, que la dama tomó. La niña tenía la mirada fija al otro lado de la ventana y los ojos llenos de lágrimas.

—Me alegra que te hayan enseñado a obedecer —dijo madame Merle—. Eso es lo que deben hacer las niñas buenas.

—Oh, sí, soy muy obediente —dijo Pansy con un punto de vehemencia, casi con jactancia, como si hubiese estado hablando de su forma de tocar el piano. Y a continuación exhaló un leve suspiro, apenas audible.

Madame Merle, sin soltarle la mano, la posó sobre su elegante palma y la examinó. Su mirada era crítica, pero no descubrió nada que censurar, puesto que la pequeña mano de la niña era blanca y delicada.

—Espero que se aseguren de que siempre lleves guantes —dijo al cabo de un momento—. A las niñas no les suele gustar llevarlos.

—Antes no me gustaban, pero ahora sí que me gustan —respondió la chiquilla.

—Muy bien, te voy a regalar una docena.

—Se lo agradezco mucho. ¿De qué color serán? —preguntó Pansy con interés.

Madame Merle meditó un momento antes de responder:

—De colores prácticos.

—Pero ¿muy bonitos?

—¿Te agradan las cosas bonitas?

—Sí, pero tampoco demasiado —dijo Pansy con un atisbo de ascetismo.

—Muy bien, pues entonces no serán demasiados bonitos —replicó madame Merle con una carcajada. Tomó la otra mano de la niña y la acercó a ella. Después, tras contemplarla un momento, añadió—: ¿Vas a echar mucho de menos a la madre Catherine?

—Sí... cuando piense en ella.

—Entonces, trata de no pensar en ella. Quizá algún día —continuó madame Merle— tengas otra madre.

—No creo que eso sea necesario —dijo Pansy, que de nuevo exhaló un suave suspiro conciliador—. En el convento tenía más de treinta.

Los pasos de su padre resonaron una vez más en la antecámara, y madame Merle se puso en pie, al tiempo que soltaba la mano de la niña. El señor Osmond entró y cerró la puerta; después, sin dirigir la mirada a madame Merle, empujó un par de butacas hasta colocarlas en su sitio. Su visitante esperó un momento a que fuese él quien hablase, sin dejar de mirarlo mientras iba de un lado a otro. Por fin, fue ella la que habló:

—Esperaba que fuese usted a Roma. Pensé que quizá quisiese usted ir a buscar a Pansy en persona.

—Una suposición muy natural, pero me temo que no sea la primera vez que actúo de manera contraria a sus cálculos.

—Así es —concedió madame Merle—, es usted muy perverso.

El señor Osmond se ocupó durante unos momentos en distintos menesteres por toda la estancia —había espacio de sobra por el que moverse—, como si estuviese buscando de forma mecánica pretextos para no prestar una atención que podría resultarle embarazosa. Al final, sin embargo, agotados dichos pretextos, no le quedó otro remedio —a no ser que cogiera un libro— que quedarse quieto, con las manos a la espalda, y mirar a Pansy.

—¿Por qué no has venido conmigo a despedir a mamman Catherine? —le preguntó de pronto en francés.

Pansy titubeó un instante, al tiempo que dirigía una mirada a madame Merle.

—Yo le pedí que se quedase conmigo —dijo la dama en cuestión, quien de nuevo había tomado asiento en un lugar distinto.

—Ah, eso está mejor —concedió Osmond.

Y tras esas palabras se dejó caer en una butaca y se quedó mirando a madame Merle, ligeramente echado hacia delante, con los codos apoyados en el extremo de los reposabrazos y las manos entrecruzadas.

—Madame Merle va a regalarme unos guantes —dijo Pansy.

—No tienes por qué contarle eso a todo el mundo, cariño —observó madame Merle.

—Es usted muy buena con ella —dijo Osmond—, pero se supone que tiene todo cuanto necesita.

—Creo que de las monjas ya ha obtenido suficiente.

—Si vamos a hablar de ese asunto, es mejor que ella salga de la habitación.

—Deje que se quede —dijo madame Merle—, hablaremos de otras cosas.

—Si tú no quieres, no escucharé —sugirió Pansy con un aire de candor que resultó convincente.

—Puedes escuchar, encanto, porque no vas a entender —respondió su padre.

La niña, en muestra de deferencia, tomó asiento junto a la puerta abierta desde la que se divisaba el jardín, y volvió hacia allí sus ojos inocentes y llenos de añoranza. El señor Osmond se volvió hacia su otra acompañante y, como sin darle importancia, prosiguió:

—Tiene usted un aspecto realmente estupendo.

—Creo que mi aspecto es siempre el mismo —dijo madame Merle.

—Es usted siempre la misma. Nunca cambia. Es una mujer maravillosa.

—Sí, creo que lo soy.

—Sin embargo, a veces sí que cambia de opinión. Cuando regresó de Inglaterra, me dijo que por el momento iba a quedarse en Roma.

—Me agrada que recuerde tan bien lo que yo digo. Esa era mi intención. Pero he venido a Florencia para reunirme con unas amigas que han llegado hace poco y de cuyos movimientos no estaba muy segura en aquel momento.

—Esa es una razón típica de usted. Siempre está haciendo cosas por sus amigos.

Madame Merle sonrió abiertamente a su anfitrión.

—Es mucho menos típica que su comentario al respecto, que resulta insincero. En cualquier caso, tampoco se lo recrimino —añadió—, porque no cree en lo que dice, tampoco tiene motivos para hacerlo. Yo no me arruino por mis amigos, no merezco ese elogio suyo. Me preocupo principalmente de mí misma.

—Exacto, pero es que en sí misma van incluidos otros muchos... gran parte del mundo y de todo cuanto existe. Jamás he conocido a nadie cuya vida fuese unida a tantas otras.

—¿En qué consiste para usted la vida de uno? —preguntó madame Merle—. ¿En su apariencia, sus movimientos, sus compromisos, su compañía?

—Para mí, su vida consiste en sus ambiciones —dijo Osmond.

Madame Merle dirigió la mirada un instante hacia Pansy.

—Me pregunto si eso lo habrá entendido —dijo entre murmullos.

—¿Ve por qué no puede quedarse con nosotros? —El padre de Pansy esbozó una sonrisa un tanto triste—. Sal al jardín, mignonne, y coge unas flores para madame Merle —prosiguió en francés.

—Eso es justamente lo que quería hacer —dijo Pansy, que se levantó con prontitud y salió sin hacer ruido.

Su padre la siguió hasta la puerta abierta, se quedó un momento contemplándola, y después regresó; pero esta vez permaneció de pie, o mejor dicho, se dedicó a deambular de un lado a otro, como si así alimentase una sensación de libertad que con otra disposición no hubiese disfrutado.

—Mis ambiciones tienen que ver principalmente contigo —dijo madame Merle, levantando hacia él la mirada con cierto atrevimiento.

—Eso nos lleva de vuelta a lo que yo decía. Yo soy parte de tu vida... yo y otras mil personas más. Tú no eres egoísta... y no puedo admitirlo. Si tú fueses egoísta, ¿qué sería yo? ¿Qué epíteto me describiría con exactitud?

—Eres indolente. Para mí, ese es tu peor defecto.

—Pues me temo que de hecho sea el menor.

—Te trae todo sin cuidado —dijo madame Merle con seriedad.

—Así es, creo que no hay nada que me importe mucho. ¿Cómo llamarías a ese defecto? En cualquier caso, mi indolencia fue una de las razones por las que no fui a Roma, pero no fue la única.

—No tiene importancia, al menos para mí, el hecho de que no fueses; aunque me hubiese alegrado verte. Ahora me alegra que no estés en Roma, donde es muy probable que siguieras si hubieras ido hace un mes. En este momento hay algo que quiero que hagas aquí en Florencia.

—Te ruego que no olvides mi indolencia —dijo Osmond.

—La tendré presente, pero te pido que te olvides de ella. De esa forma, tendrás tanto la virtud como la recompensa. No te propongo nada arduo, pero es algo que puede resultar de verdad interesante. ¿Desde cuándo no haces nuevas amistades?

—Creo que no he hecho ninguna desde que te conocí a ti.

—Pues ya es hora de que hagas otra. Tengo una amiga que quiero que conozcas.

En su deambular, el señor Osmond se había acercado una vez más a la

puerta abierta y contemplaba a su hija, que iba de un lado a otro bajo el sol intenso.

—¿Y qué voy a ganar yo con eso? —preguntó con una especie de jovial brusquedad.

La respuesta de Madame Merle se hizo esperar.

—Te vas a divertir —dijo, y en su respuesta no había la menor brusquedad, ya que la había estado pensando con detenimiento.

—Si tú lo dices, lo creo sin reservas —dijo Osmond acercándose a ella—. Hay ciertas cuestiones en las que mi confianza en ti es absoluta. Estoy plenamente convencido, por ejemplo, de que sabes distinguir a la perfección la buena de la mala sociedad.

—Toda sociedad es mala.

—Perdóname. No se trata de eso... el conocimiento que te atribuyo no es ninguna especie común de sabiduría. Lo has adquirido de la forma debida, por medio de la práctica: te has dedicado a comparar entre sí a un inmenso número de personas.

—Pues bien, te invito a que saques provecho de mi conocimiento.

—¿Que saque provecho? ¿Estás segura de que voy a conseguirlo?

—Esa es la esperanza que tengo, pero va a depender de ti. ¡Ojalá pudiese animarte a hacer el esfuerzo!

—¡Vaya, ya salió! Ya sabía yo que tenía que ser algo fatigoso. ¿Qué puede haber, qué puede aparecer por aquí, para que el esfuerzo merezca la pena?

Madame Merle se sonrojó como si la hubiese herido.

—No seas necio, Osmond. Nadie mejor que tú sabe lo que de verdad merece un esfuerzo. ¿Es que acaso no te conozco de antiguo?

—Reconozco que hay ciertas cosas. Pero no es probable que ninguna de ellas suceda en esta vida tan mísera.

—El esfuerzo es lo que las hace posibles —dijo madame Merle.

—En eso tienes parte de razón. ¿Quién es, pues, esa amiga de la que hablas?

—La persona que he venido a ver a Florencia. Se trata de la sobrina de la señora Touchett, a quien seguro que no habrás olvidado.

—¿Una sobrina? La palabra denota juventud e ignorancia. Creo que ya sé dónde quieres ir a parar.

—Sí, es joven, tiene veintitrés años. La conocí en Inglaterra hace varios meses y establecimos una estrecha relación. Me gusta inmensamente y, cosa que no me sucede todos los días, la admiro. A ti te va a pasar otro tanto.

—No si puedo evitarlo.

—Justamente. Pero no vas a poder evitarlo.

—¿Es hermosa, lista, rica, espléndida, enormemente inteligente y su virtud no tiene parangón? Porque solo me interesa conocerla si reúne esas condiciones. Si recuerdas, hace algún tiempo te pedí que no me hablaras jamás de una criatura que no encajase con esa descripción. Ya conozco a suficiente gente deprimente, no necesito conocer a nadie más.

—La señorita Archer no tiene nada de deprimente; es radiante como la mañana. Se ajusta a tu descripción y por eso quiero que la conozcas. Cumple con todos tus requisitos.

—Más o menos, claro está.

—No, al pie de la letra. Es preciosa, cultivada, generosa y, para ser estadounidense, de buena familia. Es asimismo muy lista y muy agradable, y cuenta con una considerable fortuna.

El señor Osmond escuchó en silencio aquellas palabras y dio la impresión de estar dándole vueltas al asunto en la cabeza sin apartar la vista de su informadora.

—¿Qué es lo que quieres hacer con ella? —preguntó al fin.

—Lo que te he dicho. Ponerla en tu camino.

—¿Es que no se merece algo mejor que eso?

—Yo no pretendo saber lo que la gente se merece o no —dijo madame Merle—. Lo único que sé es lo que puedo hacer con ellos.

—¡Siento lástima de la señorita Archer! —declaró Osmond.

Madame Merle se puso en pie.

—Si eso significa que sientes un atisbo de interés hacia ella, tomo buena nota.

Estaban los dos frente a frente. Madame Merle se colocó la mantilla y bajó la mirada mientras lo hacía.

—Tienes un aspecto estupendo —repitió Osmond de forma aún más inesperada que antes—. Algo te traes entre manos. Nunca tienes tan buen aspecto como cuando estás maquinando algo, te sienta siempre de maravilla.

En la actitud y el tono que utilizaban estas dos personas cuando se

encontraban en cada nueva ocasión, y sobre todo cuando lo hacían en presencia de otros, había algo indirecto y circunspecto, como si se acercaran uno al otro por caminos oblicuos y se comunicaran mediante sobreentendidos. El efecto que parecían producirse mutuamente era el de intensificar de manera apreciable la cautela del otro. Madame Merle, es evidente, solventaba cualquier situación embarazosa mejor que su amigo; pero, en esta ocasión, ni siquiera ella mostraba la actitud que le hubiese gustado, el perfecto autodomínio que habría deseado mostrar ante su anfitrión. Lo que es preciso dejar claro, sin embargo, es que, llegados a cierto punto, ese elemento que se interponía entre ellos, fuese de la índole que fuera, se allanaba solo y quedaban uno frente al otro en un cara a cara más íntimo del que jamás habían tenido con nadie. Eso acababa de suceder. Allí estaban los dos, ambos eran conscientes de conocerse bien, y ambos estaban en general dispuestos a aceptar la satisfacción de conocer al otro, a cambio del inconveniente (fuera lo que fuese) de ser conocido.

—No sabes cuánto desearía que no fueses tan insensible —dijo madame Merle en voz baja—. Siempre te ha perjudicado, y también va a perjudicarte en esta ocasión.

—No soy tan insensible como imaginas. De vez en cuando hay algo que me emociona, como por ejemplo que me dijeras hace un momento que tus ambiciones tienen que ver principalmente conmigo. No lo entiendo, no veo cómo ni por qué razón tendría que ser así. Pero, pese a todo, me emociona.

—Y seguramente lo entiendas aún menos a medida que pase el tiempo. Hay cosas que jamás alcanzarás a comprender, pero tampoco hay especial necesidad de que lo hagas.

—Tú, después de todo, eres la más extraordinaria de las mujeres —dijo Osmond—. Hay mucho más en ti que en la inmensa mayoría de la gente. No sé por qué piensas que la sobrina de la señora Touchett me va a importar tanto cuando... cuando... —Se interrumpió un momento.

—¿Cuándo yo te he importado tan poco?

—No es eso, por supuesto, lo que quería decir. Cuando he conocido y valorado a una mujer de tu categoría.

—Isabel Archer es mejor que yo —dijo madame Merle.

Su compañero soltó una carcajada.

—¡Qué mala opinión debes de tener de ella para decir algo así!

—¿Es que me crees capaz de sentir celos? Contéstame a eso, por favor.

—¿Por mi causa? No, en general no lo creo.

—Pues entonces, ven a verme dentro de dos días. Me alojo con la señora Touchett, en el palazzo Crescentini, y la joven estará allí.

—¿Por qué no me pediste sencillamente eso desde un principio, sin mencionar a la joven? —preguntó Osmond—. Ella habría estado allí de todos modos.

Madame Merle lo miró como lo haría una mujer a la que ninguna pregunta que él le hiciese podría pillar desprevenida.

—¿Quieres saber por qué? Porque ya le he hablado de ti.

Osmond frunció el ceño y se apartó, dándole la espalda.

—Preferiría no saber eso. ¿Has visto lo que hay aquí... el último que he pintado? —dijo un momento después, señalando el caballete que sostenía la pequeña acuarela.

Madame Merle se aproximó y la estudió.

—¿Son los Alpes vénetos... es uno de los apuntes que tomaste el año pasado?

—Sí... ¡es que lo adivinas todo!

Ella contempló el cuadro un poco más y a continuación se apartó.

—Sabes que tus cuadros no me interesan.

—Lo sé, pero no deja de sorprenderme. Es innegable que son mucho mejores que los de la mayoría de la gente.

—Puede que así sea. Pero al ser lo único que haces... bueno, es bien poco. Me habría encantado que hicieras otras muchas cosas: eso era lo que yo ambicionaba.

—Sí, me lo has dicho muchas veces; cosas que eran imposibles.

—Cosas que eran imposibles —repitió madame Merle, para después añadir en un tono distinto—: Tu cuadrato es en sí muy bueno. —Y paseó la mirada por la estancia, por las vitrinas antiguas, los cuadros, los tapices, las superficies de seda descolorida—. Al menos, tus aposentos son perfectos. Cada vez que vuelvo aquí, me sorprendo de nuevo; no los conozco mejores en ninguna otra parte. Entiendes de este tipo de cosas más que nadie. Tienes un gusto sumamente exquisito.

—Estoy harto de mi gusto exquisito —dijo Gilbert Osmond.

—Aun así, tienes que traer a la señorita Archer a ver esto. Ya le he hablado del lugar.

—No tengo inconveniente en mostrar mis cosas a nadie, siempre que no se

trate de idiotas.

—Lo haces de maravilla. Como cicerone de tu museo no tienes parangón.

En respuesta al cumplido, el señor Osmond se limitó a adoptar una actitud de mayor frialdad, pero a la vez más receptiva.

—¿Dices que es rica?

—Tiene setenta mil libras.

—En écus bien comptés?

—No cabe duda alguna en lo que respecta a su fortuna. Se podría decir que la he visto con mis propios ojos.

—¡Qué mujer más admirable...!, me refiero a ti. Y si voy a verla, ¿veré también a la madre?

—¿A la madre? No tiene madre, ni tampoco padre.

—A la tía, entonces. ¿Quién dijiste que era...? La señora Touchett.

—No me supondrá ningún problema mantenerla alejada.

—Yo no tengo nada en su contra —reconoció Osmond—; es más, me gusta la señora Touchett. Tiene una personalidad muy marcada, al viejo estilo, de esas que ya no quedan. Pero el memo ese, el zangolotino del hijo, ¿está por aquí?

—Sí, está aquí, pero no te supondrá ningún problema.

—Es que es un auténtico zopenco.

—Creo que estás muy equivocado. Es un hombre muy inteligente. Pero no suele aparecer cuando estoy yo allí, porque no le agrado.

—¿Qué mejor prueba de lo asno que es? ¿Y dices que es atractiva? —prosiguió Osmond.

—Sí, pero no voy a repetirlo, no sea que luego te lleves una decepción. Tú ven y haz que sea el principio, es todo lo que te pido.

—¿El principio de qué?

Madame Merle guardó silencio un instante.

—Está claro que quiero que te cases con ella.

—¿El principio del fin? Bueno, ya veré yo lo que hago. ¿Le has hablado de esto?

—¿Por quién me tomas? Ella no es una burda pieza en el engranaje, ni yo tampoco.

—La verdad es —dijo Osmond tras reflexionar— que no comprendo tus ambiciones.

—Creo que esta la entenderás cuando hayas visto a la señorita Archer. Aplaza el juicio hasta entonces. —Según hablaba, madame Merle se había ido aproximando a la puerta abierta al jardín y se quedó allí un momento, mirando al exterior—. Pansy se ha puesto preciosa —añadió al fin.

—Eso me ha parecido también a mí.

—Pero ya ha tenido suficiente del convento.

—No lo sé —dijo Osmond—. Me gusta lo que han hecho con ella. Es francamente encantadora.

—Eso no es obra del convento. Forma parte de la naturaleza de la niña.

—En mi opinión, es la combinación de ambas cosas. Pansy tiene la pureza de una perla.

—¿Por qué no vuelve entonces con mis flores? —quiso saber madame Merle—. No parece tener prisa.

—Pues vayamos a buscarlas.

—No le gusto —murmuró la visitante, al tiempo que abría el parasol y salían ambos al jardín.

23

Madame Merle, llegada a Florencia poco después de la señora Touchett e invitada por esta a disfrutar durante un mes de su hospitalidad en el palazzo Crescentini, aquella juiciosa madame Merle volvió a hablarle de nuevo a Isabel de Gilbert Osmond y a expresar la esperanza de que se conocieran, aunque no lo hizo con la misma insistencia que, como hemos visto, había empleado al recomendar a la joven al señor Osmond. Tal vez la razón de que no lo hiciera fuese que Isabel no opuso resistencia alguna a la propuesta de madame Merle. En Italia, al igual que en Inglaterra, la dama contaba con multitud de amistades, tanto entre los oriundos del país como entre sus heterogéneos visitantes. Le había mencionado a Isabel los nombres de la mayoría de aquellos que a la joven le convendría «conocer» —aunque, claro está, Isabel podía conocer a quien se le antojase, había añadido—, y había colocado al señor Osmond casi al principio de la lista. Se trataba de un viejo amigo suyo; hacía más de diez años que lo conocía; en pocas palabras, era uno de los hombres más inteligentes y agradables que había en Europa. Estaba en

general por encima de la media, ya de por sí respetable; no había comparación. No se trataba de un seductor profesional, nada más lejos, y el efecto que causaba dependía en gran medida de su estado de ánimo y de su humor. En sus momentos de decaimiento, podía caer tan bajo como cualquiera, y lo único que lo salvaba en tales situaciones era su aire afligido de príncipe en el exilio. Pero si algo le importaba o despertaba su interés, o si lo consideraba un reto a su medida (y esa medida tenía que ser exacta), entonces era cuando uno comprobaba su inteligencia y distinción. Dichas cualidades no iban en él emparejadas, como sucede con tanta otra gente, de una falta de compromiso o de claridad. Tenía sus excentricidades, como sin duda Isabel descubriría que tienen todos los hombres que merece la pena conocer, que hacían que no resplandeciese con igual intensidad ante todo el mundo. Sin embargo, madame Merle se atrevía a asegurar que se mostraría ante Isabel con toda su brillantez. Se aburría con facilidad, con facilidad excesiva, y la gente anodina siempre lo sacaba de quicio; pero una joven despierta y cultivada como Isabel le proporcionaría el estímulo que tan ausente estaba de su vida. En cualquier caso, era una persona que no podía dejar de conocer. Uno no podía tratar de vivir en Italia sin granjearse la amistad de Gilbert Osmond, que sabía más del país que cualquier otro, con la excepción de dos o tres catedráticos alemanes. Y si bien estos contaban con conocimientos más vastos que él, era Osmond quien tenía una mayor percepción y un gusto más refinado, ya que era un artista de los pies a la cabeza. Isabel recordaba que su amiga le había hablado de él en Gardencourt, cuando la conversación entre ellas había adquirido profundidad, y se preguntó por un momento cuál sería la naturaleza del vínculo que unía a aquellos espíritus superiores. Tenía la impresión de que detrás de aquellos vínculos de madame Merle había siempre alguna historia, y esa impresión no hacía sino avivar el interés que en ella despertaba aquella mujer tan fuera de lo común. En lo referente a su relación con el señor Osmond, sin embargo, madame Merle no dio a entender otra cosa sino que se trataba de una serena y reposada amistad. Isabel le dijo que estaría encantada de conocer a una persona que gozaba hasta tal punto de su confianza desde hacía tantos años.

—Debe conocer usted a muchos hombres —opinó madame Merle—; debe conocer a cuantos le sea posible, para así acostumbrarse a ellos.

—¿Acostumbrarme? —preguntó Isabel con aquella mirada solemne que parecía a veces delatar un deficiente sentido de la comedia—. ¿Cree que les tengo miedo? Estoy acostumbrada a tratar con ellos como la cocinera con el mozo del carnicero.

—Me refiero a que hay que acostumbrarse a ellos para así despreciarlos. Es lo que acaba pasando con la mayoría de ellos. Tendrá que escoger, para relacionarse, a los pocos que no merezcan su desprecio.

Había en aquellas palabras una nota de cinismo que madame Merle no se permitía con frecuencia, pero Isabel no se sintió alarmada, ya que jamás había imaginado que, a medida que uno iba conociendo el mundo, el sentimiento de respeto se convirtiese en la más activa de las emociones. La hermosa ciudad de Florencia, sin embargo, sí que despertaba en ella dicha emoción, y le gustaba tanto como madame Merle había prometido. Y en caso de que su percepción no hubiese alcanzado a valorar por sí sola todos los encantos de la ciudad, contaba con los servicios de inteligentes acompañantes para desentrañar sus misterios. Desde luego no faltaba quien la iluminase en la parte estética, ya que para Ralph suponía un auténtico placer que hizo renacer su antigua pasión de ejercer de cicerone para aquella joven pariente suya tan llena de entusiasmo. Madame Merle se quedaba en casa; había visto una y otra vez los tesoros de Florencia y encontraba siempre algo mejor que hacer. Pero hablaba de todo haciendo gala de una memoria notablemente vívida: recordaba a la perfección el ángulo derecho del enorme cuadro de Perugino, y la posición de las manos de santa Isabel en el que colgaba junto a él. Tenía sus propias opiniones con respecto al carácter de muchas de las obras de arte famosas, y a menudo disentía de Ralph con gran agudeza y defendía sus interpretaciones con tanto ingenio como buen humor. Isabel escuchaba las discusiones que se producían entre ambos con la sensación de que podía sacar mucho provecho de las mismas y de que estaban entre las ventajas de las que, por ejemplo, no habría podido disfrutar en Albany. En las mañanas luminosas del mes de mayo, antes del almuerzo formal que en casa de la señora Touchett se servía a las doce del mediodía, deambulaba en compañía de su primo por las callejuelas estrechas y umbrías de Florencia, deteniéndose un momento a descansar en la penumbra aún más densa de alguna iglesia histórica o en las estancias abovedadas de algún convento abandonado. Visitaba las galerías y los palacios; contemplaba los cuadros y las estatuas que hasta entonces no habían sido sino grandes nombres para ella, y que sustituía por un conocimiento que en ocasiones constituía una limitación, un presentimiento que normalmente resultaba ser erróneo. Se entregaba a todos esos actos de postración mental a los que, en una primera visita a Italia, arrastran sin remedio la juventud y el entusiasmo; sintió latir el corazón en presencia del genio inmortal y conoció la dulzura de las lágrimas que empañan los ojos y hacen que se difuminen los frescos descoloridos y los mármoles ennegrecidos. Pero el regreso a lo cotidiano era aún más placentero que la partida; el retorno a aquel patio amplio y monumental de la enorme casa en la que, muchos años atrás, la señora Touchett se había instalado, y a las frescas estancias de techos elevados, donde vigas de madera tallada y pomposos frescos del siglo XVI contemplaban con desprecio las vulgares comodidades de la era de la publicidad. La señora Touchett habitaba un edificio histórico en una estrecha callejuela cuyo nombre evocaba refriegas medievales entre facciones, y veía

compensada la oscuridad de la fachada por lo módico del alquiler y por el esplendor de un jardín en el que la misma naturaleza parecía tan arcaica como la hosca arquitectura del palacio y que iluminaba y perfumaba las estancias de uso habitual. Vivir en un lugar como aquel, para Isabel, era como tener todo el día pegada al oído una caracola del mar del pasado, cuyo rumor lejano y constante mantenía viva su imaginación.

Gilbert Osmond acudió a visitar a madame Merle, quien se lo presentó a la joven dama en actitud vigilante en el otro extremo de la estancia. En aquella ocasión, Isabel apenas intervino en la conversación y apenas esbozó una sonrisa cuando los otros se volvieron hacia ella con gesto de invitación. Permaneció allí sentada como si estuviese en el teatro y hubiese pagado además una suma considerable por su butaca. La señora Touchett no estaba presente, y aquellos dos tuvieron el camino despejado para exhibirse en toda su brillantez. Hablaron de los florentinos, de los romanos, del mundo cosmopolita, y se los habría podido confundir con actores distinguidos que tomasen parte en una función benéfica. Todo lo decían con la prontitud y la soltura que proporciona el ensayo. Madame Merle se dirigía a ella como si estuviesen en un escenario, pero Isabel podía hacer caso omiso de cualquier pie aprendido sin por ello estropear la escena, aunque de esa forma lo que hacía era dejar en muy mal lugar a aquella amiga que le había dicho al señor Osmond que Isabel era alguien que jamás le fallaba. Pero por una vez no le importaba. Había algo en aquel visitante que la frenaba y la mantenía en vilo, que hacía que fuese más importante formarse una opinión de él que causarle por su parte impresión alguna. Además, no era muy ducha en el arte de causar la impresión que sabía que se esperaba de ella: nada era tan gratificante, en general, que aparecer deslumbrante, pero sentía una aversión casi perversa a deslumbrar por encargo. El señor Osmond, era de justicia reconocerlo, tenía aspecto de persona educada que no espera nada, una tranquilidad natural que lo impregnaba todo, incluso sus primeras muestras de ingenio. Eso resultaba aún más agradable al tener un rostro que denotaba sensibilidad; no era apuesto, pero sí distinguido, tan distinguido como aquellas figuras de la larga galería sobre el puente de los Uffizi. Y hasta su voz resultaba distinguida, cosa más bien extraña, puesto que, pese a su timbre claro, no podría decirse que fuese una voz dulce. Esa había sido la razón por la que Isabel se había abstenido de intervenir en la conversación. La dicción de Osmond era como la vibración del cristal, y si ella hubiese posado el dedo, tal vez habría alterado la tonalidad y estropeado el concierto. Pese a todo, antes de que él se marchase, no iba a tener más remedio que hablar.

—Madame Merle —dijo Osmond— ha aceptado la invitación para venir a mi atalaya un día de la próxima semana a tomar el té en el jardín. Sería un gran placer para mí que usted la acompañase. La gente encuentra muy bonito el sitio... se disfruta de lo que llaman una vista panorámica. Mi hija se

alegraría mucho también, aunque, como ella es muy joven para sentir emociones profundas, sería yo el que se alegraría, me alegraría mucho... —Y el señor Osmond se interrumpió con aire un tanto azorado sin terminar la frase—. Me alegraría mucho que conociese usted a mi hija —concluyó un momento después.

Isabel repuso que estaría encantada de conocer a la señorita Osmond y que si madame Merle le mostraba el camino a la casa de la colina le quedaría muy agradecida. Tras obtener dicha garantía, el visitante se despidió, e Isabel tuvo el convencimiento de que su amiga iba a reprocharle aquel estúpido comportamiento. Pero para su sorpresa la dama, que ciertamente jamás incurría en lo consabido, le dijo momentos después:

—Ha estado usted encantadora, querida; no se habría podido pedir más. Usted nunca decepciona.

Una reprimenda podría haber resultado irritante, aunque es mucho más probable que ella no se lo hubiese tomado a mal. Sin embargo, por extraño que resulte, lo cierto es que las palabras empleadas por madame Merle tuvieron la virtud de provocar en Isabel la primera sensación de desagrado que experimentó hacia aquella aliada suya.

—Eso es más de lo que yo pretendía —respondió con frialdad—. Que yo sepa, no tengo obligación alguna de agradar al señor Osmond.

Madame Merle se sonrojó visiblemente, pero ya sabemos que no tenía por costumbre retractarse.

—Querida niña, no hablaba por él, pobre hombre; hablaba por usted. Como es natural, no es cuestión de que usted le guste a él; ¡importa poco si le gusta o no! Pero me pareció que a usted sí que le gustaba él.

—Así es —dijo Isabel con franqueza—. Pero tampoco veo que eso tenga importancia.

—Para mí tiene importancia todo lo que a usted concierne —dijo madame Merle con su aire de cansada nobleza—, en especial cuando también concierne a otro viejo amigo mío.

Fuesen cuales fuesen las obligaciones de Isabel con respecto al señor Osmond, hay que reconocer que las consideró lo suficientemente importantes para someter a Ralph a todo tipo de preguntas sobre él. En su opinión, los juicios de Ralph estaban distorsionados por sus tribulaciones, pero se congratulaba de haber aprendido ya a sortear dicho inconveniente.

—¿Que si lo conozco? —fue la respuesta de su primo—. Pues claro que lo conozco; no muy bien, pero en general sí lo suficiente. Jamás he cultivado su trato, y por lo que parece, él tampoco ha considerado el mío indispensable

para su felicidad. ¿Quién es? ¿A qué se dedica? Es un estadounidense de origen vago, impreciso, que lleva unos treinta años, o tal vez menos, viviendo en Italia. ¿Que por qué digo que es impreciso? Solo para enmascarar mi ignorancia; desconozco sus antecedentes, su familia, su procedencia. Por lo que yo sé podría ser un príncipe de incógnito; y, a propósito, eso es lo que aparenta, un príncipe que hubiese abdicado en un momento de hastío y desde entonces se encontrara a disgusto. Solía vivir en Roma, pero en los últimos años ha fijado aquí su residencia; recuerdo haberle oído decir que Roma se había vuelto vulgar. Y a él le horroriza la vulgaridad. Y que yo sepa, no tiene nada más, eso es lo único destacable en él. Vive de sus rentas, que por lo que sospecho no son vulgarmente cuantiosas, y se define a sí mismo como un caballero pobre pero honrado. Contrajo matrimonio joven y perdió a su esposa, y creo que tiene una hija. También tiene una hermana, casada con uno de esos condes de poca monta que abundan por aquí. Recuerdo haberla conocido hace tiempo. En mi opinión, es más agradable que él, pero un tanto desquiciante. Recuerdo que circulaban algunas historias sobre ella. No te recomiendo que la conozcas. Pero ¿por qué no le preguntas a madame Merle por esa gente? Los conoce a todos mucho mejor que yo.

—Te lo pregunto a ti porque quiero tu opinión, además de la suya.

—¡Valiente cosa mi opinión! Si te enamoras del señor Osmond, ¿qué más te da lo que yo piense?

—Lo más probable es que me diese igual. Pero, entretanto, tiene cierta importancia. Cuanta más información se tenga sobre los peligros que se corren, tanto mejor.

—Yo no estoy de acuerdo en eso... puede que al contrario. Tenemos demasiada información hoy día sobre la gente, oímos demasiadas cosas. Nos llenamos los oídos, las mentes y las bocas de personajes. No hagas caso de lo que nadie te diga de otro. Juzga a cada uno, juzga cada cosa por ti misma.

—Eso es lo que procuro hacer —dijo Isabel—, pero cuando lo haces, la gente te tilda de engreída.

—Pues que te traiga sin cuidado, a eso es precisamente a lo que me refiero: lo que digan de ti debe importarte igual de poco que lo que digan de un amigo o un enemigo tuyo.

Isabel meditó aquellas palabras un instante.

—Creo que estás en lo cierto, pero hay ciertas cosas que no puedo evitar que me importen: por ejemplo, que ataquen a un amigo o que me alaben a mí.

—Por supuesto, siempre tienes la libertad de juzgar al que critica. Sin embargo, como juzgues a la gente en plan crítico —añadió Ralph—, los

condenarás a todos.

—Juzgaré al señor Osmond por mí misma —dijo Isabel—. Le he prometido hacerle una visita.

—¿Hacerle una visita?

—Sí, ir a conocer las vistas de su casa, sus cuadros, a su hija... no sé muy bien qué. Va a llevarme madame Merle. Por lo que me dice, van muchas damas a visitar al señor Osmond.

—Ah, si es con madame Merle, puedes ir adonde sea, de confianza —dijo Ralph—. Solo conoce a lo mejorcito.

Isabel no dijo nada más del señor Osmond, pero, tras un momento, le comentó a su primo que no le agradaba el tono que empleaba al hablar de madame Merle.

—Tengo la sensación de que estás insinuando cosas de ella. No sé a qué te refieres, pero si tienes motivos para que no te agrade, creo que deberías exponerlos con franqueza o, de lo contrario, no decir nada.

Ralph, sin embargo, reaccionó a la acusación con una seriedad al parecer mayor que de costumbre.

—Yo hablo de madame Merle exactamente de la forma en que le hablo a ella: con un respeto incluso exagerado.

—Exagerado, tú lo has dicho. De eso es de lo que me quejo.

—Si lo hago, es porque los méritos de madame Merle se exageran.

—Dime, ¿quién los exagera? ¿Acaso yo? Porque si es así, le estoy haciendo un flaco favor.

—No, no. Es ella la que los exagera.

—¡Eso sí que no! —exclamó Isabel con vehemencia—. ¡Jamás ha habido mujer con menos pretensiones que...!

—Has puesto el dedo en la llaga —la interrumpió Ralph—. Es de una modestia exagerada. No tiene por qué tener tan pocas pretensiones, está en todo su derecho de tenerlas, y muchas.

—Entonces es que sus méritos son grandes. Te estás contradiciendo.

—Sus méritos son inmensos —dijo Ralph—. Es de todo punto intachable, un auténtico dechado de virtudes, la única mujer que conozco que jamás te da un motivo.

—¿Un motivo para qué?

—Bueno... ¡para llamarla necia! Es la única mujer que conozco que solo tiene ese pequeño defecto.

Isabel se apartó de él con gesto impaciente.

—No te entiendo. Resultas demasiado paradójico para mi humilde inteligencia.

—Pues déjame que te explique. Al decir que exagera, no lo hago en el sentido vulgar de la palabra, o sea, no es que presumo, ni que infle las cosas, ni que dé una imagen demasiado favorable de sí misma. Hablo en sentido literal, lo que digo es que lleva su ansia de perfección demasiado lejos, que sobrepasa sus propios méritos. Es demasiado buena, demasiado amable, demasiado inteligente, demasiado culta, demasiado experimentada, demasiado todo. En pocas palabras, es demasiado completa. Te confieso que a mí me altera los nervios y que lo que siento por ella se parece mucho a lo que aquel ateniense tan profundamente humano sentía por Arístides el Justo.

Isabel miró detenidamente a su primo, pero en esta ocasión no vio en su rostro indicio alguno del espíritu burlón que solía anidar en sus palabras.

—¿Es que te gustaría mandar a madame Merle al destierro?

—En absoluto. Su compañía es demasiado agradable. Yo la encuentro deliciosa.

—¡Qué hombre más odioso! —exclamó Isabel.

Y a continuación le preguntó si sabía de algo que hiciese desmerecer a su brillante amiga.

—Nada de nada. ¿No te das cuenta de que es a eso a lo que me refiero? En el carácter de cualquier otra persona es posible encontrar una pequeña mancha oscura. Si me tomase media hora un día de estos, no me cabe duda de que encontraría alguna en el tuyo. En lo que a mí se refiere, tengo más manchas que un leopardo. Pero es que madame Merle no tiene ninguna... ¡nada!

—Eso es justo lo que yo opino —dijo Isabel con un enfático movimiento de cabeza—. Y por eso me gusta tanto.

—Para ti es una persona imprescindible. Ya que quieres conocer mundo, madame Merle es la mejor guía que podrías encontrar.

—Con eso, imagino que querrás decir que es una mujer de mundo.

—¿De mundo? No —respondió Ralph—. Ella es el gran globo del mundo en persona.

Lo cierto es que asegurar que madame Merle le parecía deliciosa, aunque a Isabel le costase en principio creerlo, no era una refinada muestra de la malicia

de su primo. Ralph Touchett obtenía solaz de donde lo hubiera, y no se habría perdonado a sí mismo una indiferencia total hacia los encantos de semejante maestra en las artes sociales. Hay simpatías y antipatías profundamente arraigadas, y, pese a la justicia con que Ralph juzgaba a madame Merle, es muy probable que la ausencia de esta de la casa de su madre no hubiese llegado a convertir su vida en un erial. Pero Ralph Touchett había aprendido a ser un espectador más o menos inescrutable, y era imposible asistir a algo que mantuviese el interés más vivo que la actuación global de madame Merle. Él la saboreaba a pequeños sorbos, la dejaba actuar, con un sentido de la oportunidad que ni ella misma habría superado. Había momentos en los que casi sentía lástima de ella; y, curiosamente, era entonces cuando menos muestras daba de su generosidad. Estaba convencido de que madame Merle había tenido una ambición sin límites y de que lo que en apariencia había logrado quedaba muy por debajo de su rasero secreto. Se había adiestrado con verdadera dedicación, pero no había obtenido ningún premio. Seguía siendo solo madame Merle, viuda de un négociant suizo, con una pequeña renta y un sinfín de amistades, una dama que pasaba mucho tiempo en casas de otros y que era objeto del beneplácito general como un libro recién publicado, ameno e intrascendente. El contraste entre esta realidad y la de cualquiera de la media docena de posiciones que, suponía Ralph, madame Merle había aspirado a alcanzar en distintos momentos, tenía un elemento de tragedia. La señora Touchett creía que su hijo se llevaba a las mil maravillas con aquella invitada tan sociable. En su opinión, dos personas que seguían hasta tal punto unas pautas de conducta tan ingeniosas, es decir, tan suyas, por fuerza debían tener muchas cosas en común. Ralph había calibrado a fondo la intimidad de Isabel con su eminente amiga, y hacía tiempo que había aceptado que no podía guardarse a su prima para él solo sin encontrar resistencia. Y trataba de llevarlo lo mejor posible, al igual que había hecho con cosas peores. Estaba convencido de que aquella situación se resolvería sola, de que no iba a durar para siempre. Ninguna de aquellas dos damas tan superiores conocía a la otra todo lo bien que se imaginaba, y cuando cada una de ellas descubriese uno o dos detalles de importancia se produciría, si no una ruptura, al menos un distanciamiento. Mientras tanto, no tenía reparo en reconocer que la conversación de la dama mayor resultaba de provecho para la más joven, a la que le quedaba mucho por aprender y que, era indudable, aprendería más con madame Merle que con cualquier otro instructor de la juventud. No era probable que Isabel sufriese perjuicio alguno.

Habría resultado realmente difícil determinar qué perjuicio podría ocasionarle a Isabel la visita que por fin hizo a la casa del señor Osmond en lo alto de la colina. Nada podría haber resultado más encantador en aquella ocasión, en aquella deliciosa tarde con la primavera toscana en pleno apogeo. El coche de las dos amigas franqueó la Puerta Romana, pasando bajo la enorme superestructura lisa que corona el sencillo y elegante arco de dicho portal y que hace que resulte impresionante en su desnudez, y después serpenteó por callejuelas flanqueadas de altas tapias por las que se desparramaba la exuberancia y la fragancia de los huertos en flor, hasta alcanzar aquella piazza de trazado irregular que dominaba la ciudad, en la que la larga muralla de color marrón de la villa que ocupaba en parte el señor Osmond era un elemento fundamental o, cuando menos, destacado. Isabel atravesó con su amiga un patio amplio y elevado, en el que el nivel inferior estaba sumido en una leve sombra, mientras que en el superior dos galerías de arcos livianos, la una frente a la otra, concentraban la luz del sol en sus esbeltas columnas y en las plantas que las cubrían. El lugar tenía un aire adusto y recio; daba la impresión de que, una vez en su interior, fuera necesario hacer acopio de energía para salir de él. Por la mente de Isabel, sin embargo, no cruzaba todavía pensamiento alguno de salir de allí, sino únicamente de adentrarse en el lugar. El señor Osmond salió a recibirlas a la fría antecámara, fría incluso en el mes de mayo, y las condujo, a ella y a la dama que era su guía, a los aposentos antes descritos. Madame Merle iba delante, y mientras Isabel se entretenía un instante hablando con su anfitrión, la dama dio muestras de su familiaridad con el lugar al entrar en la sala y saludar a las dos personas allí sentadas. Una de ellas era la pequeña Pansy, en cuya mejilla depositó un beso; la otra era una dama que el señor Osmond presentó a Isabel como su hermana, la condesa Gemini.

—Y esta es mi hijita —dijo—, que acaba de salir del convento.

Pansy llevaba un ligero vestido blanco, y el rubio cabello primorosamente recogido en una reddecilla; lucía unos pequeños zapatos anudados a los tobillos, a modo de sandalias. Obsequió a Isabel con una leve reverencia conventual, y a continuación se aproximó para que la besase. La condesa Gemini se limitó a inclinar la cabeza sin abandonar su asiento. Isabel advirtió que se trataba de una mujer de mucho postín. Era morena, delgada y nada bella, pues sus facciones recordaban a un pájaro tropical: nariz larga y curvada como un pico, ojos pequeños e inquietos y boca y barbilla hundidas en exceso. El rostro, sin embargo, merced a sus variadas expresiones de asombro y énfasis, de alegría y horror, no carecía de humanidad y, en lo que concernía a su apariencia, era evidente que se conocía bien y sabía cómo resaltar sus puntos fuertes. Su atuendo, delicado y voluminoso, rebosante de elegancia, semejaba un refulgente plumaje, y sus ademanes eran tan súbitos y leves como los del ave que se posa en una rama. Tenía mucho estilo; e Isabel, que jamás había

conocido a nadie con tanta clase, la clasificó de inmediato como la más afectada de las mujeres. Recordó que Ralph le había recomendado no cultivar su amistad, pero estaba dispuesta a reconocer que, a primera vista, la condesa Gemini no parecía tener mucho fondo. Sus gestos traían a la mente el ondear violento de una bandera de armisticio general, entre revuelos de seda blanca y gallardetes.

—Se convencerá de cuánto me alegra conocerla si le digo que he venido únicamente porque sabía que iba a estar usted aquí. Yo no vengo a visitar a mi hermano, hago que sea él quien venga a verme a mí. Esta colina suya es terrible, no sé qué le encuentra. De verdad, Osmond, un día de estos vas a acabar con mis caballos, y, como les pase algo malo, tendrás que comprarme un nuevo par. Hoy los he oído jadear, te lo juro. Y es francamente desagradable oír cómo resuellan los caballos cuando una va sentada en el carruaje; da la impresión de que no fuesen lo que deberían ser. Pero yo siempre he tenido buenos caballos; puede que haya carecido de otras cosas, pero siempre me las he arreglado para tenerlos. Mi esposo no es que sepa mucho, pero creo que de caballos sí que entiende. Los italianos por lo general no lo hacen, pero mi esposo, con sus escasas luces, está a favor de todo lo que sea inglés. Y mis caballos son ingleses, así que sería una verdadera lástima que se echaran a perder. Debo decirle —continuó, dirigiéndose a Isabel— que Osmond no me invita a menudo, que no creo que le agrade tenerme aquí. Lo de venir hoy ha sido solo idea mía. Me gusta conocer gente nueva, y estoy segura de que usted lo es, y mucho. Pero no se siente ahí, esa butaca no es lo que parece. Aquí hay algunos sillones muy cómodos, pero también otros que son un horror.

Formuló tales observaciones con toda suerte de sacudidas y picotazos, entre gorjeos agudos, y con un acento que tenía cierto regusto a buena pronunciación inglesa, o más bien americana, en apuros.

—¿Que no me gusta tenerte aquí, querida? —dijo su hermano—. Me consta que no tienes precio.

—Yo no veo tales horrores por ningún lado —replicó Isabel, mirando a su alrededor—. Encuentro todo precioso y de mucho valor.

—Tengo unas cuantas cosas buenas —concedió el señor Osmond—; de hecho, no tengo nada que sea muy malo. Pero no tengo lo que me habría gustado tener.

El caballero continuaba en pie, un tanto incómodo, sonriendo y mirando a su alrededor; su actitud era una extraña mezcla de desapego e interés. Parecía dar a entender que todo lo que no tuviese suficiente valor carecía de importancia. Isabel llegó con rapidez a la conclusión de que la sencillez no era precisamente la divisa de aquella familia. Hasta aquella jovencita del

convento, que, con su vestido blanco tan formal, con aquella expresión sumisa en el pequeño rostro y las manos entrelazadas ante ella, estaba allí de pie como si fuese a tomar su primera comunión, hasta aquella diminuta hija del señor Osmond tenía una especie de barniz no exento por completo de artificio.

—A usted le habría gustado tener algunas cosas de los Uffizi y del palacio Pitti, eso es lo que le habría gustado —dijo madame Merle.

—¡Pobre Osmond, con sus cortinajes y sus crucifijos viejos! —exclamó la condesa Gemini, quien al parecer se dirigía a su hermano exclusivamente por el apellido.

La observación no iba dirigida a nadie en particular, aunque al pronunciarla sonrió a Isabel y la miró de arriba abajo.

Su hermano no la había oído; parecía estar pensando qué decirle a Isabel. Por fin, se decidió a preguntarle:

—¿Le apetece tomar una taza de té? Debe de estar muy cansada.

—No, de veras, no estoy cansada, ¿qué he hecho para cansarme?

Isabel sentía la necesidad de mostrarse muy directa, de no utilizar ningún subterfugio; había algo en el ambiente, en su impresión general de las cosas —aunque no habría podido precisar qué era exactamente—, que le quitaba las ganas de hacerse notar. Aquel lugar, la ocasión, la mezcla de personas, todo tenía un significado más profundo de lo que a primera vista parecía y ella iba a intentar descifrarlo y no a limitarse a decir frases educadas e insustanciales. La pobre Isabel, sin duda, no era consciente de que muchas mujeres habrían hecho precisamente eso: encubrir una atenta observación con comentarios superficiales. Es preciso confesar que su orgullo se sentía un tanto alarmado: un hombre del que había oído hablar en términos que suscitaban interés y que evidentemente era capaz de distinguirse la había invitado a ella, una dama joven que no prodigaba sus favores, a ir a su casa. Ahora que estaba allí, lo natural era que fuese obligación del caballero echar mano del ingenio y amenizar la visita. Isabel, por el momento, no se sentía menos observadora ni, a nuestro juicio, más indulgente, al comprobar que el señor Osmond no cumplía con dicha obligación con todo el entusiasmo que habría sido de esperar. Imaginó que estaría diciéndose a sí mismo: «¡Qué necio he sido al permitir que me metieran en esto sin ninguna necesidad!».

—Si le muestra todos sus bibelots y le da una conferencia sobre cada uno de ellos, entonces sí que se encontrará cansada cuando vuelva a casa —dijo la condesa Gemini.

—Eso no me da miedo; por mucho cansancio que sienta, al menos habré aprendido algo.

—Muy poco, imagino. Es que a mi hermana le espanta aprender cualquier cosa —dijo el señor Osmond.

—Ah, confieso que así es. No deseo aprender nada más, ya sé demasiado. Cuanto más se sabe, más infeliz se es.

—No debería usted subestimar el conocimiento delante de Pansy, que todavía no ha terminado su educación —interpuso madame Merle con una sonrisa.

—A Pansy nunca le harán daño —dijo el padre de la jovencita—. Pansy es una florecilla de convento.

—¡Ah, los conventos, dichosos conventos! —exclamó la condesa entre un revoloteo de volantes—. ¡A mí no me hables de conventos! Allí se aprende de todo, yo también soy flor de convento. Yo no tengo pretensiones de ser buena, pero las monjas sí. ¿Comprende usted lo que quiero decir? —continuó dirigiéndose a Isabel.

Isabel no estaba muy segura de entenderla, y respondió que no se le daba bien seguir las discusiones. La condesa declaró entonces que ella las detestaba, pero que en cambio a su hermano le encantaban, que siempre discutía.

—En mi opinión —dijo—, o te gusta algo o no te gusta. Y está claro que no todo puede gustarte. Pero no se debería tratar de razonarlo, pues nunca se sabe adónde se puede ir a parar. Hay algunos sentimientos muy buenos que pueden deberse a razones muy malas, ¿no le parece? Y también hay sentimientos muy malos que, a veces, pueden deberse a razones muy buenas. ¿Entiende usted lo que quiero decir? A mí las razones me traen sin cuidado, pero sé lo que me gusta.

—Pues eso es lo importante —dijo Isabel sonriendo, y con la sospecha de que su relación con aquel personaje tan superficial no iba a proporcionarle ningún solaz intelectual.

Si a la condesa le molestaba discutir, a Isabel en aquel momento tampoco le apetecía hacerlo, de modo que tendió la mano a Pansy con la agradable sensación de que dicho gesto no la comprometía a nada que pudiera originar una divergencia de opiniones. Al parecer, Gilbert Osmond aceptaba como algo irremediable el tono de su hermana, y desvió la conversación hacia otro asunto. Fue a sentarse al otro lado de su hija, que había rozado con timidez los dedos de Isabel con los suyos, pero hizo que la niña abandonara su asiento para que se pusiera de pie entre sus rodillas, recostada contra él, mientras le rodeaba la cintura con los brazos. Pansy clavó los ojos en Isabel, con una mirada fija y carente de interés que aparentemente no reflejaba ninguna intención, aunque sí la conciencia de una atracción. El señor Osmond habló de muchas cosas; madame Merle había dicho que cuando se lo proponía podía

resultar agradable y hoy, transcurrido un tiempo, dio la impresión no solo de proponérselo sino de empeñarse en serlo. Madame Merle y la condesa Gemini estaban sentadas algo apartadas, y conversaban con la tranquilidad de quienes se conocen lo suficiente para no tener que esforzarse; aunque, de vez en cuando, Isabel oía cómo la condesa, en respuesta a algo que su interlocutora había dicho, se lanzaba en pos de sus lúcidos comentarios como un caniche se lanza al agua entre salpicaduras en pos del palo que se le ha arrojado. Era como si madame Merle quisiese comprobar hasta dónde estaba dispuesta a adentrarse. El señor Osmond habló de Florencia, de Italia, del placer que suponía vivir en aquel país y de las cortapisas a dicho placer. Había tanto satisfacciones como inconvenientes, y estos eran muy numerosos, por mucho que los forasteros no viesan más que la parte romántica. Resultaba acogedor para el fracaso humano, para el fracaso social, y con esto se refería a aquellas personas que, como ellas mismas decían, eran incapaces de sacar provecho material de su sensibilidad. Aquí podían conservarla, en su pobreza y sin caer en el ridículo, igual que se conserva un legado o una propiedad incómoda que se ha heredado y que no proporciona beneficio alguno. En ese aspecto, había ventajas en vivir en el país que contenía el sùmmum de la belleza. Solo allí se podían percibir ciertas sensaciones. Otras, favorables a la vida, no se obtenían nunca, y algunas de las recibidas eran pésimas. Pero, de vez en cuando, se percibía algo de tanta calidad que compensaba por todo lo demás. Pese a todo, Italia también había echado a perder a mucha gente. Incluso él mismo era a veces lo suficiente fatuo para creer que, de haber pasado menos años de su vida en el país, podría haber sido un hombre mejor. Italia lo volvía a uno perezoso y lo convertía en un diletante, en alguien mediocre. El país no fomentaba el carácter disciplinado, o dicho de otro modo, no empujaba a uno a cultivar el éxito social ni otros aspectos mundanos que florecían en París o en Londres.

—Somos deliciosamente provincianos —afirmó Osmond—, y en mi caso soy perfectamente consciente de que tengo tanta herrumbre como una llave que no encaja en ninguna cerradura. Hablar con usted me devuelve cierto lustre... y no es que me atreva a tener la pretensión de abrir un cerrojo tan intrincado como sospecho es su intelecto. Pero usted se irá de aquí antes de que tenga ocasión de verla en tres ocasiones, y después tal vez no vuelva a verla nunca. Eso es lo que conlleva vivir en un país al que la gente viene de visita. Si los que vienen son desagradables, malo; pero cuando son agradables, es aún peor. En cuanto les has cobrado afecto, se marchan a otro lugar. Me he visto decepcionado en demasiadas ocasiones, así que he dejado de crear vínculos, de permitirme sentir atracciones. ¿Es su intención quedarse... establecerse aquí? Eso supondría un verdadero alivio. Sí, por supuesto, su tía es una especie de garantía; estoy convencido de que uno puede fiarse de ella. Claro, es una vieja florentina, y cuando digo vieja lo hago en sentido literal;

nada que ver con estos forasteros modernos. Ella es de la época de los Médici, debió de presenciar la quema de Savonarola, y no me extrañaría que hubiese echado un puñado de astillas a la hoguera. Su rostro recuerda mucho a los de algunos cuadros antiguos: esos rostros diminutos, adustos y definidos que debieron de tener una expresión intensa, aunque casi siempre la misma. Hasta podría mostrarle un retrato suyo en un fresco de Ghirlandaio. Confío en que no le moleste que hable así de su tía... ¿no será así? Tengo la impresión de que no. Tal vez piense usted incluso peor, pero le aseguro que no es mi intención faltarles al respeto, a ninguna de las dos. Soy un gran admirador de su tía, créame.

Mientras el anfitrión de Isabel se esforzaba en entretenerla de esta manera un tanto confidencial, ella de vez en cuando dirigía la mirada a madame Merle y recibía una sonrisa distraída en respuesta, en la que en esta ocasión no había ninguna indicación inoportuna de que nuestra heroína estuviera luciéndose. Madame Merle, finalmente, propuso a la condesa Gemini salir al jardín, y esta, tras ponerse en pie y ahuecar el plumaje, se encaminó hacia la puerta.

—¡Pobre señorita Archer! —exclamó mientras examinaba al otro grupo con expresión compasiva—. ¡Qué forma de meterla en la familia!

—La señorita Archer no podría sentir otra cosa que simpatía hacia una familia a la que tú pertenezcas —respondió el señor Osmond con una carcajada que, pese a tener cierto deje burlón, no estaba exenta de una refinada paciencia.

—¡No sé qué quieres decir con eso! Estoy segura de que no pensará mal de mí, a no ser por lo que tú le cuentes. Yo soy mejor de lo que él le diga, señorita Archer —prosiguió la condesa—. No soy más que una tonta y una aburrida. ¿Es eso todo lo que le ha dicho? ¿Sí? Pues, en ese caso, se ve que lo pone usted de buen humor. ¿Ha empezado a hablarle de alguno de sus temas preferidos? Porque le advierto que hay un par de ellos que siempre trata a fond. Si empieza, más vale que vaya usted despojándose del sombrero.

—No creo que yo sepa cuáles son los temas preferidos del señor Osmond —dijo Isabel, que se había puesto de pie.

La condesa, por un instante, adoptó una actitud de profunda reflexión, apretando contra la frente las puntas de los dedos de una mano.

—Se lo digo en un momento. Uno es Maquiavelo, otro Vittoria Colonna; y después está Metastasio.

—Pues conmigo —dijo madame Merle al tiempo que enlazaba con su brazo el de la condesa Gemini como para guiar sus pasos hacia el jardín—, el señor Osmond no se muestra nunca tan histórico.

—Ya —respondió la condesa mientras se alejaban—, pero es que usted es Maquiavelo en persona, la mismísima Vittoria Colonna.

—Solo nos falta por oír que la pobre madame Merle es Metastasio —dijo Gilbert Osmond, con un suspiro de resignación.

Isabel se había levantado al creer que también ellos iban a salir al jardín; pero su anfitrión permaneció quieto, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, sin dar muestra alguna de querer abandonar la estancia, mientras que su hija, que se había colgado del brazo de su padre, alzaba la vista y pasaba la mirada del rostro de él al de Isabel, que estaba a la espera, con cierta satisfacción íntima, de que dirigiesen sus pasos. Le agradaba la conversación del señor Osmond, su compañía, y en aquel momento sentía algo que siempre le producía una íntima emoción: la conciencia de iniciar una nueva relación. A través de las puertas abiertas de la amplia estancia, vio a madame Merle y a la condesa recorriendo el hermoso césped del jardín; se volvió entonces y paseó la mirada por los objetos que había diseminados a su alrededor. Según lo acordado, el señor Osmond iba a mostrarle sus tesoros, y todos sus cuadros y vitrinas parecían serlo. Tras un momento, Isabel se aproximó a uno de los cuadros para verlo de cerca, pero sin darle tiempo a hacerlo él le preguntó de improviso:

—¿Qué opina de mi hermana, señorita Archer?

Isabel se giró hacia él un tanto sorprendida.

—No me pregunte eso, se lo ruego. Apenas he visto a su hermana unos instantes.

—Sí, la ha visto muy poco, pero ha debido de observar que tampoco tiene gran cosa que ver. ¿Qué opina del tono general de nuestra familia? —prosiguió con su impertérrita sonrisa—. Me gustaría saber qué impresión causa en una mente fresca y libre de prejuicios. Sé lo que va a decirme, que apenas ha tenido tiempo de atisbarlo. Pero, si tiene ocasión, no deje de fijarse de ahora en adelante. A veces pienso que hemos tomado el camino equivocado al vivir aquí, rodeados de cosas y de personas que nos son ajenas, sin responsabilidades ni ataduras, sin nada que nos una ni nos sostenga; casándonos con extranjeros, adquiriendo gustos artificiales, escabulléndonos del que era nuestro destino natural. Permítame añadir que esto lo digo mucho más por mí que por mi hermana. Ella es una dama muy honrada, mucho más de lo que aparenta. Es bastante infeliz, y como su carácter no es serio, no suele mostrarlo trágicamente; en lugar de eso, lo hace de forma cómica. Tiene un marido espantoso, aunque no estoy muy seguro de que se aproveche de esa circunstancia. Está claro, de todos modos, que un marido espantoso resulta muy inconveniente. Madame Merle le da excelentes consejos, pero es en gran medida como darle a un niño un diccionario para que aprenda un idioma con

él. Sabe buscar las palabras, pero es incapaz de unir las entre sí. Mi hermana necesita una gramática, pero, por desgracia, no tiene conciencia gramatical. Perdón que la moleste con estos detalles; mi hermana estaba muy en lo cierto al decir que la habíamos metido de lleno en la familia. Deje que descuelgue ese cuadro, necesita verlo a la luz.

Descolgó el cuadro, lo llevó hasta la ventana y relató una serie de hechos curiosos en relación con el mismo. Isabel examinó el resto de las obras de arte, y su anfitrión le fue proporcionando la información que parecía más adecuada para una joven dama que ha ido de visita una tarde de verano. Sus cuadros, medallones y tapices eran de interés, pero, transcurrido un tiempo, Isabel pensó que el propietario de los mismos resultaba mucho más interesante aún, y con independencia de ellos, por muy presentes que parecieran estar en su vida. No se parecía a nadie que ella conociese; la mayoría de sus conocidos podían ser divididos en grupos de media docena de especímenes cada uno. Había una o dos excepciones a esa regla; por ejemplo, le resultaba imposible imaginar un grupo que incluyese a su tía Lydia. Había además otra serie de personas que eran, hablando en términos relativos, originales, que se podría decir que tenían una originalidad concedida por cortesía, como el señor Goodwood, su primo Ralph, Henrietta Stackpole, lord Warburton y madame Merle. Pero en lo esencial, si se los examinaba con detenimiento, aquellos individuos pertenecían a los tipos que ya tenía presentes en su mente. Para quien su mente no tenía un lugar natural era para el señor Osmond: era un espécimen aparte. No es que reconociese todas esas verdades al momento, sino que, poco a poco, iba encajándolas en su lugar. Por el momento, lo único que se dijo a sí misma fue que aquella «nueva relación» quizá hiciese de ella alguien realmente distinguido. Madame Merle había tenido también esa cualidad que hace a uno especial, pero ¿qué fuerza adquiriría de inmediato cuando era un hombre el que la poseía! No se trataba tanto de lo que hacía o decía, sino más bien de lo que se guardaba para sí, lo que en opinión de Isabel le imprimía la marca de singularidad, como uno de esos signos tan curiosos que le estaba mostrando en la parte de atrás de las antiguas placas y en las esquinas de los dibujos del siglo XVI: y todo ello sin caer en inflexiones claramente diferenciadas del uso común, resultaba original sin ser excéntrico. Jamás había conocido a una persona con ese grado de refinamiento. Para empezar, tal peculiaridad era física, pero se extendía a cosas impalpables. Su cabello espeso y fino, sus facciones esculpidas a cincel, su tez clara, curtida sin resultar basta, la barba que crecía perfectamente igualada y los dedos ligeros, esbeltos y suaves que convertían el movimiento de uno solo de ellos en un gesto lleno de expresividad... para nuestra sensible joven, esos rasgos personales eran signos de calidad, de intensidad, prometían en cierto modo despertar el interés. No cabía duda de que era exigente y crítico; muy probablemente fuese irritable. La sensibilidad había regido su persona, puede que en demasía; hacía que se

impacientase ante los problemas vulgares y lo había empujado a vivir aislado, en un mundo lleno de orden y equilibrio, y a dedicarse a pensar en el arte y la belleza, en la historia. Se había guiado por su gusto en todo, y quizá únicamente por su gusto, como un enfermo que, consciente de que su mal es incurable, no consulta al final más que a su abogado: eso era lo que lo hacía tan distinto del resto de la gente. Ralph tenía algo de aquella misma cualidad, ese aire de pensar que la vida es cuestión de los entendidos; pero en Ralph era una anomalía, una suerte de excrecencia humorística, mientras que en el señor Osmond era la clave principal, y todo lo demás estaba en armonía con ella. Isabel estaba aún muy lejos de entenderlo por completo; no siempre resultaba obvio el sentido de sus palabras. Era difícil entender, por ejemplo, qué quería decir al hablar de su lado provinciano, que era precisamente un aspecto del que ella habría asegurado que carecía por completo. ¿Se trataba acaso de una inocente paradoja cuyo propósito era desconcertarla? ¿O de la muestra más refinada de su exquisita cultura? Confiaba en descubrirlo con el tiempo, ya que prometía ser algo muy interesante de averiguar. Si era provinciano estar rodeado de tanta armonía, ¿en qué consistía entonces el refinamiento de la capital? Isabel se veía capaz de plantear dicha cuestión, pese a estar convencida de que su anfitrión era una persona tímida, pues una timidez como la suya, fruto de unos nervios a flor de piel y de una aguda percepción, era perfectamente compatible con la mejor crianza. Es más, era prácticamente una demostración de unos valores y unas pautas fuera de lo común; sin duda, tenía el convencimiento de que la gente vulgar era la primera en hacerse notar. No era un hombre que demostrase una confianza excesiva en sí mismo, que se dedicase a charlar y cotillear con la ligereza propia de un carácter superficial; era tan crítico consigo mismo como lo era con los demás, y, puesto que se mostraba muy exigente con los demás antes de considerarlos agradables, tendría con toda probabilidad una opinión muy irónica de lo que él mismo podía ofrecer: una prueba más de que no era un presuntuoso sin remedio. De no ser tímido, no habría podido lograr aquella superación sutil, gradual y triunfante de su timidez, que era lo que a la vez le atraía y le confundía de él. Si le había preguntado de improviso qué pensaba de la condesa Gemini, era sin duda prueba de que sentía interés hacia Isabel; difícilmente habría necesitado ayuda para conocer a su propia hermana. Y si bien el hecho de mostrarse tan interesado era indicativo de una mente curiosa, no dejaba de ser un tanto peculiar que sacrificase sus sentimientos fraternales a su curiosidad. Eso era lo más excéntrico de cuanto había hecho.

Además de la estancia en que la habían recibido, había otras dos más, igualmente repletas de objetos, en las que Isabel pasó un cuarto de hora. Todo en ellas era sumamente curioso y de enorme valor, y el señor Osmond siguió mostrándose como el más amable de los cicerones al conducirla de una pieza a otra, sin soltar en ningún momento la mano de su hija. Su amabilidad casi

sorprendió a nuestra joven amiga, quien se preguntaba por qué razón se tomaba tantas molestias con ella; y al final, acabó por sentirse abrumada ante todo aquel cúmulo de belleza y conocimiento al que se vio expuesta. Por el momento ya había tenido suficiente y había dejado de atender a lo que él decía. Pese a mirarlo con ojos atentos, no pensaba en las palabras que le dirigía. Probablemente él la creyese más despierta, más inteligente en todos los aspectos, más preparada de lo que estaba. Llevada por su amabilidad, madame Merle seguramente habría exagerado, lo cual era una lástima porque, al final, él acabaría por descubrirlo, y puede que entonces su inteligencia real no bastase para que Osmond se perdonase la equivocación. Parte de la fatiga que Isabel sentía se debía al esfuerzo por parecer tan inteligente como imaginaba que madame Merle la había descrito, y al temor (muy poco habitual en ella) de dejar al descubierto no su ignorancia, que en comparación le importaba muy poco, sino una posible carencia de finura en la percepción. Le habría horrorizado manifestar su gusto por algo que él, dado su conocimiento superior, considerase que no debía gustarle; o bien pasar por alto aquello en lo que se habría fijado una mente realmente cultivada. No deseaba en absoluto caer en aquello tan grotesco que había visto hacer a muchas mujeres (y eso era una advertencia), que, sin perder la compostura, habían zozobrado de forma ignominiosa. Por lo tanto, ponía exquisito cuidado en lo que decía, así como en lo que observaba o pasaba por alto; mucho más cuidado del que hasta entonces había puesto nunca.

Regresaron a la primera estancia, donde ya habían servido el té, pero como las otras dos damas continuaban todavía en la terraza, y dado que Isabel no había disfrutado aún de las vistas, atracción principal de la casa, el señor Osmond guio sus pasos hacia el jardín sin más dilación. Madame Merle y la condesa Gemini se habían hecho llevar allí unas sillas y, como hacía una tarde preciosa, la condesa propuso que tomasen el té al aire libre. Así pues, enviaron a Pansy a avisar al criado para que sacase el servicio. El sol había descendido, la luz dorada tenía una tonalidad más intensa, y sobre las montañas y las planicies que se extendían ante ellos las sombras de color púrpura resplandecían con igual intensidad que los lugares todavía iluminados. La escena era de un encanto extraordinario. El aire mostraba una quietud casi solemne, y el amplio paisaje, con sus cultivos de aspecto ajardinado y su noble trazado, el fértil valle y las colinas apenas alteradas, con mínimas muestras de ocupación humana, se extendía ante ellos con espléndida armonía y elegancia clásica.

—Parece usted tan complacida que creo que puedo confiar en que vuelva —dijo Osmond mientras llevaba a su acompañante hasta una de las esquinas de la terraza.

—No le quepa duda de que volveré —repuso Isabel—, pese a que usted

diga que es malo vivir en Italia. ¿Qué fue eso que dijo sobre la misión natural de cada uno? Me pregunto si estaría negando mi misión natural si me instalase en Florencia.

—La misión natural de una mujer es estar donde más se la aprecia.

—El problema reside en averiguar cuál es ese lugar.

—Muy cierto; a menudo la mujer pierde mucho tiempo en tal empeño. La gente debería dejárselo muy claro.

—Por lo menos en lo que a mí respecta tendría que ser así.

—En cualquier caso, me alegra oírle hablar de instalarse aquí. Madame Merle me había dado a entender que tenía usted un espíritu viajero. Creo que me habló de que tenía planes de dar la vuelta al mundo.

—Mis planes me dan bastante vergüenza, hago uno nuevo cada día.

—No veo razón para avergonzarse. Ese es el mayor de los placeres.

—A mí me parece frívolo —dijo Isabel—. Una debería elegir tras mucha deliberación, y mantenerse fiel a lo elegido.

—Según ese criterio, entonces yo no soy frívolo.

—¿No ha hecho nunca planes?

—Sí, años atrás, hice uno, y todavía hoy lo sigo.

—Debe de haber sido un plan muy agradable —se atrevió a observar Isabel.

—Era muy sencillo. Consistía en vivir lo más tranquilo posible.

—¿Tranquilo? —repitió la joven.

—Sí, sin preocuparme, sin esforzarme ni luchar por alcanzar nada. Resignarme. Contentarme con poco. —Pronunció despacio aquellas frases, haciendo breves pausas entre ellas, y clavando sus ojos inteligentes en los de su interlocutora, con la plena conciencia del hombre que se decide a hacer una confesión.

—¿Y llama usted simple a eso? —preguntó ella con leve ironía.

—Sí, porque es algo negativo.

—¿Es que es negativa su vida?

—Llámela afirmativa si prefiere. Pero lo único que ha afirmado es mi indiferencia. Y conste que no hablo de una indiferencia innata, porque carecía de ella, sino de una renuncia voluntaria y premeditada.

Isabel apenas entendía lo que le estaba diciendo, no estaba segura de si

hablaba en serio o no. ¿Por qué razón iba a mostrarse de repente tan abierto un hombre que le daba la impresión de ser tan reservado? No obstante, eso era asunto de él, y sus confidencias resultaban interesantes.

—No veo por qué tenía usted que renunciar —dijo al cabo de un momento.

—Porque no podía hacer nada. No tenía perspectivas, era pobre y no era ningún genio. Tampoco tenía talento, me di cuenta muy pronto. Era simplemente el joven más disconforme de la tierra. Había dos o tres personas en el mundo que despertaban mi envidia: el zar de Rusia, por ejemplo, y el sultán de Turquía. Hubo incluso momentos en los que llegué a envidiar al Papa de Roma, por el respeto de que goza. Me habría encantado que me tratasen con igual consideración, pero como eso era imposible y no estaba dispuesto a conformarme con menos, decidí no aspirar a ningún tipo de honores. Hasta el caballero más necesitado puede siempre respetarse a sí mismo, y por fortuna, aunque necesitado, yo era un caballero. No podía hacer nada en Italia, ni siquiera podía ser un patriota italiano. Para serlo, tendría que haberme ido del país, y estaba demasiado encariñado con él para abandonarlo, por no mencionar lo mucho que Italia, en general, me satisfacía entonces, tal como era, para sentir deseos de cambiarla. Así que llevo muchos años aquí, siguiendo el plan de vida tranquila que le he mencionado, y no he sido en absoluto infeliz. No quiero decir que no me haya preocupado de nada, pero las cosas por las que me he preocupado han sido definidas, limitadas. Los acontecimientos de mi vida han pasado por completo inadvertidos para todo el mundo, excepto para mí mismo: comprar un crucifijo antiguo de plata a precio de ganga (por supuesto, jamás he comprado nada caro), o descubrir, como hice en cierta ocasión, un boceto de Correggio en una tabla sobre la que algún idiota inspirado había pintarrajeado encima.

Habría sido este un relato muy árido de la trayectoria del señor Osmond si Isabel se lo hubiera creído a pies juntillas, pero su imaginación se encargó de suplir el elemento humano que estaba convencida que no había faltado. La vida de Osmond se había entrecruzado con la de otras personas más de lo que él estaba dispuesto a reconocer, pero, como era natural, ella no podía esperar que entrase en detalles así. Por el momento, se abstenía de forzarle a más revelaciones. Insinuar que no se lo había contado todo habría sido una muestra de mayor familiaridad y de menor consideración de las que ahora quería mostrarle; de hecho, habría sido de una vulgaridad escandalosa. Lo cierto era que ya le había contado más que suficiente. No obstante, en aquel momento se sintió inclinada a expresarle una admiración controlada por haber conseguido preservar su independencia.

—¡Qué vida más placentera —dijo—, renunciar a todo menos a Correggio!

—Bueno, a mi manera, he conseguido sacarle provecho. No piense que me

estoy quejando. Si uno no es feliz es por culpa suya.

Aquello era demasiado elevado e Isabel prefería algo más cotidiano.

—¿Ha vivido siempre aquí?

—No, no siempre. Viví mucho tiempo en Nápoles, y pasé muchos años en Roma. Pero ya llevo aquí una larga temporada. Aunque quizá tenga que cambiar de aires, hacer algo distinto. Ahora ya no puedo pensar solo en mí. Mi hija está creciendo y es muy probable que los Correggios y los crucifijos no le interesen tanto como a mí. Tendré que hacer lo que sea mejor para Pansy.

—Sí, hágalo —dijo Isabel—. Es una niña encantadora.

—¡Ah, es un ángel del cielo! —exclamó Gilbert Osmond con arrobo—. ¡Es mi mayor felicidad!

25

Mientras aquel coloquio bastante íntimo continuaba (y se prolongó durante algún tiempo después de que dejásemos de seguirlo), madame Merle y su acompañante, rompiendo un silencio de cierta duración, habían iniciado un intercambio de opiniones. Estaban ambas damas acomodadas en actitud de silenciosa expectativa, especialmente en el caso de la condesa Gemini, quien, al tener un temperamento más nervioso que su amiga, no era tan ducha en el arte de ocultar su impaciencia. Lo que aquellas damas esperaban no era algo aparente y quizá tampoco estuviese muy definido en sus mentes. Madame Merle estaba a la espera de que Osmond liberase a su joven amiga de aquel tête-à-tête, y la condesa esperaba porque así lo hacía madame Merle. Además, la condesa, a fuerza de esperar, encontró el momento oportuno para hacer uno de esos comentarios perversos tan suyos. Puede que llevase unos minutos deseándolo. Su hermano se alejó en compañía de Isabel hasta el fondo del jardín y ella los siguió con la mirada.

—Querida —observó entonces a su acompañante—, espero que me perdone si no la felicito.

—De mil amores, ya que no tengo ni idea de por qué tendría que hacerlo.

—¿Acaso no tiene usted un pequeño plan que la complace mucho? —Y la condesa señaló a la solitaria pareja con un gesto de la cabeza.

Madame Merle dirigió la mirada en la dirección indicada, y a continuación miró a su interlocutora con ojos serenos.

—Como sabe, nunca llego a entenderla muy bien —dijo con una sonrisa.

—Nadie entiende mejor que usted cuando le apetece hacerlo. Pero veo que en este momento no es así.

—Usted me dice unas cosas que nadie más me dice —dijo madame Merle con gravedad, aunque sin dejar de sonreír.

—¿Se refiere a cosas que no le agradan? ¿No le dice Osmond a veces cosas así?

—Lo que su hermano dice tiene una razón.

—Sí, a veces una envenenada. Si lo que quiere decir es que yo no soy tan inteligente como él, no crea que afectará en lo más mínimo. Pero será mucho mejor que me entienda bien.

—¿Por qué razón? —preguntó madame Merle—. ¿Qué va a cambiar eso?

—Si yo no apruebo su plan, debería usted saberlo para darse cuenta del riesgo de que yo interfiera en él.

Madame Merle pareció a punto de reconocer que podía haber algo de razón en aquello, pero al momento dijo en voz baja:

—Me cree usted más calculadora de lo que soy.

—No son sus cálculos lo que me parece mal, sino que se equivoque al hacerlos. Y es lo que sucede en este caso.

—Debe de haber hecho unos cálculos muy a fondo para descubrirlo.

—No, no he tenido tiempo para tal cosa. Esta es la primera vez que veo a la joven —dijo la condesa—, y me he dado cuenta de repente de que me gusta mucho.

—A mí también —declaró madame Merle.

—Tiene usted una forma extraña de demostrarlo.

—Le he dado la oportunidad de conocerla a usted.

—¡De hecho —exclamó la condesa entre carcajadas—, quizá sea lo mejor que podría haberle sucedido!

Madame Merle se quedó un rato en silencio. La actitud de la condesa resultaba impertinente, pero no permitió que eso la alterase; posó la mirada en la silueta color violeta del monte Morello y se sumió en la reflexión.

—Mi querida señora —dijo al fin—, le recomiendo que no se ponga nerviosa. El asunto al que hace alusión concierne a tres personas de mucha más firmeza en sus propósitos que usted.

—¿A tres? En su caso y en el de Osmond está claro. Pero ¿tiene la señorita

Archer la misma firmeza?

—Tanta como nosotros.

—Pues, en ese caso —dijo la condesa con sonrisa radiante—, si la convengo de que le conviene oponerles resistencia, lo logrará sin problemas.

—¿Oponernos resistencia? ¿Por qué se expresa usted con tanta crudeza? No se la está obligando por la fuerza.

—Yo no estoy tan segura. Son capaces de cualquier cosa, usted y Osmond. No hablo de Osmond por su cuenta, ni de usted por la suya. Pero juntos son peligrosos... como una combinación química.

—Pues en ese caso será mejor que nos deje tranquilos —dijo madame Merle sonriendo.

—No es mi intención meterme con ustedes, pero voy a hablar con la joven.

—Mi pobre Amy —murmuró madame Merle—, no entiendo qué se le ha metido en la cabeza.

—Me intereso por ella... eso es lo que se me ha metido en la cabeza. Me gusta ella.

Madame Merle titubeó un instante.

—Pues no creo que usted le guste a ella.

La condesa abrió sus brillantes ojillos de par en par y su rostro se contrajo en una mueca.

—¡Ay, usted no necesita a nadie para ser peligrosa!

—Si quiere caerle bien, no hable mal de su hermano delante de ella.

—Supongo que no pretenderá que se haya enamorado de él en solo dos encuentros.

Madame Merle miró un instante a Isabel y al dueño de la casa. Osmond estaba apoyado en el parapeto, con el rostro vuelto hacia la joven y los brazos cruzados; y resultaba evidente que Isabel, aunque dirigiese la mirada en la otra dirección, no se dedicaba a examinar el paisaje. Mientras madame Merle la contemplaba, la joven bajó la mirada; estaba escuchando a Osmond, probablemente con un punto de embarazo, al tiempo que hundía la contera de la sombrilla en la tierra. Madame Merle se levantó de su asiento.

—Pues sí, eso es lo que creo —declaró.

Tras ser llamado por Pansy, el andrajoso criado, que por lo raído de su librea y su aspecto trasnochado podría haber salido de un boceto de usanzas de otros tiempos creado por el pincel de un Longhi o un Goya, había salido con

una mesita que depositó sobre el césped, para regresar después a buscar la bandeja del té; luego había desaparecido una vez más, y había vuelto a aparecer con un par de sillones. Pansy había estado observando todas aquellas idas y venidas con sumo interés, de pie, con las manos cruzadas sobre la pechera del ligero vestido, pero no se había atrevido a prestarse a ayudar al sirviente. Sin embargo, cuando la mesa del té estuvo ya dispuesta, se aproximó con calma a su tía.

—¿Cree que papá se molestará si preparo yo el té?

La condesa la examinó con una mirada intencionadamente crítica, sin responder a su pregunta.

—Mi pobre sobrina —dijo—, ¿es ese tu mejor vestido?

—Oh, no —respondió Pansy—, este es un traje sencillo para ocasiones normales.

—¿Consideras una ocasión normal el que yo venga a visitarte? Eso por no nombrar a madame Merle y a aquella joven tan guapa de allí.

Pansy reflexionó un momento, mirando con seriedad a las personas mencionadas, primero a una y después a otra, y a continuación su rostro se iluminó con su sonrisa perfecta.

—Tengo un vestido bonito, pero hasta ese es muy sencillo. ¿Por qué iba a exhibirlo junto a las cosas preciosas que lleva usted?

—Porque es el más bonito que tienes, y siempre tienes que ponerte lo más bonito para mí. Te ruego que la próxima vez te lo pongas. Tengo la impresión de que no te visten todo lo bien que deberían.

La niña se alisó fugazmente la anticuada falda.

—Es un vestido adecuado para preparar el té, ¿no le parece? ¿Cree que papá me dejará que lo haga?

—No tengo forma de saberlo, hija mía —dijo la condesa—. No hay quien adivine las ideas de tu padre. Madame Merle las entiende mejor. Pregúntaselo a ella.

Madame Merle sonrió con su elegancia habitual.

—Es una cuestión peliaguda... déjame que lo piense. Me parece que a tu padre le agradaría ver cómo su hijita le prepara el té con esmero. Es lo que corresponde hacer a la hija de la casa cuando se hace mayor.

—¡Eso mismo creo yo, madame Merle! —exclamó Pansy—. Va a ver qué bien lo hago. Una cucharada por persona.

Y Pansy se puso a trajinar con las cosas de la mesa.

—A mí ponme dos —dijo la condesa, que, al igual que madame Merle, se quedó observando a la niña unos momentos—. Oye, Pansy —prosiguió al fin la condesa—. Me gustaría saber qué te parece tu invitada.

—No es mi invitada, es la invitada de papá —objetó Pansy.

—La señorita Archer también ha venido a verte a ti —dijo madame Merle.

—Me complace oírlo. Ha sido muy amable conmigo.

—Entonces, ¿te gusta? —preguntó la condesa.

—Es encantadora... encantadora —repitió Pansy con aquel tono suyo de niña bien educada—. Me parece realmente agradable.

—¿Y crees que a tu padre también le agrada?

—¡Por Dios, condesa! —murmuró madame Merle con ánimo disuasorio—. Ve a decirles que vengan a tomar el té —continuó, dirigiéndose a la niña.

—¡Ya verán como les gusta! —declaró Pansy, y se alejó en busca de los otros, que seguían entretenidos al fondo de la terraza.

—Si la señorita Archer va a ser su madre, es indudable que interesa saber si a la niña le gusta —dijo la condesa.

—Si su hermano se casa de nuevo, no lo hará por el bien de Pansy —replicó madame Merle—. Pronto cumplirá los dieciséis años, y a esa edad empezará a tener más necesidad de un marido que de una madrastra.

—¿Y va a encargarse también usted de buscarle marido?

—Ciertamente me interesaré por que su matrimonio sea el adecuado. E imagino que usted hará lo propio.

—¡Por supuesto que no! —exclamó la condesa—. ¿Por qué iba yo, precisamente, a darle tanta importancia a un marido?

—Usted no ha sido afortunada en su matrimonio, a eso me refería. Cuando hablo de un marido, quiero decir uno que sea bueno.

—No hay maridos buenos. Y Osmond tampoco va a serlo.

Madame Merle cerró un momento los ojos.

—No sé por qué, pero ahora mismo está usted irritada —dijo al fin—. No creo que se oponga en serio a que su hermano o su sobrina se casen cuando les llegue el momento; y en lo que a Pansy respecta, tengo el convencimiento de que algún día compartiremos el placer de buscarle marido. Sus numerosas amistades serán de gran ayuda.

—Sí, estoy irritada —respondió la condesa—. Usted logra irritarme a

menudo. Y su frialdad me resulta increíble. Es usted una mujer extraña.

—Sería mucho mejor que siempre actuásemos de acuerdo —prosiguió madame Merle.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó la condesa poniéndose en pie.

Madame Merle, con aire divertido, negó con la cabeza.

—¡Está muy claro que no comparte usted mi frialdad!

En ese momento, Isabel y el señor Osmond se aproximaban lentamente hacia ellas. Isabel había cogido a Pansy de la mano.

—No pretenderá creer que él va a hacerla feliz.

—Si se casa con la señorita Archer, supongo que se comportará como un caballero.

La condesa hizo una serie de movimientos nerviosos, adoptando una postura tras otra.

—¿Se refiere a como se comportan la mayoría de los caballeros? ¡Pues sí que sería de agradecer! Por supuesto que Osmond es un caballero; no hay necesidad de recordárselo a su propia hermana. Pero ¿cree él que puede casarse con cualquier joven que se le ocurra elegir? Osmond es un caballero, claro que sí; pero debo decir que nunca he conocido a nadie con las pretensiones de Osmond. En qué se fundan, no tengo ni idea. Soy su hermana, y se supone que yo debería saberlo. ¿Quién se cree que es? ¿Qué ha hecho en la vida? Si hubiese algo especial en sus orígenes, si estuviese hecho de un barro especial, imagino que yo tendría alguna noción. Si nuestra familia hubiera disfrutado de grandes honores o de sumo esplendor, está claro que yo les habría sacado partido: me habrían venido de maravilla. Pero es que no hay nada, nada de nada. Nuestros padres eran gente encantadora, por supuesto; pero no dudo de que los suyos también lo fuesen. Hoy día todo el mundo es encantador. Hasta yo soy una persona encantadora. No se ría, que conste que lo han dicho. Y en lo que a Osmond respecta, siempre ha dado la impresión de creerse que descendía de los dioses.

—Puede usted decir lo que guste —dijo madame Merle, que había escuchado aquel rápido discurso con la mayor atención, pese a que podría parecer lo contrario, ya que había apartado la vista de su interlocutora y tenía las manos ocupadas en ajustar las lazadas de su vestido—. Pero ustedes, los Osmond, son de buena raza: su sangre debe de brotar de un manantial de gran pureza. Su hermano, como hombre inteligente que es, siempre ha tenido dicho convencimiento pese a carecer de pruebas. Usted es modesta al respecto, pero también es persona de gran distinción. ¿Y qué me dice de su sobrina? Esa niña es una princesita. No obstante —añadió madame Merle—, no le va a resultar

fácil a Osmond casarse con la señorita Archer. Pero al menos puede intentarlo.

—Pues yo espero que ella lo rechace. Así se le bajarán un poco los humos.

—No debemos olvidar que es uno de los hombres más inteligentes que existen.

—Ya la he oído antes decir eso, pero aún no he conseguido averiguar qué es lo que ha hecho.

—¿Que qué ha hecho? Pues no ha hecho nada que haya tenido que deshacer. Y ha sabido esperar.

—¿Esperar al dinero de la señorita Archer? ¿De cuánto estamos hablando?

—No me estaba refiriendo a eso —dijo madame Merle—. La señorita Archer tiene setenta mil libras.

—Vaya, es una lástima que sea tan encantadora —declaró la condesa—. Si lo que se trata es de sacrificarla, cualquier joven habría valido. No hacía falta alguien de tanta categoría.

—Si no tuviese categoría, su hermano jamás la habría mirado. Él solo quiere lo mejor.

—Sí —replicó la condesa mientras avanzaban unos pasos para ir al encuentro de los otros—, es muy difícil de contentar. Por eso me echo a temblar cuando pienso en la felicidad de esa joven.

26

Gilbert Osmond volvió a visitar a Isabel; esto es, fue al palazzo Crescentini. Tenía también otras amistades en aquel lugar, y siempre mostraba un comportamiento irreprochable con la señora Touchett y madame Merle, pero la primera de estas damas reparó en el hecho de que, en tan solo dos semanas, había ido de visita en cinco ocasiones, y comparó aquello con otro hecho que no tuvo dificultad en recordar. Hasta entonces, dos visitas al año habían sido el tributo habitual que Osmond rendía a la señora Touchett, quien había advertido que nunca elegía para tales visitas aquellos momentos, repetidos casi con periodicidad, en los que madame Merle se encontraba bajo su techo. No era madame Merle la razón de sus visitas; aquellos dos eran viejos amigos y él jamás haría ningún esfuerzo especial por verla. A Ralph no le tenía simpatía, el propio interesado se lo había comentado, y no resultaba muy creíble que el señor Osmond sintiese un repentino interés por su hijo. Ralph era imperturbable; mantenía una especie de urbanidad holgada con la

que se cubría como si de un gabán mal ajustado se tratase, pero de la que nunca se despojaba. El joven consideraba a Osmond muy buena compañía y en todo momento estaba dispuesto a brindarle su hospitalidad. Pero no se hacía ilusiones pensando que las visitas de Osmond se debieran al deseo de reparar injusticias pasadas; veía la situación con total claridad: Isabel era la atracción, y, con toda justicia, motivo más que suficiente. Osmond era un crítico, un estudioso de lo exquisito, y era natural que sintiese curiosidad ante una aparición tan poco común. Por eso, cuando su madre le comentó que las intenciones del señor Osmond se veían a las claras, la respuesta de Ralph fue que él compartía por completo su opinión. Desde hacía ya mucho tiempo, la señora Touchett había encontrado un hueco para el señor Osmond en su reducida lista de amistades, aunque se preguntase vagamente por medio de qué artes y maniobras (tan negativas como ingeniosas) él se las habría arreglado para imponer tan eficazmente su presencia en todas partes. Como jamás había sido un visitante inoportuno, no había dado ocasión de resultar ofensivo, y lo que lo hacía atractivo a ojos de la señora Touchett era la sensación que daba Osmond de poder prescindir de ella en igual medida que ella podía prescindir de él, virtud esta que, por muy raro que parezca, era para la señora Touchett base suficiente para establecer una relación entre ambos. No obstante, no le produjo ninguna satisfacción pensar que se le había metido en la cabeza casarse con su sobrina. Una unión así, por parte de Isabel, resultaría de una perversidad un tanto morbosa. A la señora Touchett no se le olvidaba fácilmente que la joven había rechazado a un noble inglés, y que una muchacha con la que ni siquiera lord Warburton había triunfado se contentase con un oscuro diletante estadounidense, un viudo de mediana edad, padre de una misteriosa niña y con dudosos recursos, no respondía en absoluto a la idea que la señora Touchett tenía del éxito. Como podemos observar, la visión que dicha dama tenía del matrimonio era política, no sentimental, un punto de vista que siempre ha tenido mucho a su favor para resultar recomendable.

—Espero que tu prima no cometa la locura de escucharle —le dijo a su hijo.

A lo que Ralph respondió que una cosa era que Isabel le escuchase, y otra muy distinta que le respondiese. Sabía que Isabel había escuchado a varios partidos, como hubiera dicho su padre, pero que, a cambio, les había obligado a escucharla a ella; y le resultaba sumamente divertido que en los pocos meses transcurridos desde que la conocía apareciese ya un nuevo pretendiente por la puerta. Había sido deseo de Isabel conocer la vida, y la fortuna la estaba ayudando en su propósito: toda una sucesión de respetables caballeros hincándose de rodillas ante ella serviría tan bien como cualquier otra cosa. Ralph aguardaba con impaciencia la aparición de un cuarto, de un quinto, y hasta de un décimo pretendiente, puesto que no estaba convencido de que parase en el tercero. Dejaría la puerta entreabierta y se prestaría a parlamentar;

pero estaba claro que no iba a franquear la entrada al número tres. Ralph expresó dicha opinión, más o menos en estos términos, a su madre, quien se lo quedó mirando como si se hubiese vuelto loco. Tenía una forma tan imaginativa y colorista de decir las cosas que era como si le estuviese hablando en el lenguaje de los sordomudos.

—Creo que no entiendo lo que dices —dijo—; utilizas demasiadas figuras retóricas y nunca he sido capaz de entender las alegorías. Las dos palabras del idioma que más respeto son Sí y No. Si Isabel quiere casarse con el señor Osmond, lo hará a pesar de todos tus símiles. Deja que sea ella la que encuentre el apropiado para cualquier cosa que se proponga. Sé muy poco del joven de Estados Unidos; no creo que tu prima dedique mucho tiempo a pensar en él, y sospecho que ya se habrá cansado de esperarla. Si ella lo contempla desde un cierto punto de vista, no hay nada en el mundo que impida a Isabel casarse con el señor Osmond. Y eso está muy bien: no hay nadie que apruebe más que yo que una se complazca a sí misma. Pero es que a ella le complacen cosas muy extrañas: es capaz de casarse con el señor Osmond por el preciosismo de sus ideas o por el autógrafo que tiene de Miguel Ángel. Quiere mostrarse desinteresada... ¡como si fuese la única que estuviese en peligro de no serlo! ¿Es que va a mostrarse él igual de desinteresado cuando pueda disfrutar del dinero de Isabel? Esa era la idea de Isabel antes de que muriese tu padre, y desde entonces ha ido adquiriendo mayor atractivo para ella. Debería casarse con alguien de cuyo desinterés estuviese segura, y la mejor prueba de eso sería que el pretendiente contase con fortuna propia.

—Mi querida madre, yo no tengo miedo —respondió Ralph—. Isabel nos está engañando a todos. Va a hacer lo que le plazca, eso por descontado; pero lo hará tras estudiar muy de cerca la naturaleza humana y sin renunciar a su libertad por ello. Ha iniciado una expedición de exploración, y no creo que, nada más comenzar, cambie de rumbo ante una señal de Gilbert Osmond. Puede que haya aminorado la marcha durante una hora, pero antes de que nos demos cuenta avanzará de nuevo a toda vela. Y perdóneme por utilizar una nueva metáfora.

Tal vez la señora Touchett lo perdonase, pero no se sintió lo suficientemente tranquila para ocultar sus temores a madame Merle.

—Usted, que todo lo sabe —dijo—, debe de saber esto: si es cierto que ese extraño personaje está cortejando a mi sobrina.

—¿Gilbert Osmond? —Madame Merle abrió los ojos de par en par, y con plena conciencia exclamó—: ¡Dios nos asista! ¡Menuda idea!

—¿Es que no se le había ocurrido?

—Me hace sentir usted como una idiota, pero le confieso que no. Me

pregunto —añadió— si también se le habrá ocurrido a Isabel.

—Pues pienso preguntárselo de inmediato —dijo la señora Touchett.

—No le meta ideas en la cabeza —dijo madame Merle tras una reflexión—. Lo suyo sería preguntárselo al señor Osmond.

—Yo no puedo hacer semejante cosa —dijo la señora Touchett—. No voy a arriesgarme a que él me pregunte, cosa muy probable con esos aires que gasta, y dada la situación de Isabel, que si es asunto de mi incumbencia.

—Se lo preguntaré yo —declaró madame Merle con valentía.

—Pero ¿no le responderá que tampoco es asunto que le concierne a usted?

—Precisamente porque no es asunto que me concierna en absoluto es por lo que puedo permitirme hablar. Al ser yo la que menos tiene que ver con la cuestión, puede responderme lo que le parezca. Pero por su forma de responder me enteraré de sus intenciones.

—En ese caso, le ruego que me haga saber el resultado de sus indagaciones —dijo la señora Touchett—. Y ya que no puedo hablar con él, lo que sí haré será hablar con Isabel.

Al oír aquellas palabras, su interlocutora quiso hacerle una advertencia.

—No sea demasiado explícita con ella. No avive su imaginación.

—Jamás he avivado la imaginación de nadie. Pero estoy segura de que ella siempre hará algo... algo que yo no haría.

—No, a usted no le gustaría —dijo madame Merle dándolo por sentado.

—¿Y por qué tendría que gustarme, si se puede saber? El señor Osmond no tiene nada mínimamente sólido que ofrecer.

Madame Merle guardó silencio de nuevo, al tiempo que una sonrisa pensativa elevaba la comisura de sus labios y los ladeaba hacia la izquierda, proporcionándole mayor encanto de lo habitual.

—No nos confundamos. Está claro que Gilbert Osmond no es ningún advenedizo. Es un hombre que en condiciones favorables es capaz de causar muy buena impresión. Por lo que yo sé, en más de una ocasión ha sido así.

—No me cuente sus líos amorosos, probablemente de lo más calculados. ¡Me traen sin cuidado! —exclamó la señora Touchett—. Por eso que me dice es precisamente por lo que quiero que cesen sus visitas. Que yo sepa, no tiene nada más en este mundo que una o dos decenas de cuadros de los maestros primitivos y una hijita más o menos petulante.

—Los maestros primitivos valen hoy en día una cantidad considerable de

dinero —dijo madame Merle—, y la hija es una persona muy joven, muy inocente y totalmente inofensiva.

—Dicho de otra forma, es una chiquilla insulsa. ¿Es eso lo que quiere decir? Al carecer de fortuna, no puede esperar hacer un buen matrimonio como se hace en este país; por tanto, Isabel se verá obligada a mantenerla o a proporcionarle una dote.

—Lo más probable es que Isabel no tuviese inconveniente en mostrarse generosa con ella. Creo que le ha cogido cariño a la pobrecilla.

—¡Razón de más para que el señor Osmond se quede en su casa! De lo contrario, de aquí a una semana nos encontraremos con que mi sobrina ha llegado a la conclusión de que su misión en la vida es demostrar que una madrastra es capaz de sacrificarse, y de que, para demostrarlo, tiene antes que convertirse en una.

—Pues sería una madrastra encantadora —dijo madame Merle con una sonrisa—; pero estoy completamente de acuerdo con usted en que lo mejor es que no se precipite demasiado en decidir cuál es su misión. Cambiar la misión de uno es casi tan difícil como cambiar la forma de la nariz: están ahí, las dos, en medio del carácter y del rostro... hay que comenzar desde muy temprano. Pero voy a investigar lo que sucede y la mantendré informada.

Todo esto tenía lugar a espaldas de Isabel, que no albergaba la más mínima sospecha de que sus relaciones con el señor Osmond fuesen objeto de debate. Madame Merle no le había dicho nada que la pusiese en guardia; no aludía a él con mayor interés del que mostraba por los demás caballeros de Florencia, tanto extranjeros como nativos, que ahora venían en número considerable a presentar sus respetos a la tía de la señorita Archer. Isabel lo consideraba un hombre interesante; esa era la idea que se había hecho desde un principio, y así era como le gustaba pensar en él. De su visita a la casa de la colina se había traído una imagen que no se había visto alterada por sus posteriores encuentros con él y que estaba investida de una particular armonía en relación con otras cosas que suponía o adivinaba, con historias dentro de otras historias: con la imagen de un hombre distinguido, sensible, inteligente y discreto, que paseaba por una terraza cubierta de musgo desde la que se dominaba el dulce valle del Arno y que llevaba de la mano a una niña, pura como el tañido de una campana, que hacía que la infancia cobrase una nueva luz. La imagen carecía de florituras, pero a Isabel le agradaba aquel tono tenue y la atmósfera de crepúsculo veraniego que la impregnaba. Hablaba de la clase de cuestiones personales que más hondo le llegaban; de la elección entre distintos objetos, sujetos, contactos... ¿cómo podría denominarlos...?, entre relaciones estrechas o efímeras; de una vida solitaria y dedicada al estudio en una tierra hermosa; de una antigua pena que se reavivaba de vez en cuando; de un

sentimiento de orgullo tal vez desmesurado, pero que tenía un punto de nobleza; de un deseo de belleza y perfección, tan innato y a la vez tan cultivado, que su devenir parecía dibujarse allí abajo en aquellas vistas ordenadas, en las series de escalinatas, terrazas y fuentes que conforman un jardín italiano, sin apenas resquicio para la aridez, refrescado por un rocío natural de peculiar paternidad, un tanto ansiosa y descorazonada. Cuando estaba en el palazzo Crescentini, la actitud del señor Osmond seguía siendo la misma: desconfiado en un principio, y sin duda presa de la timidez, hacía enormes esfuerzos (que solo alguien predispuesto advertía) para superar dicha desventaja, esfuerzos que normalmente se traducían en una conversación fluida, amena, muy positiva, un tanto agresiva, pero siempre sugerente. La conversación del señor Osmond no se veía lastrada por el deseo de sobresalir; Isabel no tenía dificultad alguna en creer sincera a una persona que daba tantas muestras de poseer firmes convicciones, como, por ejemplo, cuando apreciaba de forma explícita y elegante cualquier cosa que se dijese en apoyo de sus tesis, sobre todo si quien lo hacía era la propia señorita Archer. A la joven seguía gustándole el hecho de que, si bien era cierto que hablaba por puro placer, no lo hacía para causar efecto. Exponía sus ideas como si, por muy extrañas que con frecuencia resultasen, estuviese habituado a ellas y hubiese vivido siempre con ellas, como si fuesen puños antiguos y bruñidos, bolas y cabezas de materiales preciados, susceptibles si hubiese necesidad de encajarlos en bastones nuevos, y no varas arrancadas con indolencia de cualquier árbol y enarboladas después con pretenciosa elegancia. Un día apareció con su hija, e Isabel se alegró de ver de nuevo a la jovencita, que, al ofrecer la frente a todos los presentes para que la besasen, le recordó de forma vívida el personaje de la ingénue de la comedia francesa. Isabel no había conocido nunca a una jovencita de ese estilo: las jovencitas estadounidenses eran muy distintas, como lo eran asimismo las doncellas de Inglaterra. Pansy estaba perfectamente formada y dispuesta para su pequeño papel en el mundo; sin embargo, su carácter, como bien se podía apreciar, era muy inocente e infantil. La jovencita estaba sentada en el sofá al lado de Isabel; llevaba puesto un manto de seda gruesa y un par de aquellos útiles guantes que madame Merle le había regalado, de color gris y con un único botón. Era como una página en blanco, la jeune fille ideal de la ficción europea. Isabel albergaba la esperanza de que una página tan lisa y bella como aquella acabase cubierta por un texto edificante.

La condesa Gemini también acudió a visitarla, pero ella era harina de otro costal. En este caso la página no estaba en blanco, sino que aparecía escrita con distintas caligrafías, y la señora Touchett, que no se sentía nada honrada por su visita, declaró que con solo mirarla se advertían en ella toda una serie de inequívocos borrones. Es más, la condesa Gemini fue el motivo de una leve discusión entre la señora de la casa y su visitante venida de Roma, en la que

madame Merle (que no era tan incauta como para irritar a la gente manifestando siempre su aquiescencia) se aprovechó con humor del permiso para disentir que su anfitriona permitía utilizar a los demás con la misma holgura con que lo hacía ella. La señora Touchett había declarado que le parecía un auténtico atrevimiento que la condesa Gemini se presentase en aquel momento a las puertas del palazzo Crescentini, en una casa en la que, como bien debía de saber desde hacía tiempo, se la tenía en tan poca estima. Isabel estaba al corriente de la opinión que prevalecía bajo aquel techo, según la cual la hermana del señor Osmond era una dama que había cometido tantos desmanes que ya ni siquiera eran tenidos en cuenta —que es por lo general lo que se busca—, y que ya no era sino los pecios flotantes de un conocido naufragio, como un tema incómodo de conversación en sociedad. Su madre — una persona mucho más administradora, con una debilidad por los títulos extranjeros de la que su hija, para hacerle justicia, a estas alturas era probable que se hubiese desprendido—, la había casado con un noble italiano que tal vez le había ofrecido pretextos para acallar los remordimientos de sus devaneos. La condesa, sin embargo, se había consolado en demasía, y la lista de sus excusas se había perdido en el laberinto de sus aventuras. La señora Touchett jamás había accedido a recibirla, pese a que la condesa llevaba mucho tiempo intentándolo. Florencia no era una ciudad precisamente austera, pero, como decía la señora Touchett, en algún punto tenía que trazar la línea divisoria.

Madame Merle defendía a la infeliz dama con grandes dosis de celo e ingenio. No veía por qué razón tenía la señora Touchett que convertir en chivo expiatorio a la pobre condesa Gemini, que en realidad no había hecho daño alguno, que tan solo había hecho el bien de forma equivocada. Era indudable que había que trazar una línea divisoria, pero de hacerlo, había que dibujarla: era demasiado torcida una línea que dejara fuera a la condesa Gemini. En ese caso, lo mejor que podía hacer la señora Touchett era cerrar su casa a cal y canto; tal vez fuese la mejor medida mientras la dama permaneciese en Florencia. Había que ser justo y no establecer diferencias arbitrarias. Estaba claro que la condesa había sido imprudente; no había sido tan inteligente como otras mujeres. Era una buena persona que no tenía nada de inteligente. Pero ¿desde cuándo era eso motivo para ser excluido de la buena sociedad? Hacía muchísimo tiempo que no se comentaba nada de ella, y qué mejor prueba podía haber de que había renunciado a los malos hábitos que aquel deseo de convertirse en miembro del círculo de la señora Touchett. Isabel no tenía nada que aportar a aquella interesante disputa, ni siquiera su paciente atención, y se limitó a dar una cálida bienvenida a la condesa Gemini, quien, por muchos defectos que tuviese, al menos contaba con el mérito de ser la hermana del señor Osmond. Como el hermano sí le agradaba, Isabel pensó que lo correcto era tratar de que la hermana también le gustase; a pesar de sentirse cada vez

más perpleja ante los acontecimientos, era aún perfectamente capaz de seguir una secuencia lógica tan primitiva. La impresión que la condesa le había causado cuando la conoció en la villa no había sido la más favorable, pero agradecía que se le diese la oportunidad de reparar aquel accidente. ¿Acaso no había declarado el señor Osmond que era una buena mujer? Viniendo de Gilbert Osmond, dicha afirmación resultaba un tanto burda, pero madame Merle la había mejorado al recubrirla de cierto barniz. Le había contado a Isabel más de la pobre condesa que el señor Osmond, y relatado la historia de su matrimonio y las consecuencias que de él se habían derivado. El conde Gemini era miembro de una antigua familia toscana, pero tan pobre que había aceptado a Amy Osmond, a pesar de no ser una gran belleza, por la modesta dote que la madre ofrecía, una suma equivalente a la parte del patrimonio familiar que su hermano ya había recibido. El conde Gemini, sin embargo, había heredado dinero desde entonces, y ahora, en términos italianos, disfrutaban de una situación desahogada, pese a que Amy era una auténtica manirrota. El conde era un ser de baja catadura moral, y le había dado a su esposa motivos más que sobrados de ello. La condesa no tenía hijos; había perdido tres antes de que cumpliesen el primer año. La madre de la condesa, que había tenido pretensiones culturales, escribía poemas descriptivos y publicaba crónicas sobre temas italianos en semanarios ingleses. La dama en cuestión había fallecido tres años después de que la condesa contrajese matrimonio, mientras que el padre, perdido en el gris amanecer americano del momento, aunque considerado en principio hombre rico e indómito, había muerto mucho tiempo atrás. Y eso, en opinión de la señora Merle, era algo que se notaba en Gilbert Osmond: se apreciaba que era una mujer quien lo había criado, aunque, para hacerle justicia, se supone que debería haber sido alguien más sensato que la Corinne americana, como le gustaba a la señora Osmond que la llamasen. Había llevado a sus hijos a Italia tras la muerte del señor Osmond, y la señora Touchett la recordaba en los años posteriores a su llegada. La consideraba una snob insoportable, aunque viniendo de la señora Touchett esa opinión resultaba incoherente, ya que ella, al igual que la señora Osmond, aprobaba los matrimonios de conveniencia. La condesa Gemini era una excelente compañía y mucho menos superficial de lo que aparentaba. Uno podía llevarse de maravilla con ella siempre que observase una regla muy simple: no creerse ni una sola palabra de lo que decía. Madame Merle, por consideración a su hermano, siempre hacía todo lo que estaba en su mano; Osmond siempre apreciaba cualquier gesto amable hacia Amy, ya que (para ser sinceros) consideraba que desprestigiaba un tanto su apellido común. Como era natural, era imposible que le agradase el estilo de la condesa, su ostentoso mal gusto, su falta de serenidad. Le desagradaba; lo ponía nervioso; no era su tipo de mujer. ¿Cuál era entonces su tipo? Pues el extremo opuesto de la condesa: una mujer para quien la verdad fuese algo sagrado. Isabel era

incapaz de darse cuenta del número de mentiras que su visitante le había contado; es más, la condesa siempre le había dado la impresión de mostrar una estúpida sinceridad. Había hablado casi exclusivamente de sí misma; de cuánto le gustaría llegar a conocer a fondo a la señorita Archer; de hasta qué punto agradecería contar con una amiga de verdad; de cuán desagradable era la gente de Florencia; de lo harta que estaba del lugar; de cómo le gustaría vivir en otro sitio; en París, en Londres o en Washington; de lo imposible que resultaba encontrar en Italia algo bonito que ponerse, con la excepción de algún encaje antiguo; de lo carísimo que se estaba poniendo todo en todas partes; de la vida de sufrimientos y privaciones que había tenido. Madame Merle escuchó con interés el relato que le hizo Isabel de esta conversación, pero no había tenido necesidad de oírlo para librarse de la angustia que le producía. En general, la condesa no le infundía miedo, y podía permitirse hacer lo que en suma era lo mejor: no mostrarse temerosa.

Isabel recibió asimismo la visita de otra persona, a la que no resultaba fácil tratar con condescendencia, ni siquiera a su espalda. Se trataba de Henrietta Stackpole, que había abandonado París tras la partida de la señora Touchett a San Remo y, según relató, se había dirigido al sur y dedicado a explorar las ciudades italianas del norte, hasta llegar a Florencia a mediados de mayo. Madame Merle la examinó de una sola ojeada, la recorrió de pies a cabeza y, tras una punzada de desesperación, se propuso soportarla. Es más, decidió que iba a deleitarse con ella. No podía ser aspirada como una rosa, pero sí agarrada como una ortiga. Madame Merle se las arregló con gran ingenio para hundirla en la insignificancia, e Isabel sintió que, al haber previsto tal posibilidad, había hecho justicia a la inteligencia de su amiga. La visita de Henrietta se la había anunciado el señor Bantling, quien al llegar de Niza mientras Henrietta estaba en Venecia, y esperando encontrársela en Florencia, adonde ella todavía no había llegado, había acudido al palazzo Crescentini a comunicar su desilusión. La llegada de Henrietta tuvo lugar dos días más tarde, y produjo en el señor Bantling una emoción que estaba ampliamente justificada por el hecho de que no la había vuelto a ver desde aquellos episodios sucedidos en Versalles. La situación fue vista con humor por todos, pero solo habló abiertamente de ella Ralph Touchett, quien en la intimidad de sus aposentos, mientras el señor Bantling se fumaba un cigarro, dio rienda suelta a Dios sabe qué comentarios jocosos sobre la incisiva señorita Stackpole y su aliado británico. Dicho caballero se tomó la broma con perfecta ecuanimidad, y sin tapujo alguno confesó que él consideraba el asunto un cortejo intelectual. La señorita Stackpole le gustaba inmensamente; pensaba que tenía una magnífica cabeza sobre los hombros y encontraba muy reconfortante la compañía de una mujer que no se dedicaba a estar siempre pensando en el qué dirán ni en las apariencias. A la señorita Stackpole jamás le preocupaban las apariencias, y si a ella le traían sin cuidado, ¿a santo de qué iba a preocuparse él? Pero su

curiosidad se había despertado; lo que de verdad quería saber es si en algún momento le preocuparían. Estaba dispuesto a llegar tan lejos como ella llegase..., y no veía razón para ser el primero en frenar.

Henrietta no daba muestra alguna de querer frenar. Sus perspectivas habían mejorado tras su partida de Inglaterra, y ahora disfrutaba plenamente de sus copiosos recursos. Es cierto que se había visto obligada a sacrificar sus esperanzas de acceder a la vida privada; la cuestión social en el continente estaba salpicada de obstáculos incluso más numerosos que los que se había encontrado en Inglaterra. Pero en el continente había una vida exterior, que era palpable y visible a cada instante, a la que se podía dar un uso literario con más facilidad que a las costumbres de los opacos isleños. Como la señorita Stackpole comentaba con mucho ingenio, al aire libre, en tierras extranjeras, uno tenía la impresión de estar viendo la parte frontal del tapiz; al aire libre, en Inglaterra, la impresión que se tenía era la de contemplarlo por detrás, con lo cual no se percibía el dibujo. Resultaba mortificante verse obligada a confesarlo, pero Henrietta, harta de ocultismos, centraba ahora toda su atención en la vida de la calle. Había estado dos meses en Venecia estudiándola, y desde dicha ciudad había enviado al Interviewer descripciones minuciosas de las góndolas, de la Piazza, del puente de los Suspiros, de las palomas y del joven gondolero que cantaba los versos de Taso. Su propósito actual era dirigirse a Roma antes de que llegase la malaria (parecía suponer que esta lo hacía en fecha fija); y, de acuerdo con su plan, tan solo pasaría unos días en Florencia. El señor Bantling iba a acompañarla a Roma, y Henrietta le comentó a Isabel que, dado que él había estado antes allí, era hombre de la milicia y había recibido una educación clásica (había estudiado en Eton, donde, aseguraba la señorita Stackpole, no se estudiaba más que latín y a Whyte-Melville), iba a ser un acompañante ciertamente útil en la ciudad de los césares. Aprovechando la coyuntura, a Ralph se le ocurrió la feliz idea de proponerle a Isabel que también ella, con su primo de acompañante, fuese de peregrinaje a Roma. Sabía que la joven planeaba pasar en la ciudad parte del próximo invierno, y eso estaba muy bien, pero entretanto no le vendría mal explorar el territorio. Restaban diez días del hermoso mes de mayo, que era el más apreciado por los auténticos enamorados de Roma, e Isabel, se aventuraba a pronosticar, acabaría por convertirse en una de ellos. Contaría además con la compañía de una persona de confianza de su propio sexo, cuya presencia, gracias al hecho de que otros reclamaban asimismo su atención, no tenía por qué resultar opresiva. Madame Merle se quedaría con la señora Touchett: había dejado Roma para pasar fuera el verano y no le iba a apetecer regresar. La dama en cuestión se confesó encantada de quedarse tranquila en Florencia. Había cerrado su apartamento y enviado a la cocinera a su Palestina natal; con todo, animó a Isabel a aceptar la propuesta de Ralph y le aseguró que no se podía despreciar una introducción a Roma como aquella. Isabel, para ser

sinceros, no necesitó hacerse de rogar, y los cuatro emprendieron los preparativos para el corto viaje. En esta ocasión, la señora Touchett aceptó con resignación la ausencia de su dama de compañía; como ya hemos visto, ahora se inclinaba por la idea de que su sobrina debía arreglárselas por sí misma.

Antes de iniciar el viaje, Isabel vio a Gilbert Osmond y le mencionó el plan.

—Me gustaría mucho estar en Roma con usted —dijo el caballero—. Me encantaría verla allí.

—Pues, entonces, venga —dijo la joven tras un instante de titubeo.

—Pero va a estar acompañada de mucha gente.

—Sí —reconoció Isabel—, está claro que no voy a estar sola.

Por un momento, Osmond se quedó callado.

—Le gustará —prosiguió al fin—. La han echado a perder, pero sin duda quedará fascinada.

—¿Es que no tendría que gustarme porque a la pobre, esa Niobe de las naciones, la hayan echado a perder? —preguntó ella.

—No, creo que no. La han maltratado tan a menudo... —Sonrió—. Pero si yo fuese, ¿qué iba a hacer con mi hijita?

—¿No puede dejarla en la villa?

—No sé si eso me gustaría... aunque hay una mujer mayor muy buena que se encarga de cuidarla. No puedo permitirme una institutriz.

—Pues en ese caso, tráigala con usted —dijo Isabel con una sonrisa.

El señor Osmond adoptó un gesto serio.

—Ha estado en Roma todo el invierno, en el convento; y es demasiado joven para hacer viajes de placer.

—¿Es que no le agrada la idea de que vea mundo? —sugirió Isabel.

—No, yo creo que a las jovencitas hay que mantenerlas alejadas de él.

—Pues a mí me educaron de forma diferente.

—¿A usted? Ya, pero en su caso funcionó porque usted... usted era excepcional.

—No veo yo por qué —dijo Isabel, quien, sin embargo, no estaba segura de que no hubiese algo de verdad en aquellas palabras.

El señor Osmond no las explicó, se limitó a añadir:

—Si creyese que por unirse a un grupo social en Roma mi hija iba a parecerse a usted, me la llevaría allí mañana mismo.

—No haga que se parezca a mí —dijo Isabel—. Déjela tal como es.

—Podría enviarla con mi hermana —sugirió Osmond.

Parecía casi estar pidiéndole consejo; daba la impresión de que le agradase comentar sus asuntos domésticos con Isabel.

—Sí —dijo la joven—. No creo que eso contribuyese mucho a hacer que se pareciese a mí.

Cuando la joven ya había partido hacia Roma, Gilbert Osmond se reunió con madame Merle en casa de la condesa Gemini. Había otras personas presentes; el salón de la condesa solía estar concurrido, y la conversación había sido de tono general; pero al cabo de un rato, Osmond abandonó su sitio y fue a sentarse en un otamán, donde quedó medio de espaldas, medio de lado, junto a la butaca de madame Merle.

—Quiere que vaya a Roma con ella —anunció en voz baja.

—¿Que vayas con ella?

—Que esté allí mientras está ella. Fue ella la que lo propuso.

—Supongo que querrás decir que la propuesta fue tuya y que ella la aceptó.

—Por supuesto que yo le di pie. Pero se muestra alentadora... muy alentadora.

—Me alegra oírlo, pero no cantes victoria demasiado pronto. Por supuesto que irás a Roma.

—Ah —dijo Osmond—, ¡cuánto trabajo está dando esa idea tuya!

—No finjas que no estás disfrutando: eres muy desagradecido. Hacía muchos años que no estabas tan bien ocupado.

—Me encanta cómo te lo tomas —dijo Osmond—. Eso sí que debería agradecerlo.

—Sí, pero no demasiado —respondió madame Merle. Hablaba sin perder su habitual sonrisa, reclinada en la butaca y sin dejar de mirar a su alrededor—. Has causado muy buena impresión, y he comprobado con mis propios ojos que la que has recibido también ha sido buena. Si has ido de visita en siete ocasiones a casa de la señora Touchett, no ha sido precisamente por mí.

—La joven no es desagradable —comentó en voz baja Osmond.

Madame Merle posó la mirada en él un instante, y al hacerlo sus labios se

cerraron con cierta firmeza.

—¿Es eso todo cuanto tienes que decir de esa criatura maravillosa?

—¿Todo? ¿Es que no es suficiente? ¿De cuántas personas me has oído decir más?

Madame Merle no respondió, pero siguió ofreciendo su sonrisa habitual a toda la estancia.

—Eres increíble —murmuró al fin—. Me asusta el abismo al que la he precipitado.

Osmond soltó una carcajada.

—Ya no te puedes echar atrás... has ido demasiado lejos.

—Está bien; pero el resto corre de tu cuenta.

—Así será —dijo Osmond.

Madame Merle se quedó callada, y Osmond cambió de nuevo de sitio; pero cuando ella se levantó para irse, el caballero hizo lo propio. El coche de la señora Touchett la esperaba en el patio, y tras ayudarla a entrar en él, Osmond se quedó allí demorando su partida.

—Has sido muy indiscreto —dijo la dama con cierto aire cansino—. No tendrías que haberte movido cuando lo hice yo.

Él se había despojado del sombrero y se pasó la mano por la frente.

—Siempre me olvido, he perdido la costumbre.

—Eres absolutamente increíble —repitió la dama, alzando la vista hacia las ventanas de la casa, una estructura moderna en la parte nueva de la ciudad.

Osmond hizo caso omiso del comentario, pero se dirigió a madame Merle con toda sinceridad.

—Es verdaderamente encantadora; no creo haber conocido a nadie que tenga más gracia.

—Me alegra oírte decir eso. Cuanto más te agrade, mejor para mí.

—Me gusta muchísimo. Es tal como me dijiste, y además, creo yo, capaz de sentir gran afecto. Solo le encuentro un defecto.

—¿Cuál?

—Que tiene demasiadas ideas.

—Ya te advertí que era inteligente.

—Por fortuna, son todas muy malas —dijo Osmond.

—¿Por qué por fortuna?

—¡Porque habrán de ser sacrificadas!

Madame Merle se reclinó en el asiento y miró al frente; después se dirigió al cochero, pero una vez más, Osmond la retuvo.

—Si voy a Roma, ¿qué haré con Pansy?

—Ya iré yo a verla —dijo madame Merle.

27

No intentaré relatar las impresiones que Isabel tuvo de Roma, ni analizar sus sentimientos mientras recorría las antiguas calzadas del Foro, ni tampoco enumerar sus pulsaciones al atravesar el umbral de San Pedro. Baste con decir que la percepción que obtuvo del infinito interés de dicho lugar era la que se podía esperar en una joven de su inteligencia y cultura. Siempre había sentido inclinación por la historia, y allí había historia en los adoquines de la calle y en los átomos de la luz del sol. La imaginación de Isabel se avivaba ante la mención de grandes hazañas, y allí donde fuera siempre se había realizado alguna gran hazaña. Todas esas cosas le provocaban gran emoción, pero era una emoción callada. Sus acompañantes tenían la impresión de que hablaba menos de lo habitual, y Ralph Touchett, cuando aparentaba mirar con aire lánguido y torpe por encima de la cabeza de su prima, lo que en realidad hacía era observarla. Por su parte, la joven se sentía inmensamente feliz; incluso habría estado dispuesta a creer que aquellas eran en general las horas más felices de su vida. La sensación de un pasado humano poderoso le resultaba abrumadora, pero se veía entremezclada de la forma más extraña, repentina y caprichosa con la brisa fresca y reconfortante del futuro. Las sensaciones se fundían unas con otras de tal forma que apenas distinguía cuál de ellas la guiaba, y deambulaba sumida en una especie de éxtasis de contemplación contenido, y aunque con frecuencia veía en las cosas que contemplaba más de lo que allí había, dejaba de ver muchas de las piezas que la guía Murray enumeraba. Roma, como decía Ralph, se entregaba plenamente al momento psicológico. El tropel de turistas estrepitosos había abandonado la ciudad, y la mayor parte de los lugares solemnes había recobrado su solemnidad. El cielo era un resplandor azulado, y el agua de las fuentes, en sus hornacinas musgosas, había perdido su helor y redoblado su música. En las esquinas de las calles luminosas y cálidas uno tenía que andar entre una profusión de flores. Una tarde, la tercera de su estancia en la ciudad, nuestros amigos habían ido a visitar las excavaciones más recientes del Foro, cuyos trabajos se

habían ampliado mucho desde hacía algún tiempo. Habían bajado desde la calle moderna hasta el nivel de la Vía Sacra, que recorrían con paso reverente aunque distinto en cada caso. A Henrietta Stackpole la sorprendía el hecho de que la antigua Roma estuviese pavimentada de forma muy parecida a Nueva York, e incluso encontró una analogía entre los profundos surcos de las cuadrigas que se podían distinguir en la antigua calzada y los raíles de hierro entrecruzados que denotan la intensidad de la vida en Estados Unidos. El sol había iniciado el descenso, el aire era una bruma dorada, y las largas sombras de las columnas rotas y los difusos pedestales se proyectaban sobre el campo de ruinas. Henrietta se alejó en compañía del señor Bantling, aparentemente encantada de oírle hablar de Julio César como «ese viejo pícaro», y Ralph dirigió todas las aclaraciones que estaba preparado para ofrecer al oído atento de nuestra heroína. Uno de los modestos arqueólogos que pululan por el lugar se había puesto a disposición de los dos jóvenes, y recitaba su lección con una fluidez que no se había visto en absoluto mermada pese a lo avanzado de la temporada. En un rincón remoto del Foro se estaba realizando una excavación y el arqueólogo les dijo que si a los signori les apetecía ir hasta allí un momento a mirar, quizá viesan algo de interés. La propuesta sedujo más a Ralph que a Isabel, fatigada ya de tanto andar. De manera que encareció a su primo que fuese a satisfacer su curiosidad mientras ella esperaba su vuelta tranquilamente. El momento y el lugar eran plenamente de su agrado, de modo que le resultaría placentero quedarse un rato a solas. Así pues, Ralph se alejó en compañía del cicerone mientras Isabel tomaba asiento en una columna caída cerca de la base del Capitolio. Quería tener un momento de soledad, pero apenas pudo disfrutar del mismo. Pese al profundo interés que despertaban en ella aquellas maltrechas reliquias del pasado de Roma que yacían diseminadas a su alrededor y en las que la corrosión de los siglos no había conseguido eliminar las huellas de la vida individual, sus pensamientos, tras detenerse un tiempo en aquellas cosas, habían empezado a divagar, mediante una concatenación de estadios que requeriría mucha perspicacia reconstruir, hasta regiones y objetos revestidos de un atractivo más vivo. Del pasado romano al futuro de Isabel Archer había un largo trecho, pero su imaginación lo había salvado de un solo vuelo y ahora revoloteaba en espaciosos círculos sobre este nuevo campo más cercano y fecundo. Estaba tan absorta en sus pensamientos, la vista fija en una hilera de losas agrietadas aunque todavía en su sitio, que no había oído el ruido de unos pasos que se aproximaban antes de que una sombra se cruzase en su campo de visión. Alzó la vista y vio a un caballero, un caballero que no era Ralph viniendo a decirle que había regresado de las excavaciones porque eran un aburrimiento. El personaje se sobresaltó tanto como ella, y se descubrió la cabeza ante la visible sorpresa de Isabel, que empalideció.

—¡Lord Warburton! —exclamó, poniéndose en pie.

—No tenía ni idea de que fuese usted. Al doblar esa esquina me la he encontrado.

La joven miró a su alrededor para explicarse.

—Estoy sola en este momento, pero mis acompañantes acaban de dejarme. Mi primo se ha ido a ver los trabajos de excavación que hay por allí.

—Ah, sí; ya veo. —Y lord Warburton dirigió la mirada vagamente en la dirección que ella le había indicado. Ahora estaba plantado con firmeza ante ella; había recobrado el aplomo y parecía querer demostrarlo, si bien con toda gentileza—. No quiero molestarla —añadió, mirando el pilar abandonado—. Se la ve cansada.

—Sí, me siento un tanto fatigada. —Tras un breve titubeo, Isabel tomó de nuevo asiento—. Pero no quiero que interrumpa su paseo por mi causa —añadió.

—No importa, estoy completamente solo, no tengo absolutamente nada que hacer. No tenía la menor idea de que estuviese usted en Roma. Acabo de llegar de Oriente y solo estoy de paso.

—Ha hecho usted un largo viaje —dijo Isabel, que había sabido por Ralph que lord Warburton se había ausentado de Inglaterra.

—Sí, me marché al extranjero seis meses, poco después de verla por última vez. He estado en Turquía y en Asia Menor; llegué de Atenas hace unos días. —Aunque hacía lo posible por no mostrarse azorado, no parecía muy cómodo, y tras dirigir una larga mirada a la joven le preguntó sin rodeos—: ¿Quiere que la deje sola, o me permite que le haga compañía un rato?

Isabel respondió con amabilidad.

—No quiero que me deje, lord Warburton. Me alegro mucho de verle.

—Le agradezco sus palabras. ¿Me permite que me siente?

En el fuste estriado donde Isabel se había sentado podrían haberse acomodado varias personas, y había sitio de sobra incluso para un fornido caballero inglés. Aquel distinguido espécimen de las clases privilegiadas tomó asiento cerca de nuestra joven dama, y al cabo de cinco minutos ya le había hecho varias preguntas, escogidas un tanto al azar, cuyas respuestas al parecer no captó, ya que formuló alguna de ellas dos veces. A su vez, le proporcionó bastante información sobre sí mismo, que ella, haciendo gala de la mayor tranquilidad propia del carácter femenino, no echó en saco roto. En reiteradas ocasiones afirmó que no había esperado encontrársela, y resultó evidente que el encuentro le afectaba de tal forma que habría sido recomendable cierta preparación. Sin apenas transición, la superficialidad con la que hablaba de las cosas se trocó en solemnidad, y de enumerar sus tribulaciones pasó a relatar

sus placeres. Lucía un espléndido bronceado; incluso su indómita barba aparecía bruñida por el ardiente sol de Asia. Se cubría con esas prendas holgadas y heterogéneas que elige el viajero inglés en tierras extranjeras para sentirse cómodo y afirmar su nacionalidad; y con aquellos ojos serenos y agradables, aquella tez bronceada, fresca aunque madura, aquella figura varonil, aquellos modales pausados y aquel aire general de ser un caballero y un explorador, era un representante tan claro de la raza británica que quienes sienten aprecio por ella no habrían podido evitar reconocerle en cualquier confín de la tierra. Isabel reparó en tales cosas y se congratuló de que él siempre le hubiese agradado. Había conservado, de forma inequívoca y a pesar de los contratiempos, todas sus cualidades, cualidades que expresaban, por así decirlo, la esencia de las grandes casas nobles; que recordaban las características y ornamentos más íntimos de aquellas, esos que no se cambian de sitio por capricho y que solo desaparecen en caso de desgracia mayor. Hablaron de los asuntos que era natural que trataran: de la muerte del tío de Isabel, del estado de salud de Ralph, de cómo había pasado ella el invierno, de su visita a Roma, de su vuelta a Florencia, de los planes que tenía para el verano, del hotel en el que se alojaba; y, a continuación, de las aventuras de lord Warburton, de sus movimientos, intenciones, impresiones, y de su domicilio en aquel momento. Por fin se hizo un silencio que fue mucho más elocuente que cualquier cosa que se habían dicho y que casi convirtió en superfluas las últimas palabras de lord Warburton:

—Le he escrito varias veces.

—¿Que me ha escrito? Jamás he recibido carta suya.

—Nunca se las envié. Las quemé.

—¡Ah! —dijo Isabel entre risas—. Mejor que haya sido usted quien lo hiciera y no yo.

—Pensé que no le interesarían —añadió él, con una sencillez que la conmovió—. Me pareció que, después de todo, no tenía derecho alguno a molestarla con mis cartas.

—Me habría alegrado mucho recibir noticias tuyas. Bien sabe usted cuánto esperaba que... que... —Isabel se interrumpió; sus pensamientos expresados en voz alta habrían parecido pueriles.

—Sé lo que va a decirme. Que esperaba que continuásemos siendo buenos amigos.

La fórmula, en labios de lord Warburton, sonaba en verdad pueril; pero también era cierto que a él le interesaba que así fuese.

—No hable de eso, se lo ruego —fue lo único que Isabel acertó a decir,

unas palabras que tampoco le parecieron más sustanciosas que las de él.

—Sería un pequeño consuelo que me permitiese hablar —dijo su interlocutor con tono enérgico.

—No puedo fingir para consolarle —dijo la joven, que, pese a seguir sentada inmóvil, sintió un triunfo íntimo al lanzarle de nuevo la respuesta que tan poco había satisfecho a su acompañante seis meses antes. Lord Warburton era agradable, fuerte, galante; no había hombre mejor que él. Pero su respuesta seguía siendo la misma.

—Es mucho mejor que no trate de consolarme; le resultaría imposible —le oyó decir a través de la bruma de aquella extraña euforia que la embargaba.

—Tenía la esperanza de que volviésemos a encontrarnos, ya que no temía que me hiciese sentir culpable por haberlo tratado mal. Pero cuando habla usted así... me causa más dolor que placer.

Isabel se levantó con aire un tanto estudiado y majestuoso, y buscó con la mirada a sus compañeros.

—No quiero hacerla sentir así; está claro que no puedo decirlo. Lo único que deseo es que sepa un par de cosas, para hacerme, en cierto modo, justicia a mí mismo. No volveré a aludir de nuevo a la cuestión. Todo lo que le dije el año pasado lo sentía de verdad; era incapaz de pensar en otra cosa. He tratado de olvidar, con todas mis fuerzas y de forma sistemática. He tratado de interesarme por alguien más. Le estoy diciendo esto porque quiero que sepa que he cumplido mi parte. Pero ha sido en vano. Me marché al extranjero por la misma razón, lo más lejos posible. Según dicen, viajar distrae la mente, pero en mi caso no fue así. He pensado constantemente en usted desde la última vez que la vi. Sigo exactamente igual. La amo tanto como entonces, y todo lo que le dije sigue siendo verdad. En este preciso instante, mientras le hablo, me doy cuenta de nuevo, con toda claridad y para mi inmensa desgracia, del hechizo que usted ejerce sobre mí. Ya está, no podía por menos de decírselo. Sin embargo, no es mi intención insistir; ha sido solo un momento. Solo añadiré que cuando hace apenas un rato me tropecé con usted, sin la más remota idea de que iba a verla, estaba precisamente, se lo juro por mi honor, preguntándome dónde estaría usted.

Había recuperado el dominio de sí mismo, que, a medida que hablaba, se fue afianzando. Podría haber estado dirigiéndose a un pequeño comité, pronunciando con claridad y aplomo absolutos una declaración de importancia, auxiliado de vez en cuando por una rápida ojeada a unas anotaciones escritas en un papel escondido en el sombrero, que no había vuelto a ponerse. Y a buen seguro que el comité habría quedado convencido con sus explicaciones.

—He pensado a menudo en usted, lord Warburton —respondió Isabel—. Puede estar seguro de que siempre lo voy a hacer. —Y, en un tono en el que trató de subrayar la gentileza y suavizar el significado, añadió—: Eso no nos perjudicará a ninguno de los dos.

Echaron a andar juntos, e Isabel se interesó al punto por sus hermanas y le rogó que les dijera que así lo había hecho. Por el momento, él no volvió a hacer referencia a la gran cuestión, sino que de nuevo se internó en terreno más firme y seguro. Pero quiso saber cuándo pensaba irse de Roma, y al comunicarle ella la fecha de su partida, declaró que se alegraba de que fuera algo tan lejano todavía.

—¿Por qué dice eso si usted tan solo está de paso? —preguntó Isabel con cierta ansiedad.

—Bueno, cuando hablé de estar de paso, no quería decir que uno pueda pasar por Roma como si lo hiciese por Clapham Junction. Estar aquí de paso implica quedarse una o dos semanas.

—Sea franco y diga que tiene la intención de quedarse el mismo tiempo que yo.

Sonrió avergonzado y, por un momento, dio la impresión de estar tanteándola.

—Es que si lo digo, no le va a gustar. Le entrará miedo de verme demasiado.

—Que me guste o no, carece de importancia. Está claro que no puedo esperar que abandone por mi causa este lugar maravilloso. Pero confieso que me da miedo.

—¿Miedo a que empiece de nuevo? Le prometo que tendré mucho cuidado.

Poco a poco habían ido aminorando el paso y, por un momento, se quedaron frente a frente.

—¡Pobre lord Warburton! —dijo Isabel con una compasión que pretendía ser beneficiosa para ambos.

—¡Sí, pobre lord Warburton! Pero tendré cuidado.

—Usted puede sentirse desgraciado, pero no va a conseguir que yo lo sea. No lo permitiré.

—Si creyera que podría hacerla desgraciada, creo que lo intentaría.

Al oír esas palabras, Isabel echó a andar y lord Warburton procedió a seguirla.

—Jamás diré nada que pueda molestarla.

—Muy bien. Porque si lo hace, se acabará nuestra amistad.

—Quizá algún día, pasado algún tiempo, me dé usted su permiso.

—¿Permiso para hacerme desgraciada?

Él titubeó.

—Para decirle de nuevo... —empezó, pero se detuvo a tiempo—. Me lo guardaré para mí. Me lo guardaré siempre para mí.

La señorita Stackpole y su acompañante se habían sumado a la visita de Ralph a las excavaciones, y los tres emergieron en aquel momento de entre los montículos de tierra y piedras que rodeaban la abertura y quedaron a la vista de Isabel y lord Warburton. El pobre Ralph saludó a su amigo con alegría no exenta de asombro, y Henrietta exclamó con voz estentórea:

—¡Dios mío, pero si está aquí ese lord!

Ralph y su vecino inglés se saludaron con esa austeridad con la que, tras una larga separación, se saludan los vecinos ingleses, y la señorita Stackpole posó su inquisitiva mirada intelectual en el bronceado viajero. Pero pronto decidió cuál era su postura ante la crisis.

—Imagino que no se acordará de mí, señor.

—Por supuesto que me acuerdo de usted —dijo lord Warburton—. La invité a venir a verme, y usted jamás lo hizo.

—Yo no voy a todos los sitios a los que me invitan —respondió con frialdad la señorita Stackpole.

—Ah, bien; en tal caso, no la invitaré más —dijo entre risas el amo de Lockleigh.

—Si lo hace, iré; no le quepa duda.

A lord Warburton, pese a su hilaridad, no parecía caberle la menor duda. El señor Bantling se había quedado a un lado con discreción, pero aprovechó aquel momento para saludar con una inclinación de cabeza al noble.

—Ah, ¿está usted por aquí, Bantling? —dijo lord Warburton estrechándole la mano.

—Vaya —dijo Henrietta—, no sabía que lo conociera usted.

—Imagino que no sabe a cuánta gente conozco —repuso el señor Bantling con humor.

—Creía que, cuando un inglés conocía a un lord, era algo que siempre

contaba.

—Ya, es que me temo que Bantling se avergüenza de mí —dijo lord Warburton riendo de nuevo.

A Isabel le agradó aquel tono y exhaló un leve suspiro de alivio mientras emprendían el camino de vuelta a casa.

Al día siguiente era domingo, y la joven empleó la mañana en escribir dos largas cartas: una a su hermana Lily y otra a madame Merle, pero en ninguna de aquellas epístolas mencionó el hecho de que un pretendiente rechazado hubiese amenazado con declarársele de nuevo. Los domingos por la tarde, todos los romanos de pro (y con frecuencia los bárbaros del norte son los mejores) tienen por costumbre asistir al rezo de vísperas en San Pedro; y nuestros amigos habían acordado ir juntos en coche a la gran basílica. Después del almuerzo, una hora antes de que llegase el carruaje, lord Warburton se presentó en el Hôtel de Paris e hizo una visita a las dos damas, ya que Ralph Touchett y el señor Bantling habían salido juntos. El visitante parecía querer darle a Isabel una prueba de su intención de mantener la promesa que le había hecho el día anterior; se mostró discreto y franco a la vez, y no fue ni de lejos inoportuno o torpe, y menos insistente. Quería así que fuese ella la que juzgase que podía ser un buen amigo sin más. Habló de sus viajes, de Persia, de Turquía, y cuando la señorita Stackpole le preguntó si le merecería la pena visitar dichos países, él le aseguró que ofrecían un sinfín de oportunidades para una mujer emprendedora. Isabel le hizo justicia, pero se preguntó cuáles eran sus intenciones e incluso qué esperaba alcanzar con aquella demostración de sinceridad tan absoluta. Si lo que esperaba era ablandarla al mostrarle que era un magnífico compañero, podría haberse ahorrado la molestia. Bien sabía que todo en él era de una calidad superlativa, y nada de lo que ahora hiciese era necesario para mejorar tal opinión. Es más, el simple hecho de que se encontrase en Roma le resultaba una complicación desagradable, y ella con las que disfrutaba era con las agradables. Pese a todo, cuando al término de la visita lord Warburton anunció que él también acudiría a San Pedro y que los buscaría a ella y a sus amigos, Isabel se vio obligada a responderle que hiciera como gustase.

Ya en la iglesia, mientras recorría aquella inmensidad de mosaicos, fue lord Warburton la primera persona con la que se encontró. Ella no se había contado entre esos turistas de casta superior que se sienten «decepcionados» al ver San Pedro y que encuentran que la basílica no se corresponde con su fama. La primera vez que pasó bajo los enormes cortinajes de cuero que se tensan y golpetean la entrada, la primera vez que se encontró bajo la enorme cúpula arqueada y vio cómo la luz se filtraba a través del aire denso de incienso, entre reflejos de mármol y oro, de mosaicos y bronce, su concepto de grandeza aumentó hasta límites vertiginosos, y desde entonces jamás careció de espacio

para expandirse. Lo contempló todo con admiración, como lo hace un niño o un campesino, y rindió silencioso tributo a lo sublime del lugar. Lord Warburton iba a su lado y le hablaba de Santa Sofía de Constantinopla, y por un instante Isabel temió que acabase haciéndole reconocer lo ejemplar de su conducta. El servicio religioso aún no había comenzado, pero en San Pedro hay mucho que observar, y, como hay algo que resulta casi profano en la inmensidad del lugar, que lo hace parecer destinado en igual medida al ejercicio físico que al espiritual, las distintas figuras y grupos, los fieles y espectadores entremezclados, pueden cumplir sus variados propósitos sin conflicto ni escándalo. En aquella inmensidad esplendorosa las indiscreciones individuales no se aprecian más que a corta distancia. A Isabel y sus acompañantes, sin embargo, no podía reprochárseles ninguna; ya que, pese a que Henrietta declaró con toda ingenuidad que la cúpula de Miguel Ángel quedaba empequeñecida si se la comparaba con la del Capitolio de Washington, su queja iba destinada principalmente a los oídos del señor Bantling y se reservaba una versión más detallada para las columnas del Interviewer. Isabel hizo el recorrido de la iglesia en compañía de lord Warburton y, al aproximarse al coro que queda a la izquierda de la entrada, les llegaron las voces de los cantores del Papa por encima de las cabezas del gran número de personas congregadas al otro lado de las puertas. Se detuvieron un momento en los márgenes de aquella multitud, formada a partes iguales de romanos autóctonos y extranjeros curiosos, y el concierto sacro continuó mientras estaban allí. Al parecer, Ralph se hallaba, junto con Henrietta y el señor Bantling, en el interior, donde Isabel, al mirar más allá del denso grupo, vio cómo la luz vespertina, entre nubes plateadas de incienso que parecían entremezclarse con los espléndidos cánticos, caía oblicuamente desde los altos ventanales hundidos entre relieves. Al cabo de un tiempo cesaron los cánticos y entonces lord Warburton pareció dispuesto a alejarse de allí con ella. Isabel no tuvo más opción que acompañarlo; y en ese momento se encontró frente a frente con Gilbert Osmond, que al parecer había estado detrás de ella, a corta distancia, y ahora se acercaba mostrando sus mejores modales, que en esta ocasión parecía hacer aún más patentes para adecuarse al lugar.

—Así que se ha decidido a venir —dijo la joven al tiempo que le tendía la mano.

—Sí, llegué anoche y me he acercado a su hotel esta tarde. Allí me han dicho que se encontraba usted aquí y he estado buscándola.

—Los demás están ahí dentro —se decidió a decir Isabel.

—Yo no he venido buscando a los demás —replicó él al instante.

Isabel apartó la mirada; lord Warburton estaba observándolos, y tal vez hubiese oído aquello. De improviso recordó que era exactamente lo mismo

que le había dicho la mañana que fue a Gardencourt a pedirle que se casase con él. Las palabras del señor Osmond habían hecho que el rubor cubriese sus mejillas, y aquel recuerdo no ayudó a que se disipase. Para evitar traicionarse a sí misma, procedió a hacer las presentaciones y, afortunadamente, en ese momento emergió del coro el señor Bantling, que se abrió paso entre la multitud con valerosa determinación británica, seguido de la señorita Stackpole y Ralph Touchett. Y digo afortunadamente, aunque tal vez sea esta una versión superficial de las cosas, ya que, al percatarse de la presencia del caballero de Florencia, Ralph Touchett no pareció encontrar en ello motivo alguno de alegría. No obstante, se acercó con cortesía y le comentó a Isabel, con la debida benevolencia, que pronto tendría a todos sus amigos a su alrededor. La señorita Stackpole había conocido al señor Osmond en Florencia, pero ya había encontrado ocasión para decirle a Isabel que no le gustaba más que sus otros admiradores, refiriéndose al señor Touchett y a lord Warburton, e incluso a aquel menudo señor Rosier de París. «No sé qué es lo que tienes —se había complacido en observar—, pero para ser una joven tan agradable atraes a la gente más extraña. El señor Goodwood es el único que merece mi respeto, y es justo el que tú no valoras».

—¿Qué opinión le merece San Pedro? —estaba en aquel momento preguntándole el señor Osmond a nuestra joven dama.

—Es muy grande y muy luminoso —se limitó a responder ella.

—Es demasiado grande; hace que uno se sienta como un átomo.

—¿Y no es así como debe sentirse uno en el templo más grande erigido por los humanos? —preguntó ella a su vez, bastante satisfecha de la frase.

—Imagino que es como hay que sentirse en cualquier parte, cuando uno no es nadie. Pero en una iglesia me gusta tan poco como en cualquier otro lugar.

—¡Tendría que haber sido usted Papa! —exclamó Isabel, recordando algo que él le había dicho en Florencia.

—¡Ah, lo que habría disfrutado! —dijo Gilbert Osmond.

Lord Warburton, mientras tanto, se había unido a Ralph Touchett, y ambos se alejaron juntos.

—¿Quién es ese individuo que está hablando con la señorita Archer? —quiso saber el noble.

—Se llama Gilbert Osmond y vive en Florencia —dijo Ralph.

—Y aparte de eso, ¿qué es?

—Nada en absoluto. Bueno, sí: es estadounidense, pero es algo que uno olvida fácilmente... tiene muy poco de ello.

—¿Hace mucho que conoce a la señorita Archer?

—Unas dos o tres semanas.

—¿Y a ella le gusta?

—Es lo que trata de averiguar.

—¿Y qué crees que va a pasar?

—¿Que si va a averiguarlo?

—Si le gustará.

—¿Me estás preguntando si lo aceptará?

—Sí —reconoció lord Warburton tras un instante—; para mi desgracia, supongo que es eso lo que quiero decir.

—Si nadie trata de impedirlo, puede que no lo acepte.

Su señoría se quedó un instante mirándolo fijamente, pero al final lo entendió.

—Entonces, ¿lo que tenemos que hacer es estar callados?

—Callados como tumbas. ¡Y a ver si así tenemos alguna posibilidad!

—¿Alguna posibilidad de que lo acepte?

—De que no lo haga.

Lord Warburton asimiló el comentario en silencio, pero a continuación habló de nuevo.

—¿Es muy inteligente?

—No lo sabes bien —dijo Ralph.

Su interlocutor se quedó pensativo.

—¿Y qué más?

—¿Qué más quieres? —gimió Ralph.

—Querrás decir qué más quiere ella.

Ralph lo tomó del brazo para hacerle dar la vuelta: tenían que reunirse con los demás.

—Ella no quiere nada de lo que nosotros podamos ofrecerle.

—Ah, bueno, si no quiere nada de ti... —dijo su señoría con gracejo mientras regresaban.

Al día siguiente, ya entrada la tarde, lord Warburton acudió de nuevo al hotel a ver a sus amigos y, una vez allí, se enteró de que habían ido a la ópera. Se dirigió al teatro con la intención de visitarlos en el palco, como se acostumbra a hacer sin formalismos en Italia; y una vez que logró entrar (se trataba de un local de segunda categoría), inspeccionó aquella sala de gran tamaño, mal iluminada y de pobre decoración. Acababa de finalizar uno de los actos y no había obstáculo para su búsqueda. Tras escudriñar dos o tres filas de palcos, descubrió en uno de los más grandes a una dama a la que no tuvo dificultad en reconocer. La señorita Archer estaba sentada de cara al escenario y quedaba parcialmente oculta por la cortina del palco; y a su lado, recostado en su asiento, se encontraba el señor Gilbert Osmond. Parecían tener el lugar para ellos solos, y Warburton supuso que sus acompañantes habían aprovechado el descanso para disfrutar de la relativa frescura del vestíbulo. Permaneció un instante con la mirada clavada en la interesante pareja y se preguntó si debería subir e interrumpir su tranquilidad. Al fin le pareció que Isabel lo había visto, y esa circunstancia le hizo tomar una decisión. No debía mostrarse claramente esquivo. Tomó el camino de las alturas y en la escalera se tropezó con Ralph Touchett, que bajaba con lentitud, el sombrero ladeado como indicando hastío y las manos donde siempre solía llevarlas.

—Te he visto abajo hace un momento e iba a buscarte. Me siento solo y necesito compañía —dijo Ralph a modo de saludo.

—Pues tienes una muy buena y la has abandonado.

—¿Te refieres a mi prima? Tiene un visitante y no me quiere allí. Y la señorita Stackpole y el señor Bantling se han ido a un café a tomarse un helado; a la señorita Stackpole le encanta el helado. Y tampoco me pareció que ellos me quisiesen a su lado. La ópera es muy mala; las mujeres parecen lavanderas y cantan como pavos reales. Me encuentro muy deprimido.

—Entonces harás mejor regresando al hotel —dijo lord Warburton sin rodeos.

—¿Y abandonar a mi joven dama en este deprimente lugar? De eso ni hablar, tengo que cuidar de ella.

—No parece andar escasa de amigos.

—Ya, por eso precisamente tengo que vigilarla.

—Pues si a ti no te quiere a su lado, es probable que a mí tampoco.

—No, en tu caso es distinto. Ve al palco y quédate allí mientras yo doy una vuelta.

Lord Warburton se dirigió al palco, donde Isabel le recibió como si fuese un amigo tan honorable y antiguo que él se preguntó vagamente a qué extraño dominio temporal lo estaba anexionando. Intercambió saludos con el señor Osmond, a quien había sido presentado el día anterior y que, tras su entrada, se mantuvo en silencio y un tanto al margen, como si rechazase cualquier intervención en los asuntos que probablemente se estaban tratando. Al recién llegado le sorprendió ver que, en un ambiente operístico como aquel, la señorita Archer aparecía radiante, presa incluso de una leve exaltación. Sin embargo, como la mirada de la joven era siempre penetrante, sus gestos vivaces y su conversación muy animada, era posible que se equivocase al respecto. Su conversación con él, por otro lado, indicaba presencia de ánimo; expresaba una afabilidad tan deliberada e ingeniosa que no dejaba duda de que se encontraba en pleno dominio de sus facultades. El pobre lord Warburton tuvo momentos de perplejidad. Ella lo había desanimado, expresamente, en la medida en que podía hacerlo una mujer. ¿A qué venían entonces todas aquellas artes y agasajos, sobre todo con aquel tono de reparación... o de preparación? Su voz tenía timbres de dulzura, pero ¿por qué razón los utilizaba con él? Regresaron los demás compañeros de palco, y dio comienzo otro acto de aquella ópera trivial, deprimente y familiar. El palco era amplio y había sitio para que él se quedase si se sentaba un poco atrás y a oscuras. Y así lo hizo durante media hora, mientras el señor Osmond permanecía en su sitio, inclinado hacia delante y con los codos apoyados en las rodillas, justo detrás de Isabel. Lord Warburton no oía nada, y desde su oscuro rincón no veía otra cosa que el nítido perfil de aquella joven dama recortado contra la tenue iluminación de la sala. Al llegar el siguiente entreacto nadie se movió. El señor Osmond se puso a hablar con Isabel y lord Warburton permaneció en su rincón. Sin embargo, solo estuvo unos instantes; después, se levantó y dio las buenas noches a las damas. Isabel no hizo nada por retenerlo, pero ello no impidió que volviese a ser presa de la confusión. ¿Por qué tenía ella tanto empeño en subrayar una de sus cualidades, justo la equivocada, y pasar completamente por alto otra, que era la acertada? Se sintió furioso consigo mismo por estar tan desconcertado, y después se enojó por sentirse furioso. La música de Verdi no le brindaba consuelo alguno, y salió del teatro y se fue caminando hacia su hotel, sin saber el camino, por aquellas tortuosas y trágicas callejuelas de Roma, por las que penas más grandes que la suya habían sido arrastradas bajo la luz de las estrellas.

Una vez que se hubo marchado, Osmond le preguntó a Isabel:

—¿Cómo es el carácter de ese caballero?

—Irreprochable... ¿acaso no lo ha visto?

—Es dueño de media Inglaterra; ese es su carácter —comentó Henrietta Stackpole—. ¡Y después dicen que es un país libre!

—¡Ah! ¿Es un gran terrateniente? ¡Dichoso él! —dijo Gilbert Osmond.

—¿Le parece a usted dichoso... ser propietario de unos infelices seres humanos? —preguntó Henrietta—. Él es amo de sus arrendatarios, y los cuenta por miles. Es agradable tener posesiones, pero yo me conformo con objetos inanimados. No me empeño en ser dueña de carne y huesos, de conciencias y mentes.

—Pues a mí me parece que es usted dueña de uno o dos seres humanos — señaló en tono burlón el señor Bantling—. Dudo mucho de que Warburton maneje a sus arrendatarios como usted me maneja a mí.

—Lord Warburton es un auténtico radical —apuntó Isabel—. Tiene ideas muy avanzadas.

—Lo que son muy avanzados son sus muros de piedra. Su parque está rodeado por una gigantesca verja de hierro, de unas treinta millas de extensión —anunció Henrietta para información del señor Osmond, y añadió—: Ya me gustaría a mí que tuviese una conversación con algunos de nuestros radicales de Boston.

—¿Es que están en contra de las verjas de hierro? —preguntó el señor Bantling.

—No cuando sirven para encerrar a malvados conservadores. Siempre tengo la impresión de hablar con usted sorteando algo rematado por finos y cortantes vidrios rotos.

—¿Conoce usted bien a ese reformador incorregible? —siguió preguntando Osmond a Isabel.

—Lo suficiente para lo que me interesa.

—¿Y en qué consiste ese interés?

—Pues en que me agrada que me guste.

—«Agradarle que le guste»... ¡menuda pasión!

—No —reflexionó Isabel—, entienda por gustarle a uno no tenerle aversión.

Osmond se echó a reír.

—¿Se propone, entonces, provocar en mí una pasión hacia él?

Ella no contestó de inmediato, pero poco después respondió a aquella frívola pregunta con una seriedad desproporcionada.

—No, señor Osmond —dijo—. No creo que yo me atreviera jamás a provocar nada en usted. —Luego, un poco más tranquila, añadió—: En

cualquier caso, lord Warburton es un hombre muy agradable.

—¿De una gran inteligencia? —preguntó su amigo.

—De una enorme inteligencia, y tan bueno como aparenta.

—¿Tan bueno como bien parecido, quiere decir? Es muy bien parecido. ¡Qué detestable ser tan afortunado! Gran magnate inglés, además de inteligente y apuesto, y, por si esto fuera poco, merecedor de su más alta estima. Un hombre así, sí que despierta mi envidia.

Isabel lo examinó con interés.

—Me parece que usted siempre tiene a alguien a quien envidiar. Ayer era al Papa; hoy, al pobre lord Warburton.

—Mi envidia no es peligrosa; no le haría daño ni a una mosca. Yo no quiero destruir a ninguna persona, lo único que quiero es ser ella. Como ve, al único al que destruiría es a mí mismo.

—¿Es que le gustaría ser el Papa? —preguntó Isabel.

—Me encantaría, aunque tendría que haberme puesto a ello antes. Pero —preguntó Osmond volviendo al tema—, ¿por qué cuando habla usted de su amigo se refiere a él como pobre?

—Las mujeres, cuando son muy buenas, buenas de verdad, a veces se compadecen de los hombres a quienes han hecho daño; esa es la mejor forma que tienen de demostrar su bondad —dijo Ralph, tomando por primera vez parte en la conversación y con un cinismo tan transparente e ingenioso que resultaba prácticamente inocente.

—¿Es que acaso le he hecho yo daño a lord Warburton? —preguntó Isabel, enarcando las cejas como si tal idea fuese totalmente novedosa.

—Pues si lo has hecho, le está bien empleado —dijo Henrietta al tiempo que se alzaba el telón para dar paso al ballet.

Isabel no volvió a ver a su supuesta víctima durante las veinticuatro horas siguientes, pero el segundo día después de la visita a la ópera se lo encontró en la galería del Capitolio, inmóvil ante la pieza más notable de la colección, la estatua del Gladiador moribundo. Isabel había llegado con sus acompañantes, entre quienes en esta ocasión se hallaba de nuevo Gilbert Osmond, y el grupo, tras haber subido por la escalinata, había entrado en la primera y más importante de las salas. Lord Warburton la saludó con aire animado, pero al momento le comunicó que se marchaba de la galería.

—Y me marchó también de Roma —añadió—, de manera que debo decirle adiós.

Por inconsecuente que pueda parecer, Isabel se sintió triste al oírlo. Tal vez se debía a que había cesado de tener miedo a que él reanudase su cortejo; pero pensaba en otras cosas. A punto estuvo de manifestarle su pesar, pero se contuvo y se limitó a desearle un feliz viaje, lo que hizo que él la mirase desconcertado.

—Me imagino que me considerará usted muy voluble, ya que el otro día le dije que tenía muchas ganas de quedarme un tiempo.

—Nada de eso, uno es libre de cambiar de idea.

—Eso es precisamente lo que he hecho.

—En tal caso, bon voyage.

—Tiene usted mucha prisa en deshacerse de mí —dijo su señoría un tanto quejoso.

—En absoluto. Pero detesto las despedidas.

—Le trae sin cuidado lo que yo haga —insistió él con tono lastimero.

Isabel lo miró un instante.

—Ah, está faltando a su promesa —dijo.

Lord Warburton se ruborizó como un muchacho quinceañero.

—Si faltó a ella es porque me resulta imposible mantenerla; por eso me voy.

—Entonces, adiós.

—Adiós. —Pero lord Warburton seguía sin moverse—. ¿Cuándo podré verla de nuevo?

Isabel dudó un segundo, pero de inmediato, como si hubiera tenido una feliz inspiración, dijo:

—Algún día después de que se case.

—Eso nunca va a ocurrir. Será después de que lo haya hecho usted.

Ella sonrió.

—Para el caso es lo mismo.

—Sí, igual da. Adiós.

Se dieron la mano y él la dejó sola en aquella gloriosa sala, rodeada de todos aquellos relucientes mármoles antiguos. Isabel se sentó en el centro del círculo de aquellas presencias, contemplándolas distraídamente al tiempo que posaba la mirada en sus hermosos rostros carentes de expresión, y escuchaba, por así decirlo, su silencio eterno. Es de todo imposible, al menos en Roma,

contemplar largo tiempo un gran número de esculturas griegas sin sentir el efecto de su quietud majestuosa; al igual que sucede cuando una enorme puerta se cierra para la ceremonia, cubre poco a poco el espíritu con un amplio manto de paz. Digo especialmente en Roma porque el aire romano constituye un medio exquisito para tales impresiones. La luz dorada del sol se mezcla con ellas, y la calma profunda del pasado, tan vívido, aunque no sea ya más que un vacío poblado de nombres, parece envolverlas con su solemne embrujo. Los postigos de las ventanas del Capitolio estaban entornados y sobre las figuras se proyectaba una sombra cálida y clara que las hacía ligeramente más humanas. Isabel permaneció sentada allí largo rato, cautivada por el encanto de su belleza inmóvil, preguntándose qué experiencias estarían contemplando aquellos ojos abiertos, y cómo sonarían a nuestros oídos aquellos labios extraños. Las paredes de color rojo oscuro de la sala daban relieve a las figuras; los pulidos mármoles del suelo reflejaban su belleza. Ya las había visto todas, pero se renovaba ahora en ella el placer, y era todavía más intenso porque de nuevo, por el momento, se alegraba de estar sola. Sin embargo, finalmente su atención decayó, arrastrada por una corriente de vida más profunda. De vez en cuando entraba algún turista que se detenía ante el Gladiador moribundo y, tras contemplarlo un instante, salía por la otra puerta, haciendo crujir bajo sus pasos el reluciente suelo. Al cabo de una media hora reapareció Gilbert Osmond, que al parecer se había adelantado al resto de sus compañeros. Avanzó hacia ella lentamente, con las manos a la espalda y su acostumbrada sonrisa inquisitiva, aunque no del todo suplicante.

—Me sorprende verla sola —dijo—. Creí que tendría usted compañía.

—Y así es... la mejor —repuso ella mirando en dirección a las figuras del Fauno y de Antínoo.

—¿Las considera usted mejor compañía que un lord inglés?

—Ah, mi lord inglés me dejó hace ya un buen rato —dijo ella en tono deliberadamente seco, al tiempo que se levantaba.

No le pasó inadvertida aquella sequedad al señor Osmond, lo que para él añadía interés a la cuestión.

—Me temo que sea verdad lo que oí decir la otra tarde: se muestra usted un tanto cruel con ese aristócrata.

Isabel miró un instante hacia la estatua del vencido Gladiador.

—No es cierto —dijo—. Me muestro escrupulosamente amable.

—¡Precisamente a eso me refería! —replicó Gilbert Osmond con tal regocijo que es necesario explicar su humor.

Como ya sabemos, le gustaban los originales, las rarezas, todo lo que fuese

superior y exquisito; y ahora que había visto a lord Warburton, a quien consideraba un destacado ejemplar de su raza y su casta, fue consciente de un atractivo añadido en la idea de adueñarse de una joven que había hecho méritos para figurar en su colección de objetos exquisitos al rechazar tan noble mano. Gilbert Osmond sentía un extraordinario aprecio por aquel patricio en particular; no ya por su distinción, que le parecía fácilmente superable, sino por su sólida posición. Nunca había perdonado a su hado que no le hubiese deparado un ducado inglés; por lo cual estaba en insuperables condiciones de calibrar cuán inesperada resultaba una conducta como la de Isabel. Resultaba muy apropiado que la mujer con quien se iba a casar hubiese hecho algo por el estilo.

29

En el curso de la conversación con su excelente amigo, Ralph Touchett había matizado con cierta ironía, como bien sabemos, los méritos personales de Gilbert Osmond; pero, ante la conducta del caballero durante el resto de su visita a Roma, quizá sintiera que no había sido del todo justo. Osmond pasaba la mayor parte del día con Isabel y sus compañeros y acabó por convencerlos de que no había hombre de trato más agradable. ¿A quién se le podía escapar que en todo momento daba muestras, por así decirlo, de tacto y buen humor a la vez? Tal vez fuese exactamente esa la razón por la que Ralph lo había acusado en los viejos tiempos de superficialidad en el trato social. Pero hasta el reticente familiar de Isabel no tuvo más remedio que reconocer que ahora lo encontraba un compañero encantador. Su buen humor era inalterable, siempre mostraba un conocimiento exacto, utilizaba la palabra precisa, y todo ello con la solicitud del amigo que siempre tiene a punto una cerilla para encenderte el cigarrillo. Era evidente que Osmond estaba divirtiéndose, todo lo que puede divertirse un hombre al que apenas ya nada puede sorprender, lo cual lo movía casi al aplauso. No es que demostrase una alegría desatada, pues era de los que en el concierto del placer nunca habría rozado el tambor sino con los nudillos de la mano, ya que sentía odio mortal ante toda nota aguda o estridente, ante lo que él denominaba desvaríos injustificados. Pensaba que la señorita Archer se precipitaba a veces demasiado al mostrar su predisposición. Y era una lástima que tuviese tal defecto, porque, de no haberlo tenido, no habría tenido de hecho ninguno; se habría amoldado con tanta suavidad a su necesidad general de ella como se adapta con el uso un puño de marfil a la palma de la mano. Aunque personalmente no fuese excesivo en sus efusiones, sí era, en cambio, profundo, y durante aquellos últimos días del mayo romano sentía que la satisfacción lo embargaba cuando daba lentos y erráticos paseos bajo los pinos

de la Villa Borghese, entre la fragancia de las flores silvestres y los mármoles cubiertos de verdín. Todo le resultaba placentero; nunca hasta entonces había encontrado placer en tantas cosas al mismo tiempo. Se renovaban en él impresiones antiguas, gozos del pasado. Una noche, tras regresar a la habitación del hotel, escribió un soneto que tituló «Roma revisitada». Uno o dos días después le mostró a Isabel aquella muestra de verso correcto e ingenioso, y le explicó que era costumbre italiana conmemorar los acontecimientos de la vida rindiendo tributo a las musas.

Por lo general, experimentaba tales placeres en soledad. Con excesiva frecuencia (él habría sido el primero en reconocerlo), tenía conciencia excesiva de la existencia de lo erróneo, de la fealdad; y muy rara vez impregnaba su espíritu el rocío fecundo de una felicidad imaginable. Sin embargo, en aquel momento se sentía feliz, acaso mucho más de lo que en la vida se había sentido, y dicho sentimiento tenía una sólida razón de ser. Se debía lisa y llanamente a la sensación de triunfo, la emoción más grata al corazón humano. Osmond no la había experimentado nunca en demasía; en ese sentido, la saciedad le causaba irritación, como él bien sabía y se recordaba a menudo a sí mismo. «Ah, no, no estoy echado a perder; está claro que no —se repetía para sus adentros—. Si alcanzo el triunfo antes de morir, me lo habré ganado con creces». Tenía excesiva predisposición a pensar que para alcanzar dicha bendición era necesario más que nada anhelarla en secreto y limitarse a hacer tan solo ese esfuerzo. Su trayectoria, además, tampoco había estado totalmente desprovista de éxitos; de hecho, de vez en cuando podría hacer creer a algún espectador que se había echado a dormir sobre inciertos laureles. Pero sus triunfos eran, en algunos casos, ya demasiado antiguos, y otros habían resultado demasiado fáciles. El que ahora experimentaba había resultado menos arduo de lo que cabría esperar; pero había sido fácil, es decir, rápido, tan solo porque el esfuerzo realizado había sido verdaderamente excepcional, mucho mayor del que se habría creído capaz. El sueño de su juventud había sido tener algo que mostrar como prueba de sus esfuerzos, cualquier cosa; pero, con el paso de los años, las condiciones que toda prueba de algo excepcional lleva emparejadas le habían resultado cada vez más groseras, y detestables; como ponerse a trasegar jarras de cerveza para demostrar el aguante. Si un dibujo anónimo colgado en la pared de un museo fuese consciente y se mostrase vigilante, podría haber experimentado ese placer tan peculiar de verse al fin reconocido de pronto como obra de un gran maestro, gracias a su estilo tan marcado y tanto tiempo inadvertido. Ese «estilo» era lo que la joven, con un poco de ayuda, había descubierto en él; y ahora, además de disfrutar de él, se encargaría de proclamarlo ante el mundo sin que él tuviera que hacer lo más mínimo. La señorita Archer se encargaría de todo, y la espera de Osmond no habría sido en vano.

Poco antes del momento fijado para su partida de Roma, la joven recibió un telegrama de la señora Touchett redactado en los siguientes términos: «Dejo Florencia cuatro junio hacia Bellaggio, y te llevo si no tienes otros planes. Pero imposible esperar si te entretienes en Roma».

Entretenerse en Roma era muy placentero, pero Isabel había trazado otros planes e hizo saber a su tía que iría de inmediato a reunirse con ella. Informó de ello a Gilbert Osmond, y él le respondió que, dado que pasaba muchos veranos e inviernos en Italia, se quedaría a disfrutar un poco más de la fresca sombra de San Pedro. No regresaría a Florencia hasta diez días después, y para esa fecha ella ya habría partido hacia Bellaggio. De modo que podrían pasar meses antes de que volviera a verla. Tal conversación tuvo lugar en el amplio salón decorado que nuestros amigos tenían a su disposición en el hotel; era ya tarde, y Ralph Touchett debía llevar a su prima a la mañana siguiente a Florencia. Osmond halló sola a la joven; la señorita Stackpole había hecho amistad con una encantadora familia estadounidense que se alojaba en el cuarto piso, y había subido las interminables escaleras para hacerles una visita. Henrietta, cuando estaba de viaje, entablaba amistades con suma facilidad, y había hecho algunas en los vagones de los trenes que contaba entre las más preciadas. Ralph estaba haciendo los preparativos para el viaje del día siguiente, e Isabel estaba sentada sola en medio de una exuberante profusión de tapicería amarilla. Las butacas y los sofás eran de color naranja; las paredes y ventanas estaban revestidas de oro y púrpura. Los espejos y los cuadros tenían marcos enormes y ostentosos; el techo alto y abovedado estaba decorado con musas y querubines desnudos. A Osmond el lugar le parecía espantoso; aquellos falsos colores, aquel fingido esplendor, eran como palabras embusteras, vulgares y pretenciosas. Isabel tenía entre las manos un libro de Ampère que le había regalado Ralph a su llegada a Roma; pero aunque lo tenía en el regazo y marcaba con el dedo vagamente la página, no sentía mucha impaciencia por proseguir su estudio. Una lámpara, cubierta por un lánguido velo de papel rosa, ardía sobre la mesa a su lado y teñía la escena de una extraña palidez rosada.

—Usted dice que volverá, pero ¿quién sabe? —dijo Gilbert Osmond—. Creo que es mucho más probable que inicie usted ese viaje alrededor del mundo. No tiene obligación alguna de volver; puede hacer exactamente lo que le apetezca; vagar sin rumbo por el espacio.

—Bueno —repuso Isabel—, Italia forma parte del espacio y puedo incluirla en el recorrido.

—¿En su recorrido alrededor del mundo? Por favor, no haga tal cosa. No nos coloque usted en un paréntesis. Dedíquenos un capítulo entero. No quiero verla mientras esté de viaje. Preferiría hacerlo cuando llegue a su término. Me gustaría verla cuando esté ya cansada y saciada —añadió Osmond tras una

breve pausa—. Preferiría verla en ese estado.

Isabel, con la mirada baja, manoseó las páginas del libro de Ampère.

—Usted ridiculiza las cosas sin que lo parezca, aunque, según creo, no lo haga involuntariamente. No siente respeto alguno por mis viajes... los encuentra ridículos.

—¿De dónde saca usted eso?

Ella continuó en igual tono mientras frotaba el lomo del libro con un abrecartas.

—Usted advierte mi ignorancia, mis errores, la forma en que vago de aquí para allá como si el mundo me perteneciese, simplemente porque... porque me hayan proporcionado los medios para que así sea. Usted no cree que una mujer deba hacer algo así. Lo considera osado y poco elegante.

—Yo creo que es maravilloso —dijo Osmond—. Usted conoce mis opiniones... ya la he puesto al corriente de bastantes de ellas. ¿Acaso no recuerda que le dije que uno debe hacer de su propia vida una obra de arte? Al principio pareció sobresaltarse; pero a continuación le dije que me parecía que eso era precisamente lo que estaba usted tratando de hacer con la suya.

Isabel levantó los ojos del libro.

—Lo que usted más desprecia en el mundo es el arte malo, el arte estúpido.

—Es muy posible. Pero el suyo me parece excelente y diáfano.

—Si se me ocurriera ir a Japón el próximo invierno, se reiría de mí —prosiguió Isabel.

Osmond esbozó una amplia sonrisa, pero que no llegó a convertirse en risa porque el tono de la conversación no era jocoso. Isabel de hecho mostraba aquella solemnidad que ya había observado en otras ocasiones.

—¡Tiene usted una imaginación asombrosa!

—A eso me refería precisamente. Usted cree que tal idea es absurda.

—Yo daría el dedo meñique por ir a Japón; es uno de los países que más deseo conocer. ¿No me cree, conociendo mi afición por la laca antigua?

—Pero yo no tengo la excusa de la laca antigua —contestó Isabel.

—Usted tiene una excusa mejor todavía: los medios para ir. Está muy equivocada con su teoría de que me río de usted. No sé por qué razón se le ha metido eso en la cabeza.

—No sería nada sorprendente que a usted le pareciese ridículo que yo tenga medios para viajar y usted no; porque usted lo sabe todo y yo no sé

nada.

—Razón de más para que viaje y aprenda —dijo Osmond sonriendo—. Además —añadió, como para dejarlo bien claro—, yo no lo sé todo.

A Isabel no le pareció extraño que dijera aquello con tanta seriedad; estaba pensando que la etapa más agradable de su vida (así le gustaba calificar aquellos breves días en Roma, en los que podría haberse comparado con la figura de una princesita vestida con ropajes de otras épocas, agobiada bajo el manto ceremonial y arrastrando una cola sostenida por pajes o historiadores), que toda aquella felicidad, estaba tocando a su fin. Que la mayor parte del interés de aquellos días fuera atribuible al señor Osmond era una reflexión que en esos momentos no le interesaba hacer; ya había hecho la debida justicia al hecho. Pero se dijo a sí misma que si existía peligro de que no volviesen a verse, tal vez fuese lo mejor después de todo. Los acontecimientos felices no se repiten, y su aventura ofrecía ya la perspectiva cambiante y marinera de una isla romántica de la que, tras haberse dado un festín de uvas negras, estuviese zarpando al levantarse la brisa. Quizá al regresar a Italia se encontrase con que aquel hombre había cambiado, aquel hombre tan extraño que le gustaba tal como era; y sería mejor no volver que correr ese riesgo. Pero si no había de volver, mayor resultaba la pena de dar el capítulo por cerrado. Durante unos momentos sintió una punzada de dolor que a punto estuvo de hacer brotar sus lágrimas. La sensación la hizo enmudecer, y Gilbert Osmond se mantuvo también en silencio, sin dejar de mirarla.

—Vaya a todas partes —dijo al fin en voz baja y cariñosa—; haga cuanto quiera; aproveche todo lo que la vida le ofrece. Sea dichosa; alcance el triunfo.

—¿Qué quiere decir con que alcance el triunfo?

—Pues que haga lo que le guste.

—En ese caso, a mi modo de ver, triunfar sería fracasar. Hacer todas las cosas vanas que a uno le gustan resulta a menudo hartamente aburrido.

—Exactamente —dijo Osmond con sosegada prontitud—. Como le he dicho hace un momento, acabará por cansarse algún día. —Hizo una breve pausa y luego prosiguió—: No sé si no sería mejor esperar hasta entonces para decirle algo que quiero que sepa.

—Pues yo no puedo aconsejarle sin saber de qué se trata. Pero cuando me siento cansada, soy muy desagradable —añadió con su acostumbrada inconsecuencia.

—No lo creo. Se enfadará a veces, eso sí que puedo creerlo, aunque nunca lo haya presenciado. Pero estoy seguro de que jamás se pone desagradable.

—¿Ni aun cuando pierdo los estribos?

—Usted no los pierde, los encuentra... y debe de ser precioso —dijo Osmond con noble seriedad—. Deben de ser momentos dignos de ver.

—¡Ojalá pudiera encontrarlos ahora! —exclamó Isabel nerviosa.

—A mí no me asusta, me cruzaría de brazos y me dedicaría a admirarla. Estoy hablando muy en serio. —Se inclinó hacia delante, con una mano sobre cada rodilla, y bajó la mirada al suelo unos instantes—. Lo que quiero decirle —prosiguió al fin, alzando de nuevo los ojos— es que he descubierto que me he enamorado de usted.

Isabel se levantó al instante y exclamó:

—¡Guárdese esas palabras para cuando esté ya cansada!

—¿Cansada de oír cómo otros se lo dicen? —Siguió sentado y alzó hacia ella la mirada—. No, usted puede tenerlo en cuenta ahora o nunca, como guste. Pero, en cualquier caso, tengo que decírselo ahora.

Isabel se había dado la vuelta, pero al girarse se detuvo un instante y posó en él sus ojos. Los dos permanecieron así un tiempo, cruzando entre ellos una larga mirada: la mirada detenida y consciente de los momentos críticos de la vida. Por fin él se levantó, se aproximó y, en actitud profundamente respetuosa, como temiendo haberse comportado con excesiva confianza, declaró:

—Estoy perdidamente enamorado de usted.

Al repetir la declaración lo había hecho en un tono de discreción casi impersonal, como quien espera bien poca cosa de ello pero necesita hacerla para así lograr el alivio necesario. A Isabel se le llenaron de lágrimas los ojos: en esta ocasión obedecían a una intensa punzada de dolor que por alguna razón le hizo pensar en un delicado cerrojo al deslizarse, no habría podido precisar si para abrirse o para cerrarse. Tras aquellas palabras, Osmond, inmóvil ante ella, se le antojó hermoso y generoso, como si al pronunciarlas se hubiese investido del aire dorado del temprano otoño. Sin embargo, la joven, todavía ante él, retrocedió en espíritu al oírlas de igual modo que había retrocedido antes en situaciones similares.

—Por favor, no diga eso —respondió con una intensidad que delataba también ahora el miedo a verse obligada a escoger y decidir.

Lo que acrecentaba aún más su temor era precisamente aquella fuerza que, en apariencia, debía haber hecho desvanecer todo temor: la conciencia de lo que había en su corazón. Era terrible tener que rendirse a eso. Era como tener una cuantiosa suma depositada en un banco y sentir terror ante la sola idea de tener que empezar a gastarla. Bastaría un roce y se consumiría por completo.

—Supongo que no le importará mucho —dijo Osmond—. Tengo

demasiado poco que ofrecerle. Lo que yo tengo es suficiente para mí, pero no para usted. Ni tengo fortuna, ni renombre, ni ventajas añadidas de ningún tipo. De manera que no le ofrezco nada. Se lo digo únicamente porque no creo que con ello la ofenda, y porque algún día tal vez le agrade. Para mí es un placer, se lo aseguro —añadió, de pie ante ella, un poco inclinado hacia delante en actitud deferente, mientras hacía girar lentamente entre las manos el sombrero, que había cogido, con un movimiento que mostraba todo el recatado temblor del azoramiento y nada de su incomodidad, presentando ante ella su rostro firme, refinado y ligeramente demacrado—. No me causa dolor alguno, porque es algo muy sencillo. Para mí será usted siempre la mujer más importante del mundo.

Isabel se imaginó a sí misma en dicho papel, con mucho detenimiento, y concluyó que lo representaba con cierta elegancia. Sin embargo, lo que dijo no fue en modo alguno expresión de dicha complacencia.

—Usted no me ofende, pero no olvide que, sin llegar a sentirse ofendida, puede una sentirse incomodada y turbada.

Se oyó a sí misma decir la palabra «incomodada» y le pareció ridícula. Pero, por estúpido que fuese, fue la que se le ocurrió.

—No lo olvido. Es natural que se sienta sorprendida y desconcertada. Pero, si no es más que eso, no tardará en pasar. Y tal vez deje algo de lo que yo no tenga por qué avergonzarme.

—Ignoro lo que pueda dejar. En cualquier caso, como puede usted ver no estoy abrumada —dijo Isabel con una sonrisa un tanto pálida—. No estoy tan turbada como para no poder pensar. Y pienso que me alegro de que nos separemos, de marcharme mañana de Roma.

—Ni que decir tiene que en eso no estoy de acuerdo con usted.

—Yo no lo conozco a usted en absoluto —replicó Isabel con brusquedad, y se ruborizó al oírse diciendo lo que ya dijera casi un año antes a lord Warburton.

—Si no se marchara podría conocerme mejor.

—Ya lo haré en algún otro momento.

—Así lo espero. Soy bien fácil de conocer.

Ella contestó con gran énfasis:

—No, no; en eso no es sincero. Usted no es nada fácil de conocer. Es imposible serlo menos.

—Bueno —repuso él riendo—, lo he dicho porque yo sí me conozco. Puede parecer una fanfarronería, pero así es.

—Es muy posible. Pero usted es muy juicioso.

—¡Y usted también, señorita Archer! —exclamó Osmond.

—No me siento así en este momento, aunque sí lo bastante para pensar que será mejor que se vaya. Buenas noches.

—Dios la bendiga —dijo Gilbert Osmond, tomándole la mano que ella no acertaba a tenderle. Después añadió—: Si volvemos a vernos, me encontrará usted igual que me deja. Y, si no nos vemos, yo seguiré siendo siempre el mismo de todos modos.

—Se lo agradezco mucho. Adiós.

Había cierta firmeza sosegada en el visitante de Isabel: se iría por voluntad propia, no porque lo despidiesen.

—Hay algo más. Yo no le he pedido nada, ni siquiera que tenga un pensamiento para mí en el futuro, eso tiene que reconocérmelo. Sin embargo, hay un pequeño favor que quisiera pedirle. No regresaré a casa hasta dentro de unos días. Roma es deliciosa y el lugar apropiado para un hombre en mi estado de ánimo. Ah, sé que a usted la apena marcharse, pero está bien que haga lo que su tía desea.

—¡Ella ni siquiera lo desea! —exclamó Isabel en un extraño tono.

Osmond dio la impresión de estar a punto de decir algo que respondiese a tales palabras, pero cambió de idea y se limitó a comentar:

—En cualquier caso, es correcto que vaya usted con ella, muy correcto. Haga siempre lo correcto; esa es mi norma. Perdona si resulto condescendiente. Usted dice que no me conoce, pero, cuando me conozca, verá la devoción que siento por la corrección.

—Es usted un hombre convencional, ¿no? —preguntó Isabel con gravedad.

—Me gusta cómo pronuncia esa palabra. No, no es que sea convencional: soy la convención personificada. ¿No lo comprende? —Y se interrumpió un instante, sonriendo—. Me gustaría explicárselo. —Y de pronto, en un arranque de naturalidad e inspiración, le suplicó—: Vuelva usted. Hay tantas cosas de las que podríamos hablar...

Isabel permaneció inmóvil con la mirada baja.

—¿A qué favor se refería usted hace un momento?

—Antes de abandonar Florencia vaya a ver a mi hija. Está sola en la villa; decidí no enviarla a casa de mi hermana porque esta no comparte en absoluto mis ideas. Dígame que debe querer mucho a su pobre padre —dijo con dulzura Osmond.

—Será un verdadero placer para mí ir a verla —respondió Isabel—. Le transmitiré lo que ha dicho. Una vez más, adiós.

Al oír esas palabras, Osmond se despidió rápida y respetuosamente. Una vez que se hubo marchado, Isabel se quedó un momento mirando a su alrededor para acabar sentándose lentamente, con aire de deliberación. Permaneció allí sentada, con las manos entrelazadas y la mirada clavada en la espantosa alfombra, hasta que volvieron sus compañeros. Su agitación, que no había decrecido, era muy intensa, muy honda. Lo que acababa de ocurrir era algo para lo que su imaginación llevaba preparándose desde hacía una semana. Pero ahora, llegado el momento, se había frenado... y aquel principio sublime que la guiaba se había venido en cierto modo abajo. La forma de proceder del espíritu de nuestra joven dama era extraña y tan solo puedo referirles a ustedes lo que yo veo, sin pretender en absoluto que resulte algo natural. Como ya he dicho, su imaginación se frenó: quedaba un último espacio difuso que no podía atravesar, una extensión sombría e incierta que parecía ambigua e incluso un tanto traicionera, como un páramo entrevisto a la luz del crepúsculo invernal. Pero aun así habría de cruzarla.

30

Regresó a Florencia al día siguiente en compañía de su primo, y Ralph Touchett, aunque normalmente se impacientaba al tener que someterse a la disciplina del ferrocarril, disfrutó de las sucesivas horas pasadas en el tren que alejaba a su compañera de la ciudad que ahora se distinguía por la preferencia de Gilbert Osmond, unas horas que formarían parte de la primera etapa de un plan de viaje más prolongado. La señorita Stackpole se había quedado en Roma; planeaba un pequeño viaje a Nápoles, que iba a emprender con la ayuda del señor Bantling. Isabel dispondría de tres días en Florencia antes del 4 de junio, fecha de la partida de la señora Touchett, y había decidido dedicar el último día a cumplir su promesa de visitar a Pansy Osmond. Su plan, sin embargo, pareció verse por un momento ligeramente alterado a causa de una sugerencia de madame Merle. Esta señora se encontraba todavía en casa de los Touchett, pero también estaba a punto de partir de Florencia, siendo su siguiente parada un viejo castillo en las montañas de la Toscana, residencia de una noble familia de aquella región, cuya amistad (los conocía, decía ella, «desde siempre») le parecía a Isabel, a la luz de ciertas fotografías de la inmensa morada con almenas que su amiga le había enseñado, un preciado tesoro. Isabel le explicó a la afortunada dama que el señor Osmond le había pedido que fuese a ver a su hija, aunque no mencionó que también le había hecho una declaración de amor.

—Ah, comme cela se trouve! —exclamó la señora Merle—. Yo también he estado pensando que sería un amable detalle visitar a la niña antes de marcharme.

—Entonces podemos ir juntas —dijo Isabel con sensatez: «sensatez» porque hizo la propuesta con poco entusiasmo.

Había planeado hacer su pequeño peregrinaje a solas, lo prefería así. No obstante, estaba dispuesta a sacrificar este sentimiento místico por la gran consideración que le tenía a su amiga.

Esta, sin embargo, meditó con detenimiento y al final declaró:

—Después de todo, ¿por qué ir las dos, teniendo ambas tanto que hacer durante estas últimas horas?

—De acuerdo, puedo ir sola sin problemas.

—No sé qué pensar acerca de que vaya sola... a la casa de un atractivo soltero. Estuvo casado, ¡pero hace tanto tiempo!

—Estando el señor Osmond fuera, ¿qué más da? —preguntó Isabel con gesto serio.

—Ellos no saben que está fuera, ¿comprende?

—¿Ellos? ¿A quiénes se refiere?

—A todo el mundo. Pero quizá no sea importante.

—Si usted pensaba ir, ¿por qué yo no? —preguntó Isabel.

—Porque yo soy una vieja cascada y usted una bella jovencita.

—Aun admitiendo eso, usted no se ha comprometido a ir.

—¡Qué bien cumple usted sus promesas! —exclamó la dama de más edad con suave tono de burla.

—Valoro mucho mis promesas. ¿Le sorprende?

—Tiene razón —reflexionó en voz alta madame Merle—. Estoy segura de que quiere ser amable con la pequeña.

—Deseo mucho ser amable con ella.

—Vaya a verla entonces; nadie se lo tendrá en cuenta. Y dígame que habría ido yo de no hacerlo usted. O mejor —añadió madame Merle—, no se lo diga. No le importará.

Mientras avanzaba en un coche abierto, a la vista de todos, por el camino serpenteante que conducía a la casa del señor Osmond en lo alto de la colina, Isabel se preguntaba qué había querido decir su amiga con lo de que nadie se

lo tendría en cuenta. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, aquella mujer, cuyo gusto viajero era, por regla general, más acorde con el mar abierto que con los peligrosos canales, dejaba caer frases de significado ambiguo, notas que sonaban falsas. ¿Qué le importaban a Isabel Archer las vulgares opiniones de gente insignificante? ¿Y suponía madame Merle que era capaz de hacer algo que tuviese que hacerse a escondidas? Claro que no: debía referirse a algo distinto, algo que con las prisas de las horas que precedían a su marcha no había tenido tiempo de explicar. Isabel retomaría este tema algún día, había ciertas cuestiones en las que quería ser clara. Oyó a Pansy tocando el piano en otra habitación mientras la conducían al salón del señor Osmond. La niña estaba «practicando», y a Isabel le agradó pensar que llevaba a cabo esta actividad con rigor. Pansy entró de inmediato en la estancia alisándose el vestido e hizo los honores de la casa de su padre con una cortesía atenta y sincera. Isabel permaneció allí sentada media hora y Pansy estuvo a la altura de la ocasión, como una pequeña hada alada en una pantomima que flota en el aire con la ayuda de hilos invisibles: no parloteando, sino conversando, y mostrando el mismo interés respetuoso por los asuntos de Isabel que la joven se tomaba por los suyos. Isabel quedó maravillada; nunca se había ofrecido tan directamente a su olfato la blanca flor de la dulzura cultivada. ¡Qué bien había sido educada la niña, se dijo nuestra admirada joven; con cuánto acierto la habían orientado y moldeado; y sin embargo, qué sencilla, natural e inocente seguía siendo! A Isabel le gustaba mucho analizar el carácter y la calidad de la gente, ahondar, como quien dice, en los profundos misterios personales, y le había agradado dudar, hasta ese momento, de si aquel tierno esqueje en realidad no lo sabría ya todo. ¿No sería su extrema franqueza la demostración de un perfecto conocimiento de sí misma? ¿Era una pose adoptada para agradar a las visitas que recibía su padre, o más bien la expresión directa de una naturaleza sin tacha? La hora que pasó Isabel en las preciosas salas vacías y en penumbra del señor Osmond (las ventanas estaban entornadas para evitar el calor, y aquí y allá, a través de algunas rendijas, la luz del espléndido día veraniego se filtraba con un destello de color apagado o de oro viejo en la densa oscuridad), la conversación con la hija del dueño de la casa, como digo, resolvió toda duda al respecto. Pansy era realmente una página en blanco, una superficie de pureza cándida conservada con éxito. No tenía artes, astucia, genio ni talento... tan solo dos o tres pequeños y exquisitos instintos: para reconocer a un amigo, para evitar errores, para cuidar de un juguete viejo o un vestido nuevo. No obstante, aquella ternura suya la hacía conmovedora, y transmitía la sensación de que sería víctima fácil del destino. No tendría voluntad ni fuerza para resistir, ni conciencia de su propia importancia; sería fácil de engañar y aplastar: su única fuerza consistiría en saber cuándo y a qué asirse. Pansy acompañó por la casa a su visitante, que había solicitado ver de nuevo las otras estancias, y la muchacha dio su opinión acerca de algunas de

las obras de arte allí expuestas. Le habló de sus proyectos, de sus ocupaciones, de las intenciones de su padre. No se mostró egocéntrica, pero consideró apropiado ofrecer toda la información que una huésped tan distinguida naturalmente esperaría.

—Dígame, por favor —solicitó—, ¿fue papá a visitar a la madre Catherine en Roma? Me dijo que lo haría si tenía tiempo. Tal vez no lo tuviese. A papá le gusta hacer las cosas con tiempo. Quería hablar con ella de mi educación; aún no ha terminado, ¿sabe? No sé qué más pueden hacer conmigo, pero parece que todavía falta mucho para terminarla. Papá me dijo un día que pensaba encargarse él mismo de completarla, puesto que en el convento, durante el último año o dos, los maestros que enseñan a las niñas mayores resultan muy caros. Papá no es rico y me daría mucha pena que tuviese que pagar mucho dinero por mí, porque no creo que yo me lo merezca. No aprendo lo suficientemente rápido, y no tengo memoria. Para lo que me dicen, sí, especialmente si me gusta, pero no para lo que aprendo en los libros. Había una niña que era mi mejor amiga y se la llevaron del convento, cuando tenía catorce años, para hacerle... ¿cómo se dice...?, para hacerle una dot. ¿No se dice así en inglés? Confío en no haberme equivocado; lo que quiero decir es que querían guardar el dinero para casarla. No sé si papá quiere guardar el dinero para eso... para casarme. ¡Es tan cara una boda! —Pansy exhaló un leve suspiro y continuó—: Me parece que papá podría estar ahorrando ese dinero. De todos modos todavía soy demasiado joven para pensar en eso y no me gusta ningún caballero; ninguno excepto él, quiero decir. Si no fuera mi padre me gustaría casarme con él; prefiero ser su hija que la mujer de... de algún desconocido. Le echo mucho de menos, pero no tanto como usted pueda pensar, ya que he pasado gran parte del tiempo alejada de él. He estado con papá sobre todo en vacaciones. Casi echo más de menos a la madre Catherine, pero eso no debe decírselo. ¿No va a verle de nuevo? Pues no sabe cuánto lo siento y él también lo va a sentir. De toda la gente que viene por aquí, usted es quien más me gusta. No es un gran cumplido, porque no viene mucha gente. Ha sido muy amable de su parte venir hoy, con lo lejos que queda de su casa, pues después de todo no soy todavía más que una niña. Sí, no tengo más distracciones que las de una niña. ¿Cuándo abandonó usted esas distracciones de niña? Me gustaría saber qué edad tiene, pero no sé si es correcto preguntarlo. En el convento nos enseñaron que nunca se debe preguntar la edad. No me gusta hacer cosas que no sean apropiadas, da la impresión de que no se ha recibido la educación adecuada. A mí... tampoco a mí me gustaría que me pillaran por sorpresa. Papá dejó instrucciones para todo. Me acuesto muy temprano. Cuando el sol da en el otro lado, salgo al jardín. Papá dio órdenes estrictas de no permitir que el sol me quemara la piel. La vista desde aquí me gusta mucho, las montañas son muy hermosas. En Roma, desde el convento, no veíamos más que tejados y campanarios. Practico el piano tres

horas al día, pero no toco muy bien. ¿Usted también toca? Me gustaría mucho que interpretara algo para mí; papá opina que debo escuchar buena música. Madame Merle ha tocado para mí en varias ocasiones; es lo que más me gusta de madame Merle, tiene una gran facilidad. Yo nunca tendré esa facilidad. Y tampoco tengo buena voz... solo una vocecita como el chirrido de un pizarrín al hacer garabatos.

Isabel satisfizo aquel respetuoso deseo, se despojó de los guantes y se sentó al piano mientras Pansy, de pie a su lado, contemplaba cómo sus blancas manos se deslizaban rápidas sobre las teclas. Cuando terminó, se despidió de la niña con un beso, la abrazó con cariño y la miró durante largo rato.

—Sé muy buena —le dijo—, y haz feliz a tu padre.

—Creo que eso es para lo que vivo —respondió Pansy—. Él no tiene muchas alegrías, es más bien un hombre triste.

Isabel escuchó esta afirmación con un interés que le resultó casi un tormento verse obligada a disimular. Era su orgullo lo que la obligaba a hacerlo, y cierto sentido de la decencia. Había todavía otras cosas en su cabeza que sentía un fuerte impulso, reprimido al instante, de decirle a Pansy acerca de su padre. Había cosas que le habría encantado escuchar de sus labios, o lograr que dijera la niña. Pero nada más percatarse de estos pensamientos, su imaginación quedaba acallada por el horror ante la idea de aprovecharse de la niña (pues de tal cosa se habría acusado), y de exhalar en aquel ambiente donde él pudiese quizá percibir un hálito, una bocanada de aire que revelase su estado de encantamiento. Había venido; lo había hecho, pero solo había estado una hora. Se levantó rápidamente del taburete. Pero incluso entonces se demoró un instante, abrazada aún a su pequeña acompañante, estrechando contra sí a la dulce y esbelta chiquilla mientras la miraba casi con envidia. Se vio obligada a confesarse que le habría proporcionado un intenso placer hablar de Gilbert Osmond con aquella criatura inocente y diminuta que estaba tan cercana a él. Pero no dijo palabra y se limitó a besar a Pansy una vez más. Cruzaron juntas el vestíbulo hasta la puerta que daba al patio; una vez allí, su pequeña anfitriona se detuvo, y miró hacia fuera con anhelo.

—No puedo ir más lejos. Le prometí a papá que no cruzaría esta puerta.

—Haces bien en obedecerle; él nunca va a pedirte nada que no sea razonable.

—Yo siempre voy a obedecerle. Pero ¿cuándo volverá usted?

—Me temo que no será hasta dentro de mucho tiempo.

—Yo espero que lo haga tan pronto como pueda. Solo soy una chiquilla —dijo Pansy—, pero siempre la estaré esperando.

Y la pequeña figura permaneció en el alto y oscuro umbral, viendo a Isabel cruzar el patio claro y gris y desaparecer en el resplandor de la tarde por el enorme portone, que al abrirse dejó entrar luz a raudales.

31

Isabel no regresó a Florencia hasta pasados varios meses, un intervalo que estuvo lo suficientemente repleto de incidentes. Sin embargo, no es lo sucedido en el transcurso de ese intervalo lo que nos interesa con respecto a la joven; nuestra atención se centra de nuevo en ella cierto día de finales de primavera, poco después de su regreso al palazzo Crescentini y un año después de los acontecimientos recientemente narrados. En esta ocasión se encontraba sola en una pequeña estancia de las muchas que la señora Touchett destinaba a usos sociales, y se apreciaba algo en su expresión y en su actitud que indicaba que se encontraba a la espera de recibir una visita. La alta ventana alta estaba abierta y, aunque los postigos verdes estaban entrecerrados, el aire resplandeciente del jardín entraba a través de un amplio intersticio e inundaba la estancia de calor y perfume. Nuestra joven permaneció un rato junto a la ventana, las manos unidas tras la espalda, la mirada perdida en la distancia, presa de un vago desasosiego. Estaba preocupada, demasiado impaciente para sentarse, para trabajar, para leer. Sin embargo, no podía pretender vislumbrar al visitante antes de que este entrase en la casa, ya que la entrada al palacio no se hacía a través del jardín, donde siempre reinaban la quietud y la intimidad. Más bien deseaba anticiparse a su llegada mediante una serie de conjeturas y, a juzgar por la expresión de su rostro, eso la mantenía bien ocupada. Se sentía llena de gravedad y ciertamente más abrumada, como bajo el peso de la experiencia de aquel lapso de un año que había dedicado a ver mundo. Como ella habría dicho, había recorrido el espacio, había visto mucho de la humanidad y, por lo tanto, ahora era, a sus propios ojos, una persona muy distinta de la joven frívola de Albany que había empezado a hacerse una idea de Europa sobre el césped de Gardencourt un par de años atrás. Se congratulaba de haber cosechado sabiduría y aprendido mucho más de la vida de lo que aquella criatura superficial habría podido sospechar jamás. Si sus pensamientos se hubieran orientado en aquel momento hacia el recuerdo, en vez de aletear nerviosos sobre el presente, habrían evocado toda una multitud de imágenes interesantes. Estas habrían sido tanto de paisajes como de personajes, estos últimos habrían sido los más numerosos. Ya estamos familiarizados con algunas de las personas que habrían podido aparecer en ese campo visual. Aparecería, por ejemplo, la conciliadora Lily, hermana de nuestra heroína y esposa de Edmund Ludlow, que había

abandonado Nueva York para pasar cinco meses en compañía de Isabel. Había dejado atrás a su esposo, pero se había traído con ella a los niños, con quienes Isabel había adoptado el papel de tía soltera con tanta generosidad como ternura. Hacia el final de aquella temporada el señor Ludlow había conseguido arrancar unas pocas semanas a sus hazañas jurídicas y, cruzando el océano con gran celeridad, había pasado un mes con las dos mujeres en París antes de regresar a casa con su esposa. Los pequeños Ludlow aún no tenían edad para hacer turismo, ni siquiera desde el punto de vista norteamericano, de modo que, mientras su hermana estuvo con ella, Isabel había confinado sus movimientos a un círculo muy estrecho. Lily y los pequeños se habían reunido con ella en Suiza en el mes de julio y habían pasado un verano de clima agradable en un valle alpino donde las flores crecían profusamente en los prados y la sombra de grandes castaños ofrecía lugares de reposo en los paseos que emprendían las mujeres y los niños en las tardes cálidas. Llegaron después a la capital francesa, que Lily adoraba y a la que dedicaba costosas ceremonias, pero que no era más que un lugar ruidosamente vacío para Isabel, quien durante aquellos días hacía uso de sus recuerdos de Roma como si fueran un frasco de sales oculto en el pañuelo para contrarrestar el ambiente de una habitación calurosa y llena de gente.

Como ya he dicho, la señora Ludlow consagraba sus ofrendas a París, y aun así tenía dudas y perplejidades que ese altar no resolvía; y después de que su marido se reuniera con ella se sintió más desilusionada por no lograr hacerle partícipe de sus especulaciones. El motivo de todas ellas era Isabel, pero Edmund Ludlow, como siempre había hecho, rechazaba dejarse sorprender, preocupar, confundir o maravillarse por cualquier cosa que su cuñada hiciese o dejase de hacer. Las reflexiones de la señora Ludlow eran muy variadas. A veces pensaba que lo más natural sería que la joven volviera y se instalase en una casa en Nueva York, por ejemplo en la de los Rossiter, que tenía un elegante jardín de invierno y estaba a la vuelta de la esquina de su propia morada; otras veces, no podía ocultar su sorpresa ante el hecho de que su hermana no se casara con algún miembro de una de las grandes aristocracias. En conjunto, como ya he dicho, todas aquellas posibilidades se le escapaban de las manos. La había alegrado que Isabel heredara una fortuna más que si el dinero hubiese sido para ella; le había parecido que ofrecía el escenario perfecto para la figura un tanto frágil, pero no por ello menos eminente, de su hermana. Sin embargo, Isabel había prosperado menos de lo que Lily consideraba adecuado. Lo que ella entendía como prosperar tenía una misteriosa conexión con visitas matutinas y fiestas vespertinas. Intelectualmente, sin duda, había logrado inmensos avances, pero no parecía haber alcanzado muchas de las conquistas sociales cuyos trofeos la señora Ludlow había tenido la esperanza de poder admirar. La concepción de Lily de tales logros era muy vaga, pero eso era exactamente lo que había esperado de

Isabel: que les diera forma y cuerpo. A Isabel podría haberle ido igual de bien en Nueva York, y la señora Ludlow consultaba a su marido para averiguar si había algún privilegio del que disfrutar en Europa que la sociedad de Nueva York no pudiera ofrecer. Sabemos bien que Isabel había hecho conquistas: que fueran o no inferiores a las que podía haber logrado en su tierra natal sería una cuestión difícil de dilucidar; y me permito mencionar de nuevo, no con poca satisfacción, que no había hecho públicas estas honorables victorias. No le había contado a su hermana la historia de lord Warburton, ni le había dado pista alguna acerca del estado de ánimo del señor Osmond; y la única razón de su silencio era que no quería hablar. Era más romántico no decir nada y, bebiendo profundamente, en secreto, de aquella novela romántica, tenía tan pocas ganas de pedir consejo a la pobre Lily como de cerrar aquel raro y valioso volumen para siempre. Pero Lily desconocía estas negativas y solo podía calificar la carrera de su hermana como un extraño anticlímax, impresión confirmada por el hecho de que el silencio de Isabel acerca del señor Osmond, por ejemplo, era directamente proporcional a la frecuencia con que el caballero ocupaba sus pensamientos. Como esto sucedía muy a menudo, la señora Ludlow pensaba a veces que había perdido su ánimo valeroso. Es evidente que un resultado tan extraño de un evento tan jubiloso como es heredar una fortuna dejaba perpleja a la alegre Lily y corroboraba su impresión general de que Isabel no se parecía en nada al resto de la gente.

El valeroso ánimo de la joven dama, sin embargo, pareció alcanzar las cimas más altas una vez que sus parientes se hubieron marchado. Podía imaginar situaciones que exigieran más valor que pasar el invierno en París (París tenía aspectos en los que se parecía mucho a Nueva York, París era como la prosa elegante y pulcra), y su correspondencia íntima con madame Merle tenía mucho que ver con el estímulo de aquellos vuelos. Nunca había tenido una sensación tan intensa de libertad, de la audacia absoluta y lo gratuito de la libertad, como cuando se alejaba del andén de la estación de Euston un día de finales de noviembre, tras la partida del tren que llevaba a la pobre Lily, su marido y sus hijos al barco que les esperaba en Liverpool. Se alegraba de haberles agasajado, era plenamente consciente de ello. Era muy observadora, como ya sabemos, de lo que era bueno para ella, y su interés por encontrar algo lo bastante bueno era constante. Había hecho el viaje desde París con los poco envidiados viajeros para aprovechar la situación de la que gozaba hasta el último momento. Los habría acompañado también hasta Liverpool de no haberle pedido Edmund Ludlow, como un favor, que no lo hiciera; Lily se inquietaba y hacía todo tipo de preguntas absurdas. Isabel contempló el tren que partía, lanzó un beso con la mano al mayor de sus sobrinitos, chiquillo muy efusivo que asomaba peligrosamente medio cuerpo por la ventana del vagón y que convirtió la separación en una ocasión de escandalosa hilaridad, y luego se volvió a internar en las brumosas calles de

Londres. El mundo se extendía ante ella, podía hacer cualquier cosa que quisiera. Sentía una profunda emoción, pero por el momento su elección fue razonablemente discreta: decidió simplemente regresar a pie desde Euston Square a su hotel. Caía ya el crepúsculo temprano de una tarde de noviembre: las farolas de las calles brillaban con una débil luz rojiza en el aire denso y oscuro; nuestra joven iba sola y Euston Square quedaba bastante lejos de Piccadilly. Pero Isabel recorrió el trayecto disfrutando plenamente de sus peligros y se perdió casi a propósito, para captar más sensaciones, de modo que se sintió decepcionada cuando un amable policía la guio correctamente de nuevo. Le gustaba tanto el espectáculo de la vida humana que gozó incluso del aspecto del anochecer en las calles de Londres: las multitudes en movimiento, los coches apresurados, las tiendas iluminadas, los tenderetes resplandecientes, la humedad oscura y brillante de todo cuanto la rodeaba. Aquella noche, en su hotel, escribió a madame Merle que partiría hacia Roma un par de días después. Hizo el trayecto a Roma sin detenerse en Florencia, pasando primero por Venecia y continuando luego en dirección sur por Ancona. Llevó a cabo el viaje sin otra ayuda que la de su criado, pues sus protectores naturales no se encontraban entonces en el país. Ralph Touchett se encontraba pasando el invierno en Corfú, y en septiembre la señorita Stackpole había sido reclamada en Norteamérica mediante un telegrama del Interviewer. Este diario ofrecía a su brillante corresponsal un campo más fértil para ejercitar su genio que las rancias ciudades de Europa, y, mientras regresaba, Henrietta había recibido con alegría la promesa del señor Bantling de que iría pronto a verla. Isabel escribió a la señora Touchett pidiendo disculpas por no haberse presentado en Florencia, y su tía respondió de un modo muy característico. Las disculpas, según confesaba la señora Touchett, tenían tanto valor como las burbujas, y a ella no le interesaban tales objetos. Las cosas o se hacían o no se hacían, y lo que «podría» haberse hecho pertenecía al ámbito de lo irrelevante, como la idea de la vida en el más allá o del origen del mundo. Su carta era franca, pero (cosa rara en la señora Touchett) no tanto como pretendía. No le resultaba difícil perdonar a su sobrina por no detenerse en Florencia, pues le pareció una buena señal de que el señor Osmond había perdido parte de su antiguo ascendiente. Se preocupó desde luego por averiguar si él encontraría algún pretexto para ir a Roma, y obtuvo cierta tranquilidad al descubrir que no podía reprochársele ausencia alguna.

Por su parte, Isabel no llevaba ni dos semanas en Roma cuando le propuso a madame Merle hacer una pequeña peregrinación por el este. Madame Merle comentó que su amiga era bastante inquieta, pero añadió que siempre había deseado fervientemente visitar Atenas y Constantinopla. Así pues, las dos mujeres emprendieron la expedición y pasaron tres meses viajando por Grecia, Turquía y Egipto. Isabel encontró muchos aspectos interesantes en estos países, si bien madame Merle continuó recalcando que incluso en los

emplazamientos más clásicos, los escenarios ideales para inspirar reposo y reflexión, una cierta incoherencia seguía dominando el espíritu de la joven. Isabel viajaba rápida y temerariamente, era como una persona sedienta bebiendo un vaso tras otro. Mientras tanto, la señora Merle, como la dama de compañía de una princesa que viajara de incógnito, le seguía los pasos casi jadeante. Iba invitada por Isabel y aportaba toda la dignidad necesaria a la irrefrenable ansiedad de la joven. Desempeñaba su papel con el tacto que cabía esperar de ella, pasando inadvertida y aceptando la posición de una compañera cuyos gastos eran profusamente cubiertos. La situación, sin embargo, no planteaba problema alguno, y la gente que se encontraba a esta pareja reservada y singular durante sus viajes no habría podido asegurar quién era la acompañante y quién la acompañada. Decir que su impresión de madame Merle había mejorado durante el tiempo transcurrido juntas no haría justicia a la percepción que de ella tenía Isabel, quien desde el principio la había encontrado tan acogedora y encantadora en el trato. Después de tres meses de gran intimidad, Isabel sintió que la conocía mejor; su carácter se había mostrado en su plenitud y aquella admirable mujer también había cumplido al fin la promesa de contarle su historia desde su propio punto de vista, una muestra de confianza tanto más deseada cuanto Isabel ya la había escuchado desde la perspectiva de otras personas. Esta historia era tan triste (en lo que respecta al difunto monsieur Merle, un auténtico aventurero, diría ella, aunque al principio pareciera tan conveniente, que se había aprovechado de su juventud años atrás y de una inexperiencia que sin duda los que la habían conocido más tarde encontrarían difícil de creer), contenía tal cantidad de incidentes asombrosos y lamentables, que su joven compañera llegó a preguntarse cómo una persona tan éprouvée podía haber conservado tanta frescura, tanto interés por la vida. Llegó a tener una profunda comprensión de la frescura de madame Merle, la consideró como un rasgo profesional, ligeramente mecánico, algo que paseaba en su estuche como el violín del virtuoso, o que enjaezaba y cepillaba como a la «favorita» del jockey. Seguía pareciéndole tan encantadora como siempre, pero había una esquina del telón que nunca terminaba de levantarse; era como si después de todo siguiera siendo una especie de actriz, condenada a manifestarse solo como un personaje disfrazado y maquillado. Había dicho una vez que procedía de muy lejos, que pertenecía al viejo mundo, e Isabel no se libraba de la impresión de que era el producto de unas circunstancias morales o sociales distintas a las suyas, de que había crecido bajo otras estrellas.

Pensaba entonces que en el fondo tenía una moral diferente. Desde luego, la moral de la gente civilizada siempre tiene muchos aspectos en común; pero nuestra joven tenía la sensación de que en madame Merle había algunos valores que se habían deteriorado o, como dicen en los comercios, rebajado. Pensaba, con la presunción de la juventud, que una moral que fuera diferente

de la suya debía ser inferior, y esta convicción la ayudaba a detectar en la dama un destello de crueldad ocasional, un desliz pasajero en el candor, en la conversación de una persona que había elevado la amable delicadeza a la altura de arte y cuyo orgullo era demasiado refinado para los modos mezquinos del engaño. En algunos aspectos, su concepción de los motivos humanos parecía haber sido adquirida en la corte de algún reino en decadencia, y en su lista había varios, de los cuales nuestra joven ni siquiera había oído hablar. Estaba claro que había mucho que desconocía y, evidentemente, había cosas en el mundo que era mejor no conocer. En una o dos ocasiones se había sentido realmente asustada, pues así es como la afectaba tener que exclamar, refiriéndose a su amiga: «¡Que Dios la perdone, no me entiende!». Por absurdo que parezca, este descubrimiento la impactaba, la dejaba sintiendo una vaga consternación en la que podía apreciarse incluso un elemento premonitorio. La consternación, naturalmente, se disipaba ante cualquier prueba repentina de la notable inteligencia de madame Merle, pero algo quedaba, como la marca dejada por la marea de la confianza. Madame Merle había declarado una vez su convencimiento de que cuando una amistad cesa de crecer comienza inmediatamente a declinar, sin que exista un punto de equilibrio entre el gustar más o el gustar menos. En otras palabras, un afecto estático era imposible, debía siempre moverse en una dirección o en otra. Sea como fuere, la muchacha tuvo esos días oportunidades de sobra para dar rienda suelta a su espíritu romántico, más activo que nunca. No me refiero al impulso que sintió al contemplar las pirámides en el transcurso de una excursión desde El Cairo, o al detenerse entre las columnas en ruinas de la Acrópolis y fijar la vista en el punto que le indicaban como el estrecho de Salamina, por más profundas y perdurables que pudieran ser esas emociones. Regresó de Egipto y Grecia a finales de marzo y se instaló de nuevo en Roma. Pocos días después de su llegada, Gilbert Osmond bajó desde Florencia y permaneció tres semanas, durante las cuales el hecho de que Isabel estuviera alojada en la casa de su vieja amiga madame Merle hizo prácticamente inevitable que Osmond la viera todos los días. A finales de abril la joven escribió a la señora Touchett para decirle que en aquel momento estaría encantada de aceptar una invitación hecha mucho tiempo atrás, y se marchó al palazzo Crescentini, y en esta ocasión madame Merle se quedó en Roma. La joven encontró sola a su tía, pues su primo estaba aún en Corfú. Sin embargo, se esperaba su regreso a Florencia en cualquier momento, e Isabel, que no le había visto desde hacía más de un año, se dispuso para ofrecerle la más afectuosa de las bienvenidas.

No era en él, sin embargo, en quien pensaba mientras esperaba junto a la ventana donde la encontramos hace un rato, y tampoco pensaba en ninguno de los asuntos que hemos descrito someramente. No miraba al pasado, sino al instante más inmediato, inminente. Tenía motivos para esperar una escena, y eso era algo que detestaba. No se preguntaba qué le diría al visitante, pues esta cuestión ya había sido respondida. Lo interesante era qué le diría él a ella. Estaba convencida de que no sería nada agradable y esta certeza se reflejaba claramente en su frente preocupada. Por lo demás, sin embargo, la tranquilidad reinaba en ella. Se había quitado ya el luto y se movía en medio de un radiante esplendor. Simplemente se sentía mayor, a veces mucho y, como si «valiera» más por ello, como una pieza curiosa de una colección de anticuario. En cualquier caso, no tuvo que esperar mucho sumida en su aprehensión, pues un criado apareció al fin ante ella con una tarjeta de visita en una bandeja.

—Haz pasar al caballero —dijo, y siguió mirando por la ventana después de que el criado se retirara. Solo se giró cuando oyó la puerta cerrarse tras la persona que acababa de entrar.

Ante ella estaba plantado Caspar Goodwood, recibido durante un instante, de la cabeza a los pies, por la mirada brillante y seca con que ella retuvo más que ofreció un saludo. Quizá tengamos ahora la oportunidad de comprobar si la madurez del hombre había crecido al ritmo de la de Isabel; entretanto, he de decir que a los ojos críticos de la joven no mostraba la más mínima señal del doloroso paso del tiempo. Erguido, fuerte y recio no había nada en su aspecto que hablara claramente de juventud o de madurez; parecía carecer de inocencia o de debilidad, y por tanto de cualquier filosofía práctica. Su mandíbula mostraba el mismo carácter resuelto que años atrás, pero una crisis como la que atravesaba le añadía naturalmente algo sombrío. Tenía el aspecto de un hombre que había padecido un arduo viaje. Al principio no dijo nada, como si le faltara el aliento. Eso le dio tiempo a Isabel para reflexionar: «Pobre hombre, ¡qué grandes cosas es capaz de hacer y qué pena que malgaste de una forma tan miserable esa espléndida fuerza! ¡Qué lástima también que uno no pueda satisfacer a todo el mundo!». Le dio tiempo incluso a más: a decir al cabo de un minuto:

—¡No se imagina cómo deseaba que no viniera usted!

—No me cabe la menor duda.

Y miró a su alrededor buscando un asiento. No solo había venido, sino que tenía la intención de quedarse.

—Debe de estar muy cansado —dijo Isabel, tomado asiento y pensando, generosamente en su opinión, en darle una oportunidad.

—No, no estoy en absoluto cansado. ¿Alguna vez me ha visto cansado?

—Nunca, ¡ojalá lo hubiera visto alguna vez! ¿Cuándo ha llegado?

—Anoche, muy tarde, en una especie de tren caracol al que llaman expreso. Estos trenes italianos van a la misma velocidad que un cortejo fúnebre en Norteamérica.

—Muy apropiado, debe de haberse sentido como si asistiera a mi entierro.

Y forzó una sonrisa para alentar tranquilidad en aquella difícil situación. Había reflexionado profundamente acerca de la situación, llegando a la certera conclusión de que no había abusado de la buena fe de nadie ni había incumplido trato alguno; pero, pese a todo, temía a su visitante. Se avergonzaba de su temor, aunque agradecía enormemente que no hubiera nada más de lo que avergonzarse. Él la miró con una insistencia dura y rígida, una insistencia carente de todo tacto, sobre todo cuando el oscuro y pesado rayo de su mirada se posó en ella como un peso físico.

—No, no es eso lo que sentí. No puedo pensar en usted como si hubiera muerto. ¡Ojalá pudiera! —dijo con franqueza.

—Se lo agradezco mucho.

—Preferiría pensar en usted muerta antes que casada con otro hombre.

—¡Eso es muy egoísta por su parte! —respondió ella con el ardor de la convicción auténtica—. Aunque usted no sea feliz, otros sí tienen derecho a serlo.

—Es muy probable que sea egoísta, pero no me importa en absoluto que me lo diga. No me importa nada de lo que me pueda decir ahora, no lo puedo sentir. Las cosas más crueles que me pueda decir serían como un mero pinchazo de alfiler. Después de lo que ha hecho nunca jamás volveré a sentir nada... nada excepto eso. Eso lo sentiré toda mi vida.

El señor Goodwood hizo estas objetivas afirmaciones con seca deliberación, en su lento y duro acento norteamericano que no aportaba colorido ambiental alguno a aquellas frases intrínsecamente crudas. El tono empleado enfadó a Isabel más que conmoverla, lo que quizá fuera una suerte, ya que le dio más motivos para dominarse. Fue bajo la presión de este control como, al poco, su conversación se volvió irrelevante.

—¿Cuándo partió de Nueva York?

Él echó la cabeza atrás, como si calculara.

—Hace diecisiete días.

—Debe de haber viajado deprisa pese a la lentitud de los trenes.

—He venido tan rápido como me ha sido posible. Habría venido cinco días

antes si hubiera podido.

—Habría dado igual, señor Goodwood —dijo sonriendo fríamente.

—A usted sí, pero a mí no.

—No veo qué sale ganando.

—¡Eso seré yo quien lo decida!

—Desde luego. A mi modo de ver, lo único que hace es torturarse. —Y entonces, para cambiar de tema, le preguntó si había visto a Henrietta Stackpole. Su expresión indicaba que no había viajado desde Boston hasta Florencia para hablar de Henrietta Stackpole, pero aun así respondió, con claridad suficiente, que había estado con ella justo antes de partir de Norteamérica—. ¿Fue ella a verle? —preguntó Isabel.

—Sí, estaba en Boston y vino a mi despacho. Fue el día en que recibí su carta.

—¿Se lo contó? —preguntó Isabel con cierta inquietud.

—No —respondió simplemente Caspar Goodwood—, no quise hacer eso. No tardará en averiguarlo; se entera de todo.

—Le escribiré una carta y ella me responderá con otra regañándome —declaró Isabel, intentando sonreír de nuevo.

Caspar, sin embargo, se mantuvo serenamente grave.

—Imagino que vendrá en cuanto pueda —dijo.

—¿Solo para regañarme?

—No lo sé. Parecía que no había visto aún todo lo que tenía que ver en Europa.

—Celebro que me lo diga —agradeció Isabel—. Debo prepararme para recibirla.

El señor Goodwood fijó la vista en el suelo un momento y, al fin, levantó los ojos.

—¿Conoce ella al señor Osmond? —preguntó.

—Un poco. Y no le cae bien. Pero desde luego no me caso para satisfacer a Henrietta —añadió. Habría sido mejor para el pobre Caspar que ella hubiese intentado contentar algo más a la señorita Stackpole, pero no dijo nada de eso. Solo preguntó cuándo se celebraría la boda, a lo que ella respondió que todavía no lo sabía—. Solo puedo decir que será pronto. No se lo he dicho a nadie más que a usted y a otra persona, una vieja amiga del señor Osmond.

—¿Cree que sus amigos no aprobarán esta boda? —quiso saber.

—No tengo la menor idea. Como ya le he dicho, no me caso para complacer a mis amigos.

Caspar prosiguió, sin ninguna exclamación, ningún comentario, solo haciendo preguntas sin el menor asomo de delicadeza.

—Entonces, ¿quién y qué es el señor Osmond?

—¿Quién y qué? Nadie y nada, excepto un hombre muy bueno y honorable. No se dedica a los negocios —dijo Isabel—. No es rico, ni se le conoce por nada en particular.

Le desagradaban las preguntas del señor Goodwood, pero se dijo que lo menos que podía hacer por él era satisfacer su curiosidad en la medida de lo posible. No obstante, la satisfacción que mostraba el señor Goodwood no era mucha; la miraba desde su asiento, con la espalda muy recta.

—¿De dónde es? ¿Dónde pertenece?

Su acento nunca le había sonado tan desagradable como al hacer esas preguntas.

—No es de ningún sitio. Ha pasado casi toda su vida en Italia.

—Me dijo en su carta que era norteamericano. ¿No es de un sitio concreto?

—Sí, pero lo ha olvidado. Se marchó siendo muy pequeño.

—¿Nunca ha regresado?

—¿Por qué tendría que regresar? —respondió Isabel poniéndose a la defensiva—. No tiene profesión alguna.

—Podría haber vuelto por placer. ¿No le gusta Estados Unidos?

—No conoce el país. Además, es muy tranquilo y sencillo: se conforma con Italia.

—Con Italia y con usted —dijo el señor Goodwood con franqueza lúgubre y ninguna intención de ser satírico—. ¿Qué es lo que ha hecho? —añadió abruptamente.

—¿Para que me case con él? Nada en absoluto —respondió Isabel, mientras su paciencia se iba tornando en dureza—. ¿Me habría perdonado más fácilmente si hubiese hecho grandes cosas? Renuncie a mí, señor Goodwood. Me caso con alguien sin la menor entidad. No intente interesarse por él. No puede.

—No sabré apreciarle, eso es lo que quiere decirme. Y no es sincera cuando dice que no tiene entidad. Usted piensa que es maravilloso, que es

magnífico, aunque nadie más piense lo mismo.

Isabel se ruborizó; sintió que su acompañante había estado muy agudo en su apreciación, y era ciertamente una prueba de cómo la pasión podía aguzar la percepción en alguien que ella nunca había considerado de refinada perspicacia.

—¿Por qué vuelve a insistir en lo que piensan los demás? No puedo hablar con usted de cómo es el señor Osmond.

—Claro que no —respondió Caspar razonablemente. Y permaneció allí sentado con su aire de rígida impotencia, como si no solo esto fuera verdad, sino que tampoco hubiese nada más de lo que pudieran hablar.

—Ya ve qué poco saca en claro —respondió Isabel en consecuencia—, qué poco consuelo o satisfacción puedo darle.

—No esperaba que pudiera darme mucho.

—No entiendo entonces por qué ha venido.

—Vine porque quería verla una vez más, incluso en la situación actual.

—Se lo agradezco, pero si hubiese esperado un poco, seguro que tarde o temprano nos habríamos vuelto a ver, y ese encuentro habría sido más agradable para los dos que este.

—¿Esperado a que se hubiese casado? Eso es precisamente lo que no quería hacer. Usted será distinta después de casarse.

—No mucho. Seguiré siendo una buena amiga suya. Ya lo verá.

—Será peor aún —dijo el señor Goodwood sombríamente.

—¡Desde luego, no hay manera de que se conforme! No puedo prometerle que le detestaré para ayudarle a resignarse.

—¡No me importaría en absoluto si lo hiciera!

Isabel se levantó con un gesto de impaciencia reprimida y se dirigió a la ventana, donde permaneció un momento mirando afuera. Cuando se dio la vuelta, su acompañante seguía inmóvil en su sitio. Se acercó de nuevo a él y se detuvo, apoyando la mano en el respaldo del asiento que acababa de dejar.

—¿Quiere decir que ha venido simplemente para verme? Puede que eso sea mejor para usted que para mí.

—Deseaba escuchar el sonido de su voz —dijo él.

—Ya lo ha oído, y como ve no es demasiado amable.

—Me complace igualmente.

Y tras decir esto se levantó.

Isabel había sentido dolor y disgusto al recibir aquella mañana la noticia de que Caspar estaba en Florencia y de que, si daba su permiso, iría a verla al cabo de una hora. Se había sentido irritada y consternada, aunque había respondido a su mensajero que podía visitarla cuando quisiera. Tampoco se sintió mejor al verle, pues su presencia allí estaba llena de profundas implicaciones. Implicaba cosas que ella no podía tolerar: derechos, reproches, reconvenciones, reprimendas, la esperanza de hacerla cambiar de opinión. Estos sentimientos, aunque implícitos, no habían sido expresados; y ahora nuestra joven, extrañamente, empezaba a lamentar el notable autocontrol de su visitante. Había en él un aire desdichado que la irritaba; el gesto varonil de su mano le hacía latir más deprisa el corazón. Sintió que su agitación crecía y se dijo que su enfado era el de una mujer disgustada por haberse portado mal. Pero ella no se había portado mal, afortunadamente no tenía que tragarse esa amargura, y aun así hubiese preferido que él le recriminara algo. Hubiera deseado que la visita fuera corta, pues no tenía sentido ni era apropiada. Sin embargo, ahora que parecía que él se marchaba, sintió un horror repentino ante la posibilidad de que la dejara sin pronunciar una sola palabra que le brindara la oportunidad de defenderse más de lo que lo había hecho por escrito un mes atrás, con unas pocas palabras cuidadosamente elegidas, al anunciarle su compromiso. Pero si no había hecho nada malo, ¿por qué habría de querer defenderse? Era un exceso de generosidad por parte de Isabel desear que el señor Goodwood expresara su enfado. Y si hasta entonces él no hubiese requerido de gran esfuerzo para dominarse, ahora debería hacerlo al oír el tono en que ella exclamó repentinamente, como si le acusara de haberla acusado:

—¡Yo no le he engañado! ¡Era completamente libre!

—Sí, lo sé —admitió Caspar.

—Ya le advertí que haría lo que quisiera.

—Dijo que seguramente nunca se casaría, y lo dijo de tal forma que llegué a creerla.

Isabel reflexionó durante un instante.

—Nadie está más sorprendida que yo misma por lo que voy a hacer.

—Me dijo que, si me enteraba de que se había comprometido, no debía creerlo —prosiguió Caspar—. Me enteré hace veinte días por usted misma, pero recordé lo que me había dicho. Pensé que quizá se trataba de un malentendido, y esa es en parte la razón por la que he venido.

—Si quiere que se lo repita de viva voz, lo haré sin falta. No hay ningún malentendido.

—Me di cuenta en cuanto entré en la habitación.

—¿Qué bien le haría que no me casara? —preguntó con cierta agresividad.

—Lo preferiría a esto.

—Es usted muy egoísta, como ya he dicho antes.

—Lo sé. Soy tan egoísta como el hierro.

—¡Incluso el hierro se funde algunas veces! Si se muestra razonable, aceptaré verle de nuevo.

—¿No le parece que ahora estoy siendo razonable?

—No sé qué decirle —respondió ella con humildad repentina.

—No la molestaré mucho tiempo —continuó el joven. Dio un paso hacia la puerta, pero se detuvo—. Otra razón de que haya venido es que quería escuchar qué explicación tenía para haber cambiado de opinión.

—¿Qué explicación? —La humildad desapareció de su voz tan súbitamente como había llegado—. ¿Cree que estoy obligada a explicarme?

Él le dirigió una de sus largas y apagadas miradas.

—Estaba usted muy convencida. Yo la creí.

—Yo también lo creía. No podría explicarlo aunque quisiera.

—Imagino que no. Bien —añadió—, tengo lo que quería. La he visto.

—¡Qué poco ha sacado de tan terribles jornadas de viaje! —se oyó decir Isabel, sintiendo la mísera irrelevancia de su respuesta.

—Si le preocupa que esté destrozado, como parece querer indicar, puede estar tranquila. —Dio media vuelta, esta vez con decisión, y no se dieron la mano ni hubo entre ellos ningún otro gesto de despedida. Cuando llegó a la puerta se detuvo con la mano en el picaporte—. Mañana me marchó de Florencia —dijo sin vacilar.

—¡Estoy encantada de saberlo! —respondió ella con vehemencia.

Cinco minutos después de que se hubiera ido, Isabel estalló en sollozos.

Su llanto, sin embargo, pronto se apagó, y las señales del mismo habían desaparecido cuando, una hora más tarde, le soltó la noticia a su tía. Utilizo esta expresión porque la joven estaba segura de que a la señora Touchett no le

iba a gustar oírlo, y había esperado a decírselo hasta ver al señor Goodwood. Tenía la extraña impresión de que no sería correcto hacerlo público antes de haber escuchado lo que el señor Goodwood tuviera que decir al respecto. Lo que este había dicho era bastante menos de lo que se había esperado, y ahora tenía una irritante sensación de haber perdido el tiempo. Pero no iba a perderlo más; esperó a que la señora Touchett entrara al salón antes del almuerzo y le dijo sin más:

—Tía Lydia, tengo que contarle una cosa.

La señora Touchett dio un pequeño respingo y la miró casi con fiereza.

—No hace falta que me lo digas, ya sé lo que es.

—No entiendo cómo puede saberlo.

—Del mismo modo que sé cuándo una ventana está abierta: porque noto la corriente. Vas a casarte con ese hombre.

—¿A qué hombre se refiere? —preguntó Isabel con gran dignidad.

—Al amigo de madame Merle... el señor Osmond.

—No sé por qué le llama el amigo de madame Merle. ¿Es ese el principal rasgo por el que se le conoce?

—Si no es amigo suyo, debería serlo... ¡después de todo lo que ha hecho por él! —exclamó la señora Touchett—. Nunca me habría esperado eso de ella; me siento decepcionada.

—Si quiere decir con eso que madame Merle ha tenido algo que ver en mi compromiso, está completamente equivocada —dijo Isabel con una especie de ardiente frialdad.

—¿Te refieres a que tus encantos han sido suficientes, sin necesidad de echarle el lazo al caballero? Tienes toda la razón. Tus encantos son inmensos, y él nunca se hubiera atrevido a pensar en ti si ella no le hubiera animado. Osmond tiene muy buen concepto de sí mismo, pero no se molesta por nada. Madame Merle se ha tomado la molestia en su lugar.

—¡Él también se ha tomado muchas! —exclamó Isabel con una risa forzada.

—Imagino que, después de todo, sí se habrá esforzado, para conseguir gustarte tanto —asintió con gesto brusco la señora Touchett.

—Pensé que a usted incluso le agradaba.

—Hubo un tiempo en que así era, por eso estoy enfadada con él.

—Enfádese conmigo, no con él —dijo la joven.

—Siempre estoy enfadada contigo, ¡eso no es ningún consuelo! ¿Fue por eso por lo que rechazaste a lord Warburton?

—Por favor, no vuelva otra vez sobre lo mismo. ¿Por qué no habría de gustarme el señor Osmond si a otras también les gusta?

—Pero esas otras no han querido casarse con él ni en un arrebato de locura. Ese hombre no es nada... —explicó la señora Touchett.

—Entonces no podrá herirme —respondió Isabel.

—¿Crees que vas a ser feliz? Deberías saber que nadie es feliz en estos casos.

—Pues entonces seré yo la que instaure la moda. ¿Para qué se casa la gente?

—Solo Dios sabe para qué te casas tú. Por lo general, la gente se casa por lo mismo que se asocia: para fundar una casa. Pero en esta sociedad tú eres la que lo pone todo.

—¿Es porque el señor Osmond no es rico? ¿Es eso a lo que se refiere? —preguntó Isabel.

—No tiene dinero, ni apellido, ni tampoco tiene prestigio. Yo valoro esas cosas y tengo el coraje de decirlo; creo que son muy valiosas. Mucha otra gente piensa lo mismo y lo demuestra, pero ofrecen otras explicaciones.

Isabel titubeó un instante.

—Creo que yo valoro todo aquello que es valioso. Me importa mucho el dinero, y por eso deseo que el señor Osmond disponga de un poco.

—Dáselo entonces, pero cástate con otro.

—Su apellido es lo bastante bueno para mí —continuó la joven—. Y además es muy bonito. ¿Acaso el mío es tan bueno?

—Razón de más para que intentes mejorarlo. Apenas hay una decena de apellidos estadounidenses que merezcan la pena. ¿Te casas con él por caridad?

—Era mi deber decírselo, tía Lydia, pero no creo que sea mi deber darle explicaciones. Incluso si lo fuera, no podría hacerlo. Así que, por favor, no me reconvenga. Hablando de este tema estoy en desventaja, porque yo no puedo hablar.

—No te reconvengo, tan solo te respondo: es mi deber dar alguna muestra de inteligencia y sensatez. Lo vi venir y no dije nada. Nunca me entrometo.

—Nunca lo hace y se lo agradezco enormemente. Ha sido usted muy considerada.

—No fue por consideración, lo hice por conveniencia —dijo la señora Touchett—. Pero voy a hablar con madame Merle.

—No entiendo por qué se empeña en mezclarla en esto. Ha sido muy buena amiga conmigo.

—Es posible, pero conmigo no lo ha sido en absoluto.

—¿Qué es lo que le ha hecho?

—Me ha engañado. Prácticamente me prometió que impediría tu compromiso.

—No habría sido capaz de impedirlo.

—Ella es capaz de cualquier cosa, es lo que siempre me ha gustado de madame Merle. La sabía capaz de desempeñar cualquier papel, pero creí que los interpretaba de uno en uno. No imaginé que interpretaría dos papeles al mismo tiempo.

—No sé qué papel habrá interpretado con usted —dijo Isabel—, eso queda entre ustedes dos. Conmigo se ha mostrado sincera, amable y entregada.

—Entregada, por supuesto, porque quería que te casaras con su candidato. A mí me dijo que solo te vigilaba para poder interponerse.

—Eso se lo dijo para complacerla —respondió Isabel, consciente a pesar de todo de lo poco convincente que resultaba su explicación.

—¿Para complacerme por medio del engaño? Me conoce mejor que todo eso. ¿Acaso me siento complacida hoy?

—No me parece que usted se sienta nunca muy complacida —se vio obligada a responder Isabel—. Si madame Merle sabía que usted acabaría por saber la verdad, ¿qué podía ganar con su insinceridad?

—Ganó tiempo, como puedes ver. Mientras yo esperaba a que ella interfiriera, tú te alejabas desfilando mientras ella iba marcando el paso.

—De acuerdo. Pero según usted misma reconoce, fue consciente de que yo me alejaba y, aunque ella hubiese dado la voz de alarma, usted no habría intentado detenerme.

—Yo no, pero alguien más lo habría hecho.

—¿A quién se refiere? —preguntó Isabel mirando a su tía con mucha dureza.

Los brillantes ojillos de la señora Touchett, tan activos como de costumbre, más que devolvérsela le sostuvieron la mirada.

—¿Habrías hecho caso a Ralph?

—No si se hubiese dedicado a ofender al señor Osmond.

—Ralph no ofende a la gente, lo sabes de sobra. Te tiene muchísimo cariño.

—Lo sé —dijo Isabel—, y ahora lo podré comprobar, porque él sabe que todo cuanto hago lo hago por un motivo.

—Él jamás creyó que fueras a hacer esto. Le dije que serías capaz de hacerlo y él argumentó todo lo contrario.

—Lo hizo porque le gusta discutir —sonrió la joven—. Si a él no le acusa de haberla engañado, ¿por qué acusa entonces a madame Merle?

—Ralph nunca me dio a entender que lo impediría.

—¡Me alegra saberlo! —exclamó alegremente Isabel—. Me gustaría mucho —añadió a continuación— que, cuando llegue, sea usted la primera que le hable de mi compromiso.

—Desde luego que se lo diré —respondió la señora Touchett—. A ti no te voy a decir nada más, pero te advierto que pienso hablar de ello a otras personas.

—Haga lo que mejor le parezca. Yo únicamente me refería a que me parece mejor que se entere por usted antes que por mí.

—Estoy de acuerdo contigo, ¡es mucho más apropiado!

Tras decir esto, tía y sobrina se fueron a almorzar y la señora Touchett, tal y como había prometido, no volvió a mencionar al señor Osmond. Sin embargo, al cabo de un rato en silencio, le preguntó quién era el que la había visitado hacía una hora.

—Era un viejo amigo, un caballero estadounidense —dijo Isabel sonrojándose.

—Un caballero estadounidense, naturalmente. Solo un caballero de Estados Unidos podría venir de visita a las diez de la mañana.

—Eran las diez y media. Tenía mucha prisa, se marcha esta noche.

—¿No podría haber venido ayer, a la hora normal?

—Es que llegó anoche.

—¿Y solo pasa veinticuatro horas en Florencia? —exclamó la señora Touchett—. Es un verdadero caballero estadounidense.

—Desde luego que lo es —dijo Isabel, pensando con admiración perversa en lo que Caspar Goodwood había hecho por ella.

Ralph llegó dos días después, pero aunque Isabel estaba convencida de que la señora Touchett no había perdido el tiempo en comunicarle la gran noticia, al principio su primo no dio muestras de saber nada del asunto. De lo primero que hablaron fue de su salud, naturalmente. Isabel quería hacerle muchas preguntas acerca de Corfú. El aspecto de Ralph la había conmocionado al verlo entrar en la habitación; ya había olvidado su aire enfermizo. A pesar de su estancia en Corfú, aquel día parecía encontrarse muy mal, y la joven se preguntó si su primo estaría realmente peor o si simplemente ella había perdido la costumbre de vivir con un enfermo. El pobre Ralph no se acercaba ni de lejos a los cánones de la belleza convencional en su recorrido por la vida, y la pérdida completa de salud que ahora padecía no contribuía en absoluto a mitigar la rareza natural de su aspecto. Demacrado y maltrecho, pero aún sensible e irónico, su rostro parecía un desvencijado farol de papel; su fina barba languidecía sobre las mejillas delgadas; la curva desorbitada de su nariz resaltaba con mayor nitidez. Se le veía más flaco que nunca, enjuto, larguirucho y desgarbado, una unión accidental de ángulos descoyuntados. Su chaqueta de terciopelo marrón se había convertido en una prenda perenne; las manos se le habían pegado dentro de los bolsillos; andaba con pesadez, arrastrando los pies y a trompicones, de una forma que delataba una gran indefensión física. Era quizá ese andar errático lo que revelaba mejor que nunca su carácter de enfermo cómico, para quien incluso sus propias debilidades forman parte de la gran broma general. En el caso de Ralph, bien podían haber sido la causa principal de la falta de seriedad con la que veía un mundo en el que le era ya imposible encontrar una razón que explicase la continuidad de su presencia en él. Isabel se había encariñado con su fealdad, y su torpeza había acabado por gustarle. Estas características se habían dulcificado con el trato y le parecían que eran precisamente esas las peculiaridades que daban a Ralph todo su encanto. Era tan encantador que la percepción que Isabel había tenido hasta el momento de su enfermedad había estado acompañada de una especie de consuelo: el estado de su salud no había parecido una limitación, sino un tipo de ventaja intelectual que le liberaba de toda emoción profesional y oficial, y le permitía el lujo de sentir exclusivamente las de índole personal. El resultado era una personalidad deliciosa, una prueba fehaciente de haber vencido la cara más rancia de la enfermedad. Se había visto obligado a reconocer que se encontraba terriblemente mal, aunque en cierto modo había evitado declararse formalmente enfermo. Esta era la impresión que la joven tenía de su primo, y si había sentido lástima de él había sido únicamente producto de la reflexión. Y como reflexionaba tanto, se había permitido sentir cierta compasión hacia él, aunque siempre había temido malgastar aquella esencia, aquel artículo tanpreciado, que tiene más valor para quien lo ofrece que para cualquier otro. En ese momento, sin embargo, no hacía falta tener una gran sensibilidad para

comprender que el hilo que sostenía la vida del pobre Ralph era menos elástico de lo que debiera. Ralph era un espíritu brillante, libre y generoso, tenía toda la iluminación de la sabiduría y nada de su pedantería, y a pesar de todo, para horror suyo, se estaba muriendo.

Isabel observó de nuevo que la vida era ciertamente difícil para algunas personas, y sintió una ligera oleada de vergüenza al pensar lo fácil que ahora prometía ser para ella. Estaba dispuesta a admitir que Ralph no se mostrase complacido con su compromiso, pero a lo que no estaba dispuesta, pese al afecto que hacia él sentía, era a permitir que ese hecho estropease la situación. Ni siquiera estaba dispuesta, o así lo pensaba, a enfadarse porque no sintiese ninguna simpatía hacia sus planes, pues sería privilegio suyo (sería, de hecho, su inclinación natural) no mostrarse de acuerdo con ningún paso que ella diese hacia el matrimonio. Un primo siempre parece odiar al marido de su prima; eso es algo tradicional, clásico, forma parte de esa creencia generalizada de que el primo parece siempre adorar a la prima. Ralph era ante todo crítico y, aunque a ella, aparte de otras consideraciones, le habría agradado casarse para complacer tanto a él como a los demás, habría sido absurdo conceder importancia a que su elección coincidiera con la opinión de su primo. ¿Cuál era esa opinión después de todo? Había dado a entender que prefería que se casara con lord Warburton, pero eso solo lo había hecho porque ella había rechazado a aquel hombre excelente. Si lo hubiese aceptado, estaba claro que la actitud de Ralph habría sido distinta; él siempre llevaba la contraria. Cualquier matrimonio se podía criticar; era parte de la esencia del matrimonio ser susceptible a la crítica. ¡Lo bien que podría ella, si se lo planteara, criticar aquella unión suya! Pero tenía otras cosas en las que pensar, y estaría encantada de que fuese Ralph quien se encargase de esa tarea en su lugar. Isabel estaba dispuesta a ser lo más paciente e indulgente posible. Su primo tenía que haberse dado cuenta, y por eso resultaba aún más extraño que no dijese nada. Transcurridos tres días sin que Ralph hablase, nuestra joven se cansó de esperar; por mucho que le disgustase, su primo debía al menos cumplir con las formas. Nosotros, que sabemos más del pobre Ralph que su prima, podemos creer sin dificultad que durante las horas que siguieron a su llegada al palazzo Crescentini ya había sopesado en privado las más diversas formas para afrontar aquello. Su madre le había recibido literalmente con la gran noticia, lo cual le produjo incluso más escalofríos que el maternal beso de la señora Touchett. Ralph se sintió horrorizado y humillado: sus cálculos habían sido erróneos y había perdido a la persona que más le importaba en el mundo. Deambulaba por la casa a la deriva, como una nave sin timón en medio de un torrente salpicado de rocas, o bien se sentaba en el jardín del palacio en una gran butaca de mimbre, con las largas piernas estiradas, la cabeza echada hacia atrás y el sombrero cubriéndole los ojos. Sentía el corazón helado; jamás había detestado algo tanto. ¿Qué podía hacer, qué podía

decir? Si no podía reclamar a su prima, ¿podía fingir que se alegraba? Tratar de recuperarla solo era admisible si el intento podía tener éxito. Intentar convencerla de que había algo sórdido o siniestro en el hombre ante cuyas profundas artes había sucumbido solo sería aceptablemente discreto en caso de que ella se dejase convencer. En caso contrario, Ralph habría firmado su propia condena. Le costaba el mismo esfuerzo expresar sus pensamientos que ocultarlos; no podía ni asentir con sinceridad ni protestar con esperanza. Mientras tanto, sabía (o más bien suponía) que la pareja de prometidos renovaba a diario sus votos mutuos. Osmond se dejaba ver poco en aquellos momentos por el palazzo Crescentini, pero Isabel se reunía con él todos los días en otros lugares, como era libre de hacer una vez que su compromiso se hubo hecho público. Había alquilado un carruaje por meses, para no sentirse en deuda con su tía por los medios necesarios para lograr un fin que la señora Touchett desaprobaba, y por las mañanas iba en él al Cascine. A primera hora del día, aquel exuberante parque de las afueras estaba libre de intrusos y nuestra joven, que se reunía con su enamorado en la parte más tranquila, paseaba con él un rato bajo la grisácea sombra italiana y escuchaba a los ruiseñores.

34

Una mañana, a la vuelta de su paseo, una media hora antes del almuerzo, Isabel bajó del vehículo en el patio del palacio y, en lugar de subir por la majestuosa escalinata, cruzó el patio, pasó por debajo de un arco y entró al jardín. En ese momento era el lugar más delicioso que pudiera imaginarse. Sumido en la quietud del mediodía, la sombra cálida, envolvente y en calma convertía los cenadores en espaciosas cuevas. Ralph estaba allí sentado en la penumbra clara, a los pies de la estatua de Terpsícore, ninfa danzante con crótalos en los dedos y velos flotantes a la manera de Bernini. La relajación extrema de la figura de su primo hizo pensar al principio a Isabel que estaba dormido. Su paso ligero sobre la hierba no le había despertado y, antes de marcharse, la joven se detuvo un instante a contemplarlo. En ese momento Ralph abrió los ojos, e Isabel se sentó en un rústico asiento a juego con el que ocupaba su primo. Aunque en su enfado le había acusado de indiferencia, no estaba tan ciega para no ver que había algo que atormentaba a Ralph. Isabel había justificado su aire ausente en parte por la abulia que le provocaba una debilidad cada vez mayor, en parte por las preocupaciones relacionadas con la propiedad heredada de su padre, fruto de unas excéntricas operaciones que la señora Touchett desaprobaba y que, como le había dicho a Isabel, ahora encontraban también la oposición de los otros socios del banco. Tendría que

haberse ido a Inglaterra, le decía su madre, en lugar de a Florencia. Hacía muchos meses que no iba por allí, y mostraba el mismo interés por los asuntos bancarios que por la situación de la Patagonia.

—Siento haberte despertado —dijo Isabel—; pareces muy cansado.

—Me encuentro muy cansado. Pero no estaba dormido. Estaba pensando en ti.

—¿Y eso te cansa?

—No te puedes imaginar hasta qué punto. No lleva a ninguna parte. El camino es largo y no llego jamás.

—¿Adónde te gustaría llegar? —le preguntó mientras cerraba la sombrilla.

—A poder expresarme apropiadamente lo que pienso de tu compromiso.

—No pienses demasiado en eso —le respondió con suavidad.

—¿Quieres decir que no es asunto mío?

—Llegado a cierto punto, no lo es.

—Ese es el punto que quiero precisar. Imagino que habrás pensado que me estaba portando como un maleducado. No te he felicitado todavía.

—Claro que me he dado cuenta. Me preguntaba por qué guardabas silencio.

—Por muchas razones. Te lo voy a explicar —dijo Ralph. Se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo. Después se sentó frente a ella, mirándola. Se echó hacia atrás bajo la protección de Bernini, con la cabeza apoyada en su pedestal del mármol, los brazos caídos a los lados y las manos apoyadas en los brazos de su amplia butaca. Se le veía raro, incómodo. Estuvo vacilando un buen rato. Isabel no dijo nada: cuando veía a alguien incómodo solía sentir lástima, pero estaba decidida a no ayudar a Ralph a decir una sola palabra que no respetase su gran decisión—. Creo que a duras penas me he recuperado de la sorpresa —continuó al fin—. Eres la persona de quien menos esperaba que se dejara atrapar.

—No sé por qué lo llamas dejarse atrapar.

—Porque te van a meter en una jaula.

—Si me gusta mi jaula, eso no tiene por qué preocuparte —respondió ella.

—Eso es lo que me pregunto, y en lo que he estado pensando.

—Si tú lo has estado pensando, ¡puedes imaginar cuánto lo he pensado yo! Me siento satisfecha de lo que estoy haciendo.

—Pues mucho debes de haber cambiado. Hace un año valorabas tu libertad por encima de cualquier cosa. Lo único que deseabas era contemplar la vida.

—Ya la he visto —dijo Isabel—. Y reconozco que ahora no me parece una ocupación tan atractiva.

—No pretendo que lo sea; solo que tenía la idea de que mantenías una opinión positiva sobre ella y de que querías explorar todas sus posibilidades.

—He comprobado que no se puede abarcar algo tan amplio. Hay que escoger un rincón y cultivarlo.

—Eso es lo que yo pienso. Y hay que elegir el mejor rincón posible. Durante el invierno, mientras leía tus deliciosas cartas, no tenía ni idea de que estuvieras tomando una decisión. No dijiste nada al respecto y tu silencio me hizo bajar la guardia.

—No se trataba de algo que te pudiera contar por carta. Además, no sabía nada del futuro. Todo esto ha sucedido después. Pero, de haber estado en guardia, ¿qué habrías hecho? —preguntó Isabel.

—Te habría dicho: «Espera un poco más».

—¿Esperar a qué?

—Bueno, a tener un poco más de luz —dijo Ralph con una sonrisa un tanto absurda, mientras metía las manos en los bolsillos.

—¿Y de dónde habría llegado esa luz... de ti?

—Podría haber hecho saltar una o dos chispas.

Isabel se había quitado los guantes y, tras colocarlos sobre la rodilla, los alisó. La delicadeza de aquel gesto era accidental, pues la expresión de su rostro no era conciliadora.

—Estás dando palos de ciego, Ralph. Te gustaría decir que no te agrada el señor Osmond, lo que pasa es que te da miedo hacerlo.

—¿«Dispuesto a herir pero temeroso de atacar»? A él estoy dispuesto a herirle, sí, pero a ti no. Te temo a ti, no a él. Si te casas con él, no me favorecerá haber hablado así.

—¿Si me caso con él! ¿Acaso tenías alguna esperanza de poder disuadirme?

—Está claro que eso te parece demasiado fatuo.

—No —respondió Isabel tras una breve pausa—, me parece demasiado conmovedor.

—Es lo mismo. Me hace parecer tan ridículo que sientes pena por mí.

Isabel volvió a acariciar los largos guantes.

—Sé que me tienes mucho afecto, de eso no me puedo librar.

—Ni lo intentes, por lo que más quieras. No lo olvides jamás, así te convencerás de hasta qué punto deseo que te vaya bien.

—¡Y de lo poco que confías en mí!

Hubo un silencio momentáneo. El cálido mediodía parecía escuchar expectante.

—Confío en ti, pero no en él —dijo Ralph.

—Ya lo has dicho, y me alegro de que hayas sido tan claro. Pero lo lamentarás —dijo Isabel levantando los ojos y dirigiéndole una mirada amplia y profunda.

—No si tú eres justa.

—Yo soy muy justa —dijo Isabel—. ¿Qué mejor prueba de ello que el no estar enfadada contigo? No sé lo que me ocurre, pero no lo estoy. Lo estaba cuando has empezado, pero se me ha pasado. Tal vez debería estar furiosa, pero el señor Osmond no sería de la misma opinión. Él quiere que yo lo sepa todo, y por eso me gusta. Tú no tienes nada que ganar, ya lo sé. Nunca he sido tan buena contigo, de muchacha, como para que quieras que siga siéndolo. Das muy buenos consejos, lo has hecho a menudo. No, estoy muy tranquila; siempre he creído en tu buen juicio —continuó presumiendo de su tranquilidad y hablando al mismo tiempo con una especie de exaltación contenida. Era aquel deseo apasionado de ser justa lo que conmovía el corazón de Ralph y le producía el mismo efecto que la caricia de un animalillo al que hubiese lastimado. Quería interrumpir su discurso y tranquilizarla. Por un momento fue presa de una absurda incoherencia y se habría retractado de lo que había dicho. Pero ella no le concedió oportunidad alguna. Siguió adelante tras haber vislumbrado, en su opinión, cuál era la línea heroica que debía seguir y deseosa de avanzar en esa dirección—. Veo que tienes una idea rondándote la cabeza y me gustaría mucho escucharla. Estoy segura de que es desinteresada. Parece un tema extraño para discutir sobre ello, y, por supuesto, debo decirte que si esperas disuadirme ya puedes desistir. No cederé lo más mínimo, es demasiado tarde. Como bien dices, estoy atrapada. Desde luego, no te será agradable recordar esto, pero no tendrás más dolor que el de tus propios pensamientos. Nunca te lo echaré en cara.

—Estoy seguro de que nunca lo harás —dijo Ralph—. Es que no es en absoluto la clase de boda que había imaginado para ti.

—¿Y qué clase de boda habías imaginado, si se puede saber?

—Bueno, es difícil de explicar. No tenía exactamente un punto de vista

positivo, era más bien negativo. No esperaba que te decidieras por... en fin, por esa clase de persona.

—¿Y qué problema hay con la clase de persona que es el señor Osmond, si es que hay alguno? El que sea tan independiente, tan particular, eso es lo que más aprecio en él —respondió la joven—. ¿Qué sabes en su contra? Apenas le conoces.

—Es cierto —dijo Ralph—, lo conozco muy poco, y confieso que carezco de datos y hechos que puedan demostrar que es un villano. Pero aun así, no puedo dejar de pensar que corres un riesgo muy grande.

—El matrimonio siempre es un gran riesgo, y él lo corre igual que yo.

—¡Eso es problema suyo! Si tiene miedo, que se eche atrás. Ojalá lo hiciese.

Isabel se reclinó en el asiento, cruzó los brazos y miró un rato a su primo.

—Creo que no te entiendo —dijo al fin con frialdad—. No sé de qué estás hablando.

—Creí que te casarías con un hombre de más importancia.

Isabel había hablado con frialdad, como he dicho, pero al escuchar a su primo una llamarada de color le encendió las mejillas.

—¿Más importante para quién? Me parece suficiente con que mi marido sea importante para mí.

Ralph también se ruborizó, avergonzado de su propia actitud. Para tratar de remediarlo, empezó por adoptar un cambio físico de postura: se enderezó y se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas. Fijó la vista en el suelo y mantuvo un aire de la más respetuosa deliberación.

—Dentro de un momento te explicaré a qué me refiero —dijo al fin.

Se sentía agitado, presa de una intensa vehemencia. Ahora que había iniciado la discusión necesitaba expresar del todo lo que rondaba por su cabeza, aunque también quería ser gentil en extremo.

Isabel esperó un poco y luego volvió a hablar con gran dignidad:

—El señor Osmond ocupa un lugar preeminente en todos esos aspectos que hacen que se aprecie a una persona. Puede que existan naturalezas más nobles, pero nunca he tenido el placer de conocerlas. La del señor Osmond es la mejor que conozco, es lo suficientemente bueno, interesante e inteligente para mí. Estoy mucho más impresionada por lo que tiene y representa que por aquello de lo que pueda carecer.

—Yo me había forjado una visión encantadora de tu futuro —observó

Ralph sin responder a las palabras de Isabel—. Me había entretenido planeando un alto destino para ti, y en mis planes no entraba nada de esto. No descender tan fácilmente ni tan pronto.

—¿Descender, dices?

—Bueno, así entiendo lo que te ha pasado. Me parecía que te elevabas en el azul... que volabas en la luz brillante por encima de las cabezas de los hombres. De repente alguien te lanza un capullo marchito, un proyectil que jamás debió alcanzarte, y caes en picado al suelo. Me duele —dijo Ralph audazmente—, ¡me duele como si fuera yo quien se hubiese caído!

—No te entiendo en absoluto —repitió Isabel con una expresión cada vez más dolorida y desconcertada—. Dices que te entretenías forjando proyectos acerca de mi trayectoria... no lo entiendo. No te entretengas demasiado, o pensaré que estás divirtiéndote a mi costa.

—No temo que no creas que albergaba grandes planes para ti —dijo Ralph negando con la cabeza.

—¿A qué te refieres con eso de que me elevaba y volaba? —insistió ella—. Nunca me he movido en un plano más elevado que en el que ahora me muevo. No hay nada más elevado para una muchacha que casarse con alguien que... con la persona que le gusta —dijo la pobre Isabel, perdiéndose en la explicación didáctica.

—Es el hecho de que te guste la persona de la que estamos hablando lo que me atrevo a criticar, querida prima. Tenía que haber dicho que el hombre apropiado para ti debería ser de una naturaleza más activa, de mayor amplitud de miras, más libre. —Tras un ligero titubeo, Ralph continuó—: No puedo librarme de la sensación de que Osmond es, de algún modo... bueno, poca cosa.

Había pronunciado estas palabras con poca convicción; temía que Isabel volviese a encenderse. Pero, para su sorpresa, su prima permaneció callada, con aire de estar sopesando aquello.

—¿Poca cosa? —dijo, dando a las palabras una inmensa sonoridad.

—Creo que es estrecho de miras y egoísta. ¡Se toma a sí mismo tan en serio!

—Tiene un gran respeto por sí mismo, y no seré yo quien le censuré por ello —dijo Isabel—. Es la mejor manera de asegurar el respeto hacia los demás.

Por un momento Ralph se sintió casi tranquilo ante el tono razonable de su prima.

—Sí, pero todo es relativo. Uno debe sentir la relación que establece con las cosas... con los demás. Y no creo que el señor Osmond haga eso.

—A mí lo que me interesa, ante todo, es su relación conmigo, y en eso es excelente.

—Es la encarnación del buen gusto —continuó Ralph, pensando a conciencia la mejor forma de definir los siniestros atributos del señor Osmond sin quedar en mal lugar por describirlo de una manera que pudiese parecer grosera. Quería describirle desde una perspectiva impersonal, científica—. Juzga y mide, aprueba y condena, utilizando ese buen gusto por todo rasero.

—Entonces es de celebrar que su gusto sea exquisito.

—Es exquisito, sin duda, ya que le ha llevado a elegirte a ti por esposa. Pero ¿has visto alguna vez a alguien de un gusto así, realmente exquisito, contrariado?

—Espero tener la fortuna de no dejar de complacer nunca a mi marido.

Al oír esas palabras, Ralph no pudo impedir que una pasión repentina se adueñase de sus labios y le hiciese exclamar:

—¡Ah! ¡Eso es pura testarudez, es indigno de ti! Tú no has nacido para que te midan con semejante rasero, has nacido para algo mejor que salvaguardar la sensibilidad de un diletante estéril.

Isabel se levantó como movida por un resorte y él hizo lo mismo. Se quedaron frente a frente un rato, mirándose como si Ralph hubiera lanzado un desafío o un insulto. Pero la joven se limitó a musitar:

—Has ido demasiado lejos.

—He dicho lo que pensaba... ¡y lo he dicho porque te amo!

Isabel empalideció: ¿debía añadir también a Ralph a aquella lista exasperante? Sintió un súbito deseo de tacharlo de ella.

—¡Pero entonces no hablas de manera desinteresada!

—Te amo, pero sin esperanza alguna —dijo su primo rápidamente, forzando una sonrisa y sintiendo que en esta última declaración había expresado más de lo que pretendía.

Isabel se alejó y permaneció contemplando la soleada quietud del jardín. Al cabo de un momento se acercó de nuevo.

—¡Entonces me temo que tus palabras sean fruto de la desesperación! No lo comprendo, pero no importa. No quiero discutir contigo, me resulta imposible hacerlo. He tratado tan solo de escucharte. Te agradezco que hayas intentado explicarte —dijo con delicadeza, como si la furia que la acababa de

levantar del asiento ya se hubiera apagado—. Eres muy bueno al intentar prevenirme, si es que de verdad estás preocupado. Pero no prometo pensar en lo que me has dicho: lo olvidaré cuanto antes. Intenta olvidarlo tú también. Has cumplido con tu deber y ningún hombre puede hacer más. No puedo explicarte lo que siento, lo que creo, y aunque pudiese no lo haría. —Hizo una pequeña pausa, y luego continuó de una forma tan inconsecuente que, pese a estar dominado por el anhelo de descubrir la más mínima concesión, a Ralph no le pasó por alto—. No puedo entrar a discutir la idea que tienes del señor Osmond, no puedo tenerla en consideración porque yo lo veo de una forma completamente distinta. No es un hombre importante... no, no es importante; es un hombre al que la importancia resulta completamente indiferente. Si es eso a lo que te refieres cuando le llamas «poca cosa», entonces sí, será todo lo insignificante que quieras. Yo a eso lo llamo ser grande, es lo más grande que conozco. No pienso discutir contigo por la persona con la que me voy a casar —repitió Isabel—. No tengo el menor interés en defender al señor Osmond; él no es tan débil como para necesitar mi defensa. Imagino que te parecerá extraño incluso a ti que hable de él con tanta tranquilidad y frialdad, como si se tratara de cualquier otra persona. No hablaría de él con nadie más que contigo; y tú, después de lo que has dicho... tal vez sea mejor que te conteste de una vez por todas. Dime, ¿querrías que me comprometiera en un matrimonio mercenario, en lo que se conoce como matrimonio de conveniencia? Yo solo tengo una ambición: ser libre para perseguir un sentimiento bueno. Alguna vez tuve otras, pero ya se han esfumado. ¿Te quejas de que el señor Osmond no sea rico? Eso es precisamente lo que me gusta de él. Por fortuna yo tengo dinero suficiente, y nunca me he sentido tan agradecida por tenerlo como hoy. Hay veces en las que me gustaría arrodillarme ante la tumba de tu padre: probablemente consiguió algo mejor de lo que pensaba al poner a mi alcance la posibilidad de casarme con un hombre pobre, un hombre que lleva su pobreza con tanta dignidad, con tanta indiferencia. El señor Osmond nunca ha querido trepar ni luchar; no le ha interesado conseguir ningún bien material. Si eso es ser limitado, ser egoísta, tanto mejor. No me asustan semejantes palabras, ni siquiera me disgustan; solo lamento que te hayas equivocado. Otros se pueden equivocar, pero me sorprende que lo hagas tú. Deberías reconocer a un caballero cuando lo tienes delante, deberías saber apreciar una mente cultivada. ¡El señor Osmond no comete errores! Lo sabe todo, lo entiende todo, tiene el espíritu más generoso, más gentil y más elevado. Te has formado una idea falsa. Es una lástima, pero no puedo hacer nada por remediarlo. Tiene que ver más contigo que conmigo. —Isabel hizo una pausa, mirando a su primo con los ojos encendidos por un sentimiento que contradecía la cuidadosa calma de su actitud. Era un sentimiento complejo al que contribuían en igual medida el furioso dolor que le habían causado las palabras de su primo y sentirse herida en su orgullo al

tener que justificar una elección que a sus propios ojos era tan solo noble y pura. Aunque permaneció callada, Ralph no dijo nada, porque comprendió que tenía algo más que decir. Parecía triunfal y enormemente solícita a la vez, indiferente pero llena de pasión—. ¿Con qué clase de persona habrías preferido que me casara? —preguntó la joven de improviso—. Hablas de alzar el vuelo y planear, pero cuando una persona se casa toca la tierra. Toda persona tiene sentimientos y necesidades humanas, tiene un corazón dentro del pecho, y debe casarse con un individuo concreto. Tu madre nunca me ha perdonado que no llegase a mejor entendimiento con lord Warburton y está horrorizada de que me conforme con alguien que no cuenta con ninguna de sus grandes ventajas: no tiene propiedades, ni títulos nobiliarios, ni casas, ni tierras, ni posición, ni reputación, ni brillantes posesiones de ningún tipo. Es la total ausencia de todas esas cosas lo que a mí me agrada. El señor Osmond es sencillamente un hombre muy solitario, muy cultivado y muy sincero... no es ningún insigne terrateniente.

Ralph había escuchado con gran atención, como si cada cosa que dijera Isabel mereciera la más profunda reflexión. Pero en realidad solo escuchaba a medias lo que ella le decía, pues al mismo tiempo intentaba encajarlo con la impresión general que le producía: la impresión de la ferviente buena fe de su prima. Isabel estaba equivocada, pero tenía fe; se estaba engañando, pero no dejaba de tener coherencia. Era muy propio de ella que, tras haberse inventado una bella teoría acerca de Gilbert Osmond, le amara no por lo que poseía en realidad, sino por sus propias carencias que ella transformaba en honores. Ralph recordó lo que le había dicho a su padre acerca de poner al alcance de Isabel la posibilidad de hacer realidad los deseos de su imaginación. El anciano lo hizo y la joven había aprovechado ese lujo al máximo. El pobre Ralph se sentía enfermo y avergonzado. Isabel había pronunciado sus últimas palabras con una solemnidad y una convicción que zanjaban prácticamente la discusión y la terminó formalmente dándose la vuelta y dirigiéndose a la casa. Ralph la acompañó, entraron juntos al patio y llegaron a la gran escalinata. En este punto se detuvo e Isabel se volvió hacia él con expresión de júbilo, de absoluta y perversa gratitud. La oposición de su primo la había ayudado a entender con mayor claridad el concepto que ella tenía de su propia conducta.

—¿No vienes a almorzar? —preguntó Isabel.

—No, no quiero almorzar. No tengo hambre.

—Tienes que comer —dijo la joven—. Vives del aire.

—Pues sí, bastante, y me vuelvo al jardín a tomar otro bocado. He venido hasta aquí solo para decirte esto. El año pasado te dije que si te metías en problemas me sentiría terriblemente decepcionado. Así es como me siento hoy.

—¿Crees que estoy metida en problemas?

—Una persona está metida en problemas cuando se equivoca.

—Muy bien —dijo Isabel—; jamás acudiré a ti para lamentarme de mis problemas.

Y comenzó a subir las escaleras.

Ralph, de pie con las manos en los bolsillos, la siguió con la mirada; luego, el frescor agazapado en el patio de altos muros le golpeó, provocándole un escalofrío, de modo que regresó al jardín para alimentarse del sol florentino.

35

Mientras paseaba con su prometido por el Cascine, Isabel no sintió el menor impulso de explicarle la poca aprobación de que era objeto en el palazzo Crescentini. La discreta oposición que mostraban su tía y su primo ante la boda no la afectaba demasiado en general; lo que se desprendía de esta oposición era simplemente que Gilbert Osmond no les gustaba. Isabel no sentía este rechazo como algo alarmante, apenas lo lamentaba, ya que le servía principalmente para dejar más claro el hecho, tan honorable desde cualquier punto de vista, de que se casaba para complacerse a sí misma. Se puede hacer otro tipo de cosas para complacer a los demás, pero esto se hacía para lograr una satisfacción más personal, y la de Isabel quedaba confirmada por la conducta intachable, digna de admiración, de su prometido. Gilbert Osmond estaba enamorado, y nunca había merecido menos las severas críticas lanzadas por Ralph Touchett que durante aquellos días tranquilos y radiantes, únicos e irrepetibles, que precedieron a la culminación de sus esperanzas. La impresión más importante que estas críticas habían producido en el ánimo de Isabel era que la pasión del amor separaba terriblemente a su víctima de todos salvo del objeto amado. Se sentía desconectada de todas las personas que habían formado parte de su vida: de sus dos hermanas, que le escribieron para expresarle el consabido deseo de que fuera feliz y su sorpresa, de algún modo más vaga, por no haber escogido un consorte que fuese el héroe de un más rico anecdotario; de Henrietta, que seguramente se presentaría allí demasiado tarde con el propósito de reconvenirla; de lord Warburton, que probablemente acabaría por consolarse; y de Caspar Goodwood, que tal vez no se consolase jamás; de su tía, que tenía unas ideas frías y superficiales acerca del matrimonio, por el que a su vez sentía un desprecio que no se molestaba en ocultar; y de Ralph, cuyas palabras acerca de que tenía grandes esperanzas para ella no eran sino una extravagante excusa para ocultar su decepción

personal. Al parecer Ralph no quería que se casara nunca (eso era lo que en realidad quería decir), porque se divertía con el espectáculo de sus aventuras de mujer soltera. Su decepción le hacía decir cosas desagradables del hombre que Isabel había preferido incluso a él: Isabel se complacía pensando en que Ralph se había enfadado. Era más sencillo para ella creer esto porque, como digo, ahora tenía pocas emociones libres u ociosas para emplearlas en cuestiones menores, y aceptaba como un accidente, de hecho casi como un ornamento, del destino la idea de que preferir a Gilbert Osmond como ella lo hacía suponía por fuerza romper con todos los demás lazos. Isabel saboreaba la dulzura de esta preferencia, dulzura que la hacía consciente, casi con admiración, del flujo envidioso e implacable de esa condición de embrujo y posesión, grande como el honor y la virtud que se atribuyen tradicionalmente al estar enamorado. Era el lado trágico de la felicidad: la alegría de uno siempre está hecha de la infelicidad de otro.

La euforia del éxito, que sin duda ardía ahora en el espíritu de Osmond, dejaba escapar muy poco humo para ser una hoguera tan brillante. La alegría en él no se manifestaba de forma vulgar; la emoción, en el más contenido de los hombres, era una especie de éxtasis de autocontrol. Esta disposición, sin embargo, le convertía en un amante admirable, pues le daba una visión constante de ese estado de encantamiento y devoción. Nunca se olvidaba de sí mismo, como he dicho, y así nunca se olvidaba de ser amable y tierno, de cubrirse con la apariencia (lo que no le suponía desde luego ninguna dificultad) de mantener alerta los sentimientos y albergar intenciones profundas. Su joven dama le complacía inmensamente; madame Merle le había hecho un regalo de incalculable valor. ¿Con quién se podía vivir mejor que con un espíritu noble con inclinación a la ternura? ¿Acaso no iba a ser toda esa dulzura para él, mientras que los aspectos más fatigosos irían destinados a la sociedad, que sentía tanta admiración por los aires de superioridad? ¿Qué mejor don podía poseer una compañera que una mente rápida e imaginativa que le evitaba tener que repetir las cosas y reflejaba sus pensamientos en una superficie pulida y elegante? Osmond odiaba ver sus opiniones reproducidas literalmente, pues le hacía parecer rancio y estúpido; prefería que se renovaran al ser reproducidas, como la música renueva las palabras. Su egocentrismo nunca había adoptado la forma tosca de desear una esposa aburrida; la inteligencia de aquella dama sería bandeja de plata, no de barro: una bandeja en la que poder apilar montones de frutos maduros, a los que añadiría un valor decorativo, de modo que la conversación se convertiría para él en una especie de postre. Descubrió esta perfecta cualidad de plata en Isabel; él podía llamar con los nudillos a la puerta de su imaginación y hacerla vibrar. Sabía perfectamente, aunque nadie se lo hubiese dicho, que aquella unión gozaba de poco favor entre los familiares de la joven. De todos modos, la había tratado tanto como a una persona independiente que apenas parecía

necesario lamentarse por la actitud de su familia. Sin embargo, una mañana hizo una brusca alusión al respecto.

—Es la diferencia de fortuna lo que les disgusta —dijo—. Piensan que estoy enamorado de tu dinero.

—¿Hablas de mi tía... de mi primo? —preguntó Isabel—. ¿Cómo puedes saber lo que piensan?

—Tú no me has dicho que se sientan complacidos y la carta que le escribí el otro día a la señora Touchett ni siquiera ha merecido respuesta. Si hubieran estado encantados ya me habrían dado alguna muestra, y el hecho de que yo sea pobre y tú rica es la explicación más lógica a sus reservas. Naturalmente, cuando un hombre pobre se casa con una mujer rica debe prepararse para toda clase de acusaciones. A mí no me importan; solo me preocupa una cosa: que tú no tengas ninguna sombra de duda. No me importa lo que piense la gente de la que no espero nada, quizá ni siquiera sea capaz de querer saberlo. Nunca me han interesado esas cosas, que Dios me perdone, y no veo por qué tendría que empezar a interesarme ahora, cuando tengo algo mejor que lo compensa todo. No voy a fingir que lamente que seas rica, estoy encantado. Me encanta todo lo que es tuyo, ya sea dinero o virtud. El dinero es algo horrible cuando se va tras él, pero es maravilloso cuando se encuentra. Sin embargo, me parece que ya han quedado sobradamente demostrados los límites de mi inquietud en ese sentido: no he intentado en toda mi vida ganar un solo penique y debería estar más libre de sospecha que la mayoría de esa gente a la que se ve escarbando y rebuscando. Imagino que es su deber sospechar... el de tu familia; en términos generales, es lo que deben hacer. Algún día les gustaré más, y a ti también, en lo que a eso se refiere. Mientras tanto, mi deber es no hacerme mala sangre y simplemente mostrarme agradecido a la vida y al amor.

En otra ocasión Osmond había dicho:

—Amarte me ha hecho mejor persona. Me ha hecho más sabio y más complaciente y, no lo voy a negar, más inteligente, más agradable e incluso más fuerte. Antes quería muchas cosas y me enfadaba por no tenerlas. En teoría estaba satisfecho, como ya te dije una vez. Me halagaba a mí mismo diciéndome que había conseguido limitar mis deseos. Pero me dominaba la irritación, solía tener ataques morbosos, estériles y odiosos de avidez, de deseo. Ahora estoy realmente satisfecho porque no puedo imaginar nada mejor. Es como cuando intentas leer un libro a la luz del crepúsculo y de pronto se enciende una lámpara. Había estado dejándome los ojos en el libro de la vida sin encontrar nada que recompensara mis esfuerzos, pero, ahora que lo puedo leer como es debido, compruebo que es una historia encantadora. Mi querida niña, no puedo expresarte cómo la vida parece extenderse ante nosotros, qué larga tarde de verano nos aguarda. Es el declinar de un día

italiano, con un brillo dorado y las sombras que se alargan, y esa delicadeza divina en la luz, el aire, el paisaje que he amado toda la vida y que hoy amas tú. Te juro por mi honor que no veo razón alguna que nos impida seguir adelante. Tenemos cuanto nos gusta, por no hablar de que nos tenemos el uno al otro. Tenemos la capacidad de admirar y varias convicciones fundamentales. No somos estúpidos, no somos mezquinos, no estamos sujetos a ninguna clase de ignorancia ni de pesar. Tú eres extraordinariamente fresca, y yo extraordinariamente maduro. Tenemos a mi pobre hija para deleitarnos; intentaremos ayudarla para que tenga una buena vida. Todo es dulce y suave... tiene el colorido italiano.

Hicieron muchos planes, pero al mismo tiempo dejaron mucho espacio para la libertad. Dieron por hecho, no obstante, que por el momento vivirían en Italia. Era en Italia donde se habían conocido, Italia había formado parte de las primeras impresiones que se habían causado mutuamente e Italia debía participar también de su felicidad. Osmond se sentía apegado al país por todo el tiempo que llevaba allí e Isabel sentía el estímulo de lo nuevo, que parecía garantizarle todo un futuro para apreciar la belleza al más elevado nivel. El deseo de expansión sin límite había sido sustituido en su corazón por la idea de que la vida estaba vacía si no se tenía una obligación personal que encauzara todas sus energías en una dirección. Le había dicho a Ralph que había «visto la vida» en un año o dos y que ya estaba cansada, no de la acción de vivir, sino de la de observar. ¿Qué había sido de todo su entusiasmo, de sus aspiraciones, de sus teorías, de la alta estima en que tenía su independencia y de la incipiente convicción de que jamás se casaría? Estas cosas habían sido absorbidas por una necesidad más primitiva, una necesidad cuya respuesta hacía desaparecer innumerables preguntas y satisfacía infinitos deseos. Simplificaba la situación de un plumazo, procedía de arriba como la luz de las estrellas y no necesitaba explicación alguna. Bastante explicación era ya el hecho de que él fuese su amado, de que le perteneciese, y de que ella fuese capaz de serle útil. Podía rendirse a él con una especie de humildad, podía casarse con él con una especie de orgullo: ella no solo recibía, también daba.

Osmond llevó a su hija dos o tres veces con él al Cascine. Pansy, que no había crecido mucho desde el año anterior, tampoco parecía mucho mayor. Su padre tenía la convicción de que siempre sería una niña, y la llevaba de la mano con dieciséis años y le decía que fuera a jugar un poco mientras él se sentaba un rato con la bella dama. Pansy llevaba un vestido corto y un abrigo largo; el sombrero siempre parecía quedarle grande. Se divertía alejándose con pasos rápidos y cortos hasta el final del sendero, y regresando luego con una sonrisa que parecía pedir a gritos su aprobación. Isabel se la concedía en abundancia, y esa abundancia tenía el toque personal que la naturaleza cariñosa de la niña buscaba. Observaba las indicaciones de la dama como si fueran de gran importancia para ella, pues Pansy representaba ya parte del

servicio que podía ofrecer y parte de la responsabilidad que podía asumir. Su padre la consideraba tan niña que aún no le había explicado la nueva relación que mantenía con la elegante señorita Archer.

—No lo sabe —le dijo Osmond a Isabel—; no se lo imagina, le parece perfectamente natural que tú y yo vengamos a pasear simplemente como buenos amigos. Encuentro algo encantador e inocente en eso, y así es como me gusta que sea. No, no soy un fracasado, como solía pensar; he triunfado en dos aspectos. Me voy a casar con la mujer que adoro y he educado a mi hija a la vieja usanza, tal como deseaba.

Le agradaba mucho la «vieja usanza» en todas las cosas; Isabel había apreciado ese gusto como uno de sus rasgos más delicados, tranquilos y sinceros.

—Se me ocurre que no sabrás si lo has conseguido hasta que se lo hayas dicho —dijo Isabel—. Hay que esperar a ver cómo se toma la noticia. Puede que la horrorice... o puede que se ponga celosa.

—Eso no me preocupa, te tiene demasiado cariño. Me gustaría dejarla en la ignorancia un poco más de tiempo para ver si finalmente se le ocurre la idea de que, si no estamos prometidos, deberíamos estarlo.

Isabel estaba impresionada con aquella visión artística, plástica, así se le antojaba, que Osmond tenía de la inocencia de Pansy, ya que su propia apreciación era más ansiosa y de carácter más moral. Sin embargo, se sintió complacida cuando Osmond le dijo unos días después que se lo había comunicado a su hija y que esta había pronunciado un hermoso y pequeño discurso: «Ah, entonces voy a tener una hermana preciosa». No había mostrado sorpresa ni alarma, no se había echado a llorar, como esperaba su padre.

—Tal vez ya lo había adivinado —dijo Isabel.

—No digas eso, no me gustaría creerlo. Pensé que tendría un ligero sobresalto, pero su reacción demuestra que su buena educación es sobresaliente. Eso es también lo que yo deseaba. Lo comprobarás por ti misma: mañana te felicitará en persona.

El encuentro al día siguiente tuvo lugar en la casa de la condesa Gemini, donde Osmond había llevado a su hija al saber que Isabel iba a acudir por la tarde para devolver la visita que aquella le había hecho cuando supo que iban a ser cuñadas. La condesa no había encontrado a Isabel en casa cuando llamó a la puerta de la señora Touchett. Una vez que la joven fue conducida al salón de la condesa, Pansy llegó para decirle que su tía se reuniría con ella en un instante. Pansy estaba pasando el día con la condesa, quien pensaba que la jovencita ya tenía edad para aprender a desenvolverse en sociedad. En opinión

de Isabel, era la muchacha la que podía dar clases de conducta a su tía y nada podía haber justificado mejor esta convicción que el modo en que Pansy se desenvolvió mientras esperaban juntas la llegada de la condesa. La decisión de su padre el año anterior había sido enviarla de nuevo al convento para que sus modales quedaran definitivamente pulidos. La madre Catherine, evidentemente, se había esmerado en hacer realidad la idea de que Pansy debía estar preparada para el gran mundo.

—Papá me ha dicho que ha tenido usted la amabilidad de aceptar casarse con él —dijo la alumna de aquella excelente maestra—. Es maravilloso, creo que encajará muy bien con él.

—Y contigo, ¿crees que encajaré?

—Encajará conmigo estupendamente. Pero lo que quiero decir es que papá y usted harán muy buena pareja. Los dos son tan tranquilos y tan serios... Usted no es tan tranquila como papá, ni tampoco como madame Merle, pero es más tranquila que muchas otras personas. Por ejemplo, a mi padre no le conviene una mujer como mi tía, que siempre está en movimiento y agitada, especialmente hoy; ya lo verá cuando entre. En el convento nos enseñaron que no es correcto juzgar a nuestros mayores, pero imagino que no será malo si los juzgamos favorablemente. Será usted una maravillosa compañera para mi padre.

—Espero que para ti también —dijo Isabel.

—Hablo primero de él a propósito. Ya le he dicho lo que pienso de usted, me gustó desde el primer momento. La admiro tanto que creo que será la mejor de las fortunas poder tenerla siempre delante de mí. Será mi modelo, intentaré imitarla, aunque me temo que no será una imitación muy conseguida. Me alegro mucho por papá, necesitaba algo más aparte de mí. Sin usted no sé cómo habría sido posible. Va a ser mi madrastra, pero no debemos usar esa palabra. Siempre se ha dicho que son crueles, pero estoy segura de que nunca me pellizcará ni me empujará siquiera. No estoy nada asustada.

—Mi querida Pansy, mi pequeña —dijo Isabel con dulzura—, seré siempre buena contigo.

Una visión vaga e incoherente de la pequeña acudiendo algún día en busca de su protección se abrió paso en su mente, haciendo que la recorriese un escalofrío.

—Muy bien, no tengo nada que temer —respondió la niña con un tono de aplicada presteza.

Qué enseñanzas había recibido, parecía sugerir aquella escena, o ¡qué castigos le habían enseñado a temer por no haberlas ejecutado a la perfección!

La descripción que había hecho de su tía no era incorrecta, pues la condesa Gemini parecía menos dispuesta que nunca a plegar las alas. Entró en la habitación alborotando el aire y besó a Isabel primero en la frente y luego en ambas mejillas, como si cumpliera con algún rito antiguo. Condujo a su visita a un sofá y, observándola con distintos giros de la cabeza, comenzó a hablar sin parar, como si estuviera sentada con un pincel en la mano ante un caballete, aplicando una serie de delicados toques a una composición de figuras previamente esbozadas.

—Si esperas que te felicite, te ruego que me disculpes. Supongo que te da igual si lo hago o no; creo que no deben importarte, con lo inteligente que eres, muchas de las cosas corrientes. Pero yo me guardo de decir pequeños embustes; nunca digo uno a no ser que obtenga algo verdaderamente bueno a cambio. No veo qué podría ganar contigo, sobre todo porque no ibas a crearme. No hago declaraciones de fe del mismo modo que no hago flores de papel ni pantallas de lámpara con volantes; no sé cómo se hacen. Seguro que mis pantallas se prenderían y mis rosas y mis embustes acabarían siendo más grandes que la vida. Me alegra mucho que te cases con Osmond por mi propio interés, pero no puedo fingir que me alegre por el tuyo. Eres muy inteligente, así es como todo el mundo habla de ti; eres una heredera y eres guapa y original, en absoluto banal. Es bueno tenerte en la familia. Nuestra familia es muy buena, eso te habrá dicho Osmond; y mi madre era muy distinguida, la llamaban la Corinne americana. Pero hemos caído en una terrible decadencia, en mi opinión, y puede que tú nos levantes. Confío en ti plenamente, hay tantas cosas de las que quiero hablarte. Nunca felicito a una muchacha por casarse; pienso que debería hacerse algo para que el matrimonio no fuera una trampa tan horrible. Imagino que Pansy no debería escuchar estas cosas, pero para eso es para lo que ha acudido a mí, para aprender a comportarse en sociedad. No hay nada malo en que sepa los horrores que tal vez la esperen. Cuando supe por primera vez que mi hermano tenía unos planes que te incluían, pensé en escribirte para recomendarte encarecidamente que no le escucharas. Luego pensé que sería desleal por mi parte, y detesto ese tipo de cosas. Además, como ya he dicho, en lo que a mí respecta estaba encantada y, al fin y al cabo, soy muy egoísta. Por cierto, no me respetarás, ni siquiera un poco, y nunca seremos amigas íntimas. A mí me gustaría, pero a ti no. Algún día, a pesar de todo, seremos mejores amigas de lo que pudieras pensar en un principio. Mi esposo vendrá a visitarte aunque, como probablemente ya sabes, no tiene muy buena relación con Osmond. Le encanta visitar a mujeres hermosas, pero tú no me preocupas. En primer lugar, no me importa lo que haga y, en segundo, a ti no te importará lo más mínimo. No significará nada para ti en ningún momento y, por estúpido que sea, se dará cuenta de que no tiene nada que hacer contigo. Algún día, si puedes soportarlo, te contaré todo acerca de ese hombre. ¿Crees que mi sobrina debería salir de la habitación?

Pansy, ve a practicar un poco en mi tocador.

—Por favor, deje que se quede —dijo Isabel—. Prefiero no oír nada que a Pansy no se le permita oír.

36

Una tarde del otoño de 1876, hacia el anochecer, un hombre joven de agradable presencia llamó a la puerta de un pequeño apartamento en la tercera planta de una vieja casa romana. Cuando le abrieron la puerta, el joven preguntó por madame Merle y la criada, mujer pulcra y no muy agraciada, con rasgos franceses y modales de doncella, le condujo a un salón diminuto y le rogó tuviera a bien decirle su nombre.

—Señor Edward Rosier —dijo el joven, y se sentó a esperar la llegada de su anfitriona.

Quizá el lector no haya olvidado que el señor Rosier era uno de los elementos decorativos del círculo estadounidense de París, aunque también debe recordarse que en ocasiones desaparecía por completo de ese horizonte. Había pasado parte de varios inviernos en Pau y, como era un caballero de costumbres inveteradas, podría haber continuado durante años cumpliendo con su visita anual a ese lugar encantador. Sin embargo, cierto incidente ocurrido en el verano de 1876 no solo cambió sus ideas, sino también sus costumbres de siempre. Pasó un mes en la Alta Engadina y en Saint-Moritz conoció a una joven encantadora. De inmediato, comenzó a prestarle especial atención, ya que vio en ella al ángel del hogar perfecto que llevaba mucho tiempo buscando. El señor Rosier no se precipitaba jamás y era de lo más discreto, por lo que de momento se abstuvo de declarar su pasión. Sin embargo, cuando se despidieron —la joven partía hacia Italia y su admirador debía viajar a Génova, donde había prometido reunirse con unos amigos—, Rosier sintió que románticamente sería un desgraciado si no la volvía a ver. La manera más sencilla de hacerlo era viajar en otoño a Roma, donde la señorita Osmond residía con su familia. Así pues, el señor Rosier emprendió su peregrinaje a la capital italiana, adonde llegó el primero de noviembre. Era una empresa agradable, pero para el joven tenía un elemento de heroísmo. Al no estar habituado, corría el riesgo de exponerse al malsano aire romano, que en noviembre, sobre todo, estaba al acecho. La fortuna, sin embargo, favorece a los valientes, y nuestro aventurero, que ingería tres granos de quinina al día, al cabo de un mes no tenía motivos para deplorar su temeridad. Hasta cierto punto, había hecho buen uso de su tiempo tratando en vano de descubrir algún defecto en la composición de Pansy Osmond. La joven tenía un acabado

perfecto; le habían dado hasta el último toque; era una pieza consumada. Pensaba a menudo en ella en amorosa meditación como habría pensado en la figura de una pastorcilla de porcelana de Dresde. Ciertamente, en el esplendor juvenil de la señorita Osmond había algo de rococó que Rosier, cuyos gustos se inclinaban hacia ese estilo, no podía sino apreciar. Su estima por las obras de períodos comparativamente frívolos se hizo evidente en la atención que dedicó al salón de madame Merle, que, si bien estaba amueblado con elementos de todos los estilos, era especialmente rico en objetos de los dos últimos siglos. De inmediato se colocó una lente en un ojo y, tras mirar a su alrededor, murmuró lleno de admiración: «¡Por Júpiter, qué cosas tan magníficas tiene!». La estancia era pequeña y estaba a rebosar de muebles; producía la impresión de que la seda desvaída y las pequeñas estatuillas se tambalearían ante el más mínimo movimiento. Rosier se puso en pie y recorrió el salón con paso cauteloso, inclinándose sobre las mesas abarrotadas de bagatelas y los almohadones bordados con escudos principescos. Cuando madame Merle entró, se lo encontró de pie ante la chimenea, con la nariz muy cerca del gran lazo de encaje que remataba el paño de damasco que cubría la repisa y que había levantado con delicadeza, como si lo estuviese oliendo.

—Es veneciano antiguo —dijo ella—, bastante bueno.

—Es demasiado bueno para tenerlo aquí; debería usted llevarlo puesto.

—Según me cuentan, usted tiene uno mejor en París y le da el mismo uso.

—Sí, pero yo no podría lucir el mío —dijo el visitante con una sonrisa.

—¡No veo por qué no! Yo tengo encajes mejores que ese para ponerme.

Rosier recorrió de nuevo el salón detenidamente con la mirada.

—Tiene usted algunas cosas muy buenas.

—Sí, pero las odio.

—¿Quiere deshacerse de ellas? —preguntó el joven con prontitud.

—No, es bueno tener algo que odiar: ¡sirve para desahogarse!

—Yo adoro mis cosas —dijo el señor Rosier mientras se sentaba y se sonrojaba por toda aquella sinceridad—. Pero no he venido a hablar con usted de mis cosas, ni tampoco de las suyas. —Guardó silencio un instante y luego continuó con más suavidad—: Me interesa más la señorita Osmond que todos los bibelots de Europa.

—¿Y ha venido para decirme eso? —preguntó madame Merle con los ojos abiertos como platos.

—He venido para pedirle consejo.

La dama lo observó con una expresión amistosa, al tiempo que se acariciaba la barbilla con una amplia y blanca mano.

—Ya sabe que un hombre enamorado nunca pide consejo.

—¿Por qué no iba a hacerlo si se encuentra en una situación complicada? Es lo que suele pasar con un hombre enamorado. He estado enamorado antes y lo sé. Pero nunca tan enamorado como ahora, jamás lo había estado tanto, de verdad. Me gustaría saber en particular qué piensa usted de mis posibilidades. Me temo que para el señor Osmond yo no sea... en fin, una auténtica pieza de coleccionista.

—¿Y desea que yo interceda? —preguntó madame Merle con los elegantes brazos cruzados y levantando la comisura izquierda de la bonita boca.

—Le estaría enormemente agradecido si pudiese decir algo en mi favor. No tiene sentido que yo moleste a la señorita Osmond a menos que cuente con buenas razones para creer que su padre va a dar su consentimiento.

—Es usted muy considerado, y eso habla en su favor. Pero asume un poco a la ligera que yo le considero un buen partido.

—Usted siempre me ha tratado bien, por eso he venido —dijo el joven.

—Siempre trato bien a aquellas personas que tienen buenas piezas de estilo Luis XIV. Son muy difíciles de conseguir hoy día, y su valor es incalculable —dijo madame Merle, subrayando la broma con un gesto de la comisura izquierda de la boca.

A pesar de ello, Rosier dio la impresión de estar francamente asustado y nervioso.

—¡Ah, y yo que pensaba que le gustaba por mí mismo!

—Usted me gusta mucho, pero, por favor, no analicemos eso ahora. Discúlpeme si le parezco condescendiente, pero lo considero un perfecto caballero. Sin embargo, debo decirle que yo no tengo la potestad de casar a Pansy Osmond.

—Nunca he pensado tal cosa, pero me pareció que era usted amiga íntima de la familia y pensé que podría tener alguna influencia.

Madame Merle reflexionó un instante.

—¿A quién considera usted su familia?

—Pues a su padre y a... ¿cómo se dice...?, su belle-mère.

—Ciertamente, el señor Osmond es su padre, pero su esposa apenas puede ser considerada un miembro de la familia. La señora Osmond no tiene ningún predicamento en la boda de Pansy.

—Lo lamento —dijo Rosier con un amistoso suspiro de buena fe—. Creo que la señora Osmond estaría de mi parte.

—Es muy probable, si su marido se opone.

—¿Es que le lleva la contraria a su marido? —preguntó Rosier enarcando las cejas.

—En todo. Piensan de manera completamente distinta.

—Bueno, siento que así sea, pero no es asunto mío —dijo él—. La señora Osmond quiere mucho a Pansy.

—Sí, la quiere mucho.

—Y Pansy le tiene gran afecto. Me ha dicho que la quiere como si fuera su propia madre.

—Ya veo que, después de todo, ha mantenido usted alguna conversación muy íntima con la pobre niña —dijo madame Merle—. ¿Le ha declarado sus sentimientos?

—¡Nunca! —exclamó Rosier, alzando una mano pulcramente enguantada—. No lo haré hasta conocer con seguridad los sentimientos de su familia.

—¿Siempre espera a saber eso? Tiene usted unos principios excelentes, observa las conveniencias.

—Creo que se está burlando de mí —murmuró el joven, echándose hacia atrás en la silla y acariciándose el pequeño bigote—. No me esperaba eso de usted, madame Merle.

Ella negó con la cabeza sin alterarse, como una persona que ve las cosas muy claras.

—Es usted injusto conmigo. Creo que su conducta es de un gusto excelente y la mejor que podría adoptar. Sí, eso es lo que pienso.

—Yo no quiero molestar a Pansy... así sin más. La amo demasiado para hacer algo así —dijo Ned Rosier.

—Después de todo, me alegra que me lo haya contado —prosiguió madame Merle—. Déjelo en mis manos, creo que podré ayudarle.

—¡Sabía que era usted la persona a la que debía acudir! —exclamó el joven con una euforia repentina.

—Ha sido usted muy inteligente —respondió madame Merle de forma más seca—. Cuando digo que podré ayudarle, me refiero a que lo haré en cuanto confirme que su causa vale la pena. Examinemos si es así.

—Soy una persona muy formal, ya lo sabe —dijo Rosier con sinceridad—.

No diré que no tenga defectos, pero sí que carezco de vicios.

—Todo eso es negativo, y siempre depende, también, de lo que la gente considere vicios. ¿Cuál es el lado positivo? ¿Cuál es el virtuoso? ¿Qué tiene usted además de sus encajes españoles y las tazas de té de Dresde?

—Tengo una pequeña y desahogada fortuna: unos cuarenta mil francos al año. Con mi talento para la administración, podríamos vivir espléndidamente con esos ingresos.

—Espléndidamente no, pero sí con suficiencia. Y eso dependerá de dónde vivan.

—Bueno, en París. Mi intención es vivir en París.

La comisura izquierda de la boca de madame Merle se elevó.

—No encontrarían la fama social; tendrían que usar las tazas de té y acabarían por romperse.

—Nosotros no buscamos ser famosos. Bastaría con que todo lo que tuviera la señorita Osmond fuera hermoso. Cuando se es tan hermoso como ella se puede usar... bueno, hasta una faience barata. No debería vestir más que muselinas... sin adorno de flores —dijo Rosier reflexivamente.

—¿Ni siquiera le permitiría los adornos? Pues le quedaría muy agradecida por esa teoría.

—Es la correcta, se lo aseguro. Y estoy convencido de que ella la aceptaría. La señorita Osmond entiende todas estas cosas. Por eso la quiero.

—Es una joven muy buena y muy ordenada, además de extremadamente agraciada. Pero, por lo que sé, su padre no puede darle nada.

Rosier ni se inmutó.

—Y yo no tengo el más mínimo interés en que lo haga. De todos modos, debo señalar que el señor Osmond vive como un rico.

—El dinero es de su esposa, que aportó una gran fortuna.

—Entonces, como la señora Osmond quiere mucho a su hijastra, quizá aporte algo.

—¡Para ser un joven enfermo de amor no se le escapa nada! —exclamó madame Merle con una carcajada.

—Yo estimo mucho una dote. Puedo vivir sin ella, pero la estimo.

—Es probable que la señora Osmond prefiera guardar el dinero para sus propios hijos —continuó madame Merle.

—¿Para sus propios hijos? ¡Si no los tiene!

—Pero aún podría tenerlos. Tuvo un pobre niño que murió hace dos años, seis meses después de nacer. Así que pueden venir otros.

—Espero que los tenga, si han de hacerla feliz. Es una mujer espléndida.

Madame Merle tardó un poco en reaccionar.

—¡Ah! De ella hay mucho que decir, por muy espléndida que le parezca. Pero no hemos llegado exactamente a la conclusión de que sea usted un buen partido. La ausencia de vicios no supone una fuente de ingresos.

—Disculpe, pero yo creo que sí —dijo Rosier con mucha lucidez.

—Formarán ustedes una pareja enternecedora, viviendo de su inocencia.

—Creo que me subestima.

—¿Es que no es usted tan inocente como parece? Hablando en serio —dijo madame Merle—, desde luego que cuarenta mil francos al año y un buen carácter son una combinación digna de tener en cuenta. No diré que sea irresistible, pero podría haber ofertas peores. No obstante, tal vez el señor Osmond piense que puede conseguir algo mejor.

—Puede que él sí, pero ¿y su hija? ¿Qué puede hacer ella que sea mejor que casarse con el hombre al que ama? Porque me ama, ¿sabe usted? —añadió Rosier con vehemencia.

—Sí, lo sé.

—¡Vaya! —exclamó el joven—, sabía que era usted la persona a la que debía acudir.

—Pero no sé cómo puede saber usted que ella lo ama, si no se lo ha preguntado —respondió madame Merle.

—En casos así no hay necesidad de preguntar ni de responder. Como dice usted, somos una pareja inocente. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—¿Yo que no soy inocente? Pues siendo muy astuta. Déjelo de mi cuenta. Yo me encargaré de hacer averiguaciones en su lugar.

Rosier se levantó y alisó el sombrero.

—Lo dice con bastante frialdad. No se limite a averiguar cómo está la situación: trate de que sea la debida.

—Lo haré lo mejor que pueda. Intentaré sacar el máximo partido a sus méritos.

—Se lo agradezco mucho. Mientras tanto, yo hablaré con la señora

Osmond.

—Gardez-vous-en bien! —exclamó madame Merle, poniéndose en pie—. No la mezcle en esto, o lo echará todo a perder.

Rosier examinó el interior de su sombrero, preguntándose si después de todo su anfitriona había sido la persona adecuada a la que acudir.

—Creo que no la entiendo. Soy un viejo amigo de la señora Osmond, y creo que ella querría que yo tuviese éxito.

—Sea todo lo viejo amigo que quiera. Cuantos más viejos amigos tenga mejor para ella, puesto que no se lleva del todo bien con algunos de los nuevos. Pero, por ahora, no trate de que rompa una lanza por usted. Su marido podría ser de otra opinión y, como persona que quiere lo mejor para ella, le aconsejo que no multiplique los puntos de fricción entre ellos.

En el rostro del pobre Rosier apareció una expresión de alarma. Aspirar a la mano de Pansy Osmond era un asunto más complicado de lo que su gusto por hacer las cosas con propiedad había previsto. Pero el extremado buen sentido que ocultaba bajo la apariencia del cuidadoso propietario que hace la «mejor oferta» acudió en su auxilio.

—No veo por qué tengo que tener tan en cuenta al señor Osmond —respondió.

—Cierto, pero a ella sí. Dice que es usted un viejo amigo suyo. ¿Es que quiere hacerla sufrir?

—No, por nada en el mundo.

—Pues, en ese caso, tenga mucho tiento y deje las cosas como están hasta que yo haya sondeado el asunto.

—¿Que deje las cosas como están, querida madame Merle? Recuerde que estoy enamorado.

—¡Venga, no se va a morir por eso! ¿Para qué ha venido a verme si no va a hacer caso de lo que yo le diga?

—Es usted muy amable; me portaré bien —prometió el joven—. Pero me temo que el señor Osmond sea duro de roer —añadió con voz suave mientras se dirigía a la puerta.

—Eso no es nada nuevo —dijo madame Merle tras una breve carcajada—. Pero su mujer tampoco es fácil.

—¡Es una mujer espléndida! —repitió Ned Rosier a modo de despedida.

El joven decidió que su conducta sería la propia de un pretendiente que, como era su caso, era ya un modelo de discreción, pero no vio nada en las

promesas que le había hecho a madame Merle que le impidiese mantener la ilusión mediante alguna visita ocasional a la casa de la señora Osmond. Reflexionó una y otra vez acerca de los consejos de madame Merle, dándole vueltas en la cabeza a la impresión que le había causado el tono un tanto circunspecto de la dama. Había acudido a ella de confianza, como decían en París, pero tal vez se hubiese precipitado. Le costaba pensar en sí mismo como en alguien irreflexivo; muy rara vez se le podría haber reprochado algo así. Pero lo cierto era que solo conocía a madame Merle desde hacía un mes y que, bien pensado, su impresión de que era una mujer encantadora no garantizaba que fuera a estar dispuesta a empujar a Pansy Osmond a sus brazos, por muy preparados que estuviesen estos para recibirla. Se había mostrado sin duda benévola con él, y era una mujer respetada por la familia de la joven, con cuyos miembros mostraba una sorprendente relación (Rosier se había preguntado más de una vez cómo conseguía hacerlo) de ser íntima sin permitirse familiaridades. Pero tal vez él hubiese exagerado tales ventajas. No había ninguna razón en especial por la que madame Merle tuviera que tomarse la molestia de ayudarlo. Una mujer encantadora se muestra así con todo el mundo. Y Rosier se sintió un poco tonto al pensar que se había dirigido a ella empujado por la creencia de que lo había distinguido con un trato especial. Era probable que, aunque aparentemente lo hubiese dicho en broma, solo le apreciara por sus bibelots. ¿Acaso se le había pasado por la cabeza que él le fuera a ofrecer dos o tres de las joyas de su colección? Si le ayudara a casarse con la señorita Osmond, le regalaría todo su museo. No era algo que le pudiese decir abiertamente, ya que parecería un soborno demasiado burdo, pero le gustaría que ella lo creyera.

Con estos pensamientos fue de nuevo a visitar a la señora Osmond a su casa, en la que organizaba reuniones todos los jueves, de modo que su presencia podía interpretarse en términos generales como cuestión de urbanidad. El objeto del afecto tan bien controlado del señor Rosier vivía en una de las casas altas, en pleno corazón de Roma, una estructura oscura y sólida que daba a una piazzetta soleada en el barrio del palacio Farnese. También la pequeña Pansy vivía en un palacio, según los cánones romanos, pero para la mente aprensiva del pobre Rosier semejaba una mazmorra. Le pareció un mal presagio que la joven con la que deseaba casarse, y a cuyo exigente padre dudaba poder convencer, estuviese encarcelada en una especie de fortaleza doméstica, un enorme edificio con un severo y antiguo nombre romano que olía a sucesos históricos, a crimen, intrigas y violencia, que aparecía en la guía Murray y era visitado por turistas que, tras echar una ojeada, parecían decepcionados y deprimidos, y que tenía frescos de Caravaggio en el piano nobile, así como una hilera de estatuas mutiladas y urnas polvorientas en la amplia galería de nobles arcos que sobresalían en el húmedo patio donde una fuente manaba de un nicho musgoso. Podría haberle

hecho mayor justicia al palazzo Roccanera si hubiese tenido el ánimo más tranquilo; podría haber compartido el sentir de la señora Osmond, quien una vez le había contado que cuando ella y su marido se instalaron en Roma escogieron aquella residencia por su afición al color local. Sin duda, al palacio no le faltaba color local, y aunque él sabía menos de arquitectura que de esmaltes de Limoges, era capaz de apreciar que las proporciones de las ventanas, e incluso los detalles de las cornisas, tenían un aire grandioso. Pero a Rosier le atormentaba la convicción de que en los tiempos pintorescos de la ciudad se encerraba allí a las jóvenes muchachas para mantenerlas alejadas de sus amores verdaderos, y que luego, ante la amenaza de ser enviadas a conventos, se veían obligadas a contraer matrimonios impíos. Había un aspecto, no obstante, al que siempre hacía justicia cuando se encontraba en los salones cálidos y ricamente amueblados de la señora Osmond, situados en la segunda planta. Reconocía que aquellas personas tenían «cosas buenas». Se debía al gusto del señor Osmond, no al de ella. Así se lo había comentado la señora Osmond la primera vez que acudió a la casa, cuando, tras preguntarse durante un cuarto de hora si su «estilo francés» era mejor que el que él tenía en París, tuvo que admitir que en efecto así era, que tenían cosas mucho mejores, y finalmente venció su envidia, como se espera de un caballero, hasta el punto de expresarle a su anfitriona la auténtica admiración que le despertaban sus tesoros. Supo por la señora Osmond que su esposo había reunido una gran colección antes de su matrimonio y que, aunque había añadido varias piezas de calidad durante los últimos tres años, sus mejores hallazgos correspondían a la época en la que el hombre había carecido de la ventaja de su consejo. Rosier interpretó esta información según sus propios principios. Se dijo a sí mismo que «consejo» significaba «dinero»; y el que Gilbert Osmond hubiese logrado sus mejores piezas durante la época en que carecía de dinero confirmaba su teoría más preciada: que un coleccionista puede ser pobre siempre que sea paciente. Por lo general, cuando Rosier se presentaba allí los jueves por la noche, su atención se centraba en primer lugar en las paredes del salón, donde había tres o cuatro objetos que sus ojos siempre buscaban con anhelo. Pero, tras su conversación con madame Merle, había comprendido la extrema gravedad de su situación; y ahora, al entrar, miró a su alrededor buscando a la hija de la casa con tanta avidez como se podía permitir un caballero cuya sonrisa, mientras cruzaba el umbral, daba por supuestas todas las comodidades domésticas.

Pansy no se encontraba en la primera de las habitaciones, una amplia

estancia de techo cóncavo y paredes recubiertas de antiguo damasco rojo. Era aquí donde solía sentarse la señora Osmond, aunque esa noche no se encontrara en su lugar habitual, rodeada por el círculo de sus amistades más íntimas en torno a la chimenea. La habitación, que resplandecía con una luz tamizada y difusa, contenía los objetos de mayor tamaño y casi siempre desprendía un aroma a flores. Pansy debía de estar en la siguiente estancia, destinada a los más jóvenes, en la que se servía el té. Osmond estaba de pie frente a la chimenea, con las manos a la espalda; tenía un pie levantado y estaba calentándose la suela. A su alrededor una media docena de personas hablaban entre sí, pero él no se sumaba a la conversación. En sus ojos tenía aquella expresión, bastante habitual en él, de parecer contemplar objetos más dignos de su interés que los que le ofrecían las simples apariencias. Rosier, que entró sin que lo anunciaran, no captó la atención de Osmond, pero el joven, que era muy puntilloso, si bien era más consciente que nunca de que había venido a ver a su esposa y no a él, se acercó a estrecharle la mano. Osmond le tendió la mano izquierda sin cambiar de postura.

—¿Cómo está usted? Mi esposa debe de andar por aquí.

—No tema, ya la encontraré —respondió Rosier alegremente.

Sin embargo, Osmond lo retuvo; nunca en su vida se había sentido el joven examinado con tanto detenimiento. «Madame Merle se lo ha contado y no le agrada», razonó para sus adentros. Había esperado que madame Merle estuviera allí, pero no la veía. Quizá se hallase en alguna de las otras estancias, o tal vez apareciese más tarde. Nunca le había caído especialmente bien Gilbert Osmond, ya que tenía la impresión de que se daba demasiados aires. Pero Rosier no era un hombre fácil de irritar y, por lo que respecta a la cortesía, se sentía impulsado a hacer siempre lo más correcto. Miró a su alrededor y sonrió, todo ello sin aparente esfuerzo, y dijo al fin:

—Hoy he visto una pieza preciosa de porcelana de Capo di Monte.

Osmond no respondió al principio.

—Me importa un bledo la porcelana de Capo di Monte —dijo al fin sin dejar de calentarse la suela de la bota.

—Espero que no esté usted perdiendo el interés...

—¿El interés por cacharros y platos viejos? Pues sí, lo estoy perdiendo.

Por un instante, Rosier olvidó su delicada situación.

—¿No estará usted pensando en deshacerse de... de una o dos piezas?

—No, no estoy pensando en deshacerme de nada en absoluto, señor Rosier —dijo Osmond, con los ojos fijos aún en los de su visitante.

—Ah, lo que quiere usted es conservar, no añadir —recalcó Rosier con animación.

—Exactamente, no tengo nada que desee emparejar.

El pobre Rosier se dio cuenta de que se había sonrojado y se sintió disgustado por aquella muestra de falta de confianza en sí mismo.

—Ah, bueno, pues yo sí —fue todo cuanto logró murmurar, consciente de que su murmullo resultó parcialmente inaudible al darse la vuelta.

Se encaminó a la estancia contigua y se encontró con la señora Osmond, que en ese momento traspasaba el umbral. Iba vestida de terciopelo negro; tenía un aire elegante y espléndido, tal como había dicho antes y, al mismo tiempo, ¡ah, tan radiante de dulzura! Ya sabemos lo que el señor Rosier pensaba de ella y los términos en los que le había expresado su admiración a madame Merle. Al igual que el aprecio que sentía por su querida hija adoptiva, el sentimiento de Rosier se basaba en parte en su gusto por lo decorativo, en su instinto por lo auténtico, pero también en su capacidad para apreciar valores sin catalogar, el secreto de un «lustre» más allá de cualquier pérdida o redescubrimiento registrado, y que su devoción por los materiales frágiles aún no le impedía reconocer. La señora Osmond, en el momento actual, habría satisfecho por completo tales gustos. La huella del paso de los años tan solo la enriquecía; la flor de su juventud no se había marchitado, tan solo se mantenía con mayor serenidad en lo alto del tallo. Había perdido un poco de aquella vehemencia pronta que su esposo había lamentado en privado; ahora tenía más bien aspecto de saber esperar. En cualquier caso, en ese momento, enmarcada en el dorado umbral, a nuestro joven caballero le pareció el vivo retrato de una distinguida dama.

—Como puede ver, soy bastante asiduo —comentó Rosier—. Pero, si yo no lo fuese ¿quién lo iba a ser?

—Sí, le conozco a usted desde hace más tiempo que a ninguno de los presentes. Pero no debemos caer en dulces remembranzas. Quiero presentarle a una joven.

—Por supuesto, ¿de quién se trata?

Rosier se mostraba inmensamente solícito, pero no era a esto a lo que había venido.

—La joven del vestido rosa que está sentada junto a la chimenea. No tiene con quién hablar.

Rosier dudó por un instante.

—¿No puede hablar con ella el señor Osmond? Está a menos de dos metros.

La señora Osmond también titubeó.

—No es muy animada y a él no le gustan las personas insulsas.

—¿Y sí que es buena para mí? ¡Vaya, eso es duro!

—Lo único que digo es que usted tiene conversación de sobra para los dos. Y además es muy atento.

—Su marido también lo es.

—No... conmigo no —dijo la señora Osmond con una vaga sonrisa.

—Eso es señal de que debería serlo el doble con otras mujeres.

—Eso es lo que yo le digo —respondió ella sin dejar de sonreír.

—Verá... es que me apetece una taza de té —continuó Rosier, y dirigió una mirada melancólica a lo lejos.

—Perfecto. Vaya y ofrézcale también una taza a mi joven dama.

—Muy bien, pero después la abandonaré a su suerte. Lo cierto es que me muero de ganas por hablar un rato con la señorita Osmond.

—¡Ah!, en eso no puedo ayudarle —dijo Isabel dándose la vuelta.

Cinco minutos más tarde, mientras le ofrecía una taza de té a la damisela de rosa, a la que había conducido al otro salón, Rosier se preguntaba si al hacerle la confidencia a la señora Osmond que acabo de narrar no habría roto el espíritu de su promesa a madame Merle. Una cuestión de esta índole podría ocupar los pensamientos del joven durante largo rato. Al fin, no obstante, se decidió, en términos relativos, por una salida audaz: le daban igual las promesas que pudiera haber roto. El destino que le había augurado a la damisela de rosa al final no fue tan terrible, ya que Pansy Osmond, que le había servido el té para su acompañante (a Pansy siempre le gustaba preparar el té), se acercó al rato para hablar con ella. Edward Rosier participó poco en aquel coloquio ligero; se quedó sentado cerca con aire cariacontecido, sin apartar la vista de su pequeña amada. Si la examinamos ahora a través de los ojos del joven, al principio no veremos mucho que nos recuerde a aquella niña obediente que tres años atrás, en Florencia, daba pequeños paseos por el Cascine mientras su padre y la señorita Archer hablaban de asuntos reservados a los mayores. Pero, al momento, nos daremos cuenta de que si bien Pansy, a los diecinueve años, se ha convertido en una joven dama, en realidad no está a la altura de las circunstancias; que aunque se haya transformado en una bella muchacha, carece hasta un grado deplorable de esa cualidad tan apreciada en la apariencia de las mujeres que se conoce como estilo; y que si bien viste con gran frescura, lleva su elegante atuendo con evidente aire de estar preservándolo, casi como si se lo hubiesen prestado para la ocasión. Parecería

que Edward Rosier es de la clase de hombres que advierten estos defectos, y de hecho no había ni una sola cualidad de esta joven, de cualquier tipo, de la que él no fuera consciente. Lo que ocurre es que a dichas cualidades les ponía sus propios calificativos, algunos de ellos bastante alegremente. «No, es única... es absolutamente única», solía decirse. Y podemos estar seguros de que ni por un solo instante habría reconocido en público que carecía de estilo. ¿Estilo? Pues claro, Pansy tenía el estilo de una princesita; quien no lo viese es que no tenía ojos. No era un estilo moderno, ni estudiado, pasaría desapercibido en Broadway; la pequeña y seria damisela, con su vestidito almidonado, parecía una infanta de Velázquez. Esto era suficiente para Edward Rosier, quien la encontraba deliciosamente pasada de moda. Sus ojos anhelantes, sus labios encantadores, su cuerpo diminuto, eran tan conmovedores como una plegaria infantil. El joven sentía ahora un intenso deseo de saber hasta qué punto le gustaba a ella, deseo que le hacía removerse en la silla. Notaba un calor tan grande que se veía obligado a enjugarse la frente con el pañuelo; jamás se había encontrado tan incómodo. Ella era una perfecta *jeune fille*, y una *jeune fille* no se le podía hacer la pregunta pertinente que arrojaría luz sobre semejante cuestión. Una *jeune fille* era lo que Rosier había soñado toda la vida, una *jeune fille* que además no fuera francesa, pues le parecía que dicha nacionalidad complicaría las cosas. Estaba seguro de que Pansy nunca había mirado un periódico y de que, en el caso de las novelas, lo máximo que habría leído sería a sir Walter Scott. Una *jeune fille* estadounidense... ¿qué podía haber mejor que eso? Sería sincera y alegre y, no obstante, nunca habría vuelto a casa sola, ni habría recibido cartas de hombres, ni tampoco la habrían llevado al teatro a ver comedias de costumbres. Rosier era consciente de que, tal como estaban las cosas, sería una falta de hospitalidad dirigirse directamente a aquella criatura carente de sofisticación, pero en aquel instante corría el peligro inminente de preguntarse si la hospitalidad era lo más sagrado que había en el mundo. ¿Acaso no era infinitamente más importante el sentimiento que albergaba hacia la señorita Osmond? Para él sí, desde luego... pero probablemente no fuera así para el señor de la casa. Aun así, le quedaba el consuelo de que, aunque madame Merle hubiese puesto a Osmond en guardia, dicho caballero no haría la advertencia extensiva a Pansy; no habría formado parte de su estrategia advertirla de que un atractivo joven estaba enamorado de ella. Pero el atractivo joven estaba enamorado de ella, y todas aquellas circunstancias tan restrictivas habían terminado por irritarle. ¿Qué había querido indicar Gilbert Osmond al ofrecerle dos dedos de la mano izquierda? Si Osmond era grosero, estaba claro que él por su parte podía mostrarse audaz. Se sintió extremadamente audaz después de que la aburrida joven inútilmente disfrazada de rosa hubiese respondido a la llamada de su madre, quien entró a decirle, al tiempo que dedicaba a Rosier una tonta sonrisa llena de sobreentendidos, que debía

acompañarla a cosechar otros triunfos. Madre e hija se habían marchado juntas, y ahora dependía solo de él quedar prácticamente a solas con Pansy. Nunca antes se había encontrado a solas con ella, jamás había estado a solas con una jeune fille. Era un gran momento. El pobre Rosier comenzó de nuevo a enjugarse la frente. Había otra estancia contigua a aquella en la que se encontraban, un saloncito abierto e iluminado que, al no ser numerosa la concurrencia, había permanecido vacío toda la velada. Seguía vacío en ese momento. Estaba tapizado de amarillo pálido, y había lámparas encendidas; a través de la puerta se le antojaba el templo mismo del amor autorizado. Rosier contempló un momento la estancia a través de dicha apertura; tenía miedo de que Pansy saliese corriendo y casi se sentía capaz de alargar la mano para retenerla. Pero Pansy continuaba en el mismo sitio en que la otra doncella les había dejado, sin hacer ademán de unirse al grupo de invitados que había en el lado opuesto del salón. Por un momento a Rosier se le ocurrió que quizá estuviese asustada, demasiado asustada para moverse, pero una segunda mirada le convenció de que no era así, y entonces pensó que Pansy era demasiado inocente para sentir temor. Al cabo de un rato de duda suprema, le preguntó si le permitía ir a ver el salón amarillo, que resultaba tan atractivo como virginal. Ya había estado allí con Osmond para ver los muebles franceses estilo Primer Imperio, sobre todo para admirar el reloj (que en realidad no le produjo admiración alguna), una enorme estructura clásica del mismo período. Por eso tuvo la impresión de que estaba iniciando una maniobra.

—Por supuesto que puede ir —dijo Pansy—, y se lo puedo enseñar, si quiere.

No estaba en absoluto asustada.

—Eso es precisamente lo que esperaba que me dijera, es usted muy amable —murmuró Rosier.

Entraron juntos. En realidad a Rosier la estancia le parecía muy fea y daba la impresión de ser fría. Pansy parecía pensar del mismo modo.

—No está hecha para noches de invierno, es más bien para el verano —explicó—. Está decorada al gusto de papá, que tiene mucho.

Desde luego que tenía mucho gusto, pensó Rosier, pero a veces muy malo. Miró a su alrededor. No se le ocurría qué decir en una situación semejante.

—¿No le preocupa a la señora Osmond la decoración de sus salones? ¿Es que acaso no tiene gusto? —preguntó.

—Claro que sí, tiene muchísimo; pero prefiere la literatura —respondió Pansy—, y la conversación. Aunque a papá también le gustan estas cosas. Creo que él lo sabe todo.

Rosier permaneció en silencio un instante.

—Hay una cosa que estoy seguro que sabe —dijo de pronto—. Sabe que cuando vengo aquí, con todos mis respetos hacia él y hacia la señora Osmond, que es tan encantadora, en realidad vengo a verla a usted —concluyó el joven.

—¿A verme a mí? —preguntó, y Pansy alzó unos ojos en los que se leía una vaga preocupación.

—A verla a usted, para eso vengo —repitió Rosier, sintiendo la embriaguez de infringir la autoridad.

Pansy se quedó mirándolo fijamente con expresión decidida y abierta; no necesitaba ruborizarse para que su rostro tuviese un aire más recatado.

—Imaginaba que era por eso.

—¿Y no le resultaba desagradable?

—No sabría decirle; yo no estaba enterada. Usted nunca me lo había dicho —dijo Pansy.

—Me daba miedo ofenderla.

—Usted no me ofende —murmuró la joven, sonriendo como si un ángel la hubiera besado.

—Entonces, ¿yo le gusto, Pansy? —preguntó Rosier con mucha dulzura, sintiéndose muy feliz.

—Sí... me gusta.

Se habían acercado hasta la chimenea sobre la que colgaba el enorme y frío reloj Primer Imperio; estaban al fondo del salón y ya no eran visibles desde fuera. El tono con que ella había dicho aquellas tres palabras le parecía a Rosier el aliento mismo de la naturaleza, y la única respuesta posible era tomarle la mano y mantenerla sujeta un momento. Luego se la llevó a los labios. Ella consintió, todavía con aquella sonrisa pura y confiada en la que había algo inefablemente pasivo. A ella le gustaba, le había gustado desde siempre... ¡ahora cualquier cosa podía pasar! Estaba preparada, siempre lo había estado, esperando a que él hablara. Si no lo hubiera hecho, habría esperado toda la vida; pero al oír pronunciar la palabra, cayó como un melocotón cuando se sacude el árbol. Rosier pensó que si la atraía hacia él y la estrechaba contra su corazón, ella cedería sin un murmullo, se recostaría en él sin hacer una sola pregunta. Es cierto que eso constituiría un temerario experimento en un salottino amarillo estilo Imperio. Pansy se había dado cuenta de que iba allí por ella y, aun así, ¡se había comportado como una perfecta y auténtica dama!

—Me es usted muy querida —murmuró el joven, intentando creer que

después de todo existía algo como la hospitalidad.

Ella observó un momento el punto de la mano donde la había besado.

—¿Dice usted que papá lo sabe?

—Usted me acaba de decir que lo sabe todo.

—Creo que tendría usted que asegurarse —dijo Pansy.

—Sí, querida mía, en cuanto esté seguro de usted —susurró Rosier a su oído, tras lo cual ella se dirigió a las otras estancias con una expresión resuelta que parecía indicar que la consulta debía ser inmediata.

Mientras tanto, en las otras habitaciones se había hecho evidente la llegada de madame Merle, quien, dondequiera que fuese, siempre causaba sensación al entrar. Ni el más atento de los espectadores sabría explicar cómo lo lograba, pues ni levantaba la voz, ni se reía profusamente, ni se movía con rapidez, ni se vestía con esplendor, ni se dirigía de una forma especial a los demás. Alta, rubia, sonriente, serena, había algo en aquella tranquilidad suya que parecía emanar de su persona, y cuando la gente se giraba a mirar era porque de repente reinaba la quietud. En la ocasión que nos ocupa había hecho todo lo posible por pasar desapercibida: tras abrazar a la señora Osmond, lo cual sí fue llamativo, se había sentado en un pequeño sofá para conversar a solas con el señor de la casa. Hubo entre los dos un breve intercambio de lugares comunes (si estaban en público siempre rendían tributo formal al tópico), y luego madame Merle, que no dejaba de pasear la mirada a su alrededor, preguntó si el joven señor Rosier había acudido aquella noche.

—Llegó hace casi una hora, pero ha desaparecido —respondió Osmond.

—¿Y dónde está Pansy?

—En el otro salón. Hay varias personas allí.

—Seguramente Rosier se encuentre entre ellos —dijo madame Merle.

—¿Es que desea usted verlo? —preguntó Osmond, utilizando un tono neutro un tanto provocativo.

Madame Merle lo observó un instante; conocía al dedillo cada uno de sus tonos.

—Sí, me gustaría decirle que ya le he dicho lo que él quería, y que usted ha mostrado interés, aunque no en exceso.

—No le diga eso. Trataré de que me muestre más interesado... que es precisamente lo que yo no quiero. Dígame que detesto su propuesta.

—Pero usted no la detesta.

—Eso no importa. Tampoco me encanta. Ya se lo he dado a entender yo mismo esta noche. Me he mostrado grosero con él a propósito. Estas cosas son un fastidio. No hay prisa alguna.

—Le diré que se va a tomar usted un tiempo para pensarlo.

—No, no lo haga. Seguirá insistiendo.

—Si lo desanimo, hará lo mismo.

—Sí, pero en el primer caso intentará hablar y explicarse, lo cual sería de lo más tedioso. En el otro, probablemente se muerda la lengua y opte por iniciar una maniobra más sibilina. Así podré estar tranquilo. Odio hablar con un asno.

—¿Así es como califica al pobre señor Rosier?

—Es un auténtico incordio... siempre a vueltas con la dichosa mayólica.

Madame Merle bajó la mirada y esbozó una leve sonrisa.

—Es un caballero, tiene un carácter encantador y, al fin y al cabo, ¡una renta de cuarenta mil francos!

—Eso es una miseria... «decente», pero una miseria —dijo Osmond de forma brusca—. No es lo que yo he soñado para Pansy.

—Está bien. Él me ha prometido no hablar con Pansy.

—¿Y usted le cree? —preguntó Osmond con aire distraído.

—Claro que sí. Pansy ha estado pensando mucho en él, pero imagino que para usted eso carece de importancia.

—Para mí no tiene ni la más mínima; pero tampoco creo que Pansy haya pensado en él.

—Es más cómodo creer eso —dijo madame Merle con voz tranquila.

—¿Es que le ha dicho que está enamorada de él?

—¿Por quién la toma? ¿Y por quién me toma a mí? —añadió madame Merle tras un instante.

Osmond había levantado el pie y ahora apoyaba el delgado tobillo en la otra rodilla, sujetándolo con la mano en un gesto habitual (podía rodearlo por completo entre el pulgar y el largo y delicado índice), y durante un rato pareció tener la mirada perdida.

—Este asunto no me pilla desprevenido. Para esto precisamente la he educado. Todo ha sido con este fin, para que cuando llegue el momento ella haga lo que yo estime más conveniente.

—No dudo que eso sea lo que haga.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—No veo problema alguno. Pero, de todos modos, le recomiendo que no se deshaga del señor Rosier. Téngalo a mano, podría serle útil.

—No puedo conservarlo. Hágalo usted.

—Muy bien, lo pondré en un rincón y le daré su ración diaria.

Durante la mayor parte de la conversación madame Merle había estado mirando a su alrededor. Era lo que solía hacer en situaciones así, como también lo era interrumpir su charla con frecuentes pausas vacías de expresión. Un prolongado silencio siguió a las últimas palabras que he citado. Y antes de ponerle fin, madame Merle vio a Pansy entrar desde el salón contiguo, seguida de Edward Rosier. La joven avanzó unos pasos y luego se detuvo, mirando a madame Merle y a su padre.

—Ya ha hablado con ella —le dijo madame Merle a Osmond.

Su interlocutor ni siquiera giró la cabeza.

—Para que se fíe usted de sus promesas. Merecería que le azotasen.

—Tiene intención de confesar. ¡Pobre muchacho!

Osmond se levantó, no sin antes dirigir una mirada penetrante a su hija.

—No importa —murmuró mientras se daba la vuelta.

Un instante después, Pansy se acercó a madame Merle con su habitual actitud de cortesía carente de familiaridades. La manera en que la dama la recibió no fue más íntima: se limitó a dirigirle una sonrisa amistosa mientras se levantaba del sofá.

—Ha llegado usted muy tarde —dijo aquella joven criatura con suavidad.

—Mi querida niña, nunca llego más tarde de lo que pretendo.

Madame Merle no se había puesto en pie por cortesía hacia Pansy; se dirigía al encuentro de Edward Rosier. Él se acercó a su vez y le susurró muy deprisa, como si quisiera quitarse aquel peso de su alma cuanto antes:

—He hablado con ella.

—Lo sé, señor Rosier.

—¿Se lo ha dicho ella?

—Sí, me lo ha dicho. Compórtese como es debido el resto de la velada y venga a verme mañana a las cinco y cuarto.

Habló con severidad, y en la forma en que le dio la espalda hubo un punto

de desprecio que hizo que el joven masculase una imprecación decorosa.

Rosier no tenía la menor intención de hablar con Osmond; no eran la ocasión ni el lugar propicios. Pero de forma instintiva se fue acercando a Isabel, que estaba sentada hablando con una anciana señora. El joven tomó asiento al otro lado; la anciana era italiana y Rosier dio por hecho que no entendería ni una palabra de inglés.

—Hace un momento me dijo que no iba a ayudarme —comenzó a decirle a la señora Osmond—. Quizá cambie de opinión cuando sepa... cuando sepa...

—¿Cuando sepa qué? —preguntó Isabel ante su indecisión.

—Que a ella le parece bien.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Pues... que hemos llegado a un entendimiento.

—Pansy se equivoca por completo —dijo Isabel—. No va a ser posible.

El pobre Rosier la miró medio suplicante, medio furioso; un rubor repentino reveló hasta qué punto se sentía herido.

—Jamás me han tratado de esta forma —dijo—. ¿Qué tienen contra mí? No es esta la forma en que se me trata normalmente. Podría haberme casado ya veinte veces.

—Qué lástima que no lo hiciese. No quiero decir veinte veces, sino solo una, y felizmente —añadió Isabel sonriendo con amabilidad—. No es usted lo suficientemente rico para Pansy.

—A ella le trae sin cuidado el dinero que yo tenga.

—Ya, pero a su padre no.

—¡Eso está claro! ¡Lo ha demostrado de sobra! —exclamó el joven.

Isabel se levantó, alejándose de él y abandonando a la anciana sin mayor ceremonia; y Rosier dedicó los diez minutos siguientes a simular que observaba la colección de miniaturas de Gilbert Osmond, perfectamente ordenadas en una serie de pequeños estuches de terciopelo. Pero miraba sin ver, le ardían las mejillas, estaba completamente ofuscado por el sentimiento de agravio. Era cierto que jamás lo habían tratado de esa forma; no estaba acostumbrado a que pensasen que no era suficientemente bueno. Él sabía lo que valía y se habría echado a reír de no ser tan pernicioso aquella falacia. Buscó de nuevo a Pansy, pero había desaparecido, y su mayor deseo en aquel instante era marcharse de la casa. Pero antes habló de nuevo con Isabel. No le resultaba agradable pensar que acababa de decirle algo muy descortés: era lo único que podría justificar que ahora tuviese una pobre opinión de él.

—Hace un rato me he referido al señor Osmond en términos que no debería haber empleado —comenzó—. Pero espero que tenga usted en cuenta mi situación.

—Ya no recuerdo lo que ha dicho —respondió ella fríamente.

—Ah, se siente ofendida. Ahora sí que no me va a ayudar.

Isabel permaneció en silencio un momento y luego dijo cambiando de tono:

—¡No es que no quiera hacerlo, es que simplemente no puedo!

Su actitud era casi apasionada.

—Si solo pudiera... aunque fuese un poco, nunca más volvería a hablar de su marido salvo para decir que es un ángel.

—El incentivo es grande —contestó Isabel con gravedad... con aire inescrutable, como más tarde lo describiría él para sus adentros; y la mirada que le dirigió, directamente a los ojos, fue asimismo inescrutable. Le hizo recordar en cierta forma que la había conocido siendo casi una niña; sin embargo, resultaba demasiado penetrante para su gusto, y optó por marcharse.

38

Al día siguiente, Rosier fue a visitar a madame Merle y, para su sorpresa, no le fue tan mal como pensaba. No obstante, madame Merle le hizo prometer que no haría nada en tanto no hubiera nada decidido. El señor Osmond había forjado grandes expectativas para su hija; y era muy cierto que, como no tenía intención de darle una dote, tales expectativas se prestaban a la crítica o incluso, si se quería, al ridículo. Pero ella le aconsejaba al señor Rosier que no adoptase esa actitud, ya que, si era paciente, tal vez lograse la felicidad que anhelaba. El señor Osmond no se mostraba favorable a su propósito, pero no sería un milagro que poco a poco fuese cambiando de opinión. Pansy jamás desafiaría a su padre, de eso podía estar seguro, de modo que no se ganaría nada actuando con precipitación. El señor Osmond necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de una oferta que hasta ese momento no había contemplado, y el resultado debía llegar por sí mismo, era inútil tratar de forzarlo. Rosier comentó que su posición sería mientras tanto la más incómoda del mundo, y madame Merle le aseguró que lo sentía por él. Sin embargo, como dijo con acierto, no se podía tener todo lo que uno quería, lección que había aprendido por sí misma. Tampoco valdría la pena que escribiese al señor Osmond, quien le había encargado a ella que así se lo comunicase. El señor

Osmond deseaba aplazar el asunto durante unas semanas y le escribiría cuando tuviese algo que decir que pudiese complacer al señor Rosier.

—No le gusta que haya hablado con Pansy. No le gusta en absoluto —dijo madame Merle.

—Estoy completamente dispuesto a darle ocasión de decírmelo en persona.

—Si hace eso, le dirá más de lo que usted desea escuchar. Durante el próximo mes, vaya a la casa lo menos posible y déjeme el resto a mí.

—¿Lo menos posible? ¿Y quién va a evaluar tal posibilidad?

—Permita que yo lo haga. Vaya los jueves por la noche, cuando va todo el mundo, pero no se presente en ningún otro momento. Y no se preocupe por Pansy. Yo me encargaré de que lo comprenda todo. Es de naturaleza tranquila y se lo tomará con calma.

Edward Rosier sufrió mucho por Pansy, pero hizo lo que le habían aconsejado y esperó al siguiente jueves para regresar al palazzo Roccanera. Había una cena con invitados, de modo que, aunque acudió temprano, la compañía ya era numerosa cuando llegó. Osmond, como de costumbre, estaba en la primera estancia, junto al fuego y mirando de frente a la puerta, por lo que Rosier, para no mostrarse claramente descortés, tuvo que ir y hablar con él.

—Me alegra que sea usted capaz de captar una indirecta —dijo el padre de Pansy, entornando ligeramente sus ojos agudos y perspicaces.

—No he captado ninguna indirecta. Lo que he hecho es recoger un mensaje, o así fue como yo lo entendí.

—¿Que recogió un mensaje? ¿De dónde?

El pobre Rosier tenía la sensación de que le estaban insultando y decidió esperar un momento, preguntándose hasta dónde debía aguantar un verdadero enamorado.

—Madame Merle, por lo que yo entendí, me transmitió un mensaje suyo, dando a entender que usted declinaba darme la oportunidad que yo busco, la oportunidad de explicarle mis intenciones —dijo, vanagloriándose un tanto de sonar tan serio.

—No veo qué tiene que ver madame Merle en todo este asunto. ¿Por qué acudió a ella?

—Para pedirle consejo, nada más. Lo hice porque me pareció que le conocía a usted muy bien.

—No me conoce todo lo bien que ella cree —dijo Osmond.

—Lamento escuchar eso, porque me ha dado una pequeña esperanza.

—Yo valoro en mucho a mi hija —respondió Osmond fijando la vista en el fuego un instante.

—No puede valorarla más de lo que yo lo hago. ¿Acaso no lo demuestro al desear casarme con ella?

—Quiero casarla muy bien —continuó Osmond de una manera impertinente y seca que, en otro estado de ánimo, el pobre Rosier habría admirado.

—Por supuesto, mi intención es que haga un buen matrimonio casándose conmigo. No podría casarse con un hombre que la quiera más o a quien, me atrevo a añadir, ella quiera más.

—No tengo por qué aceptar sus teorías acerca de a quién quiere mi hija —dijo Osmond, levantando la vista con una sonrisa rápida y fría.

—No son teorías. Su hija lo ha dicho.

—A mí no me ha dicho nada —dijo Osmond, inclinándose un poco hacia delante y contemplando la punta de sus botas.

—¡Tengo su promesa, señor! —exclamó Rosier con la acritud de la exasperación.

Como hasta entonces habían hablado en voz baja, la subida de tono atrajo la atención de algunos invitados. Osmond esperó a que la pequeña agitación se disipara.

—Creo que ella no recuerda haber hecho promesa alguna —dijo al cabo de un rato, completamente impasible.

Ambos estaban de pie y de cara al fuego, y tras pronunciar estas últimas palabras, el señor de la casa se giró de nuevo hacia el salón. Antes de que pudiera responder, Rosier advirtió que un caballero desconocido acababa de entrar sin ser anunciado, según la costumbre romana, y se acercaba con intención de presentarse a su anfitrión. Este le sonrió levemente, pero con cierta extrañeza. El visitante tenía un rostro atractivo, con barba larga y rubia, y era, sin duda, inglés.

—Parece que no me reconoce —dijo con una sonrisa más expresiva que la de Osmond.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. No esperaba volver a verle.

Rosier se alejó y fue directamente en busca de Pansy. La buscó, como de costumbre, en el salón contiguo, pero de nuevo se encontró en el camino con la señora Osmond. No saludó a su anfitriona, pues aún se sentía justamente

indignado, y le dijo con cierta crudeza:

—Su marido tiene una sangre fría tremenda.

Isabel le dedicó la misma sonrisa mística que ya le había visto antes.

—No puede esperar que todo el mundo sea igual de ardiente que usted.

—No pretendo ser frío, pero mantengo la calma. ¿Qué le ha estado haciendo a su hija?

—No tengo ni idea.

—¿Es que no le interesa? —preguntó Rosier con la sensación de que ella era igual de irritante.

—¡No! —dijo ella tras una pausa, de forma brusca y con una luz agitada en la mirada que contradecía su respuesta.

—Discúlpeme pero no lo creo. ¿Dónde está la señorita Osmond?

—En el rincón, preparando el té. No la moleste, por favor.

Rosier divisó entonces a su amiga, que los corrillos de invitados interpuestos le habían ocultado. La miró, pero la atención de Pansy estaba centrada por completo en su tarea.

—¿Qué demonios le ha hecho? —volvió a preguntar, implorante—. Su marido me asegura que ella ha renunciado a mí.

—No ha renunciado a usted —dijo Isabel en voz baja y sin mirarle.

—¡Ah, gracias por decírmelo! Ahora la dejaré tranquila el tiempo que usted estime oportuno.

Apenas había terminado de hablar cuando vio que la señora Osmond cambiaba de color y observó que el señor Osmond se acercaba acompañado por el caballero que acababa de llegar. Este parecía un tanto azorado a pesar de su aspecto apuesto y de su evidente desenvoltura en sociedad.

—Isabel, te traigo a un viejo amigo —dijo su esposo.

La cara de la señora Osmond, aunque sonreía, reflejaba cierta inseguridad, al igual que la de su viejo conocido.

—Me alegro mucho de verle, lord Warburton —dijo.

Rosier se dio la vuelta y, ahora que su conversación con Isabel había sido interrumpida, se sintió dispensado de la pequeña promesa que le acababa de hacer. Tuvo la súbita impresión de que la señora Osmond no iba a darse cuenta de lo que él hiciese.

A decir verdad, Isabel dejó de observarlo durante un buen rato. Se había

sobresaltado; no sabía si lo que sentía era placer o dolor. Lord Warburton, no obstante, sí que sabía lo que sentía ahora que estaba cara a cara frente a ella. Aunque sus ojos grises aún conservaban aquella excelente facultad de reflejar un reconocimiento y un testimonio sinceros, parecía más «robusto» que antaño, y más viejo. Y allí estaba él, todo consistencia, todo cordura.

—Imagino que no esperaba verme —dijo—. Acabo de llegar, como quien dice. He llegado esta misma noche. Ya ve que no he perdido tiempo en venir a presentarle mis respetos. Sabía que los jueves recibe usted en casa.

—Fíjate, la fama de tus jueves se ha extendido hasta Inglaterra —le dijo Osmond a su esposa.

—Es muy amable por su parte haber venido tan pronto; nos sentimos muy halagados —dijo Isabel.

—Sí, bueno, sin duda es mejor que quedarse en una de esas horribles posadas —prosiguió Osmond.

—El hotel parece muy bueno, creo que es el mismo en el que le vi a usted hace cuatro años. Fue aquí en Roma donde nos conocimos; ha pasado ya mucho tiempo. ¿Recuerda dónde me despedí de usted? —preguntó su señoría a la anfitriona—. Fue en el Capitolio, en la primera sala.

—Yo mismo lo recuerdo —dijo Osmond—. También estaba allí entonces.

—Sí, le recuerdo a usted allí. Yo me sentía muy triste por marcharme de Roma... tanto que, de alguna manera, la ciudad se convirtió en un recuerdo deprimente y nunca he querido regresar hasta hoy. Pero sabía que estaban viviendo aquí —le dijo a Isabel—, y le aseguro que he pensado mucho en usted. Debe de ser un lugar fantástico para vivir —añadió con una mirada a su alrededor, en la que ella podría haber captado el fantasma borroso de su antiguo pesar.

—Habríamos estado encantados de verle en cualquier momento —observó Osmond con cortesía.

—Muchas gracias. No he salido de Inglaterra desde entonces. Pensaba realmente que mis viajes se habían acabado hasta hace un mes.

—He tenido noticias de usted de vez en cuando —dijo Isabel, que con su capacidad única para tales proezas del interior, se había dado ya cuenta de lo que significaba para ella volver a verlo.

—Espero que no haya oído nada malo. Mi vida ha sido prácticamente una hoja en blanco.

—Como los buenos reinados de la historia —sugirió Osmond.

Dichas esas palabras pareció pensar que sus deberes como anfitrión habían

llegado a su fin, y que los había desempeñado a conciencia. Nada podría haber resultado más adecuado, más amablemente medido, que su cortesía hacia el amigo de su esposa. Era una cortesía puntillosa, explícita, cualquier cosa excepto natural, una deficiencia que lord Warburton, tan natural en todos sus actos, sin duda habría percibido.

—Le dejo con la señora Osmond —añadió—. Tienen ustedes recuerdos de los que no formo parte.

—¡Me temo que sea mucho lo que se pierde! —dijo lord Warburton mientras Osmond se alejaba, en un tono que revelaba quizá una excesiva apreciación de su generosidad. Después, el visitante posó en Isabel una mirada más profunda y consciente, que gradualmente se fue tornando más seria—. Estoy muy contento de verla.

—Es un placer. Es usted muy amable.

—¿Sabe que ha cambiado usted... un poco?

—Sí, he cambiado, pero mucho —dijo Isabel tras un ligero titubeo.

—No para peor, desde luego. Pero, por otra parte, ¿cómo puedo decir que sea para mejor?

—Creo que yo no tendría escrúpulo alguno en decírselo a usted —respondió ella con arrojo.

—Ah, bueno, para mí... ha pasado mucho tiempo. Sería una pena que no se me notase en algo. —Se sentaron, e Isabel le preguntó por sus hermanas y otros asuntos superficiales. Lord Warburton respondía a las preguntas de su anfitriona como si le interesasen, y al cabo de unos minutos ella vio, o creyó ver, que su presión no sería tan feroz como años atrás. El aliento del Tiempo había tocado su corazón, sin enfriarlo, de manera que le había procurado una sensación de reposo. Isabel sintió renacer la estima que habitualmente le despertaba el Tiempo. La actitud de su amigo era la de un hombre satisfecho, que deseaba que la gente, o al menos ella, le viera así—. Debo decirle algo sin más demora —prosiguió—. Ralph Touchett ha venido conmigo.

—¿Ha venido con usted? —preguntó Isabel muy sorprendida.

—Está en el hotel. Se encontraba demasiado cansado para salir y se ha acostado.

—Iré a verlo —dijo ella de inmediato.

—Eso es lo que yo esperaba que hiciera. Tenía la sensación de que no se habían visto mucho desde su boda, que de hecho su relación era un poco... un poco más formal. De ahí mis dudas, fruto de mi torpeza británica.

—Le tengo a Ralph el mismo cariño de siempre —respondió Isabel—.

Pero ¿por qué ha venido a Roma?

La declaración fue tierna, la pregunta un poco ansiosa.

—Porque está realmente mal, señora Osmond.

—Entonces Roma no es el mejor sitio para estar. Me dijo que había decidido abandonar su costumbre de pasar los inviernos fuera y que se quedaría en Inglaterra, dentro de casa, en lo que él llamaba un clima artificial.

—Pobre hombre, no le sienta muy bien lo artificial. Fui a visitarle hace tres semanas a Gardencourt y lo encontré muy enfermo. Ha ido empeorando año tras año, y ya no le quedan fuerzas. ¡Ya ni siquiera fuma! Desde luego que había creado un clima artificial... en la casa hacía tanto calor como en Calcuta. De todos modos, de repente se le metió en la cabeza irse a Sicilia. No me pareció buena idea, tampoco a los médicos ni a ninguno de sus amigos. Su madre, como imagino que ya sabrá, está en Estados Unidos, así que no había nadie para impedirselo. Se había aferrado a la idea de que su salvación estaría en pasar el invierno en Catania. Dijo que podría llevarse sirvientes y muebles para instalarse cómodamente, pero lo cierto es que al final no ha traído nada consigo. Yo quería que al menos viajara por mar, para ahorrarle fatigas, pero me dijo que no soporta el mar y que además deseaba hacer una parada en Roma. Después de oír eso, y a pesar de que todo este asunto me parece una insensatez, decidí acompañarlo. Me comporto igual que... ¿cómo lo llaman ustedes en Estados Unidos...?, que una especie de moderador. Últimamente el pobre Ralph está ya muy moderado. Salimos de Inglaterra hace quince días y desde entonces se encuentra muy mal. No consigue entrar en calor y, cuanto más bajamos al sur, más frío tiene. Le acompaña un criado bastante eficiente, pero me temo que ya es humanamente imposible hacer nada por él. Yo quería que viajara con alguien de fiar, quiero decir, con un médico joven e inteligente; pero no quiso ni oír hablar de eso. Si me permite que se lo diga, creo que la señora Touchett ha elegido el momento más inoportuno para irse a Estados Unidos.

Isabel había escuchado ansiosamente; su rostro reflejaba dolor y asombro.

—Mi tía viaja siempre en las mismas fechas, y no hay nada que le pueda hacer cambiar de planes. En cuanto llega el día, se marcha. Creo que se habría ido aunque Ralph hubiese estado agonizando.

—Algunas veces pienso que está agonizando —dijo lord Warburton.

Isabel se levantó como impulsada por un resorte.

—Ahora mismo voy a verlo.

Lord Warburton la retuvo, un poco desconcertado por el rápido efecto de sus palabras.

—No digo que esté agonizando esta noche. Al contrario, hoy en el tren parecía encontrarse especialmente bien. La idea de nuestra llegada a Roma... le gusta mucho Roma, ya sabe... le ha dado fuerzas. Hace una hora, al darle las buenas noches, me dijo que estaba muy cansado, pero muy feliz. Vaya a verlo por la mañana, solo le pido eso. Él no sabe que he venido aquí. No lo he decidido hasta después de dejarlo, cuando he recordado que me había dicho que usted organizaba una velada, y que era justo hoy jueves. Se me ha ocurrido venir a decirle que Ralph está aquí y que quizá sea mejor no esperar a que él la avise. Creo que me dijo que no le había escrito a usted. —No era necesario que Isabel prometiera actuar de acuerdo con la información brindada por lord Warburton. Su aspecto, allí sentada, era el de un pajarillo al que se le impide echar a volar—. Aparte de que yo quería verla en persona —añadió galante.

—No entiendo el plan de Ralph; me parece una auténtica locura —dijo Isabel—. Me gustaba pensar que se encontraba rodeado por los gruesos muros de Gardencourt.

—Allí estaba completamente solo; los gruesos muros eran su única compañía.

—Usted iba a visitarlo; ha sido muy amable.

—Por Dios bendito, no tenía otra cosa que hacer —dijo lord Warburton.

—Al contrario, nos consta que está usted haciendo grandes cosas. Todo el mundo habla de usted como de un gran estadista y veo constantemente su nombre en el Times, que, por cierto, no parece tenerle mucha estima. Por lo visto, sigue siendo usted tan radical como siempre.

—Ya no me siento así; parece que el mundo se está poniendo de mi parte. Touchett y yo hemos mantenido una especie de debate parlamentario durante todo el viaje desde Londres. Yo le digo que es el último de los tories y él me llama el rey de los godos, pues dice que tengo, hasta en los últimos detalles de mi apariencia, todos los rasgos del bárbaro. Ya ve que todavía hay vida en él.

Isabel tenía muchas preguntas que hacer acerca de Ralph, pero se abstuvo de formularlas. Al día siguiente saldría de dudas por sí misma. Comprendió que lord Warburton se cansaría del asunto en breve; probablemente tenía en mente otros posibles temas de conversación. Cada vez estaba más convencida de que su amigo se había recuperado y, lo que es más importante, lo podía decir sin amargura. Desde hacía mucho tiempo lord Warburton había sido para ella una representación tal de la urgencia, de la insistencia, de algo a lo que había que resistirse y con lo que había que razonar, que su reaparición en un primer momento pareció amenazarla con nuevos problemas. Pero ahora se sentía más tranquila, veía que solo quería mantener una buena relación con

ella, darle a entender que la había perdonado y que no tenía el mal gusto de lanzar acusaciones veladas. Esto no era, desde luego, una forma de venganza. No temía que lord Warburton deseara castigarla exhibiendo su frustración. Fue justa con él al creer que simplemente se le había ocurrido que a ella le interesaría saber que se había resignado. Era la resignación de una personalidad sana y varonil en la que las heridas sentimentales no podían infectarse jamás. La política británica le había curado; Isabel había sabido que sería así. Tuvo un pensamiento lleno de envidia acerca de la suerte de los hombres, quienes siempre son libres de sumergirse en las aguas curativas de la acción. Lord Warburton hablaba desde luego del pasado, pero lo hacía sin segundas intenciones; había llegado incluso a referirse a su anterior encuentro en Roma como un momento muy feliz. Y le dijo que le había interesado mucho recibir noticias de su boda y que era para él un gran placer conocer al señor Osmond, ya que no podía decirse que en aquella anterior ocasión se hubiesen conocido de verdad. No le había escrito en aquel momento fundamental de su vida, pero no se disculpó. Lo único que dio a entender es que eran viejos amigos, amigos íntimos. Y en calidad de amigo íntimo, tras una breve pausa durante la que había mirado sonriente a su alrededor como una persona que se entretiene en una reunión provinciana con una especie de inocente juego de adivinanzas, de repente le dijo:

—Bueno, supongo que ahora es usted muy feliz y todas esas cosas, ¿no?

Isabel respondió con una pronta carcajada. El tono de su observación le pareció de comedia.

—¿Cree usted que si no lo fuera se lo diría?

—Pues no lo sé. No veo por qué no.

—Yo sí. Sin embargo, afortunadamente, soy muy feliz.

—Tiene usted una casa maravillosa.

—Sí, es muy agradable. Pero el mérito no es mío, sino de mi esposo.

—¿Quiere decir que él la ha arreglado?

—Sí, no valía nada cuando llegamos.

—Debe de ser un hombre de gran talento.

—Es un genio de los tapizados —dijo Isabel.

—Hoy en día ese tipo de cosas causan furor. Pero usted debe de tener su propio gusto.

—Disfruto de las cosas cuando ya están hechas, pero no apporto ideas. Nunca soy capaz de proponer nada.

—¿Quiere decir que acepta lo que los demás le proponen?

—Y de muy buen grado, por lo general.

—Es bueno saberlo. Aprovecharé para proponerle alguna cosa.

—Será un placer. No obstante, debo decirle que tengo algo de iniciativa en algunos asuntos menores. Por ejemplo, me gustaría presentarle a algunas de estas personas.

—No se moleste, por favor. Prefiero quedarme aquí sentado. A no ser que se trate de esa señorita del vestido azul. Tiene un rostro encantador.

—¿Se refiere a la que está hablando con el joven de tez sonrosada? Es la hija de mi marido.

—Su marido es un hombre afortunado. ¡Qué señorita tan linda!

—Voy a presentársela.

—Dentro de un momento... será un placer. Me gusta contemplarla desde aquí. —Sin embargo, dejó de mirarla muy pronto. Sus ojos se dirigían todo el tiempo a la señora Osmond—. ¿Sabe que me equivocaba antes al decirle a usted que ha cambiado? —prosiguió—. Después de todo, me parece que sigue siendo la misma.

—Pues a mí me parece que estar casada es un gran cambio —respondió Isabel con leve jovialidad.

—A usted la ha afectado menos que a la mayoría de la gente. Como ve, yo no me he decidido.

—Me sorprende bastante.

—Debería usted entenderlo, señora Osmond. Pero sí que quiero casarme —añadió con sencillez.

—Debería resultarle fácil —dijo Isabel mientras se levantaba, comprendiendo después, con una punzada tal vez demasiado visible, de que no era la persona más adecuada para decir aquello.

Quizá porque había advertido aquella punzada, lord Warburton se abstuvo generosamente de recordarle que ella no había contribuido a facilitar las cosas.

Mientras tanto, Edward Rosier se había sentado en un otomán junto a la mesa del té de Pansy. Al principio intentó hablar con ella de cosas triviales, y ella le preguntó quién era el caballero recién llegado que conversaba con su madrastra.

—Es un lord inglés —contestó Rosier—. No sé nada más.

—Me pregunto si le apetecerá té. A los ingleses les gusta mucho.

—Eso da igual; tengo algo importante que decirle.

—No hable tan alto... le van a oír —dijo Pansy.

—No oirán nada si continúa usted con esa expresión como si lo único que le importase en el mundo es que el agua de la tetera hierva.

—Acabo de llenarla; los criados no saben estar por la labor.

Pansy suspiró, agobiada por el peso de la responsabilidad.

—¿Sabe lo que acaba de decirme su padre? Que no era verdad lo que me dijo usted hace una semana.

—No todo lo que digo es verdad. Las muchachas somos así. Pero con usted sí que hablo en serio.

—Me ha dicho que usted me había olvidado.

—Ah, no, no lo he olvidado —dijo Pansy, mostrando sus bonitos dientes en una sonrisa fija.

—Entonces, ¿todo sigue igual?

—No, no todo sigue igual. Papá ha sido terriblemente severo.

—¿Qué le ha hecho?

—Me preguntó qué me había hecho usted a mí, y se lo conté todo. Entonces me prohibió casarme con usted.

—No tiene por qué hacerle caso.

—Oh, sí, debo hacerlo. No puedo desobedecer a papá.

—¿No puede desobedecerle por alguien que la ama como yo, y a quien usted dice amar?

Pansy levantó la tapa de la tetera y contempló el recipiente un momento; luego dejó caer siete palabras en sus aromáticas profundidades:

—Mi amor por usted es el mismo.

—¿Y de qué me servirá eso?

—Ah —dijo Pansy levantando su mirada dulce y distraída—, eso no lo sé.

—Me decepciona usted —gimió el pobre Rosier.

Ella calló un instante, y le pasó una taza de té a un criado.

—Por favor, no siga hablando.

—¿Es toda la satisfacción que puedo esperar?

—Papá me dijo que no debo hablar con usted.

—¿Y usted me sacrifica así? ¡Esto es demasiado!

—Me gustaría que esperara un poco —dijo la joven con voz temblorosa.

—Por supuesto que esperaré si me ofrece alguna esperanza, pero me cuesta la vida.

—No renunciaré a usted, ¡de ninguna manera! —añadió Pansy.

—Su padre intentará casarla con otra persona.

—Jamás haré algo semejante.

—Entonces, ¿a qué tenemos que esperar?

Pansy volvió a vacilar.

—Hablaré con la señora Osmond y ella nos ayudará.

Así era como se refería generalmente a su madrastra.

—No nos ayudará mucho. Tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De su padre, imagino.

Pansy negó con la cabecita.

—Ella no tiene miedo de nadie. Debemos tener paciencia.

—¡Ah, qué horrible palabra! —se lamentó Rosier.

Estaba profundamente desconcertado. Olvidando las costumbres de la buena sociedad, dejó caer la cabeza entre sus manos y, sujetándola con gracia melancólica, miró fijamente la alfombra. Tras unos instantes se dio cuenta de que había cierto revuelo a su alrededor y, al levantar la vista, vio a Pansy haciendo una reverencia —aquella pequeña reverencia aprendida en el convento— al lord inglés que la señora Osmond le estaba presentando.

Probablemente no sorprenda al lector reflexivo que Ralph Touchett hubiera visto menos a su prima desde que esta se había casado que con anterioridad a dicho acontecimiento, sobre el que él tenía una opinión que no podía esperarse que reafirmara la intimidad entre ambos. Como sabemos, Ralph dijo lo que pensaba y luego guardó silencio, pues Isabel no lo invitó a retomar una conversación que supuso un antes y un después en su relación. Esa conversación había marcado una diferencia: la diferencia que más temía, y no

la que deseaba. No había enfriado la obstinación de la joven por seguir adelante con su compromiso, pero casi había estado a punto de romper su amistad. Entre ellos no volvieron a hacer jamás referencia a la opinión que Ralph tenía de Gilbert Osmond y, al rodear ese tema de un sacrosanto silencio, consiguieron mantener la apariencia de que existía una sinceridad recíproca entre ambos. Pero había una diferencia, como Ralph se decía a menudo, por supuesto que la había. Ella no le había perdonado y nunca lo haría: eso era lo único que Ralph había sacado de todo aquello. Isabel pensaba que lo había perdonado y estaba convencida de que no le había molestado que le dijera esas cosas y, como era tan generosa como orgullosa, esas convicciones representaban para ella una firme certeza. Pero, estuviese justificado o no por el hecho del que se trataba, él prácticamente la había ofendido, y además se trataba de una ofensa del tipo que las mujeres nunca olvidan. En su condición de esposa de Osmond, Isabel nunca podría volver a ser su amiga. Si con esa persona disfrutaba de la felicidad que esperaba, solo podría sentir desprecio por el hombre que de antemano había intentado minar tan grata bendición; y si, por el contrario, la advertencia de él demostrara estar justificada, el juramento hecho por Isabel de que Ralph nunca lo sabría le supondría tal peso sobre su estado de ánimo que terminaría por odiarle. Así de sombría había sido la previsión que había hecho Ralph del futuro durante el primer año de matrimonio de su prima y, si sus reflexiones llegasen a parecer morbosas, hemos de recordar que no gozaba de muy buena salud. Se consoló de la mejor forma que pudo comportándose (como consideró él mismo) con exquisitez cuando asistió a la ceremonia en la que Isabel se unió al señor Osmond, que tuvo lugar en Florencia en el mes de junio. Supo por su madre que en un principio Isabel había pensado celebrar sus esponsales en su tierra natal, pero como su prioridad era la sencillez por encima de todo finalmente había decidido, pese a las múltiples afirmaciones de Osmond de que estaba dispuesto a viajar a donde fuese, que la mejor forma de conseguir su deseo sería que los casara el clérigo más cercano lo antes posible. Así pues, la ceremonia tuvo lugar en la pequeña capilla americana en un día muy caluroso, con la única asistencia de la señora Touchett y su hijo, Pansy Osmond y la condesa Gemini. Tal austeridad en el evento que acabo de mencionar se debió en parte a la ausencia de dos personas que se podría haber supuesto que asistirían y que le habrían otorgado cierto relumbre. Madame Merle había sido invitada pero, ante la imposibilidad de abandonar Roma en esos momentos, mandó una gentil carta excusándose. Henrietta Stackpole no había sido invitada, ya que el viaje desde Estados Unidos que el señor Goodwood había anunciado a Isabel se había visto finalmente frustrado por exigencias de su profesión; pero había enviado una carta, menos gentil que la de madame Merle, dando a entender que, de haber podido cruzar el Atlántico, habría estado presente en la boda no solo como testigo, sino también como crítico. Su

vuelta a Europa tuvo lugar algo más tarde, y Henrietta consiguió mantener una entrevista con Isabel en París durante el otoño, en la que se permitió hacer gala, quizá con demasiada libertad, de ese ingenio crítico suyo. El pobre Osmond, que fue el principal objeto del mismo, protestó con tanta acritud que Henrietta se vio obligada a declarar a Isabel que esta había dado un paso que había interpuesto una barrera entre ambas. «No se trata ni mucho menos de que te hayas casado, sino de que te hayas casado con él», consideró que era su obligación afirmar, con lo que, como se puede ver, estaba mucho más de acuerdo con Ralph Touchett de lo que ella misma creía, aunque sin tantas dudas ni reparos como este. No obstante, Henrietta no parecía haber hecho su segunda visita a Europa en balde, pues justo en el momento en que Osmond dijo solemnemente a Isabel que no tenía más remedio que oponerse a la presencia de esa mujer periodista, e Isabel le contestó que, en su opinión, estaba siendo demasiado duro con ella, apareció en escena el bueno del señor Bantling y propuso que hiciesen un viaje a España. Las crónicas que Henrietta había enviado desde allí eran las más satisfactorias que había publicado hasta la fecha, y había una en particular, escrita en la Alhambra y titulada «Moros a la luz de la luna», que era considerada por todos su obra maestra. Isabel quedó en secreto decepcionada por el hecho de que su marido no fuese capaz de tomarse a la pobre chica en broma. Hasta llegó a preguntarse si su sentido de la diversión, o de lo divertido —que al fin y al cabo constituían su sentido del humor, ¿no?—, no sería por casualidad un tanto defectuoso. Por supuesto, ella misma veía el asunto desde la perspectiva de una persona en cuya felicidad presente no podía hacer mella la conciencia ofendida de Henrietta. Osmond pensaba que la alianza de ambas era una especie de monstruosidad, ya que no veía por ningún lado qué podían tener en común. Para él, la compañera de viajes turísticos del señor Bantling era sencillamente la mujer más vulgar del mundo, así como la más disoluta. Isabel apeló contra esa última parte del veredicto con tanto ardor que él se sorprendió una vez más de lo raros que eran algunos de los gustos de su esposa. Isabel solo lo pudo explicar afirmando que le gustaba conocer gente lo más distinta a ella que fuera posible. «En ese caso, ¿por qué no te haces amiga de la lavandera?», le preguntó Osmond, a lo que Isabel respondió que mucho se temía que la lavandera no tuviese el menor interés en ella. En cambio, Henrietta sí se interesaba mucho.

Ralph no la había visto durante la mayor parte de los dos años que habían seguido a su matrimonio. El invierno que Isabel comenzó a residir en Roma, él lo volvió a pasar en San Remo, donde se le unió su madre en primavera, para después regresar los dos a Inglaterra a inspeccionar lo que estaban haciendo en el banco... una operación que la señora Touchett no consiguió convencer a su hijo de que realizase. Ralph había arrendado la casa en la que vivía en San Remo, una pequeña villa que volvió a ocupar al invierno siguiente, pero a

finales del mes de abril de ese segundo año se trasladó a Roma. Era la primera vez desde su matrimonio que se veía cara a cara con Isabel, algo que por entonces deseaba con todas sus fuerzas. Ella le había escrito de vez en cuando, pero sus cartas no le decían nada de lo que quería saber. Ralph había preguntado a su madre cómo le iba la vida a Isabel, y aquella se había limitado a contestarle que suponía que le iría estupendamente. La imaginación de la señora Touchett no era de las que comulgan con lo que no se ve, y ahora no presumía de intimidad con su sobrina, con la que apenas se trataba. La joven parecía vivir de forma bastante digna, pero la señora Touchett seguía siendo de la opinión de que había hecho un matrimonio desastroso. No encontraba ninguna satisfacción en pensar en la actual situación de Isabel, y estaba convencida de que se trataba de un asunto lamentable. De vez en cuando se encontraba con la condesa Gemini en Florencia, pero siempre intentaba que el contacto fuera lo menor posible, ya que la condesa le recordaba a Osmond, el cual a su vez le hacía pensar en Isabel. Esos días se hablaba menos de la condesa, pero para la señora Touchett eso tampoco auguraba nada bueno, puesto que solo venía a confirmar que se había hablado mucho de ella con anterioridad. Tenía una referencia más directa de Isabel en la persona de madame Merle, pero las relaciones de esta con la señora Touchett habían sufrido un cambio sustancial. La tía de Isabel le había dicho sin rodeos que había jugado un papel muy ingenioso en la boda de aquella, y madame Merle, que nunca discutía con nadie, que parecía pensar que no había nadie que lo mereciera, y que llevaba varios años obrando, como quien dice, el milagro de vivir... con la señora Touchett sin mostrar síntoma alguno de irritación, en esa ocasión adoptó un tono de voz muy elevado y afirmó que se trataba de una acusación contra la que no pensaba rebajarse para defenderse. No obstante, añadió (sin rebajarse) que su comportamiento había sido muy sencillo, que solo había creído lo que había visto con sus propios ojos, y lo que había visto era que Isabel no tenía muchas ganas de casarse y que Osmond (cuyas continuas visitas no significaban nada, sino tan solo que se moría de aburrimiento en lo alto de su colina e iba simplemente para entretenerse) tampoco tenía muchas ganas de complacer a nadie. Isabel se había guardado sus sentimientos para sí, y el viaje a Grecia y Egipto no había sido más que una cortina de humo a ojos de su compañera. Madame Merle aceptó el hecho y no estaba dispuesta a considerarlo escandaloso, pero de ahí a decir que ella hubiera formado parte del mismo, con doblez o sin ella, era una imputación contra la que manifestaba su más enérgica protesta. Sin duda fue como consecuencia de esa actitud de la señora Touchett, y de la herida que infligió a unas costumbres consagradas por tantas deliciosas temporadas, por lo que después de eso madame Merle decidió permanecer durante bastantes meses en Inglaterra, donde su reputación seguía siendo inmaculada. La señora Touchett la había ofendido, y hay cosas que no se pueden perdonar. Pero madame Merle

sufría en silencio, y siempre había algo exquisito en su dignidad.

Como digo, Ralph Touchett quería comprobar las cosas por sí mismo, pero mientras acometía tal empresa volvía a percatarse de lo necio que había sido al poner a su prima sobre aviso. Había jugado mal sus cartas y había perdido la partida. Ni vería ni se enteraría de nada, pues Isabel nunca se quitaría la máscara ante él. Lo que tendría que haber hecho era manifestar que estaba entusiasmado con la unión, y así luego, cuando se viniera todo abajo, como decía el propio Ralph, Isabel podría darse el gusto de decirle que había sido un mentecato. Él habría estado encantado de pasar por un mentecato con tal de enterarse de la verdadera situación de su prima. En esos momentos, sin embargo, ni ella se burlaba de él por sus falacias ni simulaba que su propia confianza hubiese estado justificada; si tenía puesta una máscara, esta le cubría el rostro por completo. Había algo inmutable y mecánico en la serenidad que llevaba pintada sobre ella; para Ralph no era una expresión, sino más bien una representación, incluso un anuncio. Isabel había perdido el hijo que esperaba; era una gran pena, pero de la que ella apenas hablaba, pues sin duda había mucho más que decir sobre el tema de lo que nunca podría decir a Ralph. Además, ya pertenecía al pasado; había ocurrido seis meses antes y ella ya se había despojado de toda señal de luto. Isabel parecía llevar una vida privilegiada, y Ralph había oído decir de ella que ocupaba una «posición fascinante». Observó que Isabel producía la impresión de ser alguien envidiable, y que para mucha gente era un privilegio el hecho de conocerla. Su casa no estaba abierta a todo el mundo, y celebraba una velada una vez por semana a la que no todo el mundo estaba invitado. Vivía con cierta magnificencia, pero tenía que ser miembro de su círculo para advertirlo, pues no había nada ostentoso, criticable, ni tan siquiera admirable, en la vida cotidiana del señor y la señora Osmond. Ralph reconocía en todo eso la mano de él, pues sabía que Isabel no tenía habilidad para producir impresiones estudiadas. Le sorprendió comprobar que su prima mostraba una gran afición al movimiento, la alegría, el trasnochar, a dar largos paseos, a fatigarse; parecía ansiar divertirse, interesarse, incluso aburrirse, hacer nuevas amistades, conocer a personas de las que se hablaba, explorar los alrededores de Roma, entablar relación con algunas de las reliquias más rancias de su vieja sociedad. En todo ello había mucha menos discriminación que en aquel deseo de desarrollo global de sí misma contra el que Ralph solía ejercitar su ingenio en el pasado. Había una especie de violencia en algunos de los impulsos de Isabel, incluso de tosquedad en algunos de sus experimentos, que le resultaban sorprendentes. Hasta le parecía que hablaba, se movía y respiraba más deprisa que antes de casarse. Sin duda Isabel había caído en ciertas exageraciones... ella, que antes se preocupaba tanto por la verdad pura, y mientras que en el pasado le gustaban mucho las discusiones amistosas y el juego intelectual (nunca estaba tan encantadora como cuando, en el cordial ardor de la disputa,

recibía un demoledor golpe argumental en plena cara y lo apartaba de ella como si fuese una pluma), ahora parecía pensar que no había nada con lo que mereciese la pena estar de acuerdo o diferir. Antaño sentía curiosidad, ahora indiferencia; y sin embargo, pese a esa misma indiferencia, Isabel estaba más activa que nunca. Todavía esbelta, y aún más hermosa que antes, su aspecto no presentaba grandes señales de madurez, y había un esmero y un esplendor en su arreglo personal que daba un toque de insolencia a su belleza. Pero algo obsesionaba a la pobre y bondadosa Isabel. Su ágil paso arrastraba una masa de ropajes tras de sí, y su inteligente cabeza sostenía una serie de majestuosos ornamentos. La joven libre y perspicaz se había convertido en otra persona bien distinta, y a quien veía Ralph era a la distinguida dama que se suponía que representaba algo. Ralph se preguntó qué era lo que representaba Isabel, y solo pudo responderse que representaba a Gilbert Osmond. «¡Por Dios, vaya función!», exclamó entonces apesadumbrado, mientras se sumía profundamente en el misterio insondable de las cosas.

Como digo, Ralph reconocía la mano de Osmond a cada momento. Veía que este lo controlaba todo, que ajustaba, regulaba y animaba el estilo de vida de ambos. Osmond estaba en su elemento; por fin tenía material con que trabajar. Siempre pretendía crear un efecto, y sus efectos estaban minuciosamente calculados. No los producía de forma vulgar, pero el motivo era tan vulgar como grande era el arte. Rodear su interior de una especie de odiosa santidad, atormentar a la sociedad haciéndola sentirse excluida, hacer que los demás creyeran que su casa era diferente a cualquier otra, mostrar al mundo con descaro su cínica originalidad; esa era la ingeniosa intención del personaje al que Isabel había atribuido una moral superior. «Trabaja con un material superior —se dijo Ralph—, pues ahora dispone de mayores y más ricos recursos que antes». Ralph se consideraba inteligente, pero nunca lo había sido tanto como cuando se dio cuenta in petto de que, pese a esa apariencia de preocuparse solo por los valores intrínsecos, en realidad Osmond vivía exclusivamente para el mundo. Lejos de ser su amo como fingía, era su humilde servidor, y su éxito dependía del grado de atención que aquel le prestara. Vivía pendiente del mundo de la mañana a la noche, el mundo era tan estúpido que no se daba cuenta de su ardid. Todo lo que hacía Osmond era una pose, tan sutilmente meditada que, a menos que uno estuviese alerta, la confundía con un impulso. Ralph nunca había conocido a nadie cuya vida estuviese tan calculada. Sus gustos, estudios, logros, colecciones, todo tenía un propósito. Su vida en la colina de Florencia había sido durante años una actitud estudiada. Su soledad, su hastío, el amor por su hija, sus buenos y malos modales, eran rasgos de una imagen mental que siempre tenía presente como modelo de impertinencia y mistificación. Su ambición no era complacer al mundo, sino complacerse a sí mismo provocando la curiosidad de aquel, para luego negarse a satisfacerla. Siempre se había sentido importante

embaucando a los demás. Lo más grande que había hecho en la vida por complacerse a sí mismo era casarse con la señorita Archer, aunque en ese caso el crédulo mundo estaba encarnado en cierto modo en la propia Isabel, que había sido embaucada por completo. Por supuesto, Ralph consideró que lo justo era ser coherente, por lo que, una vez abrazado ese credo por el que tanto había sufrido, no podía abandonarlo. He hecho este pequeño esbozo de los artículos de dicho credo por la importancia que pudieron tener en su momento. Pero estaba claro que Ralph tenía mucha habilidad para hacer que los hechos encajasen con su teoría... incluido el de que, durante el mes que pasó en Roma, el marido de la mujer a la que tanto quería no pareció considerarlo en lo más mínimo un enemigo.

Para Gilbert Osmond, Ralph ya no era importante. No era que hubiese pasado a tener la importancia de un amigo, sino que no tenía ninguna en absoluto. Era el primo de Isabel y estaba enfermo de un modo más bien desagradable, y eso era lo único en lo que se basaba Osmond para tratar con él. Le hacía las preguntas pertinentes: se interesaba por su salud y por la señora Touchett, por su opinión sobre los climas invernales y por si estaba cómodo en su hotel. En las pocas ocasiones en que se vieron, nunca le dirigió una palabra que no fuese necesaria, pero su actitud siempre estaba imbuida de la urbanidad de quien se sabe triunfador frente a quien se siente fracasado. Por todo eso, Ralph tuvo hacia el final la aguda intuición de que Osmond no iba a facilitar a su esposa que siguiera recibiendo al señor Touchett. No era que estuviese celoso: no tenía esa excusa, ya que nadie podía sentir celos de Ralph. Pero sí que quería que Isabel pagase por el cariño que siempre le había profesado y del que todavía le quedaba mucho, y, como Ralph no pretendía que Isabel tuviese que pagar demasiado por él, en cuanto su sospecha se hizo más intensa se quitó de en medio. Al hacerlo, privó a Isabel de una ocupación muy interesante: esta no dejaba de preguntarse qué elevado principio era el que mantenía a Ralph con vida. Había decidido que se trataba de su amor por la conversación, que en esos momentos era más ingeniosa que nunca. Ralph había dejado de dar paseos, y ya no era el caminante divertido de antaño. Se pasaba el día sentado en una butaca, casi cualquiera podía servir, y dependía tanto de lo que uno pudiese hacer por él que, de no haber sido su charla tan contemplativa, se podría haber llegado a pensar que era ciego. Como el lector ya sabe más de él de lo que Isabel llegaría a saber jamás, podemos darle la clave del misterio. Lo que mantenía a Ralph con vida era sencillamente el hecho de que todavía no había visto bastante de la persona que más le interesaba del mundo, por lo que todavía no estaba satisfecho. Iban a pasar más cosas, y no se resignaba a perderselas. Quería ver lo que iba a ser de Isabel con su marido, o lo que iba a ser de este con ella. Ese era solo el primer acto del drama, y Ralph estaba decidido a ver la representación hasta el final. Su determinación le había mantenido, le había dado fuerzas para resistir

dieciocho meses más hasta volver a Roma con lord Warburton. De hecho, le había dado tal aire de tener intención de vivir indefinidamente que la señora Touchett, aunque más proclive que nunca a confundirse con respecto a ese extraño hijo suyo que tan pocas alegrías le daba —las mismas que ella a él—, no había tenido el menor reparo, como ya sabemos, en embarcarse rumbo a tierras lejanas. Si a Ralph lo había mantenido vivo el suspense, fue con muy parecida emoción —la ansiedad por saber en qué estado lo encontraría— con la que Isabel subió a verlo a su habitación al día siguiente de que lord Warburton le comunicara que había llegado a Roma.

Pasó una hora con él, en la que fue la primera de varias visitas. Gilbert Osmond iba a verlo con regularidad y, como le enviaban el carruaje, Ralph fue en más de una ocasión al palazzo Roccanera. Transcurrió así una quincena, al término de la cual Ralph anunció a lord Warburton que creía que al final no iría a Sicilia. Los dos habían cenado juntos después de que el segundo hubiese pasado todo el día recorriendo la Campania. Ya se habían levantado de la mesa, y Warburton estaba delante de la chimenea encendiéndose un puro, que de inmediato se quitó de los labios.

—¿Que no vas a ir a Sicilia? ¿Y adónde vas a ir entonces?

—Pues creo que a ningún sitio —contestó Ralph desde el sofá sin el menor rubor.

—¿Quieres decir que te vuelves a Inglaterra?

—No, no, me quedo en Roma.

—Roma no te conviene. Hace demasiado frío.

—Pues me tiene que convenir. Ya me encargaré yo de que me convenga. Mira lo bien que estoy ahora.

Lord Warburton lo contempló durante un momento mientras daba chupadas al puro, como si de verdad intentara comprobar el estado del joven.

—Sin duda estás mejor que durante el viaje. Todavía me pregunto cómo has podido resistirlo. Pero no estoy tan seguro de tu estado, así que te recomiendo que intentes ir a Sicilia.

—No pienso hacerlo —dijo el pobre Ralph—. Ya no puedo seguir intentándolo. No me puedo mover más, ni tengo fuerzas para semejante viaje. ¡Figúrate, yo entre Escila y Caribdis! No quiero morir en las llanuras sicilianas, para que me rapten y me arrastren a las sombras plutonianas, como le ocurrió a Proserpina en ese mismo lugar.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido? —le preguntó su señoría.

—Porque me gustaba la idea, pero ahora veo que no serviría de nada. Ya

da igual donde esté. He agotado todos los remedios y probado todos los climas. Aquí estoy y aquí me quedo. No tengo ninguna prima en Sicilia, y mucho menos una casada.

—Comprendo que tu prima sea un aliciente para quedarte, pero ¿qué dice el médico?

—No se lo he consultado, y además me importa un comino. Si me muero aquí, la señora Osmond se encargará de enterrarme. De todas formas, no voy a morirme aquí.

—Eso espero —dijo lord Warburton mientras seguía fumando con aire pensativo—. Bueno, la verdad es que he de reconocer que me alegro mucho de que no insistas en ir a Sicilia, porque me aterrorizaba tener que hacer ese viaje.

—Pero no tenías por qué preocuparte, dado que no pretendía arrastrarte conmigo.

—No esperarías que te dejase ir solo.

—Mi querido Warburton, nunca he contado con que me acompañaras más allá de Roma —afirmó Ralph.

—Tendría que haberte llevado y dejarte allí instalado —dijo el otro.

—Eres muy buen cristiano y muy amable.

—Y después me habría vuelto aquí.

—Para a continuación irte a Inglaterra.

—No, no, me habría quedado en Roma.

—Pues en ese caso, si es lo que los dos queremos, no veo qué pinta Sicilia en todo esto —dijo Ralph.

Su interlocutor se quedó en silencio mientras contemplaba el fuego, y luego levantó la cabeza para decir de repente:

—Contéstame a una cosa. ¿Querías ir de verdad a Sicilia cuando empezamos el viaje?

—¡Ah!, vous m'en demandez trop! Permíteme que te haga yo otra pregunta primero. ¿Has venido conmigo... de forma platónica?

—No te entiendo. Quería venir al extranjero.

—Vaya, vaya, me parece que los dos teníamos nuestros motivos secretos.

—Habla por ti. Yo nunca he negado que quisiera pasar una temporada aquí.

—Sí, recuerdo que dijiste que querías ver al ministro de Asuntos

Exteriores.

—Y lo he visto tres veces. Es un hombre muy divertido.

—Pero creo que has olvidado a qué viniste en realidad —dijo Ralph.

—Puede que sí —contestó lord Warburton en tono bastante serio. Ambos caballeros, pertenecientes a una raza que no se distingue por su falta de reserva, habían viajado juntos de Londres a Roma sin hacer la menor alusión a las cuestiones que más preocupaban a los dos. Había un viejo asunto del que antes hablaban en alguna ocasión, pero al que parecían haber dejado de prestar la atención requerida, e incluso una vez en Roma, donde muchas cosas apuntaban hacia él, seguían manteniendo el mismo silencio medio receloso, medio confiado—. De todos modos, te recomiendo que le pidas al médico su consentimiento —continuó de pronto lord Warburton tras una pausa.

—El consentimiento del médico lo estropearía todo. Nunca se lo pido si puedo evitarlo.

—¿Y qué opina la señora Osmond? —le preguntó su amigo.

—No se lo he dicho. Supongo que dirá que en Roma hace demasiado frío y hasta se ofrecerá a acompañarme a Catania. Es muy capaz de hacerlo.

—Si yo estuviera en tu lugar, eso me gustaría mucho.

—Pero a su marido no le gustaría nada.

—Sí, ya me lo imagino, pero no creo que te deba importar mucho lo que a él le guste o no. Es asunto suyo.

—No quiero provocar más conflictos entre ellos —dijo Ralph.

—¿Es que ya los hay?

—El terreno está totalmente abonado. Si ella se fuera conmigo la cosa estallaría. A Osmond no le agrada el primo de su esposa.

—Entonces sería normal que le montase algún escándalo. Pero ¿no se lo montará también si te quedas?

—Eso es lo que quiero comprobar. Ya le montó uno la última vez que estuve en Roma, y entonces consideré que mi obligación era desaparecer. Pero ahora creo que mi obligación es quedarme a defenderla.

—Mi querido Touchett, ¡tus poderes defensivos...! —comenzó a decir lord Warburton con una sonrisa, pero entonces vio algo en la expresión del otro que hizo que se contuviese—. Tu obligación, dadas las circunstancias, me parece una cuestión muy delicada —comentó en su lugar.

Durante un breve intervalo Ralph no dijo nada.

—Es cierto que mis poderes defensivos son pequeños —replicó al fin—, pero como los agresivos son aún menores, puede que Osmond no me crea digno de su artillería. De todos modos —añadió—, tengo curiosidad por ver algunas cosas.

—¿Estás sacrificando tu salud por tu curiosidad?

—No me interesa mucho mi salud, mientras que la señora Osmond me interesa muchísimo.

—A mí también. Pero no del modo en que me interesó en su momento —se apresuró a añadir lord Warburton.

Era una de las alusiones que hasta ese momento todavía no había tenido ocasión de hacer.

—¿Te parece que es feliz? —le preguntó Ralph, envalentonado por esa confianza del otro.

—Pues no lo sé, apenas he pensado en ello. La otra noche me dijo que lo era.

—Y, cómo no, te lo dijo precisamente a ti —exclamó Ralph con una sonrisa.

—Tampoco sé por qué. Me veo más como la clase de persona a la que ella iría a lamentarse.

—¿A lamentarse? Ella nunca se lamentará de nada. Ha hecho lo que ha hecho y es muy consciente de ello. Y tú serías la última persona a la que iría a lamentarse de nada. Tiene mucho cuidado para esas cosas.

—Pues no hace falta que lo tenga. No pretendo volver a cortejarla.

—Me alegra oírlo. Así al menos no hay duda de cuál es tu obligación.

—No —dijo lord Warburton muy serio—, ninguna.

—Permíteme una pregunta —prosiguió Ralph—. ¿Es para dejar claro que no quieres volver a cortejarla por lo que te muestras tan atento con la señorita Osmond?

Lord Warburton dio un ligero respingo, tras lo que se levantó y se detuvo ante el fuego, en el que fijó la mirada.

—¿Te parece ridículo?

—¿Ridículo? En absoluto, si de verdad te gusta.

—Creo que es una muchacha deliciosa. No creo que una joven de esa edad me haya agradado tanto nunca.

—Es una criatura encantadora. Ella al menos sí que es auténtica.

—Claro que está la diferencia de edad. Nos llevamos más de veinte años.

—Mi querido Warburton —dijo Ralph—, ¿vas en serio de verdad?

—Totalmente... al menos de momento.

—Me alegro mucho. ¡Santo cielo, qué contento se va a poner el bueno de Osmond! —exclamó Ralph.

Su interlocutor frunció el ceño.

—No lo estropees, por favor. No me declararías a su hija para complacerle a él.

—Pero él tendrá la perversidad de alegrarse de todas formas.

—No me aprecia tanto como para eso —alegó su señoría.

—¿Cómo que no? Mi querido Warburton, el inconveniente de tu posición es que no hace falta que la gente te aprecie en absoluto para que deseen emparentar contigo. Si yo estuviera en tu lugar, siempre tendría la feliz convicción de que todo el mundo me amaba.

Lord Warburton no parecía tener muchas ganas de contemplar los axiomas generales, ya que estaba pensando en un caso en concreto.

—¿Crees que a ella le gustaría?

—¿A la joven? Seguro que le encantaría.

—No, no, me refiero a la señora Osmond.

Ralph lo miró un momento.

—Mi querido amigo, ¿y qué tiene ella que ver?

—Cuanto desee. Aprecia mucho a la joven.

—Cierto, cierto. —Ralph se levantó lentamente—. Es una cuestión muy interesante... ver hasta dónde sería capaz de llegar por el aprecio que siente por Pansy. —Se quedó un instante con las manos en los bolsillos y el ceño bastante sombrío—. Espero que estés... bueno, muy seguro. ¡Demonios! —exclamó—. No sé cómo decirlo.

—Sí que lo sabes. Siempre sabes cómo decir las cosas.

—Es que... resulta embarazoso. Espero que estés seguro de que, entre los méritos de la señorita Osmond, uno de los principales no sea el de estar tan unida a su madrastra...

—¡Por todos los santos, Touchett! —gritó lord Warburton enfadado—. ¿Por quién me tomas?

Isabel no había visto mucho a madame Merle desde que se había casado, ya que la dama se había dado el gusto de ausentarse de Roma con frecuencia. Una de las veces había estado seis meses en Inglaterra, mientras que otra había pasado parte de un invierno en París. También había hecho numerosas visitas a amigos que vivían lejos, con lo cual estaba dando su aprobación tácita a la idea de que, en adelante, sería una romana menos inveterada de lo que lo había sido en el pasado. Como hasta entonces lo había sido únicamente en el sentido de mantener siempre abierto un apartamento en uno de los rincones más soleados de la colina de Pincio, el cual ahora estaba a menudo vacío, parecía bastante probable que su ausencia fuese a ser casi constante, peligro que durante algún tiempo Isabel se había sentido inclinada a lamentar. La familiaridad había modificado hasta cierto punto su primera impresión de madame Merle, pero en esencia no la había alterado, ya que todavía despertaba en ella sorpresa y admiración. La dama era todo un personaje, armada por los cuatro costados. Era un placer ver a alguien tan perfectamente pertrechado para la batalla social. Portaba su estandarte con discreción, pero usaba sus armas, de acero pulido, con una pericia que a Isabel se le antojaba cada vez más propia de una veterana. Nunca se cansaba ni se rendía a la desazón, y nunca parecía necesitar descanso ni consuelo. Tenía sus propias ideas, muchas de las cuales había expuesto en el pasado a Isabel, la cual sabía además que, bajo esa apariencia de riguroso autocontrol, su refinada amiga escondía una profunda sensibilidad. Pero era su voluntad la que regía su vida, y había algo hasta gallardo en la forma en que avanzaba por la misma. Era como si hubiese descubierto su secreto... como si el arte de vivir fuese algún truco que hubiera conseguido adivinar. Isabel, conforme se hacía mayor, iba conociendo los aspectos de la vida más repugnantes, deleznable; había días en que el mundo le parecía muy negro, y se preguntaba con cierta acritud por el sentido de su existencia. Antaño su costumbre había sido vivir con entusiasmo, enamorarse de posibilidades que percibía de repente, o de la idea de experimentar una nueva aventura. De más joven solía pasar de un pequeño momento de exaltación a otro, sin que apenas hubiera intervalos aburridos entre ellos. Sin embargo, madame Merle había suprimido todo entusiasmo y ya no se apasionaba por nada, sino que vivía por completo de acuerdo con lo que le dictaban la razón y la sabiduría. Había momentos en los que Isabel habría dado cualquier cosa por ser instruida en ese arte, y de haber tenido cerca a su brillante amiga así se lo habría pedido. Se había dado cuenta con más claridad que nunca de la ventaja de ser así: de haberse convertido en una superficie sólida, de haberse recubierto de una especie de armadura plateada.

Pero, como digo, no fue hasta el invierno durante el que acabamos de retomar el contacto con nuestra heroína cuando el personaje en cuestión volvió a pasar una larga estancia en Roma. Isabel la veía más de lo que lo había hecho desde su matrimonio, pero para entonces sus necesidades e inclinaciones habían cambiado considerablemente. Ya no habría acudido a madame Merle en busca de instrucción, pues ya no sentía el deseo de conocer el inteligente truco de esa dama. Si tenía problemas, debía guardárselos para sí, y, si la vida era difícil, no lo sería menos por confesarse derrotada. Sin duda madame Merle se prestaba un gran servicio a sí misma y podía adornar cualquier círculo social; pero ¿era —sería— de utilidad para los demás en momentos de delicada confusión? Isabel siempre había pensado que la mejor forma de aprender de su amiga era imitándola, siendo tan firme y brillante como ella. Madame Merle era inasequible a la confusión, e Isabel, tras considerar ese hecho, decidió por enésima vez librarse de las suyas propias. También le pareció, al renovar ese contacto que había estado prácticamente interrumpido durante algún tiempo, que su vieja aliada se comportaba de forma diferente, casi distante, exagerando cierto miedo un tanto artificial a resultar indiscreta. Como sabemos, Ralph Touchett era de la opinión de que madame Merle tenía tendencia a la exageración, a forzar la nota; en términos vulgares, a pasarse de la raya. Isabel nunca había aceptado dicha acusación, y de hecho nunca la había llegado a entender del todo; para ella, el comportamiento de madame Merle siempre portaba el sello del buen gusto, siempre era «discreto». Pero en lo que se refería a la cuestión de no querer entrometerse en la vida íntima de la familia Osmond, nuestra joven terminó por concluir que sí que se pasaba un poco de la raya. Y eso, por supuesto, no era de muy buen gusto, sino que resultaba bastante violento. Madame Merle recordaba con demasiada frecuencia que Isabel estaba casada y que ahora tenía otros intereses; y que aunque ella, madame Merle, conocía a Gilbert Osmond y a la pequeña Pansy muy bien, quizá mejor que nadie, no pertenecía al fin y al cabo a su círculo íntimo. Siempre estaba en guardia y nunca hablaba de los asuntos de los Osmond a menos que se lo pidiesen o casi obligasen, como cuando necesitaban su opinión. Tenía miedo a dar la impresión de que se entrometía en sus vidas. Sabemos que madame Merle era sincera, y un día expresó con toda sinceridad ese miedo a Isabel:

—Tengo que estar en guardia —le dijo—, porque podría ofenderte con mucha facilidad y sin ni siquiera darme cuenta. Tendrías todo el derecho a ofenderte, aunque mis intenciones hubieran sido las más puras. No me olvido de que conozco a tu marido desde mucho antes que tú, y no puedo dejar que eso me traicione. Si fueras una mujer tonta podrías ponerte celosa. Sé perfectamente que no lo eres, pero yo tampoco lo soy, así que estoy decidida a no meterme en líos. No cuesta nada hacer daño, y antes de que uno se dé cuenta ya puede haber cometido un error. Por supuesto, si hubiese querido

tener un romance con tu marido, ya dispuse de diez años para tenerlo y nada que lo impidiera, así que no es muy probable que vaya a empezar ahora, que soy mucho menos atractiva que antes. Pero si te enojara pareciendo querer ocupar un lugar que no me corresponde, no te harías tales reflexiones, sino que sencillamente dirías que me estaba olvidando de ciertas diferencias. Y te aseguro que no estoy dispuesta a olvidarlas. Sin duda una buena amiga está siempre pensando en esas cosas; no solemos sospechar que nuestros amigos estén obrando injustamente. No tengo la menor sospecha de ti, querida mía, pero sí la tengo de la naturaleza humana. No creas que me resulta tan incómodo, porque no estoy siempre vigilándome, como creo que demuestra el hecho de que te esté hablando ahora de este modo. Aun así, lo único que quiero decir es que, si alguna vez llegaras a sentir celos de mí (pues esa sería la forma que adoptarían tus sospechas), yo seguramente pensaría que tendría algo de culpa. Desde luego, no sería culpa de tu marido.

Isabel había tenido tres años para meditar sobre la teoría de la señora Touchett de que madame Merle había arreglado el matrimonio de Osmond. Ya sabemos cómo se lo había tomado al principio. Madame Merle podría haber arreglado el matrimonio de Gilbert Osmond, pero desde luego no el de Isabel Archer. Este había sido obra de... Isabel apenas sabía de qué: de la naturaleza, de la providencia, de la fortuna, del eterno misterio de las cosas. Cierto era que la queja de su tía no se había referido tanto a la actividad de madame Merle como a su duplicidad: ella había propiciado aquel extraño acontecimiento, para luego negar su culpabilidad. Para Isabel dicha culpabilidad no habría sido muy grave, ya que no le parecía un crimen que madame Merle fuese la causante de la amistad más importante que había forjado jamás. Había pensado eso justo antes de su matrimonio, después de aquella pequeña discusión con su tía y en un momento en el que todavía era capaz de registrar sus emociones, casi con el tono de un historiador filosófico, en sus escasos y jóvenes anales. Si madame Merle se había propuesto que cambiase de estado, lo único que podía decir es que había sido una idea muy afortunada. Además, siempre la había tratado con mucha sinceridad, y nunca le había ocultado el gran aprecio que sentía por Gilbert Osmond. Después de su enlace, Isabel descubrió que su marido albergaba un punto de vista menos amable al respecto, y en sus conversaciones rara vez consentía en pasar esa cuenta, la más redonda y suave del rosario social de ambos.

—¿Es que no te gusta madame Merle? —le había preguntado Isabel en una ocasión—. Ella tiene un gran concepto de ti.

—Te lo voy a decir de una vez por todas —respondió Osmond—. Antes me gustaba más que ahora. Estoy cansado de ella, aunque me avergüence decirlo. ¡Es tan buena que casi no parece real! Me alegro de que no esté en Italia, porque así se puede uno relajar, como si fuera una especie de détenté

moral. No hables mucho de ella, no sea que vuelva. Terminará volviendo, pero espero que dentro de mucho tiempo.

De hecho, madame Merle había vuelto antes de que fuera demasiado tarde... es decir, demasiado tarde para recuperar cualquier ventaja que hubiese podido perder. Pero si, tal y como he dicho antes, había cambiado de forma considerable, los sentimientos de Isabel tampoco eran exactamente los mismos. Percibía la situación con la misma agudeza de antes, pero le resultaba mucho menos satisfactoria. Por mucho que pueda echar en falta otras cosas, una mente insatisfecha nunca carece de razones: florecen tan espesas como los ranúnculos en junio. El hecho de que madame Merle hubiese tenido algo que ver en el matrimonio de Gilbert Osmond dejó de ser uno de sus temas de reflexión; al fin y al cabo, podría decirse que no tenía tanto que agradecerle. Conforme transcurría el tiempo cada vez tenía menos, e Isabel llegó a pensar en cierta ocasión que tal vez, de no intervenir madame Merle, nada de aquello habría ocurrido. De inmediato reprimió dicho pensamiento y se horrorizó de haberlo tenido. «Me ocurra lo que me ocurra no debo ser injusta —se dijo—, he de soportar yo misma mi carga y no endosársela a los demás». Esa disposición se vio puesta a prueba al cabo de algún tiempo por aquella ingeniosa disculpa de su conducta presente que madame Merle consideró oportuno darle, y de la que acabo de presentar un esbozo, pues había algo irritante, casi burlón, en esas nítidas distinciones y claras convicciones suyas. Ese día no había nada claro en la mente de Isabel, y en ella se agolpaban confusas lamentaciones y complicados miedos. Se sentía impotente cuando se separó de su amiga después de haberle hecho las afirmaciones que he citado. ¡Qué poco sabía madame Merle de lo que ella estaba pensando! Claro que ni ella misma era capaz de explicarlo. ¿Celos de ella, celos por Gilbert? En esos momentos tal idea le parecía muy irreal. Casi deseó que le hubiera sido posible sentir celos, pues en cierto modo habría sido una forma de alivio. Al fin y al cabo, se suponía que los celos eran uno de los síntomas de ser feliz. Aun así, madame Merle era sabia, tanto que podría haber estado pretendiendo que conocía a Isabel mejor que la propia Isabel. Esta joven siempre había sido muy fecunda a la hora de tomar resoluciones, muchas de ellas de carácter elevado, pero en ningún momento habían florecido en la intimidad de su ser con tanta fertilidad como ese día. Es cierto que todas se parecían bastante, y podrían resumirse en la determinación de que, si había de ser desdichada, no sería por su propia culpa. Su pobre espíritu alado siempre había sentido el gran deseo de obrar lo mejor posible, y hasta el momento nada había logrado desalentarla seriamente. En consecuencia, quería seguir siendo justa y no degradarse con venganzas mezquinas. Relacionar a madame Merle con su decepción sería una venganza mezquina, sobre todo porque la satisfacción que derivaría de hacerlo sería totalmente falsa. Podría alimentar su amargura, pero no la libraría de sus ataduras. Era imposible fingir que no había actuado con los ojos bien abiertos,

pues si alguna vez había habido una joven libre esa era ella. Sin duda una joven enamorada no era libre, pero la única causa de su error había sido ella misma. No había habido conjura ni trampa alguna; solo ella había observado, meditado y elegido. Cuando una mujer cometía un error tal, solo había una forma de arreglarlo: aceptarlo en la misma proporción y con la mayor grandeza posible. Cometer una locura ya era suficiente, sobre todo tratándose de una que iba a durar toda la vida, y una segunda no iba a arreglar nada. Ese voto de reticencia tenía cierta nobleza que dio alientos a Isabel, pero aun así madame Merle había hecho muy bien en tomar las debidas precauciones.

Un día, alrededor de un mes después de que Ralph Touchett llegara a Roma, Isabel regresaba de dar un paseo con Pansy. No era solo porque fuera parte de su decisión primordial de ser justa por lo que en esos momentos estaba muy agradecida de tener a Pansy, sino que también formaba parte de su ternura por todo lo que era puro y débil. Quería mucho a Pansy, y no había nada más en su vida que fuese tan agradable como el apego que sentía por esa joven criatura, ni tan correcto como su propia claridad acerca del mismo. Era como una dulce presencia, como una pequeña mano sobre la suya. Por parte de Pansy no era solo mero afecto, sino una especie de fe ardiente y coercitiva; por la suya, ser consciente de la dependencia de la joven era más que una satisfacción, pues le servía como una razón a la que aferrarse cuando otros motivos amenazaban con fallarle. Isabel se había dicho en su momento que todos debíamos asumir nuestro deber allí donde se encuentre, y cumplirlo del mejor modo posible. El afecto de Pansy era una admonición directa que parecía decir que ahí tenía una oportunidad, tal vez no extraordinaria, pero sí inconfundible. No obstante, Isabel apenas sabría decir en qué consistía esa oportunidad; en general, para poder ser más para la muchacha de lo que esta podía ser para sí misma. Esos días Isabel podría haber sonreído al recordar que su pequeña acompañante le había parecido en su momento ambigua, pues ahora se daba cuenta de que las ambigüedades de Pansy se debían tan solo a su propia tosquedad de ideas. Había sido incapaz de creer que a nadie le pudiese importar tanto, tantísimo, complacer a los demás. Pero desde entonces había visto esa delicada facultad en acción, y ya sabía qué pensar al respecto. Constituía el mismo ser de la criatura: en cierto sentido, era su genio. Pansy no tenía ningún orgullo que pudiese interferir y, aunque no dejaba de ampliar sus conquistas, no creía que fuesen mérito suyo. Las dos estaban juntas constantemente, de manera que era raro ver a la señora Osmond sin su hijastra. A Isabel le gustaba su compañía, porque le producía el efecto de llevar un ramillete hecho todo de la misma flor, y se había convertido en un mandamiento para ella no desatender a Pansy bajo ningún concepto. La joven tenía aspecto de ser más feliz con Isabel que con nadie, a excepción de su padre, al que admiraba con una intensidad que estaba justificada por el hecho de que, como la paternidad era un exquisito placer para Gilbert Osmond, este

siempre había sido muy atento y generoso con su hija. Isabel sabía que a Pansy le gustaba estar con ella y era consciente de hasta qué punto estudiaba la forma de complacerla. Había decidido que la mejor manera de conseguirlo era la negativa, es decir, no causarle ningún problema... una convicción que sin duda no tenía nada que ver con los problemas ya existentes. Así pues, se comportaba con una pasividad muy ingeniosa y con una docilidad casi imaginativa. Tenía cuidado hasta en moderar la avidez con la que asentía a las propuestas de Isabel, y que podría haber implicado la posibilidad de que ella pudiera desear otra cosa. Nunca interrumpía, nunca hacía preguntas de índole social y, aunque le encantaba recibir la aprobación de los demás, hasta el punto de palidecer cuando se la daban, nunca la pedía. Tan solo esperaba anhelante, una actitud que, conforme se fue haciendo mayor, hizo de sus ojos los más bonitos del mundo. Cuando, durante el segundo invierno en el palazzo Roccanera, comenzó a asistir a fiestas y a bailes, era siempre ella la que, a una hora razonable, proponía que se marcharan, no fuera a ser que la señora Osmond se cansase. Isabel valoraba ese sacrificio de los últimos bailes por parte de Pansy, pues sabía que a su pequeña acompañante la apasionaba ese ejercicio, durante el que se movía al ritmo de la música como una concienzuda hada. Además, la vida social no presentaba inconvenientes para ella, e incluso le gustaban sus aspectos más fatigosos: el calor de los salones de baile, el aburrimiento de las cenas, las aglomeraciones en la puerta, la incómoda espera hasta que llegaba el carruaje. Durante el día, en ese vehículo, iba sentada al lado de su madrastra muy quieta y con expresión agradecida, inclinada hacia delante con una ligera sonrisa, como si fuese la primera vez que la sacaban a pasear.

El día del que hablo habían atravesado una de las puertas de la ciudad y, al cabo de media hora, habían dejado el carruaje esperándolas junto al camino mientras paseaban sobre la baja hierba de la Campania, que incluso en los meses de invierno está salpicada de delicadas flores. Era una costumbre casi diaria de Isabel, a la que gustaba caminar a paso ligero, aunque no tanto como cuando había llegado a Europa por primera vez. No era la forma de ejercicio favorita de Pansy, pero aun así le gustaba por la sencilla razón de que le gustaba todo, así que se movía con una zancada más corta junto a la esposa de su padre, la cual más tarde, cuando regresaban a Roma, accedía a sus gustos llevándola a hacer el circuito de la colina de Pincio o de la villa Borghese. Pansy había recogido un ramo de flores en una soleada hondonada lejos de las murallas de Roma, así que, al llegar al palazzo Roccanera, fue directamente a su habitación para ponerlas en agua. Isabel entró en el salón que ella solía ocupar, el segundo después de la gran antecámara a la que se accedía desde la escalera, y al que ni siquiera los lujosos arreglos de Gilbert Osmond habían logrado atenuar su aspecto de grandiosa desnudez. Nada más atravesar el umbral de la sala, Isabel se detuvo de repente; la razón de que lo hiciera era

que se acababa de llevar una fuerte impresión. En sentido estricto, tal impresión no tenía nada de insólito, pero ella percibió algo nuevo en ella, y el silencio de sus pasos le dio tiempo para observar la escena antes de interrumpirla. Allí estaba madame Merle, con el sombrero puesto, y Gilbert Osmond le estaba hablando. Tardaron como un minuto en darse cuenta de que ella había entrado. Isabel los había visto así a menudo, en efecto, pero lo que no había visto, o al menos no había observado, era que su coloquio se convirtiera de pronto en una especie de silencio lleno de familiaridad, del que, como Isabel advirtió al instante, su repentina aparición iba a sacarles con un sobresalto. Madame Merle estaba de pie sobre la alfombra a escasa distancia del fuego, mientras que Osmond estaba mirándola reclinado en un hondo sillón. Ella tenía la cabeza muy erguida, como era habitual, pero bajaba los ojos para fijarlos en los de él. Lo que primero sorprendió a Isabel fue que Osmond estuviera sentado mientras madame Merle permanecía de pie: había una anomalía en esa actitud que le llamó la atención. Entonces se dio cuenta de que habían llegado a una pausa indolente en su intercambio de ideas y de que estaban meditando, cara a cara, con la libertad de unos viejos amigos que a veces intercambiaban ideas sin llegar a decirlas. No había nada sorprendente en eso, ya que de hecho eran viejos amigos, pero aquello produjo en ella una imagen que solo duró un instante, como un repentino destello de luz. La postura de ambos, sus mutuas y absortas miradas, le resultaron a Isabel un tanto clandestinas. Pero entonces todo acabó cuando apenas empezaba a vislumbrar su significado. Madame Merle la vio y la saludó sin moverse, mientras que su marido se levantó rápidamente de un salto y, al poco, murmuró que tenía que salir a pasear, pidió a su acompañante que lo disculpara y se marchó del salón.

—He venido a verte pensando que ya estarías en casa y, como aún no habías vuelto, me he quedado a esperarte —dijo madame Merle.

—¿No te ha pedido que te sentaras? —le preguntó Isabel con una sonrisa.

Madame Merle miró a su alrededor.

—Ah, claro... Es que ya me iba.

—Supongo que ahora te quedarás.

—Sí, por supuesto. He venido por una razón especial. Estoy dándole vueltas a algo en la cabeza.

—Ya te lo he dicho otras veces: parece que siempre haga falta alguna razón especial para que vengas a esta casa —dijo Isabel.

—Y ya sabes cuál es mi respuesta; que venga o no venga, la razón es siempre la misma: el afecto que te tengo.

—Sí, ya me has dicho eso antes.

—Pues parece como si no te lo creyeras —comentó madame Merle.

—Por Dios, de lo último que dudaría en esta vida es de la profundidad de tus razones —contestó Isabel.

—Pero sí que dudas de la sinceridad de mis palabras.

Isabel negó con la cabeza con expresión grave.

—Sé que siempre has sido muy buena conmigo.

—Siempre que me has dejado serlo. Hay ocasiones en que no lo aceptas, y entonces hay que dejarte estar. Sin embargo, hoy no he venido a ser buena contigo, sino a otra cosa. He venido a librarme de un problema mío... para pasártelo a ti. De eso es de lo que estaba hablando con tu marido.

—Me sorprende, ya que a él no le gustan los problemas.

—Sobre todo los de los demás, lo sé muy bien. Pero me imagino que a ti tampoco te gustan. De todos modos, te gusten o no, tienes que ayudarme. Se trata del pobre señor Rosier.

—Ah —exclamó Isabel pensativa—, entonces es un problema de él, no tuyo.

—Pero ha conseguido endilgármelo a mí. Viene a verme diez veces a la semana para hablarme de Pansy.

—Sí, quiere casarse con ella. Ya lo sé todo.

Madame Merle vaciló un momento.

—Por lo que me ha dicho tu marido pensaba que no lo sabrías.

—¿Y cómo va a saber él lo que sé o dejo de saber? Nunca hemos hablado del tema.

—Supongo que será porque no sabe cómo hablar de él.

—Aun así, es el tipo de asunto sobre el que siempre tiene algo que decir.

—Sí, porque por lo general sabe muy bien lo que pensar. Pero hoy no es el caso.

—¿Y no se lo has dicho tú? —preguntó Isabel.

Madame Merle le dedicó una brillante sonrisa de circunstancias.

—¿Sabes que estás un poco cortante?

—Sí, no lo puedo evitar. El señor Rosier también ha estado hablando conmigo.

—Eso tiene su lógica, ya que estás muy unida a la muchacha.

—Pues no se puede decir que le haya sido de mucha ayuda —dijo Isabel—. Si tú me ves cortante, a saber cómo me verá él.

—Creo que piensa que puedes hacer más de lo que has hecho hasta ahora.

—Yo no puedo hacer nada.

—Por lo menos puedes hacer más que yo. No sé qué misteriosa conexión habrá descubierto el señor Rosier entre Pansy y yo, pero desde el principio acudió a mí como si su suerte estuviese en mi mano. No deja de visitarme para instarme a que haga algo, para saber qué esperanzas tiene, para hablarme de sus sentimientos.

—Está muy enamorado —dijo Isabel.

—Mucho... para tratarse de él.

—Y para tratarse de Pansy, se podría añadir.

Madame Merle bajó la mirada un momento.

—¿No crees que sea atractiva?

—Es la persona más encantadora que pueda existir, pero muy limitada.

—Razón de más para que el señor Rosier la ame. Tampoco él es precisamente ilimitado.

—No —corroboró Isabel—, tiene más o menos la extensión de uno de esos pañuelos de bolsillo, de los pequeños con los bordes de encaje. —De un tiempo a esa parte el humor de Isabel se había vuelto bastante sarcástico, pero enseguida se avergonzó de utilizarlo contra alguien tan inocente como el pretendiente de Pansy—. Es muy amable y honrado —añadió—, y no es tan tonto como parece.

—Afirma que Pansy está encantada con él —dijo madame Merle.

—No lo sé; no se lo he preguntado.

—¿Ni siquiera la has tanteado un poco?

—Eso no me corresponde hacerlo a mí, sino a su padre.

—¡Ah, tú siempre tan estricta! —exclamó madame Merle.

—Debo seguir mi propio criterio.

Madame Merle volvió a dedicarle la misma sonrisa circunspecta.

—No resulta fácil ayudarte.

—¿Ayudarme? —repitió Isabel muy seria—. ¿Qué quieres decir?

—Que es muy fácil disgustarte. ¿Te das cuenta de lo bien que hago al andarme con cuidado? De todas formas te comunico, como le he comunicado a Osmond, que me lavo las manos en el asunto del romance de la señorita Pansy y el señor Edward Rosier. Je n’y peux rien, moi! No puedo hablarle a Pansy de él. Sobre todo —añadió madame Merle—, porque no lo considero un ejemplo ideal de marido.

Isabel reflexionó un momento, y después dijo con una sonrisa:

—Entonces no te lavas las manos. No puedes... —dijo a continuación en un tono bien distinto—, estás demasiado interesada.

Madame Merle se levantó lentamente. Había dirigido a Isabel una mirada tan rápida como el presentimiento que había destellado ante nuestra heroína poco antes. Salvo que, en esta ocasión, Isabel no la había captado.

—Pregúntale la próxima vez que lo veas y lo comprobarás —dijo madame Merle.

—No puedo preguntárselo, porque ha dejado de venir a esta casa. Gilbert le ha hecho saber que no es bienvenido.

—Sí, es verdad —asintió la otra—, se me había olvidado, y eso que es la mayor de sus lamentaciones. Dice que Osmond le ha insultado. De todos modos —prosiguió—, no le desagrada a Osmond tanto como cree.

Se había erguido como si fuera a poner punto final a la conversación, pero permaneció allí mirando a su alrededor, lo cual parecía indicar que tenía algo más que decir. Isabel se dio cuenta, y hasta se imaginó de lo que quería hablarle, pero ella también tenía sus propias razones para no darle pie a hacerlo.

—Eso debió de alegrarle, si se lo dijiste —replicó Isabel sonriendo.

—Claro que se lo dije. En ese sentido sí que le he dado ánimos. Le he recomendado que sea paciente, y le he dicho que su caso no es tan desesperado si sabe controlar su lengua y permanece callado. Lamentablemente, se ha empeñado en sentir celos.

—¿Celos?

—De lord Warburton, del que dice que siempre está aquí.

Isabel, que estaba cansada, había permanecido sentada; pero al oír eso también se levantó.

—¡Ah! —fue lo único que dijo mientras se dirigía lentamente a la chimenea.

Madame Merle la observó al pasar, y también cuando se detuvo un

momento ante el espejo para arreglarse un mechón de pelo suelto.

—El pobre señor Rosier no deja de decir que no cree imposible que lord Warburton se enamore de Pansy —continuó madame Merle.

Isabel permaneció en silencio un instante; luego se apartó del espejo.

—Es cierto, no hay nada imposible —contestó al fin, en tono más serio y suave.

—Eso tuve que admitirle al señor Rosier. Y lo mismo piensa tu marido.

—No sé nada de eso.

—Pregúntale y verás.

—No se lo pienso preguntar —afirmó Isabel.

—Perdóname, olvidaba que ya me lo habías dejado claro antes. Naturalmente —añadió madame Merle—, tú habrás tenido muchísimas más ocasiones que yo de observar el comportamiento de lord Warburton.

—No veo por qué no habría de decirte que siente gran aprecio por mi hijastra.

Madame Merle volvió a lanzarle una de sus rápidas miradas.

—Que la aprecia... ¿Quieres decir de la misma forma que el señor Rosier?

—No sé cuál es la forma del señor Rosier, pero lord Warburton me ha informado de que está encantado con Pansy.

—¿Y no se lo has dicho a Osmond?

Fue un comentario inmediato, precipitado, que casi estalló de los labios de madame Merle. Isabel la miró.

—Supongo que lo sabrá en su momento. Lord Warburton tiene lengua y sabe expresarse solo.

Madame Merle se dio cuenta al instante de que había hablado con más premura de la habitual en ella, y dicha reflexión hizo que se le sonrojaran las mejillas. Dio a ese traicionero impulso tiempo para que se aplacara, y a continuación dijo, como si hubiera estado reflexionando sobre el asunto:

—Eso sería mejor que casarse con el pobre señor Rosier.

—Mucho mejor, en mi opinión.

—Sería maravilloso; sería una gran boda. Es todo un detalle por parte de lord Warburton.

—¿Todo un detalle?

—El que se haya fijado en una joven tan sencilla.

—Yo no lo veo así.

—Eres muy amable al decir eso, pero, al fin y al cabo, Pansy Osmond...

—¡Al fin y al cabo, Pansy Osmond es la persona más atractiva que él haya conocido jamás! —exclamó Isabel.

Madame Merle la miró fijamente, y sin duda tenía motivos para estar desconcertada.

—Vaya, hace un momento parecía más bien que la estuvieras menospreciando.

—He dicho que es limitada y lo es, como también lo es lord Warburton.

—Y como lo somos todos, ya puestos. Si no es más de lo que Pansy merece, mejor que mejor. Pero si ella entrega su afecto al señor Rosier, no admitiré que sea lo que merece. Sería demasiado perverso.

—¡El señor Rosier es un incordio! —exclamó Isabel bruscamente.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, y me encanta saber que no he de darle ánimos. De aquí en adelante, cuando vaya a verme, mi puerta estará cerrada para él.

Y, tras arreglarse el manto, madame Merle se dispuso a marcharse. No obstante, mientras se dirigía a la puerta, la detuvo una incongruente petición de Isabel:

—De todas formas, sé amable con él.

Levantó los hombros y las cejas y miró a su amiga.

—No entiendo tus contradicciones. Por supuesto que no pienso ser amable con él, porque sería una falsa amabilidad. Quiero ver a Pansy casada con lord Warburton.

—Primero tendrás que esperar a que él se lo pida.

—Si lo que dices es cierto, se lo pediré. Sobre todo —añadió enseguida—, si tú lo convences.

—¿Que yo lo convenza?

—Está en tu mano. Tienes mucha influencia sobre él.

Isabel frunció el ceño ligeramente.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me lo dijo la señora Touchett. Tú no, desde luego... ¡nunca! —contestó madame Merle con una sonrisa.

—Por supuesto que nunca te he contado nada de eso.

—Podrías haberlo hecho en su momento, cuando tuvimos tantas oportunidades y nos contábamos nuestras confidencias. Pero la verdad es que me dijiste muy poco. Desde entonces así lo he pensado a menudo.

Isabel también lo había hecho, y a veces con cierta satisfacción, pero en esos momentos no quería admitirlo, quizá porque podría parecer que se regodeaba en su silencio.

—Parece que mi tía te tenía muy bien informada —fue lo único que dijo.

—Me contó que habías rechazado una proposición de matrimonio de lord Warburton, porque estaba muy enojada y no podía dejar de pensar en el tema. Por supuesto, creo que hiciste lo mejor que podrías haber hecho. Pero, ya que no te casaste con él, compénsalo ayudándole a casarse con otra persona.

Isabel escuchó esas palabras con un rostro que se obstinaba en no reflejar la brillante expresividad del de madame Merle. Pero, al cabo de un momento, dijo de forma bastante sensata y amable:

—La verdad es que me alegraría mucho por Pansy si el tema pudiera arreglarse satisfactoriamente.

Dicho lo cual, su acompañante, que pareció tomarse esas palabras como un buen presagio, la abrazó con más cariño del que cabría esperar y se retiró con aire triunfal.

41

Esa noche Osmond sacó el tema por primera vez, tras entrar ya muy tarde en el salón donde Isabel se encontraba a solas. Habían pasado la velada en casa, y Pansy ya se había retirado a dormir. Después de cenar, él se había encerrado en una pequeña estancia en la que había dispuesto todos sus libros y a la que llamaba su estudio. A las diez se había presentado lord Warburton, como hacía siempre que sabía por Isabel que la encontraría en casa; iba de camino a algún otro sitio y solo se quedó media hora. Tras preguntarle por Ralph, Isabel le dirigió muy poco la palabra con toda intención, ya que quería que entablara conversación con su hijastra. Con tal fin, hizo como si leyese, y al cabo de un rato se sentó al piano mientras se preguntaba si no debería irse de la habitación. Poco a poco iba apreciando cada vez más la idea de que Pansy se convirtiera en la esposa del señor de la hermosa Lockleigh, aunque al principio no le hubiera producido gran entusiasmo. Esa tarde, madame Merle había prendido fuego a una gran acumulación de material inflamable. Cuando

Isabel estaba triste siempre miraba a su alrededor, en parte por instinto y en parte por teoría, en busca de algún impulso positivo. Nunca conseguía librarse de la sensación de que la tristeza era una forma de enfermedad, una forma de padecer en vez de hacer. Por lo tanto, hacer, fuera lo que fuese, sería una buena vía de escape, y quizá hasta cierto punto un remedio. Además, quería convencerse de que había hecho todo lo posible para complacer a su marido, decidida como estaba a que no la atormentase la idea de que él llegara a quejarse de la falta de iniciativa de su esposa. A Osmond le gustaría mucho ver a Pansy casada con un noble inglés, y bien que hacía, ya que dicho noble era una persona de lo más cabal. Isabel tenía la impresión de que, si conseguía que se produjera tal acontecimiento, habría cumplido con su papel de buena esposa. Eso era lo que quería ser; quería poder creer sinceramente, con pruebas que lo demostrasen, que lo había sido. Además, tal empresa tenía otras ventajas. La mantendría ocupada, que era lo que más deseaba en esos momentos. Incluso la entretendría y, si podía entretenerse de verdad, significaría que aún cabía la posibilidad de salvarse. Por último, sería un favor que le haría a lord Warburton, el cual estaba claro que admiraba mucho a la encantadora joven. Resultaba un poco extraño que así fuera, siendo él quien era, pero al fin y al cabo tampoco había forma de explicar tales impresiones. Pansy podía cautivar a cualquiera, o al menos a cualquiera... que no fuese lord Warburton. Isabel la consideraba demasiado insignificante, demasiado leve, incluso quizá demasiado artificial para que eso pudiese ocurrir. Siempre tenía algo de ese aire de muñequita, y eso no era lo que él buscaba. Sin embargo, ¿quién podía saber lo que buscaban los hombres? Buscaban lo que encontraban, y solo sabían lo que les gustaba cuando lo veían. No había teoría válida para tales cuestiones, y no había nada que fuese más incomprensible o más normal que todo lo demás. Si lord Warburton se había interesado por ella, podría parecer extraño que ahora se interesase por Pansy, que era tan distinta; pero tampoco se había interesado tanto por Isabel como él mismo había creído. Y, si lo había hecho, ya lo había superado por completo, por lo que era normal que, una vez fracasado ese intento, pensase que otro con alguien bien distinto sí que podría prosperar. Como digo, en un principio Isabel no había sentido gran entusiasmo con respecto a esa cuestión, pero ese día sí que lo sentía y lograba hacerla casi feliz. Era sorprendente la felicidad que aún le producía la idea de complacer a su marido. ¡Qué pena, sin embargo, que Edward Rosier se hubiese cruzado en su camino!

Al pensar eso, la luz que de repente había iluminado dicho camino perdió algo de intensidad. Por desgracia, Isabel estaba muy segura de que Pansy consideraba al señor Rosier el joven más agradable de todos; tan segura como si hubiese hablado con ella del tema. Y era muy enojoso estar tan segura, después de haberse abstenido con tanto cuidado de decírselo a sí misma; casi tan enojoso como el hecho de que el pobre señor Rosier también estuviese

convencido de ello. Sin duda este era muy inferior a lord Warburton. No se trataba tanto de la diferencia de fortuna que había entre ambos como de las diferencias entre ellos dos en sí, en las que el joven norteamericano tenía todas las de perder. Respondía mucho más al tipo de caballero distinguido e inútil que el noble inglés. Ciertamente era que tampoco había ninguna razón por la que Pansy tuviese que casarse con un estadista, pero, si un estadista la admiraba, eso era asunto de él, y Pansy sería toda una perla como esposa de un aristócrata.

Tal vez parezca al lector que la señora Osmond se había vuelto, de pronto y de forma extraña, bastante cínica, pues terminó diciéndose que probablemente se podría solventar esa dificultad. Un impedimento encarnado por el pobre Rosier nunca resultaría muy peligroso, y siempre había formas de allanar los obstáculos secundarios. Isabel era muy consciente de que no conocía el alcance exacto de la tenacidad de Pansy, que podría ser muy grande y un gran inconveniente, pero se inclinaba a verla más como alguien que dejaría estar las cosas si recibía las sugerencias adecuadas, que como alguien que se aferraría a sus deseos al ser estos reprobados, ya que sin duda tenía mucho más desarrollada la capacidad de consentir que la de protestar. Pansy se aferraría a algo, sí, por supuesto, pero en realidad le daría igual a lo que fuese. Lord Warburton le serviría igual que el señor Rosier, sobre todo porque parecía que aquel le gustaba bastante. Se lo había dicho a Isabel sin reservas, comentándole que la conversación de lord Warburton, que le había contado todo acerca de la India, le parecía muy interesante. La actitud de él con Pansy era de lo más correcta y natural; Isabel se había dado cuenta de eso por sí misma, como también había observado que no le hablaba en absoluto en tono condescendiente a la vista de su juventud y sencillez, sino, por el contrario, como si ella entendiera de lo que le hablaba con la misma facilidad con que seguía los argumentos de las óperas de moda, llegando incluso a prestar atención a la música y al barítono. Él solo procuraba ser atento... tanto como lo había sido tiempo atrás en Gardencourt con otra jovencita atolondrada. Eso siempre gustaba a una muchacha; Isabel recordaba cómo le había pasado a ella misma, y se dijo que, de haber sido tan simple como Pansy, le habría producido aún mayor impresión. No había sido simple cuando lo había rechazado; dicha operación había sido tan complicada como, más adelante, la de aceptar a Osmond. Sin embargo, Pansy, a pesar de su simplicidad, entendía lo que pasaba, y estaba encantada de que lord Warburton no le hablara de parejas de baile y de ramos de flores, sino del estado de Italia, de la situación de los campesinos, del famoso impuesto de molienda, de la pellagra, o de sus impresiones de la sociedad romana. Mientras pasaba la aguja por el bastidor, ella lo miraba con ojos dulces y sumisos, y cuando los bajaba lanzaba rápidas miradas de reojo a su persona, a sus manos, a sus pies, a su ropa, como si lo estuviese sopesando. Isabel podría haberle recordado que hasta en su aspecto

físico lord Warburton era superior al señor Rosier, pero en tales momentos se contentaba con preguntarse dónde estaría ese caballero, puesto que ya no acudía nunca al palazzo Roccanera. Como digo, resultaba sorprendente lo mucho que había calado en ella la idea de ayudar a su marido para complacerlo.

Resultaba sorprendente por una serie de razones que comentaré más adelante. La noche de la que estoy hablando, mientras lord Warburton estaba allí, Isabel había estado a punto de dar el gran paso de salir de la habitación y dejarlos a los dos solos. Digo el gran paso porque así es como lo habría considerado Gilbert Osmond, e Isabel estaba intentando adoptar en lo posible el punto de vista de su marido. Y lo consiguió en cierto modo, pero sin llegar a consumir el objetivo que he mencionado. Al fin y al cabo, no salía de ella hacerlo, ya que había algo que se lo impedía. No se trataba exactamente de que fuese una actitud rastrera o insidiosa, puesto que las mujeres por lo general practicaban dichas maniobras con la conciencia muy tranquila, y de forma instintiva Isabel creía en los dictados de su género más que renegaba de ellos. Pero había una vaga duda que se interponía, una sensación de no estar del todo segura. Así pues, se quedó en la sala, y al cabo de un rato lord Warburton se marchó a su fiesta, de la que prometió hacer un relato completo a Pansy a la mañana siguiente. Después de su partida, Isabel se preguntó si con su presencia habría evitado que ocurriese algo que habría podido pasar de ausentarse ella durante un cuarto de hora, y terminó por concluir, siempre mentalmente, que cuando su distinguido visitante quisiera que ella se marchara, no le costaría encontrar la forma de hacérselo saber. Pansy no comentó nada sobre él después de que se fuera, e Isabel hizo lo mismo a propósito, ya que había decidido hacer voto de silencio hasta que lord Warburton se declarase. Estaba tardando más de lo que podría deducirse de la descripción de sus sentimientos que había hecho a Isabel. Pansy se fue a la cama, e Isabel tuvo que admitir que no tenía la menor idea de lo que estaría pensando su hijastra. De pronto, su pequeña y transparente compañera se había vuelto opaca.

Se quedó sola contemplando el fuego hasta que, al cabo de media hora, entró su marido. Este estuvo un rato deambulando en silencio hasta que se sentó y se quedó mirando el fuego al igual que Isabel. Pero ella había apartado la vista de las titilantes llamas de la chimenea para fijarla en el rostro de Osmond, que contempló mientras él permanecía callado. La observación disimulada se había convertido para ella en una costumbre; un instinto, que no sería exagerado decir que iba unido al de autodefensa, lo había convertido en hábito. Quería conocer en la medida de lo posible los pensamientos de Osmond, saber de antemano lo que iba a decir, para poder tener preparada la respuesta. Últimamente preparar respuestas no era su punto fuerte; a ese respecto, a lo más a lo que solía llegar era a pensar después en las cosas

inteligentes que podría haber dicho. Pero había aprendido a ser cauta, y lo había aprendido en cierta medida a partir de la propia expresión de su marido. Seguía siendo el mismo rostro al que había mirado, quizá con ojos igual de interesados pero menos penetrantes, en la terraza de una villa florentina, con la única excepción de que Osmond se había vuelto un poco más grueso desde que se habían casado. Aun así, todavía resultaba un caballero muy distinguido.

—¿Ha venido lord Warburton? —le preguntó él al poco.

—Sí, ha estado una media hora.

—¿Ha visto a Pansy?

—Sí, ha estado sentado con Pansy en el sofá.

—¿Ha hablado mucho con ella?

—Prácticamente solo ha hablado con ella.

—Parece un hombre muy atento. ¿No es así como tú llamas a eso?

—Yo no lo llamo de ninguna forma —contestó Isabel—. Estaba esperando a que tú le pusieras nombre.

—Es una deferencia que no muestras muy a menudo —dijo Osmond al cabo de un momento.

—Esta vez he decidido intentar actuar como tú querrías. He fracasado muchas veces en eso.

Osmond giró la cabeza lentamente y la miró.

—¿Intentas discutir conmigo?

—No, intento vivir en paz.

—Pues no puede haber cosa más fácil. Ya sabes que yo nunca discuto.

—Entonces, ¿cómo llamas a intentar enfadarme? —preguntó Isabel.

—No lo intento, y si ocurre es lo más normal del mundo. Además, ahora no lo estoy intentando en absoluto.

Isabel sonrió.

—De todas formas da igual. También he decidido no volver a enfadarme nunca.

—Excelente decisión. No sueles estar de buen humor.

—No, no suelo —dijo Isabel al tiempo que apartaba el libro que había estado leyendo y cogía la tira de bordado que Pansy había dejado sobre la mesa.

—En parte es por eso por lo que no te he hablado de este asunto de mi hija —dijo Osmond, llamando a Pansy de una manera que no era frecuente en él—. Tenía miedo de que te opusieras, de que tuvieras tu propio punto de vista sobre el tema. De momento ya me he deshecho de Rosier.

—¿Te daba miedo que me pusiera de parte del señor Rosier? ¿No has notado que nunca te he hablado de él?

—Tampoco te he dado nunca ocasión de hacerlo. Hablamos muy poco últimamente. Pero sé que es un viejo amigo tuyo.

—Sí, es un viejo amigo mío. —A Isabel le importaba tan poco el señor Rosier como el bordado que tenía en la mano, pero era cierto que era un antiguo amigo, y que ante su marido no quería desprenderse de tales lazos. Este tenía una forma de manifestar su desprecio por esas amistades que hacía que se fortaleciera la lealtad de Isabel hacia ellas, incluso cuando, como en ese caso, eran de por sí insignificantes. A veces sentía una especie de intensa ternura hacia determinados recuerdos que solo tenían el mérito de pertenecer a su vida de soltera—. Pero, en lo que a Pansy respecta, no le he dado ningún ánimo al señor Rosier —añadió al cabo de un momento.

—Una decisión muy afortunada —comentó Osmond.

—Supongo que quieres decir afortunada para mí. A él le importa bien poco.

—No vale la pena que hablemos del señor Rosier —dijo Osmond—. Ya te he dicho que me he librado de él.

—Sí, pero un enamorado despechado no deja de ser un enamorado, y a veces incluso más. El señor Rosier sigue albergando esperanzas.

—¡Pues que las disfrute con salud! Mi hija solo tiene que esperar sentada tranquilamente a convertirse en lady Warburton.

—¿Es eso lo que te gustaría? —preguntó Isabel con una sencillez que no era tan fingida como podría parecer.

Estaba decidida a no hacer suposiciones, pues Osmond conocía la forma de volverlas sin previo aviso en contra de ella. El grado de intensidad con que él quería que su hija se convirtiera en lady Warburton había formado la esencia misma de las reflexiones más recientes de Isabel, pero eso había sido solo para sus adentros, y no pensaba reconocer nada hasta que Osmond lo dijese de su propia boca. No iba a dar por sentado, tratándose de él, que su marido pensaba que lord Warburton era un botín por el que valía la pena esforzarse hasta un grado que no era normal entre los Osmond. Gilbert estaba diciendo constantemente que, para él, nada en la vida podía considerarse un botín o recompensa; que se codeaba de igual a igual con las personas más distinguidas

del mundo, y que su hija solo tenía que mirar a su alrededor y escoger al príncipe que quisiera. Por lo tanto, suponía un lapso en su actitud coherente decir explícitamente que anhelaba conseguir a lord Warburton, y que si se les escapaba dicho noble sería difícil encontrar a otro equivalente; lo cual agravaba el problema, ya que otra de sus afirmaciones habituales era aseverar que nunca era incoherente. A él le habría gustado que su esposa pasara de puntillas sobre ese punto, pero, por extraño que resulte, ahora que Isabel se encontraba cara a cara con él, y aunque una hora antes prácticamente había trazado todo un plan para satisfacerlo, no se sentía complaciente y no estaba dispuesta a pasar de puntillas sobre el tema. Sabía perfectamente el efecto que tendría su pregunta en él, que sería como una humillación; pero le daba igual, ya que él era muy capaz de humillarla a ella, del mismo modo que también era capaz de esperar a que llegasen las grandes oportunidades y a mostrar en ocasiones una indiferencia casi inexplicable hacia las pequeñas. Quizá Isabel aprovechó esa pequeña oportunidad porque no se le había presentado una mejor.

De momento, Osmond logró salir con bastante dignidad del brete:

—Me gustaría enormemente. Sería un gran matrimonio. Y además lord Warburton cuenta también con la ventaja de ser un viejo amigo tuyo, y supongo que le agradaría mucho ingresar en nuestra familia. Resulta muy curioso que todos los admiradores de Pansy sean viejos amigos tuyos.

—Es normal que vengan a verme, y que entonces conozcan a Pansy. Y al verla es normal que se enamoren de ella.

—Eso creo yo. Pero no pareces muy convencida.

—Me alegraría mucho que Pansy se casase con lord Warburton —prosiguió Isabel con sinceridad—. Es un hombre excelente. No obstante, dices que solo tiene que esperar sentada y tranquila, pero puede que no lo haga. Si pierde al señor Rosier, puede que salte del asiento.

Osmond no pareció prestar ninguna atención a eso mientras seguía contemplando el fuego.

—A Pansy le gustaría ser una gran dama —comentó al momento con un tono de cierta ternura—. Por encima de todo quiere complacer —añadió.

—Complacer al señor Rosier, tal vez.

—No, complacerme a mí.

—Creo que a mí también un poco —dijo Isabel.

—Sí, tiene una gran opinión de ti, pero hará lo que yo quiera.

—Si estás seguro de eso, me parece muy bien.

—Mientras tanto —dijo Osmond—, me gustaría que nuestro distinguido visitante se decidiese a hablar.

—Ya ha hablado... conmigo. Me dijo que sería un gran honor para él pensar que Pansy podría interesarse por su persona.

Osmond giró la cabeza rápidamente hacia ella, pero en un principio no dijo nada.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó al fin con dureza.

—Porque no había tenido ocasión. Ya sabes cómo vivimos. Lo he hecho en cuanto se me ha presentado la oportunidad.

—¿Le hablaste de Rosier?

—Sí, un poco.

—No creo que eso hiciera falta.

—Pensé que lo mejor sería que lo supiera, para que... para que...

E Isabel se detuvo.

—¿Para qué?

—Para que actuase en consecuencia.

—¿Para que se echara atrás, quieres decir?

—No, para impulsarle a avanzar mientras aún estaba a tiempo.

—Pues no es ese el efecto que parece haber tenido.

—Debes tener paciencia —dijo Isabel—. Ya sabes lo tímidos que son los ingleses.

—Pero este no lo es. Desde luego no lo fue cuando te hizo la corte a ti.

Isabel había temido que Osmond sacara ese tema, que le resultaba muy desagradable.

—Perdona que te diga que conmigo lo fue, y mucho —replicó.

Osmond no contestó nada durante un rato; cogió un libro y lo hojeó mientras Isabel permanecía en silencio observando el bordado de Pansy.

—Debes de tener mucha influencia sobre él —continuó Osmond al fin—. En cuanto te lo propongas de verdad, seguro que puedes hacer que se declare.

Eso era aún más ofensivo, pero Isabel comprendió que era muy normal que él lo dijese; al fin y al cabo, era prácticamente lo mismo que se había dicho ella.

—¿Y por qué habría de tener yo ninguna influencia sobre él? —preguntó

—. ¿Qué he hecho yo para que me deba nada?

—Te negaste a casarte con él —contestó Osmond sin apartar la mirada del libro.

—No es algo de lo que me vanaglorie —replicó ella.

Al momento Osmond dejó el libro, se levantó y se plantó ante la chimenea con las manos a la espalda.

—Bien, por mi parte dejo el asunto completamente en tus manos. Con un poco de buena voluntad no te costará arreglar la situación. Piénsalo, y recuerda lo mucho que confío en ti.

Esperó un poco para darle tiempo a contestar; pero Isabel no dijo nada, y al rato Osmond salió tranquilamente de la habitación.

42

Isabel no había contestado nada porque las palabras de Osmond la habían enfrentado de lleno a la situación y estaba absorta en su contemplación. Había algo en ellas que de pronto le había producido un fuerte estremecimiento, hasta el punto de no confiar en que pudiese hablar. Después de que él se hubo ido, se reclinó en el sillón y cerró los ojos; y durante largo tiempo, que se prolongó hasta altas horas de la noche, permaneció sentada en aquella silenciosa sala entregada a la meditación. Cuando entró un sirviente a avivar el fuego, Isabel le pidió que trajese velas nuevas y se fuera a dormir. Osmond le había pedido que pensase en lo que le había dicho, y en efecto eso hizo, además de pensar también en otras muchas cosas. Su insinuación de que aún tenía una clara influencia sobre lord Warburton le había provocado el sobresalto que suele acompañar a las revelaciones inesperadas. ¿Sería cierto que todavía había algo entre ellos que podría servir para obligarlo a declararse a Pansy... la necesidad por parte de él de contar con su aprobación, el deseo de hacer lo que a ella más complaciera? Hasta ese momento Isabel nunca se había hecho esa pregunta, ya que no se había visto obligada a hacerlo; pero ahora que se la habían planteado directamente, tuvo que enfrentarse a la respuesta, y esta la asustó. Sí, había algo entre ellos... por parte de lord Warburton. Cuando este había llegado a Roma, Isabel creía que el vínculo que los unía estaba roto por completo, pero poco a poco se había visto obligada a aceptar que todavía existía de forma palpable. Era tan fino como un cabello, pero había momentos en que a Isabel le parecía oírlo vibrar. Por su parte no había cambiado nada, y seguía pensando de él lo mismo de siempre. No hacía ninguna falta que cambiaran sus sentimientos, que de hecho le parecían

mejores que nunca. Pero ¿y él? ¿Seguía teniendo la idea de que ella podría significar más para él que las demás mujeres? ¿Albergaba el deseo de aprovechar el recuerdo de los pocos momentos de intimidad que habían compartido en el pasado? Isabel sabía que había reconocido algunos indicios de dicha disposición, pero ¿cuáles eran sus esperanzas, sus pretensiones, y de qué extraña forma se entremezclaban con su evidente y sincero aprecio por la pobre Pansy? ¿Estaba enamorado de la esposa de Gilbert Osmond, y, si era así, qué satisfacción esperaba obtener de ello? Si estaba enamorado de Pansy no lo podía estar también de su madrastra, y si estaba enamorado de su madrastra no podía estarlo de Pansy. ¿Debía aprovechar esa ventaja con la que contaba para obligarlo a comprometerse con Pansy, a sabiendas de que él lo haría por ella y no por la pobre criatura? ¿Era ese el favor que le había pedido su marido? Cuando menos, era la cuestión de la que se tenía que ocupar, desde el momento en que había admitido para sus adentros que su viejo amigo seguía sintiendo la misma predilección por su compañía. No era una tarea agradable; de hecho, le resultaba bastante repulsiva. Se preguntó consternada si lord Warburton no estaría fingiendo amar a Pansy para poder cultivar otras satisfacciones y lo que se podrían llamar otras oportunidades. Al momento Isabel lo declaró inocente de tan sofisticada duplicidad, pues prefería considerar que actuaba de buena fe. Pero, si su admiración por Pansy era una falsa ilusión, eso a duras penas lo hacía mejor que si fuera una falacia. Isabel vagó entre esas ingratas posibilidades hasta que se perdió por completo; algunas de ellas, conforme le iban saliendo de repente al paso, le parecían en verdad desagradables. Entonces consiguió salir de aquel laberinto frotándose los ojos, y se dijo que su imaginación le estaba haciendo un flaco favor, y más flaco favor le hacía aún la imaginación de su marido a sí mismo. Lord Warburton actuaba de forma tan desinteresada como siempre, y ella solo era para él lo que era. Prefería quedarse con esa idea hasta que se demostrase lo contrario; demostrado de forma más consumada que mediante un mero comentario cínico de Osmond.

No obstante, dicha resolución no le proporcionó esa noche mucha tranquilidad, ya que su alma estaba acechada por terrores que se adueñaban de su pensamiento en cuanto encontraban espacio para asentarse. Apenas sabía qué era lo que les había instado a aflorar con mayor brío, a menos que fuera la extraña impresión que había tenido esa tarde de que su marido mantenía un contacto más íntimo con madame Merle de lo que ella hubiese sospechado. Esa impresión acudía a su mente una y otra vez, y se sorprendió de no haberla tenido antes. Además de eso, la breve conversación que había tenido con Osmond media hora antes era un evidente ejemplo de la habilidad que él tenía para marchitar todo lo que tocaba, para echar a perder para ella todo aquello que miraba. Estaba muy bien eso de empeñarse en darle una prueba de lealtad, pero lo cierto era que el mero hecho de saber que él esperaba algo provocaba

en ella una reacción en contra. Era como si Osmond llevara consigo el mal de ojo, como si su presencia fuera la peste y su favor una desgracia. ¿Era culpa de él, o solo de la profunda desconfianza que ella había desarrollado hacia su persona? Dicha desconfianza era el resultado más evidente de su corta vida de casados; se había abierto un abismo entre ellos por encima del cual se miraban con ojos que eran una declaración por ambas partes de la decepción que se habían llevado. Era un enfrentamiento extraño, del tipo que Isabel jamás se habría imaginado, en el que el principio vital para uno se convertía en algo despreciable para el otro. No era culpa de ella, porque no había buscado decepcionarle; tan solo lo había admirado y creído en él. Había dado los primeros pasos con la mayor confianza, pero de pronto había descubierto que el panorama infinito de la vida que se desplegaba ante ella no era más que un callejón oscuro y angosto con una pared ciega. En lugar de conducir a las cumbres de la felicidad, desde las que el mundo parecería estar a los pies de uno, al que podría mirar desde arriba con una sensación de júbilo y ventaja para juzgar, elegir y compadecer, conducía al abismo, a un mundo de restricciones y depresiones en el que el sonido de otras vidas, más libres y relajadas, se oía como si procediera de arriba, agudizando la sensación de fracaso. Lo que ensombrecía su mundo era la fuerte desconfianza que sentía hacia su marido. Se trataba de un sentimiento que era fácil de señalar pero no tanto de explicar, y de un carácter tan complejo que había necesitado mucho tiempo y aún más sufrimiento hasta alcanzar su actual grado de perfección. Para Isabel sufrir era un estado activo; no era un estremecimiento, un momento de estupor o de desesperación, sino una entrega apasionada al pensamiento, a la especulación, a reaccionar ante cualquier presión. No obstante, se enorgullecía de haber guardado para sí misma el secreto del fracaso de su fe, de que nadie lo sospechara a excepción de Osmond. Sí, él lo sabía, y hasta había veces que a Isabel le parecía que disfrutaba sabiéndolo. Había ocurrido de forma gradual, pues Isabel no había comenzado a alarmarse después del primer año de su vida en común, que en un principio había sido íntima y admirable. Entonces habían empezado a agolparse las sombras, como si Osmond, de forma deliberada y casi maligna, hubiese ido apagando las luces una a una. Al principio la oscuridad era tenue e imprecisa, e Isabel todavía podía moverse por ella. Pero se fue haciendo cada vez más profunda y, aunque de vez en cuando se despejaba, siempre quedaban ciertos rincones del radio de visión de Isabel que eran de un negro impenetrable. Esas sombras no emanaban de su propia mente, de eso estaba segura, porque había hecho todo lo posible para ser justa y afable, para no ver más que la verdad. Eran una parte, una especie de creación y consecuencia, de la sola presencia de su marido. No eran sus fechorías ni sus vilezas; Isabel no lo acusaba de nada... salvo de una cosa, que no era un crimen. No sabía de nada malo que hubiera hecho, no era violento ni cruel: simplemente creía que él la odiaba. Eso era lo

único de lo que lo acusaba, y lo más triste de todo era precisamente que no se trataba de ningún crimen, porque de haberlo sido ella podría haber encontrado alguna forma de reparación. Osmond había descubierto que ella era muy distinta a como había supuesto que sería. Al principio había creído que podría cambiarla, e Isabel había intentado ser como él quería. Pero, al fin y al cabo, ella era ella... y eso era algo que no podía evitar. Ya no valía la pena intentar fingir o ponerse alguna máscara o vestimenta, porque Osmond ya la conocía y había tomado su decisión. Ella no le tenía miedo, ni temía que le pudiese hacer daño, puesto que el resentimiento que sentía hacia ella no era de ese tipo. Si podía evitarlo, él nunca le daría ningún pretexto ni cometería ninguna equivocación. Al escrutar el futuro con la mirada seca y fija, Isabel se dio cuenta de que él tenía las de ganar, porque ella sí que le daría muchos pretextos y a menudo cometería equivocaciones. Había veces que casi se compadecía de él porque, si bien no había sido su intención engañarlo, era consciente de lo mucho que debía de haberlo hecho en realidad. Había tratado de pasar desapercibida cuando se habían conocido; se había empequeñecido, fingiendo ser menos de lo que en verdad era. Eso había ocurrido porque estaba bajo la influencia del extraordinario hechizo que él, por su parte, se había esforzado en crear. Osmond no había cambiado, ni durante el año que la había cortejado había fingido más que ella, pero entonces Isabel solo había visto la mitad de su verdadero carácter, de la misma manera que se veía el disco de la luna cuando estaba parcialmente oculto por la sombra de la tierra. Ahora ya veía la luna llena, el hombre completo. Ella había permanecido quieta, por así decirlo, para que él tuviera el campo libre, pero aun así había confundido la parte por el todo.

¡Ah, había caído por completo bajo aquel hechizo! Y no se había desvanecido, sino que seguía ahí, pues Isabel todavía sabía muy bien qué era lo que hacía a Osmond tan encantador cuando decidía serlo. Había querido serlo cuando la había cortejado y, como ella quería que la hechizasen, no era de extrañar que lo hubiese conseguido. Lo había conseguido porque había sido sincero; eso era algo que ni siquiera ahora Isabel podía negarle. La admiraba y le había dicho por qué: porque era la mujer más imaginativa que había conocido jamás. Bien podría haber sido verdad, pues durante esos meses su imaginación había construido un mundo hecho de cosas insustanciales. Había concebido una idea mucho más maravillosa de lo que él era en realidad, alimentada por sus sentidos hechizados y por esa fantasía suya que había estado tan agitada. No había interpretado bien a Osmond. Se había dejado llevar por una serie de rasgos de este que la habían impresionado, y en los que había creído ver a una persona excepcional. El hecho de que fuese pobre y estuviese solo, y aun así mantuviese ese aire de nobleza, era lo que había despertado su interés y había parecido brindarle la oportunidad que ella buscaba. Había visto a Osmond rodeado por un aura de indefinible belleza...

en su situación, en su mente, en su rostro. Al mismo tiempo había percibido su indefensión y pasividad, pero dicha constatación había adoptado la forma de una ternura que era la esencia misma del respeto. Él era como un navegante escéptico que paseara por la playa mientras esperaba a que subiese la marea, mirando hacia el horizonte pero sin decidirse a hacerse a la mar. Todo eso era lo que había dado a Isabel la oportunidad que anhelaba. Ella botaría su barco, ella sería su providencia, ella estaría encantada de amarle. Y lo había amado, se había entregado a él con ansia y pasión, en parte por lo que veía en él, pero también por lo que ella le aportaba y por lo que podría enriquecerlo con su entrega. Al recordar la pasión de aquellas semanas, se dio cuenta de que había algo de maternal en ella: la felicidad de una mujer que estaba contribuyendo a algo, que llegaba con las manos llenas. Pero ahora veía con claridad que, de no haber tenido dinero, nunca lo habría hecho. Y entonces recordó al pobre señor Touchett, que descansaba bajo tierra inglesa, ¡el benefactor de su infinita aflicción! Porque esa y no otra era la increíble realidad. En el fondo, su dinero había sido una carga para ella, como una losa sobre su mente, desbordándola con el deseo de transferir su peso a otra conciencia, a otro receptáculo mejor preparado. ¿Qué podría aliviarle más la conciencia que entregárselo al hombre de gusto más refinado del mundo? A menos que lo hubiese donado a un hospital, no había nada mejor que pudiese hacer con él, y no había institución de caridad que le interesase más que Gilbert Osmond. Él utilizaría su fortuna de un modo que ayudaría a Isabel a tener mejor concepto de ese dinero, y que eliminaría del mismo cierta vulgaridad inherente a la buena suerte de recibir una herencia inesperada. No existía delicadeza alguna en el hecho de heredar setenta mil libras; toda la delicadeza residía en que el señor Touchett se las hubiera dejado a ella. Pero casarse con Gilbert Osmond y entregarle esa suma... eso sí implicaría cierta delicadeza por parte de ella. También supondría menos por parte de Osmond, pero eso ya era asunto de él, y si la amaba de verdad no le importaría que fuese rica. ¿Acaso no había tenido el valor de decirle a Isabel que se alegraba de que lo fuese?

A Isabel le ardieron las mejillas cuando se preguntó si en realidad no se habría casado sobre la base de una engañosa teoría, tan solo pensando en hacer algo positivo con su dinero. No obstante, se respondió enseguida que eso solo era la mitad de la historia. También había sido porque la había invadido cierto fervor, provocado porque creía que el afecto de él era sincero y porque le encantaban sus cualidades personales. Osmond era mejor que cualquier otro. Esa suprema convicción había llenado la vida de Isabel durante meses, y todavía le quedaba la suficiente para demostrarle que no podría haber actuado de otra manera. El mejor organismo masculino —en el sentido de la sutileza— que había conocido jamás había pasado a ser de su propiedad, y en un principio, el hecho de que solo tuviera que alargar las manos y sentir su

contacto constituía para ella un acto de devoción. No se había equivocado con respecto a la belleza de la mente de Osmond, pues ya conocía perfectamente ese órgano suyo. Había vivido con él, casi había vivido en su interior: parecía haberse convertido en su morada. Si se había dejado atrapar era porque Osmond había tenido mano firme para ello; tal vez mereciera la pena hacer una reflexión. Isabel no había encontrado mente más ingeniosa, más flexible, más cultivada, más entrenada para la realización de admirables ejercicios, pero ahora se las tenía que ver precisamente con ese mismo y exquisito instrumento. Le sobrevino una enorme congoja cuando pensó en la magnitud de la decepción que él debía de haber sufrido, tanta que, dadas las circunstancias, incluso la asombraba que no la odiara aún más. Recordaba muy bien la primera muestra que él había dado de ese odio, que había sido como el timbre que anunciaba que se iba a levantar el telón del verdadero drama de sus vidas. Un día él le había dicho que tenía demasiadas ideas, y que debería librarse de ellas. Ya se lo había dicho antes de que se casaran, pero entonces Isabel no había caído en la cuenta, y solo lo había recordado con posterioridad. Esa segunda vez sí que lo había captado enseguida, porque él se lo había dicho en serio. Las palabras de Osmond habían sonado insignificantes al pronunciarlas, pero, a la luz de su cada vez más profunda experiencia, a Isabel le habían parecido portentosas. Osmond se lo había dicho totalmente en serio: le habría gustado que ella no tuviese nada propio, salvo su hermoso aspecto. Isabel sabía que tenía demasiadas ideas, incluso más de las que él se figuraba, muchas más de las que le había expresado cuando él le había pedido la mano. Sí, Isabel había sido hipócrita por la sencilla razón de que Osmond le gustaba mucho. Tenía demasiadas ideas que se reservaba para sí misma, pero, al fin y al cabo, para eso se casaba uno, para compartirlas con la otra persona. No se podían arrancar de raíz, aunque sin duda se podían reprimir teniendo mucho cuidado en no manifestarlas. No obstante, la cuestión no era que a Osmond no le gustara que ella tuviese opiniones, eso no era lo importante. Isabel no tenía ninguna que no hubiese estado dispuesta a sacrificar en aras de la satisfacción de sentirse amada por haberlo hecho. Pero a lo que se había referido Osmond era a todo el conjunto: al carácter de Isabel, a su forma de sentir, a su propio juicio. Eso era lo que ella se había reservado, lo que él no había conocido hasta que se había encontrado con ello frente a frente y con la puerta cerrada a sus espaldas. Isabel tenía cierta manera de ver la vida que él se tomaba como una ofensa personal. Bien sabía el cielo que ahora, al menos, se trataba de una manera muy humilde y complaciente. Lo extraño era que ella no hubiese sospechado desde el principio que la manera de ver la vida de él fuese tan diferente. Le había parecido tan amplia, tan ilustrada, tan propia de un hombre honrado y de un caballero. ¿No le había asegurado él que carecía de supersticiones y de aburridas limitaciones, de que sus prejuicios habían perdido toda lozanía? ¿No tenía todo el aspecto de ser un hombre que vivía

libremente en el mundo, indiferente a cualquier consideración insignificante, tan solo interesado en la verdad y la sabiduría, y convencido de que dos personas inteligentes debían buscarlas juntos y, las encontrasen o no, al menos obtener algo de felicidad durante la búsqueda? Él le había dicho que le encantaba lo convencional, pero en cierto sentido dicha afirmación resultaba muy noble. Era por eso, por su amor a la armonía, al orden, a la decencia y a todo lo más solemne de la vida, por lo que ella había decidido libremente acompañarlo, y la advertencia de él no había parecido contener ningún mal presagio. Pero, conforme habían pasado los meses y ella lo había seguido aún más allá, él la había conducido hasta su propia morada, y fue entonces cuando Isabel se había dado cuenta de dónde estaba en realidad.

Isabel revivió de nuevo el terror lleno de incredulidad que le había producido captar las verdaderas dimensiones de aquel lugar. Desde entonces vivía entre esas cuatro paredes, que la rodearían el resto de su vida. Era la casa de la oscuridad, de la vacuidad, de la asfixia. La hermosa mente de Osmond no le proporcionaba luz ni aire; de hecho, más bien parecía asomarse por una pequeña ventana desde las alturas y burlarse de ella. Por supuesto, no se trataba de un sufrimiento físico, pues para eso podría haber remedio. Isabel podía ir y venir a su antojo, tenía plena libertad, y su marido era muy educado con ella. Pero él se tomaba a sí mismo tan en serio que resultaba espantoso. Por debajo de toda su cultura, su inteligencia, su amenidad, su bondad, su tranquilidad, su conocimiento de la vida, yacía escondido su egoísmo como una serpiente en un campo de flores. Ella le había tomado en serio, pero no hasta ese punto. ¿Cómo podría haberlo hecho, cuando había conocido a un Osmond mejor? Ella tenía que pensar de él como él pensaba de sí mismo: como el mejor caballero de Europa. Así lo había considerado al principio, y de hecho esa era la razón por la que se había casado con él. Pero, cuando comenzó a ver todo lo que eso implicaba, se echó atrás, porque había más en ese vínculo de lo que ella había querido suscribir. Implicaba un soberano desprecio por todos, salvo por tres o cuatro personas de posición muy elevada a las que Osmond envidiaba, así como por todo, salvo por media docena de ideas propias. Tampoco era que Isabel tuviese nada que objetar a eso, y habría seguido avanzando a su lado durante un largo trecho, pues de esa manera él le mostraba tanto de la bajeza y mezquindad de la vida, le abría tanto los ojos a la estupidez, la depravación y la ignorancia de la humanidad, que Isabel había quedado debidamente impresionada por la infinita vulgaridad de todo y valoraba la virtud de conseguir que no le salpicara a uno. Pero, al parecer, resultaba que al final era para ese mundo bajo e innoble para el que había que vivir; nunca había que perderlo de vista, pero no para iluminarlo, convertirlo o redimirlo, sino para extraer de él el convencimiento de la propia superioridad de uno mismo. Por un lado, era un mundo despreciable, pero por otro te ofrecía el patrón por el que medirte. Osmond había hablado a Isabel de su

renuncia, de su indiferencia, de la facilidad con que había prescindido de las habituales ayudas para triunfar, y a ella todo eso le había parecido admirable. Lo había considerado un ejemplo de grandiosa indiferencia y de exquisita independencia. Pero en realidad la indiferencia era la última de las cualidades de Osmond, pues Isabel nunca había visto a nadie que estuviese tan pendiente de los demás. Ella podía reconocer sin ambages que el mundo siempre le había interesado, y que el estudio de sus congéneres era su mayor y constante pasión. No obstante, no le habría importado renunciar a toda su curiosidad y simpatías con tal de disfrutar de una vida propia, siempre que la persona implicada la hubiese podido convencer de que con ello saldría ganando. Al menos tal era su convicción en esos momentos, y sin duda de esa manera todo habría sido más fácil que tener que preocuparse por la sociedad del modo en que Osmond lo hacía.

Él era incapaz de vivir sin la sociedad, e Isabel había terminado por darse cuenta de que en realidad nunca había podido. No había dejado de observarla desde su ventana incluso cuando parecía estar más distante de ella. Osmond tenía su ideal, del mismo modo que Isabel había intentado tener el suyo; pero resultaba muy extraño ver de qué formas tan distintas buscaban las personas la justicia. El ideal de Osmond era un concepto de alta prosperidad y propiedad, de una vida aristocrática que, como Isabel veía ahora con claridad, él creía haber llevado siempre, al menos en esencia. Nunca había renunciado a él ni siquiera durante una hora; nunca se habría recuperado de la vergüenza de hacerlo. De nuevo no había nada malo en eso, y ella también podría haber estado de acuerdo, pero el problema estaba en que ambos atribuían ideas muy diferentes, asociaciones y deseos muy distintos, a las mismas fórmulas. El concepto que Isabel tenía de la vida aristocrática consistía sencillamente en la unión de un gran conocimiento con una gran libertad; el conocimiento te otorgaba un sentido del deber y la libertad un sentido del disfrute. Pero para Osmond era en conjunto una cuestión de formas, una actitud consciente y calculada. A él le gustaba lo antiguo, lo consagrado, lo transmitido; a ella también, pero se reservaba el derecho de utilizarlo a su antojo. Él sentía una enorme estima por la tradición; le había dicho en una ocasión que no había nada mejor que tener tradiciones y que, si uno sufría la desgracia de carecer de ellas, debía intentar conseguirlas de inmediato. Isabel sabía que lo que había querido decir era que ella no tenía tradiciones, mientras que él estaba mucho mejor provisto, aunque Isabel nunca había conseguido averiguar de dónde había sacado él las suyas. No obstante, Osmond poseía una gran colección de ellas; de eso no cabía la menor duda, como Isabel comenzó a comprobar al poco de casarse. Lo importante era actuar de acuerdo con las mismas, y esa importancia no solo le concernía a él, sino también a ella. Isabel tenía la vaga convicción de que, para que unas tradiciones pudieran servir a otra persona a la que no le pertenecieran, estas habían de ser de un orden muy superior. Pero

aun así consintió a seguir esa indicación de que ella también debía marchar al son de esa solemne música que emanaba de unas épocas ignotas del pasado de su marido; ella, que en los últimos tiempos se había movido con un paso tan libre, tan poco metódico, tan sinuoso, tan opuesto al procesional. Había ciertas cosas que ambos debían hacer, cierta postura que debían adoptar, ciertas personas a las que debían conocer y otras a las que no. Cuando Isabel vio que ese rígido sistema se cerraba en torno suyo, por más que estuviera drapeado con bonitos tapizados, comenzó a poseerla esa sensación de oscuridad y asfixia de la que he hablado. Se sintió encerrada y rodeada por un intenso olor a moho y putrefacción. Se había resistido, por supuesto; al principio con humor, ironía, cariño; después, conforme la situación fue empeorando, con ansia, pasión, súplica. Había suplicado en pro de la libertad, de hacer lo que ambos quisieran, de no preocuparse por el aspecto ni la catalogación de su vida: en pro de otros instintos y anhelos, de otro ideal bien distinto.

Fue entonces cuando la verdadera personalidad de su marido, al sentirse atacado como nunca, salió a la luz y se irguió ante ella. Respondió a cuanto le había dicho solo con desprecio, e Isabel se dio cuenta de que se avergonzaba de ella hasta límites indescriptibles. ¿Qué pensaba de ella... que era baja, vulgar, innoble? Cuando menos, ahora sabía que carecía de tradiciones. Osmond no había previsto que ella fuese a manifestar semejante simpleza; sus ideas y sentimientos parecían, como mucho, dignos de un periódico radical o de un predicador unitario. Pero la verdadera ofensa, como Isabel terminó por percibir, radicaba en el hecho de que ella tuviese una mente con ideas propias. La mente de ella había de ser de él, había de estar unida a la suya como un pequeño jardincillo a un gran coto de caza. Él rastrillaría la tierra con suavidad y regaría las flores; él arrancaría las malas hierbas y de vez en cuando recogería un ramillete. Sería una bonita propiedad para un terrateniente con grandes posesiones. Osmond no quería que ella fuese estúpida. Por el contrario, si la apreciaba era precisamente porque era inteligente. Pero esperaba que su inteligencia estuviese por completo a su servicio y, lejos de desear que su entendimiento fuese nulo, se enorgullecía de que fuese tan receptiva. Esperaba que su esposa sintiera con él y por él, que hiciese suyas sus opiniones, sus ambiciones, sus preferencias, e Isabel se vio obligada a reconocer que eso tampoco era una gran insolencia por parte de un hombre tan completo y de un marido tan cariñoso, al menos a su peculiar estilo. Pero había ciertas cosas que ella nunca podría aceptar. Para empezar, había algunas que eran repugnantes y sucias. Isabel no era ninguna hija de puritanos, pero aun así creía en cosas como la castidad e incluso la decencia. Las creencias de Osmond, por el contrario, parecían ir mucho más allá de eso, y algunas de sus tradiciones hacían que Isabel tuviera que recogerse aún más las faldas. ¿Acaso todas las mujeres tenían amantes? ¿Todas mentían e incluso las mejores tenían precio? ¿Solo había tres o cuatro que no engañaban a sus maridos? Cuando

Isabel oía tales cosas, sentía mayor desprecio por ellas que por los cotilleos de pueblo, un desprecio que se mantuvo fresco incluso en un ambiente tan viciado. Estaba la mancha de su cuñada, pero ¿es que su marido solo se basaba en la condesa Gemini para emitir tales juicios? Dicha dama mentía muy a menudo, y había practicado engaños que no eran solo verbales. Ya era bastante que esos hechos formasen parte de las tradiciones de Osmond: no había necesidad de generalizarlos de forma tan amplia. Fue el desprecio de Isabel por sus supuestos lo que hizo que él se irguiera ante ella. Osmond sentía un gran desprecio por muchas cosas, y resultaba apropiado que su esposa estuviese igual de bien equipada; pero que ella dirigiese la luz candente de su desdén hacia las ideas de su marido era un riesgo que no estaba dispuesto a aceptar. Osmond pensó que debería haber moldeado las emociones de Isabel antes de que llegaran a ese punto, y a esta no le costó nada imaginar cómo le habrían ardidido las orejas a su marido al descubrir que se había confiado demasiado. Cuando tenías una esposa que te provocaba tal sensación, no te quedaba más remedio que odiarla.

Isabel estaba profundamente convencida de que ese sentimiento de odio, que al principio había servido a Osmond de refugio y solaz, se había convertido en la principal ocupación y consuelo de su vida. Era un sentimiento muy intenso porque era sincero, sobre todo después de que Osmond tuviera la revelación de que, a fin de cuentas, ella podría prescindir de él. Si a la propia Isabel dicha idea le había causado un gran sobresalto, y en un principio le había parecido una especie de infidelidad, una predisposición a mancillarse ella también, ¿cuál no sería la magnitud del efecto que habría tenido en él? La respuesta era muy sencilla: Osmond la despreciaba; ella no tenía tradiciones, solo las miras morales de un pastor unitario. ¡La pobre Isabel, que nunca había sido capaz de entender el unitarismo! Esa era la certeza con la que llevaba algún tiempo viviendo y que ya había dejado de sopesar. ¿Qué le aguardaba ahora, qué le deparaba su futuro conyugal? Esa era la pregunta que se hacía constantemente. ¿Qué iba a hacer ella... o qué debería hacer? ¿A qué conducía que un hombre odiase a su mujer? Ella no le odiaba, de eso estaba segura, pues de vez en cuando sentía el arrebatado de darle alguna agradable sorpresa. No obstante, a menudo se sentía asustada, y era entonces cuando le venía la idea, como ya he apuntado, de que era ella la que lo había engañado al principio de conocerse. En cualquier caso, su matrimonio era extraño, y su vida horrible. Hasta esa mañana él apenas le había hablado durante una semana entera, y había mantenido una actitud tan seca como un fuego consumido. Ella sabía que había una razón concreta para eso: estaba disgustado porque Ralph Touchett se hubiese quedado en Roma. Pensaba que Isabel veía demasiado a su primo, y hasta le había dicho una semana antes que era indecente que fuese a visitarlo a su hotel. Le habría dicho aún más si la invalidez de Ralph no hubiese convertido en algo brutal cualquier acusación

que hubiera podido hacer contra él, pero tener que contenerse solo había servido para hacer aún mayor su disgusto. Isabel veía todo eso con la misma claridad con que veía la hora en la esfera del reloj de enfrente. Era perfectamente consciente de que el interés que sentía por su primo provocaba la ira de su marido tanto como si se hubiese visto obligado a encerrarla en su habitación... lo cual, estaba segura, era lo que le gustaría hacer. Isabel creía sinceramente que, en general, su actitud no era desafiante, pero desde luego tampoco podía fingir que Ralph le era indiferente. Estaba convencida de que se estaba muriendo y de que ya no volvería a verlo, y eso despertaba en ella una ternura hacia él como jamás había sentido antes. Nada le producía ya ningún placer. ¿Cómo podía sentir algún placer una mujer que sabía que había tirado su vida por la borda? Tenía un constante peso en el corazón, y lo veía todo bajo una luz lívida. Pero las visitas a Ralph eran una antorcha en la oscuridad, pues durante la hora que pasaban juntos el dolor que sentía por sí misma se convertía de algún modo en dolor por él. En esos momentos sentía como si Ralph fuera su hermano. Nunca había tenido un hermano, pero si lo hubiera tenido, y si ella hubiese estado abrumada por los problemas y él moribundo, le habría tenido el mismo cariño que le tenía a Ralph. Ah, sí; si Gilbert sentía celos, puede que tuviese motivos, pues su concepto de él no mejoraba después de haber estado con Ralph. No era que hablasen de él, ni que ella se quejara. Nunca lo nombraban: se trataba sencillamente de que Ralph era generoso y su marido no. Había algo en la conversación de Ralph, en su sonrisa, en el mero hecho de que estuviera en Roma, que hacía que el maldito círculo alrededor del cual caminaba Isabel se ensanchara de pronto. Hacía que percibiera lo bueno del mundo, que sintiera lo que podría haber sido su vida. Al fin y al cabo, Ralph era tan inteligente como Osmond... aparte de ser mucho mejor que él. Por lo tanto, Isabel consideraba que era una demostración de afecto ocultarle su sufrimiento. Se lo ocultaba con mucho cuidado, y mientras hablaban estaba constantemente cerrando cortinas y moviendo pantallas. De pronto revivió —nunca llegó a morir en ella— aquella mañana en el jardín de Florencia en la que Ralph la había advertido con respecto a Osmond. Solo tenía que cerrar los ojos y volver a ver el lugar, volver a oír su voz, volver a sentir el cálido y dulce aire. ¿Cómo pudo saberlo? Era todo un misterio, un prodigio de sabiduría. ¿Acaso era tan inteligente como Gilbert? Tenía que serlo, y mucho más, para haber llegado a esa conclusión. Gilbert nunca había sido tan profundo ni tan justo. Isabel le dijo entonces a Ralph que, al menos por boca por ella, nunca sabría si tenía razón en su advertencia; y eso es lo que procuraba hacer ahora. Era una tarea muy laboriosa, pues tenía mucho de pasional, exaltado y religioso. A veces las mujeres encuentran su religión en las actividades más extrañas, y en esos momentos Isabel, al interpretar un papel ante su primo, tenía la sensación de estar haciéndole un favor. Quizá lo habría sido si por un solo momento hubiera

logrado engañarle. Pero, tal y como estaban las cosas, tal favor consistía básicamente en hacerle creer que en aquella ocasión Ralph la había herido mucho y que lo ocurrido le había puesto en evidencia, pero, como ella era tan generosa y él estaba tan enfermo, no le guardaba ningún rencor, e incluso tenía la consideración de no restregarle por la cara lo feliz que era. Mientras yacía en el sofá, Ralph sonreía para sus adentros, ante tan insólita muestra de consideración, pero la perdonaba por haberlo perdonado. Isabel no quería darle el disgusto de que supiera que ella era infeliz; eso era lo importante, y daba igual que el saberlo hubiera servido para demostrar que él tenía razón.

Isabel permaneció durante largo tiempo en el silencioso salón incluso después de que el fuego se hubiese extinguido. No era de temer que pasara frío, ya que se hallaba en un estado febril. Oyó dar los cuartos y después las horas, pero en su vigilia no prestaba atención al tiempo. Su mente, asaltada por constantes visiones, mostraba una frenética actividad, y daba igual que las visiones le llegaran allí, donde las recibía sentada, que en la cama, donde solo fingiría estar descansando. Como he dicho, estaba convencida de que su actitud no era desafiante, y no había mejor prueba de ello que el hecho de quedarse allí buena parte de la noche intentando convencerse de que no había ninguna razón por la que Pansy no debiera casarse. Cuando el reloj dio las cuatro se levantó. Se disponía por fin a acostarse, pues hacía tiempo que la lámpara se había apagado y las velas se habían consumido. Pero, incluso entonces, se detuvo en mitad de la sala y se quedó contemplando una visión que había vuelto a recordar: la de su marido y madame Merle inadvertidamente unidos en actitud familiar.

43

Tres noches después de aquello, Isabel llevó a Pansy a una gran fiesta a la que Osmond, que nunca asistía a bailes, no las acompañó. Pansy estaba tan encantada de ir a un baile como siempre; no iba con su carácter hacer generalizaciones, y no había hecho extensiva a otros placeres la severa prohibición que le habían impuesto sobre los amorosos. Si estaba aguardando al momento oportuno o esperaba poder embaucar a su padre, Pansy debía de haber previsto que lo conseguiría. No obstante, Isabel consideraba todo eso muy poco probable; más bien parecía que Pansy hubiese decidido sencillamente ser una buena chica. Nunca había tenido una ocasión tan propicia, y ella apreciaba las grandes ocasiones como correspondía. Se comportaba con la misma cortesía de siempre y controlaba sus vaporosas faldas con la misma atención; apretaba el ramillete con fuerza y contaba las flores una y otra vez. Hizo que Isabel se sintiera mayor, ya que hacía una

eternidad que no experimentaba la menor emoción por asistir a una fiesta. Pansy fue muy admirada y no le faltaron parejas de baile, por lo que al poco de que llegaron dio a Isabel, que no estaba bailando, el ramillete para que se lo sujetara. Isabel llevaba varios minutos haciéndole ese favor cuando se dio cuenta de que tenía a Edward Rosier cerca. Este estaba delante de ella; había perdido su afable sonrisa y mostraba una expresión de férrea determinación marcial. Isabel habría sonreído ante ese cambio de aspecto, ya que Rosier siempre había olido más a heliotropo que a pólvora, de no haber sabido que en el fondo el suyo era un caso difícil. Él la miró un momento con expresión un tanto fiera, como para indicarle que era peligroso, y luego bajó la vista al ramo. Al inspeccionarlo su actitud se suavizó, y se apresuró a decir:

—Son todo pensamientos, así que tiene que ser de ella.

Isabel sonrió con amabilidad.

—Sí, es de ella. Me lo ha dado para que se lo sujete.

—¿Lo puedo sujetar yo un momento, señora Osmond? —preguntó el apesadumbrado joven.

—No, no me fío de usted. Tengo miedo de que no me lo devuelva.

—La verdad es que me temo que lo haría. Saldría corriendo de aquí con él. ¿No puedo, por lo menos, quedarme una flor?

Isabel dudó un momento y, sin dejar de sonreír, le ofreció el ramillete.

—Escójala usted mismo. Es una temeridad todo lo que hago por usted.

—Ojalá pudiese hacer aún más, señora Osmond —dijo Rosier con el monóculo en el ojo mientras escogía la flor cuidadosamente.

—Ni se le ocurra ponérsela en el ojal —le advirtió Isabel.

—Quiero que me la vea puesta. Se ha negado a bailar conmigo, pero quiero demostrarle que todavía creo en ella.

—Está muy bien que se lo demuestre a ella, pero no a todos los demás. Su padre le ha dicho que no baile con usted.

—¿Es eso todo lo que puede hacer usted por mí? Esperaba más de usted, señora Osmond —dijo el joven en un tono de simple constatación—. Al fin y al cabo, nuestra amistad se remonta a mucho tiempo atrás, casi a los días de nuestra inocente niñez.

—No me haga sentir tan vieja —replicó Isabel con paciencia—. Siempre saca ese tema y yo nunca lo niego, pero he de decirle que, por muy viejos amigos que seamos, si me hubiese hecho el honor de pedirme que me casara con usted, lo habría rechazado al momento.

—Entonces eso quiere decir que no siente usted el menor aprecio por mí. Diga sin tapujos que piensa que solo soy un vulgar mequetrefe parisino.

—Le aprecio mucho, pero no estoy enamorada de usted. Me refiero, por supuesto, a que no estoy enamorada de usted por Pansy.

—Muy bien, comprendo. Se compadece de mí... eso es todo.

Y Edward Rosier miró a su alrededor a través del monóculo con aire de indiferencia. Para él era toda una revelación enterarse de que no complacía a la gente todo lo que creía, pero al menos tenía el suficiente orgullo para no demostrar que consideraba dicha deficiencia como algo general.

Durante unos instantes Isabel no dijo nada. La actitud y aspecto de Rosier no tenían la dignidad de las grandes tragedias, como ponía de relieve el monóculo, entre otras cosas. Pero de pronto se sintió conmovida porque, al fin y al cabo, su propia desdicha tenía algo en común con la de él, y más que nunca cayó en la cuenta de que tenía ante sí, de forma reconocible aunque no muy romántica, el hecho más conmovedor del mundo: el amor joven luchando contra la adversidad.

—¿De verdad sería muy bueno con ella? —preguntó finalmente en voz baja.

Él bajó los ojos con devoción y se llevó la pequeña flor que tenía entre los dedos a los labios. Luego miró a Isabel.

—Se compadece usted de mí; pero ¿no se compadece un poco de ella?

—No lo sé, no estoy segura. Ella disfrutará siempre de la vida.

—Depende de a lo que llame usted vida —afirmó el señor Rosier con mucha intención—. Seguro que no le gustará que la torturen.

—No le pasará nada de eso.

—Me alegra oírlo. Ella sabe lo que le conviene, ya verá.

—Creo que sí, y por eso nunca desobedecerá a su padre. Pero ya vuelve —añadió Isabel—, así que he de rogarle que se marche.

Rosier se quedó un momento hasta que apareció Pansy del brazo de su acompañante, y entonces solo permaneció el tiempo justo para mirarla a la cara. Después se marchó con la cabeza bien alta, y el modo en que realizó ese sacrificio a la conveniencia convenció a Isabel de que estaba muy enamorado.

Pansy, cuyo atuendo rara vez se descomponía al bailar, regresó con aspecto fresco y relajado después del ejercicio y, tras esperar un momento, volvió a coger el ramillete. Isabel la observó y vio que estaba contando las flores, lo cual le hizo decirse para sus adentros que sin duda había en juego fuerzas más

profundas de las que había contemplado. Pansy había visto a Rosier retirarse, pero no dijo nada sobre él a Isabel; solo le habló de su pareja de baile después de que este hiciera una reverencia y se marchara; de la música, de la pista, y de la lamentable y poco frecuente desgracia de que ya se hubiera hecho un pequeño desgarrón en el vestido. No obstante, Isabel estaba segura de que había descubierto que su enamorado le había sustraído una flor, aunque no hacía falta saber eso para explicar la diligente gracilidad con la que Pansy respondió a la siguiente petición para bailar que recibió. Ese perfecto donaire cuando se estaba bajo una intensa presión formaba parte del gran esquema de las cosas. Pansy volvió a ser conducida a la pista de baile por un ruborizado joven, y esa vez se llevó el ramo. No llevaba mucho tiempo ausente cuando Isabel vio a lord Warburton avanzando entre la multitud. Al momento se le acercó y la saludó; no se veían desde el día anterior. Él miró a su alrededor, y a continuación preguntó:

—¿Dónde está la damita?

De ese modo inocente acostumbraba a referirse a la señorita Osmond.

—Está bailando —contestó Isabel—. Seguro que la ve por ahí.

Lord Warburton miró entre los que bailaban hasta que localizó a Pansy.

—Me ve, pero no reparará en mí —comentó entonces—. ¿No baila usted?

—Como puede ver, nadie me saca.

—¿Quiere bailar conmigo?

—Gracias, pero prefiero que lo haga con la damita.

—Una cosa no quita la otra, puesto que ella ya tiene pareja.

—No tiene pareja para todos los bailes, así que se puede reservar para ella. De ese modo, como ella baila con tanto brío, estará usted más descansado.

—Baila maravillosamente bien —dijo lord Warburton mientras seguía las evoluciones de Pansy con la mirada—. Ah, por fin —añadió—, me ha dedicado una sonrisa. —Allí estaba él, con su rostro atractivo, relajado e importante, y mientras Isabel lo observaba volvió a pensar que era extraño que un hombre de su valía se interesase por una damita. Le pareció una gran incongruencia, pues ni la pequeña fascinación que Pansy pudiera ejercer en él, ni la propia amabilidad, bondad o incluso la extrema y constante necesidad de entretenimiento de lord Warburton, bastaban para explicarlo—. Me gustaría bailar con usted —dijo al cabo de un momento, girándose hacia Isabel—, pero preferiría que hablásemos.

—Sí, es mejor, y más propio de su dignidad. Los grandes estadistas no deberían bailar vals.

—No sea cruel conmigo. En ese caso, ¿por qué me recomienda que baile con la señorita Osmond?

—Bueno, no es lo mismo. Si baila con ella, simplemente parecerá un amable detalle... para entretenerla. Si baila conmigo, parecerá que lo hace usted para divertirse.

—¿Acaso no tengo derecho a divertirme?

—No, cuando tiene sobre sus hombros el peso de todos los asuntos del Imperio británico.

—¡Al infierno el Imperio británico! Siempre se está usted riendo de mí.

—Diviértase hablando conmigo —dijo Isabel.

—No estoy seguro de que constituya una verdadera diversión. Es usted demasiado mordaz, y siempre tengo que estar defendiéndome. Además, esta noche parece tener más peligros de lo habitual. ¿De verdad que no quiere bailar?

—No puedo moverme de aquí, para que Pansy me encuentre.

Lord Warburton permaneció en silencio durante un instante.

—Es usted muy buena con ella —dijo de repente.

Isabel lo miró fijamente y sonrió.

—¿Se puede imaginar a alguien que no lo fuera?

—No, por supuesto que no. Sé lo encantadora que es. Pero usted debe de haber hecho mucho por ella.

—Me limito a hacer que salga conmigo —contestó Isabel, que seguía sonriendo—. Y me encargo de que lleve la ropa adecuada.

—Su compañía debe de ser de gran ayuda para ella. Usted habla con ella, le da consejos, la ayuda a desenvolverse.

—Sí, claro; si no es una rosa, por lo menos ha vivido cerca de una.

E Isabel se echó a reír, y también su acompañante, pero había cierta preocupación visible en el rostro de lord Warburton que impedía su plena hilaridad.

—Todos intentamos vivir lo más cerca posible de ella —dijo tras vacilar un momento.

Isabel se giró. Estaban a punto de traerle a Pansy de nuevo, y se alegró de contar con esa excusa. Sabemos lo mucho que apreciaba a lord Warburton, al que consideraba incluso más agradable de lo que la suma de sus méritos le

otorgaban. Había algo en su amistad que parecía una especie de recurso en caso de tener cualquier imprevista necesidad; era como tener un gran saldo a favor en el banco. Isabel se sentía más feliz cuando él estaba en la misma estancia, y cierta tranquilidad cuando él se le acercaba. El sonido de su voz le recordaba la benevolencia de la naturaleza. Y sin embargo, pese a todo eso, no le gustaba tenerlo demasiado cerca, ni que diese tan por descontado que lo apreciaba. Eso le daba miedo, le provocaba rechazo, e intentaba impedirlo. Pensaba que, en el caso de que le pareciese que él se acercaba, por así decirlo, demasiado, debería surgir de ella el impulso de advertirle que mantuviese las distancias. Pansy volvió a ella con otro pequeño desgarrón en la falda, consecuencia inevitable del primero, que le mostró con expresión seria. Había demasiados caballeros de uniforme, que llevaban esas terribles espuelas que resultaban fatales para los vestidos de las damitas. Entonces se hizo evidente que las mujeres cuentan con innumerables recursos. Isabel se apresuró en arreglar los profanados ropajes de Pansy, para lo cual tanteó hasta encontrar un alfiler con el que reparar el desaguisado, al tiempo que sonreía y escuchaba el relato de las aventuras de la joven. Su atención y simpatía fueron manifiestas e inmediatas, además de directamente proporcionales a una sensación con la que no estaban relacionadas en absoluto: a la vívida conjetura que rondaba a Isabel en esos momentos de que lord Warburton estuviera intentando cortejarla. No se trataba tan solo de las palabras que acababa de decir, sino también de otras, llenas de continuas alusiones. En eso era en lo que estaba pensando mientras arreglaba el vestido de Pansy. Si así era, como Isabel se temía, estaba claro que lord Warburton lo hacía de forma involuntaria, sin darse cuenta de toda la atención que le prestaba. Pero eso no hacía la situación menos propicia ni menos imposible. Cuanto antes reanudara él la relación correcta con las cosas, mucho mejor. De inmediato lord Warburton comenzó a hablar con Pansy, para quien sin duda tuvo que resultar desconcertante ver que le dedicaba una sonrisa de casta devoción. Pansy contestó, como era habitual en ella, con cierto aire de concienzuda aplicación; él tenía que inclinarse mucho para hablar con la joven, mientras los ojos de Pansy, como también era habitual, recorrían de arriba abajo su robusta persona como si él se la ofreciera para exhibirla ante ella. Pansy siempre parecía un poco asustada, pero su miedo no era de esa clase que sugiere que te desagrade la otra persona; por el contrario, la joven tenía aspecto de saber que él sabía que a ella le agradaba. Isabel los dejó solos un rato y se dirigió a donde estaba una amiga a la que vio por allí cerca y con quien estuvo hablando hasta que comenzó la música del siguiente baile, para el que sabía que Pansy también estaba comprometida. La joven se unió a ella al cabo de un momento un poco sonrojada, e Isabel, que obedecía escrupulosamente la consigna de Osmond de que su hija debía depender por completo de ella, la entregó a modo de valioso préstamo temporal a su nueva pareja de baile. Isabel tenía sus propias ideas y reservas con respecto a esa

cuestión. En ocasiones le daba la impresión de que el hecho de que Pansy se aferrara de esa forma tan exagerada a ella hacía que ambas resultaran ridículas. Pero Osmond le había hecho una especie de retablo sobre cuál debía ser su posición como dueña de su hija, que consistía en alternar con gentileza entre la concesión y la restricción, y había ciertas indicaciones de Osmond que a Isabel le gustaba pensar que obedecía a pies juntillas. Quizá fuese porque, en lo tocante a algunas de esas indicaciones, el hecho de obedecerlas terminaba por reducirlas al absurdo.

Cuando Pansy se volvió a marchar, Isabel vio que lord Warburton se le acercaba de nuevo. Lo miró fijamente, como deseando poder adivinar sus pensamientos, pero él no parecía dar muestra alguna de confusión.

—Me ha prometido que luego bailará conmigo —dijo.

—Me alegro. Supongo que le habrá pedido el cotillón.

Él pareció un poco incómodo al oír eso.

—No, no le he pedido que me conceda ese baile, sino una cuadrilla.

—¡Ay, qué poco inteligente de su parte! —dijo Isabel casi enfadada—. Le dije a Pansy que se reservase el cotillón por si usted se lo pedía.

—¡Pobre damita, quién se lo iba a imaginar! —Y lord Warburton se echó a reír con toda franqueza—. Por supuesto, se lo pediré si usted quiere.

—¿Si yo quiero? A ver si va a resultar que solo baila con ella porque yo quiero...

—Tengo miedo de aburrirla. Parece tener a un montón de jóvenes apuntados en su carnet de baile.

Isabel bajó la mirada y comenzó a reflexionar rápidamente, mientras sentía con intensidad cómo lord Warburton la observaba, hasta el punto de que le dieron ganas de pedirle que dejara de hacerlo. Sin embargo, no lo hizo; al cabo de un momento, tras levantar la vista de nuevo, se limitó a afirmar:

—Le aseguro que no le entiendo.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Me dijo hace diez días que le gustaría casarse con mi hijastra. ¡No puede haberlo olvidado!

—¿Cómo lo iba a olvidar? Precisamente esta mañana he escrito al señor Osmond comunicándoselo.

—Ah —dijo Isabel—. Pues no me ha dicho nada.

Lord Warburton balbuceó un poco.

—Es que... no he enviado la carta.

—No me diga que se le ha olvidado.

—No, es que no terminaba de gustarme. Cuesta bastante escribir una carta de ese tipo. Pero la enviaré esta noche.

—¿A las tres de la madrugada?

—Quiero decir más adelante, en el transcurso del día.

—Muy bien. Entonces, ¿aún quiere casarse con ella?

—Por supuesto.

—¿Y no le da miedo que pueda aburrirla? —Y como su interlocutor se la quedara mirando fijamente al oír esa pregunta, Isabel añadió—: Si no puede bailar con usted media hora, ¿cómo podrá bailar con usted toda la vida?

—Bueno —se apresuró a decir lord Warburton—, la dejaré que baile con otras personas. Con respecto al cotillón, la verdad es que pensaba que usted... que usted...

—¿Que lo bailarías con usted? Le he dicho que no pensaba bailar.

—En efecto. Por eso, cuando llegue el cotillón, podemos buscar algún rincón tranquilo en el que sentarnos a hablar.

—Es usted demasiado atento conmigo —dijo Isabel en tono serio.

Cuando llegó el cotillón, resultó que Pansy ya lo había concedido por su cuenta, al pensar con toda humildad que lord Warburton no tenía intención de pedirselo. Isabel recomendó a este que buscara otra pareja, pero él le aseguró que no bailarías con nadie salvo con ella. Sin embargo, como, pese a las reconvenciones de su anfitriona, Isabel ya había declinado otras invitaciones alegando que no le apetecía bailar, no le fue posible hacer una excepción en favor de lord Warburton.

—Después de todo, me da igual no bailar —dijo este—. Es un entretenimiento bárbaro: prefiero mucho más hablar.

Y le dio a entender que había encontrado justo el rincón que había estado buscando, un tranquilo recoveco en uno de los salones más pequeños, adonde la música les llegarías débilmente de manera que no entorpeciera su conversación. Isabel había decidido acceder a su plan, pues quería sentirse complacida. Salió del salón de baile con él, aunque sabía que su marido no quería que perdiese de vista a su hija en ningún momento. No obstante, se iba con el prétendant de esta, a lo cual Osmond no pondría ninguna objeción. Cuando salía del salón de baile, se encontró con Edward Rosier, que estaba en la puerta con los brazos cruzados mirando el baile con la actitud de un joven

sin ilusiones. Isabel se detuvo un momento y le preguntó si no bailaba.

—Por supuesto que no, si no puedo bailar con ella —contestó.

—Entonces lo mejor que puede hacer es marcharse —dijo Isabel en tono de estar dándole un buen consejo.

—No pienso irme hasta que se vaya ella.

Y dejó pasar a lord Warburton sin tan siquiera mirarle. El aristócrata, en cambio, sí que se había fijado en aquel joven melancólico, y preguntó a Isabel quién era su abatido amigo, comentando que le sonaba haberlo visto en alguna otra ocasión.

—Es el joven del que le he hablado, el que está enamorado de Pansy.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Se le ve bastante mal.

—Razones no le faltan. Mi marido no quiere escucharle.

—¿Y eso por qué? —preguntó lord Warburton—. Parece inofensivo.

—No tiene mucho dinero, y tampoco es muy inteligente.

Lord Warburton escuchó con interés, y pareció quedar muy sorprendido por esa descripción de Edward Rosier.

—¡Vaya! —exclamó—. Pues parece un joven acomodado.

—Y lo es, pero mi marido es muy particular para esas cosas.

—Ah —dijo lord Warburton, y tras hacer una pausa se aventuró a preguntar—: ¿Cuánto dinero tiene?

—Unos cuarenta mil francos al año.

—¿Mil seiscientas libras? Ah, pero si eso está muy bien.

—Eso creo yo, pero mi marido tiene ideas más ambiciosas.

—Sí, ya me he dado cuenta de que su marido tiene ideas muy ambiciosas. ¿Y de verdad es idiota ese joven?

—¿Idiota? No, ni mucho menos. Es encantador. Yo misma estuve enamorada de él cuando él tenía doce años.

—Pues ahora no parece tener muchos más —replicó lord Warburton vagamente mientras miraba a su alrededor, tras lo cual añadió con más convicción—: ¿Qué le parece si nos sentamos aquí?

—Donde usted quiera.

La estancia era una especie de salón tocador, y estaba inundada por una matizada luz rosácea. Una dama y un caballero salieron de la misma al entrar

ellos.

—Es muy amable de su parte que se interese tanto por el señor Rosier — dijo Isabel.

—Creo que lo han tratado muy mal. Tenía muy mala cara. Me pregunto qué puede afligirle tanto.

—Es usted un hombre justo —afirmó Isabel—. Tiene un pensamiento amable incluso para un rival.

Lord Warburton la miró con expresión sorprendida.

—¿Un rival? ¿Lo considera mi rival?

—Claro, habida cuenta de que ambos quieren casarse con la misma persona.

—Ya, pero como él no tiene ninguna posibilidad...

—Sea como sea, aprecio el que usted se ponga en su lugar. Demuestra que tiene imaginación.

—¿Me aprecia por eso? —preguntó lord Warburton mirándola de forma dubitativa—. ¿O más bien se está riendo de mí por eso?

—Sí, me estoy riendo de usted un poco. Pero también lo aprecio por ser alguien del que se puede una reír.

—Bien, en ese caso déjeme que me ponga aún más en el lugar de ese joven. ¿Qué cree que se podría hacer por él?

—Ya que he estado ensalzando su imaginación, le dejo que se lo imagine usted por sí mismo —contestó Isabel—. Pansy también lo apreciaría por eso.

—¿La señorita Osmond? Bueno, quiero pensar que ella ya me aprecia.

—Sí, y yo diría que mucho.

Lord Warburton esperó un momento mientras seguía observándola confuso.

—Entonces no la entiendo. ¿Quiere decir que la señorita Osmond siente cierto interés por él?

—Creo que ya le he dicho que así es.

Un rápido rubor surgió en el ceño de lord Warburton.

—Usted me dijo que ella solo haría lo que quisiera su padre, y como tengo la impresión de que él me preferiría a mí... —Hizo una pequeña pausa, y a continuación añadió, mientras seguía ruborizándose—: ¿Comprende?

—Sí, le dije que arde en deseos de complacer a su padre, y que

probablemente sería capaz de cualquier cosa.

—Me parece un sentimiento muy correcto —dijo lord Warburton.

—Sin duda lo es. —Isabel se quedó en silencio durante unos instantes. La habitación seguía vacía, y el sonido de la música les llegaba atenuado por las estancias intermedias. Al fin dijo—: Pero no me parece que sea el tipo de sentimiento al que un hombre querría deber el haber conseguido a su esposa.

—No lo sé. Si es una buena esposa y él cree que ella hace lo correcto...

—Claro, es normal que piense usted eso.

—Sí, no lo puedo evitar. Supongo que le parecerá algo muy británico.

—No. Creo que Pansy haría una gran boda si se casase con usted, y eso lo sabe usted mejor que nadie. Pero usted no está enamorado de ella.

—¡Sí que lo estoy, señora Osmond!

Isabel negó con la cabeza.

—Quiere creer que lo está mientras permanece aquí sentado conmigo, pero a mí no me lo parece.

—Reconozco que no soy como ese joven de la puerta, pero ¿qué hay de malo en ello? ¿Puede haber en el mundo alguien más adorable que la señorita Osmond?

—No, nadie. Pero el amor no tiene nada que ver con las buenas razones.

—No estoy de acuerdo. Estoy encantado de tener buenas razones.

—Claro que lo está, pero si estuviera enamorado de verdad no le importarían lo más mínimo.

—¡Ah... enamorado de verdad, enamorado de verdad! —exclamó lord Warburton al tiempo que se cruzaba de brazos, echaba la cabeza hacia atrás y se estiraba un poco—. Se le olvida que ya tengo cuarenta y dos años, y no puedo pretender ser el mismo que era antes.

—Bueno, si está seguro de lo que piensa, me parece muy bien —dijo Isabel.

Él no contestó nada. Siguió con la cabeza reclinada y la mirada perdida. Sin embargo, de pronto cambió de postura y se giró rápidamente hacia su amiga.

—¿Por qué es tan suspicaz, tan escéptica?

Isabel lo miró a los ojos, y durante unos momentos ambos se miraron fijamente. Si ella buscaba sentirse complacida, vio algo que la complació. En

la expresión de él vio brillar la idea de que ella estaba inquieta, de que incluso quizá tenía miedo. Era una sospecha, no una esperanza, pero que aun así le confirmó a Isabel lo que quería saber. Lord Warburton nunca debía llegar a sospechar que Isabel creía detectar en su proposición de matrimonio a su hijastra la intención de estar más cerca de ella, ni que tal traición le pareciese ominosa. No obstante, esa breve e intensa mirada tuvo un significado más profundo de lo que ambos percibieron en esos momentos.

—Mi querido lord Warburton —dijo Isabel con una sonrisa—, por lo que a mí respecta, puede usted hacer lo que se le antoje.

Y, dicho eso, se levantó y se dirigió a la habitación adyacente, donde, a la vista de su acompañante, no tardó en ser abordada por dos caballeros, grandes personalidades de la sociedad romana que la saludaron como si hubiesen estado buscándola. Mientras conversaba con ellos, Isabel lamentó haberse marchado de su lado; parecía un poco como si estuviese huyendo, sobre todo porque lord Warburton no la había seguido. No obstante, se alegraba de que hubiera sido así, y de todos modos había quedado satisfecha. Lo estaba tanto que, cuando al volver al salón de baile se encontró con que Edward Rosier seguía plantado en la puerta, se detuvo y volvió a hablarle:

—Ha hecho bien en no marcharse, porque tengo buenas noticias para usted.

—Bien que las necesito —gimió el joven en voz baja—, sobre todo cuando la veo a usted en tan estrecha intimidad con él.

—No hable de él. Voy a hacer todo lo que pueda por usted. Me temo que no será mucho, pero intentaré hacer todo cuanto esté en mi mano.

Rosier la miró de soslayo con expresión sombría.

—¿Qué le ha hecho cambiar tan de repente?

—¡Que sea usted un estorbo para pasar por las puertas! —respondió Isabel, sonriéndole al tiempo que se alejaba.

Media hora más tarde se marchó con Pansy, y ambas damas tuvieron que esperar un rato a los pies de la escalera a que apareciese su carruaje, junto a otros muchos invitados que también se retiraban. Justo cuando su vehículo se aproximaba, lord Warburton salió de la casa y las ayudó a llegar a él. Se quedó un momento en la portezuela y preguntó a Pansy si lo había pasado bien, y esta, tras contestarle, se reclinó en el asiento con cierto aire de fatiga. Entonces Isabel se asomó por la ventanilla y, deteniéndolo con un movimiento de dedo, le murmuró con gentileza:

—No se olvide de enviarle la carta a su padre.

La condesa Gemini a menudo se aburría terriblemente o, como ella misma decía, se aburría hasta la extinción. Sin embargo, no solo no se había extinguido, sino que luchaba con denuedo contra su destino, que había sido casarse con un florentino poco complaciente empeñado en vivir en su ciudad natal, en la que gozaba de la consideración que correspondía a un caballero cuya habilidad para perder a las cartas se acompañaba de un talante nada agradable. El conde Gemini ni siquiera caía bien a aquellos que le ganaban en el juego, y su apellido, aunque tenía cierta cotización cuantificable en Florencia, al igual que las distintas monedas de los antiguos estados italianos carecía de valor en otras partes de la península. En Roma no era más que un florentino insulso y estúpido, por lo cual no era de extrañar que no estuviera interesado en visitar con frecuencia un lugar en el que, para salir bien parado, su necedad precisaba de más explicaciones de las convenientes. La condesa vivía con el ojo puesto en Roma, por lo que el invariable disgusto de su vida era no tener residencia allí. Le daba vergüenza decir las pocas veces que le habían permitido visitar esa ciudad, y apenas le servía de consuelo que hubiera otros miembros de la nobleza florentina que jamás habían estado en Roma. Así pues, lo único que podía decir era que iba siempre que se le presentaba la oportunidad. O más bien no era lo único, sino lo único que, según ella, podía decir. De hecho, tenía mucho más que decir al respecto, y a menudo exponía las razones por las que odiaba Florencia y quería terminar sus días a la sombra de San Pedro. No obstante, son razones que no nos conciernen mucho, y que por lo general se resumían en la afirmación de que Roma, en definitiva, era la Ciudad Eterna, mientras que Florencia solo era un bonito lugar como cualquier otro. Al parecer, la condesa necesitaba relacionar la idea de eternidad con sus distracciones. Estaba convencida de que la vida social era infinitamente más interesante en Roma, donde durante todo el invierno coincidías con las grandes personalidades en las fiestas nocturnas. En Florencia no había celebridades, al menos ninguna que ella supiera. Desde la boda de su hermano su impaciencia había aumentado sobremanera, pues estaba segura de que la esposa de Osmond llevaba una vida más brillante que la suya. No era tan intelectual como Isabel, pero lo era lo bastante para hacer justicia a Roma: no a las ruinas y a las catacumbas, quizá ni siquiera a los monumentos y a los museos, o a las ceremonias religiosas y al paisaje, pero sin duda sí a todo lo demás. Oía hablar mucho de su cuñada y sabía perfectamente que Isabel lo estaba pasando muy bien. Lo había comprobado por sí misma en la única ocasión en que había gozado de la hospitalidad del palazzo Roccanera. Había pasado una semana allí durante el primer invierno tras la boda de su hermano, pero después no la habían animado a repetir tan agradable estancia. Era

perfectamente consciente de que Osmond no la quería allí, pero habría ido de todas formas ya que, al fin y al cabo, le importaba dos cominos lo que pensara Osmond. Era su marido el que no la dejaba ir, y estaba la cuestión monetaria, que siempre era un problema. Isabel había sido muy amable con ella, y la condesa, a la que le había caído bien su cuñada desde el primer momento, no se había dejado cegar de envidia por los méritos personales de aquella. Siempre había sabido que se llevaba mejor con las mujeres inteligentes que con las tontas como ella: las tontas nunca llegaban a entender su sabiduría, mientras que las inteligentes, las que lo eran de verdad, siempre entendían su tontería. Tenía la impresión de que, pese a sus diferencias generales en aspecto y estilo, Isabel y ella compartían un terreno común en el que terminarían por encontrarse. No era muy grande, pero era firme, y ambas lo reconocerían en cuanto estuviesen en él. Y, además, con respecto a la señora Osmond, la condesa vivía bajo el influjo de estar llevándose siempre una agradable sorpresa, ya que constantemente esperaba que Isabel la mirase con desprecio, y con la misma constancia comprobaba que dicha operación quedaba pospuesta. Se preguntaba cuándo comenzaría por fin, como se esperan los fuegos artificiales, o la Cuaresma, o la temporada de ópera; tampoco es que le importara mucho, pero la intrigaba qué era lo que la mantenía en suspenso. Su cuñada solo le dedicaba miradas de igual a igual, y expresaba por la pobre condesa tan poco desprecio como admiración. En realidad a Isabel se le habría ocurrido despreciarla en la misma medida en que habría juzgado moralmente a un saltamontes. No era que la hermana de su marido le fuese indiferente; por el contrario, le tenía un poco de miedo. No dejaba de asombrarla, y la consideraba una mujer en verdad insólita. Le parecía que la condesa no tenía alma; era como un cascarón reluciente y raro, de superficie pulida y labios muy rosados, de cuyo interior salía un extraño sonido, como de cascabel, al agitarla. Ese sonido era al parecer el principio espiritual de la condesa, como un pequeño fruto seco daba tumbos en su interior. Era demasiado extraña para despreciarla, y demasiado anómala para hacer comparaciones. Isabel la habría vuelto a invitar (al conde ni pensarlo), pero Osmond, después de que contrajeran matrimonio, no tuvo el menor reparo en decirle con toda franqueza que Amy era una idiota de la peor especie: una idiota cuya imbecilidad tenía la misma incontinencia que la genialidad. En otra ocasión dijo que no tenía corazón, para añadir al momento que lo había repartido todo en pequeñas porciones, como si fuese una tarta de bodas escarchada. El hecho de que no se lo hubieran pedido suponía sin lugar a dudas otro de los obstáculos que habían impedido que la condesa volviese a Roma pero, en el período del que esta historia ha de ocuparse ahora, obraba en su poder una invitación para pasar varias semanas en el palazzo Roccanera. La propuesta había partido del propio Osmond, el cual había escrito a su hermana diciéndole que debía prepararse para comportarse con mucha calma. Soy incapaz de decir si la condesa captó

en esa frase todo el significado que él pretendía, pero de cualquier forma aceptó la invitación. Además, sentía curiosidad, pues una de las impresiones que había sacado de su anterior visita era que su hermano había encontrado la horma de su zapato. Antes de la boda había compadecido a Isabel, tanto que hasta había considerado seriamente —si es que alguna vez consideraba algo en serio— la posibilidad de prevenirla. Pero lo había dejado estar y, al cabo de un tiempo, se tranquilizó a ese respecto. Osmond se comportaba con la misma altanería de siempre, pero no parecía que su esposa fuera a ser una víctima fácil. La condesa no tenía muy buen sentido de la medida, pero sí la impresión de que, si Isabel llegara a erguirse, ella sería el espíritu más alto de los dos. Lo que quería averiguar era si Isabel se había erguido. Le produciría un inmenso placer ver a Osmond superado.

Varios días antes de que partiera hacia Roma, un sirviente le llevó una tarjeta de visita que contenía la sencilla inscripción «Henrietta C. Stackpole». La condesa se llevó las yemas de los dedos a la frente, pero no recordó conocer a dicha persona. Entonces el sirviente señaló que la dama en cuestión le había pedido que le dijera que, si la condesa no identificaba su nombre, la reconocería a ella en cuanto la viera. De hecho, cuando se presentó ante su visitante ya había recordado que en una ocasión había visto a una escritora en casa de la señora Touchett, la única mujer de letras que había conocido en su vida... es decir, la única contemporánea, ya que ella era hija de una poetisa difunta. Reconoció a la señorita Stackpole al instante, sobre todo porque esta no parecía haber cambiado en absoluto, y la condesa, que era de natural bondadoso, consideró que estaba muy bien ser visitada por alguien con ese tipo de distinción. Se preguntó si la señorita Stackpole habría ido a verla por su madre, si habría oído hablar de la Corinne americana. Su madre no se parecía en absoluto a aquella amiga de Isabel; la condesa vio enseguida que esta era mucho más moderna, y quedó impresionada ante los progresos que se estaban produciendo, sobre todo en países lejanos, en lo relativo al carácter (esto es, al carácter profesional) de las damas literatas. En vida su madre acostumbraba a llevar un echarpe romano sobre los desnudos hombros, tímidamente liberados del prieto terciopelo negro (¡ay, aquellas ropas antiguas!), así como una corona de laurel dorada sobre los numerosos y brillantes rizos de su cabeza. Hablaba en un tono suave y vago con el acento de sus antepasados criollos, como ella misma siempre confesaba; suspiraba mucho y no era nada emprendedora. En cambio, la condesa observó que Henrietta iba siempre abotonada hasta arriba y con el pelo recogido en un compacto trenzado; había algo enérgico y profesional en su aspecto, y su actitud resultaba natural de una forma casi concienzuda. Era tan imposible imaginársela emitiendo un vago suspiro como echar una carta al correo sin dirección. La condesa no tuvo más remedio que concluir que la corresponsal del Interviewer estaba mucho más al día que la Corinne americana. La señorita

Stackpole le explicó que acudía a ella porque era la única persona que conocía en Florencia, y cuando visitaba una ciudad desconocida le gustaba ver cosas que se escapaban a los simples turistas. También conocía a la señora Touchett, pero se hallaba en Estados Unidos y además, aunque hubiese estado en Florencia, Henrietta tampoco habría ido a molestarla, ya que no sentía mucha admiración por ella.

—¿Quiere decir con eso que la siente por mí? —preguntó la condesa con gracia.

—Bueno, a usted la aprecio más que a ella —dijo la señorita Stackpole—. Creo recordar que cuando la conocí me pareció usted muy interesante. No sé si sería pura casualidad o si es su estilo habitual, pero el caso es que me impresionó mucho lo que dijo, tanto que hasta después lo utilicé en un artículo.

—¡Válgame Dios! —exclamó la condesa, mirándola fijamente y casi asustada—. No tenía la menor idea de que hubiese dicho algo interesante. Ojalá lo hubiera sabido en su momento.

—Era lo que dijo sobre la situación de las mujeres en esta ciudad —explicó la señorita Stackpole—. Fue muy revelador.

—La situación de la mujer aquí es muy incómoda. ¿Es eso a lo que se refiere? ¿Y dice que lo escribió y lo publicó? —preguntó la condesa—. ¡Tiene que enseñármelo!

—Si quiere puedo escribirles para que le envíen un ejemplar —contestó Henrietta—. No mencioné su nombre, solo dije que se trataba de una dama de alta alcurnia y cité su opinión.

La condesa se echó rápidamente hacia atrás mientras levantaba sus manos entrelazadas.

—¿Sabe que lamento que no mencionara mi nombre? Me habría gustado verlo en los periódicos. Ya no me acuerdo de cuál era mi opinión, porque tengo tantas... Pero desde luego no me avergüenzo de ellas. No soy como mi hermano... supongo que lo conoce, ¿no?, que cree que es una especie de escándalo aparecer en los periódicos. Si alguna vez le citara usted, nunca se lo perdonaría.

—No tiene por qué. Su hermano no tiene por qué temer: no pienso nombrarlo nunca —afirmó la señorita Stackpole con desabrida aspereza—. Esa es otra razón por la que quería venir a verla —añadió—. Como sabe, el señor Osmond está casado con mi mejor amiga.

—Es verdad, usted es amiga de Isabel. Estaba intentando recordar lo que sabía de usted.

—Me alegra que se me conozca por eso —afirmó Henrietta—. Pero es justo como su hermano no quiere que se me conozca. Ha intentado romper mi amistad con Isabel.

—Pues no lo consienta —dijo la condesa.

—De eso es de lo que quería hablarle. Voy a ir a Roma.

—¡Yo también! —exclamó la condesa—. ¡Podemos ir juntas!

—Será un placer. Y en la crónica del viaje la nombraré a usted como mi acompañante.

La condesa saltó del sillón y se sentó en el sofá junto a su visitante.

—Tiene que enviarme el periódico. A mi marido no le gustará, pero tampoco tiene por qué verlo. Además, no sabe leer.

Los grandes ojos de Henrietta se abrieron inmensos.

—¿Que no sabe leer? ¿Puedo poner eso en la carta?

—¿En qué crónica?

—En la crónica para el Interviewer, mi periódico.

—Sí, póngalo si quiere, y cite también su nombre. ¿Se va a alojar con Isabel?

Henrietta levantó la cabeza y observó en silencio a su anfitriona durante un instante.

—No me lo ha pedido. Le escribí para decirle que iba a ir, pero me contestó que me reservaría una habitación en una pensión, sin darme ninguna razón.

La condesa la escuchaba con gran interés.

—La razón es Osmond —comentó de forma muy elocuente.

—Isabel tendría que ponerse firme —dijo la señorita Stackpole—. Me temo que ha cambiado mucho. Ya le advertí que le pasaría.

—Lamento oír eso. Esperaba que ella encontraría la forma de hacer las cosas a su modo. ¿Y por qué no le cae usted bien a mi hermano? —añadió ingenuamente la condesa.

—Ni lo sé ni me importa. Me parece estupendo si no le caigo bien. Además, tampoco pretendo caerle bien a todo el mundo. No tendría muy buen concepto de mí misma si le cayera bien a ciertas personas. Un periodista no puede aspirar a hacer bien las cosas si no despierta grandes odios: es la forma que tiene de saber si su trabajo va por buen camino. Lo mismo pasa con una

dama. Pero no me lo esperaba de Isabel.

—¿Quiere decir que ella la odia? —preguntó la condesa.

—No lo sé, y es lo que quiero averiguar. Para eso voy a Roma.

—¡Vaya, qué tarea más fatigosa! —exclamó la condesa.

—No me escribe del mismo modo que antes, y se nota enseguida que algo ha cambiado. Si sabe usted algo —prosiguió la señorita Stackpole—, me gustaría conocerlo de antemano para decidir el curso de acción que he de tomar.

La condesa adelantó el labio inferior y se encogió de hombros gradualmente.

—Apenas sé nada. Veo muy poco a Osmond y casi nunca tengo noticias tuyas. Parece que le gusto tan poco como usted.

—Y eso que no es usted periodista —dijo Henrietta en tono pensativo.

—Bueno, pero le sobran razones. Aun así, me han invitado, y voy a alojarme en su casa.

Y la condesa sonrió casi con fiereza; su exultación, en esos momentos, no tuvo para nada en cuenta la decepción de la señorita Stackpole.

No obstante, esta se lo tomó con mucha calma.

—Yo no me habría quedado con ellos aunque Isabel me lo hubiera pedido. Bueno... creo que no me habría quedado, así que me alegro de no haber tenido que tomar una decisión. Habría sido una cuestión muy complicada. No me hubiera gustado estar separada de ella, pero tampoco me habría sentido a gusto bajo su techo. Hospedarme en una pensión ya me está bien. Pero eso no es todo.

—Roma está muy bien ahora —dijo la condesa—. Hay todo tipo de personas interesantes. ¿Ha oído hablar de lord Warburton?

—¿Que si he oído hablar de él? Lo conozco muy bien. ¿De verdad lo considera muy interesante? —preguntó Henrietta.

—No lo conozco, pero tengo entendido que es un grand seigneur. Le hace la corte a Isabel.

—¿Que le hace la corte?

—Eso he oído, pero no conozco los detalles —dijo la condesa en tono ligero—. De todas formas, Isabel no corre peligro.

Henrietta miró fijamente a su interlocutora sin decir nada durante unos instantes. Luego preguntó de sopetón:

—¿Cuándo se marcha a Roma?

—Me temo que aún falta una semana.

—Entonces me iré mañana —dijo Henrietta—. Creo que será mejor que no espere.

—Vaya, cuánto lo siento, pero es que me están haciendo unos vestidos. Tengo entendido que Isabel no para de organizar recepciones. Pero la veré allí. Iré a visitarla a su pensión. —Henrietta permaneció en silencio, absorta en sus propios pensamientos, hasta que de pronto la condesa exclamó—: ¡Ay, pero si no vamos juntas, usted no podrá describir nuestro viaje!

A la señorita Stackpole no pareció afectarla esta observación. Estaba pensando en otra cosa, que al poco expresó en palabras:

—Creo que no acabo de entender qué es lo que opina usted de lord Warburton.

—¿Lo que opino? Pues que es muy agradable, eso es todo.

—¿Le parece agradable cortejar a mujeres casadas? —preguntó Henrietta con una claridad inaudita.

La condesa se quedó mirándola fijamente, y luego soltó una fuerte carcajada.

—Está claro que todos los hombres agradables lo hacen. Cásese y lo comprobará —añadió.

—Esa sola idea bastaría para que no me casase —afirmó la señorita Stackpole—. Querría estar con mi propio marido, no con el de otra. ¿Cree que Isabel es culpable... culpable de...?

Y se interrumpió mientras buscaba la expresión adecuada.

—¿Culpable? No, no, o al menos espero que aún no. Lo único que digo es que Osmond es muy aburrido, y que, por lo que tengo entendido, lord Warburton pasa mucho tiempo en la casa. Me temo que la haya escandalizado.

—No, solo estoy preocupada —dijo Henrietta.

—¡Ah... no está siendo muy benévola con Isabel! Debería tener más confianza en ella. Ya sé lo que vamos a hacer —añadió la condesa rápidamente—. Si así se va a quedar más tranquila, me encargaré de quitarle a lord Warburton de encima.

En un primer momento, la señorita Stackpole se limitó a contestar con una profunda y solemne mirada.

—No me entiende —dijo al cabo de un instante—. No estoy pensando lo

que usted se imagina. No estoy preocupada por Isabel en ese sentido. Lo único que me preocupa es que sea infeliz, y eso es lo que quiero averiguar.

La condesa giró la cabeza una docena de veces con aspecto impaciente y sarcástico.

—Puede que lo sea. A mí me encantaría saber si Osmond lo es.

La señorita Stackpole había empezado a aburrirla un poco.

—Si Isabel ha cambiado realmente, esa debe de ser la razón de fondo —continuó Henrietta.

—Ya lo comprobaré. Seguro que ella se lo dice —dijo la condesa.

—Ah... tal vez no me lo diga... ¡y eso es lo que me da miedo!

—Bueno, si Osmond no está divirtiéndose... a su antigua manera, puedo jactarme de decir que me daré cuenta enseguida —replicó la condesa.

—Eso me da igual —dijo Henrietta.

—¡Pero a mí no! Si Isabel es infeliz, lo siento mucho por ella, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Podría decirle algo que la pondría aún peor, pero nada que le sirviera de consuelo. ¿A santo de qué se casó con él? Tendría que haberme hecho caso y librarse de él. No obstante, la perdonaré si descubro que le ha puesto las cosas difíciles a mi hermano, pero si simplemente se ha dejado pisotear, no creo que pueda compadecerla jamás. De todas formas, no creo que eso sea muy probable. Espero descubrir que, aunque ella sea desdichada, al menos lo habrá hecho desdichado a él también.

Henrietta se levantó. Como era natural, tales expectativas le parecían terribles. Creía sinceramente que no tenía el menor deseo de que el señor Osmond fuese infeliz; de hecho ni siquiera se molestaba en albergar tales fantasías. En general, estaba bastante decepcionada con la condesa, cuya mente se movía en un círculo más limitado del que había esperado, aunque sin perder su capacidad para la ordinariez.

—Lo mejor sería que se amaran —dijo Henrietta en tono edificante.

—Imposible. Él es incapaz de amar a nadie.

—Eso me figuraba. Y solo sirve para que me preocupe aún más por Isabel. Decidido: me voy mañana.

—Desde luego a Isabel no le faltan amigos fieles —dijo la condesa con una sonrisa muy vívida—. Me reafirmo en que no la compadezco.

—Aunque quizá no pueda ayudarla —continuó la señorita Stackpole, como si lo mejor fuese no hacerse muchas ilusiones.

—Pero lo habré intentado de todos modos, lo cual ya es algo. Creo que para eso ha venido de Estados Unidos —añadió la condesa de repente.

—Sí, porque quiero cuidarla —respondió Henrietta con serenidad.

Su anfitriona le sonrió mientras la miraba con sus pequeños ojos iluminados, las aletas de la nariz palpitantes, las mejillas coloreadas por un repentino rubor.

—Eso es muy bonito, c'est bien gentil! ¿No es lo que llaman amistad?

—No sé cómo lo llaman, pero pensé que lo mejor que podía hacer era venir.

—Isabel es muy dichosa... muy afortunada —prosiguió la condesa—. Tiene a otros que se preocupan por ella... —Y de pronto estalló en un arrebató —: ¡Es más afortunada que yo! Soy tan desdichada como ella... porque tengo un marido muy malo, mucho peor que Osmond. Y encima no tengo amigos. Creía que los tenía, pero han desaparecido. Nadie, ni hombre ni mujer, haría por mí lo que ha hecho usted por ella.

Henrietta quedó conmovida, pues esa amarga queja surgía de su naturaleza más profunda. Miró a su interlocutora un momento y dijo:

—Mire, condesa, estoy dispuesta a hacer por usted todo lo que quiera. Puedo esperar para que viajemos juntas.

—No se preocupe —contestó la otra cambiando rápidamente de tono—. ¡Usted solo descríbame en su periódico!

No obstante, antes de marcharse Henrietta tuvo que explicarle que no podía incluir datos ficticios en el relato de su viaje a Roma. La señorita Stackpole era una reportera estrictamente veraz. Tras dejar a la condesa, se dirigió al Lungarno, el soleado muelle junto al amarillento río donde se alinean los hostales de alegres fachadas que los turistas tan bien conocen. Con anterioridad ya había aprendido a moverse por las calles de Florencia (era muy rápida para ese tipo de cosas), así que giró con paso decidido para salir de la pequeña plaza que constituye el acceso al puente de la Santísima Trinidad. Continuó hacia la izquierda, en dirección al Ponte Vecchio, y se detuvo delante de uno de los hoteles que dan a esa maravillosa estructura. Allí sacó una pequeña cartera de la que extrajo una tarjeta y un lápiz, y, tras meditar unos instantes, escribió unas pocas palabras. Como tenemos el privilegio de poder mirar por encima de su hombro, al ejercerlo leeremos la siguiente petición: «¿Podría verle un momento esta tarde para tratar un asunto muy importante?». Henrietta añadía que a la mañana siguiente partía para Roma. Armada con ese documento, se acercó al portero, que había ocupado su puesto en la entrada, y le preguntó si el señor Goodwood se encontraba en el establecimiento. El

portero contestó, como los porteros contestan siempre, que el señor había salido hacía unos veinte minutos, tras lo cual Henrietta le dio la tarjeta y pidió que le fuese entregada a su regreso. Dejó el hostel y prosiguió su camino a lo largo del muelle hasta llegar al severo pórtico de los Uffizi, a través del cual alcanzó la entrada de la famosa galería de pinturas. Tras acceder al interior del edificio, subió por las grandes escaleras que conducen a las salas superiores. El largo corredor por el que se accede a las mismas, con una cristalera a un lado y decorado con bustos antiguos, presentaba un aspecto vacío en el que la intensa luz del invierno titilaba sobre el suelo de mármol. La galería de los Uffizi es muy fría, y durante las semanas de mediados de invierno recibe muy pocas visitas. Puede que hasta el momento la señorita Stackpole no se nos haya mostrado como una mujer apasionada en su búsqueda de la belleza artística, pero sin duda tenía sus preferencias y obras más admiradas. Una de estas últimas era el pequeño Correggio que hay en la sala de la Tribuna, que muestra a la Virgen arrodillada delante del sagrado niño, el cual yace en un lecho de paja y se regocija y gorjea ante las palmas que le hace su madre. Henrietta sentía una especial devoción por esa escena íntima, que consideraba el cuadro más hermoso del mundo. Solo iba a pasar tres días en Florencia en su trayecto de Nueva York a Roma, pero aun así había decidido que no debía permitir que transcurriesen sin hacer una nueva visita a su obra de arte favorita. Tenía un elevado concepto de la belleza en todas sus formas, y ello implicaba un gran número de obligaciones intelectuales. Cuando se disponía a entrar en la Tribuna, salía un caballero lo que hizo que Henrietta lanzase una pequeña exclamación: ante ella estaba Caspar Goodwood.

—Acabo de estar en su hotel —le dijo—, y le he dejado una tarjeta.

—Me siento muy honrado —respondió él, como si de verdad lo pensase.

—No lo he hecho por hacerle ningún honor. Ya le he visitado en otras ocasiones y sé que no le hace mucha gracia. Era para hablarle acerca de un asunto.

Caspar Goodwood miró un momento la hebilla del sombrero de Henrietta.

—Estaré encantado de escuchar lo que tenga que decirme.

—A usted no le gusta hablar conmigo —dijo Henrietta—, pero me trae sin cuidado. No hablo con usted para entretenerle. Le he escrito unas líneas pidiéndole que fuera a verme, pero ya que nos hemos encontrado aquí, aprovecharé la ocasión.

—Ya me iba —afirmó Goodwood—, pero por supuesto me esperaré —añadió de forma cortés pero sin entusiasmo.

No obstante, Henrietta nunca esperaba recibir grandes muestras de simpatía, y estaba tan preocupada que agradeció que estuviese dispuesto a

escucharla de la forma que fuera. Aun así, primero le preguntó si había visto todos los cuadros.

—De sobra. Llevo aquí una hora.

—No sé si habrá visto mi Correggio —dijo Henrietta—. He venido a propósito para contemplarlo —continuó mientras entraba en la Tribuna acompañada por él, que la seguía con paso más lento.

—Supongo que lo habré visto, pero no sabía que fuera de usted. No suelo recordar los cuadros... sobre todo los de ese tipo.

Henrietta le había señalado su obra favorita, y él le preguntó si era de Correggio de lo que quería hablarle.

—No —contestó ella—, se trata de algo mucho menos armonioso. —Tenían la pequeña y reluciente sala, un espléndido receptáculo de tesoros, para ellos solos, ya que únicamente había un vigilante que rondaba cerca de la Venus de Médici—. Quiero que me haga un favor —explicó la señorita Stackpole.

Caspar Goodwood frunció un poco el ceño, pero no pareció avergonzarse por demostrar el escaso agrado que le producía. Su rostro era el de un hombre mucho mayor que el del amigo que conocimos en su momento.

—Estoy convencido de que va a ser algo que no me gustará —dijo en voz bastante alta.

—No, no creo que le guste. Si le gustara, no sería un favor.

—Bien, veamos de qué se trata —continuó él en el tono de alguien consciente de los límites de su paciencia.

—Dirá usted que no hay ninguna razón por la que deba hacerme un favor, y la verdad es que solo conozco una: el hecho de que, si usted me dejara, yo le haría encantada alguno. —Su tono suave y preciso, en el que no había ninguna intención efectista, resultaba muy sincero, por lo que su interlocutor, pese a seguir mostrando un aspecto severo, no pudo evitar que le conmoviese. No obstante, cuando algo lo conmovía no solía demostrarlo de la forma habitual; ni se sonrojaba, ni apartaba la mirada, ni parecía azorado. Tan solo prestaba mayor atención, y daba la impresión de considerar las cosas con mayor intensidad. Así pues, Henrietta siguió a lo suyo sin ser consciente de haber conseguido ninguna ventaja—: De hecho, puedo decirle ahora, y creo que es buen momento, que si alguna vez lo he molestado, como creo que en ocasiones he hecho, es porque sabía que estaría dispuesta a soportar las molestias que usted me pudiera causar. Yo le he molestado, sin duda... pero también me tomaría las molestias que hiciesen falta por usted.

Goodwood vaciló un instante.

—Ahora se está tomando muchas molestias.

—Sí... algunas. Quiero que considere si de verdad es una buena idea que vaya usted a Roma.

—¡Sabía que era eso lo que me iba a decir! —exclamó él con cierta tosquedad.

—Entonces, ¿ya lo ha pensado?

—Claro que sí, y muy detenidamente. Le he dado muchas vueltas. De otro modo, no habría llegado hasta aquí. Por eso me quedé dos meses en París, para poder pensarlo.

—Me da la impresión de que ha decidido hacer lo que más le apetecía. Ha decidido que es mejor ir a Roma porque es una idea que le atrae mucho más.

—¿Mejor para quién? —le preguntó Goodwood.

—Para usted, en primer lugar, y después para la señora Osmond.

—No, para ella no será ni bueno ni malo. No me hago tantas ilusiones.

—Pero la cuestión es: ¿no la perjudicará?

—No veo por qué tendría que afectarla. No significa nada para ella. Pero, si quiere saberlo, sí que me gustaría verla.

—Ya, y por eso va.

—Pues claro. ¿Qué mejor razón podría haber?

—¿Y de qué le va a servir a usted? Eso es lo que quiero saber —dijo la señorita Stackpole.

—Eso es justo lo que no sabría decirle. Es a lo que estuve dando tantas vueltas en París.

—Hará que se sienta más desdichado.

—¿Qué quiere decir... «más»? —preguntó Goodwood con bastante severidad—. ¿De dónde se saca que soy desdichado?

—Bueno —contestó Henrietta tras dudar un momento—, no parece que se haya interesado nunca por nadie más.

—¿Y cómo puede saber lo que me interesa? —exclamó él al tiempo que se sonrojaba intensamente—. En estos momentos lo único que me interesa es ir a Roma.

Henrietta lo miró en silencio con expresión triste, pero aun así luminosa.

—Bien —comentó al fin—, solo quería decirle lo que pienso, porque no me lo podía quitar de la cabeza. Por supuesto usted pensará que no es asunto

mío; pero por ese mismo principio, nada es asunto de nadie.

—Es muy amable de su parte, y le estoy muy agradecido por tomarse tanto interés —dijo Caspar Goodwood—, pero voy a ir a Roma y no le voy a hacer ningún daño a la señora Osmond.

—Puede que no le haga daño, pero ¿le será de ayuda a ella? Esa es la cuestión.

—¿Es que necesita ayuda? —preguntó él lentamente mientras la miraba de forma muy penetrante.

—La mayoría de las mujeres siempre la necesitan —contestó Henrietta de forma evasiva, con una generalización menos optimista de lo habitual—. Si va a Roma —añadió—, espero que sea un amigo de verdad... ¡no uno egoísta!

Dicho lo cual, se giró y comenzó a contemplar los cuadros. Caspar Goodwood la observó mientras se movía por la sala, pero al cabo de un momento se unió a ella.

—Usted ha oído algo sobre ella aquí —dijo—, y me gustaría saber qué es.

Henrietta tenía por principio no faltar nunca a la verdad, y, aunque en esa ocasión podría haber estado justificado, decidió tras meditarlo unos minutos que no iba a hacer ninguna excepción.

—Sí, algo he oído —contestó—, pero como no quiero que vaya a Roma no se lo voy a contar.

—Como quiera. Lo averiguaré por mí mismo —dijo Goodwood, tras lo que añadió, con una falta de coherencia impropia de él—: ¡Ha oído que es infeliz!

—¡Ah, no podrá averiguar eso! —exclamó Henrietta.

—Eso espero. ¿Cuándo se va usted?

—Mañana, en el tren de la tarde. ¿Y usted?

Goodwood se contuvo; no tenía el menor deseo de viajar a Roma en compañía de la señorita Stackpole. Su displicencia con respecto a esa posibilidad no era del mismo tipo que la de Gilbert Osmond, pero en esos momentos era igual de clara. Era más un tributo a las virtudes de la señorita Stackpole que una referencia a sus defectos. La consideraba muy notable y brillante y, en teoría, no tenía ninguna objeción a la clase a la que pertenecía. Le parecía que las damas corresponsales formaban parte del esquema normal de las cosas en un país progresista y, aunque nunca leía sus crónicas, suponía que de algún modo contribuían a la prosperidad social. Pero era esa misma posición prominente la que le hacía desear que la señorita Stackpole no diese tantas cosas por sentado. Esta daba por sentado que él siempre estaba

dispuesto a hacer alguna alusión a la señora Osmond; lo había hecho cuando se habían encontrado en París, seis semanas después de que él llegase a Europa, y había repetido la misma suposición cada vez que se le había presentado la oportunidad. Él no tenía el menor deseo de hablar de la señora Osmond por la sencilla razón de que no estaba siempre pensando en ella, de eso estaba bien seguro. Era el hombre más reservado y menos locuaz que pudiera haber, y esa inquisitiva escritora estaba constantemente apuntando su linterna hacia la tranquila oscuridad de su alma. Quería que no se interesase tanto, y hasta llegó a desear, aunque resulte muy grosero por su parte, que lo dejase en paz. A pesar de eso, en estos momentos pensaba también en otras cosas que ponen claramente de manifiesto lo muy diferente que era su mal humor del de Gilbert Osmond. Quería ir a Roma de inmediato, y le habría gustado hacerlo solo en el tren nocturno. Odiaba los vagones de tren europeos, en los que uno tenía que ir sentado durante horas sobre un estrecho banco, como atornillado rodilla con rodilla y nariz con nariz con algún desconocido al que terminabas enfrentándote con toda la vehemencia añadida por el hecho de querer llevar la ventanilla abierta; y, aunque fueran incluso peores de noche que de día, por lo menos de noche podías dormir y soñar con los amplios vagones estadounidenses. Pero no podía coger el tren nocturno cuando la señorita Stackpole iba a partir al día siguiente; eso le parecería un insulto a una mujer indefensa. No obstante, tampoco podía esperar a que ella se fuese, pues tendría que aguardar más de lo que podía resistir su paciencia. No podía partir al día siguiente. La señorita Stackpole lo alteraba, lo oprimía; la sola idea de pasar un día con ella en el vagón de un tren europeo sería una fuente de irritación suplementaria. Aun así, era una dama que viajaba sola, y él tenía la obligación de ponerse a su servicio. No había vuelta de hoja; era una necesidad inexcusable. Adoptó una expresión muy seria durante unos momentos, y luego, en un tono muy directo desprovisto por completo de cualquier asomo de galantería, declaró:

—Por supuesto, si parte usted mañana, la acompañaré por si puedo serle de ayuda.

—Bueno, señor Goodwood, no esperaba menos de usted —contestó Henrietta imperturbable.

Ya he tenido motivos para afirmar que Isabel sabía cuánto disgustaba a su marido que Ralph prolongara su estancia en Roma. La dama tenía esto muy presente cuando fue al hotel de su primo al día siguiente de haber instado a

lord Warburton a dar una prueba tangible de su sinceridad y en esos momentos, al igual que en otros, veía con bastante claridad las razones de la oposición de Osmond. Este no quería que ella tuviese libertad de pensamiento, y sabía muy bien que Ralph era un apóstol de la libertad. Era precisamente por eso por lo que era tan refrescante ir a verlo, se dijo Isabel. Como podrá observarse, ella estaba dispuesta a procurarse tal alivio pese a la aversión que provocaba en su marido, pero le gustaba pensar que lo hacía de forma discreta. Todavía no se había decidido a actuar abiertamente en contra de los deseos de quien había sido reconocido e inscrito como su amo y señor, por más que en ocasiones Isabel contemplara ese hecho con desconcertante incredulidad. No obstante, era algo que pesaba mucho en su ánimo; tenía siempre muy presente el decoro e inviolabilidad del vínculo matrimonial. La idea de transgredirlos la llenaba de vergüenza y de miedo, ya que al entregarse en matrimonio no había considerado esa contingencia, convencida como había estado de que las intenciones de su marido eran tan generosas como las suyas. Aun así, le parecía que cada vez estaba más cerca el día en que tendría que retractarse de eso que tan solemnemente había concedido. Sería un ceremonial abominable y monstruoso, por lo que, mientras llegaba, procuraba no pensar en ello. Osmond no iba a ayudarla dando el primer paso, sino que dejaría que esa carga recayese sobre ella hasta el final. Todavía no le había prohibido formalmente que fuera a visitar a Ralph, pero estaba segura de que, como este no se marchase pronto, tal prohibición no tardaría en llegar. Pero ¿cómo iba a marcharse el pobre Ralph? Las condiciones meteorológicas seguían haciéndolo del todo imposible. Isabel entendía perfectamente que su marido tuviese tantas ganas de que se fuese; para ser justos, sabía que no había razón alguna para que le gustase que ella estuviese con su primo. Ralph nunca decía nada contra él, pero aun así la protesta muda y amarga de Osmond tenía su fundamento. Si este se decidiera a intervenir directamente, si hiciese valer su autoridad, ella tendría que tomar una decisión, lo cual no sería nada fácil. Dicha perspectiva hacía que el corazón le latiera más deprisa y las mejillas le ardieran, como digo, de antemano, y hasta había momentos en que, para evitar una ruptura abierta, deseaba que Ralph se marchara pese al riesgo que eso suponía. Y no servía de nada que, cuando se descubría albergando tales ideas, se dijese que era una débil y una cobarde. No se trataba de que quisiese menos a Ralph, sino de que casi todo parecía preferible antes que repudiar el acto más serio, el único acto sagrado, de su vida. Eso hacía que todo el futuro le pareciese odioso. Romper con Osmond una vez significaría romper para siempre; reconocer abiertamente que tenían necesidades irreconciliables sería admitir que todo su intento había resultado fallido. Para ellos no habría condonación, ni compromiso, ni olvido fácil, ni reajuste formal. Solo habían perseguido una cosa, pero esta debía ser exquisita. Una vez perdida, ya no habría nada que pudiese servir en su lugar, ningún posible sustituto de dicho

logro. De momento, Isabel continuaba yendo al Hôtel de Paris con la frecuencia que consideraba apropiada; una corrección mesurada formaba parte del canon del buen gusto, y no podría haber mejor prueba de que la moralidad era, por así decirlo, cuestión de valorar las cosas en su justa medida. La aplicación que hacía Isabel de tal medida había sido especialmente libre ese día, ya que, al axioma general de que no podía dejar que Ralph muriese solo, había añadido el hecho de que tenía que pedirle algo muy importante. Se trataba de algo que atañía tanto a Osmond como a ella.

No tardó en sacar el tema del que quería hablar.

—Quiero que me contestes a una pregunta. Es sobre lord Warburton.

—Creo que sé de qué se trata —contestó Ralph desde su sillón, del que sus delgadas piernas salían más largas que nunca.

—Es muy posible que así sea, así que contéstame, por favor.

—Bueno, no estoy muy seguro de que pueda.

—Sois amigos íntimos —dijo Isabel—, y has tenido ocasión de observarlo con detenimiento.

—Cierto. Pero piensa cuánto habrá tenido que disimular...

—¿Y por qué habría de disimular? Eso no va con su forma de ser.

—Ya, pero no olvides que las circunstancias son muy particulares —alegó Ralph con aire de estar disfrutando íntimamente.

—Sí, hasta cierto punto. Pero ¿está enamorado de verdad?

—Yo creo que mucho. Eso sí que se le nota.

—¡Ah! —dijo Isabel con cierta sequedad.

Ralph la miró como si su agradable diversión se hubiese transformado en perplejidad.

—Lo dices como si te decepcionara saberlo.

Isabel se levantó mientras se alisaba lentamente los guantes y los observaba con detenimiento.

—Bueno, al fin y al cabo no es asunto mío.

—Estás muy filosófica —dijo su primo, que añadió al momento—: ¿Me puedes explicar de qué estás hablando?

Isabel lo miró fijamente.

—Creía que lo sabías. Lord Warburton me dijo que no hay cosa que desee más en el mundo que casarse con Pansy. Ya te lo conté, sin conseguir que

comentaras nada al respecto. Podrías arriesgarte a decir algo hoy. ¿Crees que de verdad está interesado en ella?

—¡Ah, no, en Pansy no! —afirmó Ralph muy convencido.

—Pero si acabas de decir que sí.

Ralph esperó un momento antes de contestar.

—Me refería a que está interesado en ti, señora Osmond.

Isabel negó con la cabeza con aire muy serio.

—Eso es un disparate y lo sabes.

—Claro que lo es. Pero el disparate es de Warburton, no mío.

—Eso sería muy fastidioso —dijo Isabel con lo que consideró gran sutileza por su parte.

—He de decirte —prosiguió Ralph— que a mí me lo ha negado.

—¡Solo faltaba que os dedicarais los dos a hablar del tema! ¿Y te ha dicho también que está enamorado de Pansy?

—Me ha hablado muy bien de ella, con mucha corrección. Y por supuesto me ha comunicado que piensa que haría un gran papel en Lockleigh.

—¿Lo piensa de verdad?

—¡A saber qué piensa Warburton de verdad! —dijo Ralph.

Isabel volvió a alisarse los guantes. Eran largos y holgados, así que podía dedicarles tiempo. No obstante, enseguida levantó la cabeza y exclamó de forma súbita y acalorada:

—¡No me estás ayudando, Ralph!

Era la primera vez que hacía alusión a que necesitase ayuda, y la intensidad de sus palabras sacudió a su primo. Este soltó un largo murmullo de alivio, de compasión, de ternura; le pareció que al fin habían superado el abismo que los separaba. Fue eso lo que le hizo exclamar al momento:

—¡Debes de ser muy desdichada!

En cuanto lo dijo, Isabel recobró el control de sí misma, que utilizó en primer lugar para fingir que no lo había oído.

—Cuando hablo de que me ayudes, estoy diciendo una sandez —le dijo con una rápida sonrisa—. ¡Cómo iba a molestarte con mis problemas domésticos! La cuestión es muy sencilla: lord Warburton tendrá que arreglárselas solo. Yo no puedo hacer nada por él.

—Debe de ser fácil para él conseguir lo que quiere —dijo Ralph.

Isabel meditó un instante.

—Ya... pero no siempre ha sido así.

—Cierto, pero ya sabes que eso siempre me ha sorprendido mucho. ¿Crees a la señorita Osmond capaz de darnos una sorpresa?

—Más bien creo que nos la daría él. Me parece que, al final, terminará por dejarlo estar.

—Él nunca haría nada deshonesto —afirmó Ralph.

—Estoy convencida de eso, y lo más honrado sería que dejase a la pobre niña en paz. Ella está interesada en otra persona, y sería una crueldad intentar sobornarla con magníficos ofrecimientos para que se olvide del otro.

—Quizá sería cruel para la otra persona... la que ella ama. Pero Warburton no tiene por qué tener eso en cuenta.

—No, sería cruel para ella —repuso Isabel—. Ella sería muy desdichada si dejase que la convencieran para que se olvidase del pobre señor Rosier. La idea parece hacerte gracia, pero, claro, no eres tú el que está enamorado de él. Para Pansy, el señor Rosier tiene el mérito de estar enamorado de ella, mientras que ve claramente que lord Warburton no lo está.

—Pero se portaría muy bien con ella —dijo Ralph.

—Ya se ha portado muy bien con ella. Afortunadamente, aún no le ha dicho nada que la haya perturbado. Podría ir mañana y despedirse de ella con absoluta propiedad.

—¿Y crees que eso le gustaría a tu marido?

—En absoluto, y puede que tuviera razón en eso. Lo que pasa es que quiere enterarse de cuál es la situación.

—¿Y te ha encargado que te enteres tú? —se aventuró a preguntar Ralph.

—Bueno, como conozco a lord Warburton hace tiempo... es decir, más tiempo que Gilbert, es normal que me interese por sus intenciones.

—¿Quieres decir que te intereses en que renuncie a ellas?

Isabel vaciló un momento mientras fruncía ligeramente el ceño.

—A ver si te entiendo. ¿Estás defendiéndolo?

—Ni mucho menos. Me alegraría mucho que no llegase a convertirse en el marido de tu hijastra. ¡Eso te colocaría en una posición realmente extraña! —dijo Ralph sonriendo—. Pero me preocupa que tu marido piense que no has hecho bastante para alentar a Warburton.

Isabel se descubrió capaz de sonreír igual que él.

—Mi marido me conoce demasiado bien como para no esperar que le diese muchos ánimos. Y supongo que él mismo tampoco tiene mucha intención de hacerlo. ¡No me da miedo no poder justificarme! —dijo con cierta ligereza.

Por un instante a Isabel se le había caído la máscara, pero se la había vuelto a poner enseguida, para enorme decepción de Ralph. Durante unos segundos había vislumbrado su verdadera cara, y anhelaba intensamente poder contemplarla. Sentía el deseo casi salvaje de oírla quejarse de su marido, de oírla decir que este la haría responsable de la deserción de lord Warburton. Ralph estaba seguro de que ese era el dilema al que se enfrentaba Isabel, y sabía de forma instintiva y por adelantado la forma que adoptaría el disgusto de Osmond llegado el caso, que sería del tipo más rastrero y cruel. Habría querido advertir a Isabel de eso, para que al menos viera que se preocupaba por ella y que sabía lo que pasaba. Lo de menos era que Isabel lo supiera aún mejor; era más por su propia satisfacción que por la de ella por lo que ansiaba demostrarle que no se dejaba engañar. Intentaba una y otra vez que ella traicionara a Osmond, y se sentía despiadado, cruel y casi despreciable por hacerlo. Pero eso poco importaba, ya que siempre fracasaba en su intento. ¿A qué había ido ella entonces, y por qué casi parecía estar brindándole la oportunidad de quebrantar su compromiso tácito? ¿Para qué le pedía consejo si no le dejaba contestar libremente? ¿Cómo iban a hablar de sus problemas domésticos, como a ella les gustaba llamarlos con humor, si el principal factor no podía ser mencionado? Esas contradicciones eran de por sí indicativas de los problemas que tenía Isabel, cuyo grito de ayuda de hacía unos momentos era para Ralph lo más importante.

—Aun así, estaréis en claro desacuerdo —dijo al cabo de unos instantes y, como Isabel no respondió, mirándole como si apenas le entendiera, añadió—: Descubriréis que tenéis puntos de vista muy distintos al respecto.

—Eso es fácil que pase incluso entre las parejas más unidas —afirmó Isabel al tiempo que cogía su sombrilla. Ralph vio que estaba nerviosa, temerosa de lo que él pudiese decir—. No obstante, es difícil que lleguemos a discutir por eso —añadió—, ya que casi todo el interés en el asunto es por su parte. Es muy natural: al fin y al cabo, Pansy es hija suya... no mía.

Y le tendió la mano para despedirse. Ralph decidió mentalmente que Isabel no debía irse sin antes decirle que lo sabía todo. Era una oportunidad que no podía dejar escapar.

—¿Sabes qué le hará decir ese interés suyo? —le preguntó mientras le cogía la mano. Ella negó con la cabeza con cierta aspereza, aunque sin intención disuasoria, así que Ralph continuó—: Le hará decir que no has puesto mucho de tu parte porque estás celosa.

Se detuvo un momento, asustado ante la expresión de Isabel.

—¿Celosa?

—Sí, de su hija.

Isabel se sonrojó y echó la cabeza hacia atrás.

—No estás siendo muy amable —dijo con una voz que Ralph nunca le había oído.

—Sé sincera conmigo y verás si lo soy —contestó.

Pero Isabel no dijo nada; se limitó a retirar la mano, que Ralph todavía le sujetaba, y abandonó rápidamente de la habitación. Decidió que tenía que hablar con Pansy y se dispuso a hacerlo ese mismo día, por lo que fue a la habitación de la joven antes de la cena. Pansy ya estaba vestida; siempre hacía las cosas con mucho tiempo, lo cual parecía demostrar su dulce paciencia y la gracilidad y discreción con la que podía sentarse a esperar. En esos momentos estaba, con todas sus galas ya puestas, en una butaca delante del fuego. Había apagado las velas al terminar de arreglarse, de acuerdo con las frugales costumbres con las que había sido educada y que ahora observaba más que nunca, de manera que la estancia solo estaba iluminada por un par de leños ardiendo. Las habitaciones del palazzo Roccanera eran tan amplias como numerosas, y la virginal alcoba de Pansy era una inmensa cámara de oscuros techos de madera. En medio de aquella inmensidad, su diminuta ocupante parecía una simple mota de humanidad, y, cuando se levantó con rápida deferencia para recibir a Isabel, a esta la impresionó más que nunca su tímida sinceridad. Tenía una tarea difícil ante sí, así que lo mejor sería acometerla de la forma más sencilla posible. Sentía amargura y enojo, pero se advirtió que no debía dar muestras de tal acaloramiento. Hasta le daba miedo resultar demasiado severa, o al menos demasiado seria; en definitiva, le daba miedo asustar a Pansy. Pero esta parecía haber adivinado que Isabel estaba allí más o menos en calidad de confesor, pues, después de acercarse un poco más al fuego la butaca en que había estado sentada para que Isabel la ocupara, la joven se arrodilló sobre un cojín delante de ella, levantó la cabeza y puso sus manos entrelazadas en las rodillas de su madrastra. Lo que quería Isabel era oír de sus labios que no le interesaba lord Warburton, pero, por mucho que desease obtener esa garantía, no se sentía en modo alguno libre para provocarla. El padre de la joven lo calificaría de flagrante traición, pero aun así Isabel era consciente de que, si Pansy mostrara el menor indicio de estar dispuesta a alentar las aspiraciones de lord Warburton, su obligación sería hacer que se contuviese. Era difícil interrogar sin que lo pareciera, y la suprema simplicidad de Pansy, de una inocencia aún mayor de lo que Isabel hubiese llegado a creer, daba a cualquier intento de pesquisa, por tentativa que fuese, algo del carácter de una admonición. Mientras estaba allí arrodillada al vago resplandor del

fuego, con su bonito vestido reluciendo débilmente, las manos juntas a medio camino entre el ruego y la sumisión, y sus dulces ojos fijos en ella y embebidos de la seriedad de la situación, le pareció a Isabel una mártir infantil que hubiese sido engalanada para un sacrificio sin que ni siquiera concibiera la idea de intentar evitarlo. Cuando Isabel le dijo que nunca le había hablado de lo que pensaba con respecto a la posibilidad de que se casase, pero que su silencio no se había debido a la indiferencia o a la ignorancia, sino que estaba motivado por el deseo de dejarle plena libertad, Pansy se inclinó hacia delante, alzó más el rostro y, con un pequeño murmullo que sin duda expresaba un profundo anhelo, respondió que hacía tiempo que ansiaba que le hablase de eso, por lo que le rogaba que la aconsejase.

—Me resulta muy difícil darte ningún consejo al respecto —contestó Isabel—. No sé cómo hacerlo. Eso es asunto de tu padre, así que deberías pedirle consejo a él y, sobre todo, actuar de acuerdo con el mismo.

Pansy bajó la mirada al escuchar eso, y durante unos segundos no dijo nada. Luego comentó:

—Creo que prefiero su consejo al de papá.

—Pues no debería ser así —replicó Isabel con frialdad—. Yo te quiero mucho, pero tu padre te quiere aún más.

—No es porque usted me quiera... sino porque es una dama —respondió Pansy con aire de estar diciendo algo muy razonable—. Una dama puede aconsejar a una joven mejor que un hombre.

—En ese caso, te aconsejo que aceptes con el mayor respeto los deseos de tu padre.

—Sí —asintió la joven muy convencida—, eso es lo que he de hacer.

—Pero si te hablo ahora sobre tu matrimonio no es por tu bien, sino por el mío —continuó Isabel—. Quiero saber lo que esperas, lo que deseas, para que yo pueda actuar en consecuencia.

Pansy la miró fijamente, y luego se apresuró a preguntar:

—¿Hará usted todo lo que yo quiera?

—Antes de decir que sí, tengo que saber qué es lo que quieres.

Entonces Pansy le explicó que lo único que quería en la vida era casarse con el señor Rosier. Este se lo había pedido, y ella le había contestado que lo haría si su padre le daba su consentimiento, pero su padre nunca lo permitiría.

—Bien, en ese caso es imposible —afirmó Isabel.

—Sí, es imposible —repitió Pansy con un suspiro, y con la misma

expresión de intensa atención en su delicada carita.

—Entonces debes pensar en alguna otra opción —prosiguió Isabel, pero Pansy, con otro suspiro, le dijo que ya lo había intentado sin éxito alguno.

—Solo pensamos en los que piensan en nosotros —alegó con una débil sonrisa—, y sé que el señor Rosier piensa en mí.

—Pues no debería —dijo Isabel con altivez—. Tu padre le ha pedido expresamente que no lo haga.

—No lo puede evitar, porque sabe que yo también pienso en él.

—No deberías hacerlo. Puede que él tenga alguna excusa, pero tú no.

—Ojalá encontrase usted alguna —exclamó la joven como si estuviese rogando a la Virgen.

—Ni se me ocurriría intentarlo —replicó la Virgen con una frigidéz inusual—. Si supieses que otra persona también pensaba en ti, ¿pensarías en él?

—Nadie puede pensar en mí del modo en que lo hace el señor Rosier. Nadie tiene tanto derecho como él.

—¡Ah! Es que yo no le admito tal derecho al señor Rosier —exclamó Isabel de forma hipócrita.

Pansy se limitó a mirarla fijamente con evidente desconcierto, e Isabel aprovechó la ocasión para explicarle las terribles consecuencias que acarrearía desobedecer a su padre. Entonces Pansy la interrumpió, asegurándole que jamás le desobedecería ni se casaría sin su consentimiento. Y anunció, en el tono más sereno y sencillo posible, que, aunque no llegase a casarse con el señor Rosier, nunca dejaría de pensar en él. Parecía haber aceptado la idea de su eterna soltería, pero por supuesto Isabel era libre de pensar que Pansy no tenía la menor idea de lo que eso significaba. La joven era totalmente sincera, y estaba dispuesta a renunciar a su enamorado. Eso podría parecer un paso importante para comprometerse con otro, pero estaba claro que para Pansy las cosas no iban en esa dirección. No sentía resentimiento alguno contra su padre, ya que su corazón no conocía el resentimiento; tan solo una dulce fidelidad a Edward Rosier, así como la extraña y exquisita intuición de que la demostraría aún mejor permaneciendo soltera que casándose con él.

—Tu padre quiere que hagas un matrimonio mejor —dijo Isabel—. La fortuna del señor Rosier no es muy grande.

—¿Qué quiere decir mejor... si ese ya sería lo bastante bueno para mí? Y yo que tengo tan poco dinero, ¿para qué quiero una fortuna?

—El que tengas poco es precisamente la razón para que intentes tener más.

Y mientras decía eso, Isabel se alegró de que la habitación estuviese tan poco iluminada, ya que sintió que la expresión de su rostro debía de resultar de una falsedad repugnante. Ese era el tipo de cosas que le tocaba hacer por Osmond. Los solemnes ojos de Pansy, fijos en los suyos, casi la turbaban; se sentía avergonzada por tener que tomarse con tal ligereza las preferencias sentimentales de la joven.

—¿Qué quiere usted que haga? —le preguntó esta en voz baja.

Era una pregunta terrible, e Isabel se refugió en timoratas vaguedades.

—Que recuerdes lo feliz que puedes hacer a tu padre.

—¿Si me caso con quien él quiera?

Durante un momento la respuesta de Isabel se hizo esperar, tras lo que ella misma se oyó pronunciarla en medio del silencio que la intensa atención de Pansy parecía crear:

—Sí, si te casas con quien él quiera.

La mirada de la joven se volvió más penetrante, y dio a Isabel la impresión de que dudaba de su sinceridad, lo cual cobró más fuerza cuando Pansy se levantó lentamente del cojín. Permaneció un momento inmóvil con sus pequeñas manos ya separadas, y a continuación dijo con voz temblorosa:

—Bien, pues espero que nadie me lo pida.

—Es que de eso se trata. Puede que haya otra persona dispuesta a hacerlo.

—No creo que esté dispuesto de verdad —dijo Pansy.

—Pues eso parece, y si no lo ha hecho ya es porque no está seguro de ser aceptado.

—¿No está seguro? Entonces es que no está dispuesto de verdad.

Isabel consideró que se trataba de una reflexión bastante aguda. Se levantó también y permaneció un momento contemplando el fuego.

—Lord Warburton te ha dedicado muchas atenciones —prosiguió al poco—. Imagino que sabes que estaba hablando de él.

En contra de lo esperado, Isabel se encontraba casi en la tesitura de tener que justificarse, lo cual la obligó a introducir al aristócrata en la conversación con más brusquedad de la que había pretendido.

—Lord Warburton ha sido muy amable conmigo y le aprecio mucho. Pero si lo que me está diciendo es que se me va a declarar, creo que está equivocada.

—Sí, puede que me equivoque, pero sería algo que agradecería a tu padre

enormemente.

Pansy negó con la cabeza con una leve y juiciosa sonrisa.

—Lord Warburton no se me va a declarar para complacer a papá.

—Tu padre quiere que lo alientes a ello —continuó Isabel de forma mecánica.

—¿Y cómo puedo alientarlo?

—No lo sé. Eso te lo debe decir tu padre.

Pansy no dijo nada durante unos instantes; se limitó a seguir sonriendo como si estuviera en posesión de una luminosa certeza.

—¡No hay peligro... ningún peligro! —exclamó al fin.

Lo dijo con tal convicción, y con tanta felicidad al creerlo, que hizo que Isabel se sintiera violenta. Era como si la estuviese acusando de falta de honradez, lo cual era una idea muy desagradable. Para intentar recuperar su autoestima estuvo a punto de decir que el mismo lord Warburton le había hecho saber que sí había peligro. Pero no lo hizo; tan solo dijo, a causa del azoramiento, que sin duda aquel había sido muy amable y atento con Pansy.

—Sí, es muy amable —contestó Pansy—, y por eso lo aprecio.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

—Siempre he estado segura de que él sabe que no quiero... ¿qué es lo que ha dicho que debería hacer...?, alientarlo. Sabe que no quiero casarme con él, así que quiere que yo sepa que no me va a molestar, y de ahí su amabilidad. Es como si dijera: «La admiro mucho, pero si no le gusta, no se lo volveré a decir». Me parece que es muy noble y amable de su parte —continuó Pansy de forma cada vez más categórica—. Eso es todo lo que nos hemos dicho. Y tampoco está interesado en mí. Ah, no, no hay ningún peligro.

Isabel quedó muy sorprendida de la profunda perspicacia de la que aquella sumisa jovencita estaba demostrando ser capaz, y le dio miedo esa sabiduría de Pansy, hasta el punto de casi comenzar a amilanarse ante ella.

—Debes contarle eso a tu padre —dijo con reservas.

—Creo que prefiero no hacerlo —contestó Pansy sin reserva alguna.

—No deberías dejar que albergue falsas esperanzas.

—Puede que no, pero a mí me conviene que sí las tenga. Mientras papá crea que lord Warburton tiene intención de hacer algo de eso que dice usted, no me propondrá ningún otro pretendiente. Y eso es una ventaja para mí —afirmó la joven con gran lucidez.

Había algo muy brillante en esa lucidez suya que hizo que su interlocutora respirara profundamente, pues la estaba librando de una grave responsabilidad. Pansy tenía suficientes luces, mientras que Isabel sentía en esos momentos que no podía desprenderse de las pocas que le quedaban. Aun así, seguía aferrándose a la idea de que tenía que ser leal a Osmond, de que tenía la obligación moral de tratar con la hija de este como correspondía. Bajo la influencia de esa sensación, le hizo otro comentario antes de retirarse: una sugerencia con la que consideró que ya había hecho cuanto estaba en su mano.

—Tu padre da por sentado que, al menos, te gustaría casarte con un noble.

Pansy estaba ante el umbral abierto, tras haber apartado la cortina para que pasara Isabel.

—Para mí el señor Rosier tiene todo el aspecto de un noble —afirmó muy seria.

46

Lord Warburton estuvo varios días sin aparecer por el salón de la señora Osmond, y esta no pudo dejar de observar que su marido no le comentaba que hubiese recibido una carta suya. También observó que Osmond se hallaba expectante y que, aunque no le gustaba nada que se le notara, consideraba que su distinguido amigo lo estaba haciendo esperar demasiado. Al cabo de cuatro días hizo mención a su ausencia.

—¿Qué ha sido de Warburton? ¿Por qué se comporta como si uno fuera un comerciante que le lleva una factura?

—No sé nada de él —contestó Isabel—. Lo vi el viernes pasado en el baile alemán, y me dijo entonces que tenía intención de escribirte.

—Pues no me ha escrito.

—Eso me figuraba, ya que no me decías nada.

—Es un tipo muy raro —sentenció Osmond, el cual, al ver que Isabel no replicaba nada, pasó a inquirir si era normal que su señoría tardase cinco días en redactar una carta—: ¿Es que le cuesta tanto juntar palabras?

—No lo sé —se vio obligada a responder Isabel—. Nunca he recibido una carta suya.

—¿Que nunca has recibido una carta de él? Pues tenía entendido que en cierto momento mantuvisteis una correspondencia muy íntima.

Isabel contestó que no había sido así y dejó estar el tema. Sin embargo, al día siguiente, cuando su marido entró en el salón ya avanzada la tarde, este volvió a sacarlo.

—Cuando lord Warburton te habló de su intención de escribirme, ¿qué le dijiste tú? —preguntó.

Isabel titubeó un instante.

—Creo que le dije que no se olvidara de hacerlo.

—¿Pensabas que existía ese riesgo?

—Como tú mismo dices, es un tipo raro.

—Pues parece que se le ha olvidado —dijo Osmond—. Ten la amabilidad de recordárselo.

—¿Quieres que le escriba? —preguntó Isabel.

—No veo inconveniente.

—Esperas demasiado de mí.

—Ah, sí, espero mucho de ti.

—Me temo que voy a decepcionarte —dijo Isabel.

—Mis expectativas han conseguido sobrevivir a innumerables decepciones.

—Ya lo sé. Piensa en la gran decepción que me he causado a mí misma. Si de verdad quieres echar el lazo a lord Warburton, deberías hacerlo tú mismo.

Osmond no respondió nada durante un par de minutos. Luego dijo:

—No resultará fácil, teniéndote a ti en mi contra.

Isabel dio un respingo y notó que comenzaba a temblar. Osmond tenía una forma de mirarla a través de sus ojos entrecerrados, como si estuviese pensando en ella pero sin apenas verla, que a Isabel le pareció que albergaba intenciones terriblemente crueles. Era como si la reconociera como algo desagradable de lo que necesitaba ocuparse, pero a la vez pudiera ignorarla como presencia real. Era un efecto que Isabel nunca había notado con tanta intensidad como en esos momentos.

—Creo que me estás acusando de algo muy rastrero —replicó.

—Te estoy acusando de no ser de fiar. Si al final él no se decide, será porque tú lo has impedido. No estoy seguro de que sea algo rastrero: es el tipo de cosas que las mujeres siempre piensan que pueden hacer. No me cabe duda de que tú debes de tener ideas muy buenas al respecto.

—Te dije que haría cuanto pudiera —continuó Isabel.

—Sí, para ganar tiempo.

Después de que él dijera eso, Isabel se sorprendió de que alguna vez ese hombre le hubiese podido parecer hermoso.

—¡Qué ganas debes de tener de atraparlo! —dijo ella al momento.

En cuanto habló, se dio cuenta del alcance de sus palabras, del que no había sido consciente en el momento de decirlas. Establecían una comparación entre Osmond y ella misma, recordando el hecho de que en una ocasión ella había tenido ese codiciado tesoro en la mano y se había sentido tan rica que lo había dejado caer. Un júbilo momentáneo se apoderó de ella, un deleite terrible por haberlo herido, pues la expresión de Osmond le dijo al instante que las implicaciones de su exclamación no habían caído en saco roto. No obstante, él no manifestó nada en ese sentido; se limitó a replicar rápidamente:

—Sí, unas ganas inmensas.

En ese momento apareció un sirviente para anunciar una visita, y tras él entró el propio lord Warburton, el cual se refrenó de forma visible al encontrar allí a Osmond. Su mirada pasaba con celeridad del señor a la señora de la casa, un movimiento que parecía denotar su miedo a haber interrumpido algo, o incluso la percepción de que la situación no presagiaba nada bueno. Entonces avanzó con su característico porte inglés, en el que una ligera timidez parecía ofrecerse como un elemento de buena educación, y cuyo único defecto era la dificultad para realizar bien las transiciones. Osmond estaba desconcertado y no sabía qué decir, pero Isabel se apresuró a comentar que justo en esos momentos estaban hablando de él. Entonces su marido añadió que hacía tiempo que no sabían de él, y que temían que se hubiese marchado.

—No —dijo lord Warburton mientras miraba y sonreía a Osmond—, pero me dispongo a hacerlo muy pronto. —A continuación, les explicó que había recibido aviso de regresar a Inglaterra cuanto antes, y que partiría al día siguiente o al otro—. Lo que más lamento es tener que dejar aquí al pobre Touchett —terminó diciendo.

Durante unos instantes ninguno de sus dos interlocutores dijo nada. Osmond tan solo se reclinó en la butaca mientras lo escuchaba. Isabel no miró a su marido, de manera que solo podía imaginarse su expresión. Ella tenía los ojos fijos en el rostro de su visitante, donde hallaban plena libertad para reposar, ya que su señoría los evitaba con mucho cuidado. Sin embargo, Isabel estaba segura de que, de haberse encontrado sus miradas, la de él le habría resultado muy expresiva.

—Sería mejor que se llevase al pobre Touchett con usted —oyó decir a su

marido con bastante ligereza al cabo de un momento.

—Lo mejor para Touchett es esperar a que haga mejor tiempo —contestó lord Warburton—. Yo no le aconsejaría que viajase ahora.

Se quedó un cuarto de hora, durante el cual habló como si no fueran a verse durante una buena temporada... a menos, claro está, que fuesen ellos a Inglaterra, lo cual les recomendó encarecidamente que hicieran. Le pareció una gran idea que ambos fuesen en otoño y pasasen un mes con él, en el que haría todo lo que estuviese en su mano para agasajarlos. Como había reconocido el propio Osmond, este solo había estado una vez en Inglaterra, lo cual era absurdo tratándose de un hombre con su estilo de vida e inteligencia. Inglaterra era justo el país para él, y lord Warburton estaba seguro de que lo pasaría muy bien. Entonces le preguntó a Isabel si recordaba lo bien que se lo había pasado allí y si no le apetecía repetir. Seguro que quería ver Gardencourt de nuevo. Era un lugar excepcional. Touchett no lo cuidaba como era debido, pero era uno de esos lugares que no se echan a perder aunque los descuides. ¿Por qué no iban a hacer una visita a Touchett? Seguro que los había invitado. ¿No lo había hecho? ¡Qué descortés de su parte! Y lord Warburton prometió cantarle las cuarenta al señor de Gardencourt. Claro que tenía que tratarse de un mero despiste, porque seguro que Touchett estaría encantado de tenerlos con él. Lo pasarían fenomenal, un mes con Touchett y otro con él, además de visitar a todas las demás personas que debían de conocer allí. Lord Warburton añadió que también sería muy agradable para la señorita Osmond, quien le había dicho que nunca había estado en Inglaterra, y a la que había asegurado que era un país que valía la pena conocer. Por supuesto, a ella no le hacía falta ir a Inglaterra para que la admirasen, ya que ese era su sino allá donde fuese, pero sin duda triunfaría inmensamente allí, si eso servía de aliciente. Entonces preguntó si estaba en casa, para despedirse de ella. No es que le gustaran las despedidas, a las que tenía verdadero pavor. La última vez se había ido de Inglaterra sin despedirse de nadie en absoluto. Hasta le daban ganas de irse de Roma sin molestar a la señorita Osmond. No había nada más deprimente que ver a alguien para decirle adiós. Uno nunca decía lo que quería decir, y solo lo recordaba al cabo de una hora. Por otro lado, también se solían decir muchas cosas que no deberían decirse, simplemente porque había que decir algo. Era una sensación molesta, que volvía a uno más torpe de lo habitual. Era lo que le pasaba en esos momentos, así que, en el caso de que la señora Osmond considerara que no estaba hablando como debería, había que achacárselo a la agitación que sentía, ya que no era fácil despedirse de ella. Lamentaba mucho tener que irse. Había pensado en escribirle en vez de pasarse por allí, pero de todas formas le escribiría para decirle todas las cosas que seguro que se le ocurrirían en cuanto se marchase. En cualquier caso debían considerar seriamente la posibilidad de ir a Lockleigh.

Si había algo extraño en su visita o en el anuncio de su partida, no llegó a salir a la superficie. Lord Warburton habló de la agitación que sentía, pero no la demostró de ningún otro modo, e Isabel comprendió que, una vez que había decidido retirarse, era capaz de llevarlo a cabo con gallardía. Se alegraba mucho por él, pues lo apreciaba lo bastante como para desear que consiguiese salir airoso de cualquier situación. Siempre lo hacía, no por una cuestión de insolencia, sino sencillamente porque estaba acostumbrado a salir bien parado, e Isabel sabía que ni su marido podría en esos momentos frustrar dicha facultad. Mientras estaba allí sentada, una compleja operación estaba teniendo lugar en su mente. Por un lado escuchaba a su visitante, respondía como convenía, leía más o menos entre líneas lo que él quería decir, y se preguntaba qué le habría dicho si la hubiese encontrado sola; por otro, era perfectamente consciente de cuáles debían de ser las emociones de Osmond en esos momentos, y casi sentía lástima por él, condenado como estaba a sufrir el intenso dolor de la pérdida sin poder recurrir al alivio de la maldición. Había albergado grandes esperanzas y ahora, mientras contemplaba como estas se desvanecían, se veía obligado a estar allí sentado, sonriendo, mientras hacía girar los pulgares. Tampoco es que se esforzara mucho por sonreír; en general, se limitaba a ofrecer a su común amigo una expresión ausente que a un hombre tan inteligente como él no le costaba nada adoptar. De hecho, parte de la inteligencia de Osmond estribaba en poder aparentar con maestría que las cosas no le afectaban. No obstante, su aspecto en esos momentos no era ninguna confesión de que se sintiese decepcionado, sino que simplemente formaba parte del método habitual de Osmond, consistente en que, cuanto más le interesaba algo, menos expresivo parecía. Había estado muy interesado en conseguir ese botín desde el principio, pero nunca había dejado que su ansiedad se reflejase en su refinado rostro. Había tratado a su posible yerno como trataba a todo el mundo: con aire de interesarse solo por el bienestar del otro, y no porque pudiese suponer ningún beneficio para una persona tan bien provista en todos los sentidos como era Gilbert Osmond. En esos momentos no iba a dar ninguna muestra, ni la más leve ni la más sutil, de que en su interior estuviese enfurecido porque se le estaba escapando la perspectiva de un gran beneficio. Isabel podía estar bien segura de eso, le proporcionase o no alguna satisfacción. Y, por muy extraño que resultase, se la proporcionaba. Quería que lord Warburton triunfase ante su marido, pero a la vez quería que este fuese muy superior a aquel. A su modo, Osmond era una persona admirable que, al igual que su visitante, contaba con la ventaja de poder hacer uso de un hábito adquirido. En ese caso no se trataba del de salir airoso, sino de otro casi tan bueno: el de no esforzarse por nada. Mientras estaba reclinado en el sillón, escuchando vagamente las amables invitaciones y las contenidas explicaciones del otro, como si lo más correcto fuese asumir que iban dirigidas fundamentalmente a su esposa, a Osmond le quedaba al menos (ya que poco

más le quedaba) el consuelo de saber lo bien que se había mantenido al margen de todo, y que ese aire de indiferencia que era capaz de lucir en esos momentos tenía la belleza añadida de la coherencia. Había un gran mérito en conseguir que pareciese que los movimientos de lord Warburton no tenían nada que ver con él. Sin duda este lo estaba haciendo bien, pero la actuación de Osmond era, por su propia esencia, mucho más conseguida. Al fin y al cabo, lord Warburton no se encontraba en una posición difícil, ya que no había ninguna razón por la que no pudiese marcharse de Roma si quería. Había sentido ciertas inclinaciones bienintencionadas que no habían dado fruto, pero, como no había llegado a comprometerse, su honor quedaba a salvo. Osmond solo pareció prestar un moderado interés a la propuesta de que fuesen a pasar una temporada con él, y a la alusión al éxito que Pansy podría alcanzar durante su visita. Tan solo murmuró unas palabras de agradecimiento, y dejó que fuera Isabel quien dijese que se trataba de algo que tenían que meditar con calma. Pero, incluso mientras hacía esta observación, podía ver ya la gran panorámica que de pronto se había abierto en la mente de su marido, en cuyo centro desfilaba con paso firme la pequeña figura de Pansy.

Lord Warburton había solicitado permiso para despedirse de Pansy, pero ni Isabel ni Osmond hicieron ademán de llamarla. El noble parecía querer dejar claro que su visita sería corta. Estaba sentado en una silla, como si fuera a quedarse poco rato, y con el sombrero en la mano. Sin embargo no se iba, e Isabel se preguntó a qué estaba esperando para hacerlo. No creyó que fuese por ver a Pansy, ya que le daba la impresión de que prefería no verla. Tenía que ser para quedarse con ella a solas, porque tenía algo que decirle. A Isabel no le apetecía mucho oírlo, ya que temía que se tratase de una explicación, y en esos momentos podía prescindir perfectamente de ellas. Sin embargo, Osmond acabó por levantarse, como un hombre de buen gusto al que se le hubiera ocurrido que tal vez un visitante tan asiduo quisiera dedicar sus últimas palabras de despedida a las damas.

—Tengo que escribir una carta antes de la cena —dijo—, así que le ruego que me disculpe. Voy a ver si mi hija no está ocupada, y si es así le comunicaré que está usted aquí. Por supuesto, cuando vuelva a Roma no deje de venir a vernos. La señora Osmond le tendrá al tanto sobre nuestro posible viaje a Inglaterra, ya que es ella la que decide todas esas cosas.

La inclinación de cabeza con que, en lugar de un apretón de manos, terminó ese breve parlamento, fue quizá una forma de saludo un tanto exigua, pero en conjunto era lo único que la ocasión requería. Isabel consideró que, una vez que Osmond saliera de la habitación, lord Warburton no tendría excusa para decir: «Su marido está muy enfadado», lo cual le resultaría muy desagradable. No obstante, si lo dijese, ella contestaría: «Oh, no se preocupe. No es a usted a quien odia, sino a mí».

Fue entonces, tras quedarse los dos solos, cuando su amigo dio leves muestras de sentir cierta incomodidad, mientras se sentaba en otra silla y se dedicaba a coger y observar dos o tres de los objetos que tenía más cerca.

—Espero que haga venir a la señorita Osmond —comentó al poco—. Tengo muchas ganas de verla.

—Me alegro de que vaya a ser la última vez —dijo Isabel.

—Yo también. No está interesada en mí.

—No, no está interesada en usted.

—No me extraña —repuso. Luego añadió en tono intrascendente—: Entonces, ¿vendrán a Inglaterra?

—Creo que será mejor no ir.

—Pero usted me debe una visita. ¿No se acuerda que tenía que haber ido a Lockleigh en una ocasión, pero al final no fue?

—Todo ha cambiado desde entonces —afirmó Isabel.

—Pero no a peor... al menos, en lo que a nosotros respecta. Verla a usted bajo mi techo —dijo con una exaltación momentánea— me produciría una gran satisfacción.

Isabel había temido las explicaciones, pero esa fue la única que hubo. Hablaron un poco de Ralph y, al cabo un momento, entró Pansy, que ya estaba vestida para la cena y lucía un pequeño rubor en cada mejilla. Le tendió la mano a lord Warburton y se quedó mirándolo con una sonrisa fija: una sonrisa que Isabel sabía, aunque seguramente su señoría nunca llegaría a sospecharlo, que recordaba mucho a la expresión de romper a llorar.

—Me marcho —le dijo él—, y quería despedirme de usted.

—Adiós, lord Warburton —contestó Pansy con un perceptible temblor de voz.

—Y también quería decirle lo mucho que deseo que sea usted muy feliz.

—Gracias, lord Warburton —respondió Pansy.

Él permaneció un momento en silencio y miró a Isabel.

—No me cabe duda de que será feliz... tiene usted un ángel de la guarda.

—Estoy segura de que lo seré —dijo Pansy en el tono de alguien cuyas certezas son siempre alegres.

—Con esa convicción llegará usted muy lejos. Pero si alguna vez le fallase, recuerde... recuerde... —dijo su interlocutor balbuceando un poco, y

luego añadió con una leve risa—: ¡Bueno, piense en mí de vez en cuando!

Luego estrechó la mano de Isabel en silencio y se marchó.

Isabel esperaba una efusión de lágrimas de su hijastra después de que lord Warburton se fuese, pero en realidad Pansy la obsequió con algo muy diferente.

—Creo que sí que es usted mi ángel de la guarda —exclamó con mucha dulzura.

Isabel negó con la cabeza.

—No soy un ángel de ningún tipo. Como mucho, una buena amiga.

—En ese caso es muy buena amiga, por haberle pedido a papá que me tratase bien.

—No le he pedido nada a tu padre —contestó Isabel extrañada.

—Me ha dicho que viniese al salón, y después me ha dado un beso muy cariñoso.

—Ah, bueno —dijo Isabel—, pero eso ha sido cosa de él.

Reconoció la estrategia de inmediato; era muy propia de Osmond, y aún habría de verla en otras muchas ocasiones. Ni siquiera con Pansy podía ponerse en evidencia ni por un momento. Ese día cenaron fuera y luego asistieron a otra recepción, de manera que Isabel no se quedó a solas con Osmond hasta bien entrada la noche. Cuando Pansy le dio un beso antes de irse a la cama, él le devolvió el abrazo con mayor munificencia de la habitual, haciendo que Isabel se preguntara si sería una indicación de que consideraba que su hija había salido perjudicada por las maquinaciones de su madrastra. De cualquier forma, solo era una expresión parcial de lo que continuaba esperando de su esposa. Esta se disponía a seguir a Pansy cuando él le pidió que se quedara, ya que tenía algo que decirle. A continuación, dio unos pasos arriba y abajo por el salón mientras ella esperaba de pie con el manto aún puesto.

—No entiendo qué es lo que quieres —dijo Osmond al cabo de un momento—. Me gustaría saberlo, para saber cómo he de actuar.

—Ahora mismo lo único que quiero es irme a la cama. Estoy muy cansada.

—Siéntate y descansa. No te voy a entretener mucho rato. Ahí no... ponte cómoda.

Y Osmond arregló un montón de cojines que estaban esparcidos en pintoresco desorden sobre un enorme diván. No obstante, Isabel no se sentó ahí, sino que se dejó caer en la silla que tenía más cerca. El fuego se había

apagado, y había poca luz en la enorme estancia. Isabel se arrebujó en su manto, pues tenía mucho frío.

—Creo que intentas humillarme —prosiguió Osmond—, lo cual es una empresa absurda.

—No tengo la menor idea de a qué te refieres —replicó ella.

—Has jugado a un juego muy complicado, y lo has resuelto muy bien.

—¿Qué es lo que he resuelto?

—Sin embargo, no creas que lo has dejado zanjado. Volveremos a verlo.

Y Osmond se detuvo delante de ella con las manos en los bolsillos y la miró pensativo de acuerdo con su estilo habitual, que parecía concebido para que Isabel supiera que no la consideraba un tema de reflexión apropiado, sino tan solo un incidente bastante desagradable.

—Si lo que estás diciendo es que lord Warburton se siente en la obligación de volver, te equivocas —dijo Isabel—. Nada le obliga.

—De eso es precisamente de lo que me quejo. Cuando digo que volveré, no me refiero a que lo vaya a hacer porque considere que es su deber.

—Pues entonces no tiene ninguna otra razón para volver. Creo que Roma ya está agotada para él.

—No, ese es un juicio muy banal. Roma es inagotable. —Y Osmond se puso de nuevo a andar de un lado a otro—. Aun así, tampoco corre mucha prisa —añadió—. Ha sido una buena idea por su parte eso de que vayamos a Inglaterra. Si no fuera por el miedo a encontrarme allí con tu primo, creo que hasta intentaría convencerte.

—Puede que no te encuentres allí con mi primo —dijo Isabel.

—Pero me gustaría estar seguro. No obstante, ya me encargaré de asegurarme en lo posible. Por otro lado, me gustaría ver su casa, de la que tanto me hablaste en su momento. ¿Cómo se llama...? Ah, sí, Gardencourt. Tiene que ser un lugar encantador. Y además está la devoción que siento por la memoria de tu tío, al que me hiciste coger mucha simpatía. Me gustaría ver el lugar en que vivió y murió. Sería sin duda todo un detalle. Y tu amigo tiene razón. Pansy debería conocer Inglaterra.

—Estoy segura de que le encantaría —dijo Isabel.

—Pero aún falta mucho para eso. El próximo otoño todavía está muy lejos —prosiguió Osmond—, y mientras hay otras cosas que nos interesan más. ¿Me crees tan orgulloso? —preguntó de repente.

—Creo que eres muy extraño.

—No me entiendes.

—No, ni siquiera cuando me insultas.

—Yo no te insulto. Eso es algo de lo que sería incapaz. Solo estoy hablando de ciertos hechos y, si la alusión te hiere, no es culpa mía. Es un hecho irrefutable que has manejado todo este asunto a tu antojo.

—¿Estás volviendo otra vez a lord Warburton? —preguntó Isabel—. Ya estoy harta de ese nombre.

—Pues volverás a oírlo antes de que acabemos.

Isabel había dicho que Osmond la insultaba, pero de pronto se dio cuenta de que eso ya no le dolía. Él estaba cayendo, cayendo cada vez más, y la visión de dicha caída hacía que Isabel casi se sintiera aturdida. Eso era lo único que le dolía. Lo veía tan extraño, tan diferente, tan alejado de ella. Aun así, la morbosa mente de Osmond seguía funcionando de forma extraordinaria, e Isabel sentía cada vez más curiosidad por saber de qué modo se creía justificado para hacer lo que estaba haciendo.

—Podría decirte que no creo que tengas nada que decirme que valga la pena oír —replicó ella al cabo de un momento—, pero puede que me equivoque. Aunque sí que hay algo que valdría la pena oír, y es saber con claridad de qué me acusas.

—De haber impedido que Pansy se case con lord Warburton. ¿Te parece lo bastante claro?

—Al contrario, puse mucho interés en que ocurriera, como ya te dije. Y cuando tú me dijiste que confiabas en mí, pues creo que esas fueron tus palabras, acepté esa obligación. Fui una tonta al aceptarla, pero el caso es que lo hice.

—Fingiste que la aceptabas, e incluso fingiste que no lo hacías de muy buena gana para que yo confiase aún más en ti. Y entonces pusiste todo tu ingenio en funcionamiento para librarte de él.

—Creo que entiendo lo que quieres decir —dijo Isabel.

—¿Dónde está esa carta que dijiste que me había escrito? —preguntó su marido.

—No tengo la menor idea. No se lo he preguntado.

—Tú impediste que la enviara —afirmó Osmond.

Isabel se levantó lentamente. Allí de pie, con el manto blanco que le llegaba a los pies, podría haber pasado por el ángel del desdén, primo hermano del de la compasión.

—Ay, Gilbert, ¡y pensar que eras tan refinado...! —dijo con un largo murmullo.

—Nunca lo he sido tanto como tú. Has hecho todo lo que has querido. Te libras de él sin que lo parezca, y me pones a mí en la posición en la que querías verme: en la de un hombre que ha intentado casar a su hija con un lord y ha fracasado de forma grotesca.

—Pansy no está interesada en él, y se alegra mucho de que se haya ido —alegó Isabel.

—Eso no tiene nada que ver.

—Y a él tampoco le interesa Pansy.

—No me vengas con esas, porque primero me dijiste que sí. No entiendo por qué querías llevarte esa satisfacción en concreto —continuó Osmond—, cuando podrías haber elegido cualquier otra. No creo haber sido presuntuoso, ni haber dado demasiadas cosas por sentado. De hecho he sido muy modesto y discreto al respecto. Ni siquiera se me ocurrió la idea a mí. Él empezó a dar muestras de que le gustaba Pansy antes de que a mí se me pasara por la cabeza. Y yo te confié todo el asunto.

—Sí, fuiste muy amable al dejarlo todo en mis manos. Después de esto, espero que te encargues tú solo de esas cosas.

Osmond la miró un momento y después se dio la vuelta.

—Creía que apreciabas mucho a mi hija.

—Y nunca la he apreciado tanto como hoy.

—Ese afecto tuyo tiene unas limitaciones enormes. Aunque, tal vez, eso sea natural.

—¿Era eso todo lo que querías decirme? —preguntó Isabel al tiempo que cogía una vela de una de las mesas.

—¿Has quedado ya satisfecha? ¿Te parece que mi decepción es lo bastante grande?

—No creo que en el fondo estés tan decepcionado. Al fin y al cabo, esto te ha proporcionado otra oportunidad para intentar dejarme estupefacta.

—No se trata de eso. Esto ha servido para demostrar que Pansy puede apuntar alto.

—¡Pobre Pansy...! —dijo Isabel mientras se alejaba con la vela.

Fue por Henrietta Stackpole por quien supo Isabel que Caspar Goodwood había llegado a Roma, lo cual tuvo lugar tres días después de la partida de lord Warburton. Ese último hecho se había visto precedido por un incidente de cierta importancia para Isabel: la ausencia temporal, una vez más, de madame Merle, que se había marchado a Nápoles para pasar unos días con una amiga, la afortunada propietaria de una villa en Posilippo. Madame Merle había dejado de velar por la felicidad de Isabel, quien de pronto se preguntó si la más discreta de las mujeres no sería también por un casual la más peligrosa. A veces, de noche, tenía extrañas visiones: le parecía ver a su marido y a su amiga —la amiga de él— en una borrosa e indistinguible combinación. Le parecía que aquella dama todavía no había dicho su última palabra, sino que tenía algo en reserva. Isabel aplicaba activamente toda su imaginación a intentar elucidar esa escurridiza cuestión, pero de vez en cuando se veía refrenada por un temor inefable, de manera que cuando aquella encantadora mujer se marchó de Roma casi sintió alivio. Ya se había enterado por la señorita Stackpole de que Caspar Goodwood estaba en Europa, pues Henrietta le había escrito para comunicárselo nada más encontrárselo en París. El propio Caspar nunca escribía a Isabel y, por mucho que estuviese en Europa, esta no creyó muy probable que quisiera verla. Su última entrevista, antes del matrimonio de ella, se había parecido bastante a una ruptura definitiva; creía recordar que él le había dicho que solo quería verla por última vez. Desde entonces Caspar se había convertido en la nota más discordante que sobrevivía en su pasado; de hecho, era el único que llevaba asociada consigo una permanente sensación de dolor. La había dejado aquella mañana bajo los efectos de una fuerte impresión del todo innecesaria: su encuentro había sido como una colisión de naves a plena luz del día. No había habido bruma ni corriente oculta que la justificara, y ella misma solo había deseado virar y alejarse. Sin embargo, Goodwood había chocado contra su proa mientras ella estaba al timón y, para completar la metáfora, había provocado en aquella embarcación más ligera una fractura que todavía en ocasiones se manifestaba por medio de un débil crujido. Había sido horrible verle, porque representaba el único daño serio que (al menos que supiera) había causado jamás a nadie: era la única persona que tenía contra ella una reclamación no satisfecha. Lo había hecho infeliz sin que pudiera hacer nada para evitarlo, y esa infelicidad no dejaba de ser una triste realidad. Ella había llorado de rabia después de que Goodwood se marchara, sin saber apenas por qué lo hacía: quería creer que había sido por la falta de consideración de él. Había ido a verla sintiéndose infeliz cuando la dicha de ella era tan perfecta, y había hecho todo lo posible para oscurecer el fulgor resplandeciente de aquellos rayos puros. No se había comportado de forma violenta y, sin embargo, tal era la impresión que le había

dejado. Cuando menos había habido violencia en algo: quizá tan solo en su propio acceso de llanto, y en el malestar que le había seguido y que se había prolongado durante tres o cuatro días.

El efecto de esa súplica final de Caspar Goodwood se había desvanecido pronto, y durante todo su primer año de matrimonio Isabel lo había omitido de sus pensamientos. Era un tema de referencia ingrato, y resultaba desagradable tener que pensar en una persona que estaba dolida y resentida contigo y a quien sin embargo no podías aliviar de ninguna forma. Habría sido diferente si hubiese podido albergar alguna duda, por pequeña que fuese, de que había superado su aflicción, como la tenía de lord Warburton; pero, lamentablemente, eso estaba más allá de toda duda, y era justo ese aspecto agresivo e inflexible de la cuestión lo que la hacía tan poco atrayente. Isabel nunca podría convencerse de que se trataba de alguien que sufría pero que tenía sus compensaciones, como sí podía hacerlo en el caso de su pretendiente inglés. No tenía ninguna fe en las compensaciones del señor Goodwood, ni la menor estima por ellas. Una fábrica de algodón no era compensación de nada, y menos aún de no haber conseguido casarse con Isabel Archer. Y, sin embargo, aparte de eso, apenas sabía qué poseía él, a excepción, claro está, de sus cualidades intrínsecas. Sí, desde luego, en Caspar todo era intrínseco, y no creía que se dedicase a buscar ningún tipo de ayuda externa. Si ampliaba el negocio —lo cual, que ella supiera, era el único esfuerzo que se podría decidir a realizar—, sería porque se trataba de una iniciativa interesante o buena para el mismo, y no porque esperara de ese modo olvidar el pasado. Eso daba a su persona una especie de lóbrega desnudez que convertía el accidente de recordarlo o la aprensión a hacerlo en una peculiar conmoción; carecía del engalanado social que por lo general amortiguaba, en una era tan civilizada, la intensidad de los contactos humanos. Además, su perfecto silencio, el hecho de que nunca supiera nada de él y apenas oyera a nadie mencionarlo, agudizaba esa impresión de que se encontraba en la más absoluta soledad. De vez en cuando preguntaba a Lily por él, pero esta no sabía nada de Boston: su imaginación limitaba al este solo con Madison Avenue. Con el transcurso del tiempo Isabel había pensado en él con más frecuencia y menos restricciones, y en más de una ocasión había tenido la idea de escribirle. Nunca había hablado de él a su marido; nunca había contado a Osmond las visitas que le había hecho en Florencia, reserva que en los primeros tiempos no le había venido dictada por ninguna falta de confianza en Osmond, sino sencillamente por creer que la decepción del joven no era un secreto de ella, sino solo de él. Había pensado que no estaría bien por su parte hablar de ello a otra persona, y que, al fin y al cabo, los asuntos del señor Goodwood tampoco podían interesar mucho a Gilbert. Al final no había llegado a escribirle nunca porque le parecía que, teniendo en cuenta su dolor, lo menos que podía hacer era dejarlo en paz. No obstante, le habría gustado poder estar de algún modo más

cerca de él. No se trataba de que se le hubiera ocurrido alguna vez la idea de que podría haber terminado casándose con él; incluso después de que las consecuencias de su actual unión se hubiesen vuelto tan vívidas, esa reflexión en particular, pese a las otras muchas que tenía, no había adquirido la suficiente fuerza para pasársele por la cabeza. Pero cuando Isabel se encontró en tan difícil situación, Goodwood se convirtió en un miembro más de ese círculo con el que quería congraciarse. Ya he mencionado cuánto necesitaba creer que su infelicidad no era culpa suya. No tenía ninguna perspectiva cercana de que fuera a morir, y sin embargo quería hacer las paces con el mundo, poner en orden sus asuntos espirituales. De vez en cuando la asaltaba la idea de que todavía tenía una cuenta pendiente con Goodwood, y en esos momentos se sentía dispuesta o capaz de saldarla en términos más favorables para él que antes. Aun así, cuando se enteró de que iba a viajar a Roma sintió mucho miedo, ya que sería más desagradable para él que para cualquier otro descubrir —pues sin duda lo haría, como si examinara un balance falsificado o algo por el estilo— el íntimo desbarajuste en los asuntos de Isabel. Esta tenía la profunda convicción de que él lo había invertido todo en la felicidad de ella, mientras que los demás solo habían invertido una parte. Era una persona más a la que tendría que ocultar su angustia. No obstante, se tranquilizó bastante después de que él llegara a Roma, pues pasaron varios días sin que fuese a verla.

Henrietta Stackpole, como podrá suponerse, se presentó con mayor puntualidad, e Isabel se vio grandemente favorecida por la compañía de su amiga. Se arrojó con ganas en brazos de esa amistad, pues, ya que había decidido tener la conciencia tranquila, era una forma de demostrar que no había sido alguien superficial... tanto más cuanto el paso de los años había enriquecido más que malogrado esas peculiaridades de Henrietta que habían sido jocosamente criticadas por personas menos interesadas que Isabel, y que todavía seguían siendo lo bastante marcadas para dar a la lealtad de Isabel un toque de heroísmo. Henrietta seguía tan aguda, rápida y fresca como siempre, e igual de pulcra, brillante y hermosa. Sus ojos, tan abiertos e iluminados como grandes y acristaladas estaciones de ferrocarril, no se habían cubierto con postigo alguno; su atuendo no había perdido nada de su tiesura, ni sus opiniones nada de sus referencias nacionales. No obstante, eso no significaba que no hubiese cambiado en absoluto, pues a Isabel la sorprendió el hecho de descubrir en ella cierta imprecisión. Antes nunca lo había sido; aunque se hiciera cargo de muchas pesquisas a la vez, siempre se las había arreglado para dedicarse a cada una de forma plena y deliberada. Tenía una razón para todo lo que hacía, y casi le sobaban los motivos. En el pasado, cuando iba a Europa era porque quería verla, pero ahora que la había visto, ya no tenía tal excusa. En ningún momento pretendió que el deseo de estudiar civilizaciones decadentes tuviese nada que ver con su actual empresa; su viaje era más una

expresión de su independencia del viejo mundo que de la sensación de que tuviera mayores obligaciones hacia él. «No significa nada venir a Europa —le dijo a Isabel—. No creo que una necesite muchas razones para hacerlo. Lo que sí tiene valor es quedarse en casa, eso es mucho más importante». Así pues, no fue con la intención de hacer algo muy importante por lo que se regaló ese nuevo peregrinaje a Roma, pues ya conocía el lugar y lo había explorado con minuciosidad. Aquel acto era tan solo una señal de estar familiarizada con la ciudad, de saberlo todo sobre ella, de tener tanto derecho como el que más a estar allí. Todo eso estaba muy bien, y Henrietta seguía siendo igual de incansable; ya puestos, también tenía perfecto derecho a serlo. Pero, al fin y al cabo, tenía una razón mejor para ir a Roma que la de que le importara tan poco ir. Isabel se dio cuenta enseguida, y con ello del valor de la lealtad de su amiga. Había cruzado el tormentoso océano en mitad del invierno porque se había figurado que Isabel estaba triste. Henrietta solía figurarse muchas cosas, pero nunca lo había hecho con tanto acierto. Las satisfacciones de Isabel en esos momentos eran muy escasas, pero incluso de haber sido más numerosas habría seguido sintiendo esa alegría en especial de estar en lo correcto al haber tenido siempre a Henrietta en tan alta estima. Había hecho grandes concesiones con respecto a ella, pero aun así seguía insistiendo en que, pese a todo, era una mujer muy valiosa. Sin embargo, no era su propio triunfo lo que la complacía, sino simplemente el alivio de confesar a esa confidente, la primera persona a la que se lo reconoció, que no estaba bien en absoluto. La propia Henrietta había sacado el tema sin mayor dilación, y la había acusado abiertamente de ser desdichada. Era una mujer, una hermana; no era Ralph, ni lord Warburton, ni Caspar Goodwood, así que Isabel podía hablar.

—Sí, soy desdichada —contestó con mucha suavidad.

Odiaba oírse diciéndolo, por lo que intentó hacerlo de la forma más juiciosa posible.

—¿Qué te hace tu marido? —preguntó Henrietta con el ceño fruncido, como si estuviese investigando los procedimientos de un curandero.

—No me hace nada. Pero no me quiere.

—¡Es demasiado difícil de contentar! —exclamó la señorita Stackpole—. ¿Por qué no le dejas?

—No puedo cambiar de ese modo —dijo Isabel.

—¿Y me puedes explicar por qué no? Lo que no quieres es reconocer que has cometido un error. Eres demasiado orgullosa.

—No sé si lo soy, pero no puedo hacer público mi error. No creo que sea decente. Antes prefiero morir.

—No pensarás siempre así —dijo Henrietta.

—No sé a qué extremos podría llevarme el ser enormemente desdichada, pero creo que siempre me sentiría avergonzada. Uno tiene que aceptar sus acciones. Me casé con él ante todo el mundo de forma totalmente libre, por mi propia voluntad; no podría haber hecho nada más intencionado. No se puede cambiar de ese modo —repitió Isabel.

—Pero es que has cambiado, por muy imposible que te parezca. Espero que no irás a decirme que aún te gusta tu marido.

Isabel lo meditó durante unos instantes.

—No, no me gusta. Te lo puedo decir a ti porque estoy cansada de guardar el secreto, pero nada más. Tampoco puedo proclamarlo a los cuatro vientos.

Henrietta se rio.

—¿No te parece que eres demasiado considerada?

—No soy considerada con él, sino conmigo —contestó Isabel.

No era de extrañar que Gilbert Osmond no sintiera gran aprecio por la señorita Stackpole; de forma natural su instinto lo había puesto en guardia contra una joven que era capaz de aconsejar a su esposa que abandonara el hogar conyugal. Ante la llegada de Henrietta a Roma, le había dicho a Isabel que esperaba que dejase en paz a su amiga la entrevistadora, y aquella le había contestado que por lo que a él respectaba no tenía nada que temer de ella. Después explicó a Henrietta que, como no le caía bien a Osmond, no podía invitarla a cenar, pero que había otras muchas formas de verse sin problemas. Así pues, Isabel recibía libremente a la señorita Stackpole en su sala de estar, y salieron varias veces a pasear en el carruaje, donde Henrietta se sentaba cara a cara con Pansy, la cual, inclinándose un poco hacia delante en el asiento de enfrente, miraba a la célebre autora con una respetuosa atención que a esta en ocasiones le resultaba irritante. Se quejó a Isabel de que la señorita Osmond tenía una expresión como de querer recordar todo lo que uno decía.

—No quiero que se me recuerde de esa forma —afirmó la señorita Stackpole—. Considero que mi conversación solo se refiere al presente, como los periódicos matutinos. Tu hijastra, ahí sentada, me mira como si fuera conservando todos los números atrasados y cualquier día pudiera sacarlos para utilizarlos contra mí.

No conseguía hacerse una buena opinión de Pansy, cuya falta de iniciativa, de conversación, de ambiciones personales, le parecían poco naturales e incluso muy extrañas en una chica de veinte años. Isabel se dio cuenta enseguida de que a Osmond le habría gustado que defendiera con más ardor la causa de su amiga, que le insistiera un poco para que la recibiera, de modo que

pareciese que él se veía obligado a sufrir por la necesidad de mantener las buenas formas. El que Isabel hubiese aceptado de inmediato sus objeciones lo hacía quedar en muy mal lugar; de hecho una de las desventajas de demostrar desprecio era que al mismo tiempo uno no podía ganarse el mérito de poder expresar aprecio. Osmond quería aferrarse a ese mérito pero a la vez también a sus objeciones, y ambos elementos eran muy difíciles de reconciliar. Lo correcto habría sido que la señorita Stackpole fuese a cenar al palazzo Roccanera una o dos veces, de modo que ella pudiese (pese a la cortesía superficial de Osmond, siempre tan grande) juzgar por sí misma lo poco que a él le gustaba su presencia. Sin embargo, ya que ambas damas habían decidido mostrarse tan poco complacientes, lo único que podía hacer Osmond era desear que la de Nueva York se marchase cuanto antes. Era sorprendente lo poco que le satisfacían las amistades de su esposa, y aprovechó la ocasión para hacérselo saber a esta.

—Desde luego no has sido muy afortunada con tus amigos íntimos; ojalá hicieses otros nuevos —le dijo una mañana sin referirse a nada concreto en esos momentos, pero en un tono de madurada reflexión que privaba al comentario de cualquier aire de exabrupto—. Es como si te hubieras tomado la molestia de elegir a las personas de este mundo con las que menos tengo en común. Tu primo siempre me ha parecido un asno engreído, además del ser menos agraciado que conozco. Pero resulta insufrible y tedioso no poder decírselo, ya que siempre hay que tener su mala salud en consideración. Precisamente su salud me parece lo mejor de él, pues le concede unos privilegios de los que nadie más disfruta. Si de verdad está tan enfermo, solo tiene una forma de demostrarlo, pero no parece muy dispuesto a ello. Tampoco es que pueda decir mucho más del gran Warburton. Cuando te paras a pensarlo, la fría insolencia de aquella actuación suya fue algo digno de ver. Se presenta aquí y examina a la hija de uno como si fuese un apartamento; prueba los picaportes y mira por las ventanas, da golpecitos en las paredes y casi se decide a quedárselo. ¿Será tan amable de redactar el contrato de arrendamiento? Pero entonces llega a la conclusión de que, en conjunto, las habitaciones son demasiado pequeñas; no cree que pueda vivir en un tercer piso; tiene que buscar un piano nobile. Y se marcha después de haberse alojado gratis un mes en el pobre y diminuto apartamento. Aun así, la señorita Stackpole es tu hallazgo más increíble. Se me antoja una especie de monstruo. No hay nervio en el cuerpo que ella no consiga crisar. Ya sabes que nunca he admitido que sea una mujer. ¿Sabes a lo que me recuerda? A una pluma estilográfica nueva de acero, el objeto más odioso del mundo. Habla igual que escribe una pluma de acero; por cierto, ¿no usa papel rayado para las cartas? Piensa, se mueve, camina y mira exactamente igual que habla. Me da lo mismo que me digas que no puede fastidiar porque no la veo. No la veo, pero la oigo; la oigo todo el día. Tengo su voz metida en la cabeza, y no hay forma

de librarme de ella. Sé con exactitud todo lo que dice, y cada inflexión del tono en que lo dice. Dice cosas encantadoras de mí, que te proporcionan gran consuelo. No me gusta nada la idea de que hable de mí. Hace que me sienta como si supiera que un lacayo se pone mi sombrero.

Como su esposa le aseguró, Henrietta hablaba de Gilbert Osmond bastante menos de lo que él sospechaba. Tenía otros muchos temas de conversación, dos de los cuales en concreto es de suponer que interesarán al lector. Así le dijo a Isabel que Caspar Goodwood había descubierto por sí mismo que esta era infeliz, por más que, pese a todo su ingenio, Henrietta fuera incapaz de imaginar qué consuelo esperaba él proporcionar a Isabel yendo a Roma si no pasaba a visitarla. Se lo encontraron dos veces en la calle, pero no pareció verlas. Iban en el carruaje, y él tenía la costumbre de mirar fijamente hacia delante, como si solo quisiera aprehender un único objeto cada vez. Para Isabel fue como si lo hubiera visto el día anterior, porque debía de ser justo con ese paso y esa cara con los que había salido por la puerta de la señora Touchett tras finalizar su último encuentro. Iba vestido igual que ese día; Isabel recordaba el color de su pañuelo, pero, pese a ese aspecto familiar, también había algo extraño en su figura, algo que le hizo sentir de nuevo que era terrible que él estuviese en Roma. Parecía más grande e imponente que antaño, y eso que ya lo recordaba muy alto. Isabel se dio cuenta de que la gente con la que se cruzaba se daba la vuelta para mirarlo, pero él seguía avanzando con mucha determinación, alzando por encima de ellos un rostro que era como el cielo de febrero.

El otro tema de conversación de la señorita Stackpole era bien distinto, pues contó a Isabel las últimas noticias sobre el señor Bantling. Este había ido a Estados Unidos el año anterior, y ella se alegraba de haber podido dedicarle bastante atención. No sabía hasta qué punto le había gustado el país, pero sí que se atrevía a decir que le había hecho mucho bien, ya que al marcharse no era el mismo hombre que cuando llegó. Le había abierto los ojos y le había enseñado que Inglaterra no lo era todo. Había caído muy bien en casi todas partes, se opinaba de él que era muy sencillo... más de lo que por lo general se consideraba allí a los ingleses. No faltó quien pensó que era un tanto afectado, aunque Henrietta no sabía si con eso querían decir que su sencillez era mera afectación. Algunas de las preguntas que hacía eran lamentables: creía que todas las camareras de hotel eran hijas de granjeros, o que todas las hijas de granjeros eran camareras de hotel... no recordaba bien cómo era. No había sido capaz de apreciar del todo el excelente sistema educativo del país, que escapaba a su comprensión. En general se había comportado como si hubiese demasiado de todo y solo pudiera quedarse con una pequeña parte, y la que había elegido era la de los hoteles y la navegación fluvial. Parecía haber quedado muy fascinado por los primeros, y tenía una fotografía de cada uno de los que había visitado. Pero los barcos de vapor eran su principal interés, y

nada le gustaba más que navegar en aquellos grandes buques. Habían viajado juntos de Nueva York a Milwaukee, haciendo escala en las ciudades de mayor interés, y cada vez que se disponían a partir él quería saber si podrían hacerlo a bordo de un vapor. No parecía tener la menor idea de geografía; creía que Baltimore era una ciudad del oeste, y a cada momento esperaba llegar al Mississippi. Daba la impresión de que nunca había oído hablar de ningún río de Estados Unidos salvo del Mississippi, por lo que no pareció estar preparado para admitir la existencia del Hudson, aunque finalmente se vio obligado a confesar que estaba a la altura del Rin. Habían pasado algunos ratos agradables en los trenes, en los que no dejaba de pedir helado al camarero de color. No conseguía acostumbrarse a la idea de que pudieses hacer algo así en un tren. Por supuesto, era algo que no se podía pedir en los trenes ingleses, ni tampoco abanicos, ni caramelos, ni nada de nada. El calor le había resultado bastante insoportable, y Henrietta le había dicho que suponía que era el mayor que había tenido que aguantar jamás. En estos momentos se encontraba en Inglaterra de caza, o «cazando por ahí», como dijo Henrietta. Eran distracciones propias de los pieles rojas americanos, los placeres de la caza que habíamos abandonado largo tiempo atrás. Al parecer existía en Inglaterra la creencia generalizada de que llevábamos tomahawk y plumas, pero tal costumbre estaba más en consonancia con los hábitos ingleses. El señor Bantling no dispondría de tiempo para reunirse con Henrietta en Italia, pero esperaba hacerlo cuando ella volviese a París. Tenía muchas ganas de ver Versalles de nuevo, pues apreciaba mucho el antiguo *règime*. No coincidían en ese punto, pues lo que precisamente le gustaba a ella de Versalles era que allí podía verse cómo habían acabado con el antiguo *règime*. Allí ya no había duques ni marqueses; por el contrario, lo que mejor recordaba era un día en que había visto a cinco familias estadounidenses recorriendo tranquilamente el lugar. Por otra parte, el señor Bantling tenía muchas ganas de que Henrietta se decidiese a ir a Inglaterra, pues pensaba que ahora lo encontraría todo mejor, ya que Inglaterra había cambiado mucho en dos o tres años. Estaba empeñado en que, si iba, él mismo iría a ver a su hermana, lady Pensil, y esa vez le haría llegar a Henrietta en persona la invitación de aquella. El misterio de aquella otra invitación nunca había quedado resuelto.

Caspar Goodwood fue finalmente al palazzo Roccanera, tras escribir de antemano una nota a Isabel solicitando su permiso. Esta se lo concedió de inmediato, informándole de que estaría en casa esa tarde a las seis. Pasó todo el día preguntándose por el motivo de su visita, qué beneficio esperaba sacar de ella. Hasta entonces Goodwood siempre se había presentado como alguien carente de la facultad de transigir, como alguien que conseguía lo que pedía o no quería nada. No obstante, la hospitalidad de Isabel no suscitó ninguna duda, y a esta no le fue muy difícil aparentar ser feliz para engañarlo. Al menos estaba convencida de haberlo engañado, de haber conseguido que se dijera

para sus adentros que, después de todo, estaba mal informado. Pero también observó, o eso le pareció, que él no se mostraba decepcionado, como estaba segura de que algunos otros hombres sí habrían hecho. Goodwood no había ido a Roma en busca de otra oportunidad. Ella no llegó a averiguar a qué había ido, ya que no le ofreció ninguna explicación, y concluyó que no debía haber otra más que la muy sencilla de que quería verla. En otras palabras, había ido a Roma por placer. Isabel ahondó en ese razonamiento con gran interés, y quedó encantada de dar con la fórmula que eliminaba el fantasma del antiguo resentimiento de él. El que hubiera ido a Roma por placer era justo lo que ella quería, ya que si tenía ganas de divertirse eso significaba que había superado su dolor. Si había superado su dolor, entonces todo había vuelto a su cauce y la responsabilidad de ella había tocado a su fin. Ciertamente era que él se tomaba esa diversión con algo de rigidez, pero tampoco había sido nunca muy desenvuelto o fácil de complacer, por lo que Isabel tenía todos los motivos del mundo para creer que estaba satisfecho con lo que veía. Henrietta no era su confidente, aunque él sí lo fuera de ella, de manera que Isabel no pudo obtener de ésta ningún detalle adicional sobre cómo se sentía. No era muy proclive a conversar sobre temas generales; Isabel recordó que años atrás había dicho de él: «El señor Goodwood habla mucho, pero dice poco». Ahora hablaba mucho, pero puede que dijera menos que nunca; teniendo en cuenta, claro está, lo mucho que había en Roma sobre lo que hablar. Estaba claro que su llegada no había sido planeada para suavizar las relaciones de Isabel con su marido, pues si el señor Osmond no sentía la menor simpatía por sus amigos, el señor Goodwood no podía aducir más mérito que el de ser uno de los más antiguos. Lo único que Isabel podía decir acerca de él era que se trataba del más antiguo, y ese resumen tan sucinto en sí mismo agotaba los hechos. Se había visto obligada a presentárselo a Gilbert, del mismo modo que había resultado imposible no invitarlo a cenar durante sus veladas de los jueves, de las que estaba bastante cansada pero a las que su marido seguía aferrándose no tanto con la intención de invitar a determinada gente, sino más bien con la de no invitar a otra.

El señor Goodwood asistía a las veladas de los jueves con regularidad y solemnidad, y siempre bastante temprano, y parecía observarlos a todos con suma gravedad. De vez en cuando Isabel sentía un acceso de ira, ya que había algo de obtuso en Goodwood; incluso pensó que tal vez este fuera consciente de que ella no sabía que hacer con él. Pero tampoco podía llamarlo estúpido, ya que no lo era en absoluto, sino que se trataba tan solo de una persona extraordinariamente honesta. El ser tan honesto hacía a un hombre muy distinto a la mayoría de la gente, y obligaba a ser casi igual de honesto con él. Isabel llegó a esa conclusión al tiempo que se congratulaba de haberlo convencido de ser la más despreocupada de las mujeres. En ningún momento planteó él duda alguna al respecto, ni le hizo ninguna pregunta personal.

Goodwood se llevaba mejor con Osmond de lo que en un principio habría parecido posible. A Osmond le desagradaba mucho que lo consideraran alguien previsible, y cuando se daba tal caso sentía la irresistible necesidad de llevar la contraria. Fue en virtud de ese principio por lo que se concedió el gusto de hacer que le cayese bien un bostoniano cuadrulado al que se esperaba que tratase con frialdad. Preguntó a Isabel si el señor Goodwood también había querido casarse con ella, y se mostró sorprendido al saber que lo había rechazado. Habría sido algo excelente, como vivir bajo un alto campanario que daría todas las horas y produciría una extraña vibración en las capas de aire más altas. Afirmó que le gustaba hablar con el gran Goodwood; no era fácil al principio, pues había que ascender por una interminable escalera muy empinada hasta llegar a lo alto de la torre, pero, una vez que estabas allí, había grandes vistas y se disfrutaba de una fresca y agradable brisa. Osmond, como ya sabemos, tenía algunas cualidades deliciosas, y concedió a Caspar Goodwood el beneficio de todas ellas. Isabel vio que este se hacía mejor opinión de su marido de lo que le habría gustado; aquella mañana en Florencia Caspar le había dado la impresión de ser incapaz de hacerse una buena impresión de nadie. Gilbert no dejaba de invitarlo a cenar, tras lo que el señor Goodwood se fumaba un cigarro con él y hasta le pedía que le enseñara sus colecciones. Gilbert le comentó a Isabel que su amigo era un hombre muy original, tan fuerte y con tan buen estilo como un baúl de viaje inglés, de esos que tenían muchas correas y hebillas que nunca se desgastaban y un excelente cierre. De día Caspar Goodwood acostumbraba a cabalgar por la Campania, dedicando mucho tiempo a dicho ejercicio, por lo que Isabel lo veía fundamentalmente de noche. Un día esta se decidió a decirle que quería pedirle un favor. Y añadió sonriendo:

—Aunque no sé si tengo derecho a pedirle ninguno.

—Es usted la persona de este mundo que más derecho tiene —contestó él—. Yo le he dado garantías que no he dado a nadie más.

El favor era que fuese a ver a su primo Ralph, que se encontraba enfermo y solo en el Hôtel de Paris, y lo tratase con mucha amabilidad. El señor Goodwood no le había visto nunca, pero reconocería enseguida al pobre infeliz. Isabel creía recordar que Ralph lo había invitado una vez a Gardencourt. Caspar sí que recordaba perfectamente la invitación y, aunque se suponía que era un hombre de escasa imaginación, tenía la suficiente para ponerse en el lugar de un pobre caballero que yacía moribundo en una pensión romana. Así pues, fue al Hôtel de Paris y, al ser conducido ante la presencia del dueño de Gardencourt, encontró a la señorita Stackpole sentada junto a su sofá. De hecho, la relación de esa dama con Ralph Touchett había experimentado un cambio singular. Isabel no le había pedido que fuese a verlo, pero al enterarse Henrietta de que estaba demasiado enfermo para salir, había

ido de inmediato por iniciativa propia. Desde entonces lo visitaba a diario, siempre bajo la convicción de que eran grandes enemigos. «Sí, somos enemigos íntimos», solía decir Ralph, que la acusaba con toda libertad —tanta como permitía el tono de la situación— de ir a darle la lata hasta que muriese. En realidad se habían convertido en excelentes amigos, y Henrietta se extrañaba mucho de que no le hubiese caído bien antes. Ella le caía a él tan bien como siempre, pues nunca había dudado ni por un momento de que se trataba de una mujer excepcional. Hablaban de todo y siempre discrepaban; de todo, esto es, excepto de Isabel: un tema sobre el que Ralph siempre se llevaba un delgado índice a los labios. El señor Bantling, por el contrario, resultaba ser un gran recurso, puesto que Ralph era capaz de pasarse horas hablando de él con Henrietta. La conversación tenía, por supuesto, el aliciente de que sus puntos de vista eran diferentes, como no podría ser de otro modo, ya que Ralph se divertía sosteniendo la opinión de que el afable exmiembro de la Guardia Real era un consumado Maquiavelo. Caspar Goodwood no podía aportar nada a dicho debate, pero, una vez que se quedó a solas con su anfitrión, descubrió que había varios temas de los que podían hablar. Hemos de admitir que la dama que acababa de marcharse no era uno de ellos; Goodwood concedía a la señorita Stackpole todos sus méritos por adelantado, y no tenía ningún comentario posterior que hacer sobre ella. Tras unas alusiones iniciales, los dos hombres tampoco se explayaron sobre la señora Osmond, puesto que era un tema en el que Goodwood percibía tantos peligros como Ralph. Caspar sintió mucha lástima por aquel personaje inclasificable; no soportaba ver a un hombre tan agradable, pese a todas sus rarezas, más allá de cualquier posibilidad de ayuda. Para Goodwood siempre había alguna posibilidad de ayuda, que en su caso consistió en repetir varias veces su visita al Hôtel de Paris. A Isabel le pareció que había obrado con mucha inteligencia, ya que se había deshecho con astucia del superfluo Goodwood. Le había dado una ocupación al convertirlo en cuidador de Ralph. Incluso había planeado que el caballero acompañase a su primo en su viaje al norte en cuanto la llegada del buen tiempo lo permitiese. Lord Warburton había traído a Ralph a Roma, y el señor Goodwood se lo llevaría. Parecía haber una feliz simetría en aquello, e Isabel tenía muchas ganas de que Ralph se marchase. Vivía con el miedo constante de que muriese allí, ante sus ojos, y con el terror de que sucediese en una pensión, tan cerca de su puerta, por la que él había entrado en tan pocas ocasiones. Ralph tenía que sumirse en el descanso eterno en su propia y querida casa, en una de aquellas estancias profundas y sombrías de Gardencourt en las que la oscura hiedra se arremolinaba en torno al resplandor trémulo de las ventanas. En esos días sentía Isabel que había algo sagrado en Gardencourt, que ningún episodio de su pasado era tan irrecuperable. Cuando pensaba en los meses que había pasado allí se le llenaban los ojos de lágrimas. Como digo, se felicitaba por su ingenio, pero iba a necesitar de todo el que

podiera hacer acopio, pues ocurrieron varios hechos que parecieron desafiarla. La condesa Gemini llegó de Florencia... con sus baúles, sus vestidos, su parloteo, sus falsedades, su frivolidad, la extraña y pecaminosa leyenda de su gran cantidad de amantes. Edward Rosier, que había estado ausente —nadie, ni siquiera Pansy, sabía dónde—, reapareció en Roma y comenzó a escribirle largas cartas que ella nunca contestaba. Madame Merle volvió de Nápoles y le preguntó con una extraña sonrisa:

—¿Qué demonios le has hecho a lord Warburton?

¡Como si fuese asunto de ella!

48

Un día, hacia finales de febrero, Ralph Touchett decidió volver a Inglaterra. Poseía sus propias razones para tomar tal decisión, que no tenía por qué explicar; pero Henrietta Stackpole, a quien comunicó sus intenciones, creyó adivinarlas. No obstante, se abstuvo de decirlo, tan solo comentó al cabo de un instante, mientras estaba sentada junto a su sofá:

—Supongo que sabrás que no puedes ir solo.

—No tengo intención de hacer tal cosa —respondió Ralph—. Vendrá gente conmigo.

—¿Qué quiere decir «gente»? ¿Sirvientes a los que pagas?

—Bueno —dijo Ralph con jocosidad—, al fin y al cabo son seres humanos.

—¿Y habrá alguna mujer entre ellos? —quiso saber la señorita Stackpole.

—¡Hablas como si tuviera una docena! No, confieso que no dispongo de una frívola doncella a mi cargo.

—Bien —dijo Henrietta con calma—, en tal caso no puedes viajar a Inglaterra. Necesitas los cuidados de una mujer.

—He recibido tantos de ti esta última quincena que me durarán mucho tiempo.

—Todavía no son bastantes. Creo que iré contigo.

—¿Que vendrás conmigo? —dijo Ralph mientras se incorporaba lentamente en el sofá.

—Sí. Ya sé que no te caigo bien, pero voy a ir contigo de todos modos.

Creo que será mejor para tu salud que vuelvas a echarte.

Ralph la observó durante unos instantes, y luego se tendió poco a poco.

—Me caes muy bien —dijo al momento.

La señorita Stackpole lanzó una de sus infrecuentes risas.

—No creas que diciendo eso me vas a comprar. Pienso ir contigo y, lo que es más, te cuidaré.

—Eres una mujer muy buena —afirmó Ralph.

—Espera a que te deje sano y salvo en casa antes de decir eso. No va a ser tarea fácil. Pero, de todas, formas es lo mejor que puedes hacer.

Antes de que se marchara, Ralph le preguntó:

—¿De verdad quieres cuidarme?

—Bueno, por lo menos quiero intentarlo.

—En ese caso debo informarte de que me rindo. ¡Me rindo!

Y quizá fuera una señal de su sumisión el que, unos minutos después de que ella lo hubiera dejado solo, estallara en un fuerte ataque de risa. Emprender un viaje por Europa bajo la supervisión de la señorita Stackpole le parecía una gran incongruencia, una prueba concluyente de que había abdicado de todas sus funciones y renunciado a todo ejercicio. Y realmente lo más extraño de todo era que dicha perspectiva le agradaba; se sentía sumiso de una forma grata y suntuosa. Incluso estaba impaciente por partir, y sin duda tenía unas ganas inmensas de volver a ver su casa. El final de todo estaba cerca; era como si, con solo estirar el brazo, pudiera tocar la meta. Pero quería morir en casa; ese era el único deseo que le quedaba: tenderse en la habitación grande y tranquila en la que había visto yacer a su padre por última vez y cerrar los ojos en un amanecer de verano.

Ese mismo día Caspar Goodwood fue a verlo, y Ralph informó a su visitante de que la señorita Stackpole se había hecho cargo de él y lo iba a llevar de vuelta a Inglaterra.

—En ese caso —dijo Caspar—, me temo que seré uno más de la expedición, porque la señora Osmond me ha hecho prometerle que iré con usted.

—¡Santo cielo, esto es la edad de oro! Son todos demasiado amables.

—Por mi parte, la amabilidad es hacia ella; apenas hacia usted.

—Por descontado, ella es realmente amable —dijo Ralph con una sonrisa.

—¿Por conseguir que la gente le acompañe? Sí, es una forma de

amabilidad —contestó Goodwood sin prestarse a seguir la broma—. Aun así, por lo que a mí respecta —añadió—, me atrevería a decir que prefiero viajar con usted y con la señorita Stackpole que con esta sola.

—Y preferiría aún más quedarse aquí y no hacer ninguna de las dos cosas —dijo Ralph—. De verdad que no hace falta que venga. Henrietta es muy eficiente.

—Estoy seguro de eso, pero se lo he prometido a la señora Osmond.

—No le costará mucho conseguir que lo dispense.

—Ella no haría eso por nada del mundo. Quiere que cuide de usted, pero no es ese el principal motivo. El principal motivo es que quiere que me vaya de Roma.

—Creo que se imagina usted demasiadas cosas —sugirió Ralph.

—La aburro —prosiguió Goodwood—. Ya no sabe qué decirme, así que se ha inventado eso.

—Ah, entonces, si es porque a ella le conviene, claro que lo llevaré a usted conmigo. Aunque no veo por qué habría de convenirle —añadió Ralph enseguida.

—Bueno, cree que la estoy vigilando —se limitó a decir Caspar Goodwood.

—¿Vigilando?

—Para averiguar si es feliz.

—Eso es muy fácil de averiguar —dijo Ralph—. Salta a la vista que es la mujer más feliz que conozco.

—En efecto, y me alegra que así sea —afirmó Goodwood de forma cortante, pese a lo cual tenía algo más que decir—: La he estado vigilando. Soy un viejo amigo y me creo con derecho a hacerlo. Ella finge ser feliz porque es lo que se ha propuesto ser, así que quería comprobar por mí mismo hasta qué punto lo ha conseguido. Como ya lo he comprobado —añadió en un tono de voz más áspero—, no quiero ver más. Ya me puedo marchar.

—¿Sabe que me da a mí que es hora de que lo haga?

Y esa fue la única conversación que ambos caballeros mantuvieron acerca de Isabel Osmond.

Henrietta hizo los preparativos del viaje, y en medio de estos consideró oportuno aclarar algunas cosas con la condesa Gemini cuando esta le devolvió en su pensión de Roma la visita que ella le había hecho en Florencia.

—Estaba usted muy equivocada con respecto a lord Warburton —señaló a la condesa—. Creo que debe saberlo.

—¿Sobre que le hiciera la corte a Isabel? Pero, mi querida señora, si iba a su casa tres veces al día. ¡Hasta han quedado las huellas de su paso por allí! —exclamó la condesa.

—Quería casarse con su sobrina. Por eso iba a la casa.

La condesa la miró fijamente, y después, con una risa descontrolada, dijo:

—¿Es eso lo que dice Isabel? No está mal, a fin de cuentas. Pero, si quiere casarse con mi sobrina, ¿por qué no lo hace? Puede que haya ido a comprar el anillo de bodas y vuelva con él el mes que viene, cuando yo ya no esté.

—No, no va a volver. La señorita Osmond no quiere casarse con él.

—¡Vaya, qué complaciente la niña! Sabía que apreciaba mucho a Isabel, pero no hasta esos extremos.

—No entiendo a lo que se refiere —dijo Henrietta con frialdad, pensando en lo perversa y desagradable que estaba siendo la condesa—. Pero mantengo lo que le digo: que Isabel nunca alentó las galanterías de lord Warburton.

—Mi querida amiga, ¿y qué sabemos nosotras de eso? Lo único que sabemos es que mi hermano es capaz de cualquier cosa.

—No sé de qué es capaz su hermano —dijo Henrietta muy dignamente.

—No me quejo precisamente de que Isabel alentara a Warburton, sino de que hiciera que se fuese. Tengo mucho interés en verlo. ¿Cree que ella pensó que yo haría que fuera desleal? —continuó la condesa con audaz insistencia—. Da igual, solo se lo está guardando para ella, eso se nota. La casa está llena de él, hasta en el mismo aire. Oh, sí, ha dejado sus huellas. Y estoy segura de que aún lo veré.

—Bueno —dijo Henrietta al cabo de un momento, con una de esas inspiraciones que tanto éxito habían proporcionado a sus crónicas en el Interviewer—, puede que con usted tenga más éxito que con Isabel.

Cuando Henrietta contó a su amiga el ofrecimiento que había hecho a Ralph, Isabel contestó que no podría haber hecho nada que la complaciese más. Siempre había estado convencida de que, en el fondo, Ralph y esa joven estaban hechos para entenderse.

—Me da igual que me entienda o no —afirmó Henrietta—. Lo importante es que no se muera en un vagón de tren.

—No lo hará —dijo Isabel, negando con la cabeza para reafirmar su convencimiento.

—No lo haré si puedo evitarlo. Ya veo que quieres que nos vayamos todos. Pero no sé qué quieres hacer tú.

—Quiero estar sola —dijo Isabel.

—Pues no lo estarás mientras sigas teniendo tanta compañía en casa.

—Bah, son parte de la comedia. Y vosotros los espectadores.

—¿Llamas a esto comedia, Isabel Archer? —preguntó Henrietta en tono bastante severo.

—Llámalo tragedia, si lo prefieres. El caso es que estáis todos observándome, y eso me hace sentirme muy incómoda.

Henrietta meditó unos instantes sobre esa cuestión.

—Eres como el ciervo herido, que busca la sombra más recóndita. ¡Ay, qué sensación de impotencia me produces! —exclamó.

—No me siento así en absoluto. Tengo intención de hacer muchas cosas.

—No estaba hablando de ti, sino de mí. Es demasiado: haber venido aquí a propósito y tener que dejarte igual que cuando llegué.

—No es cierto. Ha sido muy refrescante —dijo Isabel.

—¡Vaya refresco más ligero... una limonada agria! Quiero que me prometas algo.

—No puedo. No pienso volver a prometer nada. Hice una promesa muy solemne hace cuatro años y no se me ha dado nada bien cumplirla.

—Porque no te han alentado lo suficiente. Pero en este caso yo te daré todos los ánimos que necesites. Deja a tu marido antes de que ocurra lo peor. Eso es lo que quiero que me prometas.

—¿Lo peor? ¿A qué llamas tú lo peor?

—Antes de que se te estropee el carácter.

—¿Te refieres a mi buena disposición? No se va a estropear —respondió Isabel con una sonrisa—. Ya me encargo yo de cuidarla. Lo que me sorprende mucho —añadió apartando la mirada— es la manera en que hablas tan a la ligera de que una mujer deje a su marido. ¡Cómo se nota que nunca lo has tenido!

—Bueno —dijo Henrietta como si estuviese iniciando un razonamiento—, es algo muy normal en nuestras ciudades del oeste y, al fin y al cabo, es en ellas en las que habremos de fijarnos en el futuro.

Su razonamiento, no obstante, no interesa a esta historia, que tiene otros

muchos hilos que desentrañar. Henrietta anunció a Ralph Touchett que estaba lista para abandonar Roma en el tren que él dispusiera, y Ralph decidió que partieran de inmediato. Isabel fue a verlo poco antes de que se marcharan, y él le hizo el mismo comentario que le había hecho Henrietta. Le sorprendía que Isabel se alegrase tanto de librarse de todos ellos. Por toda respuesta, ella puso la mano con suavidad sobre la de él y dijo, en voz baja y con pronta sonrisa:

—¡Mi querido Ralph...!

Era una respuesta más que sobrada, y Ralph se dio por satisfecho. Aun así, siguió hablando en la misma línea jocosa y sincera:

—Te he visto menos de lo que esperaba, pero más vale eso que nada. Y he oído hablar mucho de ti.

—Pues no sé a quién, con la vida que has llevado.

—¡A las voces del aire! A nadie más. Nunca dejo que nadie hable de ti. Siempre dicen que eres «encantadora», y eso es demasiado insulso.

—Desde luego podría haber venido más a verte —dijo Isabel—, pero cuando una está casada tiene muchas obligaciones.

—Por fortuna no estoy casado. Cuando vengas a verme a Inglaterra podré recibirme con toda la libertad de un soltero.

Siguió hablando como si fuese seguro que se volverían a ver, y consiguió que dicha suposición casi pareciese cierta. No hizo ninguna alusión a que se le estuviese acabando el tiempo, a la posibilidad de no sobrevivir al verano. Si él lo prefería así, Isabel estaba dispuesta a respetar su deseo: la realidad ya era lo bastante clara como para erigir postes indicadores a lo largo de su conversación. Eso habría estado bien en los primeros tiempos, aunque sobre esa cuestión, como sobre todos sus demás asuntos, Ralph nunca había sido egoísta. Isabel habló del viaje, de las etapas en que debería dividirlo, de las precauciones que habría de tomar.

—Henrietta es mi mayor precaución —dijo él—. La conciencia de esa mujer es sublime.

—Seguro que será muy concienzuda.

—¿Será? ¡Ya lo ha sido! La única razón por la que viene conmigo es porque piensa que es su deber. Ahí tienes todo un ejemplo del concepto del deber.

—Sí, y uno muy generoso. Hace que me sienta muy avergonzada —dijo Isabel—. Soy yo la que tendría que ir contigo.

—A tu marido no le gustaría nada.

—No, no le gustaría, pero de todas formas yo podría ir.

—Me sorprende lo atrevida que puede ser tu imaginación a veces. ¡Figúrate que yo me convirtiese en motivo de discusión entre una dama y su marido!

—Por eso no voy —dijo Isabel con sencillez, aunque no demasiada lucidez.

Aun así, Ralph la entendió de sobra.

—Ya me imagino, con todas esas obligaciones que dices.

—No se trata de eso. Tengo miedo —dijo Isabel. Tras una pausa lo repitió, como para obligarse a sí misma, más que a él, a oír las palabras—: Tengo miedo.

Ralph apenas pudo discernir lo que significaba su tono de voz; era deliberado de una forma muy extraña, y parecía desprovisto de emoción. ¿Quería hacer penitencia pública por una falta por la que no había sido condenada? ¿O eran sus palabras tan solo un intento de analizarse a sí misma? Fuera lo que fuese, Ralph no pudo resistirse a semejante oportunidad.

—¿Miedo de tu marido?

—¡Miedo de mí misma! —dijo ella levantándose. Permaneció un momento inmóvil y, a continuación, añadió—: Si le tuviera miedo a mi marido, no haría más que cumplir con mi deber. Es lo que se espera de las mujeres.

—Sí, claro —se rio Ralph—, pero para compensar nunca falta el hombre que tenga un miedo espantoso de su mujer.

Isabel no prestó ninguna atención a ese comentario gracioso, y de pronto cambió de tema.

—Con Henrietta al frente de tu pequeña tropa —dijo súbitamente—, el señor Goodwood no tendrá mucho que hacer.

—Mi querida Isabel —contestó Ralph—, él ya está acostumbrado a eso. El señor Goodwood nunca ha tenido nada que hacer.

Ella se sonrojó, y a continuación comentó rápidamente que debía irse. Permanecieron juntos de pie durante un momento, con las manos de Isabel en las de él.

—Tú has sido mi mejor amigo —dijo ella.

—Es por ti por quien quería... por quien quería vivir. Pero ya no te soy de ninguna utilidad.

Entonces ella cayó aún más en la dolorosa cuenta de que no lo volvería a

ver. No podía aceptarlo; no podía separarse de él de ese modo.

—Si necesitas que vaya, iré —dijo al fin.

—Tu marido nunca lo consentiría.

—Oh, sí, ya lo arreglaría.

—Entonces me lo reservaré como mi último placer —dijo Ralph.

En respuesta a eso, ella no pudo hacer más que besarle. Era jueves, y esa noche Caspar Goodwood fue al palazzo Roccanera. Fue de los primeros en llegar, y pasó algún tiempo conversando con Gilbert Osmond, que casi siempre estaba presente cuando su esposa recibía a los invitados. Se sentaron juntos, y Osmond, hablador, comunicativo, expansivo, parecía esa noche poseído por una especie de alegría de corte intelectual. Se reclinó en el asiento con las piernas cruzadas y charló a sus anchas, mientras que Goodwood, más inquieto pero en absoluto animado, no dejaba de cambiar de postura, de jugar con el sombrero, de hacer que el pequeño sofá crujiese bajo su peso. El rostro de Osmond presentaba una sonrisa acerada y agresiva; era un hombre cuyas percepciones parecían haberse agudizado al recibir alguna buena noticia. Comentó a Goodwood que lamentaba mucho que fuese a dejarlos, y que él en particular lo echaría de menos. Veía a tan pocos hombres inteligentes... eran sorprendentemente escasos en Roma. Tenía que garantizarle que iba a volver, pues para un italiano inveterado como él había algo muy refrescante en hablar con un auténtico forastero.

—Ya sabe que me gusta mucho Roma —dijo Osmond—, pero aún me gusta más tratar con gente que no padezca esa superstición. Pese a todo, el mundo moderno está bastante bien. Usted, por ejemplo, es muy moderno, y sin embargo nada vulgar. La mayoría de los modernos que vemos son tan poca cosa. Si son los hombres del mañana, haríamos bien en morir jóvenes. Por supuesto, a menudo también los antiguos resultan terriblemente aburridos. A mi esposa y a mí nos gusta lo que sea verdaderamente nuevo, no solo lo que tenga la mera pretensión de serlo. Por desgracia, no hay nada de nuevo en la ignorancia y la estupidez. Mucho de eso puede verse en lo que se nos ofrece como una manifestación del progreso, de la luz... ¡Una manifestación de vulgaridad! Hay cierto tipo de vulgaridad que creo que sí que es verdaderamente nueva; no creo que haya habido nunca nada así. De hecho, no encuentro vulgaridad alguna en absoluto antes del presente siglo. Se ve alguna leve amenaza aquí y allá en el anterior, pero hoy en día el aire se ha vuelto tan denso que las cosas delicadas literalmente no se reconocen. Pues bien, usted nos gusta... —Dudó un momento al tiempo que ponía la mano con suavidad en la rodilla de Goodwood y le sonreía con una mezcla de azoramiento y confianza—. Le voy a decir algo sumamente ofensivo y condescendiente, pero le ruego que me permita darme el gusto. Usted nos gusta porque... porque nos

ha reconciliado un poco con el futuro. Si va a haber cierto número de personas como usted, à la bonne heure! Estoy hablando tanto por mi esposa como por mí. Ella habla por mí, mi esposa, así que por qué no habría de hacerlo yo también por ella. Estamos tan unidos como el candelabro y el apagavelas, sabe usted. ¿Es suponer demasiado si le digo que creo, por lo que usted me ha dicho, que sus actividades son, por así decirlo... comerciales? Eso tiene sus peligros, pero lo que más nos impresiona es la forma en que ha conseguido escapar. Perdóneme si este pequeño cumplido le parece de un gusto execrable; menos mal que mi esposa no me oye. Lo que quiero decir es que usted podría haber llegado a convertirse en alguien... bueno, en lo que acabo de mencionar. Todo el mundo estadounidense estaba conspirando para convertirlo a usted en eso. Y, sin embargo, es usted tan moderno... ¡el hombre más moderno que hemos conocido! Siempre estaremos encantados de volver a verlo.

He dicho que Osmond estaba de buen humor, y esos comentarios dan amplia muestra de ello. Eran mucho más personales de lo que aquel solía molestarse en ser y, si Caspar Goodwood hubiera prestado más atención, habría podido llegar a pensar que esa defensa de la delicadeza estaba en manos bastante extrañas. No obstante, podemos suponer que Osmond sabía muy bien lo que pretendía, y que si eligió usar ese tono condescendiente con una ordinariez que no era habitual en él, tendría alguna razón excelente para aventurarse a hacerlo. Goodwood solo tenía la vaga sensación de que Osmond estaba cargando las tintas, pero apenas sabía adónde quería llegar. De hecho, apenas sabía de lo que le estaba hablando. Lo que él quería era quedarse a solas con Isabel, y esa idea resonaba con más fuerza en su mente que la voz perfectamente modulada de su marido. Observaba a Isabel conversando con otras personas y se preguntó cuándo quedaría libre, y si le podría pedir que lo acompañara a otra estancia. A diferencia de Osmond, él no estaba del mejor de los humores. Había un componente de ira apagada en la forma en que se fijaba en todo. Hasta ese momento no había sentido ninguna antipatía personal hacia Osmond; solo había pensado que era una persona muy instruida y cortés, y que respondía más de lo que había supuesto al tipo de persona con que era normal que se casara Isabel Archer. Su anfitrión había cobrado gran ventaja sobre él en la liza en campo abierto, y Goodwood tenía muy desarrollado el concepto de juego limpio como para menospreciarlo por ese motivo. No es que se hubiera decidido a hacerse buena opinión de él, ya que eso habría sido un arrebató de benevolencia sentimental del que Goodwood era del todo incapaz, incluso en los días en que más cerca había estado de reconciliarse con lo que le había pasado. Más bien lo aceptaba como un personaje brillante al que tampoco había que tomarse muy en serio, afectado por un exceso de tiempo libre que le gustaba ocupar en refinadas conversaciones. Pero solo confiaba a medias en Osmond, y no conseguía imaginarse por qué demonios este habría de prodigarse en ninguna clase de refinamiento con él. Sospechaba que era

porque le reportaba algún tipo de diversión particular, y contribuía a que tuviese la impresión general de que había cierto elemento de perversidad en su victorioso rival. Sabía sin lugar a dudas que Osmond no podía tener razón alguna para desearle ningún mal, ya que no tenía nada que temer de él. Había conseguido una ventaja suprema y podía permitirse el lujo de ser amable con un hombre que lo había perdido todo. Ciertamente era que a veces Goodwood le había deseado la muerte con todas sus fuerzas, e incluso le habría gustado matarlo él mismo, pero no había forma de que Osmond pudiese saberlo, pues la práctica había convertido al caballero más joven en todo un experto en el arte de parecer totalmente inasequible a cualquier emoción violenta. Cultivaba dicho arte para engañarse a sí mismo, pero era a los demás a quienes conseguía engañar primero. Sin embargo, los resultados eran a veces muy limitados, y no podía haber mejor prueba de ello que la profunda y silenciosa irritación que invadió su alma cuando oyó a Osmond hablar de los sentimientos de su esposa como si fuera el encargado de responder por ellos.

Eso era lo único a lo que había prestado atención de todo lo que le dijo su anfitrión esa noche. Se había dado cuenta de que Osmond tenía más interés del habitual en dejar constancia de la armonía conyugal que reinaba en el palazzo Roccanera. Se había tomado más molestias que nunca en hablar como si su esposa y él viviesen en dulce comunión, y resultara igual de natural para ambos decir tanto «nosotros» como «yo». En todo eso había cierto propósito que había desconcertado e irritado a nuestro pobre bostoniano, quien solo podía consolarse pensando que las relaciones de la señora Osmond con su marido no eran asunto suyo. Por lo demás, no poseía ninguna prueba de que su marido hubiese presentado una imagen falsa de ella y, si juzgaba a Isabel por las apariencias, no tenía más remedio que creer que a ella le gustaba su vida. Nunca le había mostrado la menor señal de descontento. La señorita Stackpole le había dicho que Isabel había perdido toda ilusión, pero tanto escribir en los periódicos había vuelto a la señorita Stackpole muy sensacionalista. Le gustaban demasiado las noticias frescas. Además, desde que esta había llegado a Roma se había comportado con mayor prudencia y había dejado de enfocarle con su linterna. Podemos decir, por lo que a Henrietta respectaba, que había actuado así casi en contra de su conciencia. Una vez que había visto la realidad de la situación de Isabel, se había impuesto una justa reserva. Aparte de lo que pudiese hacer para mejorar la vida de su amiga, desde luego la forma más útil de ayudarla no sería exacerbar a sus antiguos enamorados hablándoles de los errores de Isabel. La señorita Stackpole seguía muy interesada en el estado de los sentimientos del señor Goodwood, pero en esos momentos solo lo demostraba enviándole recortes escogidos, humorísticos y de otro tipo, extraídos de diarios estadounidenses que recibía en cada correo y que siempre leía con unas tijeras en la mano. Metía los artículos que recortaba en un sobre dirigido al señor Goodwood, que ella misma dejaba en su hotel. Él nunca le

preguntaba nada sobre Isabel: ¿no había recorrido ocho mil kilómetros para ver las cosas por sí mismo? Así pues, el señor Goodwood estaba perfectamente autorizado a pensar que la señora Osmond era infeliz; no obstante, la misma ausencia de autorización a hacerlo operaba en él como un irritante, que aumentaba la dureza con la que, pese a su teoría de que ya había dejado de importarle, debía reconocer que, en lo concerniente a Isabel, el futuro no tenía nada que ofrecerle. Ni siquiera tenía la satisfacción de saber la verdad; al parecer, ni siquiera se podía confiar en que él la respetase en el caso de que Isabel fuese infeliz. Era un caso perdido, imposible, inútil. Isabel se lo había hecho ver claramente con su ingenioso plan para que se fuese de Roma. Él no tenía ninguna objeción a hacer lo que pudiese por su primo, pero le rechinaban los dientes cuando consideraba que, de todos los servicios que ella le habría podido pedir, había elegido ese en concreto. En ningún momento había existido el peligro de que optase por otro que hubiera hecho que él se quedase en Roma.

Esa noche, en lo que pensaba fundamentalmente era en que tendría que dejar a Isabel al día siguiente y no había ganado nada yendo a Roma, salvo el saber que era tan poco querido allí como siempre. No había conseguido enterarse de nada acerca de ella: pues era imperturbable, inescrutable, impenetrable. Sintió que la vieja amargura que tanto había intentado digerir volvía a subirle a la garganta, y supo que hay decepciones que duran toda la vida. Mientras, Osmond seguía hablando; Goodwood tenía la vaga impresión de que estaba volviendo a tratar el tema de la perfecta intimidad que mantenía con su esposa. Sintió por un momento que aquel hombre tenía una especie de imaginación demoníaca, pues era imposible que eligiese un tema de conversación tan inusual sin malicia. Pero, al fin y al cabo, ¿qué más daba que fuese demoníaco o no, o si ella lo amaba o lo odiaba? Podría odiarlo a muerte sin que uno llegara a enterarse nunca.

—Por cierto, viaja usted con Ralph Touchett —dijo Osmond—. Supongo que eso significa que tendrán que ir bastante despacio.

—No lo sé. Haré lo que él quiera.

—Es usted muy complaciente. Le estamos inmensamente agradecidos, permítame que se lo diga, como mi esposa ya le habrá manifestado. Hemos estado pendientes de Touchett todo el invierno, y en más de una ocasión ha parecido que nunca dejaría Roma. No tendría que haber venido; es muy imprudente que la gente viaje en ese estado. Es como una especie de falta de delicadeza. Por nada del mundo dependería yo de Touchett tanto como ha dependido él de... de mi esposa y de mí. Ahora no queda más remedio que otras personas se ocupen de él, y desde luego no todo el mundo es tan generoso como usted.

—No tengo nada más que hacer —dijo Caspar con aspereza.

Osmond lo miró un momento con recelo.

—Debería casarse, y entonces ya vería como tenía mucho que hacer. Aunque es cierto que, en ese caso, no estaría usted disponible para hacer estas obras de caridad.

—¿Le parece que por estar casado está usted muy ocupado? —preguntó el joven de forma mecánica.

—Es que, verás, el estar casado ya es de por sí una ocupación. No siempre es activa; a menudo es pasiva, pero eso requiere incluso más atención. Y luego está el hecho de que mi esposa y yo hacemos muchas cosas juntos. Leemos, estudiamos, tocamos música, caminamos, paseamos en carruaje... incluso hablamos como hacíamos cuando nos conocimos. A día de hoy me sigue encantando conversar con mi esposa. Siga mi consejo y, si alguna vez se aburre, cácese. Puede que su mujer llegue a aburrirle, pero usted nunca se aburrirá a sí mismo. Siempre tendrá algo que decirse, siempre tendrá algo sobre lo que reflexionar.

—No me aburro —dijo Goodwood—. Tengo mucho que decirme y sobre lo que pensar.

—¡Más de lo que dice a los demás! —exclamó Osmond con una risita—. ¿Adónde irá después? Quiero decir después de haber depositado a Touchett en manos de sus cuidadores habituales. Creo que su madre va a regresar finalmente para ocuparse de él. Esa señora es espléndida, con esa forma tan refinada que tiene de desatender sus obligaciones... ¿Tal vez pasará usted el verano en Inglaterra?

—No lo sé. No tengo ningún plan.

—¡Dichoso usted! No suena muy halagüeño, pero es señal de que es usted libre.

—Sin duda, estoy muy libre.

—Entonces espero que lo esté para volver a Roma —dijo Osmond al tiempo que veía a otros invitados entrar en la habitación—. Recuerde que cuando venga contamos con usted.

Goodwood había tenido intención de marcharse temprano, pero la velada transcurrió sin que se le presentase la oportunidad de hablar con Isabel, salvo formando parte de algún grupo. Había algo perverso en esa obstinación de ella por evitarle, y el insaciable rencor de él contribuía a que viera intención donde no parecía haber ninguna. Y lo cierto es que no parecía haber ninguna en absoluto. Ella lo miraba a los ojos con su sonrisa limpia y hospitalaria, con la que casi parecía estar pidiéndole que fuera a ayudarla para dar conversación a

algunos de sus invitados. Sin embargo, él se opuso a dicha sugerencia con rígida impaciencia. Deambuló de un lado a otro y esperó; habló con las pocas personas que conocía, las cuales por primera vez encontraron su comportamiento un tanto contradictorio respecto a su propia persona. Resultaba en verdad algo muy impropio de Caspar Goodwood, aunque a menudo él sí que contradecía a los demás. Con frecuencia solía haber música en el palazzo Roccanera, y por lo general muy buena. Al abrigo de la música consiguió contenerse, pero hacia el final, cuando vio que la gente empezaba a irse, se acercó a Isabel y le preguntó en voz baja si podía hablar con ella en otro de los salones, que acababa de asegurarse de que estaba vacío. Ella sonrió como si quisiera complacerle pero le fuera del todo imposible.

—Me temo que no puede ser. Los invitados se están despidiendo, y no puedo ausentarme ahora.

—Entonces esperaré a que se vayan.

Ella vaciló unos instantes.

—¡Ah, eso sería estupendo! —exclamó.

Y esperó, aunque lo tuvo que hacer durante un buen rato. Al final quedaron varias personas que parecían estar clavadas a las alfombras. La condesa Gemini, que, como solía decir, nunca era ella misma hasta medianoche, no daba señales de haberse enterado de que la reunión había terminado, y seguía delante de la chimenea con un pequeño círculo de caballeros, los cuales de vez en cuando estallaban en una risa colectiva. Osmond había desaparecido, pues nunca se despedía de los invitados y, como la condesa estaba ampliando su registro como era su costumbre a esas horas de la noche, Isabel había enviado a Pansy a la cama. Isabel permanecía sentada un tanto apartada; también parecía estar deseando que su cuñada empezase a bajar el tono y permitiera a los últimos rezagados marcharse en paz.

—¿No podemos hablar ahora? —le preguntó Goodwood.

Ella se puso en pie de inmediato con una sonrisa.

—Por supuesto. Vamos a otra parte si quiere.

Y salieron juntos, dejando a la condesa con su pequeño círculo. Después de cruzar el umbral ninguno de los dos habló durante unos instantes. Isabel no se sentó, sino que se quedó de pie en medio de la habitación mientras se abanicaba lentamente, con lo que él consideró la misma elegancia de siempre, y parecía esperar a que él hablara. Ahora que estaba a solas con Isabel, toda la pasión que había intentado sofocar se apoderó de sus sentidos; se le agolpó en los ojos e hizo que todo se nublase a su alrededor. La iluminada y vacía habitación se volvió oscura y borrosa, y a través de aquel convulso velo sintió

que ella aguardaba con los ojos brillantes y la boca abierta. Si hubiese podido ver con más claridad, se habría dado cuenta de que la sonrisa de Isabel era impertérrita y un tanto forzada, y de que tenía miedo de lo que estaba viendo en el rostro de él.

—Supongo que quiere despedirse —dijo Isabel.

—Sí, aunque no me guste hacerlo. No quiero marcharme de Roma —contestó él con una sinceridad casi quejumbrosa.

—Ya me lo imagino, pero es un detalle maravilloso por su parte. No tengo palabras para expresar lo bondadoso que me parece usted.

Durante un instante él no dijo nada.

—Con unas palabras como esas me obliga a irme.

—Pero tiene que volver algún día —dijo ella en tono alegre.

—¿Algún día? Querrá decir lo más tarde posible.

—No, no; no quiero decir eso en absoluto.

—¿Qué quiere decir entonces? ¡No la entiendo! Pero dije que me iría y me iré —añadió Goodwood.

—Vuelva cuando quiera —dijo Isabel intentando mostrar cierta ligereza.

—¡Su primo me importa un bledo! —estalló al fin Goodwood.

—¿Era eso lo que quería decirme?

—No, no. No quería decirle nada de eso. Quería preguntarle... —Hizo una pausa, y luego prosiguió—: ¿Qué ha hecho de verdad con su vida? —dijo en tono bajo y rápido. Volvió a detenerse como si esperara respuesta, pero ella no dijo nada, así que continuó—: No la entiendo, ni consigo penetrar en su interior. ¿Qué he de creer, qué es lo que quiere que piense? —Ella siguió sin contestar; solo lo miraba, ya sin fingir que estaba tranquila—. Me dicen que es infeliz, y si de verdad lo es me gustaría saberlo. Para mí significaría mucho. Pero usted misma afirma que es feliz, y en cierto modo la veo tan serena, tan calmada, tan rígida. Ha cambiado por completo. Lo oculta todo, y no he conseguido acercarme a usted.

—Se acerca mucho —dijo Isabel con suavidad, pero en tono de advertencia.

—¡Pero aun así no consigo alcanzarla! Quiero saber la verdad. ¿Va todo bien en su vida?

—Pregunta usted demasiado.

—Sí... siempre he preguntado demasiado. Está claro que no me va a

contestar. Nunca lo sabré si puede usted evitarlo. Y además no es asunto mío. —Había hablado haciendo un esfuerzo visible por controlarse, por intentar aportar cierta mesura a un estado mental que no lo permitía. Pero la sensación de que era su última oportunidad, de que la amaba y la había perdido, de que ella lo consideraría un necio dijera lo que dijese, de pronto lo azuzó como un látigo y añadió una intensa vibración a su bajo tono de voz—: Es usted totalmente inescrutable, y eso me hace pensar que tiene algo que ocultar. He dicho que me importa un bledo su primo, pero eso no significa que no lo aprecie. Significa que no me voy con él porque lo aprecie. Me iría con él aunque fuese un imbécil, siempre que usted me lo pidiese. Si me lo pidiese, mañana mismo me iría a Siberia. ¿Por qué quiere que me vaya de aquí? Tiene que haber alguna razón; si fuese tan feliz como pretende, le daría igual. Prefiero saber la verdad de lo que le pasa, aunque sea detestable, que haber venido para nada. No vine para eso. Creía que no me importaba. Vine porque quería asegurarme de que ya no hacía falta que pensara más en usted. Pero no he podido pensar en otra cosa, así que tiene usted razón al querer que me vaya. Aun así, ya que he de irme, no habrá nada de malo en que me sincere con usted aunque sea solo por esta vez, ¿no? Si está herida, si él la hiere, nada de lo que yo diga podrá hierla. Sencillamente vine para decirle que la quiero. Creía que era por otro motivo, pero era por eso. No se lo diría si no supiera que no iba a volver a verla. Pero es la última vez... ¡déjeme que arranque una única flor! Ya sé que no tengo derecho a decir esto, ni usted tiene por qué escucharme. Pero no me escucha, nunca escucha; siempre está pensando en otra cosa. Después de esto no tengo más remedio que irme, por supuesto; así que, al menos, ya tengo una razón para hacerlo. El que usted me lo pida no es razón suficiente, no es una razón verdadera. No puedo juzgar a su marido —continuó de forma irrelevante y casi incoherente—, ya que no le entiendo. Él dice que se adoran. ¿Por qué me dice eso a mí? ¿Acaso es asunto mío? Cuando le digo esto a usted, pone una expresión muy extraña. Claro que su expresión siempre es muy extraña. Sí, me oculta algo. No es asunto mío... cierto. Pero yo la amo —dijo Caspar Goodwood.

Mientras él decía todo eso, Isabel tenía ciertamente una expresión extraña. Desvió la mirada hacia la puerta por la que habían entrado y levantó el abanico como en señal de advertencia.

—Se ha portado muy bien; no lo estropee ahora —dijo en voz muy baja.

—No me oye nadie. Es increíble que intente disuadirme así. La amo como nunca la he amado.

—Ya lo sé. Lo supe en cuanto aceptó irse.

—No puede evitarlo... está claro que no puede. Lo haría si pudiese, pero lamentablemente no puede. Lamentablemente para mí, quiero decir. No le

pido nada... esto es, nada que no deba. Pero sí que le pido una única satisfacción: que me diga... que me diga...

—¿Que le diga qué?

—Si puedo compadecerla.

—¿Eso le gustaría? —preguntó Isabel, intentando sonreír de nuevo.

—¿Compadecerla? ¡Por supuesto! Al menos sería hacer algo. Dedicaría mi vida entera a hacerlo.

Ella se llevó el abanico al rostro, cubriéndoselo por completo a excepción de los ojos, que se posaron durante un instante en los de él.

—No le dedique su vida entera, pero piense en ello de vez en cuando.

Y tras estas palabras, regresó con la condesa Gemini.

49

Madame Merle no se había presentado en el palazzo Roccanera esa velada del jueves cuyas incidencias acabo de narrar, e Isabel, aunque se percató de su ausencia, tampoco se sorprendió. Habían pasado algunas cosas entre ambas que no habían sido precisamente un estímulo a la sociabilidad, y para entenderlas hemos de echar la vista un poco atrás. Ya hemos mencionado que madame Merle regresó de Nápoles poco después de que lord Warburton se marchara de Roma, y que, en su primer encuentro con Isabel (a la que, para ser justos, hemos de decir que fue enseguida a ver), lo primero que quiso fue averiguar el paradero de aquel noble, del que parecía responsabilizar a su querida amiga.

—No me hables de él, por favor —dijo Isabel por respuesta—. Ya hemos oído bastante de él últimamente.

Madame Merle ladeó un poco la cabeza en señal de protesta y sonrió con la comisura izquierda de la boca.

—Tú has oído de él, sí, pero recuerda que yo en Nápoles no. Esperaba encontrarlo aquí y poder felicitar a Pansy.

—Todavía puedes felicitar a Pansy si quieres, pero no porque se vaya a casar con lord Warburton.

—¡Cómo me dices eso! ¿Es que no sabes que había puesto todo mi empeño? —preguntó madame Merle con cierta vehemencia, aunque sin perder el tono de buen humor.

Isabel se descompuso, pero estaba decidida a mantener también el buen humor.

—Pues no deberías haberte ido a Nápoles. Deberías haberte quedado aquí para ver cómo se desarrollaba el asunto.

—Confiaba en ti. Pero ¿crees que será ya demasiado tarde?

—Eso pregúntaselo a Pansy —dijo Isabel.

—Lo que le voy a preguntar es qué le dijiste tú.

Esas palabras parecían justificar el impulso de defenderse que surgió en Isabel al percatarse de la actitud crítica de su visitante. Como sabemos, hasta ese momento madame Merle había sido muy discreta; nunca había criticado, y había mantenido una actitud excesivamente temerosa de entrometerse. Pero al parecer solo había estado reservándose para esa ocasión, a juzgar por la expresión viva y peligrosa de su mirada y por el aire de irritación que ni siquiera su admirable compostura era capaz de disimular. Madame Merle se había llevado una decepción que sorprendía a Isabel, ya que nuestra heroína no tenía la menor idea del ferviente interés de la dama en el matrimonio de Pansy, y que reveló de un modo que suscitó la alarma de la señora Osmond. Con más claridad que nunca Isabel oyó una voz fría y burlona, procedente de no sabía dónde y resonando en el oscuro vacío que la rodeaba, que afirmaba que aquella mujer brillante, fuerte, firme y sofisticada, aquella encarnación de lo práctico, de lo personal, de lo inmediato, era un poderoso agente de su destino. Estaba más cerca de ella de lo que Isabel había descubierto aún, y su cercanía no era el agradable accidente que había supuesto durante tanto tiempo. De hecho, la impresión de que fuera un accidente había muerto en su interior aquel día en que, de forma casual, había sorprendido en inusual intimidad a aquella extraordinaria dama y a su marido, sentados juntos en privado. Ninguna sospecha concreta había ocupado su lugar aún, pero bastaba para que viera a esa amiga con otros ojos, para que llegase a la conclusión de que había más intenciones ocultas en su conducta pasada de las que le habían parecido en su momento. Sí, había alguna intención, la había, se dijo Isabel, que creyó despertar de un largo y pernicioso sueño. ¿Qué fue lo que le llevó a pensar que las intenciones de madame Merle podrían no haber sido buenas? Nada, salvo la desconfianza que había ido creciendo en ella de un tiempo a esa parte, y que en esos momentos se unió al profundo asombro que le produjo el desafío de su visitante por la causa de la pobre Pansy. Había algo en ese desafío que ya desde el principio despertó en Isabel un gran recelo: una vitalidad indescriptible que esta nunca antes había percibido en las demostraciones de delicadeza y prudencia de su amiga. Madame Merle no había querido interferir, sin duda, pero solo mientras no hubiese nada en lo que interferir. Podría parecer al lector que Isabel se precipitó a la hora de dudar,

basándose únicamente en meras sospechas de una sinceridad que varios años de buenos oficios parecían demostrar. Sin duda actuó con celeridad, pero tenía sus razones para ello, ya que una extraña verdad estaba tomando cuerpo en su interior: los intereses de madame Merle eran idénticos a los de Osmond, y eso era más que suficiente para ella.

—No creo que Pansy te cuente nada que te pueda enojar aún más —dijo Isabel en respuesta al último comentario de su interlocutora.

—No estoy enojada en absoluto. Solo tengo mucho interés en que las cosas se arreglen. ¿Crees que Warburton nos ha dejado para siempre?

—No te sabría decir, y tampoco te entiendo. Ya ha terminado todo, así que, por favor, déjalo estar. Osmond ya me ha hablado mucho del tema, y no me queda nada más que decir ni oír. Estoy segura —añadió Isabel— de que él estará encantado de hablarlo contigo.

—Ya sé lo que piensa al respecto. Vino a verme ayer por la tarde.

—¿En cuanto llegaste? Entonces ya estás al tanto de todo, y no necesitas acudir a mí en busca de información.

—No es información lo que quiero. Lo que quiero, en el fondo, es entender. Tenía tantas ganas de que se produjera ese matrimonio. La mera idea del mismo conseguía lo que muy pocas cosas consiguen: complacer a mi imaginación.

—Sí, a la tuya, pero no a las de las personas implicadas.

—Con lo cual quieres decir que no es asunto mío. Por supuesto que no lo es, directamente. Pero cuando se es una vieja amiga no se puede evitar que te afecte también. Pareces olvidar el tiempo que hace que conozco a Pansy. También quieres decir, claro está —añadió madame Merle—, que tú sí eres una de las personas implicadas.

—No, eso es lo último que se me ocurriría pensar. Estoy muy harta de todo este asunto.

Madame Merle vaciló un instante.

—Sí, claro, ya has hecho lo que tenías que hacer.

—Ten cuidado con lo que dices —dijo Isabel muy seria.

—Oh, lo tengo; tal vez cuando tengo más cuidado sea cuando menos lo aparento. Tu marido te juzga con mucha severidad.

Isabel no contestó nada durante unos momentos, su voz ahogada por la amargura. Lo que más la afectaba no era la insolencia de madame Merle al comunicarle que Osmond le había hecho confidencias en contra de ella, pues

tampoco creía mucho que la otra hubiese pretendido ser insolente. Madame Merle rara vez lo era, y solo cuando tenía toda la razón para serlo. No la tenía en esos momentos, o al menos aún no. Lo que afectó a Isabel como una gota de ácido corrosivo sobre una herida abierta fue saber que Osmond no solo la desacreditaba de pensamiento, sino también de palabra.

—¿Quieres saber cómo lo juzgo yo a él? —preguntó al fin.

—No, porque tampoco me lo dirías. Y me apenaría mucho saberlo.

Se hizo una pausa, y, por primera vez desde que la conocía, Isabel pensó que madame Merle era una persona desagradable y deseó que se marchara.

—Recuerda lo atractiva que es Pansy, y no desesperes —dijo de pronto con la esperanza de que eso pusiera punto final a la conversación. Sin embargo, la avasalladora presencia de madame Merle no sufrió alteración alguna. Tan solo se arregló el echarpe sobre los hombros y, con el movimiento, esparció por el aire una tenue y agradable fragancia.

—No desespero; me siento con más ánimos. Y no he venido a reprenderte, solo a enterarme de la verdad, si es posible. Y sé que me la dirás si te lo pido. Es una enorme bendición tener la seguridad de poder contar siempre con ello. Ni te imaginas lo mucho que me reconforta eso.

—¿De qué verdad hablas? —preguntó Isabel intrigada.

—De si lord Warburton cambió de idea por iniciativa propia o porque tú se lo aconsejaste. Es decir, si fue porque él quiso o porque quisiste tú. Figúrate la confianza que todavía te tengo, pese a haber perdido una poca —dijo madame Merle con una sonrisa—, para hacerte una pregunta así. —Miró a su amiga para juzgar el efecto de sus palabras, y continuó—: No te pongas tremendista, ni intransigente, ni te ofendas. Creo que te estoy honrando al hablarte así. No lo haría con ninguna otra mujer, como tampoco conozco a ninguna otra que me dijera la verdad. ¿Y no ves lo bueno que sería que tu marido lo supiera? Cierto es que no parece haber tenido ningún tacto para enterarse, y ha preferido regodearse con suposiciones infundadas. Pero eso no altera el hecho de que, si supiera con claridad lo que en realidad ha pasado, su perspectiva con respecto a los planes que tiene para su hija cambiaría. Pero si lord Warburton sencillamente se cansó de la pobre niña, eso es así, y es una pena. Si la dejó para complacerte a ti, eso ya es otro cantar. También es una pena, pero de otro tipo. En este último caso, lo mejor hubiera sido resignarte a no ser complacida... y ver a tu hijastra casada. ¡Deja estar a lord Warburton, y deja que sea nuestro!

Madame Merle había procedido de forma muy deliberada, observando a su interlocutora y considerando al parecer que podía seguir hablando tranquilamente. Conforme lo hacía, Isabel había ido palideciendo y

apretándose las manos con más fuerza en el regazo. No se trataba de que su visitante hubiese decidido que por fin había llegado el momento de ser insolente, no parecía ser esa su intención. Se trataba de un horror aún peor.

—¿Quién eres... qué eres? —murmuró Isabel—. ¿Qué tienes que ver con mi marido?

Era extraño que en esos momentos se sintiese tan unida a él como si lo amara.

—¡Vaya, te lo tomas a la tremenda! Lo siento mucho, pero no esperes que lo haga yo también.

—¿Qué tienes que ver conmigo? —continuó Isabel.

Madame Merle se levantó lentamente, acariciándose el manguito, pero sin apartar la mirada de la de Isabel.

—¡Todo! —contestó.

Isabel se quedó mirándola, sin levantarse. Su rostro era casi como una plegaria para encontrar iluminación. Pero la luz que emanaba de los ojos de esa mujer parecía ser solo oscuridad.

—¡Oh, qué horror! —murmuró al fin.

Se echó hacia atrás y se cubrió el rostro con las manos. De pronto le había sobrevenido, como una gigantesca ola, la idea de que la señora Touchett tenía razón. Su matrimonio había sido obra de madame Merle. Antes de que se apartara las manos del rostro, la dama ya se había marchado de la habitación.

Esa tarde Isabel salió sola a pasear. Quería irse muy lejos, bajo el cielo, a donde pudiera bajar del carruaje y caminar entre las margaritas. Hacía tiempo que la vieja Roma se había convertido en su confidente, pues, en un mundo en ruinas, la ruina de su felicidad parecía una catástrofe menos incoherente. Reposaba su cansancio sobre cosas que se habían desmoronado hacía siglos y, sin embargo, seguían en pie; vertía su secreta tristeza en el silencio de lugares solitarios, donde se resaltaba y contemporizaba el carácter moderno de su aflicción, de manera que, mientras estaba sentada en un rincón calentado por el sol un día de invierno, o de pie en una iglesia mohosa a la que no iba nadie, casi podía sonreír al pensar en su insignificancia. Su tristeza era insignificante comparada con la inmensidad de la historia romana, y su obsesiva noción de la continuidad del destino humano la transportaba sin dificultad de lo pequeño a lo grande. Había entablado una íntima y tierna relación con Roma, la cual se fundía con sus emociones y las templaba. Pero sobre todo pensaba en ella como el lugar donde tanta gente había sufrido. Eso era lo que le venía a la mente en las desvencijadas iglesias, cuyas columnas de mármol, traídas de ruinas paganas, parecían ofrecerle compañía para soportar su sino, y el rancio

incienso parecía estar formado por oraciones largo tiempo desatendidas. No había hereje menos coherente ni más agradecida que Isabel; ni el más ferviente de los fieles, al contemplar las oscuras pinturas de los altares o los grupos de velas, habría sentido de forma tan íntima todo lo que le sugerían a ella esos objetos, ni habría sido tan proclive en esos momentos a tener una revelación espiritual. Como sabemos, Pansy casi siempre la acompañaba, y últimamente la condesa Gemini, balanceando una sombrilla rosa, había prestado brillo a la comitiva; aun así, de vez en cuando le gustaba quedarse sola en el lugar que mejor conviniera a su estado de ánimo. Para tales ocasiones tenía varios refugios; quizá el más accesible de todos fuera un asiento en el parapeto bajo que bordea el ancho terreno cubierto de hierba que hay delante de la alta y fría fachada de San Juan de Letrán, desde donde se puede contemplar al fondo de la Campania la lejana silueta del monte Albano, así como la imponente llanura que sigue tan llena de todo lo que se ha esfumado en ella. Tras la partida de su primo y de sus acompañantes, Isabel comenzó a dar aquellos paseos melancólicos con más frecuencia, llevando su espíritu sombrío de un lugar sagrado a otro. Incluso cuando Pansy y la condesa estaban con ella, sentía la presencia de un mundo desaparecido. El carruaje, después de dejar atrás los muros de Roma, rodaba por estrechos senderos en los que la madre selva había comenzado a enredarse en los setos, o la esperaba en lugares tranquilos cerca de los campos, mientras ella se alejaba para pasear entre la hierba salpicada de flores, o se sentaba sobre una piedra que antaño tuvo alguna utilidad y contemplaba a través del velo de su tristeza personal la espléndida tristeza del escenario: la densa y cálida luz, las lejanas gradaciones cromáticas y los colores confundiendo suavemente, los pastores inmóviles en poses solitarias, las colinas sobre las que las sombras de las nubes tenían la levedad de un rubor.

La tarde de la que he empezado a hablar Isabel tomó la decisión de no pensar en madame Merle, pero dicha decisión demostró ser inútil, pues la imagen de esa dama la rondaba constantemente. Se preguntó, sintiendo un terror casi infantil ante tal suposición, si se podía aplicar a esa amiga íntima desde hacía varios años el gran epíteto histórico de «malvada». Solo conocía el concepto a través de la Biblia y de otras obras literarias; que ella supiera, nunca había tenido contacto personal alguno con la maldad. Siempre había querido conocer a fondo la vida humana y, pese a que se vanagloriaba de haberla cultivado con cierto éxito, ese privilegio elemental le había sido negado. Quizá, en el sentido histórico, ser malvado no significara ser falso, por muy falso que se fuera; pues eso es lo que había sido madame Merle: profundamente falsa. La tía Lydia había hecho ese descubrimiento mucho tiempo atrás, y se lo había mencionado a su sobrina; pero Isabel había pensado entonces que poseía una visión mucho más rica de las cosas, sobre todo de la espontaneidad de su propio desarrollo y de la nobleza de sus propias

interpretaciones, que la pobre señora Touchett y sus encorsetados razonamientos. Madame Merle había hecho lo que quería: había conseguido la unión de sus dos amigos, aunque no dejaba de ser muy sorprendente que hubiese deseado tanto que tal hecho ocurriera. Había personas que sentían una gran pasión por ser casamenteras, como los devotos del arte la sienten por el arte, pero madame Merle, aún siendo una gran artista, no era una de ellas. Tenía demasiada mala opinión del matrimonio, e incluso de la vida; había querido que se produjese ese matrimonio en particular, pero no otros. Por lo tanto, lo había hecho con la intención de ganar algo, e Isabel se preguntó qué beneficio habría sacado. Como es natural, tardó bastante tiempo en descubrirlo, e incluso entonces fue un descubrimiento imperfecto. Cayó en la cuenta de que madame Merle, aunque había parecido cogerle mucha simpatía desde su primer encuentro en Gardencourt, había sido mucho más afectuosa con ella tras la muerte del señor Touchett, y después de enterarse de que su joven amiga había sido objeto de la generosidad del anciano. Su beneficio no había consistido en el vulgar recurso de pedir dinero prestado, sino en la idea más refinada de presentar a uno de sus amigos íntimos a esa joven fresca e ingenua poseedora de una fortuna. Naturalmente, había elegido a su amigo más íntimo, y a esas alturas Isabel ya tenía muy claro que ese puesto lo ocupaba Gilbert. De ese modo llegó a la convicción de que el hombre que había creído que era el menos sórdido del mundo se había casado con ella, como un vulgar aventurero, por su dinero. Por extraño que resulte, nunca antes se le había ocurrido; pese a todo lo malo que había pensado de Osmond, no le había atribuido esa injuria en particular. Era lo peor que podía pensar de él, después de haber estado tanto tiempo diciéndose que lo peor estaba aún por llegar. Tampoco pasaba nada porque un hombre se casase con una mujer por su dinero; era algo que sucedía a menudo, pero al menos podía hacérselo saber. Se preguntó si, ya que lo que quería era su dinero, le bastaría con quedárselo. ¿Aceptaría simplemente tomarlo y dejarla ir? Si el gran acto de generosidad realizado por el señor Touchett pudiera servirle de ayuda en esos momentos, sería una gran bendición. No tardó en ocurrírsele que, si madame Merle había querido prestar un servicio a Gilbert, el agradecimiento de este por dicho favor ya debía de haberse enfriado bastante. ¿Cuáles serían sus sentimientos en esos momentos con respecto a su demasiado ferviente benefactora, y qué expresión habrían adoptado en semejante maestro de la ironía? Es un hecho singular, aunque no por ello menos característico, que antes de que Isabel regresara de su silencioso paseo rompiese dicho silencio exclamando en voz baja:

—¡Pobre madame Merle!

Su compasión podría haber estado justificada si esa misma tarde Isabel hubiera estado oculta tras una de las valiosas cortinas de damasco tamizadas por el tiempo que vestían el pequeño e interesante salón de la dama en

cuestión; es decir, en aquella estancia decorada con sumo detalle a la que ya hicimos una visita en compañía del discreto señor Rosier. Hacia las seis, Gilbert Osmond estaba sentado en dicho salón, mientras que su anfitriona se hallaba de pie delante de él, tal y como Isabel la había visto en la ocasión mencionada en esta historia con el énfasis que le corresponde, no tanto por su importancia aparente como por la real.

—No me creo que seas infeliz; creo que te gusta —decía madame Merle.

—¿Cuándo he dicho yo que sea infeliz? —preguntó Osmond, con una expresión lo bastante seria como para sugerir que de hecho podría serlo.

—No, pero tampoco dices lo contrario, como deberías por simple gratitud.

—No me hables de gratitud —replicó él con aspereza—. Y no me exasperes —añadió al momento.

Madame Merle se sentó lentamente, con los brazos cruzados y sus blancas manos dispuestas una sujetando un brazo y la otra, por así decirlo, adornando el otro. Parecía exquisitamente tranquila, pero a la vez terriblemente triste.

—Por tu parte, no intentes asustarme. Me pregunto si adivinas algunos de mis pensamientos.

—Intento preocuparme por ellos lo menos posible. Ya tengo bastante con los míos.

—Eso es porque son deliciosos.

Osmond apoyó la cabeza contra el respaldo del sillón y miró a su acompañante de una forma directa y cínica, que en parte parecía también una expresión de fatiga.

—Me estás exasperando —comentó al momento—, y estoy muy cansado.

—Eh moi donc! —exclamó madame Merle.

—En tu caso es porque te fatigas tú misma. En el mío, no es por mi culpa.

—Si me fatigo es por ti. Te he dado algo por lo que interesarte, y eso es un gran regalo.

—¿A eso lo llamas algo por lo que interesarme? —preguntó Osmond con indiferencia.

—Por supuesto, ya que te ayuda a estar entretenido todo el tiempo.

—Nunca me ha parecido que el tiempo transcurra más lento como este invierno.

—Nunca has tenido mejor aspecto. Nunca has estado tan agradable y brillante.

—¡Al infierno con mi brillantez! —murmuró él en tono reflexivo—. ¡Qué poco me conoces, después de todo!

—Si no te conozco a ti, entonces no conozco a nadie —sonrió madame Merle—. Tienes una sensación de triunfo absoluto.

—No, no la tendré hasta que consiga que dejes de juzgarme.

—Dejé de hacerlo hace mucho. Hablo de los viejos tiempos. Aunque ahora también te muestras más expresivo.

Osmond intentó contenerse.

—Ojalá tú te mostraras menos.

—¿Quieres condenarme al silencio? Recuerda que nunca he sido una charlatana. De todas formas, hay tres o cuatro cosas que querría decirte antes. Tu esposa no sabe qué hacer —añadió cambiando de tono.

—Perdona, pero lo sabe perfectamente. Se ha trazado una línea de actuación muy clara y tiene intención de llevar a cabo sus ideas.

—En estos momentos sus ideas deben de ser ciertamente extraordinarias.

—Ya lo creo que lo son. Y tiene sin duda más que nunca.

—Sin embargo, esta mañana ha sido incapaz de mostrarme ninguna —dijo madame Merle—. Parecía hallarse en un estado mental de gran simplicidad, casi de estupidez. Estaba completamente desconcertada.

—¿Por qué no dices directamente que resultaba patética?

—Ah, no, no quiero darte tantas alas.

Él todavía tenía la cabeza reclinada en el cojín de detrás, y el tobillo de un pie apoyado sobre la otra rodilla. Permaneció así durante un rato.

—Me gustaría saber qué es lo que te pasa —dijo al fin.

—¿Que qué me pasa? —Y entonces madame Merle se detuvo, para seguir a continuación con un repentino estallido de emoción, como una explosión de truenos veraniegos en un cielo despejado—: ¡Lo que me pasa es que daría la mano derecha por poder llorar, pero no puedo!

—¿Y de qué te serviría llorar?

—Me haría sentirme como me sentía antes de conocerte.

—Si he secado tus lágrimas, eso ya es algo. Aunque también te he visto derramarlas.

—Oh, creo que aún me harás llorar más. Mejor dicho, me harás aullar como un lobo. Es lo que más deseo y necesito. He sido muy vil esta mañana,

me he portado de una forma horrible.

—Si Isabel estaba en ese estado de estupidez que dices, probablemente ni se habrá dado cuenta —dijo Osmond.

—Ha sido precisamente mi maldad lo que la ha dejado estupefacta. No lo he podido evitar; estaba poseída por algo maligno. O quizá fuera algo bueno, no lo sé. No solo me has secado las lágrimas: también me has secado el alma.

—Entonces no soy yo el responsable del estado de mi esposa —dijo él—. Resulta agradable pensar que me voy a beneficiar de tu influencia sobre ella. ¿No sabes que el alma es un principio inmortal? ¿Cómo puede sufrir ninguna alteración?

—No creo en absoluto que sea un principio inmortal. Creo que se puede destruir sin problemas. Eso es lo que le ha pasado a la mía, que en un principio era muy buena pero ha acabado destruida, y es a ti a quien se lo debo. Eres una mala persona —añadió con mucho énfasis.

—¿Es así como vamos a terminar? —preguntó Osmond con la misma frialdad estudiada.

—No sé cómo terminaremos. Ojalá lo supiera. ¿Cómo terminan las malas personas, sobre todo cuando cometen sus delitos juntos? Me has vuelto tan mala como tú.

—No te entiendo. A mí me parece que eres bastante buena —replicó Osmond, cuya fingida indiferencia dio gran efecto a sus palabras.

La serenidad de madame Merle, por el contrario, parecía ir disminuyendo, y estaba más cerca de perderla que en cualquier otra ocasión en que hemos tenido el placer de verla. El brillo de sus ojos se tornó sombrío, y su sonrisa delataba el doloroso esfuerzo que le costaba mantenerla.

—¿Bastante buena pese a todo lo que he hecho de mí misma? Supongo que es a eso a lo que te refieres.

—¡Bastante buena para seguir siendo siempre tan encantadora! —dijo Osmond sonriendo también.

—¡Ay, Dios mío! —murmuró ella; y allí sentada, en toda su madura lozanía, recurrió al gesto que ella misma había provocado en Isabel esa mañana: inclinó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Al fin vas a llorar? —preguntó Osmond; y como ella permaneció inmóvil, prosiguió—: ¿Me he quejado a ti alguna vez?

Madame Merle bajó las manos rápidamente.

—No, te has vengado de otro modo. Te has vengado en ella.

Osmond echó la cabeza aún más hacia atrás. Durante un rato miró al techo como si estuviese suplicando, de un modo nada ceremonioso, a los poderes celestiales.

—¡Ay, cómo es la imaginación de las mujeres! En el fondo es muy vulgar. Hablas de venganza como una novelista de tercera.

—Claro que no te has quejado. Has disfrutado mucho de tu triunfo.

—Tengo bastante curiosidad por saber a qué llamas mi triunfo.

—Has conseguido que tu esposa te tenga miedo.

Osmond cambió de postura. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y observó durante un momento la hermosa y antigua alfombra persa a sus pies. Tenía el aire de quien se niega a aceptar valoraciones de nadie, ni siquiera acerca del tiempo, y de preferir atenerse a las suyas propias. Era una peculiaridad que en ciertos momentos lo convertía en una persona muy irritante a la hora de conversar con él.

—Isabel no me tiene miedo, y tampoco es lo que busco —dijo al fin—. ¿Adónde quieres ir a parar cuando me provocas diciendo cosas así?

—He estado pensando en todo el daño que podrías hacerme —contestó madame Merle—. Esta mañana tu esposa me tenía miedo a mí, pero en realidad era a ti a quien temía a través de mí.

—Puede que hayas dicho cosas de muy mal gusto, y de eso no soy yo responsable. Y no entiendo en absoluto para qué tenías que ir a verla: tú eres muy capaz de actuar sin ella. Por lo que yo veo, no he conseguido que tú me tengas miedo —continuó—, así que no veo por qué debería tenérmelo ella. Ambas sois cuando menos igual de valientes. No sé de dónde has sacado todas esas sandeces; era de esperar que a estas alturas ya me conocieras. —Mientras hablaba se levantó y se acercó a la chimenea, donde se quedó un momento contemplando, como si los viera por primera vez, los delicados ejemplares de valiosa porcelana que en ella había. Cogió una pequeña taza y la sostuvo en la mano; todavía sosteniéndola, con el brazo apoyado en la repisa, continuó—: Siempre ves demasiado en todo. Te excedes y pierdes contacto con la realidad. Soy mucho más simple de lo que crees.

—Creo que eres muy simple —dijo madame Merle, con la mirada fija en la taza—. Con el tiempo me he ido dando cuenta. Como decía, te juzgué hace mucho, pero solo he empezado a comprenderte a partir de tu matrimonio. Ahora he visto mucho mejor lo que has sido para tu esposa que lo que fuiste para mí. Por favor, ten cuidado con ese objeto, es muy valioso.

—Ya tiene una rajadura muy pequeña —dijo Osmond con sequedad mientras lo dejaba en su sitio—. Si no me comprendías antes de casarme, fue

muy cruel y precipitado por tu parte meterme en una situación tan delicada. Aun así, he de reconocer que le cogí el gusto, ya que creí que sería un refugio agradable. Tampoco es que yo pidiera mucho; tan solo que ella me quisiera.

—¡Que te quisiera tantísimo!

—Tantísimo, por supuesto. En un caso así, uno pide el máximo. Que me adorara, si lo prefieres. Sí, eso es lo que quería.

—Yo nunca te adoré —dijo madame Merle.

—¡Pero lo fingías!

—Lo cierto es que a mí nunca me acusaste de ser un refugio agradable —continuó ella.

—Mi esposa se ha negado... se ha negado a ser nada por el estilo —dijo Osmond—. Tú estarás empeñada en hacer un drama de esto, pero para ella desde luego no es ninguna tragedia.

—¡La tragedia es para mí! —exclamó madame Merle, que se levantó lanzando un largo y profundo suspiro, pero al mismo tiempo observando el contenido de la repisa de la chimenea—. Parece que me ha tocado aprender a fuerza de gran sufrimiento las desventajas de ocupar una posición falsa.

—Te expresas como una frase de un cuaderno de caligrafía. Tenemos que buscar nuestro solaz donde podamos encontrarlo. Si mi esposa no me quiere, al menos mi hija sí. Buscaré las compensaciones en Pansy. Afortunadamente, no tengo una sola queja de ella.

—¡Ah, si yo tuviera un hijo...! —dijo ella en voz baja.

Osmond esperó, y después, con aire algo más formal, proclamó:

—Los hijos de los demás pueden sernos de gran interés.

—Tú sí que pareces un cuaderno de caligrafía. Después de todo, hay algo que nos une.

—¿La idea del mal que puedo hacerte? —preguntó Osmond.

—No, la idea del bien que puedo hacerte yo. Eso es lo que hizo que me pusiera tan celosa de Isabel. Quiero que sea obra mía —añadió madame Merle mientras su expresión, que se había vuelto dura y amargada, se relajaba hasta alcanzar su habitual placidez.

Su amigo cogió el sombrero y el paraguas y, tras dar al primero dos o tres golpes con el puño del abrigo, dijo:

—Con todo, creo que es mejor que me lo dejes a mí.

Cuando se hubo ido, lo primero que hizo madame Merle fue acercarse a la

repisa de la chimenea y coger la devaluada taza de café en la que Osmond había mencionado la existencia de una rajadura, pero la miró sin prestarle atención.

—¿He sido tan vil para nada? —gimió débilmente.

50

Como la condesa Gemini estaba muy poco familiarizada con los monumentos clásicos, Isabel se ofreció a llevarla de vez en cuando a ver esas interesantes reliquias y conferir a sus paseos vespertinos un cierto carácter de estudio de la Antigüedad. La condesa, que afirmaba considerar a su cuñada un prodigio de erudición, no puso ninguna objeción, y contemplaba las imponentes obras de enladrillado romano con tanta paciencia como si hubieran sido montones de telas modernas. Carecía de sentido de lo histórico, aunque sí poseía para algunos temas el gusto por lo anecdótico y, por lo que a ella respectaba, el de la voluntad de sacrificio, pero estaba tan encantada de encontrarse en Roma que estaba dispuesta a dejarse llevar. Con gusto habría pasado una hora todos los días en la húmeda oscuridad de las Termas de Tito si hubiese sido condición indispensable para que se quedase en el palazzo Roccanera. No obstante, Isabel no era una cicerone muy estricta; visitaba las ruinas fundamentalmente porque le ofrecían una excusa para hablar de otros temas que no fueran los amoríos de las damas de Florencia, sobre los que su acompañante nunca se cansaba de proporcionarle abundante información. Hemos de añadir que, durante esas visitas, la condesa se abstenía de abordar cualquier forma de investigación activa; prefería quedarse sentada en el carruaje y exclamar que todo era muy interesante. Era de ese modo como hasta ese momento había explorado el Coliseo, para gran pesar de su sobrina, la cual, con todo el debido respeto a su tía, no acababa de entender por qué esta no podía bajarse del vehículo para acceder al interior del monumento. Pansy tenía tan pocas oportunidades de recorrer a sus anchas aquellos lugares que su punto de vista no era del todo desinteresado; resulta fácil adivinar que albergaba la secreta esperanza de que, una vez dentro, podría convencer a la invitada de sus padres para que subieran hasta las gradas superiores. Llegó el día en que la condesa anunció su disposición a emprender dicha hazaña; fue durante una de esas suaves tardes de marzo en las que ese mes ventoso se manifiesta con ocasionales ráfagas de brisa primaveral. Las tres damas entraron juntas en el Coliseo, pero Isabel dejó a sus acompañantes para vagar a solas por el lugar. Había ascendido a menudo a esas desoladas gradas desde las que las multitudes romanas bramaban enfervorecidas, y en las que ahora brotan flores silvestres (cuando las dejan) entre las profundas grietas. Ese día

se sentía fatigada, y tenía ganas de sentarse en el devastado anfiteatro. Representaba también un alivio, pues con frecuencia la condesa exigía más atención de la que ella daba a cambio, e Isabel pensaba que, cuando estaba a solas con su sobrina, la condesa dejaba que el polvo se acumulara durante un rato sobre los antiguos escándalos de las riberas del Arno. Así pues, Isabel, se quedó abajo mientras Pansy guiaba a su atolondrada tía hasta la empinada escalera de ladrillo, a los pies de la cual el guardián abre la alta verja de madera. El enorme recinto estaba parcialmente sumido en la penumbra; el sol de poniente destacaba el tono rojo pálido de los grandes bloques de travertino... un color latente que parece ser el único elemento vivo de esas inmensas ruinas. Aquí y allá se veía pasar a algún campesino o turista mirando al lejano horizonte en el que, en aquella despejada calma, una multitud de golondrinas volaban incesantemente en círculos o se lanzaban en picado. Isabel se dio cuenta entonces de que otro de los visitantes, parado en medio de la arena, había reparado en su persona y la estaba mirando con una leve inclinación de cabeza que, solo unas semanas antes, la dama había observado como característica de alguien provisto de una intención dubitativa pero indestructible. Tal actitud, ese día, solo podía pertenecer al señor Edward Rosier y, en efecto, al momento dicho caballero demostró que estaba considerando la posibilidad de hablar con ella. Cuando se hubo asegurado de que Isabel no estaba acompañada, se acercó y le dijo que, aunque no contestaba a sus cartas, esperaba que sí se dignase escuchar sus palabras. Ella contestó que su hijastra estaba cerca y solo podía concederle cinco minutos; entonces él se sacó el reloj y se sentó sobre un bloque roto de piedra.

—Lo que tengo que decirle se cuenta enseguida —dijo Edward Rosier—. ¡He vendido todos mis bibelots!

Al oírlo, Isabel lanzó instintivamente una exclamación de horror: era como si le hubiera dicho que le habían arrancado todos los dientes.

—Los vendí en subasta en el Hôtel Drouot —continuó—. Fue hace tres días, y me han teleografiado para comunicarme el resultado, que ha sido espléndido.

—Me alegro de que así sea, pero preferiría que hubiese conservado esas figuras tan bonitas.

—Pero en su lugar tengo el dinero: cincuenta mil dólares. ¿Me considerará ahora el señor Osmond lo suficientemente rico?

—¿Es por eso por lo que lo ha hecho? —preguntó Isabel con delicadeza.

—¿Y por qué otra cosa si no? Es lo único en lo que pienso. Fui a París y lo concerté todo, pero no me pude quedar a la subasta, porque no habría podido soportar ver cómo esas piezas se alejaban de mí. Creo que eso me habría

matado. No obstante, las he dejado en buenas manos, y me han reportado grandes beneficios. Eso sí, me he quedado los esmaltes. Ahora que tengo el dinero en el bolsillo, su marido ya no podrá decir que soy pobre —dijo el joven en tono desafiante.

—Ahora dirá que es usted un necio —contestó Isabel, como si Gilbert Osmond nunca hubiese afirmado eso mismo con anterioridad.

Rosier le dirigió una intensa mirada.

—¿Se refiere a que sin mis bibelots no soy nada? ¿Que eran lo mejor de mí? Eso me dijeron en París; sí, fueron muy sinceros al respecto. ¡Claro que no la han visto a ella!

—Mi querido amigo, se merece usted lograr su propósito —dijo Isabel con mucha amabilidad.

—Lo dice con tanta tristeza que es como si dijera que no me lo merezco. —Y la miró interrogante a los ojos, con los suyos llenos de una clara inquietud. Tenía el aire de alguien que sabía que había sido la comidilla de París durante una semana y eso le había hecho crecerse mucho, pero aun así tenía la dolorosa sospecha de que, pese a ese aumento de estatura social, una o dos personas seguían siendo tan perversas como para considerarlo muy poca cosa—. Sé lo que pasó aquí mientras estaba fuera —prosiguió—. ¿Qué espera el señor Osmond, ahora que ella ha rechazado a lord Warburton?

Isabel lo meditó unos instantes.

—Que se case con otro noble.

—¿Con qué otro noble?

—Con el que él elija.

Rosier se levantó lentamente y se guardó el reloj en el bolsillo del chaleco.

—Se está riendo usted de alguien, pero creo que esta vez no es de mí.

—No era mi intención reírme —dijo Isabel—. Me río muy poco. Ahora es mejor que se vaya.

—¡Me siento muy seguro! —afirmó Rosier sin moverse.

Tal vez fuera cierto, pero era evidente que lo que más le hacía sentirse así era proclamarlo en voz alta, balanceándose con cierta complacencia sobre los pies al tiempo que recorría con la mirada las gradas del Coliseo como si estuviesen llenas de público. De pronto Isabel vio que se le demudaba el color, pues al parecer había más público del que Rosier se había imaginado. Ella se giró y comprobó que sus dos acompañantes regresaban de su excursión.

—Tiene que irse —dijo rápidamente.

—¡Ay, mi buena señora, apiádesse de mí! —murmuró Edward Rosier con una voz que estaba en extraña discordancia con la proclama que acabo de citar. Y entonces añadió con mucho ímpetu, como un hombre que en medio de la peor de las miserias tuviese de pronto una feliz idea—: ¿Es esa dama la condesa Gemini? Ardo en deseos de ser presentado a ella.

Isabel lo miró durante un instante.

—No tiene ninguna influencia sobre su hermano.

—Vaya, lo pinta usted como si fuese un auténtico monstruo.

Y Rosier se giró hacia la condesa, que caminaba por delante de Pansy muy animada, lo cual se debía tal vez en parte al hecho de que había visto a su cuñada conversando con un joven muy apuesto.

—Me alegro de que haya conservado los esmaltes —dijo Isabel mientras se alejaba de él para dirigirse inmediatamente a donde estaba Pansy, la cual, al ver a Edward Rosier, se había detenido en seco, bajando la mirada—. Vamos al carruaje —le dijo a la joven con dulzura.

—Sí, se está haciendo tarde —contestó Pansy con aún mayor dulzura, tras lo cual siguió caminando sin decir nada, sin vacilar, sin mirar atrás.

Isabel, sin embargo, se permitió esa última licencia, y así pudo ver que finalmente había tenido lugar el encuentro entre la condesa y el señor Rosier. Este se había quitado el sombrero y estaba saludándola sonriente con una reverencia; obviamente se estaba presentando, mientras la expresiva espalda de la condesa se doblaba levemente ante los ojos de Isabel en una cortés inclinación. No obstante, enseguida perdió de vista tales hechos, ya que tanto ella como Pansy ocuparon de nuevo sus asientos en el carruaje. La joven, sentada frente a su madrastra, mantuvo al principio la vista fija en el regazo; luego la alzó y miró a Isabel a los ojos. En los de Pansy brilló un pequeño rayo de tristeza, una chispa de tímida emoción, que a Isabel le llegó al alma, a la vez que sentía que la invadía una oleada de envidia al comparar el trémulo anhelo, el definido ideal de aquella niña, con su propia y estéril desesperación.

—¡Mi pobre Pansy! —le dijo con cariño.

—Oh, no, no se preocupe —contestó esta, como deseosa por disculparse.

Después se hizo el silencio; la condesa tardaba en llegar.

—¿Le has enseñado todo a tu tía? ¿Le ha gustado? —preguntó al fin Isabel.

—Sí, le he enseñado todo. Creo que le ha gustado mucho.

—Espero que no estés cansada.

—No, no. No estoy cansada, gracias.

La condesa seguía demorándose, así que Isabel pidió al lacayo que entrase en el Coliseo y le dijera que la estaban esperando. Este volvió al poco con el anuncio de que la signora contessa les rogaba que no la esperaran... ¡volvería a casa en un coche de alquiler!

Alrededor de una semana después de que la impetuosa compasión de esa dama la hubiese puesto del lado del señor Rosier, Isabel, que subía ya bastante tarde a vestirse para la cena, encontró a Pansy sentada en su habitación. La joven, que parecía estar esperándola, se levantó de la silla baja en que estaba.

—Perdone que me haya tomado esta libertad —dijo con voz tenue—. Será la última... durante algún tiempo.

Su voz sonaba extraña, y sus ojos, muy abiertos, tenían una mirada febril y asustada.

—¡No estarás pensando en irte! —exclamó Isabel.

—Vuelvo al convento.

—¿Al convento?

Pansy se aproximó hasta que estuvo lo bastante cerca para rodear a Isabel con sus brazos y apoyar la cabeza en su hombro. Permaneció así un momento, totalmente inmóvil, pero su acompañante podía sentir cómo temblaba. Ese estremecimiento de su pequeño cuerpo expresaba todo lo que ella era incapaz de decir. No obstante, Isabel insistió:

—¿Y por qué vuelves al convento?

—Porque papá cree que es lo mejor. Dice que a una chica joven le conviene de vez en cuando un pequeño retiro. Dice que el mundo, siempre el mundo, es un mal lugar para una chica joven. No es más que una oportunidad para poder alejarme un poco de todo... para meditar. —Hablaba de forma entrecortada, como si apenas confiase en sí misma; entonces añadió, como si recobrase el control—: Creo que papá tiene razón. He estado demasiado en contacto con el mundo este invierno.

Su anuncio tuvo un extraño efecto en Isabel, pues parecía implicar algo más que la propia joven desconocía.

—¿Y cuándo se ha decidido eso? —preguntó—. No sabía nada.

—Papá me lo ha dicho hace media hora. Le pareció más conveniente no hablar mucho del asunto por adelantado. Madame Catherine vendrá a buscarme a las siete y cuarto, y solo me puedo llevar dos vestidos. Solo van a ser unas cuantas semanas, y estoy segura de que me harán mucho bien. Volveré a ver a todas esas señoras que fueron tan agradables conmigo, y a las

niñas a las que están educando. Me gustan mucho esas pequeñas —dijo Pansy, provocando un efecto de diminuta grandeza—. Y también aprecio mucho a la madre Catherine. Estaré muy tranquila y podré pensar mucho.

Isabel la escuchó conteniendo el aliento; se sentía casi sobrecogida.

—Espero que pienses alguna vez en mí.

—¡Ah, venga a verme pronto! —exclamó Pansy, en un tono muy diferente al de las heroicas observaciones que acababa de recitar.

Isabel no pudo decir nada más. No entendía nada; lo único que tenía claro era lo poco que aún conocía a su marido. Y por toda respuesta, le dio a su hijastra un largo beso lleno de cariño.

Media hora más tarde supo por su doncella que madame Catherine había llegado en un coche de alquiler y se había vuelto a marchar con la signorina. Al dirigirse al salón antes de la cena encontró sola a la condesa Gemini, la cual comentó el suceso con un enérgico movimiento de cabeza y exclamando:

—En voilà, ma chère, une pose!

Pero si se trataba de mera afectación, Isabel no alcanzaba a comprender qué era lo que quería aparentar su marido. Solo podía vislumbrar débilmente que este mantenía más tradiciones de las que ella había supuesto. Estaba tan acostumbrada a tener mucho cuidado con lo que le decía que, por extraño que pueda resultar, después de que él entrara dudó varios minutos antes de hacer alusión a la repentina partida de su hija. La mencionó cuando ya estaban sentados a la mesa. Isabel se había prohibido volver a preguntar nunca nada más a Osmond, así que lo único que pudo hacer fue una sencilla declaración que le salió con toda naturalidad:

—Voy a echar mucho de menos a Pansy.

Él contempló durante unos instantes, con la cabeza ligeramente inclinada, el centro de flores de la mesa.

—Sí —dijo al fin—, ya había pensado en eso. Tienes que ir a verla, pero tampoco demasiado a menudo. Me imagino que te estarás preguntando por qué la he enviado con las hermanas, pero dudo que te lo pueda hacer entender. De todas formas da igual, no le des vueltas al asunto. Por eso no lo había comentado antes, porque no creía que estuvieses de acuerdo. Siempre he considerado esa posibilidad, ya que creo que forma parte de la educación de una hija. Una hija ha de ser dulce y bella, inocente y gentil. En cambio, con las costumbres en boga hoy día corre el peligro de embrutecerse y ajarse en exceso. Pansy ya está un poco deslustrada, un poco alborotada, porque se ha expuesto demasiado. Hay que apartarla de vez en cuando de esa chusma bulliciosa y avasalladora que se llama a sí misma sociedad... conviene

apartarla de vez en cuando de todo eso. Los conventos son lugares muy tranquilos, muy convenientes, muy beneficiosos. Me complace pensar en ella sentada en el viejo jardín, bajo la arcada, entre esas mujeres pacíficas y virtuosas. Muchas de ellas son de buena familia, y varias incluso nobles. Tendrá sus libros y sus dibujos, así como su piano. Lo he dispuesto todo con mucha generosidad. No debe ser algo demasiado ascético, tan solo ofrecer cierta sensación de reclusión. Tendrá mucho tiempo para pensar, y hay algo sobre lo que quiero que piense. —Osmond hablaba de forma pausada y razonable, todavía con la cabeza algo inclinada como si estuviera mirando al centro de flores. Su tono, sin embargo, era el de alguien que, más que estar ofreciendo una explicación, estuviera dando forma a una idea con palabras, casi con imágenes, para comprobar por sí mismo cómo quedaba. Meditó durante unos instantes sobre la estampa que había creado y pareció sentirse enormemente complacido. Luego siguió diciendo—: Al final resulta que los católicos son muy sabios. El convento es una gran institución de la que no podemos prescindir, pues responde a una necesidad fundamental de las familias, o de la propia sociedad. Es una escuela de buenos modales, una escuela de reposo. No quiero apartar a mi hija del mundo —añadió—, ni pretendo que dirija sus pensamientos hacia ningún otro. Este está muy bien, pero en su debida forma, y ella puede dedicarse a pensar en él todo lo que quiera. Se trata tan solo de que lo haga de la forma correcta.

Isabel prestó mucha atención a ese pequeño esbozo, pues lo encontró tremendamente interesante. Parecía demostrarle hasta qué punto era capaz de llegar su marido con tal de salirse con la suya: hasta el punto de idear complicadas artimañas teóricas jugando con la delicada persona de su hija. No acababa de entender sus intenciones, al menos no del todo, pero las comprendía mejor de lo que él quería o se imaginaba, ya que estaba convencida de que todo aquello era un elaborado misterio destinado a ella misma con la intención de obligarla a devanarse los sesos. Osmond había querido hacer algo repentino y arbitrario, algo inesperado y refinado, para marcar diferencias entre sus simpatías y las de ella, y demostrar que, si consideraba a su hija una valiosa obra de arte, era normal que cada vez tuviese más cuidado con los retoques finales. Si quería provocar algún efecto lo había conseguido: aquello había helado el corazón a Isabel. Pansy ya había conocido el convento de niña y había hallado un hogar feliz en él; la joven apreciaba mucho a las buenas hermanas, y estas la apreciaban mucho también, así que de momento no parecía haber una idea concreta de castigo en la suerte que le había tocado. Pero, aun así, la joven se había asustado, y estaba claro que su padre quería producirle una impresión muy severa. La vieja tradición protestante nunca había desaparecido de la mente de Isabel y, mientras estaba pensando en esa sorprendente muestra del carácter de su marido —sentada y mirando, como él, el centro de flores—, la pobre Pansy se convirtió en la

heroína de una tragedia. Osmond quería que se supiera que no se arredaba ante nada, mientras que a su esposa cada vez le costaba más fingir que lograba tomar bocado. Sintió cierto alivio al oír la voz aguda y estridente de su cuñada. Al parecer la condesa también había estado pensado sobre el asunto, pero había llegado a una conclusión muy distinta a la de Isabel.

—Es muy absurdo, mi querido Osmond —dijo—, inventarse tantas razones bonitas para justificar el destierro de la pobre Pansy. ¿Por qué no dices directamente que lo que quieres es alejarla de mí? Como si no hubieras descubierto ya que tengo muy buena opinión del señor Rosier. Pues sí, la tengo; me parece simpaticísimo. Ha conseguido que crea en el amor verdadero... ¡algo que no me había pasado nunca! Está claro que has llegado a la conclusión de que, con tales convicciones, soy muy mala compañía para Pansy.

Osmond bebió un sorbo de vino con aspecto de estar de muy buen humor.

—Mi querida Amy —respondió, sonriendo como si estuviese diciendo una galantería—, no sé nada de tus convicciones, pero, si sospechara que interferían con las mías, me sería mucho más sencillo desterrarte a ti.

51

La condesa no fue desterrada, pero tampoco quedó muy segura de que fuese a seguir disfrutando de la hospitalidad de su hermano. Una semana después de ese incidente Isabel recibió un telegrama de Inglaterra, fechado en Gardencourt y portador del sello de la autoría de la señora Touchett. «A Ralph no le quedan muchos días —decía—, y si es posible le gustaría verte. Insiste en que te diga que solo vengas si no tienes otras obligaciones. Por mi parte, diré que antes hablabas mucho de tus obligaciones y de cuáles serían estas; tengo curiosidad por ver si ya lo has averiguado. Ralph se está muriendo, y no tiene a nadie más». La noticia no cogió a Isabel por sorpresa, pues había recibido de Henrietta Stackpole el relato detallado de su viaje a Inglaterra en compañía de su agradecido paciente. Ralph había llegado más muerto que vivo, pero aun así ella había cumplido su objetivo de llevarlo a Gardencourt, donde de inmediato se había postrado en cama, de la que, escribía la señorita Stackpole, era evidente que no volvería a levantarse nunca más. Añadía que, en realidad, se había tenido que ocupar de dos pacientes en vez de uno, ya que el señor Goodwood, que no había sido de ninguna ayuda práctica, estaba tan enfermo como el señor Touchett, aunque de otro modo. Después explicaba que se había visto obligada a ceder el terreno a la señora Touchett, que acababa de regresar de América y se había apresurado a darle a entender que no quería

entrevistas en Gardencourt. Isabel había escrito a su tía al poco de llegar Ralph a Roma para comunicarle que su estado era crítico y sugerirle que volviese a Europa lo antes posible. La señora Touchett le había telegrafiado dándose por enterada de la admonición, y después de aquello lo único que Isabel había sabido de ella era a través de este segundo telegrama que acabo de reproducir.

Isabel se quedó un momento mirando esa última misiva; luego, introduciéndola en su bolsillo, se dirigió al estudio de su marido. En la puerta volvió a detenerse un instante, al cabo del cual la abrió y entró. Osmond estaba sentado a la mesa que había cerca de la ventana con un infolio ante él, que tenía apoyado sobre un montón de libros. El volumen estaba abierto por una página de pequeñas láminas en color, e Isabel vio que estaba copiando de ella el dibujo de una moneda antigua. Tenía delante una caja de acuarelas y unos pinceles finos, y ya había transferido a una hoja de papel immaculado el delicado y cuidadosamente coloreado disco. Estaba de espaldas a la puerta, pero reconoció a su esposa sin girarse.

—Perdona que te moleste —dijo esta.

—Cuando voy a tu habitación siempre llamo —contestó él mientras continuaba con su trabajo.

—Lo he olvidado; estaba pensando en otra cosa. Mi primo se está muriendo.

—No me lo creo —dijo Osmond mirando su dibujo a través de una lupa—. Ya se estaba muriendo cuando nos casamos. Al final nos enterrará a todos.

Isabel no dedicó ningún tiempo ni pensamiento a apreciar el elaborado cinismo de esa afirmación, sino que se limitó a continuar hablando para informarle cuanto antes de su intención.

—Mi tía me ha telegrafiado. Tengo que ir a Gardencourt.

—¿Y para qué tienes que ir a Gardencourt? —preguntó Osmond con tono de imparcial curiosidad.

—Para ver a Ralph antes de que muera.

Durante un tiempo no replicó nada a eso; siguió prestando buena parte de su atención a su obra, que era del tipo que no admitía la menor negligencia.

—No veo la necesidad —dijo al fin—. Él vino a verte aquí, lo cual no me gustó nada, ya que consideré un gran error su presencia en Roma. Aun así lo consentí, porque iba a ser la última vez que lo vieras. Y ahora me dices que no va a ser la última. Eres muy desagradecida.

—¿Y por qué habría de estarte agradecida?

Gilbert Osmond dejó sus delicados utensilios de trabajo, sopló una mota de

polvo del dibujo, se levantó lentamente y, por primera vez, miró a su esposa.

—Por no haber interferido mientras él estaba aquí.

—Oh, sí, estoy muy agradecida. Recuerdo perfectamente la claridad con que me dijiste que no te gustaba que hubiese venido, tanto que hasta me alegré mucho cuando se marchó.

—En ese caso, déjalo estar. No vayas corriendo detrás de él.

Isabel apartó la mirada de su marido, y la fijó en el pequeño dibujo de este.

—Tengo que ir a Inglaterra —repitió, consciente de que su tono podría resultar estúpidamente obstinado para un irritable hombre de tan buen gusto.

—Si lo haces, no va a gustarme nada —afirmó Osmond.

—¿Y qué más da? Si no lo hago tampoco te gustará. No te complace nada de lo que hago o dejo de hacer. Siempre te comportas como si creyeras que miento.

Osmond palideció un poco y sonrió con frialdad.

—Entonces, ¿es por eso por lo que tienes que ir? ¿No para ver a tu primo, sino para vengarte de mí?

—No sé nada de venganzas.

—Pero yo sí —dijo Osmond—, así que no me des ningún pretexto.

—Estás deseando tener alguno. Lo que más te gustaría es que yo cometiera alguna locura.

—Según eso, debería complacerme mucho que me desobedecieras.

—¿Que te desobedeciera? —dijo Isabel en una voz baja que casi parecía amable.

—Dejémoslo claro. Si te vas hoy de Roma, lo consideraré un acto de rebeldía totalmente deliberado y premeditado.

—¿Cómo puedes decir que es premeditado? ¡Pero si he recibido el telegrama de mi tía hace unos minutos!

—Eres muy rápida haciendo planes, lo cual es un gran mérito por tu parte. Y no veo motivo alguno para que prolonguemos esta discusión, puesto que ya conoces cuáles son mis deseos.

Y permaneció como si esperara que ella se retirase, pese a lo cual Isabel no se movió. No podía hacerlo, por extraño que parezca, porque sentía aún la necesidad de justificarse. Osmond poseía en grado sumo la habilidad de hacerle sentir dicha necesidad. Había algo en Isabel que permitía que él

siempre consiguiera provocarla, por mucho que ella misma supiera que era un error.

—No tienes ninguna razón para tales deseos —dijo ella—, mientras que yo tengo todas las del mundo para ir. No te imaginas lo injusto que me pareces, aunque creo que lo sabes de sobra. Es tu propia negativa la que es premeditada, además de maligna.

Nunca antes le había expresado a su marido sus peores pensamientos acerca de él, y la sensación de oírlos debió de ser sin duda toda una novedad para Osmond. Sin embargo, este no mostró sorpresa alguna, y su frialdad pareció demostrar que pensaba que su esposa nunca sería capaz de resistirse a sus ingeniosos ardidés para hacerla hablar.

—Eso la hace aún más intensa —contestó. Y añadió, casi como si le diese un consejo de amigo—: Se trata de un asunto muy importante. —Isabel se daba cuenta de eso, y era plenamente consciente de la trascendencia de la situación, pues sabía que habían llegado a un momento crítico. Su gravedad la hizo ser cuidadosa y no decir nada, así que él siguió hablando—. ¿Dices que no tengo ninguna razón? Tengo las mejores razones. Me desagrada en lo más profundo de mi alma eso que pretendes hacer. Es deshonroso, descortés e indecente. Tu primo no significa nada en absoluto para mí, y no tengo la menor obligación de hacerle ninguna concesión. Ya le he hecho la más espléndida que podría. Tu relación con él, mientras estaba aquí, me tenía constantemente sobre ascuas, pero aún así lo dejé estar porque semana tras semana esperaba que se fuese. Nunca me ha gustado, ni yo le he gustado nunca a él. Por eso te gusta a ti: porque me odia —dijo Osmond con un ligero y apenas perceptible temblor en la voz—. Tengo muy claro lo que mi esposa debería y no debería hacer, y desde luego no debería viajar sola por toda Europa, en contra de mis más profundos deseos, para sentarse a la cabecera de la cama de otros hombres. Tu primo no es nada para ti; no es nada para nosotros. Sonríes de manera muy expresiva cuando hablo de «nosotros», pero te aseguro que ese «nosotros», señora Osmond, es lo único que me importa. Me tomo nuestro matrimonio muy en serio, mientras que tú pareces haber encontrado la forma de no hacerlo. No tengo la menor sensación de que estemos divorciados o separados; para mí, estamos indisolublemente unidos. Estás más cerca de mí que ningún otro ser humano, como yo lo estoy de ti. Puede que sea una proximidad desagradable, pero aun así es la que ambos hemos buscado deliberadamente. Ya sé que no te gusta que te lo recuerde, pero lo hago con toda la intención porque... porque —e hizo una pausa, adoptando el aire de quien va a decir algo trascendental—: porque creo que debemos aceptar las consecuencias de nuestras acciones, ¡y lo que más valoro en la vida es que uno cumpla su palabra!

Habló con seriedad y en tono casi amable, prescindiendo de cualquier nota

de sarcasmo. Esa seriedad refrenó los rápidos impulsos emocionales de su esposa, y la determinación con que esta había entrado en la habitación se vio atrapada en una maraña de finos hilos. Sus últimas palabras no eran una orden, constituían una especie de apelación y, aunque ella sabía que cualquier manifestación de respeto por parte de él solo podía ser una rebuscada forma de egoísmo, no dejaban de representar algo trascendente y absoluto, como la señal de la cruz o la bandera del propio país. Hablaba en nombre de algo sagrado y valioso: la observancia de una espléndida unión. Estaban tan separados sentimentalmente como dos enamorados desencantados pudieran haberlo estado jamás, pero hasta el momento nunca se habían separado físicamente. Isabel no había cambiado, y todavía sentía la misma pasión por la justicia, que, en esos momentos, en plena constatación de la blasfema sofistería de su marido, comenzó a latir a un ritmo que por un instante pareció prometerle a él la victoria. Isabel pensó que, al fin y al cabo, el deseo de su marido de guardar las apariencias era sincero, y que eso de por sí tenía un gran mérito. Diez minutos antes ella había sentido toda la dicha de lanzarse a la acción irreflexiva, una dicha que hacía tanto tiempo que le era extraña; pero la acción se había transformado de repente en lenta renuncia a causa de la letal estocada de Osmond. No obstante, si había de renunciar, se encargaría de dejarle claro que era víctima de la voluntad de él, y no una simple incauta.

—Ya sé que eres un maestro de la farsa —dijo—. ¿Cómo puedes hablar de una unión indisoluble? ¿Cómo puedes decir que te sientes satisfecho? ¿Dónde está nuestra unión cuando me acusas de falsedad? ¿Dónde está tu satisfacción cuando lo único que tienes en el corazón son sospechas odiosas?

—En que vivamos juntos decentemente, pese a todos esos inconvenientes.

—¡Pero es que no vivimos juntos decentemente! —exclamó Isabel.

—Por supuesto que no, si te vas a Inglaterra.

—Eso es muy poco, o nada. Podría hacer mucho más.

Osmond arqueó las cejas, e incluso un tanto los hombros. Llevaba viviendo el suficiente tiempo en Italia para percatarse enseguida del ardid.

—En fin, si has venido a amenazarme, creo que prefiero seguir dibujando.

Y volvió a la mesa, cogió la hoja de papel en la que había estado trabajando y comenzó a examinarla.

—Supongo que, si me marchó, no esperarás que vuelva —dijo Isabel.

Él se giró rápidamente, y ella se dio cuenta de que aquel movimiento, cuando menos no era premeditado. Osmond la miró un momento, y a continuación preguntó:

—¿Es que te has vuelto loca?

—¿Qué otra cosa podría ser sino una ruptura? —continuó ella—. Sobre todo, si es cierto cuanto dices.

No veía que aquello pudiera ser nada más que una ruptura, por más que hubiera deseado de corazón saber qué otra cosa podría ser si no.

Él se sentó de nuevo ante la mesa.

—Me niego a discutir contigo el caso hipotético de que llegaras a atreverte a desafiarme —dijo, tras lo cual volvió a coger uno de sus pequeños pinceles.

Isabel permaneció allí solo un instante más, el suficiente para contemplar con todo detalle la estampa de él, que pese a su intencionada indiferencia resultaba muy expresiva, y después se marchó rápidamente de la habitación. Sus facultades, energía y pasión habían vuelto a dispersarse por completo, y sentía como si una niebla fría y oscura la hubiese rodeado súbitamente. Osmond poseía en grado sumo la habilidad de potenciar cualquier debilidad de ella. Mientras volvía a su habitación se encontró con la condesa Gemini, que estaba ante la puerta abierta de una pequeña sala que contenía una heterogénea colección de libros. La condesa tenía un volumen abierto en las manos, y parecía haber estado mirando una página que no había logrado despertar su interés. Al oír los pasos de Isabel levantó la cabeza.

—Ah, querida —dijo—, tú que eres tan versada en literatura, ¿podrías recomendarme algún libro entretenido? Todo lo que hay aquí es muy aburrido. ¿Crees que este estaría bien?

Isabel vio el título del volumen que sostenía, pero sin leerlo ni entenderlo.

—Lo siento, pero no te puedo aconsejar ahora. Acabo de recibir malas noticias. Mi primo, Ralph Touchett, se está muriendo.

La condesa dejó el libro.

—Oh, vaya, con lo simpático que era. Lo siento mucho.

—Lo sentirías aún más si lo supieras todo.

—¿Qué es lo que hay que saber? Tienes muy mal aspecto —añadió la condesa—. Debes de haber estado con Osmond.

Media hora antes Isabel habría respondido con gran frialdad a cualquier insinuación de que alguna vez llegaría a sentir la necesidad de recibir la compasión de su cuñada, y no puede haber mejor prueba del azoramiento que la embargaba en esos momentos que el hecho de que se aferrara al instante a la volátil atención de dicha dama.

—Sí, he estado con Osmond —dijo, mientras los brillantes ojos de la condesa la miraban refulgentes.

—¡Entonces seguro que ha estado odioso! —exclamó esta—. ¿Ha dicho que se alegra de que el pobre señor Touchett se esté muriendo?

—Ha dicho que es imposible que yo vaya a Inglaterra.

La mente de la condesa era muy ágil en lo que concernía a sus propios intereses, y enseguida previó la desaparición de futuros divertimentos durante su estancia en Roma. Ralph Touchett moriría, Isabel se pondría de luto y se acabarían las alegres veladas. Semejante perspectiva dibujó durante un instante en su rostro una mueca muy expresiva, pero ese rápido y pintoresco cambio de rasgos fue su único tributo a la decepción. Se dijo que, al fin y al cabo, el juego casi había tocado a su fin, y ya llevaba allí más tiempo del convenido en la invitación inicial. Y entonces ya pudo olvidarse de sus propios problemas e interesarse por el de Isabel, que sin duda era grave. Parecía más grave que la mera muerte de un primo, y la condesa no dudó en relacionar a su exasperante hermano con la expresión que veía en los ojos de su cuñada. El corazón empezó a latirle preso de una esperanza casi gozosa, pues quería ver a Osmond vencido, y en esos momentos parecían darse las condiciones ideales. Por supuesto, si Isabel se iba a Inglaterra, ella abandonaría el palazzo Roccanera de inmediato; por nada del mundo se quedaría allí con Osmond. Aun así, sentía un inmenso deseo de oír decir a Isabel que se iría a Inglaterra.

—No hay nada que sea imposible para ti, querida —dijo con ternura—. ¿Para qué si no eres rica, lista y buena?

—Eso... ¿para qué? Me siento estúpida y débil.

—¿Por qué dice Osmond que es imposible? —preguntó la condesa en un tono que dejaba claro que no se lo podía imaginar.

No obstante, desde el momento en que empezó a interrogarla de tal modo, Isabel retrocedió un poco y apartó la mano que la condesa le había cogido con afecto. Aun así, contestó a esa pregunta con franca amargura.

—Porque somos tan felices juntos que no podemos separarnos ni dos semanas.

—¡Ah —dijo la condesa mientras Isabel se giraba para marcharse—, cuando yo quiero irme de viaje mi marido solo me dice que no tendré dinero para ello!

Isabel fue a su habitación, donde estuvo caminando de un lado para otro durante una hora. Puede que parezca a algunos lectores que todo aquello la había afectado en exceso, y es cierto que, para tratarse de una mujer de tan elevado espíritu, había dejado que le parasen los pies con extrema facilidad. No obstante, Isabel había llegado a la conclusión de que hasta ese momento no había entendido en toda su magnitud la gran empresa que era el matrimonio.

Significaba que, en un caso como aquel, cuando había que elegir, se elegía por norma lo que decía el marido. «Tengo miedo, sí, mucho miedo», se dijo en más de una ocasión, deteniéndose bruscamente. Pero a lo que tenía miedo no era a su marido —a su disgusto, a su odio, a su venganza—, y ni siquiera a las recientes valoraciones que ella había realizado de su propia conducta, algo que en más de una ocasión la había contenido: era sencillamente al acto violento que representaría el hecho de marcharse, cuando Osmond quería que se quedase. Se había abierto un abismo de diferencias entre ellos, pero aún así él quería que se quedase, y le resultaría horrible que se fuese. Conocía perfectamente la sutileza nerviosa con que él podía sentir que le llevaran la contraria. También sabía lo que pensaba de ella, y había intuido lo que sería capaz de decirle. Aun así, estaban casados, y el matrimonio significaba que la mujer debía ser fiel al hombre con el que se había presentado ante el altar y había pronunciado esos votos terriblemente comprometedores. Isabel se hundió en el sofá y enterró la cabeza entre un montón de cojines.

Cuando la levantó, la condesa Gemini volvía a estar ante ella. Había entrado sin que Isabel se diera cuenta; tenía una extraña sonrisa en sus finos labios, y en la hora transcurrida su rostro parecía haberse iluminado debido a una brillante revelación. Sin duda la condesa vivía siempre, por así decirlo, asomada a la ventana de su espíritu, pero en esos momentos parecía inclinarse más que nunca fuera del alféizar.

—He llamado —dijo—, pero como no contestabas, me he atrevido a entrar. He estado observándote los últimos cinco minutos, y veo que eres muy desdichada.

—Sí, pero no creo que puedas consolarme.

—¿Me dejas que lo intente?

Y la condesa se sentó a su lado en el sofá. Seguía sonriendo, con un gesto en el que había algo expresivo y exultante. Parecía tener mucho que decir, e Isabel pensó por primera vez que quizá su cuñada fuera a expresar algo verdaderamente humano. Sus ojillos jugueteaban con un brillo en el que se percibía una desagradable fascinación.

—Al fin y al cabo —continuó al momento—, lo que tengo que decirte es que, para empezar, no entiendo por qué estás así. Siempre tienes tantos escrúpulos, tantas razones, tantas ataduras. Cuando descubrí hace diez años que el mayor anhelo de mi esposo era hacerme infeliz... últimamente se limita a dejarme a mi aire... ah, fue una forma maravillosa de simplificarlo todo. El problema es que tú, mi pobre Isabel, no eres lo bastante simple.

—Cierto, no soy lo bastante simple.

—Hay algo que quiero que sepas —afirmó la condesa—, porque creo que

debes saberlo. Puede que ya te lo hayas imaginado, que ya lo sepas. Si es así, lo único que puedo decir es que me cuesta entender aún más por qué no haces lo que te plazca.

—¿Qué es lo que quieres que sepa?

Isabel tenía un mal presentimiento que hacía que el corazón le latiera más deprisa. La condesa se disponía a dar explicaciones, y eso era ya de por sí muy significativo. No obstante, parecía que primero prefería seguir dándole vueltas al tema.

—Yo ya me lo habría figurado hace siglos. ¿De verdad que nunca has sospechado nada?

—No me he figurado nada de nada. ¿Qué es lo que tendría que sospechar? No sé de qué me estás hablando.

—Eso es porque tienes una mente increíblemente pura, como jamás he visto en ninguna otra mujer —dijo la condesa.

Isabel se levantó muy despacio.

—Vas a decirme algo horrible.

—Puedes llamarlo como mejor te parezca.

Y la condesa se levantó también, mientras la perversidad de la que había hecho acopio se volvía más vívida y temible. La observó un momento con una mirada que era como una declaración de intenciones y, como le pareció a Isabel incluso entonces, llena de extraordinaria fealdad; después dijo:

—Mi primera cuñada no tuvo hijos.

Isabel le devolvió la mirada. Semejante anuncio no dejaba de ser un anticlímax.

—¿Tu primera cuñada?

—Supongo que por lo menos sabrás, si es que se puede decir, que Osmond ya había estado casado antes. Nunca te he hablado de su esposa anterior porque no me parecía muy decoroso o respetuoso, pero me imagino que otros con menos prejuicios sí lo habrán hecho. La pobre mujer murió después de tres años de matrimonio sin haber tenido hijos. Pansy no llegó hasta después de su muerte.

Isabel había fruncido el ceño, y tenía los labios entreabiertos en una expresión de pálida y vaga sorpresa. Intentaba captar todo lo que decía su cuñada, ya que sus palabras parecían ocultar un gran trasfondo.

—Entonces, ¿Pansy no es hija de mi marido?

—De tu marido... ¡claro! No es del marido de otra mujer, sino de la esposa de otro hombre. Contigo, mi querida Isabel —exclamó la condesa—, siempre hay que explicarlo todo.

—No entiendo nada. ¿De la esposa de quién? —preguntó Isabel.

—De la esposa de un suizo horrible que murió... ¿cuánto hace...?, doce, no, hace más de quince años. Él nunca reconoció a Pansy, ni, sabiendo lo que había, quiso saber nada de ella, y tampoco había razón para que lo hiciera. Osmond sí que la reconoció, y eso fue mucho mejor; aunque entonces, para que todo cuadrara, tuvo que inventarse toda una historia de que su esposa había muerto al dar a luz y él, roto de pena y horror, había alejado a la criatura de su vista todo el tiempo que había podido hasta que decidió traerla de vuelta a casa del sitio donde la había dejado para que la criaran. En realidad su esposa había muerto de otra cosa y en otro lugar muy distintos; fue en las montañas del Piamonte, adonde se fueron un agosto porque la salud de ella parecía necesitar aire fresco, pero una vez allí de repente empeoró... y murió. La gente se creyó la historia, porque guardaron las apariencias durante tanto tiempo que nadie hizo mucho caso ni se tomó la molestia de investigar. Pero, por supuesto, yo sí que supe toda la verdad sin necesidad de hacer averiguaciones —continuó la condesa con lucidez—, y, como comprenderás, sin que tampoco comentáramos entre nosotros ni una palabra del tema; quiero decir, Osmond y yo. ¿No te lo imaginas mirándome en silencio, de esa forma tan suya, para acabar con el tema? Es decir, para acabar conmigo, si se me ocurría decir algo. Y no he dicho nada a nadie, nunca, aunque no te lo creas tratándose de mí. Te doy mi palabra, querida, de que es la primera vez que hablo de esto después de tanto tiempo. Desde el principio me bastó con que la niña fuera mi sobrina, ya que era hija de mi hermano. En cuanto a su verdadera madre...

Pero entonces la extraordinaria tía de Pansy se detuvo; fue de forma involuntaria, debido a la impresión que le produjo el rostro de su cuñada, desde el que parecían mirarla más ojos de los que jamás había tenido que soportar.

No había dicho ningún nombre y, sin embargo, Isabel sentía en sus propios labios el eco del que no había sido nombrado. Se volvió a hundir en el asiento dejando caer la cabeza.

—¿Por qué me has contado eso? —preguntó con una voz que la condesa apenas reconoció.

—Porque estaba harta de que no lo supieras. Porque, francamente, querida, estaba harta de no habértelo contado; como si, estúpidamente, no hubiese tenido ocasión de hacerlo en todo ese tiempo. Ça me dépasse, si me permites que te lo diga, todo cuanto te rodea y de lo que parece enterarte. Siempre se

me ha dado muy mal, eso de prestar ayuda a la ignorancia inocente. Pero, en este caso, ya se me ha agotado la virtud, y no estoy dispuesta a seguir callando por el bien de mi hermano. Además, te aseguro que no es ninguna mentira malintencionada —añadió la condesa con su inimitable estilo—. Los hechos son tal y como te los cuento.

—No tenía la menor idea —dijo Isabel al cabo de un momento, y levantó la cabeza mirándola de un modo que se ajustaba sin duda a la evidente simplicidad de dicha confesión.

—Eso pensaba, por más que me costara creerlo. ¿De verdad que nunca llegaste a sospechar que durante seis o siete años fueron amantes?

—No lo sé. A veces he pensado cosas... y quizá fuera eso lo que significaban.

—Ella se ha comportado de forma extraordinariamente inteligente, magistral, con respecto a Pansy —afirmó la condesa a la vista de todo el asunto.

—Oh, de verdad que sobre ese asunto nunca se me había pasado nada por la mente —dijo Isabel, que parecía estar intentando desentrañar en qué había o no pensado—. Y, de hecho, sigo sin entenderlo.

Hablaba como alguien desconcertado y preocupado, pero, aun así, la pobre condesa tenía la sensación de que su revelación no había provocado todo el efecto que quería. Con ella había esperado hacer estallar un gran fogonazo, pero solo había conseguido hacer saltar una chispa. Isabel, en su condición de joven mujer de probada inteligencia, parecía igual de impresionada que si se hubiese enterado de algún suculento y siniestro pasaje de la historia pública.

—¿No ves que la niña nunca habría podido pasar por hija de su marido? Es decir, a los ojos del propio señor Merle —prosiguió la condesa—. Llevaban mucho tiempo separados, y él se había marchado a algún país remoto, creo que a Sudamérica. Si ella había tenido más hijos con anterioridad, de lo cual no estoy segura, los había perdido. Dio la casualidad de que las circunstancias permitían, aunque bajo presión por ser en un momento tan delicado, que Osmond reconociera a la niña. Su esposa había muerto... cierto; pero no hacía tanto tiempo como para que, mediante un cierto ajuste de fechas, pudieran hacerlo sin levantar ninguna sospecha, que era su principal preocupación. Resultaba perfectamente natural que la pobre señora Osmond, en la distancia y ante un mundo que no se preocupaba por nimiedades, hubiese dejado tras ella, poverina, el breve fruto de la felicidad que le había costado la vida. Con la ayuda de un cambio de residencia, ya que Osmond y ella vivían en Nápoles cuando se fueron a pasar esa temporada a los Alpes, y a su debido tiempo él se marchó de la ciudad para siempre, consiguieron hacer creíble la historia. Mi

pobre cuñada no podía hacer nada desde la tumba, y la verdadera madre, para salvar el pellejo, renunció a todo parentesco o derecho sobre la niña.

—¡Ah, pobre, pobre mujer! —exclamó Isabel, tras lo cual estalló en lágrimas.

Hacía mucho tiempo que no derramaba ninguna, pues había desarrollado una fuerte prevención contra los accesos de llanto. Pero en esos momentos las lágrimas fluyeron con una abundancia que para la condesa Gemini solo supuso otra decepción.

—¡Qué amable de tu parte compadecerte de ella! —dijo con una risa discordante—. Sí, desde luego tienes una forma de ser que...

—Engañó a su mujer, y además tuvo que ser desde bien pronto —dijo Isabel, recobrando de pronto la compostura.

—Era ya lo único que faltaba, que te pusieras de parte de ella —continuó la condesa—. No obstante, te doy la razón en que fue muy pronto.

—¿Y a mí? ¿A mí me...?

E Isabel vaciló como si no se hubiese escuchado bien a sí misma, como si su pregunta, aunque la tenía bien clara ante los ojos, solo fuera para ella.

—A ti te ha sido fiel. Cuando se casó contigo ya no estaba con ninguna otra mujer... aunque menudo amante había estado hecho, cara mia, con todos los riesgos y precauciones que tuvo que tomar mientras duró lo de ellos dos. Ese asunto ya había terminado; la dama se había arrepentido o, cuando menos, había tenido sus razones para retirarse. A ella también le gustaba guardar tanto las apariencias que hasta el propio Osmond terminó por cansarse. Y ya te podrás imaginar lo que tuvo que ser para él... intentar disimularlo todo ante su círculo. Aun así, todo lo pasado quedó entre ellos dos.

—Sí —dijo Isabel mecánicamente, haciéndose eco de esas palabras—, todo lo pasado ha quedado entre ellos dos.

—Bueno, en el pasado más reciente no ha ocurrido nada. Pero, como digo, durante seis o siete años estuvieron juntos.

Isabel permaneció en silencio durante un momento.

—Pero entonces, ¿por qué quiso ella que él se casara conmigo?

—¡Ay, querida mía, ese fue el gran triunfo de esa mujer! Pues porque tenías dinero, y porque pensó que te portarías bien con Pansy.

—¡Pobre mujer... ni siquiera le agrada a Pansy! —exclamó Isabel.

—Por eso quería a alguien que sí le agradara a Pansy. Ella es muy lista; ella lo sabe todo.

—¿Llegará a saber que me has contado esto?

—Eso dependerá de si tú se lo cuentas. Ella ya está preparada por si llega el caso, y... ¿sabes en qué confía para defenderse? En que creas que te estoy mintiendo. Quizá sea eso lo que pienses, y no hace falta que te molestes en disimularlo. Pero da la casualidad de que esta vez no estoy mintiendo. En esta vida he contado bastantes embustes estúpidos, pero que nunca han hecho daño a nadie, salvo a mí misma.

Isabel estaba absorta escuchando la historia, como si estuviese mirando un fardo de fantásticas mercancías que algún gitano ambulante hubiese desplegado a sus pies sobre la alfombra.

—¿Por qué no se casó Osmond con ella? —preguntó al fin.

—Porque ella no tenía dinero. —La condesa tenía respuesta para todo y, si estaba mintiendo, desde luego lo hacía muy bien—. Nadie sabe ni ha sabido jamás de qué vive ella, ni cómo ha conseguido todas esas cosas tan bonitas que tiene. No creo que ni Osmond lo sepa. Además, ella nunca se habría casado con él.

—Entonces, ¿cómo pudo amarle?

—No lo ama de ese modo. Lo hizo al principio, y supongo que entonces sí se habría casado con él, pero en aquellos momentos su marido aún vivía. Luego, cuando el señor Merle fue a reunirse con... iba a decir con sus antepasados, pero no creo que ese hombre los tuviera, la relación de ella con Osmond ya había cambiado, y ella misma se había vuelto más ambiciosa. Además, respecto a él, madame Merle nunca se ha hecho... —continuó la condesa, dejando que Isabel se estremeciera trágicamente con el suspense—, mejor dicho, nunca se había hecho muchas ilusiones en lo que podríamos llamar su «inteligencia». Esperaba poder casarse con algún hombre importante; esa ha sido siempre su idea. Para eso ha esperado, vigilado, conspirado y rezado, pero nunca lo ha conseguido. No sé si todavía podrá conseguir algo, pero de momento tiene muy poco que la avale. El único resultado tangible que ha llegado a obtener (a excepción, por supuesto, de conocer a todo el mundo y alojarse con ellos gratis) ha sido el de juntaros a Osmond y a ti. Oh, sí, ella lo hizo, querida, no hace falta que pongas cara de que lo dudas. Llevo años observándolos, y lo sé todo, todo. La gente me toma por una cabeza de chorlito, pero en este asunto me he aplicado mucho para no perderme ni un detalle de esos dos. Ella me odia, y su forma de demostrarlo es hacer como si estuviera siempre defendiéndome. Cuando la gente dice que he tenido quince amantes, ella pone cara de espanto y afirma que la mitad nunca se han podido demostrar. Me tiene miedo desde hace años, y le encanta que la gente diga cosas viles y falsas de mí. Siempre ha temido que la desenmascare, y hasta un día me amenazó cuando Osmond comenzó a hacerte la corte. Fue

en casa de él en Florencia. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que ella te llevó allí y tomamos el té en el jardín? Me dijo entonces que, si me dedicaba a contar historias, ella también sabía jugar a ese juego. Hace como si hubiera mucho más que contar de mí que de ella. Desde luego sería una comparación muy interesante. Me importa un bledo lo que pueda decirte de mí, sencillamente porque sé que a ti también te importa un bledo. Nunca podrías interesarte por mí menos de lo que ya lo haces, así que me da igual cómo decida vengarse; tampoco creo que eso vaya a asustarte mucho. Su gran obsesión siempre ha sido parecer la persona más irreprochable del mundo, una especie de lirio en flor, la viva imagen del decoro. Siempre ha adorado a ese dios. Ya sabes... no debe haber escándalos sobre la mujer del César, y ella siempre ha querido casarse con el César. Esa es una de las razones por las que no se habría casado con Osmond, por miedo a que, al verla con Pansy, la gente atara cabos y acabara encontrando algún parecido. Siempre la ha aterrorizado que la madre llegara a traicionarla a ella misma. Por eso ha tenido siempre tanto cuidado, y gracias a ello la madre nunca ha podido traicionarse.

—Sí, la madre sí que se ha traicionado —dijo Isabel, que lo había escuchado todo mientras palidecía por momentos—. Se traicionó conmigo el otro día, aunque no me di cuenta entonces. Fue cuando pareció que Pansy había tenido la oportunidad de hacer una gran boda, y la decepción porque no hubiese llegado a buen término casi le quitó la máscara.

—¡Sí, eso es lo que la pierde! —exclamó la condesa—. Como ha fracasado tan estrepitosamente consigo misma, quiere compensarlo con su hija.

Isabel se sobresaltó al oír las palabras «su hija», que su invitada había dicho con tanta naturalidad.

—Es todo tan increíble —murmuró, y, embargada por esa sensación de desconcierto, casi olvidó que la historia la afectaba personalmente.

—¡No vayas a tomarla ahora con esa pobre niña inocente! —dijo la condesa—. Es encantadora pese a sus lamentables orígenes. Hasta yo misma he llegado a apreciarla mucho, y no, naturalmente, porque fuese hija de ella, sino porque había pasado a ser tuya.

—Sí, ha pasado a ser mía. ¡Cuánto debe de haber sufrido esa pobre mujer viéndome...! —exclamó Isabel sonrojándose ante la idea.

—No creo que haya sufrido. Al contrario, ha disfrutado. El matrimonio de Osmond ha dado a su hija un gran impulso. Antes de eso la pobre vivía en un agujero. ¿Y sabes qué debió de pensar la madre? Que a lo mejor le cogías tanto cariño a la niña que hacías algo por ella. Estaba claro que, al ser tan pobre, Osmond no podía darle ninguna dote, pero todo eso ya lo sabes tú. Ay, querida mía —suspiró la condesa—, ¿por qué tuviste que heredar tanto

dinero? —Se detuvo un momento, como si viera algo extraño en el rostro de Isabel—. No me digas que sí piensas darle dote... Ya sé que eres muy capaz de hacerlo, pero me resisto a creerlo. No intentes ser tan buena. Tómate las cosas con un poco más de tranquilidad, de naturalidad, de malicia. Por tu propio bien, trata de ser un poco malvada por una vez en tu vida.

—Es todo muy extraño. Ya sé que debería pensar de otro modo, pero el caso es que me da mucha pena —dijo Isabel—. Y te estoy muy agradecida, por supuesto.

—¡Nadie lo diría! —exclamó la condesa con una risa irónica—. Puede que lo estés o puede que no. Desde luego, no te lo has tomado como creía que harías.

—¿Y cómo debería tomármelo? —preguntó Isabel.

—Bueno, pues como una mujer a la que han utilizado. —Isabel no contestó nada; tan solo escuchaba, así que la condesa continuó—: Siempre han estado unidos esos dos; incluso siguieron estándolo después de que ella rompiera... o de que rompiera él. Pero él siempre ha sido más importante para ella que ella para él. Cuando acabó su pequeño carnaval acordaron darse mutuamente libertad total, pero también que harían todo lo posible para ayudarse entre ellos. Te preguntarás cómo puedo saber eso. Pues lo sé por la forma en que se han comportado. ¡Ahí es donde se ve que las mujeres somos mucho mejores que los hombres! Ella le encontró una esposa a Osmond, pero Osmond nunca ha movido un dedo por ella. Ella se ha esforzado por él, ha conspirado por él, ha sufrido por él, hasta en más de una ocasión le ha conseguido dinero, y al final resulta que él se ha cansado de ella. Ya solo la ve como una vieja costumbre; hay momentos en que la necesita, pero en conjunto no la echaría de menos si desapareciera. Y, lo que es más, ella lo sabe. Así que no hace falta ni que te molestes en sentir celos —añadió la condesa con humor.

Isabel se volvió a levantar del sofá. Se sentía herida y sin aliento, y la cabeza le bullía con toda la información recibida.

—Te estoy muy agradecida —repitió, y de pronto, en un tono bien distinto, añadió—: ¿Y tú cómo sabes todo eso?

Esa pregunta pareció contrariar a la condesa más de lo que la complacía la expresión de gratitud de Isabel. Miró a esta fijamente y exclamó:

—¡Pongamos que me lo he inventado todo! —No obstante, también ella cambió repentinamente de tono y, poniendo una mano en el brazo de Isabel, dijo con una penetrante y brillante sonrisa—: Y ahora, ¿desistirás de tu viaje?

Isabel dio un pequeño respingo y se apartó, pero se sentía tan débil que al

momento tuvo que apoyar el brazo en la repisa de la chimenea. Permaneció así un minuto, y luego dejó caer la aturdida cabeza sobre el brazo, con los ojos cerrados y los labios pálidos.

—He hecho mal en hablar. Te has puesto enferma —se lamentó la condesa.

—¡Tengo que ir a ver a Ralph! —gimió Isabel.

No lo dijo con resentimiento, ni presa del arrebato de pasión que había esperado su acompañante, sino en un tono de infinita y trascendental tristeza.

52

Salía un tren para Turín y París esa misma noche y, después de que la condesa se hubiese marchado, Isabel mantuvo una rápida y decisiva conversación con su doncella, que era discreta, fiel y eficiente. Después de eso solo pensó en una cosa aparte del viaje: tenía que ir a ver a Pansy, pues a ella no podía abandonarla. No había ido a visitarla todavía, ya que Osmond le había dado a entender que aún era pronto. A las cinco de la tarde su carruaje se detuvo ante una alta puerta que había en una estrecha calle del barrio de la piazza Navona, y allí fue recibida por la portera del convento, que era una persona afable y servicial. Ya conocía la institución, pues en una ocasión había acompañado a Pansy a visitar a las hermanas. Sabía que eran buenas mujeres, y comprobó que las grandes habitaciones presentaban un aspecto limpio y alegre, y que el bien aprovechado jardín ofrecía sol en invierno y sombra en primavera. Aun así, no le gustaba aquel lugar, ya que sentía cierto rechazo y casi la asustaba hasta el punto de que por nada del mundo habría pasado una noche allí. Ese día le produjo más que nunca la impresión de que era una comfortable prisión, pues era imposible creer que Pansy fuera libre para marcharse cuando quisiese. Ahora veía a esa inocente criatura con nuevos y terribles ojos, pero la revelación había tenido el efecto secundario de que quisiera más que nunca tenderle una mano.

La portera la dejó esperando en una sala del convento mientras iba a informar de que la querida señorita tenía una visita. La sala era una estancia enorme y fría, con mobiliario que parecía nuevo; había una estufa de porcelana blanca sin encender, grande y limpia, una colección de flores de cera bajo cubiertas de cristal, y una serie de grabados de escenas religiosas en las paredes. En la ocasión anterior el lugar le había parecido a Isabel más propio de Filadelfia que de Roma, pero esa vez no pensó nada, sino que la estancia tan solo le resultó muy vacía y silenciosa. La portera volvió al cabo de unos cinco minutos acompañada por otra persona. Isabel se levantó

esperando ver a una de las hermanas, pero para su gran sorpresa se encontró frente a madame Merle. El efecto fue extraño, pues esta se hallaba ya tan presente en su mente que su aparición en carne y hueso fue como ver, de repente y con bastante espanto, una imagen pintada que comenzara a moverse. Isabel llevaba todo el día dándole vueltas a su falsedad, su audacia, su habilidad, su posible sufrimiento, y todas esas ideas sombrías parecieron destellar con una luz repentina al entrar ella en la habitación. Su presencia allí tenía el desagradable carácter de una prueba acusatoria, caligráfica, de las reliquias profanadas y otras cosas espantosas que se presentan ante un tribunal. Hizo que Isabel se sintiera débil, tanto que, si hubiera tenido que hablar en ese momento, habría sido incapaz; pero no vio tal necesidad, pues estaba convencida de que no tenía absolutamente nada que decirle a madame Merle. No obstante, en las relaciones con esa dama nunca había necesidades absolutas; tenía una forma de desenvolverse que le permitía superar no solo sus propias deficiencias, sino también las de los demás. Sin embargo, ese día no parecía ser la misma; entró muy despacio detrás de la portera, e Isabel se dio cuenta enseguida de que no era muy probable que pudiese echar mano de sus habituales recursos. Para madame Merle la situación también era excepcional, y se había propuesto hacerle frente a la luz de las circunstancias. Eso le daba un aire de seriedad muy peculiar; ni siquiera intentó sonreír y, aunque Isabel vio más que nunca que estaba interpretando un papel, aun así le pareció que, en conjunto, aquella insólita mujer jamás había sido más ella misma. Madame Merle miró a su joven amiga de la cabeza a los pies, pero no de forma áspera o desafiante, sino más bien con fría amabilidad, y omitiendo cualquier alusión a su último encuentro. Era como si quisiera dejar bien clara la diferencia: en aquella ocasión había estado enojada, mientras que ahora se sentía del todo reconciliada.

—Nos puede dejar solas —dijo madame Merle a la portera—. Dentro de cinco minutos volverá a llamarla esta señora.

Y se giró hacia Isabel, la cual, tras haber observado esta escena se desentendió y dejó que su mirada vagase hasta donde permitían los límites de la habitación. No quería volver a posar nunca más sus ojos en madame Merle.

—Te sorprendes de encontrarme aquí, y me temo que no sea de tu agrado —dijo esa dama—. No entiendes por qué he venido; es como si me hubiera querido adelantar a ti. Reconozco que he actuado de forma bastante indiscreta, porque tendría que haberte pedido permiso primero. —No había ninguna ironía velada en sus palabras, sino que las dijo con sencillez y suavidad, pero Isabel, perdida en un mar de dudas y de dolor, tampoco habría podido aunque quisiera saber con qué intención las había dicho—. Pero no he estado mucho tiempo —continuó madame Merle—; con Pansy, quiero decir. He venido a verla porque de pronto se me ocurrió esta tarde que debía de sentirse muy sola,

e incluso un poco triste. Tal vez resulte bueno para una chica joven estar aquí, aunque tampoco lo puedo afirmar, ya que sé muy poco acerca de las jovencitas. De todos modos sí que es un poco deprimente, así que he venido... por si acaso. Por supuesto sabía que tú vendrías, y también su padre; pero no había oído nada de que estuvieran prohibidas otras visitas. Esa buena mujer... ¿cómo se llama...?, madame Catherine, no ha puesto ninguna objeción. He estado veinte minutos con Pansy. Tiene una habitación muy bonita, con piano y flores, que no parece en absoluto una celda de convento. La ha arreglado muy bien; tiene muy buen gusto. Ya sé que no es asunto mío, pero me siento mucho mejor después de haber visto a Pansy. Hasta puede tener doncella si quiere, aunque, claro, aquí no tiene necesidad de vestirse para ninguna ocasión. Lleva un sencillo vestido negro, y está encantadora. Después he ido a ver a la madre Catherine, que también tiene una habitación muy agradable. Te aseguro que no encuentro a estas pobres hermanas nada monásticas. La madre Catherine tiene un tocador muy coqueto, en el que había algo que hasta parecía un frasco de agua de colonia. Habla maravillas de Pansy, y dice que están encantadas de tenerla con ellas; que es una pequeña santa caída del cielo y un modelo para las niñas más mayores. Justo cuando ya iba a despedirme de madame Catherine, ha aparecido la portera para decirle que una señora quería ver a la signorina. Enseguida me he imaginado que serías tú, así que le he pedido que me dejara salir a recibirte en su lugar. He de decir que ha puesto muchos reparos y me ha dicho que tenía que informar antes a la madre superiora, ya que es muy importante que seas tratada con el máximo respeto. Entonces le he pedido que dejara tranquila a la madre superiora, y le he preguntado que cómo creía que te iba a tratar yo.

Así había seguido hablando madame Merle, mientras desplegaba buena parte de la brillantez propia de una mujer que hacía mucho tiempo que dominaba el arte de la conversación. Pero había ciertas fases y gradaciones en su discurso que no pasaron inadvertidas a los oídos de Isabel, por más que siguiera sin mirar a la otra a la cara. No pasó mucho tiempo sin que Isabel percibiera cómo se le quebraba levemente la voz, cómo se producían ciertos silencios en medio de la narración, lo cual parecía representar en sí mismo un auténtico drama. Esa sutil modulación indicaba un descubrimiento de suma importancia, la constatación de que había una actitud totalmente nueva y distinta por parte de su interlocutora. Madame Merle había adivinado en un instante que todo había acabado entre ellas, y al siguiente había adivinado la razón. La persona que tenía ante sí no era la misma que había tratado hasta ese momento, sino alguien muy diferente: una persona que conocía su secreto. El descubrimiento fue tremendo y, en cuanto lo hizo, aquella mujer con tan portentoso dominio de sí misma titubeó y perdió su valor. Sin embargo, aquello duró solo un momento. A continuación volvió a hacer acopio de su gran torrente de buenas maneras, que siguió fluyendo sin cortapisas hasta el

final. Pero fue precisamente porque tenía ese final en vista por lo que pudo continuar. Se había visto afectada por algo que la hacía temblar, y necesitaba de toda su fuerza de voluntad para contener la agitación que sentía, ya que su única esperanza residía en evitar traicionarse. Lo consiguió, pero el deje de desconcierto en su voz se negó a mejorar, sin que pudiera hacer nada al respecto, mientras se oía hablar sin apenas saber lo que decía. La marea de su seguridad bajó y solo pudo deslizarse como pudo hasta llegar a puerto, arañando el casco de su nave contra el fondo.

Isabel vio todo eso con tanta nitidez como si se hubiera reflejado en un espejo grande y diáfano. Podría haber sido un gran momento para ella: podría haber sido su momento de gloria. El hecho de que madame Merle hubiese perdido el coraje y viera ante sí el fantasma de su secreto al descubierto era ya de por sí una gran venganza, casi una promesa de un futuro mejor. Y durante un momento, mientras parecía estar mirando por la ventana, casi dando la espalda a la otra, Isabel disfrutó sabiendo todo eso. Al otro lado de la ventana estaba el jardín del convento, pero no era eso lo que vio; no vio los brotes de las plantas ni el resplandor de la tarde. A la cruda luz de esa revelación, que ya se había convertido en parte de su experiencia y a la que la fragilidad de la nave en que le había sido ofrecida solo otorgaba un valor intrínseco, vio la pura y evidente verdad de que ella había sido utilizada como un mero instrumento, tan inconsciente y conveniente como una herramienta de madera y hierro. Volvió a crecer en ella toda la amargura de saberlo; era como si sintiese en los labios el regusto de la deshonra. Hubo un momento en el que, si se hubiera girado para hablar, habría dicho algo que habría silbado y restallado como un látigo. En su lugar, cerró los ojos y consiguió que esa odiosa visión desapareciese. Así consiguió que la mujer más inteligente del mundo, allí de pie a escasa distancia de ella, pareciera tan perdida y desorientada como la más insignificante de todas. La única venganza de Isabel consistió en permanecer en silencio... en dejar a madame Merle perdida en esa situación sin precedentes. La dejó allí durante un tiempo que debió de parecerle demasiado largo a la dama, ya que terminó por sentarse con un movimiento que de por sí era una confesión de total indefensión. Entonces Isabel se giró lentamente y la miró. Madame Merle escrutaba muy pálida el rostro de Isabel. Que viera lo que quisiera... el peligro ya había pasado. Isabel nunca la acusaría de nada ni le reprocharía lo más mínimo, tal vez porque tampoco le daría jamás la oportunidad de defenderse.

—He venido a despedirme de Pansy —dijo nuestra joven al fin—. Me voy a Inglaterra esta noche.

—¿Que te vas a Inglaterra esta noche? —repitió madame Merle, mientras seguía sentada mirándola.

—Me voy a Gardencourt. Ralph Touchett se está muriendo.

—Ay, debes de estar muy afectada —dijo madame Merle recuperándose, ya que se le presentaba una oportunidad de expresar compasión—. ¿Te vas sola?

—Sí, sin mi marido.

Madame Merle emitió un vago murmullo, como una especie de reconocimiento de la tristeza que lo impregnaba todo.

—Nunca le he gustado al señor Touchett, pero lamento mucho que se esté muriendo. ¿Estará su madre allí?

—Sí, ha vuelto de Estados Unidos.

—Antes era muy amable conmigo, pero ha cambiado. También otros han cambiado —dijo madame Merle con un sereno y noble aire de patetismo. Luego hizo una pausa y añadió—: ¡Y volverás a ver de nuevo tu querido Gardencourt!

—No voy a tener ocasión de disfrutarlo mucho —respondió Isabel.

—Claro... en medio de tanto dolor. Pero, en fin, de todas las casas que conozco, y conozco muchas, es sin duda en la que más me gustaría vivir. No me atrevo a enviar un mensaje a la gente de allí —añadió madame Merle—, pero sí que me gustaría enviar todo mi amor al lugar.

Isabel se dio la vuelta.

—Voy a ver a Pansy. No tengo mucho tiempo.

Mientras miraba a su alrededor para encontrar la salida adecuada, la puerta se abrió para dejar entrar a una de las señoras de la casa, que avanzó con una discreta sonrisa en el rostro, al tiempo que se frotaba con suavidad sus manos rollizas y blancas bajo las largas y anchas mangas. Isabel reconoció en ella a madame Catherine, a la que ya conocía, y le rogó que la dejara ver de inmediato a la señorita Osmond. Madame Catherine pareció redoblar su discreción, sonrió suavemente y dijo:

—Le hará mucho bien verla a usted. Yo misma la acompaño.

Entonces dirigió su mirada complaciente y cautelosa a madame Merle.

—¿Puedo quedarme un poco? —preguntó esta—. Se está tan bien aquí...

—¡Puede quedarse para siempre, si lo desea! —contestó la buena hermana con una risa muy significativa.

Condujo a Isabel fuera de la estancia, luego recorrieron varios pasillos y subieron unas largas escaleras. Todos los lugares por los que pasaban parecían sólidos y austeros, iluminados y limpios; también lo son los grandes establecimientos penitenciarios, pensó Isabel. Madame Catherine empujó con

suavidad la puerta de la habitación de Pansy e hizo pasar a su acompañante. La hermana permaneció sonriente con las manos entrelazadas mientras las otras dos se saludaban y abrazaban.

—Se alegra mucho de verla —repitió—. Le hará mucho bien.

Y dispuso la mejor silla con mucho cuidado para que se sentara Isabel. Pero la monja no hizo ademán de ir a sentarse también, y ya se disponía a retirarse.

—¿Cómo ve a nuestra querida niña? —preguntó a Isabel, demorándose un momento más.

—Está pálida —contestó aquella.

—Eso es por la alegría de verla. Es muy feliz. Elle éclaire la maison —dijo la hermana.

Tal y como había dicho madame Merle, Pansy llevaba un vestidito negro que tal vez fuese el causante de su palidez.

—Son muy buenas conmigo... ¡piensan en todo! —dijo la joven con su acostumbrada ansia por quedar bien.

—Pensamos en ti siempre... eres para nosotras una carga preciosa —comentó madame Catherine en el tono de una mujer para la que la benevolencia era un hábito, y cuyo concepto del deber consistía en la aceptación de todos los cuidados precisos.

Sus palabras cayeron como un plomo en los oídos de Isabel, ya que parecía representar la renuncia de la propia personalidad a la autoridad de la Iglesia.

Cuando madame Catherine las dejó solas, Pansy se arrodilló y escondió la cabeza en el regazo de su madrastra. Permaneció así durante unos instantes mientras Isabel le acariciaba con ternura el pelo. Después se levantó, apartando el rostro y paseando la mirada por la habitación.

—¿No le parece que la he arreglado bien? Aquí dispongo de todo lo que tengo en casa.

—Es muy bonita, y me imagino que estarás cómoda. —Isabel apenas sabía qué decirle. Por un lado no podía dejar que creyera que había ido a compadecerse de ella, pero por otro sería una farsa absurda fingir que se alegraba de su situación, así que sencillamente añadió al cabo de un momento —: He venido a despedirme de ti. Me voy a Inglaterra.

El pequeño y blanco rostro de Pansy se sonrojó.

—¿A Inglaterra? ¿Para no volver?

—No sé cuándo volveré.

—Ah, lo siento —suspiró Pansy débilmente.

Habló como si no tuviera ningún derecho a criticar, pero su tono expresaba una profunda decepción.

—Mi primo, el señor Touchett, está muy enfermo. Lo más probable es que muera, y quiero verle antes —dijo Isabel.

—Sí, ya me dijo que moriría pronto. Claro que debe ir. ¿Va papá también?

—No, me voy sola.

Durante un momento la joven no dijo nada. Isabel se había preguntado a menudo qué pensaría de la relación de su padre con su esposa, pero nunca, ni siquiera con una mirada o el menor comentario, había dejado entrever Pansy que la considerara deficiente en lo que a intimidad se refería. Isabel estaba segura de que había reflexionado sobre el tema, y de que debía de haber llegado a la conclusión de que había maridos y mujeres mucho mejor avenidos, pero Pansy era discreta hasta de pensamiento, y jamás se habría atrevido a juzgar ni a su amable madrastra ni a su maravilloso padre. Su corazón se habría quedado tan paralizado como si de pronto hubiera visto a dos de los santos del gran cuadro que había en la capilla del convento girar sus cabezas pintadas y negar con ellas entre sí. Pero, al igual que en tal caso, y por la misma solemnidad del mismo, jamás habría mencionado que había presenciado tan terrible fenómeno, así que se callaba todo lo que sabía sobre los secretos de unas vidas que consideraba más importantes que la suya propia.

—Se va muy lejos —dijo Pansy al fin.

—Sí, muy lejos. Pero tampoco importa mucho —explicó Isabel—, ya que mientras estés aquí no podré estar a tu lado.

—Pero puede venir a verme, aunque no lo haya hecho mucho hasta ahora.

—No he venido porque tu padre me lo prohibió. Y hoy no traigo nada con lo que poder entretenerte.

—No hay que entretenerme. Eso no es lo que quiere papá.

—Entonces da igual que yo esté en Roma o en Inglaterra.

—No es usted feliz, señora Osmond —dijo Pansy.

—No, no mucho, pero qué más da.

—Eso mismo me digo yo. ¿Y qué más da? Pero me gustaría salir de aquí.

—Ojalá pudieras.

—No me deje aquí —dijo Pansy con suavidad.

Isabel permaneció callada durante un minuto mientras el corazón le latía muy deprisa.

—¿Vendrías conmigo ahora? —preguntó.

—¿Le ha dicho papá que me lleve?

—No, es una propuesta mía.

—Entonces creo que es mejor que espere. ¿No me envía papá ningún mensaje?

—No creo que sepa que he venido.

—Supongo que piensa que aún no he tenido bastante —dijo Pansy—, pero yo creo que sí. Las señoras son muy buenas conmigo, y las niñas vienen a verme. Algunas de las más pequeñas son encantadoras. Y mi habitación... bueno, ya lo ve usted misma. Está todo muy bien. Pero ya he tenido bastante. Papá quería que pensara un poco, y ya he pensado mucho.

—¿Y qué has pensado?

—Bueno, que nunca debo disgustar a papá.

—Eso ya lo sabías.

—Sí, pero ahora lo sé mejor. Haré lo que sea... lo que sea —dijo Pansy.

Entonces, al oír sus propias palabras, un intenso y puro rubor se adueñó de su rostro. Isabel interpretó el significado del mismo, y se dio cuenta de que la pobre chica había sido derrotada. ¡Menos mal que el señor Edward Rosier había conservado los esmaltes! Isabel la miró a los ojos y en ellos vio ante todo una súplica de que no la tratara con dureza. Posó su mano en la de Pansy, como si quisiera decirle que esa mirada suya no implicaba ninguna disminución de la estima que sentía por ella, ya que ese derrumbe momentáneo de la resistencia de la joven, pese a lo silencioso y modesto que había sido, solo parecía su tributo a la verdad de las cosas. Patsy nunca pretendía juzgar a los demás, pero sí que se había juzgado a sí misma y había visto la realidad. No tenía vocación para luchar contra las combinaciones de la adversidad, y había algo en la solemnidad de su encierro que la sobrecogía. Inclina su bonita cabeza ante la autoridad y solo le pedía a esta que fuese misericordiosa. Sí, menos mal que el señor Edward Rosier había conservado unos cuantos objetos.

Isabel se puso en pie, ya que su tiempo se estaba acabando.

—Bueno, entonces adiós. Me voy de Roma esta noche.

Pansy la cogió del vestido con un repentino cambio de expresión en el rostro.

—Está usted muy rara —dijo—. Me está asustando.

—Oh, tranquila, soy inofensiva —afirmó Isabel.

—Entonces, ¿puede que no vuelva?

—Puede que no. No lo sé seguro.

—¡Ay, señora Osmond, no me deje!

Isabel vio entonces que Pansy había caído en la cuenta de todo.

—Mi querida niña, ¿qué puedo hacer por ti?

—No lo sé... pero soy más feliz cuando pienso en usted.

—Puedes pensar en mí siempre que quieras.

—No si está tan lejos. Tengo un poco de miedo —dijo Pansy.

—¿De qué tienes miedo?

—De papá... un poco. Y de madame Merle. Acaba de venir.

—No debes decir esas cosas —la reconvino Isabel.

—Oh, haré todo cuanto quieran. Solo que, si está usted aquí, me será más fácil.

Isabel meditó unos instantes.

—No te pienso abandonar —dijo al fin—. Adiós, niña mía.

Entonces se fundieron durante un momento en un silencioso abrazo, como dos hermanas, y después Pansy la acompañó por el pasillo hasta las escaleras.

—Madame Merle ha estado aquí —repitió Pansy mientras iban caminando y, como Isabel no dijo nada, añadió de pronto—: No me gusta madame Merle.

Isabel vaciló unos instantes y se detuvo.

—No debes decir nunca que... que no te gusta madame Merle.

Pansy la miró asombrada, aunque para Pansy el asombro nunca había sido razón para desobedecer.

—No lo volveré a hacer —dijo con exquisita mansedumbre.

Tenían que separarse en las escaleras, ya que al parecer parte de la suave pero estricta disciplina bajo la que vivía Pansy consistía en que no las bajase. Isabel descendió por ellas y, cuando llegó al final, miró y vio que la joven seguía arriba.

—¿Volverá? —le dijo esta con una voz que después Isabel recordaría muchas veces.

—Sí... volveré.

Madame Catherine se reunió abajo con la señora Osmond y la condujo de nuevo hasta la sala. En la puerta se quedaron hablando un momento.

—Yo no entro —dijo la hermana—. Madame Merle la está esperando.

Isabel se puso tensa al oír ese anuncio. Casi estuvo a punto de preguntar si no había otra forma de salir del convento, pero tras reflexionar un instante se convenció de que sería mejor que no revelara a aquella estimable monja su deseo de evitar a la otra amiga de Pansy. Su acompañante la cogió del brazo con mucha suavidad y, mirándola fijamente durante un momento con sus sabios y benevolentes ojos, le dijo en francés en un tono casi familiar:

—Eh bien, chère madame, qu'en pensez-vous?

—¿De mi hijastra? Bueno, tardaría mucho en explicárselo.

—Nosotras creemos que ya es suficiente —afirmó madame Catherine con toda claridad, y luego abrió la puerta de la sala.

Madame Merle estaba sentada igual que cuando Isabel la había dejado, como una mujer tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera había movido un solo dedo. Una vez que madame Catherine hubo cerrado la puerta, la dama se puso en pie, e Isabel se percató de que había estado pensando en algo concreto. Había recuperado la serenidad y volvía a estar en plena posesión de todos sus recursos.

—Pensé que debería esperarte —dijo con extremada cortesía—, pero no es para hablar de Pansy.

Isabel se preguntó de qué querría hablar, y pese a tal declaración respondió al cabo de un momento:

—Madame Catherine dice que ya es suficiente.

—Sí, a mí también me lo parece. Pero quería preguntarte sobre el pobre señor Touchett —añadió madame Merle—. ¿Tienes razones para creer que de verdad está en las últimas?

—La única información que tengo es un telegrama, que lamentablemente solo confirma esa posibilidad.

—Te voy a hacer una pregunta muy extraña —dijo madame Merle—. ¿Aprecias mucho a tu primo?

Y le dedicó una sonrisa tan extraña como sus palabras.

—Sí, lo aprecio mucho, pero no entiendo lo que quieres decir.

Madame Merle esperó un momento.

—Es difícil de explicar. Se me ha ocurrido algo que tal vez no se te haya ocurrido nunca, y quiero compartir contigo el beneficio de mi idea. Tu primo te hizo en una ocasión un gran favor. ¿Has reparado en ello alguna vez?

—Me ha hecho muchos favores.

—Sí, pero sobre todo uno mucho más importante que todos los demás. Te hizo una mujer rica.

—¿Que él me hizo...?

Madame Merle, ante el éxito de sus palabras, continuó hablando en tono más triunfal:

—Te concedió ese lustre adicional que necesitabas para ser un gran partido. En el fondo, es a él a quien se lo tienes que agradecer.

Se detuvo al observar algo en la mirada de Isabel.

—No te entiendo. El dinero era de mi tío.

—Sí, el dinero era de tu tío, pero la idea fue de tu primo. Él convenció a su padre. ¡Ay querida, era una suma muy grande!

Isabel se quedó mirándola fijamente; ese día parecía vivir en un mundo iluminado por fogonazos cegadores.

—No entiendo por qué dices esas cosas, ni sé qué es lo que sabes de verdad.

—Lo único que sé es lo que supongo. Y eso es lo que he supuesto.

Isabel se dirigió a la puerta y, tras abrirla, se quedó un momento inmóvil con la mano en el pasador. Entonces dijo, en lo que fue su única venganza:

—Creía que era a ti a quien tenía que dar las gracias.

Madame Merle bajó la mirada y permaneció así, en una especie de orgullosa penitencia.

—Eres muy desdichada, lo sé. Pero yo lo soy aún más —dijo.

—Sí, te creo. Y también creo que no quiero volver a verte nunca más.

Madame Merle alzó la mirada.

—Me iré a Estados Unidos —afirmó en voz baja mientras Isabel salía de la habitación.

No fue con sorpresa, sino con una sensación que en otras circunstancias se habría parecido mucho a la alegría, con lo que, al descender del tren correo de París en Charing Cross, Isabel cayó, si no en brazos, cuando menos en las manos de Henrietta Stackpole. Había teleografiado a su amiga desde Turín y, aunque no estaba totalmente convencida de que Henrietta fuera a recibirla, había intuido que su telegrama produciría algún resultado útil. Durante su largo viaje desde Roma su mente se había entregado a vaguedades, pues había sido incapaz de pensar seriamente en el futuro. Había realizado el viaje sin que sus ojos vieran nada y sin obtener mucho placer de los países que iba atravesando, pese a estar engalanados con la exuberante lozanía de la primavera. Sus pensamientos parecían transitar a lo largo de otros países, extrañas tierras poco iluminadas y sin senderos en las que al parecer no había cambios de estaciones, sino tan solo un perpetuo y terrible invierno. Tenía mucho en lo que pensar, pero no eran ni sus reflexiones ni ningún propósito consciente lo que ocupaba su mente. Por ella pasaban imágenes inconexas, así como repentinos y tristes destellos de recuerdos y expectativas. El pasado y el futuro iban y venían a su antojo, pero ella solo los veía en imágenes intermitentes que surgían y desaparecían siguiendo su propia lógica. Era extraordinario todo lo que podía recordar. Ahora que conocía el secreto, ahora que sabía algo que tanto la concernía y cuyo eclipse había hecho que la vida le pareciese un intento de jugar al whist con una baraja incompleta, la verdad de las cosas, las relaciones mutuas entre estas, su significado y, en buena parte, su horror, surgieron ante ella con una especie de grandiosidad arquitectónica. Recordaba infinidad de minucias que cobraban vida con la espontaneidad de un escalofrío. En su momento le habían parecido minucias, pero ahora veía que tenían gran importancia. Y sin embargo, incluso ahora, no dejaban de ser minucias, pues tampoco le servía de nada comprenderlas. Ya nada parecía serle de utilidad. Todo propósito o intención estaba anulado, así como todo deseo, salvo el de llegar a su anhelado refugio. Gardencourt había sido el punto de partida, y regresar a esas silenciosas estancias supondría al menos una solución temporal. Había salido de allí en plenitud de sus fuerzas, y ahora volvía con toda su debilidad; si antes había sido un lugar de descanso, ahora sería un santuario. Envidió a Ralph que se estuviese muriendo, porque si uno quería descansar, no había otra forma más perfecta de hacerlo. Acabar por completo, abandonarlo todo y no saber nada más... era una idea tan dulce como la visión de un baño frío en una bañera de mármol, en una habitación a oscuras, en una tierra ardiente.

De hecho, durante el viaje desde Roma hubo momentos en los que prácticamente fue como estar muerta. Permanecía sentada en su rincón, inmóvil, pasiva, tan solo dejándose llevar, y tan distanciada de cualquier esperanza o lamentación que se recordó a una de esas figuras etruscas reclinadas sobre el receptáculo de sus cenizas. Ya no había nada que lamentar,

eso ya había terminado. No solo el momento de cometer locuras, sino también el de arrepentirse, habían quedado atrás. Lo único de lo que se lamentaba era de que madame Merle hubiera sido tan... bueno, algo tan inimaginable. Justo en ese momento su inteligencia flaqueó, ante su total incapacidad para definir qué era lo que había sido madame Merle. De todas formas, fuera lo que fuese, era la propia madame Merle quien tenía que lamentarlo, y sin duda lo haría en Estados Unidos, adonde había anunciado que pensaba marcharse. Ya no era asunto de Isabel, que solo tenía la sensación de que no volvería a verla nunca. Esa sensación la transportó hacia el futuro, del que de vez en cuando vislumbraba atisbos entrecortados. Se vio a sí misma, al cabo de muchos años, todavía con la misma actitud de una mujer que tenía que vivir la vida, lo cual contradecía lo que sentía en esos momentos. Tal vez lo mejor fuera irse lejos, muy lejos, mucho más allá de la pequeña, verde y gris Inglaterra, pero era evidente que ese privilegio le sería denegado. En lo más profundo de su alma, más profunda que cualquier deseo de renuncia, latía la sensación de que de ahora en adelante la vida sería su principal ocupación durante mucho tiempo. Y había momentos en que dicha convicción tenía algo de acicate, resultaba casi vivificadora. Era una demostración de fuerza, de que algún día volvería a ser feliz. No podía ser que solo viviera para sufrir; al fin y al cabo aún era joven, y todavía podían pasarle muchas cosas. Se consideraba demasiado valiosa y capacitada como para vivir solo para sufrir, solo para ver cómo las heridas de la vida se iban repitiendo y haciendo más grandes. Entonces se preguntó si no sería vanidoso y estúpido tener tan buen concepto de sí misma. ¿Acaso no estaba llena la historia de ejemplos de destrucción de lo valioso? ¿No era mucho más probable que uno sufriera si de verdad tenía alguna valía? ¿Cuándo había ofrecido alguna garantía ser alguien valioso? Eso implicaría admitir la existencia en uno mismo de cierta vulgaridad; e Isabel reconoció, al pasar ante sus ojos, la rápida y vaga sombra de un largo futuro. Nunca escaparía: tendría que perdurar hasta el fin. Entonces los años recientes volvieron a envolverla y el gris telón de su indiferencia cayó sobre ella.

Henrietta la besó como solía besar Henrietta, como si le diera miedo de que la sorprendieran haciéndolo; y luego Isabel permaneció allí entre la multitud, mirando a su alrededor, intentando localizar a su sirvienta. No preguntó nada; solo quería esperar. Tuvo la repentina sensación de que iba a necesitar ayuda. Se alegró de que Henrietta hubiese ido a recibirla, pues siempre había algo terrible en el hecho de llegar a Londres. La arqueada bóveda oscura y llena de humo de la estación, la extraña y lívida luz, la densa y turbia multitud que no dejaba de dar empujones... todo aquello la llenó de un miedo nervioso que hizo que se cogiera del brazo de su amiga. Recordó que antes le gustaban todas esas cosas, porque parecían formar parte de un impresionante espectáculo en el que había algo que la conmovía. Recordó un anochecer de invierno, cinco años atrás, en que había ido caminando desde

Euston por las bulliciosas calles. Ahora no podría hacerlo, e incluso rememoró el incidente como si se tratase de la proeza de otra persona.

—¡Es estupendo que hayas venido! —dijo Henrietta, mirándola al mismo tiempo como si pensara que Isabel podría estar dispuesta a rebatir esa afirmación—. Si no hubieses venido... si no hubieses venido... la verdad, no sé... —añadió la señorita Stackpole, en lo que era una ominosa alusión a su gran capacidad de reprobación.

Isabel volvió a mirar a su alrededor, pero no vio a su doncella. En su lugar, posó la mirada en otra figura que le dio la impresión que ya conocía de antes, y al instante reconoció el afable rostro del señor Bantling. Estaba un poco apartado, y la multitud que se agolpaba a su alrededor jamás conseguiría moverlo ni un milímetro del terreno que había ganado para retirarse con discreción mientras las dos damas se saludaban.

—Ahí está el señor Bantling —dijo Isabel en un tono suave, como sin darle importancia, sin que le preocupara ya mucho encontrar o no a su doncella.

—Sí, me acompaña a todas partes. Acérquese, señor Bantling —le dijo Henrietta, tras lo que el galante soltero se aproximó sonriente... con una sonrisa, no obstante, atenuada por la gravedad de la ocasión—. ¿Verdad que es estupendo que Isabel haya venido? —le preguntó Henrietta—. Está al corriente de todo —añadió dirigiéndose a su amiga—. Incluso tuvimos una fuerte discusión. Él decía que no vendrías, y yo decía que sí.

—Creía que siempre estaban de acuerdo en todo —dijo Isabel, devolviendo la sonrisa al señor Bantling.

Se sentía con fuerzas para sonreír en esos momentos, porque de pronto había visto la franca mirada de aquel hombre que tenía buenas noticias que darle. Sus ojos parecían decirle que no quería que olvidase que era un viejo amigo de su primo: que sabía lo que pasaba y que todo estaba bien. Isabel le dio la mano y, de forma un tanto extravagante, pensó que era un apuesto e intachable caballero.

—Bueno, yo siempre estoy de acuerdo —dijo el señor Bantling—, pero ella no.

—¿No te dije que una doncella era un incordio? —dijo Henrietta—. Lo más seguro es que la tuya se haya quedado en Calais.

—Me da igual —dijo Isabel sin dejar de mirar al señor Bantling, que nunca le había parecido tan interesante.

—Quédate con ella mientras voy a ver —ordenó Henrietta antes de dejarlos solos un momento.

Al principio se quedaron en silencio, y luego el señor Bantling preguntó a Isabel cómo había ido la travesía del Canal.

—Muy bien. No, creo que ha sido bastante dura —contestó esta ante la obvia sorpresa de su acompañante. Después añadió—: Ya sé que ha estado usted en Gardencourt.

—¿Y cómo lo sabe?

—No se lo sabría decir. Es que tiene usted aspecto de alguien que ha estado en Gardencourt.

—¿Cree que se me ve muy triste? Allí es todo muy triste, como ya sabe.

—Usted nunca parece muy triste, sino muy amable —dijo Isabel con una franqueza que no le costó ningún esfuerzo; tenía la impresión de que en adelante nunca volvería a sentir ningún tipo de vergüenza superficial.

El pobre señor Bantling, sin embargo, todavía se hallaba en ese estadio inferior. Se sonrojó mucho, se rio y le aseguró que con frecuencia se entristecía, y entonces se ponía furibundo.

—Y si no, pregúntele a la señorita Stackpole. Sí, estuve hace dos días en Gardencourt.

—¿Vio a mi primo?

—Solo un momento. Pero había estado recibiendo a gente. Warburton había ido el día anterior. Ralph era el mismo de siempre, salvo que estaba en cama, parecía muy enfermo y no podía hablar —continuó el señor Bantling—. Aun así, estaba muy alegre y divertido, y tan lúcido como siempre. Es una lástima.

Incluso en aquella bulliciosa y abarrotada estación, esa sencilla descripción resultaba muy vívida.

—¿Fue a última hora del día?

—Sí, fui a esa hora a propósito. Hemos pensado que a usted le gustaría saberlo.

—Le estoy muy agradecida. ¿Cree que podré ir esta noche?

—No creo que Henrietta le deje —dijo el señor Bantling—. Quiere que se quede con ella esta noche. Le hice prometer al sirviente de Touchett que me telegrafiaría hoy, y hace una hora recibí el telegrama en mi club. «Tranquilo y relajado», eso es lo que decía, y había sido enviado a las dos. Así que puede esperar hasta mañana. Debe de estar muy cansada.

—Sí, estoy muy cansada. Y se lo agradezco de nuevo.

—Bueno, estábamos seguros de que le gustarían esas últimas noticias.

Isabel comentó vagamente que, después de todo, Henrietta y él sí que parecían estar de acuerdo en todo. La señorita Stackpole volvió con la doncella de Isabel, a la que había encontrado demostrando que sí era de utilidad. La buena mujer, en lugar de perderse entre la multitud, se había dedicado simplemente a encargarse del equipaje de su señora, con lo cual ésta ya era libre para salir de la estación.

—Espero que no estés pensando en ir al campo esta noche —le dijo Henrietta—. Me da igual que haya un tren o no. Te vas a venir conmigo a Wimpole Street. No queda un sitio libre donde alojarse en Londres, pero aun así yo tengo uno para ti. No es un palacio romano, pero servirá para una noche.

—Haré lo que tú quieras —dijo Isabel.

—Pues vas a venir conmigo y me vas a contestar a unas cuantas preguntas. Eso es lo que quiero.

—¿Se da cuenta de que no ha dicho nada de cenar, señora Osmond? —bromeó el señor Bantling.

Henrietta fijó su mirada especulativa en él durante un momento.

—Ya veo que tienes mucha prisa por irte a cenar. Recuerda que tienes que estar en la estación de Paddington mañana a las diez.

—No lo haga por mí, señor Bantling —le dijo Isabel.

—No, lo hará por mí —afirmó Henrietta mientras hacía subir a su amiga en un coche de alquiler.

Y más tarde, en una sala grande y oscura de Wimpole Street (donde, para ser justos con ella, hemos de decir que había habido cena de sobra), comenzó a hacerle esas preguntas a las que había aludido en la estación:

—¿Te montó tu marido una escena por querer venir?

Esa fue la primera indagación de la señorita Stackpole.

—No, no puedo decir que hiciera ninguna escena.

—Entonces, ¿no se opuso?

—Sí, se opuso mucho, pero tampoco puede decirse que fuera ninguna escena.

—¿Qué fue entonces?

—Fue una conversación muy calmada.

Henrietta contempló a su invitada un instante.

—Tuvo que ser un infierno —comentó.

E Isabel no negó que lo hubiera sido, pero solo se ciñó a contestar las preguntas de Henrietta, lo cual fue fácil ya que eran bastante concretas. De momento prefería no darle ninguna información adicional.

—Bueno —dijo la señorita Stackpole al final—, solo tengo una crítica que hacerte. No sé por qué le prometiste a la señorita Osmond que volverías.

—Yo tampoco lo sé muy bien ahora —contestó Isabel—, pero en ese momento sí que lo sabía.

—Si has olvidado la razón, es posible que no vuelvas.

Isabel tardó un poco en responder.

—Tal vez encuentre otra.

—Nunca encontrarás una que sea buena.

—A falta de otra mejor, la promesa que le hice servirá —dijo Isabel.

—Sí, y por eso me parece tan odiosa.

—No hables de eso ahora. Aún falta algún tiempo para que suceda. Si venir fue tan complicado, ¿cómo será volver?

—Bueno, recuerda que, al menos, ¡no te montará ninguna escena! —dijo Henrietta de forma muy deliberada.

—Sí que lo hará —replicó Isabel en tono muy serio—. Aunque no será una escena de un momento, sino para el resto de mi vida.

Durante unos minutos las dos mujeres permanecieron calladas, considerando la perspectiva de ese resto, y entonces la señorita Stackpole, para cambiar de tema tal y como Isabel había pedido, anunció súbitamente:

—Pasé unos días en casa de lady Pensil.

—¡Ah, al fin llegó la invitación!

—Sí, tardó cinco años. Pero en esta ocasión sí quería verme.

—Lo cual es muy normal.

—Más normal de lo que creo que imaginas —dijo Henrietta con la mirada fija en algún punto lejano. Y entonces añadió, girándose de pronto hacia su amiga—: Isabel Archer, te ruego que me perdones. ¿No sabes por qué? Pues porque te critiqué en su momento y, sin embargo, yo he terminado yendo más lejos que tú. Al menos el señor Osmond nació allá.

Isabel tardó un momento en entender lo que le estaba diciendo, ya que el

significado de sus palabras estaba disimulado con mucha modestia o, cuando menos, con mucho ingenio. En esos momentos a la mente de Isabel le costaba captar el lado cómico de las cosas, pero aun así recibió con una breve risa la noticia que le acababa de dar su interlocutora. No obstante, se controló de inmediato y dijo con el punto justo de emoción:

—Henrietta Stackpole, ¿me estás diciendo que vas a abandonar tu país?

—Sí, mi pobre Isabel, eso voy a hacer. Sería absurdo negarlo, y debo afrontar las cosas sin tapujos. Voy a casarme con el señor Bantling y a establecerme aquí en Londres.

—Me resulta tan extraño... —dijo Isabel con una sonrisa.

—Sí, supongo que lo es. He llegado a esa decisión poco a poco. Creo que sé lo que estoy haciendo, pero no creo que pueda explicarlo.

—Uno no puede explicar su matrimonio —contestó Isabel—. Y además el tuyo no necesita explicaciones. El señor Bantling no es ningún enigma.

—No, no es ningún chiste malo... ni siquiera una alta manifestación de humor estadounidense. Es una bellísima persona —continuó Henrietta—. Llevo muchos años estudiándolo y lo conozco muy bien. Es tan claro como el estilo de un buen prospecto. No es un intelectual, pero aprecia el intelecto. Por otra parte, tampoco exagera la importancia del mismo, algo que creo que hacemos a veces en Estados Unidos.

—Desde luego has cambiado —dijo Isabel—. Es la primera vez que te oigo decir algo en contra de tu país natal.

—Solo digo que estamos demasiado obnubilados ante la mera fuerza del intelecto, lo cual tampoco es que sea un defecto vulgar. Pero sí que he cambiado; una mujer tiene que cambiar mucho para casarse.

—Espero que seas muy feliz. Al fin vas a conocer, y además aquí, lo que es la vida íntima.

Henrietta emitió un suspiro muy expresivo.

—Supongo que esa es la clave del misterio. Ya no soportaba permanecer siempre al margen. Ahora tengo tanto derecho como cualquiera —añadió con inocente júbilo.

Isabel compartía la euforia de su amiga en su justa medida, pero en su punto de vista había cierta melancolía. Al final Henrietta había terminado reconociendo que era humana y femenina; Henrietta, a la que hasta entonces siempre había considerado una ligera e intensa llama, una voz incorpórea. Resultaba algo decepcionante descubrir que tenía sus propias susceptibilidades, que también la afectaban las pasiones comunes, y que su

intimidación con el señor Bantling no era del todo original. Había cierta falta de originalidad en el hecho de que fuera a casarse con él... incluso una especie de estupidez; y por unos instantes la sordidez del mundo adquirió tintes más sombríos para Isabel. Al poco se dijo que, por lo menos, el propio señor Bantling era bastante original, pero seguía sin entender que Henrietta pudiera renunciar a su país. Ella misma lo había descuidado mucho, aunque nunca había representado para Isabel tanto como para Henrietta. A continuación, le preguntó si lo había pasado bien durante su estancia con lady Pensil.

—Sí, mucho —contestó Henrietta—. La pobre no sabía qué pensar de mí.

—¿Y eso es motivo de diversión?

—Mucho, porque se supone que ella es una mujer de gran intelecto. Cree que lo sabe todo, pero es incapaz de entender a una mujer moderna de mi clase. Le resultaría mucho más fácil si yo fuera un poco mejor o un poco peor. La pobre está totalmente desconcertada. Creo que piensa que me siento obligada a hacer algo inmoral, y para ella es una inmoralidad que me case con su hermano; pero tampoco resulta lo bastante inmoral. Y nunca conseguiré entender mi mezcolanza... ¡nunca!

—Entonces es menos inteligente que su hermano —dijo Isabel—, porque él sí que parece haberla entendido.

—¡Qué va, en absoluto! —exclamó la señorita Stackpole con decisión—. Estoy convencida de que esa es la única razón por la que quiere casarse conmigo: para resolver el misterio y las verdaderas dimensiones del mismo. Es como una idea fija... una especie de fascinación.

—Está muy bien que te lo tomes con tan buen humor.

—Bueno —dijo Henrietta—, ¡es que yo también tengo algo que resolver!

Y entonces Isabel comprendió que su amiga no había renunciado a sus lealtades, sino que planeaba un ataque. Por fin se disponía a enfrentarse en serio con Inglaterra.

No obstante, a la mañana siguiente, cuando se encontró a las diez en la estación de Paddington en compañía de la señorita Stackpole y del señor Bantling, Isabel también comprendió que el caballero en cuestión llevaba sus perplejidades bastante bien. En el caso de que aún no lo hubiera averiguado todo, al menos sí que había hecho el descubrimiento más importante: que a la señorita Stackpole no le iba a faltar iniciativa. Era evidente que, a la hora de elegir esposa, había querido evitar esa deficiencia.

—Henrietta ya me ha puesto al corriente, y me alegro mucho —le dijo Isabel al darle la mano.

—Supongo que le parecerá muy extraño —contestó el señor Bantling,

apoyándose en su fino paraguas.

—Sí, me parece muy extraño.

—Seguro que no tanto como a mí. Pero siempre me ha gustado marcarme metas —dijo él con serenidad.

54

En esa segunda ocasión, la llegada de Isabel a Gardencourt fue incluso más discreta de lo que había sido la primera. Ralph Touchett mantenía un servicio muy reducido, y para los nuevos criados la señora Osmond era una desconocida; de manera que, en vez de conducirla a sus aposentos la hicieron pasar con cierta frialdad al salón para que esperara allí mientras subían a anunciar su llegada a su tía. Esperó mucho tiempo; la señora Touchett no parecía tener prisa en bajar a recibirla. Terminó por impacientarse, por ponerse nerviosa y asustarse... como si los objetos que la rodeaban se hubieran transformado en seres conscientes que observaban su inquietud haciendo muecas grotescas. El día era oscuro y frío; la penumbra se espesaba en los rincones de las amplias y sombrías habitaciones. La casa estaba totalmente silenciosa, un silencio que Isabel recordaba muy bien, pues era el mismo que había impregnado todo el lugar durante los días previos a la muerte de su tío. Salió del salón y deambuló por las estancias; entró en la biblioteca y recorrió la galería de pinturas, donde el eco de sus pasos resonó en medio de aquel profundo silencio. No había cambiado nada; lo reconoció todo tal y como lo había visto años atrás, e incluso se sintió como si fuera ayer mismo cuando había estado allí por última vez. Envidiaba la seguridad de aquellas piezas valiosas que no cambiaban en lo más mínimo, que solo aumentaban en valor, mientras sus propietarios iban perdiendo poco a poco la juventud, la felicidad y la belleza, y se percató de que estaba deambulando por el lugar del mismo modo en que lo hiciera su tía el día en que fue a verla en Albany. Isabel había cambiado mucho desde entonces... aquello solo había sido el principio. De pronto cayó en la cuenta de que si su tía Lydia no se hubiese presentado aquel día de aquella manera y no la hubiese encontrado sola, todo podría haber sido muy distinto. Tal vez habría tenido otra vida y habría sido una mujer más dichosa. En la galería se detuvo ante un pequeño cuadro, un encantador y valioso Bonington en el que posó la mirada durante largo tiempo. Pero no lo estaba contemplando; se estaba preguntando si, de no haber ido a verla su tía a Albany aquel día, se habría casado con Caspar Goodwood.

La señora Touchett apareció al fin, justo después de que Isabel hubiese vuelto al vasto y desolado salón. Parecía haber envejecido mucho, pero su

mirada era tan vivaz como siempre y tenía la cabeza igual de erguida, mientras que sus finos labios parecían ser los guardianes de sus pensamientos latentes. Llevaba un vestido gris muy sencillo que hizo que Isabel se preguntara, tal y como había hecho la primera vez, si su distinguida pariente se parecía más a una reina regente o a la matrona de una prisión. Isabel sintió los labios de su tía más finos que nunca cuando tocaron sus ardientes mejillas.

—Te he tenido esperando porque estaba haciéndole compañía a Ralph —dijo la señora Touchett—. La enfermera se ha ido a almorzar y la he sustituido. Tiene un criado que se supone que lo cuida, pero no sirve para nada. Siempre está mirando por la ventana... ¡como si hubiera algo que ver! No he querido moverme porque parecía que Ralph estaba durmiendo y me ha dado miedo despertarlo con el ruido, así que me he esperado hasta que volviese la enfermera. Además, he recordado que ya conocías la casa.

—Y he comprobado que la conozco mejor de lo que creía. He estado dando vueltas por todas partes —explicó Isabel, que a continuación le preguntó si Ralph dormía mucho.

—Permanece con los ojos cerrados y sin moverse, pero no estoy segura de que siempre esté durmiendo.

—¿Me verá? ¿Podrá hablarme?

La señora Touchett declinó comprometerse en su respuesta.

—Puedes intentarlo —fue el límite de su locuacidad. Luego se ofreció a acompañar a Isabel a la habitación en que se alojaría—: Creía que te habrían llevado ya, pero claro, esta no es mi casa, sino de Ralph, y no sé lo que hacen o dejan de hacer. Espero que al menos se hayan encargado de tu equipaje. No creo que hayas traído mucho, aunque tampoco es que sea de mi incumbencia. Creo que te han asignado la misma habitación que ocupaste la otra vez. Cuando Ralph supo que venías, dijo que tenías que alojarte en esa.

—¿Y dijo algo más?

—Ay, querida, ya no charla tanto como solía —dijo la señora Touchett mientras precedía a su sobrina por las escaleras.

Era la misma habitación, e Isabel tuvo la impresión de que nadie había dormido en ella desde que la había ocupado por última vez. Su equipaje estaba allí y, en efecto, no era voluminoso. La señora Touchett se sentó un momento mientras lo contemplaba.

—¿De verdad no hay esperanzas? —le preguntó nuestra joven amiga, de pie ante ella.

—Ninguna en absoluto. Nunca las ha habido. No ha sido una vida muy satisfactoria que digamos.

—No, solo ha sido una vida hermosa.

Isabel se dio cuenta de que ya estaba contradiciendo a su tía, cuya sequedad la exasperaba.

—No sé qué quieres decir con eso. No hay belleza sin salud. Llevas un vestido muy raro para viajar.

Isabel echó un rápido vistazo a su atuendo.

—Salí de Roma a toda prisa, y me puse lo primero que encontré.

—Tus hermanas, en Estados Unidos, querían saber cómo vestías. Ese parecía ser su principal interés. No pude decírselo, pero por lo visto ellas ya se habían hecho una idea acertada: que nunca llevas nada que no sea brocado negro.

—Me creen más distinguida de lo que soy; me da miedo decirles la verdad —dijo Isabel—. Lily me contó en una carta que había cenado usted con ella.

—Me invitó cuatro veces, y al final no tuve más remedio que aceptar. Después de la segunda invitación tendría que haberme dejado en paz. La cena estuvo muy bien, y debió de costarle muy cara. Su marido tiene unos modales espantosos. ¿Que si disfruté de mi visita a Estados Unidos? ¿Y por qué tendría que disfrutarla? No fui allí por placer.

Eran unos temas de conversación muy interesantes, pero la señora Touchett dejó enseguida a su sobrina; volverían a reunirse al cabo de media hora para comer. Para dicho almuerzo ambas damas se sentaron una frente a la otra a una pequeña mesa del melancólico comedor. Al poco, Isabel se dio cuenta de que su tía no era tan seca como parecía, y volvió a sentir la misma compasión de antes por la inexpresividad de aquella pobre mujer, por su falta de lamentaciones y decepciones. Estaba claro que ese día habría sido para ella una bendición poder experimentar algún sentimiento de derrota, de error, incluso uno o dos motivos de vergüenza. Isabel se preguntó si no echaría de menos incluso esos enriquecimientos del espíritu y estaría intentando en privado... alcanzar como un regusto de vida, las migajas del banquete; el testimonio del dolor o el frío solaz del remordimiento. Por otro lado, quizá tuviese miedo porque, si comenzase a esas alturas a saber lo que era el remordimiento, tal vez ese descubrimiento la llevara demasiado lejos. No obstante, Isabel notó que su tía había intuido vagamente que se había perdido algo importante, y se veía en el futuro como una anciana sin recuerdos. Su pequeño y afilado rostro ofrecía un aspecto trágico. Le hizo saber a su sobrina que Ralph aún no se había movido, pero que probablemente podría verla antes de la cena. Y al momento añadió que Ralph había recibido a lord Warburton el día anterior, un anuncio que la sobresaltó ligeramente, ya que era una indicación de que aquel personaje se encontraba en las cercanías y cualquier

accidente podría volver a reunirlos. No se trataría de un encuentro grato. Isabel no había ido a Inglaterra para tener que vérselas de nuevo con lord Warburton. No obstante, le dijo a su tía que este se había portado muy bien con Ralph, como ella misma había podido comprobar en Roma.

—Ahora tiene algo más en lo que pensar —contestó la señora Touchett, e hizo una pausa, mientras dirigía a su sobrina una mirada penetrante como una barrena.

Isabel comprendió que su tía quería decirle algo con esas palabras, y enseguida se imaginó de qué se trataba. Pero su contestación no reveló lo que había supuesto; el corazón le latía muy deprisa y quería ganar algún tiempo.

—Ah, ya... la Cámara de los Lores y demás.

—No está pensando en los lores, sino en las damas. Bueno, al menos en una. Le dijo a Ralph que va a casarse.

—¡Ah, va a casarse! —exclamó Isabel con suavidad.

—Si no rompe antes el compromiso. Al parecer pensó que a Ralph le gustaría saberlo. El pobre no podrá ir a la boda, claro, aunque creo que va a ser muy pronto.

—¿Y quién es la dama en cuestión?

—Un miembro de la aristocracia. Lady Flora, o lady Felicia... algo así.

—Me alegro mucho —dijo Isabel—. Debe de haber sido una decisión muy repentina.

—Bastante, creo; un noviazgo de solo tres semanas. Acaban de hacerlo público.

—Me alegro mucho —repitió Isabel con mayor énfasis. Sabía que su tía la estaba observando en busca de alguna señal de amargura, y fue el deseo de evitar que pudiera percibir nada de eso lo que le permitió adoptar rápidamente un tono de satisfacción, casi de alivio. Por supuesto, la señora Touchett se ceñía a la tradición según la cual toda dama, incluso las casadas, consideran el matrimonio de sus antiguos pretendientes como una ofensa a ellas. Así pues, la primera preocupación de Isabel fue demostrar que, por mucho que eso pudiera ocurrir en general, ella no se sentía ofendida. Pero mientras tanto, como digo, el corazón le latía con fuerza; y si permaneció en actitud pensativa unos instantes, durante los cuales se olvidó incluso de la observación escrutadora de la señora Touchett, no fue porque hubiese perdido un admirador. Su mente había atravesado media Europa hasta detenerse, jadeante e incluso algo temblorosa, en la ciudad de Roma. Se imaginó comunicándole a su marido que lord Warburton iba a llevar a una novia ante el altar, sin ser consciente de la extrema palidez de su aspecto al realizar semejante esfuerzo intelectual. No

obstante, al final consiguió calmarse y dijo a su tía—: Estaba claro que antes o después tenía que hacerlo.

La señora Touchett permaneció en silencio, tras lo cual hizo un pequeño y rápido movimiento de negación con la cabeza.

—¡Ay, querida mía, no te entiendo! —exclamó de repente.

Siguieron comiendo sin decir nada, mientras Isabel se sentía como si se hubiera enterado de que lord Warburton había muerto. Solo lo había conocido como pretendiente, y ahora eso ya había acabado. También había muerto para la pobre Pansy; a través de ella, podría haber seguido vivo para Isabel. Había un sirviente en la estancia, y la señora Touchett le pidió que las dejara solas. Ella ya había terminado de comer y estaba sentada con las manos juntas sobre el borde de la mesa.

—Quiero hacerte tres preguntas —dijo cuando el sirviente se retiró.

—Tres son muchas preguntas.

—No pueden ser menos, ya lo he pensado bien. Y las tres son realmente buenas.

—Eso es lo que más miedo me da. Las mejores preguntas son siempre las peores —contestó Isabel.

La señora Touchett había echado su silla hacia atrás y, cuando su sobrina se levantó de la mesa y se dirigió con toda la intención hasta uno de los ventanales, sintió cómo los ojos de aquella la iban siguiendo.

—¿Has lamentado alguna vez no haberte casado con lord Warburton? —le preguntó la señora Touchett.

Isabel negó con la cabeza lentamente, sin brusquedad.

—No, mi querida tía.

—Bien. Debo decirte que estoy dispuesta a creerme todo lo que me digas.

—El hecho de que vaya a creerme supone una gran tentación —afirmó Isabel, que seguía sonriendo.

—¿Una tentación para mentir? No te lo recomiendo, porque cuando estoy mal informada soy tan peligrosa como una rata envenenada. No temas, no te voy a echar nada en cara.

—Es mi marido el que no se lleva bien conmigo —dijo Isabel.

—Eso se lo podría haber dicho yo que pasaría. Con eso no te estoy echando en cara nada a ti —añadió la señora Touchett—. ¿Te sigue agradando Serena Merle? —continuó.

—No como antes. Pero ya da igual, porque se marcha a Estados Unidos.

—¿A Estados Unidos? Vaya, debe de haber hecho algo muy malo.

—Sí, muy malo.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Me utilizó.

—¡Y a mí también! —exclamó la señora Touchett—. Lo hace con todo el mundo.

—También utilizará a Estados Unidos —afirmó Isabel mientras volvía a sonreír y se alegraba de que hubiesen acabado las preguntas de su tía.

No pudo ver a Ralph hasta bien entrada la tarde. Había estado todo el día dormitando o, al menos, yacía inconsciente. El doctor había estado con él pero se marchó al rato... el mismo doctor local que había atendido a su padre y al que Ralph tanto apreciaba. Iba tres o cuatro veces al día, pues estaba muy interesado en el estado de su paciente. Antes lo atendía sir Matthew Hope, pero Ralph se había cansado de ese ilustre médico y había pedido a su madre que le enviase recado de que había muerto y, por lo tanto, ya no precisaba de sus servicios. La señora Touchett se había limitado a escribir a sir Matthew informándole de que no era del agrado de su hijo. Como digo, el día de la llegada de Isabel Ralph no dio señales de estar despierto durante muchas horas, pero al caer la noche abrió los ojos y dijo que sabía que ella se encontraba allí. No estaba claro cómo podía saberlo, ya que nadie se lo había dicho por miedo a que se alterase. Isabel entró y se sentó junto a su cama, en la penumbra creada por una vela cubierta que había encendida en un rincón de la habitación. Dijo a la enfermera que podía retirarse, ya que ella misma se quedaría con él el resto de la noche. Ralph había abierto los ojos y la había reconocido, y movió la mano, que yacía inerte junto a él, para que Isabel la cogiera; pero no podía hablar, así que volvió a cerrar los ojos y permaneció inmóvil sosteniendo su mano. Isabel estuvo allí mucho tiempo... hasta que regresó la enfermera, pero en ese tiempo Ralph no volvió a dar ninguna señal de vida. Podría haber fallecido mientras ella lo contemplaba; de hecho, ya era la viva imagen de la muerte. Ya le había parecido que estaba muy mal en Roma, pero aquello era mucho peor, y solo cabía esperar un único cambio. Había un extraño aire de tranquilidad en su rostro, que estaba tan quieto como la tapa de una caja. Por lo demás, Ralph era un mero armazón de huesos, y cuando había abierto los ojos para saludarla fue como si Isabel contemplara un espacio inconmensurable. La enfermera no volvió hasta la medianoche, pero las horas no se le hicieron largas a Isabel, ya que a eso era a lo que había ido. Si había ido a esperar, tuvo abundantes ocasiones de hacerlo, pues Ralph yació durante tres días en una especie de agradecido silencio. Siempre la reconocía,

y a veces parecía que quería hablarle, pero no le salía la voz. Entonces volvía a cerrar los ojos, como si él también estuviese esperando algo... algo que sin duda terminaría por llegar. Permanecía tan inmóvil que a veces Isabel creía que ya había llegado el momento, y aun así nunca dejó de pensar que seguían juntos. No obstante, no estaban siempre juntos; Isabel pasaba horas deambulando por la casa vacía, intentando escuchar una voz que no era la del pobre Ralph. Vivía con el miedo constante de que su marido pudiera escribirle. Sin embargo, este permaneció en silencio, y la única carta que recibió Isabel procedía de Florencia y era de la condesa Gemini. Finalmente, la noche del tercer día, Ralph habló.

—Me siento mejor esta noche —murmuró de pronto en la silenciosa penumbra de la vigilia de Isabel—, creo que puedo decir algo. —Ella se arrodilló junto a su almohada, le cogió la delgada mano y le rogó que no hiciese el esfuerzo, que no se fatigara. El rostro de Ralph permaneció por fuerza serio, incapaz de realizar el juego muscular necesario para sonreír, pero parecía que su dueño no había perdido la capacidad de percibir las incoherencias—: ¿Y qué más da que me fatigue si voy a tener toda la eternidad para descansar? No pasa nada porque haga un esfuerzo, ya que va a ser el último. ¿No dicen que la gente se siente siempre mejor justo antes del final? Lo he oído muchas veces, y eso es a lo que estaba esperando. Desde que viniste supe que este momento llegaría. Lo he intentado dos o tres veces, porque me daba miedo que te cansaras de estar ahí sentada. —Hablaba despacio, con dolorosas interrupciones y largas pausas, y su voz parecía proceder de muy lejos. Tras pronunciar estas palabras, permaneció con la cabeza girada hacia Isabel mientras la miraba con sus grandes ojos sin pestañear—. Me alegro mucho de que hayas venido —prosiguió—. Pensaba que lo harías, pero tampoco estaba seguro.

—Yo tampoco lo estaba hasta que vine —dijo Isabel.

—Has sido como un ángel junto a mi lecho. Ya sabes que dicen que hay un ángel de la muerte. Es el más hermoso de todos. Eso has sido tú, como si estuvieses esperándome.

—No estaba esperando que murieses, sino que esperaba... esto mismo. Esto no es la muerte, mi querido Ralph.

—No, no lo es... para ti. No hay nada que nos haga sentir tan vivos como ver a otros morir. Nos proporciona una sensación de vida... de que seguimos aquí. Incluso yo la he tenido. Pero ahora solo sirvo para que otros la puedan tener. Para mí ya ha terminado todo. —Y entonces se detuvo. Isabel inclinó la cabeza aún más, hasta apoyarla sobre las dos manos que tenía entrelazadas sobre la de Ralph. No podía verlo en esos momentos, pero sentía su lejana voz junto al oído—. Isabel —prosiguió de repente—, ojalá también hubiera

terminado todo para ti. —Ella no dijo nada, y rompió a sollozar mientras permanecía con la cabeza hundida. Ralph continuó en silencio escuchando sus sollozos, hasta que dejó escapar un largo gemido—: ¡Ay, cuánto has hecho por mí!

—¿Y todo lo que has hecho tú por mí? —exclamó Isabel, que intentó aplacar con su actitud la extremada agitación que la embargaba. Había perdido toda vergüenza, todo deseo de ocultar nada. Ralph tenía que saberlo todo. Quería que lo supiera, pues de esa forma estarían inextricablemente unidos, y, además, él ya estaba más allá de todo dolor—. Hiciste en una ocasión algo muy importante por mí, y lo sabes. Lo has sido todo para mí, Ralph. ¿Que yo he hecho mucho por ti? Ojalá pudiera hacer algo hoy. Moriría si así pudieses tú vivir. Pero no deseo que vivas: moriría yo misma para no perderte.

Su voz estaba tan rota como la de él, anegada por las lágrimas y la angustia.

—No me perderás... me tendrás siempre. Llévame en tu corazón, y así estaré más cerca de ti de lo que haya estado jamás. Mi querida Isabel, la vida es mejor, porque en la vida hay amor. La muerte es buena... pero en ella no hay amor.

—Nunca te di las gracias... nunca te dije nada... ¡nunca fui lo que debería haber sido! —continuó Isabel, con la arrebatada necesidad de gritar y acusarse, de dejar que su pena la poseyera. En esos momentos todos sus problemas se convirtieron en uno solo y se fundieron con el dolor que sentía—. ¿Qué habrás pensado de mí? Pero ¿cómo podía yo saberlo? No lo sabía, y si ahora lo sé es porque hay personas menos estúpidas que yo.

—No te preocupes por los demás —dijo Ralph—. Creo que me alegro de tener que dejarlos.

Isabel levantó la cabeza y las manos unidas, y por un instante pareció estar rogándole.

—¿Es verdad... es verdad eso? —preguntó.

—¿Que has sido estúpida? No, no —dijo Ralph, con clara intención irónica.

—Que me hiciste rica... que todo lo que tengo es tuyo.

Él apartó la cabeza y estuvo un tiempo sin decir nada, hasta que al fin murmuró:

—No hables de eso... no fue una idea muy acertada. —Lentamente volvió a girar la cabeza hacia ella, y de nuevo se miraron a los ojos—. ¡Si no lo hubiera hecho... si no lo hubiera hecho...! —Hizo otra pausa—. Creo que te arruiné la vida —gimió.

Isabel era consciente de que Ralph estaba más allá de todo dolor, de que apenas parecía pertenecer ya a este mundo. Pero, aunque no hubiera sido así, ella habría hablado de todos modos, pues nada importaba en esos momentos salvo el conocimiento de lo único que no era pura angustia: saber que se estaban enfrentando juntos a la verdad.

—Se casó conmigo por mi dinero —dijo.

Quería decírselo todo, y temía que él muriese antes de que pudiera hacerlo. Ralph la contempló un momento y, por primera vez, bajó los párpados de sus inmóviles ojos. No obstante, los levantó enseguida y dijo:

—Él estaba muy enamorado de ti.

—Sí, estaba muy enamorado de mí, pero no se habría casado conmigo de haber sido yo pobre. No pretendo herirte diciéndote esto. ¿Cómo podría? Solo quiero que lo entiendas. Siempre he hecho todo lo posible para evitarlo, pero eso ya ha terminado.

—Siempre lo he entendido todo —dijo Ralph.

—Eso me figuraba, y no me gustaba que así fuera. Pero ahora me alegro.

—No me estás hiriendo... me estás haciendo muy feliz —afirmó él con voz de gran satisfacción. Isabel volvió a agachar la cabeza y apretó los labios contra la mano de Ralph—. Siempre lo he entendido todo —repitió—, aunque resultara tan extraño, tan triste. Querías ver la vida por ti misma, pero no te lo permitieron... y te castigaron por tener ese deseo. Te han obligado a llevar una existencia convencional.

—Sí, me han castigado —sollozó Isabel.

Ralph la escuchó un momento y continuó:

—¿Se enfadó mucho porque vinieras?

—Me lo puso muy difícil, pero me da igual.

—Entonces, ¿ha terminado todo entre vosotros?

—No, no, no creo que haya terminado nada.

—¿Vas a volver con él? —preguntó Ralph jadeante.

—No lo sé... no sabría decirte Me quedaré aquí todo el tiempo que pueda. No quiero pensar... ni tampoco hace falta que piense. Lo único que me importa eres tú, y con eso ya tengo bastante de momento. Esto va a durar todavía un poco más. Aquí, de rodillas, contigo muriendo en mis brazos, soy más feliz de lo que lo he sido en mucho tiempo. Y quiero que seas feliz, que no pienses en nada triste, solo que sientas que estoy junto a ti y que te quiero. ¿Por qué tendría que haber dolor en ello? En momentos como este, eso es lo

de menos. El dolor no es lo más profundo; hay algo que lo es aún más.

Estaba claro que Ralph tenía cada vez mayores dificultades para hablar, y tardaba más en recobrar fuerzas. Al principio pareció que no iba a contestar nada a esas últimas palabras, y dejó pasar mucho tiempo. Luego simplemente murmuró:

—Tienes que quedarte aquí.

—Me gustaría quedarme... el tiempo que sea correcto.

—¿Que sea correcto? ¿Que sea correcto? —repitió Ralph—. Siempre estás pensando en lo mismo.

—No hay más remedio. Estás muy cansado —le dijo Isabel.

—Sí, estoy muy cansado. Acabas de decir que el dolor no es lo más profundo. No, no lo es, pero de todas formas es muy profundo. Si pudiera quedarme...

—Para mí siempre seguirás aquí —lo interrumpió suavemente Isabel.

Era muy fácil interrumpirlo en esas circunstancias. Aun así, Ralph continuó al cabo de un momento:

—Al fin y al cabo, todo pasa. Ahora mismo está pasando. Pero el amor permanece. No entiendo por qué tenemos que sufrir tanto. Quizá lo averigüe ahora. La vida tiene tanto que ofrecer, y tú eres tan joven...

—Me siento muy mayor —dijo Isabel.

—Volverás a rejuvenecer. Así es como te veo. No creo... no creo...

Le fallaron las fuerzas y tuvo que detenerse. Isabel le rogó que no intentase hablar.

—No necesitamos decir nada para entendernos.

—No creo que un error tan generoso como el que cometiste pueda perjudicarte ya mucho más.

—Ralph, en estos momentos soy muy feliz —consiguió decir Isabel entre lágrimas.

—Y recuerda esto —continuó él—: puede que te hayan odiado, pero también has sido muy amada. Más que amada, Isabel... ¡adorada! —dijo Ralph con un suspiro casi imperceptible y prolongado.

—¡Oh, hermano mío! —lloró Isabel, postrándose aún más ante él.

La primera noche que Isabel había pasado en Gardencourt años atrás, Ralph le había dicho que, si llegaba a sufrir lo suficiente, tal vez algún día vería al fantasma del que aquella vieja casa estaba debidamente provista. Al parecer ya había cumplido ese requisito, pues a la mañana siguiente, a la fría y tenue luz del amanecer, Isabel supo que había un espíritu junto a su cama. Se había acostado sin desvestirse, convencida de que Ralph no sobreviviría a aquella noche. No era que tuviese ganas de dormir; quería permanecer en vela mientras esperaba, pero aun así cerró los ojos, convencida de que en el transcurso de la noche llamarían a su puerta. Nadie llamó, pero, cuando la oscuridad comenzaba a volverse vagamente gris, se incorporó en la cama de forma tan súbita como si hubiese oído el golpe en la puerta. Por un instante le pareció que él estaba allí, como una figura imprecisa flotando en la imprecisión de la estancia. Isabel lo miró fijamente un momento y vio su pálido rostro, sus amables ojos; luego comprobó que no había nada. No sintió miedo, solo una profunda certeza. Salió de la habitación y, poseída por esa certidumbre, atravesó oscuros pasillos y bajó un tramo de escalones de roble que brillaban a la tenue luz de una ventana del vestíbulo. Se detuvo un momento ante la puerta de Ralph y escuchó, pero solo le pareció oír el silencio que la dominaba. Abrió la puerta con tanta suavidad como si estuviera levantando el velo del rostro de un muerto, y vio a la señora Touchett sentada inmóvil y muy erguida junto a la cama de su hijo, con una de sus manos en la suya. El médico estaba al otro lado, sosteniendo la otra muñeca del pobre Ralph entre sus profesionales dedos. La enfermera y el sirviente estaban entre ambos a los pies de la cama. La señora Touchett no se percató de la presencia de Isabel, pero el médico la miró fijamente, y luego dejó con mucho cuidado la mano de Ralph junto al cuerpo en la posición adecuada. La enfermera también la miró con intensidad, pero nadie dijo nada; aún así, Isabel comprobó lo que había ido a ver. El rostro de Ralph estaba más hermoso de lo que lo había sido en vida, y guardaba un extraño parecido con el de su padre, que Isabel había visto yaciendo sobre la misma almohada seis años atrás. Se acercó a su tía y la rodeó con un brazo; la señora Touchett, que por lo general ni se prestaba a las caricias ni las recibía con agrado, aceptó aquella durante unos instantes, e incluso se incorporó un poco más para recibirla. Aun así, permaneció rígida y con los ojos secos, y mantuvo en su agudo y pálido rostro una expresión que resultaba terrible.

—Mi querida tía Lydia —murmuró Isabel.

—Da gracias a Dios por no tener hijos —dijo la señora Touchett, apartándose suavemente de su abrazo.

Tres días después, un considerable número de personas encontró tiempo,

en el momento más álgido de la «temporada» londinense, para coger un tren matutino hasta una tranquila estación de Berkshire y pasar media hora en una pequeña iglesia gris que estaba a escasa distancia. Fue en el verde cementerio de ese edificio en el que la señora Touchett entregó a su hijo a la tierra. Ella estaba al borde de la tumba con Isabel a su lado, y ni siquiera el propio sacristán parecía tener un interés más práctico en la escena que la señora Touchett. Era una ocasión solemne, pero tampoco especialmente dura o penosa, y hasta todo presentaba cierto aspecto jovial. Hacía buen tiempo; el día, uno de los últimos del traicionero mayo, era cálido y sin viento, y la atmósfera tenía el brillo del espino y del mirlo. Era triste pensar en el pobre Touchett, pero tampoco en exceso, ya que en su muerte no había habido violencia. Llevaba tanto tiempo muriéndose que estaba totalmente preparado para ello, y del mismo modo todo había estado listo para cuando ocurriese lo que se sabía inevitable. Isabel tenía lágrimas en los ojos, pero no llegaban a cegarla. A través de ellas podía contemplar la belleza del día, el esplendor de la naturaleza, el encanto de aquel viejo cementerio inglés, las cabezas inclinadas de unos buenos amigos. Lord Warburton estaba allí, así como un grupo de caballeros a los que no conocía, varios de los cuales, como supo después, estaban relacionados con el banco. Había otros asistentes a los que sí conocía. La señorita Stackpole estaba en primera fila con el bueno del señor Bantling a su lado, y también Caspar Goodwood, con la cabeza más erguida que el resto... o inclinándose menos que las demás. Durante buena parte del tiempo Isabel fue consciente de la mirada del señor Goodwood, que la estaba contemplando de una forma algo más intensa de lo que solía mirar en público, mientras que los otros tenían la vista fija en la hierba del cementerio. Pero Isabel no le dejó ver en ningún momento que sabía que la estaba mirando, y solo pensó en él para extrañarse de que todavía siguiera en Inglaterra. Se dio cuenta de que había dado por sentado que, una vez que acompañase a Ralph a Gardencourt, se marcharía, ya que recordaba lo poco que le gustaba el país. Sin embargo, allí estaba, de forma muy notoria, y había algo en su actitud que parecía indicar que se hallaba en aquel lugar con alguna intrincada intención. Isabel no quiso mirarlo a los ojos, aunque sin duda habría hallado compasión en ellos; pero su presencia hacía que se sintiera bastante incómoda. Al dispersarse el pequeño grupo, el señor Goodwood desapareció, y la única persona que se acercó a hablar con Isabel, mientras otras lo hacían con la señora Touchett, fue Henrietta Stackpole. Henrietta había estado llorando.

Ralph le había dicho a Isabel que esperaba que se quedase en Gardencourt, y ella no mostró disposición alguna de marcharse pronto del lugar. Se dijo que lo menos que podía hacer era la buena acción de pasar algún tiempo con su tía. Tuvo suerte de contar con un motivo tan bueno; de lo contrario, tendría que haberse molestado en encontrar alguno. Su misión ya había concluido; ya había hecho aquello por lo que había dejado a su marido. Tenía un marido en

una ciudad del extranjero que contaba las horas que llevaba ausente, y en una situación así era necesario disponer de un excelente motivo. No es que él fuera el mejor de los maridos, pero eso tampoco venía al caso. El hecho de estar casado implicaba ciertas obligaciones que eran totalmente independientes de la cantidad de felicidad que pudiese proporcionar. Isabel pensaba en su marido lo menos posible, pero ahora que estaba lejos, fuera de su hechizo, pensaba en Roma con una especie de estremecimiento espiritual. La imagen le producía un escalofrío muy intenso que hacía que buscara refugio en las sombras más profundas de Gardencourt. Vivía el día presente, posponiéndolo todo, cerrando los ojos, intentando no pensar. Sabía que tenía que tomar una decisión, pero ella no decidía nada. El haber ido allí no había sido fruto de una decisión. Esa ocasión solo había supuesto un punto de partida. Osmond no daba señales de vida, y estaba claro que iba a seguir sin darlas, dejándolo todo en manos de ella. De Pansy tampoco sabía nada, pero eso era muy fácil de explicar: su padre le había dicho que no le escribiera.

La señora Touchett aceptó la compañía de Isabel, aunque no requería de su ayuda. Parecía estar absorta en considerar, sin entusiasmo pero con perfecta lucidez, las ventajas de su nueva situación. La señora Touchett no era una persona optimista, pero conseguía sacar cierto provecho hasta de las circunstancias más dolorosas, el cual consistía en llegar a la conclusión de que, al fin y al cabo, le había pasado a otra gente y no a ella. La muerte era algo desagradable, pero en ese caso se trataba de la de su hijo, no de la suya, y se vanagloriaba de que su propia muerte no resultaría desagradable para nadie, salvo para ella misma. La señora Touchett se hallaba en una posición mucho más acomodada que la del pobre Ralph, quien había dejado tras de sí todas las comodidades de la vida y, de hecho, dispuestas con total seguridad; para su madre, lo peor de morir se era quedar expuesto a que se aprovecharan de uno. Pero ella seguía allí, y no podía haber nada mejor. Comunicó a Isabel con mucha puntualidad, ya que fue la misma noche del entierro de su hijo, varias de las disposiciones testamentarias de Ralph. Este lo había hablado y consultado todo con ella. No había dejado dinero a su madre, a la que por supuesto no le hacía ninguna falta; solo el mobiliario de Gardencourt, a excepción de los cuadros y los libros, así como el uso de la casa durante un año, al cabo del cual habría de venderse. El dinero que se obtuviera de la venta se donaría a un hospital para pobres que padecían la misma enfermedad de la que Ralph había muerto, quedando lord Warburton nombrado albacea de esa parte del testamento. Había dispuesto el resto de sus bienes, que habría que retirar del banco, en varios legados, a varios de aquellos primos de Vermont con los que su padre ya había sido tan munificente. Después había otros cuantos legados menores.

—Algunos son realmente curiosos —dijo la señora Touchett—, ya que ha dejado considerables sumas de dinero a personas de las que nunca he oído

hablar. Me dio una lista de las mismas y le pregunté quiénes eran algunas de ellas, y me dijo que eran personas que en diferentes momentos de su vida le había dado la impresión de que lo apreciaban. Parece que pensaba que tú no lo apreciabas, porque no te ha dejado ni un penique. Era de la opinión de que su padre ya te había tratado con mucha generosidad, y debo decir que creo que en efecto así fue... aunque nunca oí a Ralph quejarse de ello. Los cuadros se van a dispersar; los ha dejado repartidos, uno por uno, a modo de pequeños recuerdos. El más valioso de la colección es para lord Warburton. Y no puedes ni imaginarte lo que ha hecho con su biblioteca. Parece una broma pesada. Se la ha dejado a tu amiga la señorita Stackpole, «en reconocimiento a sus servicios a la literatura». ¿Se refiere a que lo acompañó desde Roma? ¿Es eso un servicio a la literatura? Contiene ejemplares muy raros y valiosos, y si no puede llevarla consigo por el mundo en su baúl, le recomienda que la venda en subasta. Está claro que la venderá en Christie's, y con lo que obtenga fundará un periódico. ¿Será eso un servicio a la literatura?

Isabel se abstuvo de contestar a esa pregunta, ya que superaba el cupo del pequeño interrogatorio al que había considerado necesario someterse a su llegada. Además, nunca le había interesado tan poco la literatura como en esos días, como comprobaba cada vez que cogía de un estante alguno de esos volúmenes raros y valiosos de los que había hablado la señora Touchett. No podía leer, ya que nunca se había sentido tan incapaz de centrar su atención. Una tarde en la biblioteca, alrededor de una semana después de la ceremonia en el cementerio, llevaba una hora intentando concentrarse, pero no dejaba de apartar los ojos del libro que tenía en las manos para mirar por la ventana abierta, que daba a la larga avenida. Fue así como vio un vehículo bastante modesto aproximarse a la entrada, y a lord Warburton sentado en una incómoda postura en un rincón del mismo. Él siempre había tenido un concepto muy elevado de la cortesía, así que no tenía nada de especial que, dadas las circunstancias, se hubiera molestado en ir desde Londres a visitar a la señora Touchett; porque estaba claro que era a la señora Touchett a quien había ido a visitar y no a la señora Osmond y, para demostrarse la validez de su tesis, Isabel salió poco después de la casa para dar un paseo por el parque. Desde que había llegado a Gardencourt había pasado poco tiempo fuera, ya que el tiempo no había acompañado para recorrer la finca. Sin embargo, hacía una tarde agradable, y al principio le pareció que había sido una buena idea salir. La teoría que acabo de mencionar era bastante plausible, pero no le proporcionó demasiado alivio, y quien la hubiera visto vagando de un lado a otro habría pensado que no tenía la conciencia tranquila. Seguía sin calmarse cuando, al cabo de un cuarto de hora, se encontró a la vista de la casa, de cuyo pórtico emergió la señora Touchett acompañada por su visitante. Estaba claro que su tía había propuesto a lord Warburton que fuesen a buscarla. Isabel no estaba de humor para visitas y, de haber tenido la oportunidad, se habría

escondido detrás de alguno de aquellos grandes árboles, pero sabía que la habían visto y que no le quedaba más remedio que seguir avanzando a su encuentro. Como el jardín de Gardencourt ocupaba una vasta extensión de terreno, le llevó algún tiempo llegar hasta ellos, durante el cual observó que lord Warburton iba caminando junto a su tía con las manos a la espalda de forma bastante rígida y la vista fija en el suelo. Ambos parecían estar en silencio, pero la aguda mirada que la señora Touchett dirigió a Isabel resultaba expresiva incluso en la distancia. Parecía estar diciéndole con afilada mordacidad: «Aquí está el extremadamente complaciente noble con el que te podrías haber casado». No obstante, cuando lord Warburton levantó su mirada, sus ojos no dijeron eso, sino: «Es una situación bastante incómoda, así que espero que me ayude». Estaba muy serio, muy digno, y, por primera vez desde que Isabel lo conocía, no la saludó con una sonrisa. Incluso en los días de su aflicción siempre se había presentado ante ella con una sonrisa. En cambio, esa tarde parecía muy cohibido.

—Lord Warburton ha tenido la amabilidad de venir a verme —dijo la señora Touchett—. Dice que no sabía que seguías aquí. Sé que es un viejo amigo tuyo y, como me han dicho que no estabas en la casa, hemos salido a buscarte.

—Oh, he visto que hay un tren a las seis cuarenta y que me permitirá estar de vuelta para la hora de la cena —explicó el acompañante de la señora Touchett de forma bastante irrelevante—. Me alegro mucho de que aún siga aquí.

—No me voy a quedar mucho tiempo —dijo Isabel con cierta ansiedad.

—Ya me lo imagino, pero espero que sean algunas semanas. Vino a Inglaterra más pronto de lo que... de lo que esperaba, ¿no?

—Sí, vine de forma muy precipitada.

La señora Touchett se apartó como si estuviese inspeccionando el estado del terreno, que de hecho no estaba como debería, al tiempo que lord Warburton vacilaba unos instantes. Isabel supuso que había estado a punto de preguntarle por su marido, a juzgar por su turbación, pero había terminado por contenerse. Continuaba con el mismo aspecto serio, ya fuera porque consideraba que era el más apropiado en un lugar en el que acababa de acaecer una muerte, o por razones más personales. Si se trataba de esto último, era afortunado de poder encubrirlo bajo el primer motivo, que podía aprovechar al máximo. Todo eso es lo que pensó Isabel. No se trataba de que la expresión de su rostro fuera de tristeza, pues esa era otra cuestión, sino de que resultaba extrañamente inexpresiva.

—Mis hermanas habrían estado encantadas de venir si hubieran sabido que

estaba usted aún aquí... si hubiesen pensado que las recibiría —continuó lord Warburton—. Tenga la bondad de dejar que la vean antes de marcharse de Inglaterra.

—Será un gran placer. Las recuerdo con mucho agrado.

—Tal vez le gustaría pasar un día o dos en Lockleigh. Ya sabe que tenemos esa vieja promesa pendiente. —Y su señoría se sonrojó un poco al hacer esa sugerencia, lo cual dio a su rostro un aire más familiar—. Puede que no sea muy correcto que se lo proponga justo ahora, cuando debe de tener usted pocas ganas de visitas, pero apenas tendría carácter de tal. Mis hermanas pasarán cinco días en Lockleigh por Pentecostés, y si va a verlas, ya que dice que no piensa permanecer mucho tiempo en Inglaterra, me encargaré de que no haya nadie más.

Isabel se preguntó si ni siquiera estaría allí la joven dama con la que iba a casarse, acompañada de su madre, pero no llegó a decírselo.

—Se lo agradezco muchísimo —se limitó a contestar—, pero no creo que siga aquí por Pentecostés.

—Pero cuento con su promesa... ¿no?, para alguna otra ocasión.

Isabel hizo caso omiso de la pregunta. Contempló a su interlocutor un momento y el resultado fue, como en otras ocasiones, que sintió pena por él.

—Procure no perder su tren —dijo. Y luego añadió—: Le deseo toda la felicidad del mundo.

Él volvió a sonrojarse, con mayor intensidad que antes, y miró el reloj.

—Ah, sí; el de las seis cuarenta. No me queda mucho tiempo, pero tengo una calesa esperando en la puerta. Muchas gracias. —No quedó claro si el agradecimiento se refería al recordatorio del tren o al comentario de índole más sentimental—. Adiós, señora Osmond, adiós.

Le tendió la mano sin mirarla a los ojos, y después se giró hacia la señora Touchett, que había vuelto a donde estaban. Su despedida de ella también fue muy breve, y al poco ambas damas lo vieron alejarse a grandes zancadas por el jardín.

—¿Está segura de que va a casarse? —preguntó Isabel a su tía.

—No lo puedo estar más que él, pero parece que es seguro. Le he dado mis felicitaciones por la boda y las ha aceptado.

—En fin, dejémoslo estar —dijo Isabel, tras lo cual su tía volvió a la casa y a las distracciones de las que la había interrumpido el visitante.

Isabel lo dejó estar, pero siguió pensando en ello mientras paseaba de

nuevo bajo los grandes robles, cuyas sombras se extendían alargadas sobre la hierba. Al cabo de unos pocos minutos se encontró cerca de un rústico banco que reconoció al momento. No se trataba simplemente de que lo hubiera visto antes, o ni siquiera de que se hubiera sentado en él: lo reconoció porque en ese lugar le había ocurrido algo importante, y de ahí que enseguida lo asociara con algo. Entonces recordó que seis años antes estaba ahí sentada cuando un sirviente le trajo desde la casa la carta en la que Caspar Goodwood la informaba de que había ido a Europa a buscarla, y que, al terminar de leerla, levantó la cabeza y oyó cómo lord Warburton le anunciaba su intención de casarse con ella. Sin duda era un banco lleno de interés, histórico, que contempló como si tuviera algo que decirle. No quiso sentarse en él en esa ocasión, ya que le daba bastante miedo. Se limitó a quedarse plantada ante él, y mientras estaba allí, el pasado volvió a ella en una de esas oleadas de emoción que sobrevienen a las personas sensibles en los momentos más extraños. El resultado de esa conmoción fue que de pronto sintió un gran cansancio, bajo cuya influencia venció sus reticencias y se dejó caer en el rústico asiento. Ya he dicho antes que estaba inquieta e incapaz de concentrarse en nada; y, de haberla visto ahí sentada, no sé si habrían admirado la propiedad del primer epíteto, pero al menos habrían concedido que en esos momentos era la viva imagen de una víctima de la indolencia. Su actitud tenía una peculiar falta de motivación; las manos le colgaban a los lados y se perdían entre los pliegues de su vestido negro, mientras que sus ojos miraban perdidos al frente. No había nada por lo que tuviese que volver a la casa, ya que durante su reclusión ambas damas solían cenar temprano y no tomaban el té a una hora fija. Isabel no sabía cuánto tiempo llevaba allí sentada, pero el crepúsculo ya estaba muy avanzado cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Rápidamente se enderezó, miró a su alrededor y comprobó qué había sido de su soledad. La estaba compartiendo con Caspar Goodwood, que la miraba de pie a unos pocos metros, y cuyas pisadas sobre la silenciosa hierba al aproximarse no había oído Isabel. De pronto recordó que había sido justo así como lord Warburton la había sorprendido en aquella otra ocasión.

Se levantó al instante y, en cuanto Goodwood se percató de que lo había visto, se acercó a ella. Apenas había tenido tiempo Isabel de ponerse en pie cuando, con un movimiento que parecía violento pero que ella sintió como... no sabía bien qué, él la cogió de la muñeca e hizo que volviera a sentarse. Isabel cerró los ojos; no porque le hubiera hecho daño, ya que solo había sido un ligero toque, que ella había obedecido. Pero había algo en el rostro de Caspar Goodwood que no quería ver. La estaba mirando de la misma forma en que lo había hecho unos días antes en el cementerio, solo que en esos momentos era aún peor. Él no dijo nada al principio; Isabel tan solo lo sintió cerca de ella, sentado a su lado en el banco y girado en su dirección de forma apremiante. Tuvo casi la sensación de que nunca nadie había estado tan cerca

de ella. No obstante, todo eso solo duró un momento, al término del cual liberó su muñeca de la mano de él y lo miró de frente.

—Me ha asustado —dijo.

—No era mi intención —contestó él—, pero si solo la he asustado un poco, no tiene importancia. He llegado en tren desde Londres hace un rato, pero no he podido venir aquí directamente. Había un hombre en la estación que se me ha adelantado. Ha tomado la única calesa que había y le he oído dar esta dirección. No sé quién era, pero he preferido no venir con él, ya que quería verla a usted a solas. Así que me he puesto a caminar haciendo tiempo, y cuando ya estaba casi llegando a la casa la he visto aquí sentada. Me he encontrado con un guarda o algo así, pero como me conocía de cuando vine acompañando a su primo, no me ha puesto ningún problema. ¿Se ha ido ya ese caballero? ¿Está sola de verdad? Quiero hablar con usted.

Hablaba muy deprisa, con la misma ansiedad de aquella velada en Roma en que se habían despedido. Isabel había esperado que ese estado de Goodwood remitiera, pero se amilanó aún más cuando comprobó que, por el contrario, era más fuerte que nunca. Tenía una sensación que él no le había producido nunca: una sensación de peligro. Sin duda había algo verdaderamente formidable en su actitud decidida. Isabel se quedó mirando al frente mientras él, con una mano sobre cada rodilla, se inclinaba hacia delante y la observaba fijamente. El crepúsculo pareció hacerse más oscuro en torno a ambos.

—Quiero hablar con usted —repitió Goodwood—, porque tengo algo importante que decirle. No quiero molestarla... como hice el otro día en Roma. Aquello solo sirvió para afligirla, pero no lo pude evitar aunque sabía que estaba obrando mal. Pero ahora no estoy obrando mal. Por favor, no piense eso —prosiguió mientras su fría y profunda voz adquiría por un instante un tono de súplica—. Hoy es diferente, porque he venido por un motivo concreto. No sirvió de nada que le hablara en aquella ocasión, pero ahora puedo ayudarla.

Isabel no podría haber dicho si era porque se sentía asustada, o porque oír esa voz en la oscuridad le resultaba de verdad una gran ayuda, pero lo cierto es que le escuchó como nunca antes lo había hecho, y las palabras de él calaron muy hondo en lo más profundo de su alma. Produjeron una especie de quietud en todo su ser, tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para poder contestarle.

—¿Cómo me puede ayudar? —le preguntó en voz baja, como si se hubiera tomado lo que le había dicho tan en serio que necesitara hacerlo en tono confidencial.

—Convenciéndola para que confíe en mí. Ahora ya lo sé... lo sé todo.

¿Recuerda lo que le pregunté en Roma? Entonces estaba casi a oscuras, pero ahora lo sé todo de muy buena tinta, y lo veo todo con mucha claridad. Fue una gran idea que me hiciera venir a Inglaterra con su primo. Era un buen hombre, de los mejores, y me contó cuál era la situación. Adivinó mis sentimientos y me lo explicó todo. Como miembro de su familia que era, la dejó a usted, mientras estuviera aquí en Inglaterra, a mi cuidado —dijo Goodwood como si estuviera incidiendo en un punto crucial—. ¿Sabe lo que me dijo la última vez que lo vi, mientras yacía en su lecho de muerte? Me dijo: «Haga todo lo que pueda por ella; haga todo lo que le permita hacer por ella».

Isabel se levantó de repente.

—¡No tenían ningún derecho a hablar de mí!

—¿Y por qué no... por qué no, si estábamos hablando en estos términos? —le preguntó él, levantándose también rápidamente—. Y, además, él se estaba muriendo, y cuando alguien se está muriendo todo es diferente. —Isabel reprimió el ademán que había hecho de marcharse, porque lo estaba escuchando con más intensidad que nunca. Era cierto que él no era el mismo que el de la última vez. Aquello solo había sido un inútil arrebatado de pasión sin sentido, mientras que ahora sí que tenía una idea fija, que Isabel podía sentir en todo su ser—. ¡Pero da igual! —exclamó Goodwood acosándola aún con mayor insistencia, aunque esa vez sin tocarle ni un hilo de la ropa—. Aunque Touchett no hubiese abierto la boca, yo lo habría sabido de todos modos. Bastaba con mirarla durante el funeral de su primo para darse cuenta de lo que le pasa. Ya no me puede engañar más, así que le ruego por Dios que sea sincera con un hombre que lo es tanto con usted. Es usted la más desdichada de las mujeres, y su marido el peor de los demonios.

Isabel se giró hacia él como si la hubiera golpeado.

—¿Es que se ha vuelto loco? —exclamó.

—Nunca he estado tan cuerdo, ahora lo veo todo con claridad. No se sienta en la obligación de defenderlo. No voy a decir nada más en su contra; solo voy a hablar de usted —añadió Goodwood rápidamente—. ¿Cómo puede fingir que no está desconsolada? No sabe qué hacer, ni adónde acudir. Ya es tarde para interpretar ningún papel; ¿acaso no dejó todo eso atrás en Roma? Touchett sabía, y yo también lo sé, lo que le supondría venir aquí. ¿Acaso no le costará la propia vida? Dígame que es así —dijo casi estallando de ira—, ¡diga por una vez la verdad! Sabiendo yo semejante horror, ¿cómo no voy a querer salvarla? ¿Qué pensaría usted de mí si me quedara sin hacer nada y dejase que volviera a Roma para recibir su merecido? «¡El precio que tendrá que pagar será terrible!». Eso es lo que me dijo Touchett. No le importa que se lo diga, ¿no? A fin de cuentas, ¡era un pariente muy cercano! —dijo, volviendo a insistir en ese punto extraño y macabro—. Antes dejaría que me

mataran a consentir que otro hombre me dijera tales cosas, pero él era diferente, y se notaba que tenía razón. Fue una vez que ya estuvo aquí en casa y se dio cuenta de que se estaba muriendo, algo que yo también podía ver. Ahora lo entiendo todo, y sé que a usted le da miedo volver. Está completamente sola y no sabe adónde acudir. No puede ir a ningún sitio, y lo sabe muy bien. Por lo tanto, le ruego que me tenga en cuenta a mí.

—¿Que le tenga en cuenta a usted? —dijo Isabel, de pie ante él en la penumbra.

La idea que le había parecido vislumbrar unos momentos antes se alzaba imponente sobre ella. Echó un poco la cabeza hacia atrás y la contempló como si fuera un cometa que surcase el cielo.

—No sabe adónde acudir, así que acuda directamente a mí. Quiero convencerla de que confíe en mí —repitió Goodwood. Entonces se detuvo y la miró con ojos brillantes—. ¿Por qué debería volver? ¿Por qué querría pasar por esa situación espantosa?

—¡Para huir de usted! —contestó Isabel.

Pero eso solo expresaba parte de lo que sentía. El resto era que nunca antes la habían amado de veras. Ella creía que sí, pero aquello era diferente: aquello era como el ardiente viento del desierto, cuya llegada aniquila a los demás como si fueran leves brisas de jardín. La envolvió por completo y la elevó por el aire, al tiempo que su sabor, como algo fuerte, acre y extraño, la obligaba a entreabrir sus apretados dientes.

Al principio Isabel pensó que, en respuesta a sus palabras, él estallararía con una violencia mayor. Sin embargo, al cabo de un instante Goodwood se mostró totalmente tranquilo. Quería demostrarle que estaba muy cuerdo, y que lo tenía todo razonado.

—Eso es lo que quiero evitar, y creo que puedo hacerlo si me escucha de una vez por todas. Es inconcebible que piense usted en volver a hundirse en esa miseria, en volver a respirar ese aire envenenado. Es usted la que no está en su sano juicio. Confíe en mí como si estuviera a mi cargo. ¿Por qué no habríamos de ser felices... cuando tenemos toda una vida por delante, cuando sería todo tan fácil? Soy suyo para siempre... por siempre jamás. Aquí estoy, firme como una roca. No tiene nada de lo que preocuparse. No tiene hijos, que podrían haber sido un obstáculo. Tal y como están las cosas, no tiene nada que considerar. Debe salvar lo que pueda de su vida, en vez de perderla toda tan solo porque haya perdido una parte. Sería un insulto para usted suponer que le preocupan las apariencias, lo que dirá la gente, la idiotez sin fin del mundo. No tenemos nada que ver con todo eso; estamos al margen y vemos las cosas tal y como son. Usted dio el gran paso al venir aquí, y el siguiente ya no es

nada, es el paso más natural. Juro, como que estoy ahora aquí, que una mujer a la que se ha hecho sufrir tanto y tan deliberadamente tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida... ¡incluso a lanzarse a vagar por las calles si eso le sirve de ayuda! Sé lo mucho que sufre, y por eso estoy aquí. Podemos hacer todo lo que queramos, porque no le debemos nada a nadie. ¿Qué hay que nos retenga, qué hay que tenga el menor derecho a interferir en un asunto como este? Es algo entre nosotros, y basta con que lo digamos para que así sea. ¿Acaso nacimos para pudrirnos en la miseria... para tener siempre miedo? ¡Nunca la he visto tener miedo! Si confía en mí, le aseguro que no la decepcionaré. Tenemos todo el mundo para nosotros... y el mundo es muy grande. Yo lo sé muy bien.

Isabel emitió un largo murmullo, como el de una criatura dolorida, como si él la estuviera hostigando con algo que le hiciese daño.

—El mundo es muy pequeño —dijo al azar, con el inmenso deseo de parecer que oponía resistencia.

Lo hizo para oírse decir algo, pero en realidad no era lo que pretendía. El mundo nunca le había parecido tan grande como en esos momentos. Parecía abrirse y envolverla, hasta adoptar la forma de un poderoso mar, en cuyas aguas insondables parecía flotar a la deriva. Quería ayuda y ahí la tenía, llegando como un impetuoso torrente. Ignoro si llegó a creer todo lo que él le dijo, pero justo en esos momentos Isabel pensaba que, después de la muerte, dejar que él la cogiera firmemente entre sus brazos sería lo mejor que podría pasarle. Durante unos instantes dicha creencia le produjo una especie de raptó en el que sintió que se hundía cada vez más, y hasta le pareció agitar los pies para intentar sostenerse, para encontrar algo sobre lo que apoyarse.

—¡Sea mía como suyo soy yo! —oyó decir a su acompañante, quien de pronto prescindía de toda argumentación, y cuya voz parecía llegar, dura y terrible, a través de una confusión de sonidos más imprecisos.

Sin embargo, eso no dejaba de ser un hecho subjetivo, como diría un metafísico. La confusión, el ruido del agua y todo lo demás solo estaban en su cabeza flotando a la deriva. Isabel se percató al momento de ello.

—Le ruego que me haga el mayor de los favores —dijo con voz jadeante—. ¡Le suplico que se marche!

—¡No me diga eso! ¡No me mate! —exclamó Goodwood.

Isabel juntó las manos mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Si me ama, si me compadece, ¡déjeme en paz!

Él la miró durante un momento a través de la penumbra, y al siguiente Isabel sintió sus brazos alrededor de ella y sus labios contra los suyos. El beso

fue como un relámpago cegador, un destello que se expandió más y más para después permanecer; y lo más extraordinario fue que, mientras lo recibía, sintió que todos aquellos aspectos de la fuerte hombría de Caspar Goodwood que menos le gustaban, cada rasgo agresivo de su rostro, de su figura, de su presencia, quedaban justificados por su profunda e intensa identidad y se fundían con aquel acto de posesión. Era lo que había oído decir que les pasaba a los que naufragaban y se hundían bajo el agua: que veían desfilar toda una serie de imágenes antes de ahogarse. Pero, cuando volvió la oscuridad, Isabel se sintió libre. No miró en ningún momento atrás, y salió huyendo de aquel lugar. Había luz en las ventanas de la casa, que alumbraba a lo lejos el jardín. En un tiempo extraordinariamente breve, dada la considerable distancia, Isabel avanzó a través de la oscuridad (ya que no veía nada) y llegó a la puerta. Solo entonces se detuvo. Miró a su alrededor, intentó escuchar algo, y puso la mano en el pasador. Antes no sabía adónde acudir, pero ahora ya lo sabía. Había una senda muy recta ante ella.

Dos días después Caspar Goodwood llamó a la puerta de la casa de Wimpole Street en la que Henrietta Stackpole ocupaba un piso amueblado. Apenas había retirado la mano de la aldaba cuando la puerta se abrió y apareció la señorita Stackpole en persona. Llevaba puestos el sombrero y la chaqueta, ya que estaba a punto de salir.

—Oh, buenos días —dijo él—. Tenía la esperanza de encontrar aquí a la señora Osmond.

Henrietta lo hizo esperar un momento antes de contestar, pero la señorita Stackpole siempre resultaba muy expresiva incluso cuando estaba callada.

—¿Y qué le ha hecho pensar que podría estar aquí?

—He ido a Gardencourt esta mañana y el sirviente me ha dicho que estaba en Londres, y que creía que había venido a verla.

De nuevo la señorita Stackpole lo mantuvo en vilo, aunque con toda la buena intención.

—Vino ayer y pasó la noche aquí. Pero esta mañana ha partido hacia Roma.

Caspar Goodwood no la miraba. Tenía la vista fija en el escalón de la puerta.

—¿Que se ha marchado...? —consiguió balbucear.

Y sin terminar la frase ni levantar la mirada, se apartó rígidamente de la puerta, apenas capaz de moverse. Henrietta salió, cerró la puerta tras ella y se cogió de su brazo.

—Mire, señor Goodwood —dijo—, ¡solo tiene que esperar!

Al oír esto, levantó la cabeza y la miró... pero solo para descubrir en el rostro de ella, con gran disgusto, que lo único que había querido decirle era que todavía era joven. Ella sonreía radiante al ofrecer aquel consejo barato a Caspar Goodwood, quien en el acto pareció envejecer treinta años. No obstante, Henrietta empezó a caminar a su lado como si acabara de transmitirle el secreto de la paciencia.